FELIX BEST

HISTORIA DE LAS GUERRAS ARGENTINAS

DE LA INDEPENDENCIA, INTERNACIONALES, CIVILES Y CON EL INDIO



EDICIONES PEUSER

HISTORIA
DE LAS GUERRAS
ARGENTINAS

HISTORIA DE LAS GUERRAS ARGENTINAS

La lámina del general José de San Martín
ha sido cedida gentilmente para su reproducción, por el Instituto Nacional Sanmartiniano

Las guardas reproducen la lámina
"Los ingleses atacan a Buenos Aires y son rechazados". Madrid, 1807

1ª edición mayo de 1960
Año Conmemorativo del 150º Aniversario de la Revolución de Mayo

BUENOS AIRES

1960

INDUSTRIA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

Derechos reservados *Hecho el depósito que marca la Ley 11723*

22385

FELIX BEST

CORONEL DE ESTADO MAYOR (R. E.)

HISTORIA DE LAS GUERRAS ARGENTINAS

DE LA INDEPENDENCIA, INTERNACIONALES, CIVILES Y CON EL INDIO



38787

TOMO PRIMERO

EDICIONES PEUSER

El Libertador

Brigadier General José de San Martín

La gratitud es un sentimiento, pero también un deber inexcusable. Con los dos debo cumplir y lo hago agradeciendo vivamente a cuantas personas, en una u otra forma y dimensión, me han facilitado la realización de esta obra. Son muchas. Están las que aceptaron tomar a su cargo el dibujo final de los croquis operativos y de muchos de los combates y batallas; las que me facilitaron sin tiempo ni plazo libros y cartografía de consulta; las que hicieron de mis originales páginas dactilográficas para la imprenta; los expedicionarios al desierto que revisaron lo redactado sobre la guerra con el indio en las últimas campañas y me formularon sugestiones interesantes; los historiadores que me dieron su autorización — algunos de tiempo atrás — para utilizar sus trabajos, incluso cartografía e ilustraciones; los artistas que me permitieron la reproducción de hermosas láminas; y los que me proporcionaron retratos para la iconografía que contiene el libro.

Pienso que a todos los guió en esta ayuda el propósito superior y patriótico de contribuir en una obra que juzgaron necesaria, y, por lo tanto, útil.

A pesar de lo dicho no he creído deber salir de lo impersonal, citando los nombres de los colaboradores, porque por el tiempo transcurrido en preparar el libro (más de quince años) y lo numeroso de ellos, correría el riesgo de omitir algunos.

Repito, pues, mi agradecimiento a los miembros de las fuerzas armadas y particulares, todos, que han hecho efectivo su concurso en esta historia.

Dejo mi palabra final — también de gratitud — para los que fueron mis profesores en los institutos militares — en su mayoría ya desaparecidos — y de entre ellos, los que supieron estimularme profesionalmente, y a quienes no olvido.

PROLOGO

A LA

HISTORIA DE LAS GUERRAS ARGENTINAS

Julio César, Federico el Grande, Napoleón y San Martín — entre los grandes conductores — debieron sus resonantes triunfos militares, además de sus muy diversos conocimientos y propias aptitudes de mando, a las serias lecturas de las campañas de otros generales, en particular de los ilustres, incluso de la antigüedad. De estos estudios dedujeron, aparte de otras, dos comprobaciones principales: una, que ratifica la inmutabilidad de ciertos principios fundamentales de la conducción, cuya aplicación favorece el triunfo; y otra, también de ratificación, pero de la mutabilidad de los procedimientos, que deben ser conformados sucesivamente a la evolución de los medios. Inspirados en las enseñanzas así recogidas, esos generales perfeccionaron la estrategia, la táctica y la logística de su época, en procura de la victoria, que muchas veces conquistaron y les hicieron famosos. Esto demuestra que los conocimientos sobre nuestras guerras, aunque éstas se van alejando en el tiempo, no deben ser desdeñables, como a primera vista y superficialmente pudiera parecer, por suponérselos superados, debido al tiempo transcurrido, y que, por lo contrario, son muy necesarios, porque, si bien los elementos y formas de la guerra han cambiado muchísimo, esos principios fundamentales mantienen su reconocida bondad, cuando son bien aplicados y se tiene capacidad de adaptación al ambiente y a los cambiantes elementos de la lucha moderna para proceder. Muchas son las lecciones que respecto a tales principios del buen sentido y su uso, nos han dejado las guerras argentinas, especialmente con San Martín, Paz, Brown y Güemes — que hemos reseñado en la obra —, realizadas por la independencia, la organización nacional, la recuperación territorial y el honor del país. Pero muchas son también, y cabe decirlo, las

experiencias logradas en toda la extensión de nuestro propio territorio y en el que ahora pertenece a nuestros vecinos — que el progreso poco ha modificado, especialmente en algunas de sus grandiosidades físicas —, siempre muy útiles. Surgen también de ellas innumerables ejemplos de heroísmo insuperable que, como base del factor moral, constituyen la condición esencial para triunfar, lo que sería lamentable desconocer. Finalmente, tenemos en su transcurso repetidas pruebas de desinterés, abnegación, austeridad, modestia y patriotismo, ofrecidas a la posteridad por muchos de nuestros hombres, que marcaron y marcan rumbos a seguir.

Pero no sólo enseñanzas militares y de moral pueden extraerse, y hemos extraído, de la narración y estudio de nuestras guerras. El libro abarca otros aspectos y dentro de ellos realizaciones que, aisladas y en su conjunto, se prestan a la reflexión de todos los estudiosos y notoriamente de los argentinos. Entre ellos los referentes, en primer término, al planteo y ejecución de la política, especialmente la interna. En él aparecen repetidas actitudes y procederes que perjudicaron nuestro patrimonio territorial — puntualizados por el autor — o que demoraron el progreso general del país, siendo por lo tanto muy aleccionadores para no recaer en ellos.

Digamos ahora que con la publicación de este trabajo hemos creído llenar la muy sentida necesidad — hecha patente en distintos medios y muchas ocasiones — que es la de disponer de una obra que contenga el desarrollo sintético de todas nuestras luchas armadas y a la que acompañe la suficiente cartografía, para seguir las operaciones y los combates y batallas decisivos o importantes, es decir, para obtener en poco tiempo un conocimiento general de aquellas luchas, con los fines que se han mencionado, o, llegado el caso, para ver facilitada la consulta cuando haya que exponer un resumen de hechos marciales, con motivo de conferencias, alocuciones patrióticas, artículos, etc.

Quien desee, pues, instruirse sobre la historia guerrera argentina completa y derivar enseñanzas, tiene reunido en la obra lo fundamental de nuestra vida político-militar, evitándose la hasta ahora ímproba, engorrosa y larga, casi diríamos — para muchos — imposible tarea de consultar la infinidad de producciones históricas que tratan parcialmente las luchas del país, algunas de ellas con demasiados detalles superfluos para los que buscan obtener un panorama de las ocurrencias bélicas, como cultura general, y no desmenuzar los conflictos.

La extensión reducida del texto, en relación con los numerosos hechos acaecidos, demuestra que los sucesos no han sido tratados minuciosamente. Sin embargo, a pesar de que se fija en general brevemente lo ocurrido, estratégica, operativa y tácticamente, se hace excepción con algunos combates y batallas que revisten importancia y trascendencia militar y política, y otros, o los mismos, cuando la conducción ha mostrado en su ejecución un verdadero arte; éstos se describen con mayor extensión.

En la narración el autor ha circunscripto su tarea en muchos conflictos o la recopilación del material — tomado de libros, y otras publicaciones —, su

ordenamiento, resumen de los hechos y modificación de la terminología, cuando ha sido necesario para amoldarla a la actualmente en uso; esto último a fin de hacer más comprensible la exposición. El enorme trabajo que realiza el investigador y el consiguiente gran mérito, no le corresponden, como tampoco la verdad o el error histórico. Sin embargo, a este último respecto, el material empleado, en particular para las guerras de la independencia y exteriores, por haber sido extraído en primer término de historiadores de capacidad y prestigio, como Mitre, Paz y Beverina, dice ya de su bondad y le da, a la vez, cierto carácter técnico.

Aunque se ha recurrido a esos autores de prestigio, para algunas campañas que no han sido tratadas por ellos o lo han sido fragmentariamente, se ha buscado el material en otras fuentes (incluso memorias de Guerra del Gobierno Nacional), cuando la bibliografía no contenía informaciones al respecto o no era utilizable para una historia de guerras.

En algunas campañas, como las emprendidas por el gobierno nacional contra Peñaloza, Varela y López Jordán, por falta de publicaciones y archivos que narren las operaciones militares del lado de tales jefes, los relatos son reflejo, casi exclusivamente, de las relaciones efectuadas por el gobierno central o ante él, por lo que en ciertas partes pueden resultar incompletos y aun tendenciosos, especialmente en lo referente al adversario, y en este sentido sujetos a posibles modificaciones, una vez que en monografías, artículos, etc., se estudie cada una de las campañas a la luz de documentos que puedan existir del bando no consultado, en poder de particulares.

Debe decirse también que como hay sobre un mismo suceso, en ciertos casos, más de una versión, aun entre autores consagrados, las hemos contrastado decidiéndonos por las que creíamos más acertadas y lógicas. Lo mismo en cuanto a lugares y fechas.

El hecho de que no aparezcan siempre consideraciones o críticas especiales de las ocurrencias militares, no ha obstado para insertar a continuación del relato mismo de cada batalla importante, campaña y guerra, breves opiniones o apreciaciones del autor con la designación de "Comentarios", entendido que sobre lo fundamental, dado el carácter del libro, para que no resulte casi totalmente narrativo y asuma mayor interés e importancia, llenando su verdadera misión, lo que no impide que cada lector, sobre la base de lo expuesto, se forme sus propios juicios o consulte las fuentes bibliográficas que tratan por extenso las campañas.

Debe entenderse, por otra parte, que esta historia no persigue el fin didáctico de preparar en la conducción pequeña o grande, táctica, operativa o estratégica a los militares, aunque pueda contribuir a ello (ya hemos expresado en qué radican sus enseñanzas). Es sabido, además, que la guerra pone a contribución las condiciones morales e intelectuales de los hombres, y los recursos materiales de los estados o partidos en lucha. El estudio de una guerra o campaña exige por consiguiente, para ser completo, el relato y el análisis de esos aspectos, los que sólo en el capítulo recursos, exigiría

INTRODUCCION

En nuestra historia las guerras con el extranjero, comprendiendo a España, son contemporáneas de las intestinas — en algunos períodos participan a la vez de ambos caracteres — y también de la del aborigen, lo que hace a veces bastante difícil determinar su condición, como en el período 1838-1852, en el que la guerra civil sostenida contra Rosas se complica con la internacional o exterior, en que participan la república Oriental del Uruguay, en casi todo ese lapso, y con Francia y Paraguay; Francia e Inglaterra y Brasil, sucesivamente, países aliados de hecho o por tratados, al bando argentino contrario al dictador, hasta la caída de éste.

Ocurre que también tres procesos se desenvuelven simultáneamente desde 1810; uno relacionado con la acción externa de la revolución, que tiene por fin la emancipación; otro que persigue la organización nacional; y un tercero que procura hacer efectivo el dominio sobre el territorio heredado de España, en su mayor parte ocupado por el indio rebelde. Por lo expresado, pasadas las dos décadas de la revolución, aún coexisten en ambos bandos hombres que hablan la misma lengua, tienen idéntico origen e invocan idénticos principios para luchar.

Ahora bien, mientras la guerra de la independencia terminó prácticamente en 1824, con Ayacucho, sólo en 1853 empezaron en Argentina las presidencias constitucionales, no obstante lo cual aún continuaron las guerras civiles para asentar definitivamente el predominio del poder central en la organización nacional.

En el lapso total de nuestra vida independiente hemos tenido guerras internacionales con Brasil, Bolivia, Uruguay; Uruguay y Francia; Uruguay, Francia e Inglaterra, y finalmente, con Paraguay; y, prolongándose en nuestra historia, desde 1810, la lucha intermitente con el indio. Por esa complejidad y simultaneidad, nuestra historia guerrera es algo confusa. Sin embargo, es posible establecer en ella estas grandes divisiones: 1° Guerra de la independencia con España; 2° Guerras civiles, o sea, de carácter interior; 3° Guerras exteriores o internacionales; y 4° Guerra con el indio.

Desde el primer gobierno patrio hasta 1917, según se comprobará siguiendo las campañas que contiene este libro, el país se vió, salvo muy breves períodos de paz total (interna y externa), siempre en guerra. El mayor lapso de tranquilidad, al decir del general Roca, terminada su primera presidencia (1886), fué el de su gobierno, lo que afirma con estas palabras: la paz "no se ha conmovido por primera vez en la República durante seis años consecutivos". Con esto sólo puede ya deducirse cómo ha sido la vida de nuestro país, es decir, de luchas casi continuadas; mas debe adelantarse que las guerras de la independencia y exteriores y aun sumando a éstas las llevadas contra el indio, han ocupado menos tiempo y recursos y ocasionado menos muertes, sacrificios, ruinas y lágrimas que las prolongadas y repetidas guerras civiles.

TERMINOLOGIA

Creemos conveniente asentar a continuación algunas definiciones, a fin de facilitar la interpretación de los términos militares que en el curso del libro emplearemos.

Estrategia militar. — Tiene por objeto el empleo de las fuerzas armadas en las mejores condiciones, buscando ganar la guerra, por batallas decisivas. Su escenario es todo el teatro de guerra, comprendidos los distintos teatros de operaciones.

Teatro de guerra. — Se da este nombre al conjunto de regiones terrestres y marítimas sujetas a las influencias de las operaciones militares de los países beligerantes, es decir, a todas aquellas en que es factible el desarrollo de las operaciones sin invadir la jurisdicción de los países neutrales.

Operaciones. — Operar es moverse dentro del campo estratégico, antes y después de la lucha, para afrontarla cada vez en las mejores condiciones. Según sus características, se distinguen operaciones ofensivas y defensivas; y, según su importancia estratégica, llámanse principales y secundarias.

Teatro de operaciones. — Es la parte del teatro de la guerra donde ocurren en forma efectiva operaciones militares. Puede ser terrestre o marítimo, o de ambas naturalezas a la vez, y ser más de uno.

Zona de operaciones. — Comprende todo el territorio ocupado por elementos combatientes de un ejército; puede ser más de una.

Zona del interior. — Común para todos los ejércitos, abarca el propio territorio libre de enemigo y el conquistado, exclnídas las zonas de operaciones.

Base de operaciones. — Es la región que sirve de apoyo al ejército por existir en ella los elementos para su reabastecimiento temporal o permanente. Antiguamente los ejércitos, por norma, debían crearse bases de operaciones — principales o secundarias —, mediante la formación de depósitos en lugares apropiados. Hoy los medios de transporte permiten casi siempre considerar en tal carácter a todo el propio país y el de los aliados. La longitud de las líneas de comunicaciones y las condiciones geográficas, — montañas, mar, etc. —, pueden imponer bases intermedias: por ejemplo, un invasor debe establecerlas del otro lado de una cordillera, si los rigores del invierno le pueden cerrar los pasos a través de ella.

Zona de concentración. — Es la parte de territorio donde se reúnen las fuerzas para efectuar operaciones.

Campaña. — Es el conjunto de todas las operaciones que practica un ejército y el tiempo que emplea desde que se inicia la guerra hasta que termina. También un período de este tiempo cuando está deslindado perfectamente por hechos notables o por lapsos prolongados de calma. En marina es el tiempo transcurrido entre el momento en que una escuadra, división o buque abandona el puerto para realizar una misión bélica y su regreso a él, después de cumplido su objetivo.

Línea de defensa estratégica. — Se da este nombre a todo accidente geográfico que por su naturaleza pueda dificultar por sí al enemigo en sus operaciones: un gran río, cordillera, etc.

Líneas de operaciones. — Son las direcciones en que se mueven las distintas columnas o agrupaciones de un ejército, desde su zona de concentración hacia sus objetivos. En el retroceso pasan a ser líneas de retirada. Pueden ser caminos, ferrocarriles, canales, líneas de navegación, etc.

Líneas de invasión. — Son las direcciones en cada frontera que, por sus condiciones geográfico-militares, ofrecen mayores facilidades para la penetración.

Líneas de comunicaciones. — Son las líneas que ligan al ejército con los centros de reabastecimiento, el país o base de operaciones. Pueden ser caminos, vías férreas, marítimas y fluviales.

Operaciones por líneas interiores. — Son las realizadas desde una posición central hacia la periferia, contra dos o más frentes enemigos; generalmente se lleva la acción decisiva primero contra uno, para volverse con la masa contra los otros, sucesivamente, si se ha obtenido éxito en aquél.

Operaciones por líneas exteriores. — Son las que realiza el que se encuentra en la periferia, concéntricamente.

Operaciones combinadas. — Son aquellas en que toman parte elementos de más de una rama de las fuerzas armadas (ejército y marina para esta historia); cuando la acción es conjunta y simultánea sobre un objetivo y las fuerzas terrestres recién transportadas, se las denomina **anfibias.**

Táctica. — Se refiere al empleo de las tropas en el combate o batalla y en vista inmediata de éstos.

Envolvimiento. — Es el ataque dirigido contra el frente y contra uno o ambos flancos del enemigo. En el último caso presupone manifiesta superioridad.

Ataque frontal. — Es la acción decisiva llevada sobre una parte del frente enemigo buscando la ruptura para crear flancos y envolver; generalmente se realiza cuando no es posible el envolvimiento directamente. El éxito es más difícil y a menudo de resultados menos importantes y decisivos que con el envolvimiento.

Aferrar. — Procedimiento para impedir que el enemigo se substraiga a nuestra acción.

Batalla. — Es la lucha en que participa el conjunto o la masa principal de las fuerzas que actúan en un teatro de operaciones y siempre que los efectivos sean importantes; tiene trascendencia operativa y estratégica.

Combate. — Es la lucha que se produce entre adversarios de efectivos pequeños. Aunque se realice en forma independiente de la masa principal es de poca trascendencia generalmente y su influencia estratégica secundaria.

Batalla con frente invertido. — Es aquella en que ambos adversarios, en vez de dar la espalda a sus líneas de comunicaciones, las dan el frente. Al derrotado se le hace casi siempre imposible la retirada hacia la base de operaciones y puede ser aniquilado.

Vanguardia. — Es la fracción de tropa encargada de asegurar al resto de las fuerzas su marcha hacia el enemigo. En la retirada se llama retaguardia. En este compendio el término vanguardia, referido a acciones del pasado, tiene normalmente una acepción operativa. Se trata casi siempre de agrupaciones, muchas veces mixtas, adelantadas (destacamentos), con poder para actuar cumpliendo su misión aisladamente contra enemigo no muy superior, y que, en la lucha, por lo común, no deben esperar apoyo de las fuerzas principales. Su misión es a menudo de seguridad operativa o retardante; pocas veces de sacrificio.

Como las designaciones precedentes son de aplicación a guerras del pasado, no se ha hecho referencia alguna a las operaciones aéreas, hoy tan importantes.

PRIMERA PARTE

LA GEOGRAFIA EN NUESTRAS GUERRAS

CAPITULO I

El porqué de una parte geográfica militar previa. — Con el propósito de ilustrar al lector sobre las condiciones o características geográficas generales de nuestro país y de los vecinos, como también de las particulares de las regiones especiales de los mismos países, conocimiento que es indispensable, tanto para el escenario general, como para los particulares o locales, donde los actores han desarrollado el drama apasionado de nuestras guerras, durante las campañas que registra esta historia, lo mismo que para asentar consideraciones estratégicas y operativas relacionadas con la geografía de esos teatros, las hemos reunido, precediendo a la parte histórico-militar propiamente dicha. Este arbitrio nos exime de anteponer a cada guerra o campaña una descripción geográfica, aún sucinta, para conocer el ambiente en que se ha desarrollado, lo que alargaría este compendio, con la repetición que aparecería para iguales teatros de guerra u operaciones, puesto que distintas contiendas y campañas se han efectuado en una misma región y aún zona geográfica, como, por ejemplo, la zona costera al oeste del río Paraná entre Santa Fe y Buenos Aires, que ha sido teatro de numerosas campañas de nuestras guerras civiles; y, por analogía, la actual república Oriental del Uruguay, que lo ha sido en aquéllas y también en las exteriores.

Subdivisión en regiones. — Así, un panorama general de nuestro país y vecinos ofrecerá una impresión geográfica física y antropogeográfica histórica de esta parte del continente, y los esbozos geográfico-operativos darán una noción, creemos clara, sobre regiones determinadas por el autor, tanto por las características geográficas distintas, como por haberse realizado en ellas especiales guerras o campañas. Tales regiones son las siguientes:

Región del litoral y sur de Río Grande del Sur, que comprende la Mesopotamia argentina, la república Oriental del Uruguay, el sur de Río Grande del Sur, sur de Santa Fe, norte de Buenos Aires y sur de Paraguay. (Croquis Operativos Ia, Ib y Ic.) *

* Los Croquis operativos, cuyas designaciones aparecen en forma abreviada muchas veces, se insertan al final del primer tomo.

Región del centro argentino, que encierra las provincias de Córdoba, San Luis y Santiago del Estero, excepto la parte sur de las dos primeras y la nordeste de la última (todas éstas ocupadas por los indios). (Croquis Op. II.)

Región del noroeste argentino y Alto Perú, que comprende las provincias de Salta, Tucumán y Jujuy — excepto la parte este de la primera (Chaco salteño) — y Alto Perú. (Croquis Op. III.)

Región del oeste argentino y Chile, que integran Catamarca, La Rioja, San Juan y Mendoza — menos la parte sur de ésta, ocupada por el indio — y la parte central de Chile. (Croquis Op. IV.)

Región de Perú, que comprende el país epónimo, excepto su extremo sur. (Croquis Op. V.)

Región del sur argentino, que encierra el centro y sur de Buenos Aires, sur de Mendoza, de San Luis y de Córdoba, toda La Pampa y la Patagonia. (Croquis Op. VI.)

Región del Gran Chaco, constituída por Formosa, Chaco, el norte de Santa Fe (Chaco santafecino), el nordeste de Santiago del Estero (Chaco santiagueño) y este de Salta (Chaco salteño). (Croquis Op. VII.)

CAPITULO II

PANORAMA GEOGRAFICO MILITAR *

Las regiones consideradas en los subsiguientes esbozos geográfico-operativos forman reunidos el escenario general de todas las gnerras en que han intervenido fuerzas terrestres argentinas, y que va desde Perú — también Ecuador — hasta la Patagonia por el oeste, y desde Río Grande del Sur (Brasil), también hasta la Patagonia, por el este. Las operaciones navales tuvieron un teatro aún mucho mayor.

De tan vastísimo campo de acción militar, dichos esbozos permiten derivar condiciones y características geográfico-militares coincidentes para todo él, como también distintas, según las regiones, que hemos de asentar panorámicamente en seguida.

Las cuatro partes histórico-guerreras que comprende este libro (III a VI), nos irán mostrando cómo y por qué la geografía administrativa de 1810 fué modificándose a raíz especialmente de los acontecimientos político-militares. Mas, si bien la situación general del gran panorama geográfico-político — que en seguida se expresa — fué cambiando, creándose países independientes, surgidos de las grandes entidades político-administrativas del tiempo de la colonia (virreinatos del Perú y del Plata, y capitanía general de Chile), siguiendo totalmente o no las subdivisiones o configuraciones que tenían (intendencias y provincias), esas regiones sintieron por lo común, al formarse y tomar sus límites o mantener zonas separadoras provisionales, la gravitación fundamental de las condiciones geográficas imperantes. En suma, puede decirse que la historia, la geografía y la política, interdependientes y concurrentes, influyeron en esas creaciones.

*** Ver Croquis general (América del Sur).**

Países que comprende el Panorama. — Conviene recordar, por ser punto de arranque político, que en 1810, cuando comienza nuestra historia nacional, el gran escenario estaba constituído por el estado de Río Grande del Sur (Brasil), el virreinato del Perú (actual república de Perú), comprendida también la parte norte del actual Chile; por la capitanía general de Chile (hoy Chile, menos su parte norte); y el virreinato del Río de la Plata (actuales repúblicas Argentina, Paraguay, Bolivia y Oriental del Uruguay). La República Argentina del presente comprendía la provincia de Buenos Aires, constituída por las actuales provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes (estas dos fueron una sola: Entre Ríos), Chaco hasta el Pilcomayo y las Misiones Occidentales (zona ésta contigua al Uruguay desde el Miriñay al norte); la intendencia o provincia de Córdoba del Tucumán, que comprendía esta provincia y las de La Rioja y Cuyo (ésta, integrada por Mendoza, San Juan y San Luis actuales); la intendencia de Salta del Tucumán que contaba las actuales de Tucumán, Salta, Santiago del Estero, Catamarca y Jujuy (Tarija también pertenecía a esta intendencia); y las tierras Patagónicas que, en la región ocupada por los indios dependía de Buenos Aires. La actual república de Paraguay, con algunas diferencias, era la intendencia del mismo nombre; y también Bolivia, que comprendía las intendencias de la Paz, Cochabamba y Potosí, la presidencia de Charcas y las provincias de Mojos y Chiquitos. Es necesario saber que las Misiones eran territorios poblados por indios, que antes habían reducido los jesuitas, y que en lo que interesa a nuestra historia ocupaban aún zonas a cada lado del río Uruguay, llamadas, según su situación respecto a éste, Misiones Orientales y Misiones Occidentales, subsistiendo en 1810 diez poblaciones escalonadas sobre la margen oeste y siete sobre la del este, de las fundadas por aquellos religiosos [1].

Regiones excluídas para las guerras de la independencia y exteriores como teatros de operaciones. — Los territorios indios o sean los ocnpados por éstos en 1810 — donde dominaban — y por los cuales los blancos no pasaban o sólo podían hacerlo generalmente con su aquiescencia o con fuerzas militares dispuestas a la lucha, eran en el territorio que tratamos: los del sur argentino y chileno; los del norte de nuestro país y oeste de Paraguay (Gran Chaco); los del este de Alto Perú y Bajo Perú; y los del sudoeste de Brasil (Río Grande).

En el sur argentino la línea general de frontera interior, que separaba al blanco del bárbaro, empezaba aproximadamente en el este a unos pocos kilómetros al norte del río Salado del sur (Croquis Op. VII), siguiendo por Rojas (en Buenos Aires), Melincué (en Santa Fe), la Carlota y Río Cuarto (en Córdoba), tocaba el río Quinto en San Lorenzo (San Luis) y seguía por el río Diamante (en Mendoza). En la parte meridional y oeste del actual Río Grande del Sur (Brasil), entre el Cuareim y hacia el norte, era una línea como a unos 80 Km. al este del río Uruguay. En el nordeste argentino era la línea del río Miriñay prolongada hacia el norte hasta el río Paraná, comprendiendo también la actual provincia de Misiones; en la provincia de Santa Fe actual (Croquis Op. Ic), empezaba su límite desde el arroyo del Rey al oeste, y luego, siguiendo el río Salado o Juramento — desde aquí en el Gran Chaco — hasta el fuerte de Pitos, continuando por los ríos Grande de Jujuy y San Francisco, y finalmente hacia el norte por el este de Orán; en

---

[1] Los conquistadores y civilizadores españoles se despreocuparon de establecer límites precisos no sólo entre las distintas gobernaciones y provincias de sus colonias sino aun entre sus capitanías y virreinatos. Esto trajo conflictos entre los países una vez independizados, de los cuales algunos desembocaron en luchas armadas.

Alto Perú y Bajo Perú toda la región este de ambos países llamada de la montaña, donde empieza a ser boscosa y llana, era dominio indígena.

Como pasando esas líneas de frontera interior con el indio, aparte de la presencia de éste, reinaba en general el desierto y obstáculos naturales de gran magnitud y faltaban objetivos operativos y estratégicos, puede establecerse que allí no se realizarían operaciones militares de importancia en la guerra exterior y excluirlas del gran escenario como teatros de operaciones en el comienzo de nuestra historia. Así, descartamos Misiones, la mitad norte de la provincia de Santa Fe (Chaco santafecino), el nordeste de Santiago del Estero, el este de Salta, el resto del Gran Chaco, las dos terceras partes del sur de la provincia de Buenos Aires y la Patagonia. El oeste de Salta, Catamarca, La Rioja, San Juan y Mendoza, de alta montaña, también debe descartarse, salvo como líneas obligadas de tránsito por contados caminos.

Con lo dicho tenemos una impresión general sobre las partes en que no se luchó en nuestras guerras exteriores y civiles. Mas en la guerra con el indio fracciones de esas zonas fueron holladas por las fuerzas y ocupadas sucesivamente, a veces por lapsos transitorios, otras con carácter definitivo, y así, cada vez más, en especial y primeramente la parte sur de Buenos Aires, pasaron a ser conquista de la civilización.

Lo expresado no significa que en las zonas de obstáculo descartadas fuera absolutamente imposible actuar y que pudiera descuidárselas, pues, como se verá, también por allí se llevaron empresas, aunque de efectivos reducidos que produjeron sorpresas.

En todas estas líneas limítrofes de frontera interior los españoles tuvieron sus cordones de fortines, más o menos guarnecidos, pero, a partir de 1810, con motivo de la revolución, las reducidas fuerzas permanentes allí situadas y que defendían las fronteras e impedían bien o mal los avances indígenas hacia las regiones ocupadas por el blanco, fueron retiradas casi totalmente en determinados períodos para hacerlas intervenir en la guerra de la independencia, y en las civiles y exteriores. Ante ese estado de desamparo los indios volvieron a arrasar las tierras cristianas y a reivindicar sus dominios. En Santa Fe — para citar un caso — debió retrasarse la línea defensiva hasta muy cerca de la capital, lo que impuso el abandono del camino directo Santa Fe, Santiago del Estero para tomar otro, el por Córdoba, más largo, que es el que más adelante se describe.

Situación relativa. — Este gran teatro queda muy alejado de los centros de civilización y progreso de la época (Europa y Estados Unidos) y separado de ellos por el mar. De tan enorme distancia (12.000 Km. a Londres) debían llegar durante todas las guerras que narraremos, los elementos que en América no se fabricaban, como barcos y armas portátiles, fundamentalmente. De allí debían concurrir pues los recursos y medios para uno y otro bando; si es en la guerra de la independencia, las órdenes o directivas, tropas, armas, etc., para los realistas, y los citados elementos (barcos y armas) para los revolucionarios; si es en las guerras en que Argentina lucha contra otros estados americanos (guerras con Brasil, con Uruguay y con Paraguay), también barcos y armas. Se comprende pues la importancia que por esto sólo asumían el dominio del mar, el del río de la Plata y el de los grandes ríos interiores: Paraná, Uruguay y Paraguay, y las dificultades (financieras, de creación, organización, etc.) que las Provincias Unidas deberían vencer en el primer período a fin de contar con flotas y escuadrillas, lo mismo que para Chile y Perú, para luchar con las fuerzas españolas de mar y río. Durante otras guerras, como las con Brasil y la sostenida contra la alianza de hecho de Uruguay y Francia, y después contra Uruguay, Francia e Inglaterra, son de imaginar las dificultades operativas y estratégicas que se presentarían a nuestras fuerzas en la lucha terrestre, por el dominio

incontrastable que ejerció el enemigo en las aguas, surgido de su poderío marítimo, al que el país no podía oponer suficientes fuerzas, dada su escasa riqueza comparada con aquellas naciones, situación agravada siempre por nuestras guerras civiles.

Esa situación relativa del escenario que tratamos con respecto a Europa, hizo que de la base de operaciones principal realista (España), fuera sumamente precario, lento y a veces tardío el apoyo militar que la metrópoli prestó a los encargados de mantener sus provincias en América, por las distancias, por la pobreza de poder naval desde 1805 (Trafalgar), por la lentitud administrativa de la Corona y por las complicaciones políticas — a veces guerras — en que la misma España estuvo envuelta durante el lapso de 15 años que duró la guerra de liberación sudamericana[2]. Esto obligó a los gobernantes delegados del poder central español en las colonias, a buscar los medios para arreglarse por sí contra la revolución, muchas veces con sólo los recursos ya existentes en ellas, tanto en hombres, como en barcos, armas, etc. Esas líneas de comunicaciones comprendían hasta el Plata, desde la base española (Cádiz), aproximadamente unos 9.000 Km.; hasta Chile (Valparaíso) si debían prolongarse por el cabo de Hornos o el estrecho de Magallanes, 13.800 Km; y hasta Perú (Callao), 16.000 Km. Ahora bien, si se recuerda que las embarcaciones eran de madera y de vela en esa época, y la influencia de las calmas o las tormentas y del enemigo (incluso corsarios), agravado esto en el caso de convoyes por la rémora que imponen los barcos de menor velocidad, puede apreciarse el prolongado tiempo que necesitaban para llegar a destino. Debemos agregar a ello los siniestros producidos en tan largo recorrido, especialmente frecuentes en la parte más meridional del Atlántico y del Pacífico, con tan frágiles medios de navegación[3]. Calculábase entre cuarenta y sesenta días el viaje al Plata, y en noventa a ciento veinte a las costas del Perú, según los vientos[4].

Interesa también saber que dentro del mismo escenario la distancia marítima desde Buenos Aires a Valparaíso es de unos 4.800 Km. (cincuenta a sesenta días de navegación) y a Callao de 7.000 kilómetros.

Relieve y red fluvial. — En territorio argentino la mayor extensión del teatro de las guerras se desenvuelve en una llanura inmensa (pampas) flanqueada al oeste por la enorme cordillera de los Andes, en la que se encuentran picos coronados de nieves eternas, y en el resto, salpicado por pequeñas cordilleras: Córdoba, San Luis, Santiago del Estero y Buenos Aires. Por consiguiente, menos cuando hubo que trasponer los Andes hacia el oeste o noroeste, la guerra tuvo las características de operaciones de llanura y las fuerzas se organizaron para ellas, siendo en este teatro llano la actuación más frecuente y, salvo la guerra de la independencia y algunas campañas de las guerras civiles y la guerra con Bolivia, que tuvieron también por escenario terrenos montañosos, todas

---

[2] De entre los muchos casos que muestran las dificultades y demoras en las comunicaciones de España con sus provincias del Plata, y sus consecuencias, vamos a citar dos. El de la llegada de la declaración oficial de guerra a Portugal (1800), que ocurre recién un mes y medio después de haberse ajustado la paz entre ellas el 6 de julio de 1801 (por otro conducto se la supo antes). Y el de esa paz, que es conocido recién a fines de 1801, continuando entre tanto las hostilidades en el Plata.

[3] "Más de dieciséis expediciones (con 42.120 soldados hasta 1818) abandonaron las aguas españolas para reforzar el tambaleante poderío de los ejércitos realistas en América, y regimientos enteros fueron sepultados por tempestades y vientos en los mares, sin poder entrar en acción". (Quartaruolo).

[4] Pueden inferirse también las demoras en las gestiones, etc., a realizar en Europa, por los rioplatenses, lo mismo que las de los realistas, considerando que el viaje redondo al Plata, sólo, imponía cuatro meses de navegación. Por ello muchas veces las decisiones de la Corona fueron inoportunas al llegar, pues las bases de ellas habían cambiado total o parcialmente. Lo mismo ocurriría a los patriotas. Cosa parecida pasaría también en el dilatadísimo escenario terrestre sudamericano, por lo que correspondía dar mucha independencia de resolución a los altos mandos políticos y militares.

las demás se desarrollaron en los llanos del litoral, del centro argentino, y del este de nuestras provincias andinas.

En esas regiones el terreno facilitaba la movilidad operativa, desde el punto de vista de su relieve: no siendo siempre lo mismo desde el aspecto hidrográfico, pues los grandes ríos del litoral y la densa red de sus afluentes, las retardaban, por sus caudales normales y más por el que tienen con las crecientes periódicas, debidas a las lluvias — no digamos de las extraordinarias que son enormes —, ya que la carencia de puentes era absoluta en los grandes ríos y casi completa en los demás. En las regiones montañosas esto tenía una influencia aún mayor por lo encajonado de los ríos y su torrencialidad.

El Paraná, el Paraguay, el Uruguay y el Plata, caudalosos y anchos, constituían harreras que proporcionaban facilidad a una defensa operativa, por la gran dificultad para cruzarlos.

A la república del Uruguay — parte de la región que llamamos del litoral — cábenle en general las mismas características geográficas y sus influencias operativas que a la llanura argentina, lo que, en cambio, no puede hacerse extensivo al territorio paraguayo en su extremo sudoeste — que fué teatro de operaciones principal en la guerra de la Triple Alianza —, pues si bien es llano en general, resulta distinto respecto al resto de la región que tratamos, por la existencia de grandes zonas inundadas, pantanosas, con bosques densos, palúdicas y carentes de caminos, todo lo cual imponía una constitución de las fuerzas y una forma de operar y combatir peculiar y distinta, tanto a las de montaña, como a las de las pampas abiertas del litoral, centro y sur argentinos.

La cordillera de los Andes, enorme macizo por su ancho y altura — distinto, sin embargo, según la región que se considere — fué desde la colonia un factor geopolítico muy importante que sirvió para deslindar los confines del virreinato del Río de la Plata y la capitanía general de Chile, extendido con la independencia, no sin serias dificultades. Constituía tal cordillera, como gran obstáculo, una suficiente seguridad para defender nuestra frontera oeste con relativamente pocas tropas ante una invasión; lo mismo las sierras del noroeste argentino y el bloque de la Puna, para una invasión desde el norte. En Chile, Bajo y Alto Perú, los territorios en que podía desenvolverse la guerra eran preponderantemente montañosos y por lo tanto, la constitución, organización, etc., de las fuerzas, y las operaciones, debían amoldarse a sus características e influencias.

Concretándonos a los cursos de agua, cabe decir que los grandes ríos del litoral (Plata, Paraná, Uruguay y Paraguay), donde tienen profundidades de más de dos metros, permitían el empleo de grandes embarcaciones y grandes chatas. En los demás cursos de agua, y sólo en pocos y en su curso inferior, la navegación menor era realizable. Aparte de los desbordes de los grandes ríos citados y los importantes de la muy desarrollada red del litoral: Bermejo, Pilcomayo, Negro, Mocoretá, Miriñay, Gualeguay, etc., con riberas inundables, en algunas partes hasta más de 2 Km. (sumadas ambas), hacían que el tránsito para vehículos quedara impedido hasta por varias semanas. Como se carecía de puentes, imponíase entonces en los grandes y medianos ríos y aún en los arroyos, el transbordo, en aguas altas. La carencia de unidades de pontoneros hasta muy adelantado el siglo XIX, impuso también este procedimiento de franqueo. En bajante sólo el Paraná y el Paraguay no daban vado en toda su extensión en territorio argentino.

El agua subterránea, que tan útil hubiera sido en nuestras extensas regiones áridas y semiáridas, de clima seco y carentes de aguas superficiales, no era extraída por falta de obras al respecto suficientemente importantes, de manera que, no estando generalmente dotados los ejércitos o agrupaciones de elementos para ello, y siendo allí muy considerable el espesor de las capas que debían perforar, había que descartar su utilización en las ope

raciones militares. En la región del litoral, la inexistencia de perforaciones era aún mayor, aunque el agua está a poca profundidad, por lo que en los años de gran sequía el problema militar era semejante al de las regiones áridas.

Clima. — La situación geográfica del enorme teatro de nuestras guerras, que abarcó territorios de zonas tropicales, templadas y frías, y aún ecuatoriales, es decir, de muy distinta latitud, por ello sólo ya expresa la variedad de su clima continental, según las regiones, en cuanto a temperatura, vientos, lluvias, presión, etc., a lo que se suman, para hacerlo diverso, las corrientes marinas y las grandes diferencias de altitud, que van casi desde el nivel del mar, en las franjas litorales y pampas (Argentina), hasta casi los 5.000 m. de altura en algunos puntos de pasaje (portillos), de la cordillera de los Andes en Mendoza y San Juan. Esta diversidad de climas influyó sobre la dotación y actividades de las tropas, eliminando zonas (páramos, travesías sin agua) y restringiendo las épocas para la operación (difíciles en verano e invierno en ciertas regiones—Chaco y los Andes—respectivamente, por la temperatura).

Pero como la mayor extensión está situada o participa del clima templado, en ésta, desde el punto de vista del clima, las actividades de guerra son siempre realizables, salvo los cortos períodos de grandes lluvias o sequías muy prolongadas.

Es indudable que extendidos movimientos que crucen el territorio argentino, pasando de sus pampas a la zona montañosa de los Andes argentino-chilenos o altoperuanos, aparte de su enorme recorrido, se verían muy influídos por las características que resultan del clima muy distinto (pasaje del calor al frío, de la humedad a la sequedad, de la abundancia de agua a su falta, de la vegetación abundante — pastos especialmente — al yermo casi absoluto (travesías). Esto fué lo que tuvieron que vencer las tropas que operaron hacia Alto Perú y Chile y en estas mismas regiones. También sufrieron las influencias climatológicas muy intensamente las fuerzas aliadas y españolas al marchar del litoral a la Sierra en Perú y viceversa (campañas de Arenales, Canterac, etc.), aunque allí, de la zona naturalmente pobre del litoral se pasaba a la productiva de la Sierra. Esta gravitación del clima en las características antropogeográficas de los territorios, imponían medidas oportunas de organización o reorganización, alojamiento, marcha, etc., de las tropas, que los conductores debían prever y realizar.

Ganadería y agricultura. — Las dilatadas llanuras que a través de las pampas se extienden hasta los Andes, contenían una gran cantidad de ganado vacuno y caballar; y en las sierras, los animales productores de lanas (ovejas, llamas, vicuñas, guanacos) que daban la materia prima para tejer bayetas, frazadas, ponchos, pellones, jergas, etc. Nuestro país y Uruguay tenían, pues, carne, cueros y lana en abundancia, siendo la ganadería su principal y casi única riqueza. De lo dicho surge que los animales de silla, carga y tiro eran muy numerosos, y en este aspecto también los ejércitos podían estar muy bien dotados si las contiendas no se prolongaban mucho y se hacía un uso consciente de ellos, lo que no siempre ocurriría, pues casi de continuo se los trataba sin mayores consideraciones y eran destruídos. La mayoría de las veces los yeguarizos eran tomados chúcaros, inmediatamente antes de una campaña, y aún durante ésta, y redomones, a menudo, marchaban, haciéndose caballos durante las operaciones — si sobrevivían a ellas —, siendo reemplazados por nuevos potros en semejantes condiciones. El mal cuidado, el debilitamiento que se produce por ser el pasto natural su único alimento y el elevado calor o las continuas lluvias en el litoral, en ciertos períodos, produjeron bajas asombrosas. Durante la guerra con Paraguay, por ejemplo, el regimiento San Martín, en la Mesopotamia, reemplaza cinco caballos por

jinete en 15 días; los animales de tiro en la columna Gelly y Obes fueron reemplazados cuatro veces en 110 días para recorrer 500 kilómetros [5].

La yegua no fué usada para silla sino excepcionalmente, y pasados años luego de la independencia. El caballo sudamericano en general, y en particular el rioplatense, era de pequeña alzada, ágil y resuelto. El criollo y el indio lo hacían de muy buena rienda, facilitando con ello el uso de la lanza y el sable en el entrevero. El buey fué el animal más utilizado para el arrastre de las carretas y de la artillería en cureñas.

Por la existencia de numerosos vacunos la alimentación básica y casi exclusiva de los hombres era la de su carne hasta 1820; después se consumió también la ovina; cuando no había vacuna u ovina o cuando convenía a la movilidad de la campaña se consumió también la carne de yeguarizo, alimento habitual del indio sureño; a falta de otros sirvieron los asnales y mulares jóvenes. El charqui (carne desecada) de vacuno, a veces de equino, era un recurso de alimentación para casos de urgencia o en zonas donde faltaba el ganado en pie (cordillera, etc.) o por cualquier otra circunstancia. También formaba parte de la ración del soldado la yerba mate y el tabaco; para Argentina, Uruguay, y Chile eran productos de importación.

La existencia de extensas praderas naturales en toda la extensión del territorio del litoral y centro, permitía sin más la alimentación del ganado de uso militar, siempre que no se produjeran sequías prolongadas, pues, siendo su única subsistencia, se debilitaba y aún sucumbía, desde que los pastos cultivados eran de existencia poco menos que nula en esas regiones y el forraje en base de grano, casi desconocido para la masa de las tropas en el medio siglo inicial de nuestras guerras. En los valles más cercanos a la cordillera se cultivaba alfalfa, supliendo en tales teatros la falta de pastos naturales suficientes.

No había que descartar el transporte del agua y la leña en ciertas travesías desérticas del interior de los distintos países. En el equipo del soldado— también del indio — fué común el empleo del "chifle" (cuerno de vacuno, hueco por naturaleza), para el transporte y provisión individual del agua.

Las industrias y el comercio. — En la primera época de nuestra nación las industrias no mostraban mayores vestigios de desarrollo en el Río de la Plata y menos aún en el resto del escenario. La metrópoli (España) tampoco las tuvo de importancia, en especial la fabril. Nuestro país, Uruguay y Río Grande encontrábanse en el período de la ganadería

[5] Por las contingencias propias de las operaciones y los combates, y por el mal trato, descuidos de su salud y defectos de las monturas y demás arreos, y de la alimentación, los yeguarizos y mulares muertos o inutilizados en nuestras guerras suman millones, aserto que asentamos abonado por Eduardo Ramayón en su libro "Las caballadas en la guerra con el indio". Los dichos animales, cuando pertenecían al Estado, eran llamados "Patrios" y para distinguirlos como tales, durante muchos años, se les cortaba a cuchillo la oreja izquierda (sin esta mutilación podían también ser patrios). Unos y otros eran de alzada media, y por ello, mejores — como animales de guerra — para operar en nuestras regiones montañosas y en las de Bajo y Alto Perú, lo mismo que en las selvas y montes del noroeste, norte y sur argentinos.

El caballito criollo era generalmente incorporado en vísperas de las operaciones o durante ellas, según lo dicho, es decir que era domado y enseñado entonces para las faenas de la guerra. Sin embargo, tal aptitud, algunos la habían adquirido ya antes de la campaña (caballos de oficiales y suboficiales, especialmente), pero en su transcurso, a poco de prolongarse, también debían ser reemplazados, por las causas referidas y los nuevos preparados como la masa. Aparte de las mencionadas, había otra causa para su disminución en las tropas, inevitable, cual era la de servir de alimento a los hombres, cuando se habían agotado las subsistencias normales y no se podían procurar otras. Así ocurrió, entre otros muchos casos, en la campaña de Alvear en la guerra con Brasil — comprendidos bueyes — y en la de Villegas en Neuquén; aquí hubo que comerse hasta los caballos blancos, los mimados del general.

A pesar de la enorme cantidad de yeguarizos con que iniciamos nuestras guerras, fueron éstas tan frecuentes y prolongadas, que muy pronto hubo que declararlos "artículo de guerra" y prohibir su exportación.

y apenas en el comienzo del agrícolo y en sólo ciertas zonas. En Perú, Alto Perú y Chile la industria extractiva había cobrado cierta importancia, siendo algunas de las materias primas extraídas (cobre, hierro, estaño, etc.), útiles y necesarias a la industria de guerra. Recién a mediados del siglo XIX empieza a organizarse la ganadería e iniciarse la agricultura en el litoral.

En todas las regiones que abarca el escenario general, a pesar de la buena voluntad y dedicación puestas de manifiesto, hubo armas portátiles de fuego que no se pudieron fabricar en cantidades apreciables [6], de manera que en esto se estaba supeditado al extranjero, como ya se ha dicho. Por ello, en este aspecto los ejércitos de la revolución y posteriores, tuvieron serias dificultades, ya que se carecía de fábricas rendidoras y del numerario en las finanzas nacionales para adquirir esas armas y materia prima, y porque la escasa instrucción de las tropas en general influyó en su inutilización prematura, puesto que las compradas eran casi siempre de mediocre calidad.

El vestuario y el abrigo de la gente del pueblo y de las tropas, lo mismo que los carruajes, arneses, sillas (recados), y correajes, utilizados en las fuerzas armadas, aunque rudimentarios, se hacían en América, generalmente.

Las tareas de las poblaciones de la llanura argentinouruguayariograndense, especialmente relacionadas con una ganadería rudimentaria, permitían obtener un gran porcentaje de movilizados, apto para la guerra, sin mayor perjuicio para la vida del país, bastante superior al del resto del escenario, donde predominaban las ocupaciones agrícolas y mineras.

El comercio exterior del centro y litoral del virreinato del Río de la Plata y luego de las provincias independizadas hacia Europa, se realizaba por el Plata y casi exclusivamente por Buenos Aires, y consistía principalmente en productos de la ganadería (cueros, carne salada y sebo). En cambio, el comercio de las provincias andinas y del noroeste se realizaba preferentemente con Chile, Alto y Bajo Perú, por ser mejores mercados para sus productos (ganado vacuno y mular especialmente) y porque para ellas resultaban más cercanos Chile y Alto Perú, que Buenos Aires. De regreso, las caravanas conducían manufacturas europeas entradas por el Pacífico.

Ahora bien, desde el tiempo de la colonia, por la funesta institución del puerto único y final de la navegación de registro española: Buenos Aires, y el cobro en él y para la provincia metrópoli de los derechos de aduana, y la codicia y egoísmo de sus comerciantes, que en ningún momento quieren desprenderse de esos privilegios, surge una odiosidad de los pueblos del litoral e interior, incluso Paraguay y Banda Oriental, hacia los "porteños", lo que explica, como una causa — geopolítica — gravitante, los desmembramientos territoriales que se suceden (Paraguay, Alto Perú y Uruguay) de lo que fuera virreinato del Río de la Plata, y también nuestras guerras civiles con Buenos Aires.

Vías generales y medios de comunicación. — Los caminos en toda la extensión del escenario, externos e internos, una simple huella marcada por las ruedas de los vehículos o senda señalada por el casco de las mulas y caballos, eran pocos y de tierra natural y constituían más que todo un rumbo — esto en los de llanura — hacia los vados o lugares de pasaje de los cursos de agua. Después de cierto tránsito por ellos o a raíz de lluvias, se los cambiaba, tomándose la ruta al costado de los anteriores, sin alejarse, puesto que por la

[6] En Buenos Aires, Tucumán, etc., hubo fábricas de armamento portátil de fuego (fusiles, carabinas, etc.), pero su producción era casi insignificante. También se fabricaron cañones, obuses, culebrinas, pólvoras, municiones; en medida suficiente.

anterior huella era la parte donde, por el polvo o por el barro o la profundidad de las marcas dejadas por las carretas o carretones, resultaba más difícil el tránsito.

Esos pocos caminos bastaban sin embargo para asegurar las comunicaciones entre los pueblos y con los países vecinos, no habiendo mayores dificultades para el transporte en la llanura, dadas las condiciones del suelo y la escasez de pendientes, salvo en épocas de lluvias, en que se tornaban casi intransitables, constituyendo los ríos y arroyos, casi siempre, obstáculos, ya que normalmente no contaban con puentes, lo que obligaba en el litoral a despuntarlos, y aún en su comienzo y, más, en el resto de su curso, a improvisar medios de transbordo o a esperar el descenso de las aguas, trastornando los designios del comando militar.

En la primera época de nuestra era nacional, la carencia de cartas militares para operar y del terreno para combatir, dificultaba la conducción. Fuera de los caminos y en el desierto el baqueano resultaba por ello un guía generalmente indispensable, aunque no siempre de fiar, para las tropas; ellos sabían conducir a los vados poco conocidos fuera del camino principal y a las aguadas, y durante las noches oscuras. El indio solía ser baqueano muy bueno, por conocimiento e instinto. Los jefes militares que, a la par de tales, eran baqueanos del territorio de operaciones, como Artigas y Rivera en la Banda Oriental; Güemes, Estanislao López, Quiroga, Peñaloza, y Varela, en Argentina, disponían a su favor de una ventaja muy importante, a veces fundamental, en sus campañas.

Dentro de la rala red de caminos del gran teatro había tres rutas principales y tradicionales: el camino a Chile [7], el de Perú y el de Paraguay; esta última ruta doble: terrestre y fluvial; todas ellas intensamente transitadas, conocidas, como otras principales, con el nombre de "carreras", por los españoles. La primera [8] (Croq. Op. II y IV), común con la segunda hasta unos 500 Km. de su origen, salía de Buenos Aires, seguía por Río Cuarto, San Luis, Mendoza a Chile (Valparaíso); cruzaba pocos ríos en territorio argentino: el Saladillo — cerca de su desembocadura —, el Cuarto, el Quinto, el Desaguadero, y en Mendoza — ya en la cordillera — el epónimo. El traslado general a Mendoza se hacía en carretas en unos 30 a 50 días, habiendo en el recorrido agua y pastos; líneas de fortines la protegieron de las indiadas del sur, aunque no con bastante seguridad. El de Perú [9] (Croq. Op. Ic, II y III), común con el anterior hasta el Carcarañá (Posta de Medrano, después Ballesteros), según se dijo, llegaba hasta Villa del Rosario (hoy Rosario de S. Fe), seguía por Córdoba, Santiago del Estero, Salta y Jujuy en territorio argentino; corría por

---

[7] Una vez creado el virreinato del Río de la Plata y en ejecución el reglamento de Comercio libre (1778), afluyó a Buenos Aires desde Chile y Perú — utilizando el mar hasta Valparaíso y siguiendo a través de la cordillera a lomo de mula, en la época propicia — mucha de la producción de ambas jurisdicciones; también caudales de la Corona y aún tropas relevadas españolas, evitándose así la enorme travesía terrestre por Bajo y Alto Perú, en éste por los territorios desolados y yermos del Altiplano. De Buenos Aires mucha de esa producción (incluso metales), proseguía por mar. Semejante fué la actividad desde Buenos Aires por dicho camino.

[8] En tiempos de la colonia, este camino, denominado "de las carretas a Mendoza", iba de Guardia de Luján (hoy Mercedes) (ver croquis Op. VII), por Areco, Salto, Pergamino, India Muerta, Loreto, Las Tunas, La Carlota a Río Cuarto y de allí seguía por el itinerario que se indica en el texto.

En la segunda mitad del siglo XVIII contaba esta carrera con 36 postas para el recorrido de algo más de 1.500 Km., hasta Santiago de Chile. Este itinerario debió cambiarse por otro de más al norte — que surge de la descripción — para evitar los asaltos de los indios sureños, el que en forma alguna tampoco resultó bastante seguro contra éstos y los handidos.

Es de hacer notar que este fué el único camino trascontinental e interoceánico de la América del Sur.

[9] En la segunda mitad del siglo XVIII contaba esta ruta con 122 postas para el trayecto de unos 4.000 Km. hasta Lima.

la margen sur del Carcarañá (Tercero), aguas arriba, atravesando este río en Villa Nueva (Villa María), por un buen vado, lo mismo que el Segundo, hasta llegar a Córdoba; después, doblando al norte, lo hacía entre sierras bajas, hasta entrar en la provincia de Santiago del Estero, sin que faltaran agua y pastos, lo que no ocurría ya en esta provincia (travesía de Ambargasta) donde, con sequía, escaseaban una y otros; pasada la capital (Santiago) y hacia el norte se cruzan bosques altos, pero poco espesos [10]; ya en Tucumán, para seguir de su capital a Salta, hay que salvar el Salí, muy torrentoso en verano y por ello difícil de cruzar. En todo el recorrido reseñado hasta Jujuy, el camino es carretero, pero difícil al último, por los frecuentes arroyos, bosques, pendientes; de Jujuy al norte había que dejar los vehículos, haciendo los transportes a lomo, en territorio argentino, pues se está en la montaña, lo mismo que en todo el trayecto de Alto Perú y gran parte de Perú. Separan Buenos Aires de la Quiaca, por este itinerario, unos 2.250 Km. Hasta Salta, desde Buenos Aires, las carretas demoraban de setenta a noventa días. Para salvar las travesías, había que acarrear agua en barriles etc. Acaso por el menor recorrido de esta ruta, desde Buenos Aires hasta Lima, o por no tener que salvar [redacted] Andes — cerrados por la nieve durante la mitad del año — lo cierto es que para los ejércitos argentinos de la independencia hasta 1815, se utilizó esta línea de operaciones, a pesar de que, pasando por Mendoza a Valparaíso en verano y de allí por mar a Callao, una ofensiva se aceleraba y se hacía, no obstante la cordillera, algo menos penosa para las tropas y más fácil para el reabastecimiento en Chile y Perú, dominando el mar.

El camino terrestre a Asunción (Paraguay) (Croq. Op. Ib y Ic) corría desde Buenos Aires, primero hasta penetrar a Entre Ríos en la Bajada del Paraná (Paraná), por la margen derecha (O.) de este río, y luego por la izquierda, siempre al norte, hasta Corrientes, siguiendo después hacia el este, costeando el Alto Paraná, para penetrar en Paraguay por Itapúa y continuar a Asunción cruzando el territorio [11]. Los grandes ríos Paraná y Paraguay, constituían la mejor ruta para las comunicaciones con Paraguay. Lo mismo el río Uruguay para el litoral, hasta Salto Grande, simplificando y reduciendo las dificultades y demoras de las rutas terrestres.

Uniendo las poblaciones de la región noroeste argentina con las del oeste, había un camino principal de postas que contaba con setenta y nueve y que, partiendo de San Miguel de Tucumán iba a Mendoza pasando por las capitales de Catamarca, La Rioja y San Juan. Uniendo a Santiago de Chile con Valdivia por Concepción, existía otra "carrera", con 27 postas. De las citadas carreras y caminos principales salían ramales, también algunos con postas, como los de Oruro a Chuquisaca, Potosí a Chuquisaca y Cochabamba a Santa Cruz de la Sierra, entre otros en el Alto Perú; de Puno a Arequipa y de Cuzco a Arequipa, ambos en Perú, y varios más; y el de Tacna a Oruro (desde Perú a Alto Perú). Costeando el Plata había un camino de 21 postas desde Colonia por Montevideo a Maldonado.

Los mencionados caminos principales, empleados por las fuerzas armadas importantes, eran normalmente también ruta de los "chasquis" o correos de entonces, para llevar las comunicaciones hacia el interior del país, lo mismo que a Chile, Alto Perú, Perú y Paraguay, mudando caballos en las postas, que se hallaban entre los enormes claros

---

[10] Sobre el recorrido en Santiago del Estero, dice un autor: "Cien leguas, corridas por medio de bosques áridos... por un suelo arenoso y salitral, en donde la desnudez y la miseria oprimen el espíritu...son días mortales de viaje, en los que no se encuentra sino uno que otro cabro flaco, mala agua y ni siquiera una casa en que reposar del calor y del polvo que se ha comido y respirado...".

[11] En la segunda mitad del siglo XVIII contaba este camino con unas 60 postas, para un trayecto de unos 1.600 Km.

despoblados que separaban los pueblos. A veces coincidían las postas con los fortines destinados a protegerlas contra los indios, las montoneras o los bandidos, que hacían correrías entre el litoral, oeste y noroeste en Argentina [12], [13].

En la llanura se empleaban tropas de carretas o carretones tirados por bueyes, lo que retardaba los avances de las tropas por su lentitud, si debían abastecerse — que era lo normal — de sus columnas, especialmente las tropas de armas mixtas. También se utilizaban carretillas (carritos) para la munición, etc. Cada vehículo, en las caravanas comerciales, portaba uno o más fusiles y, a veces, la columna, un cañoncito, para defenderse de los indios y salteadores, haciéndolo a menudo con éxito al formar un semicírculo con las carretas. El capataz que conducía esas columnas, era por este hecho un jefe o caudillo.

En la montaña se usaban "catangos" y carretas más pequeñas (carros de dos ruedas tirados por mulas) en trayectos con huellas, o cargueros, en arrias (caravanas), en las sendas; como cargueros se empleaban mulares (120 a 160 Kgs. de carga total c/u.), y en menos cantidad, asnales (40 a 60 Kgs. por animal); también llamas (30 a 40 Kgs. c/u.), en el noroeste y Alto Perú. Estas columnas del tráfico estaban mucho más expuestas que los convoyes de vehículos, por no disponer de medios defensivos apropiados.

En los lugares de alojamiento de las largas líneas de operaciones había que cuidar las "disparadas" del ganado de consumo y militar, ocasionadas por la proximidad de los animales salvajes (pumas y tigres), que abundaban en casi todos los países y podían dejar a las tropas a pie y sin alimento.

Debe expresarse que de la ciudad de Salta a la de Corrientes se viajó por los valles del San Francisco y del Bermejo (ruta seguida por los correntinos del ejército de Lavalle, mandados por los coroneles Salas y Ocampo, después de Famaillá, en 1841); no así a través del Chaco austral, comprendido entre los ríos Salado y Bermejo, que estaba inexplorado hasta mediados del siglo XIX, y poblado por indios salvajes.

El hombre americano de la campaña, poco exigente en las marchas, soportaba el hambre y la sed todo un día y aún más, sin impacientarse, ni quejarse; tenía memoria de los lugares (topográfica), facilidad de orientación y otras facultades que se verán en los esbozos geográficos regionales.

Población y habitantes. — La población argentina llegaba en 1814 a un millón de habitantes, aproximadamente (según Iriarte, comprendido Paraguay y Uruguay) [14], radicados sobre el litoral y, como en el interior, preferentemente en la margen de los ríos principales, siendo menores los núcleos en lo demás del territorio. No menos del 80 % vivía en las llanuras templadas, del este y centro. La población de Chile se calculaba también en un millón; la de Perú en un millón y medio; la de Paraguay en alrededor de ciento veinte mil; la de Río Grande del Sur en ciento ochenta mil; y la de Alto Perú (Bolivia),

[12] Las rutas particulares de cada región están bosquejadas en los esbozos geográficos respectivos.

[13] En tales puntos las tropas durante sus marcas de "viaje" (lejos del enemigo), principalmente, se reabastecían de ganado militar y de consumo y recibían algunos "auxilios", precarios por cierto, en su avance, para lo que el "maestro de posta" era prevenido a menudo con suficiente anticipación.

[14] En 1824, dice un informe inglés: según unos "la población, excluyendo los aborígenes, suma 1.580.000, mientras otros calculan, incluyendo a los indios, un total de 2.400.000, y la opinión corriente en el país la estima en unos 3.000.000". Esto muestra lo incierto de cualquier afirmación al respecto, lo mismo que sobre los demás países.
En un cálculo de 1852 se hace ascender la población argentina a 900.000 personas. (Según este dato ella habría disminuído). De ese total el 65 % eran mestizos, el 10 % indios, el 15 % negros, y el resto blancos puros (unos 80.000).

en cuatrócientos mil, es decir que en toda la superficie considerada se albergaban sólo unos cuatro millones de habitantes (cifra apenas aproximada).

Las distintas características de los factores geográficos habían influído, como es natural, en las condiciones de los seres humanos primitivos del gran escenario — los indios — y en los colonos (comprendidos blancos y negros esclavos) que fueron llegando después; también éstos ya con características distintas, según sus razas y grado de civilización, e igualmente, luego, en las cruzas producidas. Así, aun dentro mismo del territorio argentino, se notaban importantes diferencias, incluso en lo relativo a sus aptitudes para la guerra. Como condiciones generales puede decirse, sin embargo, que salvo la población de las ciudades, la del resto de estos países americanos era casi nómada; su idea de propiedad muy incipiente; poco previsora e incapaz de economizar; el vínculo político, muy frágil; la familia, rudimentaria; el concepto de libertad, casi instintivo; que el criollo, especialmente, se hacía justicia por su cuenta y, cuando lo creía necesario, se ocultaba en los bosques o en las soledades o entre los indios; que la aptitud individual del hombre blanco, especialmente el criollo, para la guerra, era sobresaliente en general, pero la capacidad colectiva o de conjunto, por la falta de jefes y oficiales criollos suficientes e instruídos en la conducción, era al principio muy deficiente, como se verá.

El pueblo de lo que hoy es Argentina, Uruguay y Chile, preponderantemente de raza blanca pura y mestizos [15] consustanciado con los peligros de la naturaleza y del indio, a la vez que con los demás hombres blancos o criollos indoblegables, estaba preparado para defenderse en cualquier oportunidad, participando del orgullo y arrogancia españoles, y de su espíritu localista, aumentado éste por las distancias y aislamiento de los centros poblados. Era amante de las aventuras y poseía un espíritu rebelde — especialmente en el litoral —, a la vez que gran cariño por el suelo natal. No era muy trabajador, ni emprendedor, tal vez porque teniendo lo suficiente para subsistir con poco esfuerzo, sobre todo en el litoral, y siendo frugal y sin aspiraciones de lujo, no se sentía precisado a ello.

El Río de la Plata, como región social, si bien más alejada sobre el Atlántico, pero más cerca que otras colonias españolas por la ventaja de su litoral, había atraído familias europeas, especialmente inglesas, francesas e italianas, mejorando con ello la raza que se iba formando, en la que la cruza con el indio era menor que en los otros países sudamericanos. Las luchas con los portugueses y en los últimos tiempos de la colonia con los ingleses, en el litoral, y las permanentes con el indio en casi toda la extensión del país, habían dado alguna experiencia bélica a la población y conciencia de su valor y buenas condiciones naturales para la pelea. En esta parte de América se rendía culto al coraje — tanto hombres como mujeres — y se sentía orgullo por el origen, pues muchos eran descendientes de familias importantes y aun de nobles españoles, incluso guerreros. El pueblo era muy religioso.

Las demás regiones que comprenden el escenario general que tratamos — exceptuando Chile —, con mayor proporción de aborígenes y de negros y de las distintas clases de mestizos, reunían inferiores condiciones étnicas y, por consiguiente, menor vigor físico y moral, lo mismo que homogeneidad para las empresas de guerra.

La instrucción era casi nula en las masas populares de todos estos países. En alguna capital y ciudades importantes (Charcas, Lima y Córdoba) tenían su asiento centros de estudios superiores (universidades), accesibles nada más que a los hijos de familias pudientes — que también los educaban en España — para hacerlos abogados y sacerdotes,

[15] Por el año 1824, en Argentina, el número de negros era extremadamente pequeño; habían sido repetidamente reclutados para servir en la infantería de los ejércitos, con lo que fueron disminuyendo sorprendentemente.

especialmente. Sin duda, en todos los estados había hombres ilustrados — destacándose los del clero —, pero eran una ínfima minoría de la población. Hasta fines del siglo XVIII no hubo imprentas en América española.

Desde la colonia las poblaciones, aún las más próximas entre sí, estaban separadas por grandes extensiones, a veces desiertas, con escasas vías de comunicación, y en las que la autoridad política superior se hacía sentir poco y espaciadamente. Todo esto, la lucha con el indio, las particulares características del territorio, el bastarse en mucho a sí mismas, habían desarrollado en ellas un marcado localismo[16], con un tanto de antagonismo entre los pueblos. En este caso estaban, entre otras, Montevideo respecto de Buenos Aires, Jujuy con Salta, Tucumán con Salta, y Asunción con Buenos Aires, lo que al final produjo segregaciones como las de Paraguay y Banda Oriental, o desmembraciones de las originarias intendencias virreinales, ya fuese por pedidos al gobierno central, como las de Tucumán y Cuyo, o por medios violentos, como Santa Fe y Santiago del Estero. Existía, pues, algo así como un federalismo de hecho entre las provincias desde antes de la revolución de Mayo, que los desaciertos de Buenos Aires, con respecto a las demás provincias, había de avivar, para volcarlas contra ella, por la absorción y dominio que ejerció, usurpándoles esa autonomía de que gozaron. Las masas no entendieron por muchos años el federalismo, pero lo sentían, amando el suelo de la patria chica, el terruño, por cuya autonomía habían de luchar muchas veces cruentamente.

Hay que destacar que en lo hispánico del continente y especialmente en las poblaciones del este (Atlántico), estaba muy poco desarrollada la conciencia náutica; no había comprensión, ni apego por las cosas del mar. Los colonizadores habían contribuído a esto. Los barcos comerciales del monopolio español eran de la península; la protección de sus rutas comerciales estaba a cargo de sus buques de guerra; la defensa de las costas de América (puertos, etc.) incumbía a esos mismos buques, en lo marítimo y fluvial; y la instrucción náutica en las provincias americanas había sido impedida. En ninguna de aquellas funciones participaron, pues, dichas provincias como tales; siempre fueron los comandos, y fuerzas españolas marítimas las que intervinieron, en las que casi ninguna participación tuvieron los americanos y especialmente la gente del pueblo. Por consiguiente, los conocimientos náuticos de los patriotas eran poco menos que nulos en 1810, lo mismo que las tripulaciones, e inexistentes los medios y recursos marítimos en esos momentos, lo que les creaba una situación de suma inferioridad estratégica al comienzo de la revolución. Argentinos, chilenos y peruanos debieron ir sucesiva y lentamente creando sus escuadras, con elementos extranjeros.

El indio sometido al blanco — en corto número con relación al salvaje — era en general disciplinado, sobrio, resistente a la fatiga, muy buen jinete y experto baqueano, pero muy ocioso e incapaz para un trabajo o lance duro y seguido. En Perú, Chile y Alto Perú presentábase muy apto para las marchas, etc. en montaña. En cuanto al aborigen rebelde o salvaje, refugiado en las soledades (tierra adentro), numéricamente muy superior al otro, era belicoso en general; amante absoluto de su libertad; errante; carecía de todo bien de fortuna, salvo sus caballos; se alimentaba preferentemente de carne de yeguarizo (en el sur argentino) y de otros animales que no comía el europeo; no necesitaba fuego para sus alimentos; y en un principio no apreciaba en nada las comodidades de la vida civilizada; destruía con sus malones[17] las poblaciones blancas indefensas, lo que motivaba una preocupación militar más para los gobiernos de la época.

Cuidaba el indio sureño mucho sus caballos propios, como que el equino era su principal medio de pelea y de traslado; no así los restantes, ni el ganado vacuno, por cuya razón disminuían, apelando entonces al recurso de robarlo al blanco o a otras tribus, surgiendo de esto último guerras intestinas. En las regiones donde abundaban las tropillas o podían obtenerse por robo u otro medio, el indio andaba montado a toda hora, desde su más temprana edad, alimentándose con preferencia de su carne, cruda o soasada.

Transitoriamente, algunas tribus o parte de ellas, según el espíritu de sus caciques o por ser menos rebeldes, se unieron al blanco, y otras, las más alejadas de aquél o menos guerreras, se mostraron en cierto modo indiferentes a la lucha secular; pero la mayoría de ellas aparecía irreconciliable enemiga del cristiano, hasta que fueron dominadas por completo en nuestro país, recién al comienzo del siglo XX, como se verá en la VI Parte. La lucha provino del odio inicial del indio contra los colonos, por los procedimientos poco humanos que emplearon con él en las encomiendas, por las matanzas, etc., y se acrecentó en el sur argentino por el despojo — que ellos consideraban injusto — de sus tierras más feraces y de los recursos de éstas, especialmente de las haciendas salvajes allí existentes, de que hacían su principal alimento (yeguarizos), medio de traslado y de comercio. Atizaron o estimularon, en su tiempo, la lucha (malones o invasiones): los españoles europeos, durante la guerra de la independencia; simultáneamente y después, los mismos pobladores criollos en sus oposiciones ocasionales al gobierno; los comerciantes en pequeña y grande escala, siempre inescrupulosos — muchos de ellos extranjeros — que hacían del producto de los malones — haciendas especialmente — objeto de buen tráfico; y la atracción del indígena por las mujeres blancas, a las que, cautivas, hacían sus mancebas[18].

Resumen y consideraciones breves. — Resumiendo, y como características generales comunes de las regiones del gran escenario, puede decirse que existía una enorme desproporción entre la extensión territorial y la población, motivada por las grandes zonas despobladas; que la ignorancia de las masas era poco menos que absoluta; que la imperfección social llegaba casi al extremo; que el indio fué, en su masa principal (bárbara) un enemigo más (interno) del estado, y elemento peligroso, regresivo y antisocial, frente al criollo y al extranjero radicado en el país, contribuyendo también a hacer más brutal, despiadada y sangrienta la lucha, cuando participó en las contiendas civiles; que las producciones, las industrias y el comercio (menos en cierta medida los derivados de la ganadería) como resultado, primero del régimen colonial, y, con el correr del tiempo, por la guerra de la independencia y las contiendas internas — más devastadoras que aquélla — eran sólo bastantes y muy rudimentarias, para las propias poblaciones. Es de

---

[16] En el que no dejó de tener también alguna influencia el espíritu español muy individualista y comarcal, que como colono trasladó a América.

[17] El malón es una empresa de robo, muerte — cuando el asaltado se resiste — y toma de cautivos, de éstos especialmente mujeres. Lo normal en estas invasiones es emprenderlas de noche, cuando las poblaciones duermen y avanzar con luna llena para distinguir el ganado en el campo; las efectúan cuando las lagunas tienen agua; esto para abrevar el ganado robado en sus marchas de alejamiento.

[18] En tanto que los indios aztecas e incas, desde antes de Colón, habían constituído sus respectivos imperios, en progresivo desarrollo social, cultural y económico, los del Gran Chaco y del sur argentino (guaraníes, querandíes, patagones, etc.) se mantuvieron entonces en estado salvaje. Tal estado de incultura y consiguiente pobreza de esos indios primitivos de nuestro país, poco cambió durante la colonia en su masa principal, pues se mantuvo rehacia a la civilización del blanco por varias causas, algunas ya citadas. Sin embargo, en nuestro medio rural, en particular, el colono y especialmente el pobre, mezcló su sangre con la de la india de parcialidades amigas del cristiano y de cautivas. Así, a mediados de la época colonial, estos mestizos superaban ya ampliamente en número a los blancos — comprendiendo también los del resto del país —, siendo mejor conceptuados que los concebidos entre blancos y negros.

hacer notar, sin embargo, que tal situación era menos grave en el Plata. Como consecuencia de lo anterior, la economía se desenvolvía pesadamente, y las finanzas, dado el desequilibrio entre las ventas y las compras, que imponían las guerras, anduvieron casi siempre mal en el Plata y en Chile, desde la guerra de la independencia y prosiguieron así en el Plata, por las guerras civiles. Los caminos, escasos y malos, suficientes para las necesidades de las comunicaciones y transportes normales, eran difíciles para los movimientos durante lluvias y donde había obstáculos fluviales para el pasaje, esto por falta de puentes. La industria de guerra podía subvenir en general, menos en Bolivia y Paraguay, a las necesidades de los ejércitos, por lo rudimentario de las armas de entonces, con excepción de las portátiles de fuego que se debían importar, lo mismo que los barcos mercantes y de guerra. La falta general de praderas artificiales (salvo algunas escasas en los valles cordilleranos del oeste y noroeste), hacía imprescindible la existencia de pastos naturales para operar en llanura, sobre todo si ello había de ser con efectivos de preponderante caballería, de manera que en invierno o períodos de sequía los movimientos debían suspenderse o circunscribirse a pequeñas fracciones o ser menos activos en las regiones templadas y frías; igual contención surgía en los períodos de sequía por la extinción de las aguadas. Las altas montañas de los Andes, con sus nieves, hacían muy difícil en invierno las operaciones para efectivos de alguna consideración.

Por consiguiente, en general, los meses de octubre a marzo, poco más o menos, resultaban los más favorables para las ofensivas de los ejércitos de cierta magnitud en todas las regiones. En este lapso del año se movieron Belgrano sobre Paraguay, Alvear en su campaña a través de la Banda Oriental en la guerra con Brasil y San Martín en la campaña de los Andes.

Menos influencia ejercía cualquier época del año, desde el punto de vista de los pastos y aguadas, operando en Paraguay, Río Grande del Sur, el noroeste argentino y aun en Corrientes. Recordando que al comienzo de nuestra historia nacional había enormes extensiones despobladas y que, especialmente en nuestras pampas, el campo se extendía casi sin todo lo que hoy sirve de referencia para los movimientos de tropas, es decir, poblaciones, arboledas, ferrocarriles, postes telefónicos y telegráficos, casas, alambrados, molinos, etc., se comprende que por mucho tiempo fueran indispensables los baqueanos — a que nos hemos referido — caracterizados como buenos "rumbeadores", aún hasta para los mismos indios sureños. No podía llamarse baqueano al sólo conocedor de caminos y sus proximidades; debían indicar distancias, aguadas, zonas de pastoreo, pasos sobre ríos y arroyos y direcciones a campo traviesa, y ello de día y de noche. Esta necesidad de baqueanos era aún más marcada para las operaciones en montaña, sobre todo en las altas cordilleras de los Andes del oeste argentino y Chile, y Perú.

Los precedentes datos básicos generales permiten por sí solos deducir cómo habrían de ser nuestras guerras, es decir: rudimentarias, por la gran pobreza de armas y otros medios, y la falta de preparación de las masas; prolongadas en su preparación y ejecución, por la escasez de medios y las grandes extensiones a recorrer, cuando fueron de carácter internacional; duras, sangrientas y semibárbaras, particularmente cuando fueron civiles y contra el indio, por las condiciones del elemento humano[19]; con gran inferioridad

[19] No deberá pues asombrarnos en el relato de nuestras guerras civiles y con el indio especialmente, el predominio de las pasiones y de las reacciones primitivas y del empleo abusivo de la fuerza material, sobre el razonamiento, la cordura y la tolerancia. Y esta falla aparecerá en muchos hombres — por supuesto también oficiales y aun jefes superiores — particularmente en el primer medio siglo de nuestra historia, no sólo en los lances de la guerra sino en los de la política.

material, cuando intervinieron países europeos poderosos y dominadores del mar y los ríos contra nosotros; de masas de caballería, principalmente en las grandes llanuras, en las guerras civiles y aun internacionales, por la abundancia de yeguarizos, aptitud ecuestre de los hombres y existencia de pastos naturales en gran parte del año.

Como característica diferencial sobresaliente está la de que la guerra en las regiones de Chile y Perú — aparte de su carácter de montaña — por su extenso litoral marítimo, debía ser de condición combinada, a veces anfibia, y presuponer para el invasor el dominio de las aguas del mar, cosa que para Argentina, no era tan indispensable en la guerra de la independencia. En cambio, para nuestro país el dominio del Plata y ríos interiores fué factor preponderante, lo mismo que para Paraguay y Uruguay, en sus guerras contra nosotros, y para Argentina en sus guerras civiles en el litoral.

Si recordamos que la gran mayoría de la población Argentina vivía en territorios llanos y de clima templado, del centro y especialmente del este, era de prever que al incorporarse a los ejércitos que operaron en la alta montaña andina de Argentina, Chile, Alto Perú y Perú, sintieran el impacto de la gran diferencia de ambiente físico, si no se realizaba una aclimatación y entrenamientos previos y completos, o se morigeraba su influencia con el transporte montado. Lo primero pocas veces se pudo realizar en medida suficiente, especialmente en las campañas de Alto Perú, de donde los padecimientos de la tropa. Además, el que la masa de las fuerzas debiera trasladarse del este a las fronteras del noroeste y oeste para concentrarse, creaba el problema de los enormes trayectos a pie, que demoraban la operación y causaban deserciones y otras bajas.

En nuestras guerras internas la enorme superioridad de Buenos Aires (provincia), por su situación geográfica relativa, sus riquezas, población, recursos de toda especie, y calidad de sus habitantes, tenía que inclinar la balanza a la postre hacia su lado, no obstante las peripecias de la lucha, circunstancialmente favorables a sus adversarios. Podían éstos lograr objetivos locales aliándose entre ellos, pero imponérsele, doblegarla definitivamente a sus designios, sólo se lo vió en 1852, nunca antes, y en 1880, a pesar de que contra ella se aliaron las provincias más importantes, con Uruguay y poderosos países extranjeros (1838 - 1850). Esto da una idea del valor estratégico, material y moral de la gran capital del sur atlántico.

Desde la creación del virreinato del Río de la Plata, Buenos Aires constituyó efectiva o virtualmente, según las épocas, la capital de tan inmensa jurisdicción territorial. Ya hemos expresado que su importancia y poderío eran superiores — comprendida la provincia epónima — respecto al resto del país. Mas, a despecho de ese poderío y jerarquía política, su situación geográfica relativa, externa, en la periferia de tan dilatadas tierras, muy poco pobladas, con escasos y deficientes caminos, distintos climas y conformación física, no le permitieron hacer sentir oportuna y rápidamente toda su influencia y capacidad en las guerras exteriores, incluso la de la independencia, cuando se desarrollaron en el oeste, noroeste y norte. Igual ocurrió en sus luchas por el predominio interno, si debía concurrir a las zonas extremas del país, por lo que no pudo imponerse políticamente y menos en forma permanente, cuando el interior se le opuso más o menos en conjunto. Pero tampoco el interior, por su inferior posición y pobreza, consiguió con sus solos medios dominar a la gran provincia.

Los privilegios de Buenos Aires en los órdenes político, financiero, económico y geográfico — que defendió y mantuvo inquebrantablemente — contribuyeron a detener el desarrollo de las demás provincias, que, en los confines algunas, alejadas del mar muchas, y encerradas por largos períodos, casi todas, debieron vegetar o poco menos, por

largos años. Se intentó repetidas veces quitar a Buenos Aires el privilegio político, llevando la capital al interior, a un lugar más central, y disminuirle sus ventajas económico-financieras respecto de las demás provincias, sin poderse conseguir lo primero y sólo a medias, después de muchos años, lo segundo.

Tomando en consideración los distintos factores geográficos materiales; y refiriéndonos a la guerra de la independencia, como ejemplo, puede decirse que en cuanto a efectivos humanos la unión de Argentina y Chile contra los realistas de Perú, y más si los primeros podían contar con la cooperación de Alto Perú, la superioridad numérica sería de la aliauza. Pero siendo el problema algo más que de número, pues debían hacerse intervenir los demás recursos para operar, combatir y subsistir, corresponde expresar que, si Perú no contaba con la ayuda de la metrópoli (España), la riqueza conjunta de Chile y Argentina podía superar la de su adversario. Dependía la solución de ese problema de contar con una escuadra que diera el dominio del mar, de paz interior en los países aliados y de organización de las fuerzas.

Las características y condiciones geográficas particulares de las distintas regiones del gran escenario — que después se verán — tuvieron gran influencia política (geopolítica) — entre otras causas —, en la creación de los nuevos estados de América, algunos de ellos producto de desmembraciones de las grandes entidades político-administrativas de la colonia, en unos casos, por el aislamiento interregional (Paraguay y Bolivia) [20] o por la fácil existencia y riqueza en otros, esto debido a su independiente comunicación con el exterior por sus vías navegables (Uruguay). En los posteriores conflictos en que se vió envuelto nuestro país, esos factores tuvieron importante gravitación, siendo fundameutal el hidrográfico. En su lugar veremos cómo el río de la Plata, por su influencia política y económica, produjo actos bélicos serios ya entre España y Portugal, que se extendieron después a brasileños contra argentinos y uruguayos, y cómo la cuenca del Plata en su parte oriental, con cuatro países ribereños (Brasil, Paraguay, Uruguay y Argentina), los puso en pugna por los intereses encontrados, especialmente económicos y de tránsito, lo que influyó en la participación de estos países en otras luchas exteriores y aún internas del nuestro.

En el escenario general cobraban la mayor importancia militar, política y económica, los puertos de ultramar de Buenos Aires y Montevideo, hacia el Atlántico, y los de Callao, Valparaíso y Talcahuano en el Pacífico. Todos ellos eran cabeza de los hinterlands más ricos, estando situados en o contiguos a los mayores centros poblados de esta parte del continente. Callao, Montevideo y Talcahuano fueron plazas fuertes, y Valparaíso y Buenos Aires, estuvieron fortificados, como consecuencia de su mucho valor militar, etc., siendo los tres primeros apostaderos navales españoles de primer orden, por sus mejores condiciones como puertos, por su situación relativa y por sus obras defensivas. Por consiguiente, fueron ellos bases y puntos de apoyo marítimos para establecer y mantener el dominio de las aguas, comprendidas las rutas marítimas comerciales. De lo dicho surge que éstos y los otros citados resultaran objetivos militares y geográficos de gran importancia, desde la guerra de la independencia.

---

[20] Ese aislamiento fué debido a que eran zonas extremas en el conjunto virreinal, y la propia excentricidad de Buenos Aires, situada en la periferia, provincia que quiso ser la heredera política, de España, y que constituía, por mucho, la zona de mayores posibilidades políticas, financieras, económicas, y comerciales, — según veremos en el Esbozo geográfico respectivo — en el que fuera gran escenario virreinal. Por esa situación geográfica relativa, inconveniente por excéntrica, y alejamiento, pudieron producirse especialmente esos desgajes, a lo que contribuyeron en su momento las guerras civiles argentinas y el desapego de esas poblaciones hacia los "porteños".

CAPITULO III

ESBOZO GEOGRAFICO OPERATIVO DEL LITORAL [1] Y RIO GRANDE DEL SUR *

Territorios que se incluyen. [2] — La región del litoral, que consideraremos, comprende en 1810 territorios de las actuales provincias de Buenos Aires (pequeña porción del N., hasta el Salado), Santa Fe — excepto el Chaco santafecino — Entre Ríos y Corrientes, la república Oriental del Uruguay, los sectores sur y centro de Paraguay, y sur del estado brasileño de Río Grande del Sur, en éste al sur de los ríos Camacuá e Ibicuy. Al contar esta región con riberas al mar y al gran río de la Plata, y encerrando los más importantes centros poblados y de recursos, constituía la porción estratégica de mayor realce en todas las guerras llamadas genéricamente del Plata, comprendidas las civiles. Este extenso territorio fué el de más actividad guerrera de nuestro país. Siendo de secundaria importancia operativa terrestre en la guerra de la independencia, ocupó el primer puesto en casi todas las contiendas civiles e internacionales, en el mismo aspecto, pero siempre primordial en ellas como objetivo estratégico.

El relieve y su influencia. — Caracteriza en general orográficamente a esta gran superficie en territorio argentino una llanura (pampas), sin elevaciones de importancia, salvo algunas colinas anchas, de ochenta a doscientos metros de altura cuando más, que cubren zonas de Entre Ríos (cuchillas Grande y de Montiel) y sur de Corrientes, orientadas de norte a sur y divisorias de las aguas que van al Uruguay y al Paraná. En la Banda Oriental tales cuchillas, dispuestas de este a oeste: cuchillas Grande y de Haedo, ocupando el este y sur del país, y el noroeste, respectivamente, son más extendidas y elevadas (media de 450 m.) caracterizando a este país como ondulado. El sur riograndense es también ondulado. Existen sierras de poca altura en Paraguay, que dividen a este país longitudinalmente; en el sector considerado de Río Grande del Sur se encuentran también sierras importantes: las de Camacuán, muy ásperas, y por lo tanto, poco aptas para operaciones de masas de caballería.

De lo expresado surge que el relieve orográfico no es determinante ni aún de mayor influencia en las operaciones militares en esta región.

La hidrografía; su red y fundamental influencia militar. — Veamos primero cuáles son las características destacadas de los grandes ríos.

El Plata, de trescientos setenta Km. de longitud, tan ancho que semeja un mar (220 Km. en su desembocadura), es, sin embargo, poco profundo, 2.50 a 3 m. (Plata Superior), y con muchos bancos: el Inglés, donde se perdían anualmente muchos barcos; el Ortiz, en el centro; el Placer de las Palmas, etc., lo que obligaba a navegar por determinadas direcciones o canales, siendo los del norte y sur, contiguos a las costas respectivas,

---

[1] La designación "litoral" no es muy ajustada; pero, sí, de mucho uso.

* **Ver Croquis Op. Ia, Ib y Ic.**

[2] Tenemos ya antecedentes de los mismos por estar insertos en la pág. 23.

los mejores, y, con más profundidad, el primero. Para ir de Buenos Aires al Paraná por el Plata había que dar una vuelta, siguiendo primero el canal sur hasta la barra del Indio, y a los cuarenta Km., tomar hacia el norte, para utilizar el canal norte, pasar Martín García, y llegar al Paraná Guazú. Los vientos de invierno, muy fuertes, contribuían a hacer peligrosa la navegación. La isla más extensa del Plata es la de Martín García vecina a la costa uruguaya (3 Km.) y a la desembocadura de los ríos Paraná y Uruguay y situada al flanco del canal norte (4 Km.) por donde debían pasar los barcos de mayor calado, debido a lo cual adquiría gran valor operativo. Otras islas importantes son las de Hornos y San Gabriel, frente a Colonia; Flores, cerca de Montevideo; y Gorriti, próxima a Maldonado.

En la orilla norte del gran río, más alta, barrancosa y profunda, están situados los puertos de Maldonado, Montevideo — apostadero y plaza fuerte que fué de los españoles —[3] y Colonia . El de Montevideo está en la bahía del mismo nombre, fortificado por los españoles, es el mejor puerto natural del río. En el de Colonia, el poco fondo del río impedía el acceso a los grandes barcos. En el extremo oeste de la bahía de Montevideo es necesario mencionar el "Cerro" (altura rocosa de 148 m.) que no hay que confundir con el "Cerrito", punto situado a algunos kilómetros al norte de Montevideo. En la margen sur, baja e inundable y donde se depositan con preferencia los materiales que acarrea el Paraná, el gran río contiene la bahía de San Borombón, sólo apta para barcos de poco calado; la ensenada de Barragán o Punta de Santiago, único puerto de aguas profundas en esa orilla, situada a cincuenta y cinco Km. al sudeste de Buenos Aires, que es un buen lugar para embarque y desembarque de barcos de ultramar; al noroeste de Buenos Aires hay otros sitios aparentes para los mismos fines con embarcaciones menores (Las Conchas, etc.). Un ataque combinado contra la ciudad de Buenos Aires contaba como defensa la poca profundidad de las aguas, porque las naves de algún calado no podían acercarse a la costa [4], ni para bombardearla ni para lanzar rápidamente tropas de desembarco. La ciudad no sólo carecía de puerto artificial, sino aun de un pequeño muelle, siendo su proximidad una rada abierta. Las grandes embarcaciones podían llegar únicamente a unos quince kilómetros (rada exterior o Los Pozos) [5]; a la interior (o Pocitos) sólo penetraban los de menor porte (hasta fragatas mercantes) [6].

El Plata tiene sus mareas producidas por el mar y por los vientos pampero y sudeste. Sus corrientes, todas de velocidad insignificante, dependen mucho de la dirección de los vientos.

De Buenos Aires, en línea recta, Montevideo dista doscientos cuarenta kilómetros; Colonia y Martín García unos cincuenta.

---

[3] Fué también el centro de expediciones corsarias en el Atlántico, de la industria ballenera y de lobos marinos, y de punto de recalada para los barcos que iban al Pacífico. Su comercio estaba muy dado al contrabando con tendencias peninsulares y, por tal, enemigo del de Buenos Aires.

La fortaleza de Montevideo, cuando su caída en 1814, tenía un muro de circunvalación o parapeto, con foso, y casi 200 cañones que dominaban las cercanías de la ciudad y del puerto. En el centro estaba la ciudadela, artillada, y en el oeste de la bahía la fortificación del Cerro.

[4] Por eso muchos barcos procedentes de Europa sólo llegaban a Montevideo, de donde se llevaban las cargas en lanchas a Buenos Aires y a otros puertos de los grandes ríos.

[5] Este nombre le viene de ciertos bajíos o bancos pequeños que hacen muy desigual la profundidad, como si tuviera pozos o fosos.

[6] Desde ambas radas se conducía a pasajeros y cargas en lanchas, de las cuales pasaban después a carros que penetraban en el río, y los llevaban finalmente a tierra. Estos carros eran las famosas carretillas, vehículos de enormes ruedas, sin techo y de costados de tablas, en donde se viajaba de pie.

El río Uruguay es subdividido en Alto Uruguay, hasta los saltos Grande y Chico; Medio, hasta la confluencia del Gualeguaychú; y de aquí a su desembocadura, Bajo Uruguay. Desde Gualeguaychú al Plata tiene gran anchura — hasta quince Km. — siendo la orilla argentina baja y anegadiza; en la oriental están los pueblos de las Vacas (Carmelo), Soriano y Fray Bentos; en esta parte recibe el río Negro, el mayor de la Banda Oriental; la navegación del Uruguay debía hacerse con cuidado aquí con los barcos de vela; siguiendo a Arroyo de la China (Concep. del Uruguay), es navegable por un buen canal para barcos grandes, aunque tiene islas; desde allí la costa argentina se eleva; en Paysandú el ancho del río es de sólo 600 metros; desde el Hervidero — lugar donde las aguas producen borbollones — el fondo se torna rocoso; al norte de Concordia sólo navegan barcos cuando hay mucha creciente, debido al llamado salto Grande (cinco metros de altura); allí, aun los lanchones de medio metro de calado deben cuidarse; cinco Km. más arriba es posible pasar el río a pie en bajantes considerables; frente a Restauración (P. de los Libres), su ancho alcanza a tres Km.; a 15 Km. al norte de Itaquí, en estiaje, el Uruguay puede también pasarse a pie.

Crece el Uruguay principalmente fuerte en setiembre y octubre; entonces lo siguen hasta muy al norte los barcos de cabotaje. Cuando las crecientes invaden los terrenos adyacentes, sobrepasando los albardones boscosos marginales, se torna muy difícil atravesarlo, porque los grandes y tupidos árboles afloran como obstáculos. Además, la inundación hace crecer e inundar las zonas adyacentes de sus afluentes, de los que algunos corren casi paralelos a él en su curso inferior, constituyendo el todo una franja infranqueable de varias decenas de kilómetros, para el tránsito. Las crecientes son de larga duración; una empieza en mayo; otra en agosto. Febrero es el mes de máxima bajante. Las orillas son boscosas en casi toda su extensión; también sus islas.

El río Paraná es el mayor de los argentinos; como el Uruguay, se divide en Alto, hasta el rápido de Apipé; Medio, hasta el Carcarañá; y Bajo, hasta su desembocadura. Su delta es un laberinto de islas que encierran tierras fertilísimas; mas su rama principal es el Paraná Guazú, que corre por el norte, y del cual sale el Paraná de las Palmas — al este de San Pedro — que corre al sur. En el primero, con desembocadura cercana a la costa uruguaya, navegan los grandes barcos; en los otros, sólo buques menores. Su orilla derecha hasta el Carcarañá es alta (pasando San Pedro, en la Vuelta de Obligado «lugar del combate epónimo», las barrancas alcanzan treinta metros); de allí hasta Corrientes, en cambio, es baja, y el río tiene varios brazos menores paralelos, alejados de principal y unidos a él por canales: Colastiné, Santa Fe, etc.; al doblar hacia el este esta orilla es primero baja y luego se eleva algo; pasado Apipé es alta. En cuanto a la orilla izquierda, en el sur de Entre Ríos es muy baja, inundable y atravesada por canales, navegables por el cabotaje que va al Gualeguay y al Uruguay; desde frente al Carcarañá a la provincia de Corrientes, la margen este, es alternativamente alta o baja; así desde Punta Gorda (hoy Diamante) a la Paz es alta, llegando sus barrancas a sesenta y más metros; luego, es baja hasta el río Santa Lucía, donde empieza a subir, aunque poco; en su trayecto de este a oeste en Corrientes, es poco alta.

El Paraná cuenta con numerosas y grandes islas. Tiene ancho variable, con una extensión máxima de 7 Km. en el Paraná Medio, en tanto que en Candelaria (Alto Paraná) alcanza sólo a 800 m.; puntualizando, frente a Itapúa (Villa Encarnación) tiene 3.000, en Corrientes 3.000, al norte de Diamante 7.000, frente y próximo al sur de este punto, no más de 700. Crece normalmente de octubre a abril, con grandes oscilaciones debidas a las lluvias. La profundidad útil, con aguas bajas, de Martín García hacia Co-

rrientes, es de 2,20 m., que tiene en paso San Juan (20 Km. N. de la Paz); de Corrientes a Apipé, 2 m. En este último lugar hay dos saltos de agua que sólo pueden pasarse en creciente y con barcos de poco calado. Como consecuencia de todo esto, el Paraná no es navegable para buques mercantes grandes, ni de guerra, en toda su extensión en períodos de bajante, pero sí en el resto del año, hasta Corrientes. Los barcos de más de 2,50 de calado, en bajante, no podían pasar de la Paz. Por eso el convoy aliado — franco-inglés — que fué a Corrientes en 1846, luego del combate de Obligado, y la escuadra brasileña, en 1855 — en demostración contra Asunción —, eligieron los meses de enero y febrero, de máxima creciente. De Rosario al sur se hacen sentir las mareas del Plata. Los fuertes vientos producen también marejada de peligro para las embarcaciones menores. En este río no existen puentes ni vados. Al este de Apipé, por la falta de poblaciones de importancia, la navegación era casi nula en 1810. Se necesitaban alrededor de dos meses para ir de Buenos Aires a Corrientes con los barcos de vela de la época. El cabotaje era intenso.

En las crecientes extraordinarias, que se producen cada 10 a 12 años y duran hasta siete meses, las aguas del Paraná alcanzan alturas considerables, inundando grandes extensiones de zonas bajas; en la orilla del Chaco santafecino la franja anegadiza fluctúa entre 10 y 40 Km.

Contaba el Paraná ya entonces con puertos en ambas márgenes; los principales eran Corrientes, Empedrado, Bella Vista, Goya, Esquina, la Paz, Paraná (la Bajada), Punta Gorda (Diamante) y Victoria, por la izquierda; y Resistencia, Santa Fe, Rosario, San Nicolás, Campana, etc., por la derecha. No había en ellos obras de atraque importantes.

El río Paraguay tiene un canal generalmente profundo de 8 a 9 metros, sin rápidos ni saltos, lo que permite a las embarcaciones de ultramar remontarlo con facilidad. El ancho medio es de unos 500 m.; en Asunción tiene 500 m.; en Angostura (8 Km. S. de Villeta) 80 m.; y 200 m, en la Vuelta de Humaitá (lugar histórico), donde la orilla, cortada a pique, llega a 6 m. del agua. En la desembocadura, por la existencia de dos islas, se forman las Tres Bocas; la del este, angosta, se llama Paso de la Patria (antes del Rey), las otras se denominan de Atajo y Humaitá, siendo ésta la más importante. En la isla del oeste hay una elevación de 16 m. llamada el Cerrito.

La corriente del río es muy débil por el pequeñísimo desnivel del territorio. Las crecientes empiezan en diciembre y terminan en julio, inundando los terrenos bajos del este y especialmente del oeste.

Los afluentes de la margen oriental son muy numerosos; los de la otra muy pocos, pero más caudalosos. Los más importantes figuran en el croquis Op. Ib.

La orilla oeste es baja en toda su extensión, cubierta de bosques, y hasta el Paraná, con aspecto uniforme; la oriental hasta Villa Franca, viniendo del norte, es elevada, con colinas; después baja, con lagunas temporarias formadas en las desembocaduras de los arroyos afluentes; en esta parte se produjo la segunda etapa de la guerra con Paraguay. Los puertos principales eran Asunción y Humaitá, en la margen este.

El territorio paraguayo resulta una especie de delta o mesopotamia en cuanto a su configuración general, circunscrito por los grandes ríos Paraná y Paraguay. Estos constituyen sus fronteras naturales en más de las cuatro quintas partes de su extensión, por el sur, el este y el oeste. El caudal de aguas que se derrama en el río Paraguay, desde el este, es formado por una red de ríos y arroyos algunos caudalosos. El más considerable de Asunción al sur, es el Tebicuary Guazú, que corta el país de NE. a SO. El Tebicuary Mini, uno de los más ricos tributarios del anterior y perpendicular a él, determina otra

subdivisión del país desde la altura de la capital, formando así un sistema natural de defensas que hace difíciles las operaciones de todo invasor, aparte de las dificultades que ofrecen sus líneas de frontera fluviales, sus costas inaccesibles en partes —por lo bajas y anegadizas —, sin caminos practicables hacia el interior.

Los ríos importantes. — En Corrientes el más importante es el Aguapey, rápido en creciente y que inunda el terreno anegadizo de sus orillas; no es vadeable sino en puntos especiales. Le siguen en importancia el Miriñay, navegable en creciente para pequeñas embarcaciones, con un valle inundable de dos a tres Km.; en algunos sectores su profundidad alcanza entonces tres metros; en bajante — enero y febrero — tiene poco caudal; las orillas están cubiertas de árboles y arbustos; presenta varios vados; con las crecientes del Uruguay refluyen sus aguas hasta cerca de 30 Km.; resulta pues un obstáculo serio en creciente prolongada, especialmente si coincide con la del Uruguay. Están también allí el río Santa Lucía, navegable hasta San Roque para embarcaciones de poco calado; el Corrientes, que más que un río en el norte es una sucesión de esteros, de márgenes sumamente inundables, particularmente la derecha, alcanzando el desparramo de las aguas hasta diez y quince Km. de ancho en creciente; el Batel, afluente del anterior, es considerable. Todos estos ríos tienen vados, siendo de interés histórico el de Caaguazú en el Corrientes. La orientación de los ríos de esta provincia es hacia el sudeste o sudoeste, según sean afluentes del Uruguay o del Paraná.

En Entre Ríos, el más caudaloso es el Gualeguay, río que, bajando entre dos corridas de cuchillas, divide la provincia en dos vertientes; con un curso muy sinuoso, es navegable desde Villaguay a su desembocadura, en creciente, y desde Gualeguay en toda época; es gran obstáculo casi siempre; el río Gualeguaychú, que es navegable hasta San José, sigue en importancia al anterior; tiene numerosos afluentes; su puerto epónimo está cerca de su desembocadura; su profundidad media es de tres metros; constituye un obstáculo serio que hay que salvar con transbordos o puentes; el río Mocoretá, situado entre Corrientes y Entre Ríos, tiene características semejantes al Miriñay; y sus crecientes, condiciones de pasaje, etc., coinciden con las de aquél. Los demás ríos y arroyos de Entre Ríos, numerosos, que son obstáculos en épocas de lluvia, no son navegables.

En Río Grande del Sur interesan a nuestra historia los ríos Ibicuy y Santa María. El Ibicuy, afluente principal del río Uruguay en su margen este, es de ancho variable, pero de 150 m. a 250 m. en época normal, y de unos 600 m. en creciente; su profundidad media común oscila entre dos y cuatro metros; torrentoso en su origen, tiene corriente moderada en el resto; en el curso medio e inferior las orillas son bajas e inundables, con bosque denso hasta 400 metros en casi toda su extensión; es navegable de mayo a octubre hasta arroyo Toropy, para embarcaciones de poco calado; sus pasos o vados, que son varios, están a nado la mayor parte del año; tiene numerosos afluentes en ambas márgenes; en la sur está el Santa María. Este último tiene un ancho que fluctúa entre 100 y 200 metros; en bajante disminuye a uno o medio metro, aumentando mucho en épocas de lluvia (otoño), con una profundidad de uno a tres metros; su corriente es débil; el terreno contiguo es bajo, fácilmente inundable y pantanoso; es navegable en creciente hasta San Pedrito; tiene varios vados de los cuales el más interesante es el de Nuestra Señora del Rosario, en cuya proximidad se dió la batalla de Ituzaingó; allí el río tiene unos 150 metros de ancho, profundidad de un metro en seca y de dos a cuatro en el resto del año, con fondo poco firme, orillas bajas y arboladas; es difícil aquí el vadeo aun en estiaje, resultando tarea ardua el cruzarlo. Más arriba de este paso está el de San Borja. El Cacequí es el afluente principal del Santa María. Tiene también el Ibicuy sus restantes afluentes de

la margen sur orientados de sur a norte, que son obstáculos para un avance hacia el río Uruguay, siendo el principal el Ibirapuitán.

En la república Oriental del Uruguay, interesan: El Cuareim, afluente del Uruguay, de ancho variable, que crece mucho en períodos de lluvia; normalmente su ancho en el curso inferior está entre 100 y 500 metros; su profundidad, también muy variable, es de alrededor de 1.20 m. en el vado paso de la Cruz, a veinticinco kilómetros de su desembocadura. Torrentoso en su primer tramo, es de velocidad moderada después, donde sus orillas son más bien bajas; tiene varios vados y muchos afluentes; el Negro es el río más grande de la Banda Oriental y divide al país en dos regiones; en la de más al norte está la cuchilla de Haedo siendo su eje divisoria de las aguas hacia el norte, sur y oeste; en la del sur tiene mayor elevación la cuchilla Grande, que viene de Brasil, desde el nordeste al sudoeste, dividiendo las aguas que van al Plata, al Uruguay, a la laguna Mirím, y por el oeste, por supuesto, al Negro. Este río, poco caudaloso en Brasil, aumenta progresivamente desde la laguna de Santa Teresa, hasta convertirse en un curso muy importante, de pasaje dificultoso, por el ancho, la altura de sus barrancas y la vegetación marginal. Desde la desembocadura del Tacuarembó, en la margen norte, a la del Yí en la margen sur, su curso tiene infinidad de recodos, islas, bosques y lugares de pasaje; más al oeste corre a razón de unos cuatro Km. por hora y se ensancha, presentando también muchos pasos, entre otros, los de Baigorria, Navarro, Palmar, de la Laguna, de los Mellizos, Vera, Yapeyú, Perico Flaco y Correntino. Crece de abril a setiembre, como consecuencia de las lluvias. Es navegable hasta Mercedes para barcos de calado; basta Cololó para embarcaciones menores; en creciente aún aguas arriba. Entre sus afluentes son los más importantes el Tacuarembó y el Yí; la mayoría de sus numerosas islas están cerca de la desembocadura; en este punto el río tiene varios brazos o bocas: Yaguarí Chico, Yaguarí (la central) y Boca Falsa. En la parte sur del estado el afluente principal del Plata es el Santa Lucía, en cuya zona se han producido muchas operaciones de guerra; es navegable para pequeñas embarcaciones; desemboca cerca y al oeste de Montevideo; ofrece de norte a sur los vados llamados Chazo, Balsa, Piedras, Belastiquí y Garibaldi, entre otros; en la parte final inunda con frecuencia sus riberas.

En la provincia de Santa Fe, aparte de los brazos y canales del Paraná, están los ríos Salado del Norte — descrito en la región del Gran Chaco — y el Carcarañá, de alguna importancia; los demás son pequeños arroyos, si bien resultan de importancia histórica los de Pavón y del Medio, éste limítrofe con Buenos Aires.

Los arroyos de Entre Ríos y los de la Banda Oriental, simples rasgaduras, llamadas "zanjas" en esta república, sin agua en la mayor parte del año, se llenan en poco tiempo con lluvias abundantes, desbordando, pero, debido a la pendiente del terreno, pronto, normalmente en algunas horas, el pequeño curso ya da "vado", según decir de los pobladores y poco más tarde, terminada la precipitación, queda nuevamente seco.

Consideraciones sobre la red fluvial. — Debe decirse que fué enorme la influencia que tuvo y tiene esta formidable red fluvial en la política (geopolítica) de esta parte del continente, separando — como lo hace con el Plata, a la provincia de Buenos Aires de la Banda Oriental, lo cual ha sido una de las causas del separatismo oriental del resto de las provincias que constituyeron el virreinato — o poniendo a las zonas ribereñas de los grandes ríos en condiciones de unirse independientemente al resto del mundo, para el comercio, la cultura, etc.; y esto fué otra causa del referido impulso aislacionista oriental, y de conflictos y luchas civiles cuando un estado o provincia pretendió, por una

u otra razón, impedir o dificultar el libre tránsito — comercial u otro — por estos ríos, como ocurrió con Buenos Aires, durante el gobierno de Rosas, por ejemplo [7].

Paraguay, independizado de hecho desde 1811, por su situación mediterránea, dependía para su progreso de la libertad de navegación de los ríos Paraguay, Paraná y Plata, y por consiguiente, si quería otros mercados para sus exportaciones que no fuera el argentino — que, sin embargo, consumía casi toda su producción — debía velar por esa libertad fluvial, y aún luchar. De ahí también su participación en nuestras guerras.

Los grandes ríos Paraná y Uruguay, al dar límites a la Mesopotamia y dificultar sus comunicaciones con el resto del país, le impusieron un cierto aislamiento que contribuyó, junto con otras causas, que en su momento veremos, a su localismo.

Cortada por los numerosos cursos de agua, afluentes y subafluentes de los cuatro grandes ríos de la región, antes descritos, y de los tributarios del mar, se hace sentir muy marcada y preferentemente su influencia en las operaciones militares, limitando, orientando, y a veces, favoreciendo las operaciones terrestres, o tornándolas anfibias por la posible cooperación de las fuerzas fluviales o marítimas. Esos cuatro ríos son, en efecto, verdaderas barreras operativas o líneas de obstáculo, también para el tráfico, a la vez que líneas de operaciones fluviales — también de retirada — y de comunicaciones fáciles, según como se orienten los movimientos; los ríos Paraná y Paraguay lo son especialmente en verano, estación en que crecen; el Uruguay normalmente en invierno y primavera, hasta Concordia.

Por las dichas causas, la posesión o dominio de esos ríos confería ventajas operativas importantes a quien la detentara. La magnitud del río de la Plata contribuía además a separar y aislar entre sí los territorios de ambas márgenes, por lo que daba una seguridad recíproca, que sólo el dominio de las aguas y una flota de transportes podían quebrar.

Durante lluvias fuertes, hasta los arroyos pequeños — secos casi todo el año — se tornaban invadeables, deteniendo el pasaje de tropas mixtas y demorando el de unidades de caballería.

A pesar de lo extenso de la red hidrográfica del litoral y de la navegabilidad de muchos de los ríos, esto no había creado un desarrollo parejo de los medios flotantes, ni la consiguiente aptitud náutica de las poblaciones, tal vez porque, como lo dice Sarmiento, "los hijos de los aventureros españoles detestan la navegación, cuando un gran río les ataja el paso se desnudan tranquilamente, aprestan su caballo y lo endilgan nadando a

---

[7] "Llena medio siglo la atormentada petición de derecho a salir con sus productos al estuario, es decir, al mar, de paraguayos, entrerrianos, santafecinos y correntinos". "La geografía los había compensado de su condición mediterránea, mediante una privilegiada red hidrográfica, inutilizada, a los fines del intercambio, por el prejuicio monopolista de Buenos Aires, hermético e irreductible; se necesitó de la violencia y de mucha sangre para desmontarlo", lográndolo al fin Urquiza. "Las aduanas interprovinciales fueron la represalia lógica opuesta al monopolio porteño" (Luis A. de Herrera). "A las cansadas y como gran concesión se consiente capriehosamente que hasta el puerto preciso de Santa Fe lleguen los barcos. Más allá no; y sólo por carreta, encareeido y demorado todo, practicaron el intercambio los países confinados" (Luis A. de Herrera).

El valor político, militar, eeonómico, etc., del río de la Plata, surge de estas palabras de Valentín Gómez, en 1823, cuando Brasil ocupaba la orilla izquierda del estuario: "las Provincias Unidas aventurarán si es necesario hasta su propia existencia, por obtener la reincorporación de una plaza (Montevideo) que es la llave del caudaloso río que baña sus costas, y que abre canales a su comereio..."

En la guerra con Brasil (1825-28), era evidente que en el gran río, más que en el territorio Oriental, en sí, radicó el nudo de la polémica muy prolongada de paz. Con el tratado de 1828 se perdió para nosotros la Banda Oriental, pero aseguramos con esto la navegación y el comercio en el Plata y de la parte que nos interesa de su cuenca.

algún islote que se divisa a lo lejos; arriban a él, descansan caballo y caballero, y de islote en islote se completa al fin la travesía".

En una campaña militar de las Provincias Unidas y la Banda Oriental contra los realistas, o de las primeras contra Artigas, Rivera o Brasil, el dominio de los grandes ríos era fundamental para cualquier ofensiva directa; y la de los ríos Paraná y Uruguay, para operaciones indirectas a través de Entre Ríos. Fuerzas fluviales se requerían, pues, imprescindiblemente, para esa clase de operaciones — máxime si el enemigo las tenía —, y la derrota de ellas tornaba precaria la continuación de la guerra por la interrupción de las comunicaciones (reabastecimientos) y por el bloqueo enemigo de los propios puertos (bloqueo francés, anglo francés y del Brasil en las guerras con esos países); lo mismo si se carecía de escuadra.

En las operaciones que se orientaron de norte a sur o viceversa (guerras con Paraguay y civiles), los afluentes principales del Paraná y Uruguay, en territorio mesopotámico, por seguir en su curso inferior sensiblemente paralelos a éstos, pueden ser eludidos muchas veces, o salvados por sus puntas; no ocurre lo mismo en operaciones así dirigidas en la Banda Oriental y Río Grande del Sur, donde los afluentes mayores del Uruguay van de este a oeste, estando colocados como barreras que obstaculizan el avance; pero, que, en cambio, se prestan para la defensa. Ahora bien, en operaciones orientadas de este a oeste o inversamente (la mayoría de éstas en la guerra civil), las ventajas y desventajas, según se opere ofensivamente o haya que defenderse, son a la inversa.

Aparte de lo asentado, los ríos importantes, como el Negro, el Gualeguay, el Gualeguaychú, el Ibicuy, etc., eran obstáculos muy serios, difíciles de salvar por tropas mixtas sin medios especiales de transhordo, particularmente en períodos de aguas altas. En Corrientes las zonas de esteros, con médanos, montes y pajonales, hacían sumamente dificultoso el tránsito y se prestaban para el ocultamiento de fracciones de nativos. La gran laguna Iberá y sus esteros y los orígenes del río Corrientes eran obstáculos casi infranqueables para operaciones importantes. En Paraguay las largas cadenas de esteros y pantanos, debidos a la horizontalidad del suelo, que se extienden a lo largo del río Paraguay, hacían por demás penosos los movimientos de tropas.

Litoral marítimo. — La costa atlántica uruguaya es en general baja y arenosa; al sur de la laguna Mirím presenta varias lagunas; no tiene puertos naturales de cierta importancia. En la parte brasileña de Río Grande el litoral marítimo es cubierto por numerosas lagunas, siendo las principales la de los Patos (303 por 65 Km.) la Mirím (170 por 46 Km.), unida a la anterior por un río o "sangrador", y la de Mangueira, separada del mar por un angosto "albardón". La primera y segunda son navegables por barcos que hacen el comercio con Pelotas, Río Grande y Porto Alegre.

Como consecuencia de sus características la costa uruguaya oceánica no se prestaba para operaciones de embarco y desembarco de tropas, siendo preferible efectuarlas en la orilla correspondiente del Plata, donde existen los puertos ya citados. En la parte brasileña el importante y seguro puerto de Río Grande y la navegación por las lagunas de los Patos y Mirím, favorecían las operaciones combinadas en dirección norte sur, y los transportes.

Clima. — La temperatura está influída en esta región por los vientos, que, por lo opuestos, producen cambios diurnos muy sensibles en ella, hasta de veinte grados. El del norte es cálido, pero a éste suele suceder el "pampero", viento de toda estación, procedente del sudoeste, refrescante, a veces huracanado, de hasta 100 kilómetros por hora,

que hace declinar las aguas del Plata frente a Buenos Aires y ocasionaba perjuicios en Montevideo; soplan el "pampero sucio" precursor de tormentas, lluvias y nieblas; el "pampero limpio", que purifica la atmósfera, y el viento del sudeste, también fresco y húmedo, denominado "sudestada" en el Plata, que viene acompañado generalmente de lluvia, y hace subir las aguas del gran río. La temperatura no es extrema en el litoral; aquí, además, no nieva — por lo que en invierno el ganado se mantiene a campo abierto —, pero hay brumas y heladas, éstas muy molestas para las tropas. Suelen presentarse períodos de sequía muy perjudiciales por la falta de pastos para el ganado y también épocas de lluvias continuadas, que retrasan y aun paralizan las operaciones militares, por el crecimiento que producen en los ríos, y el mal estado en que ponen los caminos. La salubridad regional es buena en casi toda su extensión; en Paraguay los esteros y pantanos a lo largo del río Paraguay engendraban gérmenes de las fiebres palúdicas; en Río Grande no hay tampoco enfermedades endémicas. Las lluvias van en la región de 1.000 mm. anuales en Entre Ríos a 1.200 en el norte de Corrientes, y más en el Paraguay, es decir, que provocan allí un clima muy húmedo. En Buenos Aires y sur de Santa Fe las lluvias son sólo algo más frecuentes en el período de octubre a marzo y alcanzan de 800 a 1.000 mm. por año, resultando un clima húmedo. A medida que se va hacia el norte aumentan las precipitaciones en el lapso de octubre a marzo, con relación al resto del año; en Corrientes sobre 1.200 mm., 900 caen en aquel período. En la república del Uruguay el otoño es la estación más lluviosa, en tanto que en Río Grande lo es el invierno, estación en que soplan más vientos.

Consideraciones sobre el clima. — El clima en sí no es, pues, de una influencia negativa que imposibilite las operaciones militares, aunque las puede dificultar y retardar, como consecuencia tanto de las sequías como de los períodos lluviosos, que gravitan desfavorablemente, las primeras, sobre los pastos, y los segundos sobre los ríos y arroyos, haciéndolos transitoriamente insalvables por vadeo, y también sobre el suelo, en las partes poco permeables, tornando penosas las marchas. Sobre el hombre, por su general benignidad, en sí, no perjudica las actividades militares; por lo contrario, salvo en el norte (Paraguay), en verano, es más favorable que en otras regiones del escenario general.

Fauna. — La ganadería cobraba en casi toda esta región el mayor valor, proporcionando abundante ganado de consumo y militar, del que se usó sin consideración ni economía en muchas de las campañas, por lo mismo que, viviendo casi todos los animales libres y salvajes, eran numerosos y baratos; su talla era mediana.

Los pumas y tigres; los segundos más abundantes que los primeros en el litoral, imponían cuidados especiales en los vivaques y campamentos para evitar las disparadas de las caballadas; sabido es que el yeguarizo es un animal muy tímido; una flecha disparada por los indios, el rugido de un tigre o cualquier ruido inusitado es suficiente para las dichas disparadas.

La abundancia de ambos tipos de ganado [8] — yeguarizo y vacuno — al dar medios numerosos de traslado, de lucha y de subsistencia, permitieron la constitución de unidades militares, fácil y rápidamente transportables, y, con ello, una aptitud ofensiva operativa (incursiones) y aun estratégica (invasiones), para actuar dentro de la misma región del litoral y hacia otras. Comparada con las demás la región que tratamos, tal abundancia le daba una prioridad militar que facilitó la ofensiva en las operaciones. Fué,

[8] Según Sarmiento, en sólo la Banda Oriental había al comienzo de la revolución 6.000.000 de vacunos y 800.000 yeguarizos.

pues, un factor geomilitar y aún geopolítico de mucha gravitación, ya que el transporte era en los movimientos terrestres únicamente a lomo o tracción animal, para hombres y demás elementos.

Vegetación. — La agricultura no tuvo casi ningún desarrollo hasta muy adelantada la primera centuria de vida independiente, siendo por ello la alimentación del pueblo y de las tropas casi exclusivamente de carne, y la del ganado, los pastos tiernos naturales de las inmensas praderas naturales (argentinas, uruguayas y riograndenses), de manera que en invierno (heladas) o períodos de sequía las operaciones se tornaban muy precarias o había que emprenderlas con fracciones reducidas. La agricultura en nuestro país no había cobrado importancia por falta de brazos y dificultades de exportación.

En la vegetación arbórca, los bosques constituían lo que en Entre Ríos se denominaban "selvas" — en realidad monte —, existentes en el centro y noroeste de dicha provincia (selva de Montiel), que ocupaban un quinto de la superficie del estado; en el sur de Corrientes, en la parte de Santa Fe, al norte del Salado, y en la Banda Oriental — aquí con el nombre de "montes" — se extendían también zonas de bosques; en estas zonas se intercalaban extensas sabanas. También eran boscosas las márgenes de los ríos en general (bosques cortina). Los bosques de la parte norte de Santa Fe, de Entre Ríos y Banda Oriental son de árboles de mediana talla, con ramaje que empieza desde poca altura, resultando copas demasiado anchas para la elevación de las plantas. En Corrientes y Paraguay son más altos. Estas zonas de vegetación arbórea eran algún obstáculo para los movimientos fuera de los caminos, pero también servían de protección en verano, y para el ocultamiento. En el resto de la llanura el campo era abierto y limpio y se veía el horizonte.

En la región preponderan los pastos tiernos, exceptuando el noroeste de Buenos Aires y sur de Santa Fe, donde son duros.

En el norte se cultivaba la mandioca; en Río Grande y Paraguay, el tabaco y la yerba mate; en Río Grande también el trigo; pero todo en pequeña cantidad. El pasto venenoso más común para el ganado era el "mío mío".

Minerales. — Lamentablemente esta región, rica en medios pecuarios y con algunos del agro — los pastos — para las operaciones militares de aquel tiempo, carecía casi en absoluto de minerales aplicables a las industrias de guerra (hierro, cobre, etc.), sufriendo por lo tanto, geopolíticamente considerada, esta falta, y debiendo, por ello, recurrir a su importación o a los elementos fabricados (armas, etc.). Río Grande del Sur, a pesar de sus riquezas minerales, no las explotaba.

Las industrias en general estaban atrasadas, pero especialmente las relacionadas con las armas de guerra, por lo que las de fuego portátiles, más difíciles de fabricar entonces, debían venir en su mayor parte del exterior. Por eso las provincias argentinas pobres — que, excepto Buenos Aires, lo eran todas — no las podían adquirir y de ahí que su núcleo principal de combate, entre otras causas, fuera la caballería, armada de lanza y sable y sólo algunas armas de fuego livianas, parte de ellas tomadas a los ejércitos de la provincia de Buenos Aires, luego de las derrotas de ésta en las luchas civiles [9].

[9] Los productos de exportación del virreinato del Río de la Plata eran en 1771: cacao, algodón, tabaco, lanas, lana de vicuña, cobre, sebo, cera, pieles de lobos marinos, de jaguares, y de chinchilla, aparte de los cueros vacunos, que en número de casi 410.000 se remitieron a Europa en un solo cargamento de ese año.

Se fabricaron en Buenos Aires desde los primeros años de la revolución: cañones (desde 1812), armas blancas (sables, espadas, lanzas, chuzas y bayonetas) [10], afustes de madera para piezas de batalla y plaza, municiones, carruajes, recados, mochilas, y toda clase de arneses y correajes.

Las industrias generales del momento eran las derivadas de la ganadería: cueros secos y salados, carne desecada (charqui) y grasa, especialmente. En Paraguay también yerba mate y tabaco.

La capital (Buenos Aires) adquirió el armamento portátil de fuego en los primeros tiempos, por pequeñas partidas, a los comerciantes de la ciudad misma; en partidas algo mayores, a los barcos ingleses que llegaban a su rada; pero las cantidades importantes fueron compradas en el exterior: Estados Unidos, Inglaterra, etc. El hierro para las propias fabricaciones provenía también del extranjero.

Las poblaciones y sus habitantes. — Los núcleos humanos importantes del litoral estaban radicados en las orillas de los grandes ríos y del mar, dentro de las zonas en que la civilización predominaba, pues en las provincias y estados había grandes extensiones de desierto en que imperaba el indio, apareciendo así los centros poblados como estrechos oasis. Especialmente notable era esto en los centenares de kilómetros cuadrados de la hoy dilatada provincia de Buenos Aires, en la que más de las tres cuartas partes de su extensión eran soledades o estaban en poder del aborígen [11], quedando sólo el nordeste en manos del blanco; en la de Santa Fe, a no muchos kilómetros de la capital, imperaba igualmente aquél; también en el noreste de Corrientes, en Misiones y en el oeste de Río Grande del Sur, las tierras eran pobladas por indios, que igual atacaron a los cristianos, como se unieron a éstos para la guerra civil o para otras contiendas, como la de liberación de Artigas contra los portugueses. Sólo estaba libre de indios la provincia de Entre Ríos, donde habían sido extinguidos los charrúas en campañas de los años 1749 y 1750.

La población litoralense y de Río Grande del Sur era poco numerosa, aunque algo mayor que en el resto del país, y, como se ha dicho, distribuída en ciudades y pueblos y sus zonas de influencia. El desarrollo demográfico queda demostrado en que por 1826, se calculaba para Buenos Aires una población de 135.000 habitantes: Buenos Aires campaña 60.000 y la ciudad 75.000 (55.000 en 1810), Corrientes 45.000, Entre Ríos 30.000, Santa Fe 15.000 [12], Banda Oriental 50.000 [13], Río Grande del Sur 180.000 [14] y Paraguay 160.000 [15], cuya capital — Asunción — contó con 10.000 en 1810 y 12.000 en 1849. Esta escasez de población y la precariedad de recursos, en tan enormes territorios, no favorecían las operaciones militares.

Los centros poblados de importancia en la provincia de Buenos Aires eran, aparte de la capital, San Nicolás, Mercedes, Chivilcoy, Chascomús, Dolores, Bahía Blanca y

[10] En la capital se instaló en 1810 una modesta fábrica de fusiles, pero, por su escaso desarrollo, no llegó a producirlos en cantidad apreciable para las necesidades; sirvió también para la reparación del armamento portátil en general.

[11] Esto hasta 1823; después, hasta 1826, fué disminuyendo para no alcanzar a la mitad de su superficie, y sucesivamente hasta 1879.

[12] Debió ser algo mayor.

[13] Según Alvear: 24.000 en la campaña.

[14] Cálculo de Alvear, tal vez exagerado.

[15] Trescientos a cuatrocientos mil, según el general Paz; cálculo exagerado; sólo 100.000 según Azara en 1795.

Patagones; en Uruguay, Montevideo (14.000 habitantes), Maldonado, Colonia, Mercedes, Fray Bentos y Paysandú; en la provincia de Santa Fe, la capital (5.000 habitantes), Rosario (al comienzo una pequeña villa de 500 habitantes); en Corrientes, la capital, Goya, Caa Catí, Restauración (después Paso de los Libres); en Entre Ríos, La Bajada (después Paraná), Diamante, La Victoria, Gualeguay, Gualeguaychú y Arroyo-de la China (después Concep. del Uruguay); en Río Grande, Porto Alegre, Río Grande, Pelotas, Yaguarón, Bagé, Río Pardo, S. Gabriel y Santa Anna do Livramento; y en Paraguay, Asunción [16].

En esta región, Buenos Aires constituía — hoy también — la llave de un sistema geográfico que la ligaba por la navegación fluvial a Paraguay y por el terrestre a Alto Perú, Perú y Chile, siendo escala necesaria en las comunicaciones por el estrecho de Magallanes. Ella sola explotaba entonces las ventajas del comercio exterior y tenía rentas de aduana, impidiendo o demorando el progreso del interior argentino. Es además el centro del sistema hidrográfico más admirable de América del Sur, con clima templado y sano, estando ella en el paso y en franca comunicación marítima con Europa. Su puerto estaba señalado para ser el emporio mayor de América meridional, y ya lo era al comienzo de nuestra historia, sin excluir a Lima. Durante los últimos años de la colonia habían llegado a Buenos Aires algunas maquinarias y otros elementos que dieron algún impulso a su desarrollo industrial, superior al del resto del virreinato.

Montevideo seguía en importancia a Buenos Aires y allí también se habían radicado muchos extranjeros y, como en ésta, la población era más mezclada y mejorada que en el resto [17]. Salvo estas ciudades y Porto Alegre, cuyos puertos les permitían un intercambio mercantil fácil con el exterior, las demás se desenvolvían con mayor atraso económico.

Fuera de las ciudades y pueblos, vivía diseminado el resto de la población, constituyendo los grupos humanos de las estancias, cuyos cascos (casas), estaban alejados casi siempre unos de otros, por lo menos diez kilómetros y a veces muchos más. En Entre Ríos la zona más poblada y rica en estancias era la comprendida entre los ríos Gualeguay y Uruguay. En Corrientes sus partes central y oeste y — esto después de la destrucción de sus Misiones Occidentales en 1817, por los portugueses — eran allí lo de más población. En Uruguay pasaba esto al sur del río Negro, especialmente sobre el río de la Plata (un 70 % del total, aproximadamente).

La educación, las costumbres y el vestir diferían mucho entre el hombre de la ciudad — influído por la civilización europea — y el del campo. Este era, además, ignorante, de hábitos primitivos, carácter indomable, altivo, de emociones fuertes, y por qué no decirlo, vanidoso; estas condiciones naturales y morales, habían nacido de su vida aislada, de su independencia individual y de la lucha con la naturaleza y con el indio defendiendo sus precarios bienes y su vida; desdeñaba al "pueblero" porque lo consideraba de condiciones varoniles inferiores; los hombres de campo de Río Grande del Sur participaban de esas características.

El campesino se adiestraba en la doma y el uso del caballo, el manejo del lazo, las boleadoras y el cuchillo, y en la natación. En las temporarias faenas de la ganadería,

[16] Interesa observar en el croquis Op. Ia la coincidencia de los pueblos argentinos y uruguayos, río Uruguay de por medio (pueblos gemelos).

[17] Entre los extranjeros llegados al Plata hasta 1826, tenían importancia más marcada los ingleses, por su carácter de comerciantes, mecánicos y agricultores, y por "las grandes extensiones de tierra adquiridas en propiedad por ellos".

dominaba y mataba al toro bravío y fuera de ellas al enemigo de los ganados: el tigre, aun en lucha singular. Los paisanos de Río Grande, poseyendo esas mismas condiciones eran más contraídos a las faenas de la agricultura. Los quehaceres domésticos y las industrias caseras (ordeño, esquila, tejido, fabricación de quesos, etc.) estaban a cargo de las mujeres.

Tres razas conourrían al génesis físico y moral del Plata: la europea, la indígena y la negra (esta última casi exclusivamente en los pueblos y ciudades). De su fusión resultó ese tipo original en que la sangre europea prevaleció, regenerándose por la inmigración y a cuyo lado creció mejorándose esa otra raza mixta del negro y del blanco, que ha asumido las cualidades físicas y morales de la raza superior. El negro era simplemente un nuevo colono que entraba a formar parte en cierto modo de la familia con que se identificaba. En 1776 había un negro por cada cinco blancos en Buenos Aires, Montevideo y ciudad de Córdoba; en las poblaciones del resto del país no alcanzaba al diez por ciento; fué con él con quien se formó el núcleo de los batallones veteranos de los patriotas revolucionarios y también después.

En cuanto a la instrucción pública, estaba más desarrollada en las orillas del Plata que en el resto del país y Paraguay.

En Entre Ríos el indio casi no existía, pues se habían fundido los restantes con la raza caucásica; lo mismo en el hoy Corrientes, exceptuando su parte oriental (Misiones Occidentales), donde predominaba el indio guaraní. Entre los indígenas de Corrientes, Misiones y Paraguay, todos de origen guaraní, unos eran agricultores y otros vivían de la caza y la pesca. Sus cultivos les proporcionaban maíz, mandioca, porotos, naranjas, etc. Casi todos ellos habían sido reducidos por los religiosos en los siglos XVI y XVII y muchos se refundieron con los españoles. Hay que hacer notar que en ninguna parte las hordas guaraníes fueron más numerosas que en la cuenca del Plata y en las orillas de sus grandes ríos.

Paraguay era en 1810 uno de los países más atrasados y oprimidos de América del Sur y de vitalidad y energía moral escasas. La sangre indígena había predominado sobre la europea; las madres aborígenes, trasmitiendo a sus descendientes su índole suave y su temperamento, inocularon en sus venas la pereza.

En las Provincias Unidas se diseñaba un carácter democrático, en que todos eran iguales de hecho y de derecho, despreciando los títulos de nobleza, contrariamente a Méjico y Perú, que fueron cortes coloniales, con aristocracia de condes y marqueses.

Como personal para la milicia, los hombres del litoral se distinguieron por su valor, destreza como jinetes y nadadores, facilitando esto último el franqueo de los numerosos ríos y arroyos de la región, aún de los más caudalosos.

Rutas. — Los caminos de Buenos Aires a Santa Fe y hacia el oeste y noroeste eran: el de Buenos Aires a Rosario (primer tramo del camino a Perú) y su continuación a Santa Fe, todo él a lo largo del río Paraná. De la pequeña villa de Rosario, dos caminos se dirigían a Córdoba, el antiguo de la posta, algo más largo, que se ha descrito en Panorama Geográfico Militar, por ser el internacional a Perú; y el nuevo, al norte del anterior, que acorta el recorrido, trazado después de mediados de siglo. De Santa Fe va también un camino a Córdoba, pasando por Sauce, Quebrachitos, Quebracho Herrado (lugar histórico) y Rosario de Córdoba; desde Sauce hasta Fuerte del Tío este camino es desierto en 120 Km.; de allí a Córdoba se puede seguir directamente o por la margen del río Segundo; dicho itinerario es abundante en pastos, agua y leña. Esta ruta general era peligrosa por la proximidad de los indios del norte de Santa Fe para fracciones menores de tropa y gente aislada.

Existía un camino que de Buenos Aires, por Guardia de Luján, Cruz de Guerra, Laguna Cabeza de Buey y Laguna del Monte, iba a las Salinas Grandes, es decir, al sur (territorio indio), por el que transitaban carretas en busca de sal para Buenos Aires. Da una idea de la lentitud del transporte por carretas de entonces, el saber que los 1.100 Km. de ida y vuelta de esta ruta insumían 60 días. De Rosario a Córdoba se iba generalmente en menos de 10 días. Las carretas tiradas por bueyes hacían de 22 a 35 Km. por jornada, según el estado de los caminos y la estación. Todos estos caminos, si tienen algún inconveniente, es a menudo la falta de agua.

Los caminos de la Mesopotamia, Paraguay y Banda Oriental son distintos a los del interior argentino, en los que el problema de las marchas en largas extensiones es la falta de agua y a veces pastos, pues en la Mesopotamia abundan, pero los innumerables ríos y arroyos, afluentes y subafluentes de los grandes ríos Paraná, Paraguay y Uruguay, que cortan los territorios en todas direcciones, obligan a que se los contornee, despunte o franquee por el transbordo, en creciente, con trabajo y demora en todos los casos. En Paraguay y Corrientes los esteros, bañados y lagunas, muy extensos, en muchos casos imposibles de despuntar sin enormes recorridos, imponen cruzarlos, lo que es realizable a veces porque el piso es duro y el agua poco profunda; eso sí, requieren vehículos con ruedas más altas que en el resto del escenario para que las cargas no se mojen en los largos recorridos por agua. Es el caso que aquí el poco nivel de las aguas impide o dificulta el uso de medios flotantes de transbordo que sean de calado; por ello el traslado es penoso en períodos de lluvia.

Los caminos longitudinales principales son los que siguen paralelos a la orilla de los ríos Paraná y Paraguay en el oeste de la Mesopotamia y los de ambas orillas del río Uruguay. El que va de Diamante, en Entre Ríos, hasta Asunción, es de poco tránsito, porque la vía fluvial contigua es más rápida y económica, y porque el cruce de los afluentes de los dos grandes ríos cerca de su desembocadura es muy difícil, especialmente en creciente, cuando reciben también el reflujo de aguas de esos grandes ríos inundándose las orillas — en que no hay puentes — por varios kilómetros. En cuanto al contiguo al Uruguay, por su margen oeste, que une Arroyo de la China (Concep. del Uruguay) con todos los pueblos importantes de esa orilla, se aparta de ella en Santo Tomé, penetrando a Paraguay por Itapúa, de donde sigue a Asunción, a través del territorio de ese país. Este camino sufre los mismos inconvenientes que el anterior hasta Santo Tomé, disminuyendo después hasta Asunción, salvo el franqueo del Paraná.

Los caminos que unen las dos bandas de la Mesopotamia son: en Entre Ríos, los que saliendo de Paraná van a Arroyo de la China (Concep. del Uruguay), uno, el de más al sur, por Nogoyá, Gualeguay, Gualeguaychú, dando un gran rodeo; y el que, por Tala, hace un recorrido mucho más directo; otro desde Paraná, en diagonal, va a Curuzú Cuatiá y Restauración (P. de los Libres) en Corrientes. De Arroyo de la China un camino corta en diagonal la Mesopotamia yendo por Villaguay a la Paz. En Corrientes, un camino de Restauración va a Goya por Curuzú Cuatiá; otro, desde el mismo punto por Mercedes a Bella Vista; y un tercero a Caa Catí por Yaguareté Corá y San Miguel, al norte. De Bella Vista un camino va también a Caa Catí por Mburucuyá, siendo excelente. Como consecuencia, Bella Vista y Restauración son dos puntos de afluencia de caminos e importancia militar. Otro camino, el de Corrientes a Caa Catí, que cruza los bañados de Maloya es de difícil tránsito. Finalmente, de Corrientes a Itatí y de allí por la orilla del Paraná un camino va al este por Itá Ibaté y Trinchera de los Paraguayos, a Candelaria.

En la Banda Oriental el camino paralelo al río Uruguay participa de las características del que corre por la otra margen. En el resto del territorio los caminos principales

siguen, como en Entre Ríos, el lomo de las cuchillas, con lo que se evita cruzar también aquí el sinnúmero de ríos y arroyos que lo surcan. Así, de Montevideo, punto de arranque, salen caminos a Colonia y Soriano, ésta en el río Uruguay, y a Maldonado; otros por el centro del país, llegan a Santa Anna do Livramento por la cuchilla de Haedo — cruzando, no obstante el Yí y el Negro —, y a Bagé, por la cuchilla Grande; otro, por la vecindad del mar, llega a la villa de Río Grande, en Brasil. También los caminos transversales con rumbo EO. siguen el lomo de cuchillas secundarias.

El terreno de esta región (litoral), en general llano (en partes ondulado), permitía hacer ruta en cualquier dirección y marchar con las tropas en varias columnas, especialmente al oeste del río Paraná, llevando así un apresto, tanto para la lucha, como para el estacionamiento. Tal dispositivo no era aplicable a las zonas boscosas y de bañados del SO. del Paraguay y centro y norte de Corrientes. Tampoco podía tomarse cualquier dirección en épocas de lluvia, por la lenta permeabilidad del suelo, si las tropas no llevaban consigo elementos para salvar los cursos de agua. Igualmente, apartarse de los caminos era inconveniente desde el punto de vista del abastecimiento del ganado, si no habían poblaciones o estancias en la ruta arbitrada.

Las operaciones en períodos lluviosos, por el estado en que se ponían los caminos y el terreno y la crecida repentina de los cursos de agua — aún los menores — eran muy duras y lentas — especialmente en Paraguay (oeste), la Mesopotamia y Banda Oriental — sobre todo para la tropa a pie y vehículos (carretas que podían transportar 1.600 kilogramos de carga); no se diga de la dificultad opuesta por los afluentes mayores de los grandes ríos. Por eso también en los llanos de nuestro país se usaban los transportes a lomo, más rápidos que las carretas y que pasan por doquier, dando más movilidad a las tropas. Por animal puede transportarse así de 140 a 160 kilogramos de carga bruta.

Resumiendo, los caminos de toda la región eran de tierra natural, poco numerosos y de conservación descuidada. Al parecer debían tener la mayor importancia como líneas de operaciones aquellos que corrían paralelos y cercanos a los grandes ríos y al mar pues por ellos podían combinarse las operaciones terrestres con las fluviales o marítimas que las apoyasen, y abasteciesen las tropas, si se contaba con el dominio de las aguas; pero, no era así, en lo que respecta a movilidad, pues por carecerse de puentes y de materiales para construirlos, el franqueo era sumamente lento; por eso, los avances de tropas se hicieron con preferencia despuntando los cursos de agua hacia el interior o pasándolos donde eran menos caudalosos (casos de las ofensivas de Echagüe, Urquiza y López Jordán, en la guerra civil) [18]. Así, en Entre Ríos y sur de Corrientes, los avances se realizaban normalmente por el camino de la cuchilla Grande — línea divisoria de las aguas — situada más próxima al Uruguay; y algo semejante ocurría en la Banda Oriental.

Con relación a las rutas fluviales, ya hemos mencionado las condiciones de navegabilidad de los grandes ríos de la región; éstos suplían las dificultades de los caminos a ellos marginales, con un mayor rendimiento para los reabastecimientos, más baratura, seguridad y aún rapidez (esto durante las sequías o las grandes lluvias), que por los dichos caminos. Eran, pues, líneas de operaciones, de retirada y de comunicaciones muy buenas, pero exigían su posesión y dominio para un seguro y amplio empleo. El río de la Plata

[18] Casi todos los autores mencionan también como realizado por allí el avance de Belgrano hacia Paraguay en 1810. Estudios posteriores del general Manuel Castrillón demuestran que lo fué por el camino contiguo al río Paraná hasta muy al norte de la provincia de Entre Ríos (río Feliciano), desde donde siguió a Curuzú Cuatiá.

era, sin esto, zona de obstáculo para las operaciones que obligaba a eludirlo pasando más al norte.

Consideraciones generales. — Como consecuencia de los factores o elementos geográficos (relieve, hidrografía, clima, ganadería, vegetación, rutas, etc.), puede decirse que la región del litoral era, a la par que la más vital, la más favorable para todas las actividades de la guerra de movimiento, en relación con las otras que comprendieron el enorme escenario de nuestras guerras, siendo, por lo contrario — salvo el sudoeste de Paraguay — la menos apropiada para la de posición. Dicha movilidad podía obtenerse, no obstante la existencia de obstáculos negativos para las operaciones — zonas de bañados y esteros —, pues ellos no impedían normalmente los movimientos al evitárselos o salvárselos con apropiados medios de franqueo.

Por lo mismo que esta región contenía el máximo de riqueza, se encontraban en su jurisdicción los centros políticos y los emporios comerciales de importancia capital, y como comprendía la base de la cuenca del Plata, y la importantísima puerta de entrada a ella, cobró siempre el papel fundamental y decisivo en las contiendas militares, estratégicamente considerada.

Las llanuras inmensas, propiciaban, como se ha dicho, la guerra de movimiento y en ella los grandes recorridos por jornada, favoreciendo la sorpresa operativa, a la vez que las operaciones y el combate de caballería, y las prolongadas persecuciones para el exterminio del enemigo, particularmente al oeste del Paraná. La existencia de numerosos yeguarizos y vacunos, contribuía a esa movilidad guerrera, lo mismo que las extensas praderas naturales y la aptitud hípica de los hombres.

Dominado el Plata, por un bando, los reabastecimientos del adversario, — para el ejército o para tropas sueltas —, tenían que realizarse, en el caso de operaciones en la Banda Oriental por el camino de Buenos Aires a San Nicolás, de allí seguir por agua o tierra hasta frente a la Bajada o Punta Gorda (Diamante) y, pasado el río Paraná, operación lenta, atravesar todo Entre Ríos hasta Arroyo de la China (Concep. del Uruguay), para luego cruzar el Uruguay, allí o frente a la ciudad de Salto; por este último punto si el enemigo tenía el dominio de ese río. Semejante a este itinerario sería el del bando contrario viniendo del este, si carecía del dominio del Plata o creía no poder o serle inconveniente desembarcar bien cerca de Buenos Aires (Urquiza en 1851-52). Una línea de operaciones y comunicaciones así, tan complicada y extensa (a veces más de 700 Km.) era muy costosa, lenta y aventurada; esto último si el enemigo disponía de una escuadrilla superior de río.

En todas las campañas realizadas en la región que consideramos, tanto en las guerras exteriores como civiles y contra el indio, la base principal de las fuerzas del gobierno argentino o de la provincia de Buenos Aires, estaba constituída por la ciudad de Buenos Aires, para los abastecimientos de combate principalmente. Esta provincia era la más rica, la más poblada, la que contaba con algunas industrias, la que disponía del mejor puerto — esto por su situación —, la que percibía los derechos de aduana y la que estaba en mejores condiciones para dominar las rutas fluviales a las provincias litorales y a Paraguay, ello si en la guerra exterior no participaban naciones marítimas muy poderosas, como desgraciadamente ocurrió contra el país.

En la guerra civil, cuando las demás provincias luchaban contra ella, por más pobres y por realizar consecuentemente una guerra irregular, debido a la falta de armas de fuego y otros elementos bélicos, tenían como base de operaciones el territorio todo, de donde sacaban los medios necesarios: el hombre, el caballo y el ganado de consumo,

principalmente; el resto era rudimentario: armas blancas, lanza, lazo, bolas, boleadoras, etc.; a veces sumaban a éstas las armas que en luchas precedentes habían tomado a los ejércitos de Buenos Aires — casi siempre vencidos fuera de su provincia — o los provistos por esta provincia conforme a convenios.

La situación relativa de la ciudad de Buenos Aires, respecto de la de Santa Fe, capitales de los estados que más veces se enfrentaron en la guerra civil del litoral — unida o no la segunda a Entre Ríos, Corrientes y Banda Oriental—, lo mismo que la de Buenos Aires con respecto a la Bajada (Paraná) capital de Entre Ríos, hacen que las líneas de operaciones y comunicaciones sean cortas — con relación a las de otras guerras que se tratan en este libro — máxime si las operaciones se inician desde zonas de concentración próximas a la línea del arroyo del Medio — limítrofe con Santa Fe — sensiblemente equidistante de sus capitales. Por consiguiente, una derrota decisiva en proximidades de ese límite permitió al vencedor ponerse en poco tiempo frente a la capital del vencido, pues en el intermedio no hay accidentes del terreno — cursos de agua transversales importantes, o elevaciones — que den acrecentamiento de poder a una defensa. En el norte del territorio bonaerense existían, sin embargo, algunas localidades donde extremar la resistencia (San Nicolás, etc.).

Montevideo, aunque como entidad política, comercial y demográfica, era menos importante que Buenos Aires, por su magnífico puerto natural, sus condiciones también naturales para la defensa y sus obras defensivas, su menor distancia al mar y por distinta ruta y el poco apego de sus habitantes a los porteños, constituyó desde las invasiones inglesas (1805-1806) una base especialmente naval, de primer orden, para las guerras contra las provincias argentinas y particularmente contra Buenos Aires, su base de operaciones principal. De ahí el afán de los contendientes de todas ellas por apoderarse de tan primordial centro y baluarte.

CAPITULO IV

ESBOZO GEOGRAFICO OPERATIVO DEL CENTRO ARGENTINO *

Territorios que lo comprenden. — Contiene esta región el territorio de las provincias de Córdoba, San Luis y Santiago del Estero, con las exclusiones que corresponden a la parte sur de las dos primeras y a la nordeste de la última, ocupadas en 1810 por los indios. Por su situación, alejada de las fronteras exteriores, fué teatro casi exclusivo de algunas campañas de la guerra civil, aunque también región de tránsito para las campañas de dicha guerra, que se desarrollaron en el oeste y noroeste argentinos, y para las de la guerra de la independencia, en iguales fronteras, es decir, que por ella pasaron las tropas y reabastecimientos destinados a los ejércitos que allí operaron.

El relieve. — Orográficamente esta región, principalmente llana, contiene sin embargo, en la mitad oeste y norte de Córdoba, sur de Santiago y nordeste de San Luis,

* **Ver Croquis Op. II.**

algunas serranías, accesibles en todas partes, que constituyen un sistema llamado central y cuyas cimas no sobrapasan los 2.000 m. En su parte media las sierras de Córdoba están constituídas por tres cordones, siendo el más extendido en sentido N. S., el del este, y más corto el del oeste; llámanse ellos Sierra Chica, la que se prolonga hasta Santiago; Sierra Grande; y Sierra de Pocho. Encierran entre sí valles longitudinales por los que bajan algunos cursos de agua nacidos en las mismas sierras, aunque de poca importancia. La sierra de San Luis forma cuerpo con la de Córdoba y está separada de ésta por una pampa desértica; sus cordones están también orientados de norte a sur; ocupan 95 Km. de E. a O. y 140 de N. a S.

Entre el macizo central expresado y las sierras de Los Llanos y de La Rioja, ambas en esta provincia, hay una gran pampa desértica, cubierta de monte bajo, poco espeso, constituído por jarilla, algarrobos, chañares, etc., es decir, árboles bajos; contiene esta pampa partes muy salitrosas, como las Salinas Grandes y la Pampa de las Salinas, donde ni árboles hay, salvo el jume y la vidriera.

Hidrografía. — Los ríos y arroyos, como se ha dicho, corren por los valles intermedios del sistema central. De él nacen los ríos sin afluentes de Córdoba y San Luis, de poco caudal, pero de crecidas súbitas y violentas en verano, siendo los principales los denominados Primero, Segundo, Tercero, Cuarto y Quinto, que siguen hacia el este, muriendo el primero y los dos últimos en lagunas, y los otros dos, luego de formar el Carcarañá, en el río Paraná. Al descender al llano tienen estos cursos las características de ríos de llanura; por su exiguo caudal y ancho constituyen obstáculos de poca importancia. No son navegables.

Los ríos de Santiago del Estero, aunque son sólo dos, provienen de la cordillera de los Andes, y traen más caudal, sin ser mayormente navegables; son ellos el Salado del Norte y el Dulce u Hondo, después Saladillo. El primero fué límite con la barbarie, ya que de allí al nordeste imperaba el indio. En Santiago este río modera su corriente y ensancha su cauce llegando a formar bañados y lagunas. El segundo — el Dulce — de aguas salobres y amargas al cruzar las salinas, suele inundar extensas zonas, pues sus barrancas son bajas. En las orillas de los ríos de la región, mencionados, están los principales centros poblados.

La vegetación en Santiago del Estero es boscosa, tanto al noroeste del río Dulce, como entre éste y el Juramento (Salado) y en el nordeste de Córdoba, alternada con sabanas. En el sudoeste de Santiago y noroeste de Córdoba está la zona de las Salinas Grandes, arbustífera, de montes ralos y bajos. En las mesetas inferiores de las sierras de Córdoba hay bosques de palmeras. El macizo de la sierra de San Luis es menos boscoso que el de Córdoba, pero los pastizales son mejores y se cultivaba la alfalfa. Santiago producía algodón; Córdoba, maíz. La pampa cordobesa estaba cubierta de pastos naturales. En esta provincia el yuyo tóxico para los animales se llama "chuscho".

Fauna. — La ganadería (vacunos y yeguarizos) tenía buen desarrollo en la región; los vacunos de San Luis eran adquiridos por Mendoza y San Juan para engorde y exportación a Chile; en cambio, San Luis compraba a aquéllas productos agrícolas, como maíz y trigo; en Córdoba, donde la ganadería excedía las necesidades de la población, se realizaban grandes invernadas de ganado para el noroeste argentino y Bajo y Alto Perú. Los animales en estado salvaje, de regiones secas, como el avestruz, etc., existían numerosos en ésta, también pumas y tigres.

La industria manufacturera mostraba cierto desarrollo, produciéndose calzado en Córdoba y algunos tejidos en toda la región. Se explotaban minas de plomo y cobre en Córdoba y se extraía sal de las salinas. Santiago fabricaba alguna cantidad de harina. En Córdoba se empezó a instalar a fines de 1810 una fábrica de pólvora que llegó a producir, en 1813, unos 150 Kg. diarios; en Santiago también se fabricó pólvora, aunque de mala calidad.

El clima de la región central, menos el de Santiago, tiene cierta analogía con el del litoral, exceptuando los macizos montañosos de Córdoba y San Luis y la llanura al oeste de ellos. Los grandes vientos pamperos y sudestadas del litoral son aquí vientos del sur, también frescos. Es, no obstante, menos húmeda esta región, pues en su parte oriental alcanzan las lluvias quinientos y ocbocientos mm. anuales, es decir, que hay un clima semihúmedo, con lluvias suficientes, que, en las altas mesetas de las sierras, en verano, abundan y hacen crecer los ríos y arroyos que allí nacen; en cambio, en los llanos del oeste de las sierras, aunque su nivel es de quinientos metros, es decir, superior al del litoral, el calor es mayor (cuarenta y más grados), por la falta de lluvias y de brisas. El viento es aquí del sur y del norte; el último, llamado "zonda", es muy caliente. También la temperatura diurna tiene en esta llanura una gran variación: de diez a quince grados. En los macizos serranos nieva, pero el sol funde pronto la nieve; las heladas se hacen sentir seis meses en el año; las lluvias son estivales, resultando secos los inviernos.

En Santiago del Estero el clima es subtropical, cálido, considerándose allí el ecuador térmico de sudamérica; la media anual es de treinta grados en esta provincia; en diciembre y enero la radiación solar es tan intensa como en las zonas más calientes de la tierra; en invierno el clima es templado.

La población de la provincia de Córdoba era numéricamente la segunda del país, y se la calculaba en 62.000 habitantes en 1813; en 1825, alcanzaba los 90.000; la de Santiago del Estero llegaba en 1825 a los 60.000, y la de San Luis a los 25.000, es decir, que toda la región del centro contaba aproximadamente 180.000 almas en ese año, siendo por cantidad la segunda entre las regiones en que hemos dividido el país. Las dos terceras partes de los seres humanos habitaban en el campo y se dedicaban a la cría del ganado. Eran núcleos poblados de alguna importancia, aparte de las capitales de provincia, los siguientes: Villanueva (hoy Villa María) y Fraile Muerto sobre el camino Córdoba - Rosario; Rosario sobre el camino Córdoba-Santa Fe; Salto y Concepción (hoy Río Cuarto) sobre el camino Córdoba - Concepción - San Luis - Mendoza; San Pedro, San Francisco del Chañar, Navarro, Altamisqui, Loreto, los Robles, en el camino Córdoba - Santiago del Estero - Tucumán; Tulumba y Cruz del Eje en el camino a Los Llanos de La Rioja; San José del Morro, en el camino Concepción - San Luis.

El paisano de la región, especialmente el de San Luis — alto y fuerte — era, como el del litoral, un excelente jinete, con las virtudes de aquél, aunque más dócil al mando; toda la población de Santiago hablaba el quichua. El río Quinto y su línea de fortines, prolongándose al oeste, poco al sur de la ciudad de San Luis, constituía el límite de frontera con el indio.

Los caminos que hemos enunciado al situar las localidades de la región, muestran que la ciudad de Córdoba era, como se decía entonces, la "llave" de las comunicaciones del país, en el interior, y por donde pasaban los caminos para los distintos rumbos del territorio nacional y para los países vecinos del norte y oeste, lo que le daba gran importancia comercial y militar. En cambio, Santiago del Estero estaba servida por pocos caminos, aunque la cruzaba el muy importante que iba a Tucumán, Salta, Jujuy, Alto y Bajo Perú.

Las rutas hacia Catamarca y La Rioja, al proseguir fuera de la provincia de Córdoba eran sólo sendas. Los caminos carreteros dentro de esta provincia presentan las características que les otorgan las zonas que atraviesan; los del este, al litoral, eran de llanura, especialmente desde Fraile Muerto, con poblaciones de escasa importancia; los del oeste, a Cuyo, al atravesar las sierras, participaban de las condiciones de los de baja montaña con sus dificultades no muy grandes; los del noroeste, a Catamarca y La Rioja, al cruzar las zonas salitrosas y desérticas, presentaban los inconvenientes de la falta de agua y otros recursos. San Luis estaba unida a San Juan con un camino que, por el este de las lagunas de Guanacache llegaba a aquella capital, desde donde seguía a La Rioja, Catamarca, etc.

La ciudad de Córdoba distaba de Buenos Aires por camino unos 800 Km.; de la entonces villa de Rosario de Santa Fe 450; de la ciudad de Santa Fe unos 330; de Jujuy algo menos de 900; de San Luis, por Concepción (Río Cuarto) unos 360; de La Rioja, por la sierra de Los Llanos, unos 450. Estas cifras nos servirán para calcular las distancias totales por caminos a las distintas fronteras.

La ciudad de San Luis estaba a 400 Km. de Mendoza; 600 de Rosario de Santa Fe; y 450 de San Juan, por el camino al este de las lagunas de Guanacache; 900 de La Rioja por el oeste de Los Llanos; y 200 por el camino carretero a Concepción (Río Cuarto).

Consideraciones generales. — Los factores geográficos esbozados denotan que, por su situación central, esta región será más que otra cosa, territorio de tránsito en nuestras guerras de la independencia y exteriores, y de luchas, aunque secundarias, en la guerra civil y con el indio; que por lo alejada de las fronteras exteriores, sufrirá menos las depredaciones, etc., de aquellas guerras, aunque sí las del indio en la frontera interior con éste y las de la guerra civil. El hecho de sentir menos directamente la influencia y sufrimientos de la guerra de la independencia y de estar menos expuesta a las invasiones del enemigo, hará que se movilicen menos los espíritus de los hombres para extremar la ayuda en favor de la guerra exterior, al contrario de lo que pasó con Buenos Aires, Mendoza y Salta, principalmente, en aquellas guerras en las fronteras internacionales. Dicho queda con la corta enunciación geográfica que, como en el litoral, la guerra se impusiera en el centro argentino con la organización y las características de llanura, y fuera exclusivamente terrestre, aunque más dura, sobre todo al operar en las zonas desérticas, o poco menos, del oeste de Córdoba y San Luis y de Santiago del Estero (salinas, travesías sin agua, etc.). Surge también, que Córdoba, como zona intermedia obligada de tránsito y llave, por sus caminos, a la vez que relativamente rica en recursos, especialmente pecuarios, asumiera un papel estratégico importante, y que su posesión en las luchas internas (guerra civil del interior, guerra con Rosas, guerras por la consolidación de la organización nacional, etc.), fuera primordial para ambos bandos.

Ni su orografía, ni sus cursos de agua, ni otros accidentes geográficos permitían esperar de esta región defensas operativas fuertes, en caso de una invasión realista del ocste y noroeste (guerra de la independencia) o del noroeste (guerra con Bolivia), de manera que una contención muy seria, a fondo, con verdadero apoyo del terreno, debía intentarse en aquellas regiones fronterizas — que después se describirán — y no en la del centro argentino.

La industria y producción cordobesas, podían contribuir en los abastecimientos de vestir, equipar, etc. a los ejércitos, y en la provisión de animales de uso y consumo militar para la guerra exterior y con el indio, en medida importante. En algunos aspectos también San Luis y Santiago del Estero.

CAPITULO V

ESBOZO GEOGRAFICO OPERATIVO DEL NOROESTE ARGENTINO Y ALTO PERU *

Los territorios incluídos. — Comprende esta región Alto Perú (hoy Bolivia) y las provincias argentinas de Salta (excluída la parte chaqueña), Jujuy y Tucumán. Durante la guerra de la independencia asumió esta porción territorial la mayor importancia operativa, por las repetidas campañas allí realizadas (cuatro invasiones argentinas — comprendida la de Lamadrid — y nueve españolas hacia las provincias expresadas de Argentina). En las guerras civiles y con el indio, en cambio, fué de segundo orden.

Este teatro, enorme en su extensión, pero más o menos amplio según la campaña de la guerra de la independencia que se considere, alcanzó su límite septentrional en el río Desaguadero (límite con Bajo Perú) y el meridional en la ciudad de Tucumán.

El relieve y su influencia preponderante. — Por su orografía Alto Perú comprende dos ramificaciones de la cordillera de los Andes, con una anchura total de 800 Km. en su parte sur; la del oeste, o exterior, situada entre los 200 y 400 Km. del mar; y la interior u oriental; ambas se van cerrando y disminuyendo en altura hacia la parte más meridional, al entrar a territorio argentino, prolongándose la oriental hasta tomar el nombre de Famatina en nuestro país. Existe entre ambas una faja, como de 200 a 240 Km. que, desde el sur, se extiende hasta la zona del Desaguadero al norte, ocupada por lagunas y salares, de clima muy seco, inapta para operaciones militares de norte a sur y sólo de tránsito — muy difícil —, de este a oeste. Otro tanto ocurre con la llanura situada al este de las cordilleras citadas, por sus selvas, escasísima población — representada por indios salvajes — y por estar inexplorada. Queda así reducida militarmente la región, para las guerras de la independencia y con Bolivia, a la cordillera oriental, que es la que interesa a las campañas de 1811, 1813 y 1815, y a las de la guerra con Bolivia; tiene estas características: corre en cordones paralelos de norte a sur, con alturas de 2.000 a 3.500 m.; en el fondo de los valles crece una vegetación espléndida, variada y exuberante, pero, en las montañas que enmarcan estos valles (Cochabamba, Beni, etc.), algunos picos mantienen nieves eternas. Así por su altura ofrecen simultáneamente el invierno perpetuo y la primavera eterna y, en consecuencia, todas las producciones para su vida interna en el orden material: algodón, tabaco, azúcar, café, cacao, coca, maderas, vinos, maíz, trigo y ganados, aunque en cantidades reducidas, en lo fundamental, por la poca dedicación y atraso humanos en su desarrollo.

Desde Oruro al norte se extiende una dilatada llanura, formada por las grandes mesetas de los Andes, colocadas a 4.000 m. sobre el nivel del mar y cruzada por cadenas montañosas. Desde Oruro al sur, hasta Jujuy, el suelo presenta una serie de montañas de la cordillera oriental, por cuya vertiente corre el camino principal longitudinal. En las grandes alturas ataca al extranjero el soroche (puna), mal de la montaña.

---

* **Ver Croquis Op. III.**

En territorio argentino, toda la parte central del noroeste, hasta Tucumán, está ocupada por montañas (sierras subtropicales) y sus valles intermedios fértiles (Lerma, Grande de Jujuy, Calchaquíes, etc.). El punto de partida de este sistema es una ramificación de los Andes, dirigido de noreste a sudoeste, que prolonga la cordillera oriental altoperuana como precordillera saltojujeña (sierras de Santa Victoria, de Zenta, etc.). El cordón central (O.) de este conjunto de 200 Km., forma la vertiente occidental del valle (quebrada) de Humahuaca (en la Cuesta está a 4.250 m.), importantísimo éste en las operaciones, y por cuyo thalweg corre el río Grande de Jujuy. Empieza la dicha quebrada — de 180 Km. de longitud — al norte de la ciudad de Jujuy y termina en el Abra de Tres Cruces; habían en ella en 1810 dos poblaciones pequeñas: Tilcara y Humahuaca. En este desfiladero las comunicaciones transversales o laterales son muy escasas y siguen los pequeños cursos de agua afluentes del Grande de Jujuy. Sufre la quebrada algunos estrechamientos pronunciados, por ejemplo, en Esquina Blanca, donde tiene de 20 a 30 m., y al N. de Tilcara. Al sur de ella se extiende el valle de Lerma, el más rico y poblado.

En la parte oeste del territorio argentino considerado, extendiéndose a Chile, está la gran porción de la Puna (200 Km. de E. a O.), que ocupa el extremo noroeste dc nuestro país, porción que a priori hay que excluir de este teatro para operaciones de importancia sustancial, por no apropiado, a causa de su mucha altura (valles de una media de 3.900 m.), con la consiguiente "puna", los fuertes vientos, la escasez de recursos para subsistir, los extensos salares, las temperaturas medias diarias extremas y, fundamentalmente, por la falta de objetivos, y su excentricidad a la dirección general de las operaciones. Al sur de la puna de Jujuy están los valles calchaquíes. En cuando a la parte oriental de Salta (Chaco salteño), a pesar de ser tierra llana, también debe excluirse para operaciones de la guerra de la independencia y con Bolivia. Está ella comprendida en el Gran Chaco, región de bosques densos y enmarañados, con alimañas, etc., estudiada aparte y que interesa en la guerra con el indio (VI Parte). Es en la faja situada entre esta porción y la anteriormente excluída — de forma alargada — donde, por la existencia de las principales poblaciones situadas en los valles, el clima suave en general y los cursos de agua, se desarrollaron las operaciones de las guerras regulares, de los gauchos de Güemes y varias de las civiles.

Hidrografía. — La sección en territorio argentino es cruzada por los ríos Grande de Jujuy, con su continuación el San Francisco, y el Yavi y sus afluentes, en la parte norte; y los ríos Pasaje o Juramento con su afluente el Yatasto, y el Salí, — que cortan el camino Salta-Tucumán — también con sus afluentes, en la parte sur, siendo inportantes el nombrado primeramente, el Yatasto y el de las Piedras. Los valles correspondientes son fértiles y algunos están poblados. Dichos ríos son de regímenes torrenciales, de lecho encajonado en partes y de creciente en octubre a marzo.

En la parte correspondiente a Alto Perú la cordillera forma en la zona de Potosí el nudo de montañas llamado de Porco, lugar divisorio de las aguas que van al Plata y al Amazonas. El Pilcomayo nace allí, y sus afluentes y subafluentes de la margen occidental cortan en general esa región de noroeste a sudeste, lo mismo que a la línea principal de operaciones. También nace en Alto Perú, el igualmente importante río Bermejo, que allí tiene su confluente superior.

Esos cursos son torrentosos en general. El río Desaguadero, que marcaba el límite de los virreinatos del Perú y del Plata, va del lago Titicaca al Poopo; tiene un ancho de 200 m. normalmente, pero en el puente del Inca, sobre el camino principal, sólo presenta sesenta metros; es de corriente impetuosa.

El clima.— En la meseta interandina de Alto Perú, al norte de Oruro, es en general templado y constante, siendo algo más frío en Oruro, Potosí y al sur. No se presentan cambios bruscos de temperatura en los valles, ni ésta tiene extremos; en las cabeceras de los valles el promedio anual es de quince grados; en el resto, de dieciocho. Las lluvias empiezan en noviembre y terminan en abril; llueve más, aunque no mucho (650 mm. anuales) al este de la cordillera oriental, y menos en el lado interno, es decir, al oeste (450 mm.).

En territorio argentino la lluvia cae diferentemente; así, en la Puna, las lluvias son rarísimas; en la faja longitudinal inmediata al este, llueve entre 300 y 500 mm. anuales, es decir, insuficientemente; y en el resto, salvo Tucumán y centro de Jujuy — donde llueve más — caen de 500 a 800 mm., lo que resulta suficiente. En la región de los altos valles de Salta y Jujuy las lluvias son estivales y los inviernos muy secos. En la zona de Orán el clima es verdaderamente tropical; Tucumán tiene clima subtropical, cálido, con elevada temperatura en verano y templada en invierno; en el resto del noroeste argentino la temperatura es templada en general. En todo el noroeste reinaba el paludismo (chucho). En las zonas boscosas la vida era malsana debido a las lluvias.

Vegetación. — Ya hemos expresado cuál es la producción vegetal de Alto Perú; falta decir que en la cordillera no existen bosques. En las zonas serranas subandinas (E). y en la precordillera de Salta y Jujuy, como en la de Tucumán, la vegetación, como consecuencia de las distintas alturas y la intensidad de las lluvias, es diferente, según donde se la considere. Así, en la parte baja de la montaña, extendiéndose basta unirse a la vegetación chaqueña, es de árboles dispersos o de pequeños grupos; sin embargo en las faldas orientales de las sierras de Santa Victoria, Zenta y Calilegua al este, es densa; poco más alto y hasta los 1.400 m. hay un monte denso, con árboles hasta de 35 m. (sólo la falda oriental de Aconquija es selvática.) Después de esta altura empiezan los bosques ralos y los pastos duros. En el noroeste se producía trigo, caña de azúcar y tabaco; había buenos campos de pastoreo (alfalfa) para invernadas, en el centro y oeste, y de praderas naturales en el este, y frutas, algunas subtropicales (naranjas, bananas, chirimoyas, etc.).

Fauna. — La ganadería ofrecía en suficiente medida lo necesario para el consumo de la región que tratamos, consistente en carnes duras de vacunos y cabríos; también ganado lanar. El ganado mular y yeguarizo abundaban. No era lo mismo en Alto Perú, desde el punto de vista militar, en lo que se refiere a yeguarizos y mulares, que debían ser comprados en el noroeste argentino, donde, con los procedentes de la región central, excedían las necesidades normales; en cambio, asnales había en toda la extensión altoperuana, y caballar en Cochabamba. El asno era el animal de carga más utilizado por el pueblo del altiplano; le seguía la llama — que es alimento del indio — en Alto Perú y en la puna de Jujuy (este animal puede transportar hasta 40 Kg., pero en trayectos muy cortos de 15 Km.). En el noroeste argentino el ganado venido de otras regiones sufría el mal de "tembladera" que, no atendido a tiempo, produce la muerte. El anta (tapir americano) abunda extraordinariamente en la zona de Orán; su cuero es muy útil.

Industria y comercio. — Alto Perú era, y es, el país de las minas por excelencia, especialmente de plata, cobre, estaño y plomo, siendo la extracción del mineral su principal y casi única industria y riqueza de entonces, aunque sin desarrollo, salvo de plata. Ya en 1783 y 1795 se habían fabricado cañones en Potosí. Se bacían tejidos de lana y de algodón, vinos, aguardiente, calzado, etc., todo en pequeñas cantidades.

El comercio principal del noroeste argentino se hacía con Alto Perú y Chile, pues la distancia a nuestro litoral lo tornaba más difícil y costoso. La exportación esencial

era la de mulares y vacunos; de los primeros entre veinte y treinta mil por año hasta 1810. Salta, colocada en zona central, es decir, algo equidistante de Lima y Buenos Aires, era el emporio comercial — y rico — del noroeste, de donde partían o hacían escala — también invernada — los arreos y los transportes a lomo de mula hacia Alto Perú, Bajo Perú y Chile, y hacia el sur (Tucumán y Catamarca), y las caravanas y tropas de carretas hacia Santiago, Córdoba y Buenos Aires. La asociación de la agricultura con la ganadería allí, lo facilitaban.

Antes de la revolución de mayo, especialmente hasta 1778 (apertura del puerto de Buenos Aires al comercio), provenían de Perú muchos artículos de uso en el noroeste y más al sur, incluso los suntuarios, como sedas, tejidos de plata, brillantes, perlas, perfumes.

En Tucumán, ya en 1812, y para responder a necesidades del ejército patriota que allí operaba, se fabricó fusiles (sólo algunos), y armas blancas y se reparó toda clase de efectos militares. También se fabricó en el noroeste por ese entonces, piezas de artillería (morteros, obuses y culebrinas), en número muy reducido; también granadas, y zorras para el transporte de municiones. Igualmente artículos de cuero (calzados, correajes y recados) y tejidos (ponchos, paños y lienzos comunes), aplicables a las necesidades de la guerra.

Población y habitantes. — Cuatro intendencias o provincias formaban Alto Perú: Cochabamba, Chuquisaca, Mizque y Chichas, con una población estimada en 400.000 almas. De ésta, la blanca, constituía una muy escasa minoría, que moraba en las ciudades principales: la Paz (a 4.000 m. de altura), Cochabamba (a 2.570 m.), Potosí (a 4.000 m.) y Chuquisaca, hoy Sucre (a 2.700 m.), situadas en los valles de la cordillera oriental; Oruro, levantada en la meseta intermedia; y Santa Cruz de la Sierra en la región llana del este. En esas mismas ciudades la masa era indígena, en tanto que en el resto del país el indio era el único habitante; en el llano del este su estado era salvaje. Negros y mulatos había muy pocos. El mayor por ciento de habitantes se encontraba en la zona de Potosí (200.000 habitantes, la más poblada de Sudamérica), la Paz, Cochabamba (70.000), Oruro, y Chuquisaca (120.000 almas y la más culta), ocupando la zona cordillerana más del 80% del total. De esta proporción surge que la mitad septentrional del país en casi todo aspecto, resultaba la más apta para la constitución de fuerzas militares y su abastecimiento, a la vez que para operar. Para llegar a ella desde el sur (Argentina), la travesía, salvo Potosí, era en cambio por zonas de escasos recursos para un ejército e igualmente para uno en ofensiva desde allí hacia el noroeste argentino.

La vida en territorios tan altos hacía a sus habitantes, los "coyas", naturalmente aptos para las marchas, etc., en la montaña, aun a pie, y en grandes recorridos, sin sufrir el mal de "puna", que aqueja allí a las tropas de las regiones bajas [1]. Como jinetes, en cambio, eran mediocres [2]. Su alimento favorito el "chupe", se preparaba en quince minutos, y la "coca" (hoja de un arbusto), los mantenía por dos o tres días sin comer, si era necesario.

---

[1] Dice Lamadrid: "Sus soldados andaban más que unos gamos... mandé a mis soldados correr...". Según B. Frías los indios caminaban hasta 30 kilómetros sin descanso y 120 por jornada — desde el amanecer hasta la puesta del sol — a un trote sostenido, atravesando cerros, ríos y pedregales, no tomando sino coca y maíz tostado, y calzados con ojotas (sandalias de cuero natural).

[2] Para nuestros norteños, "Coya" y "Gallego" eran equivalentes para designar a los flojos en el arte de jinetear. El coya raramente montaba; marchaba a pie junto a la bestia a la que arriaba o guiaba.

El criollo del noroeste argentino, en su mayor parte mestizo de colonos europeos e indios calchaquíes — también había negros y sus mezclas —, participaba de las condiciones sobresalientes que se han enumerado refiriéndonos al gaucho del litoral, particularmente como jinetes; pero en algunos aspectos, casi podríamos decir que aquél sobresalía comparativamente, digamos, dado su apego a la tierra y su laboreo. La vida en este extremo del país era menos fácil que en el litoral, mayor la pobreza general a medida que transcurría la guerra de la independencia, en que esta región fué teatro de operaciones y de luchas intensas, con todas sus devastaciones. Sus frecuentes acciones ofensivas y defensivas contra el indio, le habían proporcionado una adecuada preparación en esta guerra irregular y un amplio conocimiento del territorio, aun del muy poco poblado y lleno de obstáculos naturales — que sabían vencer —, experiencia que aplicaría en su lucha, también irregular, con los españoles. Templado moralmente, estaba así capacitado para la desgastadora guerra de guerrillas, en la que preferentemente fué empleado durante los primeros tiempos, y en la que se lució, según lo veremos. Como la caballería altoperuana resultaba mediocre, ya que los hombres (españoles y criollos) no eran jinetes tan diestros — se les motejaba de "maturrangos" —, la superioridad de los argentinos produjo excelentes frutos en la guerra de partidas y guerrillas, en que esta arma era casi exclusiva.

En el noroeste argentino la población estaba distribuída aproximadamente así: la provincia de Salta, que comprendía también la actual de Jujuy, tenía 45.000 habitantes; la ciudad de Salta encerraba 9.000; la de Jujuy 3.000 en 1810 y sólo 900 en 1825; y la provincia de Tucumán contaba también 45.000 o algo más (cálculo de 1825) al terminar la guerra de la independencia.

Los centros más poblados de Tucumán eran: la capital, Monteros — en el camino a Catamarca — y Tafí; en Salta, la capital, San José de los Cerrillos, Molinos, Orán [3], Santa Victoria y Yavi; en Jujuy, la capital, Humahuaca y Ledesma.

En Salta y Jujuy — también en Catamarca — residió la nación india calchaquí, cuyo origen se ignora, pero que algunos consideran rama de los guaraníes, aunque su energía y vigor, con los cuales durante años defendieron su independencia, estaban fuera de los hábitos más pasivos de los pueblos de ese nombre. Los calchaquíes, por razón de la configuración del territorio que ocupaban, eran naturalmente agricultores y practicaban la irrigación; los de las montañas, cazaban vicuñas, guanacos y llamas; las zonas más pobladas por ellos eran los valles calchaquíes, y, fuera de la región que consideramos, las salinas de Catamarca, y los valles de Anillaco y Famatina.

Se comprende por lo expuesto que en Alto Perú los hombres de origen europeo movilizables para la guerra, fueran pocos relativamente y que debiera echarse mano también de los indios y mestizos.

La instrucción de las masas era nula en Alto Perú y algo mejor en el noroeste argentino, por la mayor proporción de europeos, criollos y mestizos, especialmente de blancos e indios. Los norteños eran subordinados y respetuosos, pero extremadamente intransigentes en lo tocante a su suelo. Los indios altoperuanos, con condiciones algo estimables para la lucha individual, tenían escasas aptitudes para la colectiva, por la ausencia de los factores orgánicos y de armamento que exigen las fuerzas militares. Estos indígenas trabajaban en 1810 en el campo, las aldeas y las minas, en éstas forzados (la "mita"); sentían odio intenso y secular contra los españoles, manifestado en sus repetidas rebeliones, dominadas sangrientamente.

---

[3] Tenía 800 habitantes al ser fundado en 1794 y 1.500 en 1885.

Caminos y consideraciones generales. — En esta región los movimientos de tropas que tiendan hacia los centros principales de la acción y reacción revolucionaria en la guerra de la independencia: Buenos Aires y Lima, se realizaban, considerados de sur a norte, por los caminos longitudinales que, partiendo de Tucumán, van en dos líneas principales hasta el Desaguadero, cortadas cada tanto por algunos caminos transversales. En partes considerables aquellos caminos longitudinales, un tanto paralelos, pasan a ser tres. Cruzan, como es comprensible, las principales ciudades y pueblos, es decir, los centros de recursos. En cifra aproximada, desde Tucumán al Desaguadero, recorren unos 1.800 Km., en trechos por valles y quebradas, en partes, por los puntos de intercepción de las montañas transversales, siendo la practicabilidad función de los cursos de agua esbozados y de la elevación de las cordilleras. En grandes extensiones estos caminos son de herradura (sendas) y siguen el trazo de profundas grietas, o ascienden una cresta, o faldean la montaña por una vereda de granito, hasta descender a una quebrada donde suele haber un río encajonado, de caudal importante y torrentoso, con o sin puentes. Bien se comprende que en tales líneas de operaciones, y especialmente de Jujuy a Oruro, el empleo de masas de caballería y columnas de vehículos no fuera en general apropiado; que las marchas resultaran lentas y penosas, y que el ganado de combate se inutilizara con facilidad. La caballería debía por ello montar mulas y la artillería ser de montaña, es decir, transportada a lomo, sufriendo ésta, por ello, más demora en la apertura del fuego. En igual forma debían ser conducidos los abastecimientos, alargándose enormemente las columnas. Por estas mismas causas debía predominar la infantería como arma para la ofensiva, contrariamente a lo que ocurrió por muchos años en nuestras guerras de llanura, en que la caballería fué el arma principal. En razón del escaso desarrollo industrial de Alto Perú, salvo abastecimientos para subsistir y algún ganado de uso militar, y ello existente especialmente en la mitad norte del país, no se podía contar con otros. Preparativos y previsiones minuciosas requeríanse, pues, antes de iniciar una campaña hacia el norte, aunque no tan amplios como para la región del oeste argentino y Chile, que después se verá.

Circunscribiéndonos a una invasión desde la parte sur de Alto Perú hacia el noroeste argentino — que fué lo más frecuente — había tres caminos de invasión: el que, pasando por Tarija y Orán, puede conducir a Jujuy con un gran rodeo y que por lo tanto es largo, además de áspero y cruzado por ríos y arroyos, y muy boscoso, y por consecuencia, muy difícil para un ejército de las tres armas; el camino central (real o de las postas), de las quebradas de Anta y Humahuaca, que desde la zona montañosa lleva a Jujuy y Salta, haciéndolo por un valle estrecho, algo poblado, cultivado con alfalfa y de temperatura más suave que la de la región montañosa a que se une; corre por dicho valle el río Grande de Jujuy que se comunica hacia el oeste por tres sendas abruptas, la de Abra Pampa en el norte, la quebrada de Purmamarca, y la quebrada de Yala; y hacia el este con una desde Uquia, por el valle de Zenta (4.300 m. de altura), también abrupta, hacia Orán. Más al sur sigue el valle ensanchado. El camino más occidental es el del Despoblado, que atraviesa una altiplanicie de puna, vientos muy fuertes, frígida y desolada, de 3.800 a 4.000 metros sobre el nivel del mar; siguiendo un recorrido bastante recto, se comunica con Salta por la quebrada del Toro, de la que sale una bifurcación a San Antonio de los Cobres; este camino, aunque seguido por las tropas que conducían mulas a Perú, también opone grandes dificultades a las operaciones de un ejército invasor sobre el noroeste argentino. En conclusión, la única ruta militar para una penetración en fuerza y, por lo tanto, línea de operaciones principal, es la de la quebrada de Humahuaca, en la que, sin embargo, hay que contar en verano con las crecientes del río Grande de Jujuy, que suelen alcanzar cuatro metros y más.

Con lo dicho podemos concluir que la defensa en el noroeste no es muy difícil, desde el punto de vista del terreno, aun con fuerzas numéricamente inferiores, siempre que pueda hacerse bien al norte, con tropas conocedoras del medio y aptas para moverse en él, y con comandos resueltos y capaces. Más al sur, en Salta, y especialmente en Tucumán, el terreno, menos serrano y elevado, resulta mejor para el empleo de la caballería (con caballos) y vehículos por caminos carreteros.

Siendo los mismos caminos longitudinales mencionados, es decir, las líneas de operaciones, los utilizados para las comunicaciones, hay que sumar a la longitud Tucumán-Desaguadero, los enormes recorridos a los centros principales de recursos (bases principales de operaciones) de uno y otro adversario en la guerra de la independencia: Buenos Aires y Lima (unos 1.300 Km. de cada lado), para tener determinada la extensión total de las líneas de comunicaciones basta cualquiera de esas capitales por tierra (unos 4.400 Km.) y comprender las demoras y enormes dificultades del servicio de reabastecimiento, particularmente armas y municiones, cuando no de unidades completas. Así, algo adelantado un ejército en territorio del adversario, se necesitaban casi siempre más de dos meses antes de que llegaran los refuerzos, etc., de la zona del interior. El reducido efectivo de los ejércitos no permitía, por otra parte, cubrir y asegurar esas desmesuradas líneas de comunicaciones. Aun cuando se estableciesen bases de operaciones intermedias o secundarias en Salta y Potosí, respectivamente, u otros puntos, siempre quedaban demasiado alejadas respecto de Buenos Aires y Lima, bases principales de operaciones de uno y otro bando.

Si se encara la ofensiva hacia el centro vital argentino, Buenos Aires, la empresa realista se tornaba aún más difícil, que limitándose a conquistar sólo el noroeste. Entonces influían todavía más las enormes dificultades antes apuntadas de distancias, recursos, protección de las comunicaciones, etc., para el invasor. Este llegaba a perder toda su capacidad ofensiva y resultaba fácil presa del adversario que, en país propio, había podido aumentar sus medios y vigor. Las indiadas altoperuanas, enemigas de los realistas, no obstante su escaso poder colectivo, constituían una grave amenaza — y lo demostraron —, sobre las comunicaciones de un ejército realista internado en territorio argentino.

Volviendo a los elementos geográficos en sí, diremos que el orográfico, según se ha visto, adquiría una influencia sin par en relación a los otros y sobre todo si se lo compara con el del litoral, donde es preponderante el hidrográfico. En el noroeste es el relieve el que encauza las operaciones militares en direcciones principales, imponiendo los caminos de movimiento e influyendo en la organización y dotación de las fuerzas, para maniobrar, alojar, combatir, y para la preparación y conducción de los abastecimientos (todo de montaña al pasar de Jujuy al norte). Fácil era la interceptación en los caminos obligados contra tropas mixtas importantes, y en las zonas boscosas, la sorpresa. Las marchas de tropas sin vehículos, es decir, atadas a sus cargueros, no podían ser veloces, aunque, según la organización y entrenamiento de los hombres (en esto último el altoperuano tenía propia capacitación natural), rendidoras (en terreno regular, de cinco o seis Km. por hora). Ya se ha expresado que la escasez de recursos exigía una preparación adecuada antes de lanzarse a una ofensiva profunda en esas regiones montañosas; digamos ahora que, como punto fundamental, había que prever la cantidad de ganado militar de reemplazo, y el de consumo, y sobre este último, sus sustitutos: el charqui, etc.

Las diferencias geográficas y especialmente las antropogeográficas, entre Alto Perú y el noroeste argentino (características físicas del territorio, razas originarias de la población, idioma de las mismas, costumbres, industrias, tareas habituales, etc.) y el hecho principal histórico de que Alto Perú formó parte de Perú, desde siglos, compren-

dido el imperio incaico, pasando recién en 1776 a integrar el virreinato del Río de la Plata, que entonces se constituyó, explican que los altoperuanos, incluso su clase dirigente, tuvieran pocas afinidades con los argentinos, siendo mayores con los peruanos. Ello explica también por qué se sintieron inclinados, cuando el momento les fué propicio, a constituirse en nación independiente.

CAPITULO VI

ESBOZO GEOGRAFICO OPERATIVO DEL OESTE ARGENTINO Y CHILE *

Situación y delimitación. — A fin de justificar la disminuída extensión que daremos a esta región, diremos que las características desérticas del norte de Chile y las de la Puna de Atacama, en el norte, y en el sur la ocupación que hacía el indio del territorio chileno y argentino — donde no había centros importantes de recursos, por otra parte —, imponen dejar de lado esos confines en la guerra de la independencia y civiles de nuestro país, circunscribiéndola con los siguientes límites: por el norte Copiapó, por el sur Valdivia, por el este el Desaguadero y por oeste el Pacífico [1]. Por consiguiente, esta región comprende sólo el centro de Chile y las provincias argentinas de Catamarca, La Rioja, San Juan y Mendoza. Allí se efectuaron campañas militares grandiosas de la guerra de la independencia americana y algunas secundarias de la guerras civiles argentinas. Aquéllas le dieron categoría de primer orden en la guerra por la emancipación.

Este teatro está enclavado en la gran región geográfica andina. Las montañas cubren la mayor extensión territorial y son las más altas de América, culminando en Mendoza.

Subdivisión en franjas orográficas. — La región puede dividirse, en términos generales, de este a oeste, en la siguiente forma: una faja de llanura precordillerana; luego una de cadenas montañosas: la precordillera; al oeste de ésta, una región de valles; en seguida la cordillera de los Andes, que en Mendoza y San Juan tiene dos cadenas, la oriental y la occidental; después, en territorio chileno, un gran valle longitudinal; luego la cordillera de la costa; y, finalmente, el litoral marítimo.

La faja de llanura precordillerana es desértica y llamada también "Desierto de las Salinas". Solamente a lo largo de los cursos de agua se desarrollan zonas fértiles donde asientan los centros de población. Allí están las poblaciones de Catamarca, La Rioja, San Juan y Mendoza, pero casi tocando las estribaciones de la precordillera. En el resto de esta faja nada es más triste y pobre que su vegetación, especialmente en los terrenos salinos y arcillosos; la causa de esto es la falta de lluvias. En las partes arenosas o polvorientas las marchas son aquí penosas.

En la llanura precordillerana de La Rioja, esta faja está ocupada en su parte sur por la sierra genéricamente llamada de "Los Llanos", rodeada de las travesías que, desde la ciudad de La Rioja, se extienden al este y sur, ocupadas en partes por salinas, sin agua, ni recursos.

En la provincia de San Juan la faja en cuestión se prolonga desde la ciudad capital hacia el sur, estando cortada de noroeste a sudeste por los ríos San Juan y Bermejo, que mueren en las lagunas de Guanacache. Entre estos cursos de agua y hacia el oeste y este, se extienden también travesías, como la del Bermejo. En vista de que, desde la ciudad citada, al norte, sur y sudeste el territorio es de travesías, puede decirse que por cualquier lado que se vaya con fuerzas hacia allí, el que lo haga estará como el sediento que se muere de sed y tiene a su frente, en la capital de la provincia, un rico y fresco manantial. Retroceder, entonces, en la invasión, es perecer en las inmensas soledades y travesías dejadas a retaguardia, mientras que la lucha le ofrece la posibilidad del triunfo y el premio a sus fatigas. Si, concretando direcciones, nos referimos al rumbo hacia Mendoza, tenemos que la travesía va desde la Rinconada del Pocito (lugar de varias acciones de guerra) hasta Jocolí (Mendoza), en cuyo trayecto sólo existía, como un oasis, la pobre población de Cañada Honda, que apenas bastaba para las necesidades de agua y escasos pastos, con un camino de médanos y cortaduras.

En el territorio de Mendoza la faja cobra la mayor amplitud, siendo cortada por cuatro ríos importantes, provenientes de la cordillera que, como los demás citados, toman aquí las características de los de llanura y su caudal va mermando absorbido por el suelo. Entre ellos se extienden de norte a sur, enormes travesías sin agua, salvo la de algunos "baldes" (pozos de 10 a 20 m. de profundidad), ni recursos, como la Grande de Tunuyán y la Pampa de la Varita. Por consiguiente, operaciones de norte a sur son allí de descartar.

En esta faja el clima es duro, en invierno con temperaturas de cero grado y en verano, caluroso, con 30 a 40. Soplan vientos fuertes, pero de escasa duración. Existe una vegetación arbórea baja y poco tupida.

En resumen, en la llanura precordillerana los movimientos de ejércitos de norte a sur son muy difíciles y, en sectores como en Mendoza, casi imposibles.

La precordillera andina o precordilleras, ocupa parte de las provincias de La Rioja, San Juan y Mendoza. Son sierras que se entrelazan, manteniendo sus alturas un término medio de 4.000 m., con portillos que en general no exceden los 3.000 m.; el acceso a ellas es sólo posible por caminos o sendas que conducen a los distintos boquetes o pasos. En San Juan los cordones paralelos y, orientados de N. a S., son varios. En Mendoza sólo uno, el de Uspallata. En Catamarca la cordillera se escalona del oeste al este con los nombres de Fiambalá, Belén (dependiente de los Andes), Ambato (que se prolonga al N. como Aconquija) y Ancasti del Aconquija [2]; entre ellas hay pampas surcadas de norte a sur por ríos de poca importancia, en las que, habiendo sendas, las operaciones son realizables. El mayor valle es el de Catamarca. Al oeste de la sierra de Ambato y al sur de la de Aconquija, hay una gran pampa o "campo" como se las llama (110 Km. por 90), casi sin agua, ocupada por grandes salinas, que constituyen la travesía de Salinas de Catamarca. Por su ancho requiere dos largas jornadas de marcha para cruzarla. En la provincia de La Rioja están de E. a O. las sierras de Velasco, luego las de Famatina, que encierran el valle del último nombre, y después, el de Vinchina, también con su valle y río epónimos, aptos para operaciones de norte a sur. En La Rioja y al oriente de la capital existe una sierra pequeña, aislada en la llanura, y hacia el sudeste de ella

---

* **Ver Croquis Op. II y IV.**

[1] El territorio del sur, en Argentina, es descrito en el esbozo titulado "Del sur argentino".

[2] Estas sierras, aunque exactamente no pertenecen a la precordillera participan de sus características como obstáculos, atenuados de O. a E.

otra más extendida; la primera se llama Brava, y la segunda, de Los Llanos y se hallan colocadas como islas en la inmensa llanura desértica y salina del sur de la provincia. La sierra de Los Llanos fué teatro de numerosas operaciones en nuestras guerras civiles. Es baja, colinosa, vegetada; se crían en ella mulas, caballos y vacunos, estando orientada hacia el sur en tres cordones paralelos.

En la faja de los valles intercordilleranos, que siguen a la precordillera, los hay muchos anchos y extendidos como el de Uspallata en Mendoza, con aguas y pastos; el de Jáchal en San Juan; el de Famatina en La Rioja; y los de Tinogasta y Fiambalá en Catamarca. En ellos se puede hacer pastar ganados, mas en los del sur generalmente sólo en los meses de noviembre a abril; allí el agua abunda en algunas partes. El clima es en esta faja más benigno, y las marchas y alojamientos resultan más fáciles y templados para la tropa.

La faja de la cordillera real, que en Mendoza y San Juan se subdivide en occidental—limítrofe con la divisoria de aguas—y oriental, separadas ambas por los cursos superiores de los ríos de la sección, tiene más o menos el mismo aspecto que la precordillera. Ofrecen la cordillera real y la precordillera de común, en territorio argentino, ser desérticas, por la sequedad de su clima, pues allí muy poco llueve, y porque los depósitos de nieve están a mucha altura; a ambas cosas debe atribuirse también la falta casi absoluta de vegetación. Los pasos o portillos, por los que pasan los caminos que unen la llanura desértica argentina con el valle longitudinal de Chile, están en muchos lugares a una altura de 4.000 m. y en otros se aproximan a los 5.000, estando a mayor altura los de la oriental.

El conjunto de la cordillera de los Andes del lado argentino, si se excluyen sus valles, tiene el aspecto de un verdadero páramo, con sus impresionantes ventisqueros, sus profundos abismos, sus copiosas nevadas, su frígida temperatura, su carencia de recursos, y los contados y abruptos senderos. Del lado chileno la cordillera real presenta pendientes más rápidas y asombrosas que en oriente y su clima es menos seco, aumentando las lluvias desde Copiapó al sur, lo mismo que la vegetación, hasta convertirse en espesos bosques desde algo al sur de Valparaíso.

El valle central y longitudinal de Chile se encuentra situado entre la cordillera de los Andes y la de la Costa. Desde Santiago al sur es un ancho llano sin contrafuertes hasta proximidades del paralelo 42 (isla Chiloé) aunque salpicado de cerros aislados, en tanto que al norte de aquella ciudad, los hay transversales, entre ellos el de Chacabuco, famoso en la historia chileno-argentina. Al norte de Copiapó están los llanos desiertos de Atacama y más al norte los de Tarapacá, donde las lluvias son rarísimas y, por consiguiente, muy escasos los recursos y la vegetación. Desde Santiago al sur se extiende el llano central que es una meseta de 500 m. de altura en el norte y que luego desciende.

La cordillera de la Costa no presenta como la de los Andes una línea continua de cerros, sino que está cortada de trecho en trecho por los valles que bajan al mar, por los cuales corren los ríos que, descendiendo de los Andes, luego de cruzar el valle central, van también al mar. Los cerros que la forman no son escarpados como los de la gran cordillera y, desde el norte hasta Colchagua, pocas veces pasan de los 2.000 metros; en el sur son aún menos elevados. En las provincias de Coquimbo y Aconcagua, las dos cordilleras, en partes, constituyen una sola, unidas por estribos transversales.

El litoral marítimo de Chile es de cerca de 4.000 Km. En el sur está lleno de sinuosidades y muchas islas. En él se asientan ciudades muy importantes. Sus puertos y caletas son numerosos; entre aquéllos están Valparaíso y Talcahuano — ésta es plaza fortificada, considerada el Gibraltar de Chile—; ambos fueron teatro de sucesos militares muy importantes en la guerra de la independencia; ningún puerto tenía atracaderos tan amplios y aguas tan profundas como Valparaíso; sin embargo es abierto al NO., de donde soplan fuertes vientos; estaba fortificado y artillado por los realistas de manera que los golpes de mano ofrecían muy pocas perspectivas de éxito. Los demás puertos importantes —de los poco buenos— eran Corral, Coquimbo, Caldera y Mejillones.

Hidrografía.—Los ríos de la región, en su conjunto, son de poco caudal en épocas normales, de corriente rápida y torrentosos; arrastran piedras en creciente; encajonados y con gran declive en la parte montañosa; por todo esto no son navegables sino en Chile y al llegar al mar. Están orientados de oeste a este en Argentina y a la inversa en Chile, es decir, en el sentido mismo de los caminos transversales a la gran cordillera, donde nacen.

En Argentina la mayor parte va a morir a la zona descrita de las salinas, con caudal muy mermado, constituyendo la cuenca del río Desaguadero; son en nuestro territorio los más importantes de norte a sur: el Bermejo (después Salado), Jáchal — con su continuación el Zanjón (San Juan) — Mendoza, Tunuyán, Diamante, Atuel y Grande, que tienen sus afluentes en la cordillera solamente; en el este de la región está el río Desaguadero. Asumieron la mayor importancia en las operaciones de la guerra de la independencia el Mendoza y en las civiles éste, el Tunuyán y el San Juan; en cuanto al Diamante, constituyó por muchos años la frontera interior de Mendoza con los indios; este río presenta en su margen el pueblo de San Rafael, que fué fuerte adelantado de la protección, donde es encajonado, turbio, ripioso y muy torrentoso; a 24 Km. al E. de San Rafael sale el cauce viejo del río, que va al Atuel; a 45 Km. de la misma localidad estaba el paso de la Horca, y a unos 140, el Nuevo o de los Algarrobos, desde donde el agua es muy escasa en el río. El Atuel tuvo menos importancia militar y era poco conocido, lo mismo que las zonas contiguas, en poder del indio; se sabía, sin embargo, que en su curso inferior, al sudeste, los terrenos llanos "en los años lluviosos forman inmensos bañados". El río Mendoza, que corre entre profundos barrancos antes de llegar al llano, es temible en sus crecientes. Los ríos de La Rioja y Catamarca tienen muy poca importancia. Los de Mendoza y San Juan y el Desaguadero con su continuación el Salado del oeste—colectores, éstos, en la llanura, de las aguas sobrantes de aquéllos—, poseen muy escasos puentes y medios de pasaje y significaban en esos años más que un beneficio desde el punto de vista de las comunicaciones, obstáculos de magnitud diversa, aumentados en los períodos de deshielo, es decir, en verano. En resumen, no eran de influencia muy seria en las operaciones.

Chile no es un país de grandes ríos, a causa principalmente de la poca distancia entre las cadenas en que nacen y el mar, donde mueren. La cantidad de sus aguas depende de la latitud, pues las lluvias aumentan en intensidad de norte a sur en proporción notabilísima. En el norte se secan antes de llegar al mar. Como el deshielo dura varios meses, los ríos tienen casi siempre agua en el sur y más a partir de marzo, en que empiezan las lluvias, hasta el invierno, período en que suelen salir de madre. Interesan principalmente a nuestra narración histórica los ríos Aconcagua, Maipo—importante como obstáculo—, el Rapel —algo más que el anterior—; el Maule, navegable para pequeñas embarcaciones en su curso inferior; el Bío Bío, uno de los mayores, aunque poco profundo; el Cautín, navegable al llegar a la costa. Todos estos cursos de agua, cortando el territorio chileno, constituyen obstáculos a las marchas, especialmente en crecida y hacen difícil entonces la construcción de puentes militares, por todo lo cual ofrecen también muy buenas posi-

ciones de defensa en operaciones orientadas de norte a sur o viceversa; interfieren pues el movimiento más que los del lado argentino.

En esta región, y en el límite entre Mendoza y San Juan, existe la extensa zona anegadiza de las lagunas de Guanacache que sólo son tales cuando crecen los ríos que la forman. Sus aguas son salobres.

Clima.—Toda la región en la parte argentina, salvo el extremo sudeste de Mendoza, que es semiárido y corresponde a la región del Sur argentino, está comprendida en la zona árida del país, donde sólo caen entre cero y trescientos mm. (en algunas partes hasta 500 mm.) de agua por año, cantidad totalmente insuficiente. Es región de inviernos secos y escasas lluvias estivales. El clima, salvo en Catamarca, donde es subtropical, y La Rioja, térmicamente comparable a Chaco y Corrientes, está comprendido en la zona templada, excluyendo las altas montañas, donde es frío y las nieves llenan las quebradas y tapan las sendas en seis meses del año, a veces, disminuyendo en cantidad hacia el norte.

En la parte chilena el clima es en general benigno (marítimo), no obstante su variedad. Es debido esto a la corriente marítima templada que del Atlántico pasa al Pacífico remontando hacia el norte, al mismo tiempo que las frías del polo van a las regiones cálidas del norte chileno, refrescándolo. Hacia el este, en la montaña, la temperatura disminuye. Las lluvias, casi desconocidas en el norte (Copiapó) van aumentando hacia el sur; en Santiago caen unos 420 mm. anuales, en Talca 550, en Concepción 1.360 y en Valdivia 2.800. Es decir, que de país seco en el norte pasa a muy húmedo en el sur. De Coquimbo al sur las lluvias son de invierno. El viento Zonda, extremadamente seco y cálido, afecta a la faja precordillerana argentina; se mantiene entre 24 y 36 horas. En invierno en los valles persiste por varios días el viento frío.

La vegetación. En la llanura precordillerana argentina está caracterizada por la jarilla, arbusto bajo; en la montaña se va achaparrando a medida que se asciende hasta apenas sobresalir del suelo con la yareta; arriba de los 3.000 metros desaparece, y poco más arriba la tierra es cubierta por la nieve. En el fondo de los valles, dentro de la cordillera, crecen en algunas extensiones pastos duros naturales, pero sólo debajo de los 2.500 metros. En las sierras de Los Llanos hay algunos bosques bajos y ralos, dominando el algarrobo. En el lado chileno la cordillera es más feraz y, tanto en ella como en el valle longitudinal, a medida que desde Copiapó se avanza al sur, la vegetación se hace más variada y abundante, alcanzando la arbórea a constituir bosques extensos y tupidos como las selvas colosales de Arauco, insalvables a veces en la marcha de un ejército. Los árboles existen aquí hasta los 2.000 metros y los arbustos hasta los 5.000. En el centro chileno la vegetación era esteparia y con matorrales.

Del lado argentino, la agricultura, semejante en toda su extensión, tiene su mayor expresión en Mendoza y San Juan, en los valles principales con ríos, y cerca de la montaña, lo mismo que la ganadería, predominando los productos de la primera. Sus cultivos — todos de regadío — referíanse a la vid y al olivo, aparte de los más diversos frutales, cuyos productos principales, el vino y el aguardiente, eran exportados al litoral. Además tenían trigo, cebada, maíz —éste especialmente— y alfalfa.

En Chile la agricultura está representada, desde Valparaíso al sur, por alfalfa, cebada, poroto, papa, frutales de mucha variedad y en especial la vid, y el olivo.

La fauna. La minería. — La ganadería argentina criaba vacunos y especialmente mulares. Estos eran los más aptos por su resistencia en las marchas y a todas las inclemencias del tiempo, por su sobriedad y condiciones naturales para uso militar en la montaña, lo

mismo que por su prudencia en los torrentes, su firmeza en terrenos desmenuzados o movidos, etc. Los yeguarizos eran más fuertes y de cascos más chicos que los de llanura, pero más lentos; los asnales fueron más abundantes y usados en La Rioja y Catamarca; y los cabríos aprovechados como alimento. El engorde del ganado se hacía en potreros de alfalfa-en-los-valles inferiores.

Entre los animales salvajes figuraban al este y oeste de los Andes el guanaco, la vicuña, el huemul y el avestruz.

La ganadería chilena, semejante a la del oeste argentino, no contaba con suficientes animales para el uso y consumo de la población y para responder a las necesidades guerreras por algún tiempo. El déficit era llenado con adquisiciones de procedencia argentina, en gran parte a nuestros indios sureños que los robaban y llevaban a Chile. Los lanares eran suficientes para las exigencias de la población y para la industria militar que de ellos hace empleo. Del mar se podía sacar variedad de peces para la alimentación.

La minería estaba relativamente desarrollada en Chile, especialmente en el norte, hasta Aconcagua, siendo su principal industria. Extraíase cobre, hierro y plomo, necesarios para la industria militar de entonces, y con ellos podían fabricarse casi todas las armas de la época. En el lado argentino se explotaba principalmente el cobre, como materia prima de guerra.

La industria manufacturera en la parte argentina se encontraba en una situación en extremo precaria en 1810, tanto que no bastaba para satisfacer las necesidades de calzado y vestido de los propios habitantes; la de guerra era casi nula [3].

Con sus recursos, productos extractivos, y de la agricultura y ganadería, Chile podía por sí armar, dotar y abastecer casi totalmente un ejército como los de aquellos días. La parte argentina, en cambio, debía, para poder completarlo, recurrir a hombres, armas, materiales, equipos, etc. del resto del país, por su insuficiencia de recursos y medios financieros.

El comercio principal del oeste argentino, mientras no hubo estado de guerra con los españoles, se realizaba con Chile, después con el centro y litoral, hasta el momento de Chacabuco, luego pasó de nuevo a ese país. Al litoral enviada principalmente vino, aguardiente y frutas.

Las comunicaciones. — Los caminos (en lo llano) y sendas (en la cordillera) en sentido transversal a la montaña, para unir Argentina con Chile, eran suficientes para las necesidades de la época y salvaban los macizos por los pasos o portillos más accesibles. Pero las travesías por estas cordilleras estaban circunscritas por razones de clima y por las nieves acumuladas, a los meses de octubre o noviembre a marzo y algunos años a abril, especialmente para tropas de alguna importancia. Aun en los meses señalados, las marchas, por causa de las distancias, del clima, la puna, la altura, la falta de recursos, los temporales, las pendientes, las diferencias de nivel y temperatura en una misma jornada, como por el alargamiento de las columnas, lo duro y desparejo del piso, etc., eran difíciles, fatigantes y agotadoras, imponiendo el pasaje montado, aun a la infantería, para economizar energías a la tropa. El herrado de las cabalgaduras era indispensable, lo mismo que precauciones sanitarias, y el transporte a lomo de todos los recursos — menos agua,

[3] La industria extractiva tenía muy poco desarrollo en 1810. En 1815, San Martín le dió impulso, obteniendo plomo, azufre, bórax, abundante cobre, etc., de San Juan y Mendoza, para las necesidades del Ejército de los Andes.

algún pasto duro y algo de leña —para subsistir. Por las sendas— lo más del recorrido — el tránsito era más difícil. Por todo esto las jornadas debían graduarse con anticipación, para acumular recursos en las marchas lejos del enemigo y para que no faltara el agua y, a ser posible, algún pasto natural en los alojamientos (vivaques).

Los caminos más dignos de mención eran, de norte a sur: el que de La Rioja por portezuelo de Come Caballos (a 4.350 m.) va por el norte de la provincia a Copiapó (centro del comercio con el noroeste argentino, y sólo por este camino); los que de la provincia de San Juan van, uno por pasos Santa Rosa o Guana a Coquimbo, corriendo de San Juan por Pismanta e Iglesia [4]; y el otro, que por el río de los Patos cruza los cordones de la cordillera occidental y por los pasos de los Patos o de los Piuquenes, cae al valle del río Putaendo y llega a San Felipe; en Mendoza, el camino real o de las postas, que por el valle de Uspallata y del río Mendoza pasa la cordillera limítrofe, por los pasos Iglesia (3.900 m.) o Bermejo y, por el valle del Juncalillo lleva al de Aconcagua (hay 380 Km. de Mendoza a Santiago de Chile); éste es al más frecuentado y comercial y cuenta con diez casuchas (refugios) de amparo, con capacidad hasta para 40 personas (allí se situaron las "guardias"); también de Mendoza, parte el camino que por los pasos del Portillo (oriental: 4.400 m. y occidental: 4.200) conduce a Santiago de Chile; el que por el paso de las Damas (3.000 m.) va a Curicó (de Moussy dice que es excelente); finalmente y un poco al sur del anterior, en Mendoza, el que pasa por el Planchón (a 3.000 m.) para ir a Talca.

Además de estos caminos, existían otros que conducen a boquetes, pero son de muy difícil recorrido e inútiles para operaciones militares con efectivos importantes. Salvo el de Uspallata, ningún otro camino tenía casuchas.

Entre los caminos que de la ruta longitudinal Catamarca, La Rioja, San Juan, Mendoza, salían hacia el centro y el litoral de nuestro país, estaban: el que de la ciudad de Catamarca, faldeando la sierra de Ancasti y por las salinas de Córdoba, iba a unirse al que de Santiago del Estero va a Córdoba; el de senda que de la ciudad de La Rioja, distanciado de las sierras de Los Llanos, y por las mismas salinas, va a unirse también al de Santiago a Córdoba; el de senda que, de La Rioja, pasando por la falda de las sierras de Los Llanos, va igualmente a la ciudad de Córdoba, de donde salen los caminos que van al litoral; el que de La Rioja va a San Luis por la punta sudeste de las sierras de Los Llanos; el que de San Juan, por el este de las lagunas de Guanacache y a través de la sierra de San Luis, lleva a San Luis; el que de la ciudad de Mendoza, por la vera del río Tunuyán (Retamo, La Paz, etc.), cruzando la sierra de Alto Pencoso, llega a San Luis, y de allí a Fraile Muerto y Rosario (el internacional).

En sentido longitudinal (N-S.) existía también el camino real, procedente de Tucumán, que por la cuesta de Padín unía las capitales de Catamarca y La Rioja por la parte llana, en un recorrido de nordeste a sudoeste, siguiendo después por Los Llanos para entrar a la provincia de San Juan y cruzando la sierra de la Huerta, llegar a su capital — bifurcado por uno y otro lado de la sierra de Pie de Palo — y de allí casi rectamente hasta Mendoza, por la llanura al pie de la cordillera, prolongándose hasta San Rafael, en esta provincia. A esta ruta llegaban los pocos caminos procedentes del centro y litoral del país, y de él partían los que atravesaban la cordillera. Como camino en su mayor parte de llanura, el tránsito podía hacerse con vehículos, pero, por falta de recursos y hasta agua en grandes extensiones, el ganado se postraba y había que llevar abastecimientos para

[4] Camino recorrido por el autor de esta historia en 1917, comisionado para colocar en el paso cordillerano una placa recordatoria, que dice: "Centenario del Ejército de los Andes — Por aquí cruzó la división auxiliar al mando del teniente coronel Cabot — Febrero de 1817".

algunos días. Otros caminos, como el de Vinchina a San Juan, al oeste del anterior, también unían longitudinalmente la región, siendo el mencionado de algunos recursos en territorio de La Rioja, mas debían pasarse travesías en la parte de San Juan, para llegar a su capital, por lo que allí era penoso. De la misma ciudad de La Rioja salía un camino rumbo a Salta, el que siguiendo por Copacabana, cortaba los pueblos de Londres, Belén y Santa María de Catamarca.

La ciudad de Mendoza — el pequeño emporio del oeste — distaba aproximadamente 250 Km. de San Luis, 610 de Córdoba, 650 de La Rioja, 1.000 de Rosario, 1.400 de Buenos Aires y 380 de Santiago de Chile.

Las comunicaciones longitudinales de Chile, a lo largo del valle central, no eran malas normalmente; en cambio, durante las épocas de lluvias, principalmente cuando los ríos se convierten en torrentes, se volvían casi impracticables por la carencia de puentes y de adecuados lugares de pasajes. En aquellos tiempos de tan escasos medios de transporte terrestres, sobresalía aún más la ventaja del mar como medio de comunicación, no quedando en Chile, luego de un desembarco, sino un corto recorrido hacia el interior, puesto que el ancho mayor del territorio no pasaba de 200 Km. En consecuencia, era ésta una comunicación rápida, barata y segura, a condición de disponer en tiempo de guerra del dominio del mar. Como de 1810 a 1817 el Pacífico fué mar realista, los patriotas debieron crear una escuadra después de Chacabuco para imperar allí estratégica y comercialmente; cuestión esencialísima.

La población y habitantes.—Según estimación de 1826, alcanzaba la población de la parte argentina a unos 135.000 habitantes, correspondiendo 30.000 a cada una de las provincias de Mendoza, San Juan y La Rioja, y 45.000, o menos, a Catamarca. Estos núcleos se concentraban principalmente en las ciudades de Mendoza, San Juan, La Rioja Chilecito y Catamarca; además, en Retamo y San Martín, en Mendoza; Jáchal y Valle Fértil, en San Juan; Andalgalá, Piedra Blanca, Tinogasta y Fiambalá, en Catamarca.

Salvo cierta zona de Mendoza, lo demás no era otra cosa que tierra yerma, peñas y arenales sin fin. La población estaba menos mezclada que en el litoral, y era más sumisa y sujeta al orden y a la autoridad; sus medios eran sumamente escasos en general y su vida, primitiva y simple.

Al sur del río Diamante, en Mendoza, el territorio estaba exclusivamente poblado de indios (algunos refugiados blancos y bandoleros, hubo también entre ellos) que allí imperaban; San Rafael era el pueblo más meridional de Mendoza.

Los habitantes de la parte argentina participaban de algunas de las condiciones peculiares a los del resto del país, siendo aún más sobrios que los del litoral, resistentes al frío, casi tan buenos jinetes como los de la llanura y reuniendo mejores aptitudes, por supuesto, para actuar en la montaña, aunque pocos habitaban en ella. Los conocimientos de estas gentes eran sumamente escasos en su mayoría, sobre todo en La Rioja y Catamarca.

Chile contaba aproximadamente un millón de habitantes, entre españoles, criollos, mestizos e indios sometidos. Tenía muy pocos negros y estranjeros. El pueblo, de raza muy homogénea — en parte mezcla de españoles e indios — es fuerte, valiente y subordinado. Las inclemencias de su clima en las alturas, con su nevadas y sus violentas tempestades, el peligro de sus montañas inmensas — donde habitaba parte de la población — y la ruda lucha por la existencia habían endurecido su voluntad y redoblado su reciedumbre y su aptitud para los mayores sacrificios guerreros. Su cultura era en general precaria. Tenía el país buena población marinera. Las ciudades más importantes eran Santiago, Valpa-

raíso, Concepción, Talca, Talcahuano, Chillán, Valdivia — situada sobre el río epónimo y frente a la parte más fácil de atravesar los Andes —, Antofagasta e Iquique (ambas fuera de la región esbozada).

Consideraciones generales.—Estratégicamente considerada la importancia de esta región, en el conjunto general de la guerra de la independencia, dependía de quien la dominara totalmente. Si caía por completo en poder de los patriotas la parte chilena (centro de recursos y político de ese país), constituía para los realistas una pérdida mucho más importante que la caída de las provincias andinas (Mendoza, San Juan, etc.) para los revolucionarios, pues esta zona era de bastante menos valor y gravitación, que aquélla, y Buenos Aires aún quedaría a unos 1.400 Km. para el invasor, si, afortunadamente para él, había conseguido salvar el formidable Ande sin descalabro, debido al obstáculo mismo y a los argentinos; además, ese enorme trayecto a Buenos Aires tenía zonas desérticas intermedias, como la llanura precordillerana. Vale decir que la posesión de las dichas provincias no constituía gran presa ni base suficiente para proseguir hacia el Plata. Además, el invasor corría el gran peligro — cerrada la cordillera durante seis meses por las nieves —, de ser vencido y luego aniquilado allí por fuerzas llegadas del interior y litoral argentinos, sin posibilidad de retirarse hacia Chile ni de ser auxiliado desde ese territorio. Por otra parte, la fuerza que traspusiera los Andes, organizada para actuar en montaña, tenía que ser reestructurada para operar luego en llanura, exigiéndose para ello grandes cantidades de caballos y vehículos, que no traía, y que en Cuyo no encontraría, por haber normalmente pocos y porque se los habría evacuado al interior.

Finalmente, el ejército realista debía dejar fuerzas importantes en Chile, debilitándose, porque los patriotas chilenos podían apoderarse del país, aislándolo totalmente. En cambio, para los patriotas, la zona vital de Chile, más rica y poblada, representaba una inmejorable base para operaciones combinadas sobre Perú, siempre que se dominara el Pacífico y se contara con transportes suficientes. No se puede desconocer que en este caso la línea de comunicaciones y de operaciones del mar sin enemigo hasta Perú, es mucho más fácil que la terrestre a Buenos Aires, por ser pobre ésta y por contener desiertos, lo que hace el avance mucho más lento, sobre todo frente al enemigo — fuera éste el ejército o fracciones en guerra de recursos y guerrillas —, todo lo cual debía vencerse antes de llegar a Buenos Aires. Estas consideraciones explicarían por qué los españoles no resolvieron nunca aventurarse a vencer la gran cordillera y posesionarse de Cuyo, para eventualmente proseguir hacia el este, y, al contrario, por qué San Martín juzgó lo mejor apoderarse de Chile, para proseguir por mar a Perú.

De lo dicho sobre producción, industrias y recursos, se infiere que el oeste argentino por sí, no estaba en condiciones de proporcionar todos los medios para formar, armar, dotar y abastecer un pequeño ejército, como los de entonces (cuatro a seis mil hombres), y que el resto del país, y especialmente Buenos Aires, debían completarlos, con más o menos facilidad, según fuera la situación político-militar del momento que se considerara. Es indudable que los mejores recursos humanos y de ganado para una empresa a través de los Andes, estaban en la misma región oeste y que sólo había que completarlos numéricamente.

En operaciones hacia Chile, el enorme obstáculo de los Andes debía significar la preocupación principal del conductor; su grandiosidad, el poco conocimiento militar sobre él, la falta de recursos en su trayecto, su clima, etc., imponían meditación profunda, trabajos previos concienzudos y preparación a fondo (instrucción, entrenamiento, equipo, medios sanitarios, reabastecimientos, etc.) de las tropas: era el enemigo primero y principal en una campaña. Como línea de obstáculo, las mismas dificultades operativas que presentaba para la ofensiva favorecían al defensor.

Eran objetivos principales, aparte del fundamental de destruir al ejército adversario, la capital de Chile y la ciudad de Mendoza, respectivamente, en cuyos caminos, hacia ellas, se encontrarían muy posiblemente los adversarios.

En la ofensiva, las fuerzas debían estar organizadas para las operaciones en alta montaña, es decir, con poca caballería y sin vehículos (todo a lomo, por ser de sendas las rutas). Esto último, al alargar enormemente las columnas, haciendo más penosas las marchas, imponía también dificultades de estacionamiento. Sin embargo, para actuar en el valle longitudinal chileno, cobraba importancia la movilidad a fin de envolver, cortar, perseguir al enemigo hasta el aniquilamiento, por lo que la constitución y organización del ejército invasor necesitaba modificaciones: más caballería y vehículos, que para sus actividades en la alta montaña [5].

En operaciones dentro de la región en la parte argentina (guerras civiles), los movimientos siguiendo los caminos contiguos a los cursos de agua, podían realizarse con menos dificultades que tratando de cortar de norte a sur las grandes travesías casi sin agua de la planicie desértica precordillerana; aquí, aunque pueden llevarse vehículos, las jornadas deben hacerse de largo recorrido, para salvar los desiertos lo más pronto posible, hasta llegar a lugares con suficiente agua. Las tropas montadas, aun la misma infantería, son por ello las más indicadas, es decir, organización de llanura. Hay que expresar que las campañas durísimas de la guerra civil por estos desiertos, no deben desmerecer, desde el punto de vista militar, respecto a otras, por lo que conviene conocerlas técnicamente más a fondo que en la actualidad.

CAPITULO VII

ESBOZO GEOGRAFICO OPERATIVO DE PERU *

Necesidad de este esbozo.— El virreinato del Perú ocupó la atención y preocupación principal de gobiernos y militares en la guerra de la independencia americana. En él, nuestro general San Martín, llevó parte de la guerra de liberación para afirmar la de toda la América española, efectuando por sí, o disponiendo se realizaran, varias campañas en que participaron comandos y tropas argentinos. Por estas causas es necesario conocer someramente la geografía de Perú, en lo que interesa a tales operaciones, y su influencia en ellas para que, analizadas, solas o conjuntamente con las de Chile y oeste ar-

[5] No decimos más sobre cómo habría de operarse y abastecerse, y excluimos la forma de combatir, en estas altas cordilleras, porque alargaríamos por demás el libro. Además no se justificaría bastante, porque luchas en la alta montaña, sólo tuvimos aquí las de los combates de Potrerillos y Guardia Vieja (II-1817). Para conceptos sobre operaciones y combate en la montaña ver la obra del coronel Tocagni, que, aunque relacionada con la guerra del presente, contiene apreciaciones aplicables.

*** Ver Croquis Op. V.**

gentino, noroeste argentino y Alto Perú, se puedan juzgar los planes estratégicos y operativos del General de los Andes.

Subdivisión en fajas. — Tres fajas paralelas al mar caracterizan el suelo peruano: la de la costa, la serrana y la de la montaña o de las selvas; esta última, inexplorada, poblada de salvajes, muy cálida y casi desértica en la época de la guerra de la independencia, escapará a nuestra descripción por inadecuada para operaciones militares.

La faja de la costa es relativamente angosta, pues oscila entre 140 Km. en el norte y 60 Km. y aún menos, en alguna parte del resto. Su suelo es, en general, llano, arenoso — con médanos — y cortado a trechos — generalmente la distancia de una jornada de marcha — por los cauces de los ríos y arroyos que descienden de la Sierra y por ello torrentosos allí en creciente (enero a abril), aunque de poco caudal, y que van al mar en recorridos máximos de 250 Km. Ocurre en el norte que muchos de estos cursos de agua, por la seca, evaporación y absorción del terreno, quedan sólo como quebradas sin agua durante largos períodos. Los más importantes al norte del Rimac — río que cruza Lima —, son: el Santa y el Pativilca, siendo secundarios el Huaura, el Chancay y el Chillón; al sur del Rimac, los ríos en general son algo más importantes, entre ellos el Cañete, el Grande, el Acari, el Atico y el Ocoña — éste con varios afluentes —. Salvo estas cortaduras y sus valles, en cierto modo oasis, donde, aparte de agua potable, en general, hay algunos recursos, el terreno de la costa era árido y desértico. Los caminos hacia la Sierra, partiendo desde la orilla del mar (puertos), eran en número suficiente para la época y seguían normalmente los valles de los ríos. En esas direcciones el tránsito no resultaba muy difícil en esta faja, no así en el camino longitudinal costero, muy pesado, especialmente para vehículos, por lo arenoso, sin contar la falta de recursos. Los caminos principales partían del mar e iban a Pasco, Tarma, Jauja, Huancayo, Huancavélica, Huamanga, Puno, Torata, Moquegua, Tacna y Alto Perú (Bolivia), es decir, en su mayor parte bacia el valle central longitudinal.

El clima de la costa es insaluhre y las poblaciones, especialmente en verano, sufren los gérmenes de las fiebres, originados en los cursos de agua, y en el otoño la disentería. Las lluvias faltan casi en absoluto. En verano la temperatura media es de unos veinte grados; en invierno, por la mañana, se produce una niebla o garúa, a veces muy espesa, con humedad hasta del noventa por ciento, que perdura hasta mediodía, en tanto que en primavera se mantiene todo el día, humedeciendo el suelo, pero sin dejar pasar los rayos solares. El viento es del mar y contribuye, junto con la corriente marina fría de Humboldt, a refrescar el ambiente; por ello en invierno la temperatura es baja. En los valles transversales la temperatura media es algo menor que en el resto de la faja. En ésta no hay casi bosques y la fauna es poco variada.

El litoral marítimo, de unos 2.400 Km., cuenta con muchos puertos, caletas y radas que permiten el contacto con el mundo exterior, en caso de dominio del mar, aunque en su gran mayoría son muy abiertos y malos atracaderos. En el norte están las bahías de Tumbes, Sumanca y Chimhote, siendo la última el mejor puerto de Perú; en el centro se cuentan los puertos de Callao, Ancón, Chorrillos y Pisco, y la amplia bahía de Paracas; y en el sur, los puertos de Islay, Ilo — puerto de los valles de Moquegua y Torata —, y Arica. El más importante de todos en América, geográfica y militarmente, era el de Callao, por la profundidad de sus aguas, su amplitud, su vecindad a Lima y su desarrollo mercantil, el mayor del Pacífico; en él se levantaba la fortaleza del mismo nombre, la más poderosa y mejor provista de los realistas (200 cañones de diversos calibres) siendo a la vez gran depósito de armamento. Raramente los vientos son fuertes en lâ bahía. Se de-

nominan "Puertos intermedios" a los del sur de Lima, que servían de escala entre Callao y Valparaíso.

En la faja costera están situadas, además de las poblaciones de los puertos — algunas reducidas — la capital del virreinato: Lima, Trujillo, Piura y Tacna, como más importantes. Lima era la ciudad principal de las colonias españolas, por su prestigio político, su tradición, su riqueza. Alcanzaba su población a 100.000 almas, con la de su puerto de Callao, considerado como la llave de la navegación y del comercio del Pacífico. La costa es sumamente rica en mariscos y peces.

La faja de la Sierra, que ocupa la mayor superficie territorial, comprende dos cordilleras (ambas de los Andes), la occidental, denominada Cordillera, y la oriental, que llaman de los Andes. A nuestra historia interesa fundamentalmente la primera. Ellas están unidas de trecho en trecho por macizos transversales, destacándose los de Cerro de Pasco y Cuzco. Entre ambas cordilleras hay varios lagos de los que se destacan el de Junín, al norte, y el de Titicaca, en el límite con Alto Perú. La cima de la cordillera occidental es llamada "ceja de la sierra", y al valle intercordillerano — una altiplanicie que oscila entre 1.500 y 3.000 m. de altura — se lo conoce con el nombre de la Sierra. La zona de este valle es la más cultivada, particularmente en el norte del país —aunque en reducidas extensiones — y por lo tanto la más productiva y rica; su clima es templado y suave; es también la más poblada; pero, en lo que respecta a granos y ganado, su producción alcanzaba apenas para un ejército de los de la época, mas no para todo el país. Fuera de los valles esta faja es fría (hasta 16 grados bajo cero de noche y una diferencia de treinta en las 24 horas), tiene abruptas alturas, cuya vegetación disminuye a medida que se asciende hacia los pasos o portillos, lo mismo que todos los demás recursos. Preponderan en la Sierra los minerales, únicos productos de exportación, principalmente la plata y el cobre.

Los caminos a través de la cordillera occidental (sendas) son de difícil tránsito, por lo fragoso del terreno, las cortaduras, las grandes diferencias de temperatura diarias, las nieblas (entre los 2.500 y 3.000 m.), las lluvias torrenciales, de diciembre a marzo (hasta los 4.400 m.), las nevadas (más arriba de los 3.000 m., preferentemente), las grandes borrascas, el mal de puna (normalmente de 3.800 m. arriba), y los estrechamientos y la falta de recursos. Puede deducirse de estos factores adversos lo penosas que serían las marchas militares, el alargamiento de las columnas, y los preparativos y el entrenamiento que se requería antes de empezar las operaciones para que éstas no fracasaran ante el obstáculo geográfico.

Los pobladores, en especial los indios, que preponderan por mucho en la Sierra, eran, como los de Alto Perú, muy aptos para moverse en las cordilleras.

En los valles o planicies interandinas, la abundancia relativa de recursos y el clima, hacían más fáciles las marchas, no obstante que el pasaje de un valle a otro a través de los contrafuertes, ofreciera características semejantes a las de la cadena longitudinal del oeste.

Los caminos o vías a través de la cordillera para unirse a la costa — senderos en la parte montañosa — no eran numerosos y carecían de preparación y conservación, es decir, que eran naturales, con escasísimos puentes, y pisos pedregosos en general; esto por lo que se refiere a las principales rutas, pues las demás — también sendas — eran más difíciles aún. Los ríos, torrentosos en épocas de deshielos o lluvias, constituían entonces obstáculos muy serios para vadearlos o pasarlos en las marchas. Los de mayor influencia en la guerra de la independencia fueron: el Mantaro, que corre por el valle interandi-

no o central, el Pampas, y el Desaguadero, que sirve de límite entre los virreinatos del Perú y del Plata. Los ríos de la Sierra son de orillas altas, estrechos y profundos.

Para los transportes por los angostos senderos de la cordillera se empleaban tanto los arreos de mulas — según se había venido utilizando para el comercio con el virreinato del Río de la Plata, partiendo de Arica, a través del Altiplano — como toda otra clase de bestias de carga. En cambio, en los arenosos caminos de la costa y de la misma Sierra se empleaban también carretones y hasta diligencias. Los equipos y demás cargas de la infantería eran conducidos en las marchas lejos del enemigo o para formar depósitos, por los habitantes, especialmente indios, haciéndolo como cargueros — transporte a hombro — de un lugar a otro, en trayectos de una jornada.

La minería. — La riqueza del país dependía de la producción extractiva de la Sierra, es decir, de los minerales, habiéndose hecho lo suficiente para llenar las necesidades de la población y para pertrechar los pequeños ejércitos de la época; allí se producían los materiales críticos o estratégicos, y se podían fabricar armas de guerra hasta cañones, con excepción de fusiles.

Los habitantes y población. — La población de Perú alcanzaba a un millón de habitantes [1], siendo indios más de la mitad; les seguían los negros, los mestizos, los zambos, los mulatos y los cuarterones; los españoles y criollos llegaban a sólo una séptima parte del total. Los negros habitaban en la costa. Teniendo en cuenta su heterogeneidad, puede deducirse la incoherencia física, de sensibilidad y de capacidad de su elemento humano. Aparte de esta disimilitud, debe considerarse su debilidad ingénita, su indolencia (producto especialmente del clima en la región de la costa), la seducción del brillo de la dominación hispánica y el atraso general de las masas populares — común a toda América —, para derivar el poco eficaz apoyo que podía esperarse de este virreinato en los comienzos de la guerra de liberación iniciada en el exterior. Los indios del país — los más explotados y sacrificados — eran los principales adversarios de los realistas, según lo habían demostrado algunos levantamientos, pero no estaban organizados ni disponían de armas. Estos no eran aptos para cabalgar —igual que los de Alto Perú — pero sí extremadamente ágiles; se citan sorprendentes marchas a pie de ellos. El general Iriarte dice haber visto postillones a pie que igualaban la marcha del caballo.

Aparte de Lima, ciudad fastuosa, donde residía la nobleza española, como centro principal, con 100.000 habitantes, y Callao, su vecina (13 Km. al oeste) y puerto, aparecían como islas culturales Cuzco (a 3.000 metros sobre el nivel del mar), colocada en el centro de las riquezas mineras; Trujillo, situada al norte, en la costa; Arequipa (a 2.350 m.), en la sierra del sur; Ica, Huancayo (a 3.350 m.), Jauja (a 3.500 m.), Tarma, (a 3.050 m.) las tres últimas poco pobladas, pero de importancia histórica, situadas en el valle del Mantaro; Huamanga (Ayacucho), con universidad, también de esa cuenca; Cerro Pasco — igualmente histórica —, como la anterior (a 4.000 m.); Arica, en la costa, con 2.000 almas; y Tacna, de unos 4.000 h. La mayor parte (sesenta y cinco por ciento) habitaba en la Sierra. Por encima de los tres mil metros y con un clima duro, el extranjero necesitaba aclimatación.

Consideraciones generales.—El virreinato del Perú era el más renombrado por sus riquezas mineras, que le daban abundancia de capitales y prosperidad; allí seguía estando, además, la llave de la navegación española del oeste, el monopolio del comercio exte-

[1] Según Mitre más de 1.500.000.

rior, y el nervio y centro político y militar de la reacción realista, y de él podían seguir irradiándose hacia los distintos rumbos, por su situación, un tanto central respecto de las demás colonias de España, y por líneas interiores, los poderosos recursos militares de la Corona. La región de las selvas del este, y los desolados desiertos del sur — que lo separaban de Chile —, a la vez que daban seguridad terrestre desde ambas direcciones, reducían su extensión como teatro de guerra.

Protegidos estratégicamente los realistas peruanos de las direcciones este y sur, quedábanles tres rumbos de amenaza posible: Alto Perú por el sudeste; el mar por el oeste, y Nueva Granada por el norte. Desde el sudeste no había peligro serio si el enemigo sólo era el altoperuano, ya que por la enorme proporción de indios que lo constituían, la relación de poblaciones y sus escasísimos recursos guerreros, había que descartarlo como tal. Ahora bien, si los que emprendían la guerra desde el sudeste eran los enemigos del Río de la Plata, unidos a los de Alto Perú, que los secundaran, la situación, si bien menos fácil de enfrentar por los efectivos y recursos del adversario, no era tampoco grave. En efecto, al tratar una ofensiva hacia el norte en el Esbozo geográfico del noroeste argentino y Alto Perú, hemos dicho el remanente de capacidad ofensiva que tendría el invasor hacia Lima, pasado cierto límite, en vista de la colosal distancia desde Buenos Aires, y otras dificultades, aun cuando en sus líneas de comunicaciones no tuvieran los revolucionarios igual amenaza que los realistas por parte de la población indígena, tan preponderante, pues ésta se mostraba más bien favorable a los patriotas. Por consiguiente, la mayor amenaza para Perú virreinal podría venir del mar y entonces sí contra la parte costanera del territorio elegido por el invasor, pero para esto se necesitaba que el enemigo tuviera como base de operaciones tierra firme: Chile, Ecuador o Colombia, y el dominio del mar; en su conjunto era éste un plan de realización colosal viniendo del sur en aquella época, aunque no tanto si se lo resolvía sucesivamente. En las consideraciones del Esbozo de la región del oeste y Chile se han mencionado las ventajas de la ruta del mar en tales operaciones.

De la breve descripción geográfica efectuada surgen también dos clases de teatros de operaciones en Perú: los de la Sierra y los de la costa. En los primeros la guerra tendría características de lucha de montaña; en los segundos las de operaciones de llanura, y también de carácter combinado (mar y tierra), en las que el dominio del mar es fundamental. Los teatros de la Sierra cuentan con recursos propios suficientes para el movimiento, para subsistir y aún, en parte, para combatir; los de la costa no cuentan con suficientes medios propios para operar (alimentación, etc.), ni para combatir, pero dueño el defensor de la vía marítima, o aun sin ella, en tan extenso litoral, tiene posibilidades de obtenerlo, si del interior del país no se lograra su concurrencia.

Por lo extenso del litoral, sin el dominio del mar, era aún más difícil impedir el desembarco de un ejército invasor, por la gran cantidad de puertos y caletas, y esto fuera que la defensa se concentrara o se dispusiera en cordón, sobre todo si el enemigo amagaba o realizaba desembarcos de atracción o simulados, para luego embarcar de nuevo e ir a poner pie definitivamente en la zona elegida. En la faja costera, sin excluir los valles, no era posible, sin embargo, efectuar grandes concentraciones de tropas sin exponerlas a epidemias fatales y a la consunción porque allí faltaban los productos alimenticios, en tanto que existían los gérmenes de las fiebres, sin suficientes y eficaces elementos sanitarios para combatirlas.

Por lo tanto había que ir a la Sierra para abastecerse, privando con ello, a la vez, al adversario de sus recursos, cosa ésta que siendo tan extenso el territorio y reducidos los efectivos militares de aquel entonces, sólo podía hacerse en forma limitada. Aquello po-

día subsanarse recibiendo por el mar los aprovisionamientos necesarios, con la importación, para lo que había que disponer de buenas finanzas a fin de pagarlos a los comerciantes extranjeros.

Para las operaciones en la costa, como para las de la Sierra, se requerían, por las dificultades físico-geográficas en ésta, como por la falta de recursos en aquélla, siempre muy serios preparativos para operar, realizados con bastante antelación. El avance por la costa inhóspita, imponía llevar en ciertos trayectos hasta el agua, y en las operaciones en la Sierra con montañas tan elevadas, entrenamiento, organización y dotación especiales. Así y todo el ofensor, si no era contenido antes, llegaría al mar o al valle longitudinal — según de donde partiera — maltrecho, desgastado, disminuído y casi sin subsistencias, pero peor si el avance era hacia la costa, si el enemigo había hecho el vacío de lo poco existente.

Operando en la costa, paralelamente al mar, requiérese también proteger con seguridad el valle transversal (curso de agua) que se intenta alcanzar, con una vanguardia — de caballería especialmente — antes de lanzarse con el grueso, pues en caso contrario no habrá ni agua para la tropa y ganado, después de una marcha agotadora por arenales.

Finalmente, el que de la Sierra fuera a la costa, para mejor operar en ésta, debía hacer más ágiles sus fuerzas con vehículos y caballos.

Se comprende fácilmente que siendo tan precarios los movimientos de sur a norte y viceversa por la región de la costa, cualquier operación de las previas (movilización, concentración, etc.) y las de lucha se hiciera mucho más rápida, económica y fácilmente por la vía del mar.

La faja de la Sierra, por sus escasos y altos desemboques, aparte de las grandes dificultades para cruzar la cordillera y llegar al valle central, se presta mucho para una defensa estratégica y para la contención operativa del ofensor (situación semejante a la del oeste argentino y Chile, ya tratado), que, terminando de salvar la cordillera, llega desgastado cuando no maltrecho y con sus abastecimientos agotados o poco menos.

En los períodos de neblina (invierno y primavera) la escasísima visibilidad — horizonte — en la costa hace muy posible las sorpresas, y la pérdida de orientación, si no se emplea la brújula.

Es de hacer notar aquí, que Perú fué hasta 1810 la única región que no había abatido ni una vez siquiera el dominio español, debido a la indiferencia de su opinión pública.

CAPITULO VIII

ESBOZO GEOGRAFICO OPERATIVO DEL SUR ARGENTINO *

Situación y límites iniciales. — Tomaremos como límite primero del norte de lo que llamamos el sur argentino, el que separaba los territorios bajo el dominio blanco, del ocupado por los indios en 1810, materializado por fuertes y fortines, formando una línea general de frontera interior desde el Atlántico a la cordillera de los

---

*** Ver Croquis Op. VII y Croquis general (América del Sur).**

Andes [1]. Tal línea fué siendo desplazada paulatinamente hacia el sur y hacia el oeste durante la guerra con el aborigen, avance que se verá en la VI Parte de esta historia. Pero al empezar la era nacional corría de este a oeste por Chaseomús, Ranchos, Monte, Lobos, Navarro, Carmen de Areco, Salto, Rojas, Mercedes, Melincué, Esquina, La Carlota, Pilar, Río Cuarto, San Lorenzo y San Carlos, puntos defendidos como se ha dicho por fuertes y fortines, según su importancia.

Comprendía pues esta región más de las dos terceras partes de la actual provincia de Buenos Aires, La Pampa completa, el sur de las provincias de Córdoba, de San Luis y de Mendoza, y el total de lo que es hoy la Patagonia. Allí estaba enclavada lo que se llamaba "la pampa", calculada por 1870 en 375.000 kilómetros cuadrados; — según el poeta Hernández, ahí "Todo es cielo y horizonte, en inmenso campo verde" —. Tenía entonces como límites: al oeste los Andes [2]; al este la frontera militar; al sur, el río Negro; y al norte, el río D'amante con su prolongación hacia el este, zona general en la que se produjeron las principales luchas con los indios que llamaremos sureños.

Relieve. — En las jurisdicciones de las provincias antes citadas el territorio es de llanura bonaerense hasta el río Colorado; sin embargo, en el sur de Buenos Aires existen dos grupos de sierras, las del Tandil (altura máxima 500 m.) y las de la Ventana (máxima 250 m.), y algunas otras elevaciones; hállanse éstas enclavadas en la zona en que las operaciones con el indio fueron más numerosas y activas en los primeros años. Desde el Colorado al sur se extienden las áridas mesetas y planicies patagónicas que llegan a los confines magallánicos, y se elevan paulatinamente del Atlántico hacia los Andes, alcanzando en algunos lugares hasta dos mil metros de altura. Estas mesetas están separadas por los valles de los ríos principales que desembocan generalmente en el Atlántico.

En el límite de la provincia de Buenos Aires con La Pampa hay lomadas y cerros, cuya altura no sobrepasa los 400 m.

Salvo las zonas de serranías de la provincia de Buenos Aires, en las pampas de esta provincia y del oeste el territorio se caracteriza por interminables sucesiones de lomadas y bajos, en partes con cadenas de médanos o grandes pajonales que ocultaban los guadales [3] o montes, éstos, a veces, tupidos, siendo superficies alternadas de buenos y malos campos. Hay también salitrales y salinas de importancia. Los médanos o colinas de arena, que en general son inestables, sufren la acción de los violentos vientos pampero y del este, que suelen

---

[1] Cuando empieza nuestra historia nacional, la mayor parte de este inmenso territorio, sobre todo su interior, era easi totalmente desconocido para el blanco, no así para el indio que particularmente en el norte del río Negro y la zona andina, lo reeorría de continuo y en todas direcciones. La zona andina fué bien conocida recién a fines del siglo XIX. Neuquén lo fué así en 1898, cuando el general Rudecindo Roca — comandante de la división los Andes — lo hizo reconocer por comisiones militares en todas direcciones, con un recorrido total de más de 20.000 Km., para penetrarse de las eondiciones de los ríos, de los caminos carreteros y de senda (éstos también por las líneas posibles de invasión a través de la cordillera), los pasos en los mismos, etc. Un plano escala 1:100.000 — lo más completo hasta entonces — acompañaba a la Memoria correspondiente.

[2] La cordillera de los Andes, como límite genérico cntre el virreinato del Río de la Plata y la capitanía general de Chile, bueno en la época Colonial, siendo un macizo inmenso, no podía constituir un deslinde para Chile y Argentina, ya independientes. Para fijarlo, ambos países tuvieron un pleito que duró unos 60 años, y cuya solución se creyó a veces que sólo se lograría por las armas, motivando aprestos militares de uno y otro estado.

[3] Llámase "guadal" a un terreno blando, movedizo, que puede ser seco o húmedo, pantanoso, pegajoso o simplemente arenoso, en el eual los vehículos se encajan y es sumamente difícil sacarlos, lo mismo que a los caballos que no están acostumbrados, por más que se los incite, pues se acobardan y no hay poder humano que les haga dar un paso.

soplar por varios días consecutivos, tornando sumamente molestas las marchas y aun la vida del vivae, también por las partículas que arrastran.

Desde Leuvucó (parte norte de La Pampa) al oeste hay una extensa travesía de terrenos guadalosos y sin pastos hasta llegar al río Salado o Chadi Leuvú; desde la desembocadura de este río en la laguna Urrelauquen o Amarga, al río Colorado, hay otra travesía inhabitable; de este mismo río Salado, al oeste, en toda su extensión, teniendo como límite norte el río Atuel, existe otra travesía de tierras áridas, sin agua, ni pastos, hasta las orillas del río Grande.

Aparte de las travesías mencionadas (a ambos lados del río Chadi Leuvú o Salado de Mendoza), se encuentra otra muy extensa al sur del río Negro y en su parte este, conocida por travesía de Valcheta, zona que torna dificultoso un avance por ella, especialmente hacia Carmen de Patagones.

Por consiguiente de lo esbozado hay en esta región zonas de montaña (los Andes, en el oeste) y de sierras (sur de Buenos Aires) siendo todo el resto de planicies, lo que caracteriza el tipo general de guerra de llanura para ella, con la correspondiente organización de las fuerzas, siempre que las operaciones no penetren a los Andes, donde deben ser de montaña.

En la franja más occidental de la región (sur de Mendoza, Neuquén y más al sur), el relieve orográfico participa de muchos aspectos de la cordillera de los Andes, de que es parte. La altura media de las montañas es aquí de dos mil metros, y por consiguiente, los pasos son más bajos que en los de los Andes de más al norte, faltando en ellas una línea que marque el encadenamiento principal, y hallándose cortadas por valles transversales. La altitud disminuye de norte a sur, aumentando en el mismo sentido la nieve. Los ríos se suceden en casi todos los valles transversales. Aquí, en la montaña, existen numerosos pasos o portillos, siendo los más empleados Pichachen, Copulhue, Copahue, Codihue, Pino Hachado, del Arco, Llaimas, Mambuil Malal, en Neuquén; y Bariloche, en Río Negro. En estos Andes patagónicos el tránsito se cierra desde mayo o junio hasta agosto, a veces hasta noviembre, lo que extendía el lapso en que los indios podían pasar sus haciendas robadas a Chile.

Hidrografía. — El río principal en la provincia de Buenos Aires es el Salado del sur, curso que la atraviesa desde la laguna de Mar Chiquita al río de la Plata, formando curvas y ensanches, como muchas lagunas. De fácil cruce en sequía, con lluvias prolongadas, forma extensos bañados y lagunas de larga duración, debidos a la horizontalidad del suelo, lo que obliga a buscar su curso medio o superior para salvarlo y aun allí con dificultades. Su agua es salobre. Fué el límite entre el dominio español y el del indio. En la misma provincia varios ríos menores, que nacen en las sierras de Tandil y la Ventana, van al mar, con pequeño caudal, llegando algunos a él; sólo son obstáculos serios con lluvias copiosas y prolongadas. Más al sur está el río Colorado, que nace en los Andes y al comienzo se llama Grande, el que atraviesa extensos arenales en los que pierde parte de su caudal; desemboca en el mar por los brazos Colorado Viejo y Colorado Nuevo; su ancho varía entre los veinte y cuatrocientos metros, no siendo navegable normalmente en casi toda su extensión de 1.400 Km. salvo hasta unos 70 Km. de su desembocadura. Corre estrechado entre colinas que se van elevando hacia el oeste. Con creciente primaveral y de verano es aún más difícil su navegación, lo mismo que el transbordo, pues alcanza velocidades de 1.000 m.^{3} por segundo en ciertos parajes, e inunda sus márgenes; en baja, da paso en todas partes, lo que aprovechabau los indios en sus movimientos y arreos de hacienda. No tiene afluentes de importancia en la llanura. La zona de este río era, según algunos, inhospitalaria, por la aridez del

territorio; conforme a otros, fértil; lo primero no contribuía a su defensa, aparte de la casi imposibilidad de navegarlo, atento a los informes que se tenían hasta muy adelantado el siglo XIX. Hasta 1878 se carecía de estudios y datos sobre sus accidentes y su importancia, salvo en su boca y hasta Choique Mahuida.

Al sur del río antes reseñado está el Negro, curso que asume la mayor importancia, por su extensión (650 Km.), su profundidad, el número y magnitud de sus afluentes — todos en la mitad superior del recorrido, parte que termina en Choele Choel — y por la influencia que tuvo en el problema del indio. Después de su formación, por la confluencia del Limay y el Neuquén, se extiende por un valle de 6 a 25 Km. (ancho medio unos 15 Km.), siendo la parte más amplia la de frente a la travesía de Valcheta. En su desembocadura forma una barra peligrosa que hay que saber salvar (muchos barcos se hundieron allí). La profundidad es uniformemente mayor de 1.80 m. en época normal; su velocidad de unos 5 Km. por hora; las crecientes empiezan en setiembre y octubre y duran de cinco a siete meses. Su caudal es de 300 m^3 en período normal, llegando a los 5.000 m^3 en creciente: su paso es realizable por algunos vados en bajante. Es navegable también aguas arriba de Choele Choel, siendo por lo tanto apto para línea de comunicaciones de este a oeste. El conocimiento del río, desde Choele Choel hasta su arranque, era muy vago hasta 1878. Corre guarnecido por colinas en ambas márgenes desde los médanos de la costa atlántica. Aquéllas se apartan, a veces, pero siempre como murallas, aumentando en altura aguas arriba, y siendo verdaderas serranías al oeste de Choele Choel; en Chichinales alcanzan 150 metros de altura. Aparte de Choele Choel, hay contiguas a esta isla tres más, rodeadas de hondos canales del río y costas de poco acceso.

Tanto el río Colorado como el Negro constituyen muy buenas líneas de defensa, pero mucho más como barrera el segundo. El Negro, a pesar de su barra peligrosa, admite con marea alta barcos de hasta cuatro metros de calado, pudiendo con ellos ser remontado hasta Carmen de Patagones (34 Km.) Con barcos menores se puede llegar a Choele Choel. Este río tenía mucho interés militar porque, como los indios utilizaban sus pasos llevando las haciendas robadas hacia Chile, al cerrárselos se les cortaba tal movimiento. En él eran puntos de importancia operativa Choele Choel, Chichinales y Confluencia.

En el occidente de la región que tratamos está el río Neuquén, muy poco conocido en sus características geográficas hasta 1878. Sus riberas eran exclusivamente ocupadas por los indios, teniéndose "muy cortas noticias sobre su valle", dice de Moussy, pues no fué explorado hasta 1778, sino en sus extremos; en el del sur se creía era navegable para embarcaciones menores (esto según E. Zeballos). Crece en invierno y verano. El Limay, como el Neuquén, tiene su cauce encajonado entre sierras elevadas; las del primero por entre rocas, con muchos saltos que dificultan la navegación; su ancho varía entre 70 y 190 metros. Es navegable en creciente, pero sólo en algunos trechos, por su cauce irregular y su corriente rápida.

Los demás ríos del sur, ya en la Patagonia, poco interesan a los fines de esta historia, pues allí se desarrollaron pocas operaciones y de escasa importancia militar, y porque no son navegables.

El río Salado de Mendoza o Chadi Leuvú corre orientado primero de norte a sur y luego al sudeste. Por estar situado separando travesías del este y oeste, con su zona ribereña del este, de territorio fértil, poblada de bosques inmensos, con aguadas dulces y permanentes (las de su cauce no son potables por salobres), es como un oasis, por lo que cobraba una importancia operativa sustancial; también porque los caminos que lo cruzaban hacia Chile eran utilizados por las caravanas de indios y sus arreos de haciendas

robadas en el sur de Córdoba y San Luis y en el noroeste de Buenos Aires; estos caminos tenían jornadas precisas de aguada a aguada. Los indios, que conocían el río completamente, lo cruzaban a nado aun en creciente (primavera), pues la corriente no es violenta y el agua poco abundante, aunque desborde el cauce. A pesar de lo dicho, según E. Zeballos, hasta 1878, "si hay en la pampa una región mal explorada y científicamente poco conocida, es la que recorre el Chadi Leuvú (Salado) y la que rodea la laguna Amarga", esta última formada por el río al desaguar. El Salado se bifurca en dos brazos formando una gran isla, en la que estuvo Aldao en 1833.

En la zona entre el Cuero (ángulo sudoeste de Córdoba), Mercedes (San Luis), La Carlota y Río Cuarto, es decir, principalmente en el sur de Córdoba, y en la Pampa actual, existe una serie de lagunas (Leuvucó, Trenel y el Cuero, las más famosas entre ellas) y huaicos (zanjones) de agua dulce, donde hay variedad de pastos, lo que atrajo a los indios que la ocupaban (ranqueles).

Surge de lo dicho sobre hidrografía que hasta no alcanzar el río Colorado en el sur de Buenos Aires y La Pampa, en épocas normales, las operaciones hacia el sur y oeste sufrían muy poco la influencia de los cursos de agua, careciéndose en absoluto de líneas de defensa favorables de carácter natural. Es claro que con lluvias prolongadas, en este terreno llano, la red hidrográfica desbordaba, inundando grandes extensiones, lo que dificultaba las operaciones.

El litoral marítimo se desarrolla en una extensión de más de 4.100 Km. (2.500 en línea recta), desde el Plata al cabo de Hornos, extensión que debe ampliarse hasta el sector de la Antártida. En el comienzo de nuestra historia nacional esas costas eran en su casi totalidad desiertas y deshabitadas. Hacían excepción Bahía Blanca y Carmen de Patagones (ésta sobre el río Negro, a 34 Km. de su desembocadura), puerto Deseado y Florida Blanca (San Julián). En este extenso litoral es de la mayor importancia el estrecho de Magallanes, de casi 500 Km. de largo, situado en su parte más meridional. Es él angosto y tortuoso, con muchas islas, corrientes muy variadas y brumas frecuentes, todo lo que hacía muy azarosa — también ahora — y lenta, la navegación.

Las costas marítimas de Buenos Aires son bajas y orilladas de barrancas y médanos, con predominio de éstos; las de la Patagonia tienen una altura media entre 50 y 150 metros, en forma de muralla natural, con una sucesión de golfos de diámetro muy grande en general. Las mareas en el litoral marítimo se hacen de más en más altas hasta aproximarse al estrecho (14 metros en puerto Gallegos). En la parte sur aparecen grandes masas de hielo, de riesgo para la navegación. Los vientos baten en toda estación las costas, haciendo peligrar a los barcos, pues son impulsados hacia tierra, especialmente los de vela de aquella época.

Como consecuencia de lo expresado, el litoral no contenía objetivos militares de mucha importancia y la navegación hacia el sur, para pasar al Pacífico, no contaba con bases de abastecimiento suficientes, después de Patagones. Salvo los lugares indicados, el litoral marítimo era dominado por el indio. Las condiciones de las costas marítimas bonaerenses no facilitaban los desembarcos de tropas para invadir la provincia.

Por otra parte, en este litoral el único centro político, comercial, militar, etc. importante era la capital: Buenos Aires, situada en su extremo norte, es decir, totalmente excéntrica, lo que dificultaba su gravitación o influencia cada vez más a medida que se avanzaba hacia el sur.

Clima. — En las mesetas patagónicas el clima es seco y de tipo desértico, con temperaturas frías y bien rigurosas en invierno, siendo muy escasas las lluvias, cuya frecuencia e intensidad aumentan al aproximarse a la cordillera, influyendo en su vegetación arbórea. También escasean las lluvias en el sur de toda la línea de frontera interior de Córdoba y Cuyo, no así en el sur de Buenos Aires, donde son más abundantes y en ciertos años copiosas y prolongadas, alternando con algunos de sequía. Hay épocas en la pampa durante las cuales empieza la sequía con tanto rigor que se impone abrir pozos para abrevar los ganados, lo que se realiza a poca profundidad en terreno medanoso. En otros períodos, las lluvias continuadas inundan con pasmosa rapidez las tierras, arrasando los campos y causando la mortandad de millares de cabezas de ganado, siendo más desastrosas en el litoral marítimo de Buenos Aires y menos extensas en los campos del interior. Las lluvias, sin embargo, no formaban avenidas, porque los pajonales, ocultando el agua al sol, favorecían la absorción; esto en la pampa central donde las lluvias eran menos copiosas.

La temperatura experimenta una gran diferencia entre el verano y el invierno en las pampas, pero, aunque no cae en ella nieve, durante las mañanas invernales, la tierra está siempre cubierta de escarcha; por lo contrario, en verano, es de un calor insoportable y abrumador, al punto de que a la par de los hombres los animales salvajes se entregan a una siesta por la tarde. En las épocas húmedas, y a pesar de ello, los indios dormían casi desnudos sobre la tierra sin que les incomodase.

Entre los vientos sobresalen el pampero, procedente del oeste y el pampero sucio o del sudoeste; ambos corren con ráfagas glaciares en invierno. Las corrientes aéreas de la Patagonia son secas, muy constantes, veloces y frecuentes, arrastrando a veces arena.

En general, el viento de la pampa es sano; pero los vientos cálidos exponen al soldado débil o enfermizo a las fiebres.

En la parte cordillerana de Neuquén y Río Negro, el invierno es sumamente lluvioso, riguroso y largo, pues la mala estación empieza en abril y dura hasta octubre.

Vegetación. — Respecto a ésta, fundamentalmente herbácea, las pampas se dividen en estériles y fértiles. Son de las primeras las de terreno arenoso y salitroso, donde la vegetación ordinaria no existe, como en las adyacencias del río Colorado, los arenales del Diamante y Salado del oeste; pero la fertilidad general estaba fuera de duda. En los bosques pampeanos — llamados generalmente montes — preponderan el espinillo, el algarrobo, el chañar y el caldén. Estos montes estaban cruzados por sendas o rastrilladas, en verdadera red; los indios puede decirse que "vuelan por ellas, pero el soldado tenía que detenerse por temor de quedar colgado de una rama".

En la cordillera la vegetación arbórea sobresale por su altura, no así en el resto de la región donde a lo sumo es de monte bajo y ralo, constituído por los árboles citados, del sur de Córdoba y San Luis.

En la zona precordillerana de Neuquén y más al sur, y aun en la cordillera misma, hay un sinnúmero de frutas silvestres que servían de sustento a los indios, como los piñones, de que hacían acopio para el invierno, sacados de los montes de pinos (valles de Mamhuil Malal, Pulmarí, etc.); las manzanas, que había en abundancia y muy hermosas; el yau yau, fruto del ñire, del tamaño del damasco; la grosella o uva de los indios; la frutilla, que abunda admirablemente en casi todos los valles que van a la cordillera. De las manzanas los indios preparaban la chicha, bebida espirituosa.

En la parte de Buenos Aires actual, gran extensión del territorio del río Salado al sur y sudeste, estaba cubierto de pastizales tiernos y aguadas; en tanto que en el oeste y sudoeste los pastos eran escasos y duros, siendo amargos los del sudoeste de la sierra de la Ventana.

A medida que el indio fué siendo desalojado hacia el sur y especialmente al oeste, perdió por ello los mejores territorios, quedándole a partir de cierto momento (1834) las zonas de la sierra de la Ventana, las de Salinas Grandes y las de los valles de los ríos Colorado y Negro para subsistir, pues al sur de éste no había pastos naturales suficientes para alimento de las haciendas, lo mismo que en el sur de San Luis, Córdoba y Mendoza.

La fauna. — Las haciendas (vacunas, yeguarizas, etc.) que por 1810 vivían en la provincia de Buenos Aires, al sur del Salado, se hallaban en su mayor parte en estado salvaje y eran abundantes; en la Patagonia existían avestruces y guanacos, en gran cantidad, siendo los cueros y la lana de estos últimos utilizados por los indios en enseres caseros y de vestir (ponchos, mantas, quillangos, etc.); el ganado mayor era aquí muy escaso.

El resto de la fauna de la región pampeana se caracterizaba por el jaguar, el puma, la vizcacha, la gama, etc.; los insectos ofensivos por los mosquitos, zancudos y moscas bravas que durante el verano hacen casi imposible la vida, pues acosan al hombre.

Vías de comunicación. — El desierto estaba cruzado por muchos caminos en todas direcciones que salvaban los guadales y que sólo recorrían los indios para sus quehaceres y para ejercitar a sus caballos. En un principio eran desconocidos para el blanco, como se dijo, especialmente en la pampa central, pero con las sucesivas exploraciones y campañas fueron siendo utilizados los principales de la actual provincia de Buenos Aires, y los contiguos a los ríos Colorado y Negro.

Las rutas camineras del norte de la provincia de Buenos Aires hasta el río Salado, eran bastante numerosas y conocidas, no así las del sur, donde excepto, a medida que se avanzaba, pocas noticias se tenían de esas líneas de comunicación. Tal situación fué cambiando paulatinamente, con los estudios hechos para adelantar la frontera, y con el adelantamiento de ésta, al amparo de cuyos fuertes y fortines se establecieron poblaciones de más en más australes y occidentales, que impusieron la marcación de caminos para las comunicaciones.

La constitución del suelo bonaerense hace que en épocas de lluvia los caminos de tierra — que lo eran todos — se tornaran muy difíciles de transitar, especialmente para las pesadas carretas de la época, lo que retardaba los avances de tropa y los hacía penosos.

No obstante lo dicho sobre caminos en general y su desconocimiento, de algunos había bastantes datos. Entre ellos el que conducía a las Salinas Grandes, utilizado por los indios para el transporte de la sal a Buenos Aires y para muchos de sus malones; desde 1810 lo utilizaron también los patriotas, empezando por la expedición del coronel García. Otro camino fué conocido algunos años después (1833) y es el que por la margen del río Colorado va hasta frente a la isla de Choele Choel en el río Negro, desde donde tuerce hacia este curso de agua en una sola etapa de sesenta Km., desde paso Mulillín, salvando la zona desértica entre ambos grandes ríos por la parte más estrecha (la ruta tenía allí unos dos Km. de ancho marcada por surcos de arreo); siguiendo el camino aguas abajo de la citada isla, el río Negro puede ser salvado, lo mismo que pasar a la isla, por varios pasos, pero a nado de caballo, desde orillas bajas; también da paso aguas arriba siguiendo su curso al oeste, lo mismo que en Chichinales (unos 125 Km. al oeste de la isla mencionada); por este punto pasaron también los indios los ganados robados, en su tránsito a Chile; su ventaja consiste en que allí el río se estrecha y tiene muy buena entrada y salida; en la prosecución de la ruta hacia el oeste se llega a la confluencia de los ríos Limay y Neuquén, donde había otro paso, el Confluencia, por donde los salvajes que bajaban a las pampas argentinas cruzaban el río para seguir por Choele Choel al río Colorado; igualmente lo utilizaron los que en sentido inverso regresaban con haciendas en grandes arreos

de las robadas en la provincia de Buenos Aires; el citado camino sigue después al boquete de Bariloche, pasando a Llanquihue y Chiloé, en el país vecino (en esta parte fué conocido mucho después). Por esta ruta venían de allende los Andes las fuerzas indias que concurrían a reforzar a las confederaciones de Calfucurá, Namuncurá, etc., para sus grandes empresas de pillaje de haciendas en Buenos Aires, pasando por la cordillera mencionada (VI Parte).

De lo dicho se desprende la importancia que debían atribuir los indios a la isla de Choele Choel, como punto de tránsito para los movimientos de tropas y ganados, desde la cordillera y hacia ella; por lo demás, debido a su extensión, pastos abundantes, y árboles, era lugar de refugio o de detención de haciendas y fuerte posición defensiva; se comprende así la oposición que los aborígenes hicieron siempre a la ocupación y fortificación de ella intentada por los cristianos desde 1782 hasta Calfucurá en 1874, pues situados éstos allí, con una guarnición adversa, no podrían mantener en ese punto haciendas ni pasar con ellas hacia Chile por esta línea, la más utilizada para el traslado de las haciendas robadas; tampoco podrían los salvajes seguir por la margen del río Negro hacia el mar para realizar sus malones en el sur de la provincia de Buenos Aires (Bahía Blanca y Patagones), cosa que hicieron con mucha frecuencia. Era también la isla, según se desprende, la llave del río Negro como curso de agua.

Volviendo a los caminos, diremos que otro, procedente de la cordillera y despuntando el río Neuquén, pasaba por Tilqui, sobre el Salado, siguiendo para Leuvucó, hacia la pampa, partiendo antes, desde el oeste del río, un brazo que se dirigía hacia Malargüe, en Mendoza, vale decir, hacia el noroeste.

Los caminos que de Neuquén iban a puntos importantes de Chile eran: desde Chos Malal a Chillán pasando por cualquiera de los portillos de Piuquenes y otros; de Chos Malal a Antuco y los Angeles por paso Pichachen; del valle del Agrio (afluente del Neuquén) a Lonquimay; del actual pueblo de Las Lajas a Lonquimay y Victoria por paso Codihue; del valle del Aluminé a Victoria por paso del Arco; de dicho valle a Temuco por paso Llaimas; del mismo valle a Petrufquen y Valdivia, por paso Pucón; y del sur del lago Nahuel Huapi (Río Negro) por paso Bariloche al actual puerto Montt. Todos estos caminos en la montaña no eran sino sendas, algunas difíciles y hasta peligrosas. De la enunciación que se acaba de hacer, en la que no están todos los caminos y pasos empleados, se comprueba que en la buena estación el pasaje hacia Chile no ofrecía grandes dificultades y que era posible por muchas partes en el período nacional de 1810 a 1880 (campaña de Roca). Como línea longitudinal más cercana a la cordillera había una senda que comunicaba los cajones de los ríos Neuquén superior, el Agrio y el Aluminé hasta Nahuel Huapi, sólo transitable en la estación buena, es decir, la de bajante de los ríos, y sin lluvias. Más al este otros caminos unían fracciones de territorio.

Nahuel Mapú, conocido en 1833, era un punto de la mayor importancia (estaba situado en plena pampa a los 36° 45' de latitud y 7° 25' oeste del meridiano de Buenos Aires), pues era la puerta para la gran travesía que se interponía hasta el Salado, y porque constituía un nudo de caminos, al que llegaba uno que cruzaba la travesía y otro que la costeaba; el primero conducía al Salado; otro iba de norte a sur a la laguna Amarga (Hurre-Lauquen); y un tercero seguía de Nahuel Mapú al este, a Toay, bifurcándose para Salinas Grandes y el Colorado.

La población existente en la región considerada era en 1810 exclusivamente india. En la provincia de Buenos Aires, sur de Santa Fe y la Patagonia, los querandíes, primeros pobladores del norte de la primera y sur de la segunda, habían sido reemplazados por

los pampas (puelches y otros) [4], habiéndose mezclado a éstos o desaparecido. Los pampas, procedentes de la araucaria chilena (Arauco), pasaron desde 1670, atraídos por el mejor clima, lo fácil de la penetración a través de los Andes del sur, la existencia de grandes cantidades de ganado cimarrón y las ventajas de sus praderas naturales amplísimas, y llegaron hasta las llanuras de las actuales provincias de Buenos Aires, La Pampa, sur de Mendoza, San Luis y Córdoba, y la Patagonia, tomando diversos nombres, conforme a las zonas que ocupaban. Así se llamaban llanistas los del centro de Buenos Aires, voroganos o vorogas (borogas), los situados entre Carhué y las Salinas Grandes, es decir, el oeste de Buenos Aires y este de La Pampa; puelches o serranos los de la sierra de la Ventana hasta las márgenes del río Negro y de allí a la confluencia del Limay y el Neuquén; y patagones los de la Patagonia. Las zonas de ocupación expresadas se fueron modificando por decisión de los mismos indios o por imposición de los cristianos al desalojarlos de los lugares que ocupaban, con el adelantamiento de la línea de frontera interior y por la rebeldía de aquéllos a quedar en las zonas que iban ocupando sus enemigos.

Eran características generales de los indios sureños, entre otras, las siguientes: holgazanes, consideraban que el trabajo era una esclavitud. Pedigüeños, pero con soberbia, creían ser un derecho el mendigar. Ladrones, llegaban hasta el ataque a los propios congéneres al regreso de éstos de sus malones cuando les escaseaba el ganado. Paganos y desconfiados, eran tercamente reacios a la fe católica, por lo que los religiosos no pudieron catequizarlos, no obstante su insistencia en las varias reducciones del sur del Salado, que debieron abandonar por la indiferencia y la agresión de los salvajes. Amantes de la bebida —especialmente del aguardiente, que los enajenaba—, daban para su obtención a los pulperos cristianos, pieles, cueros, etc. Pendencieros, especialmente a raíz de sus borracheras, se herían y mataban entre sí. Indefensos frente a ciertas enfermedades, fueron presa particularmente de la viruela, que les ocasionó más estragos que sus luchas civiles y las con los españoles. Una ocupación muy útil de estos aborígenes—aparte de la principal: los malones— era la "boleada" de baguales, guanacos, avestruces, etc. Obtenían así varios propósitos: allegar alimentos, abrigos, etc., para sus necesidades; comerciar el excedente con los blancos (cueros, pieles y plumas); adiestrarse aún más en el manejo de los caballos y las boleadoras, practicando el envolvimiento de cerco para el aniquilamiento de la caza; realizar un deporte muy viril, como entrenamiento físico (estos dos últimos objetivos aplicables a la guerra), y solazarse.

Los pampas eran de contextura fuerte, aunque de mediana estatura; vivían en toldos o chozas; tenían costumbres simples, como las de todas las tribus; se alimentaban con preferencia de carne de yegua, de los animales que cazaban y de otros productos de la región. Comerciaron con los cristianos, cambiando tejidos, cueros, plumas de avestruz, sal —que extraían de las salinas—, por cuchillos, aguardiente, tabaco, yerba, etc.; en verano cubrían lo más indispensable de su cuerpo; en invierno lo hacían con ponchos y otros tejidos; en la guerra usaban sacos protectores y aún algunos de ellos llevaban sombreros; muy hábiles jinetes, tenían excelentes caballos, que utilizaban con destreza, lo que les daba gran movilidad en las operaciones de guerra; dados a las pillerías, eran muy audaces, sanguinarios y crueles con el blanco, con respecto al cual no olvidaban los agravios hechos a sus antepasados; no siempre combatían valerosamente; aunque rebeldes, indómitos y primitivos, por su cercanía a las zonas pobladas por blancos, especialmente luego de la independencia nacional, asimilaron hábitos y necesidades de vida

[4] No hubo indios de una parcialidad especial que así se llamaran; lo fueron quienes habitaron la pampa, reunión de varias parcialidades en el sur y en el oeste de Buenos Aires.

nuevos, tomados de los cristianos, en cuyas luchas civiles estuvieron a veces mezclados; vivían casi lo mismo que el gaucho; el toldo del indio no tenía mucho que envidiar al rancho o choza de aquél. En 1810 los pampas predominaban por su número, y en 1834, cuando aparece Calfucurá, se denomina pampas a todos los confederados bajo su autoridad. Este cacique fué reconocido como soberano de la Pampa por el gobierno de Buenos Aires. Los aportes de sangre araucana que de tanto en tanto se incorporaban a los pampas, robustecían sus condiciones para la guerra [5].

Los voroganos, emigrados de Chile en 1830, atraídos por la fertilidad de la zona sur bonaerense, según hemos dicho, se instalaron en Salinas Grandes, y al norte y este de Carhué, ocupando las orillas de las cañadas y lagunas; tenían carácter más tranquilo que los pampas y se dedicaban algo a la agricultura y a la caza, comerciando las pieles con los blancos; refundiéronse después con los pampas bajo Calfucurá, desapareciendo como entidad racial al sorprenderlos y batirlos éste [6], para constituir con ellos y otros, su confederación; la talla de los voroganos era superior a la de los pampas.

Los ranqueles, llegados al sur de San Luis, hacia 1818, eran individuos fuertes, valientes y audaces; según Pedro A. García, constituían "los salteadores de las pampas y los enemigos acérrimos de la propiedad ajena", lo que demostraron hartamente; cuando no podían robar a los cristianos, saqueaban a los indios más cercanos; a diferencia de los pampas, se alimentaban también con carne vacuna; eran borrachos consuetudinarios. Esta tribu cobró auge, pues era débil, con los indios de pelea que tuvo después de 1818, al ser organizada por el cacique muluche Yanquetruz, de gran fama, venido con algunos guerreros desde Chile, dándole poder combativo; es desde entonces la segunda agrupación importante por sus actividades en la lucha en el desierto; tenían como enemigos — aparte de los blancos — a los huiliches en el sur y a los pehuenches en el sudoeste cordillerano; vivían en las zonas habitables entre las Salinas Grandes, el río Colorado y al sur de la línea: San Luis, río Quinto, La Verde, es decir, de Leuvucó al este, nordeste y sudeste, hasta la "travesía de Mendoza".

[5] Boonen Rivera, refiriéndose a los araucanos, dice: La raza "araucana, formada de tribus fuertes, altivas, belicosas, que poblaron el territorio al oeste de los Andes desde Chiloé hasta Copiapó, estaba subdividida en parcialidades afines que se designaban entre sí por la denominación que daban a las regiones territoriales o por la situación que ocupaban. Huiliches eran los del sur, picunches los del norte y puelches o pehuelches los del este, habitando estos últimos los valles de los Andes. Todas las relaciones que tenemos nos pintan a esos indios como perezosos e imprevisores. El trabajo industrial y productivo era, según sus ideas, indigno de los hombres, y sólo debía ser confiado a las mujeres... Reservados y sombríos por naturaleza, los indios chilenos casi desconocían la conversación franca y familiar del hogar; sólo tenían algunas horas de expansión en sus borracheras, y aún entonces en lugar de dar libre vuelo a los sentimientos amistosos, dejaban estallar con preferencia sus odios y convertían la fiesta en una riña sangrienta. Esta reserva habitual los hacía desconfiados y los obligaba a vivir con las armas en la mano, casi viendo en cada hombre un enemigo. Nadie podía estar seguro de la consistencia en los propósitos de los otros hombres, así como nadie podía fiar en la amistad ni en la palabra de otro, porque el indio, naturalmente caviloso, era disimulado en sus sentimientos y falaz en sus promesas. Podía recibir cualquier beneficio, pero no creía empeñada jamás su gratitud... Los indios no conocían ni los remordimientos ni la satisfacción de haber obrado bien. Sólo en la guerra demostraban cualidades superiores de intcligencia y actividad. Sabían aprovecharse de todas las ventajas del terreno, de todos los descuidos del enemigo, de todas las circunstancias que podían serles favorables. La guerra estimulaba también su actividad. Su inercia desaparecía cuando era necesario marchar sobre el enemigo; y entonces no había fatigas que no se impusiesen, ni temeridad que no ejecutasen..."

Como los araucanos poblaron las pampas argentinas desde la colonia, y después, en el período nacional, siguieron penetrando y asentándose en ellas, la precedente descripción de sus características morales, etc., es aplicable a los que llamamos nuestros indios pampas.

[6] Se afirma que la exterminación de los voroganos fué realizada por Calfucurá y sus lanceros chilenos por órdenes de Rosas, que no estaba satisfecho con aquéllos.

Los tehuelches o patagones, eran de estatura elevada y cuerpo muy fornido; sus toldos estaban cubiertos de pieles de guanaco, etc.; se alimentaban de la carne de este animal, del avestruz y del pescado; el clima los obligaba a estar bien abrigados, con tejidos que confeccionaban; andaban siempre a pie, pues el territorio que habitaban no se prestaba para la cría de ganado mayor, y por eso tampoco podían invadir; eran sobrios, nómadas y poco belicosos; comerciaban con otras tribus y con los cristianos de Carmen de Patagones; pedían antes que robar.

En el sur de Mendoza, estaban los milcayas, muluches y pehuenches; en Neuquén los pehuenches y huiliches.

Consideraciones generales. — La enorme extensión territorial que en 1810 comprendía lo que hemos llamado el sur argentino, a la que podría agregarse la franja del sur de Chile, también ocupada por indios indómitos, a los fines históricomilitares de este libro (guerra con el indio), a pesar de ser herencia patrimonial, inherente a nuestro primer gobierno libre, y posterior independencia de España, no pasaba entonces de constituir una parte, en cierto modo nominal de nuestro país, pues, ocupada por el indio rebelde, ninguna autoridad nacional podía ejercerse en ella, salvo en los pocos lugares del litoral marítimo ocupados por guarniciones militares, que decían de nuestra soberanía sobre el interior hacia el oeste, ya que en el resto imperaba el indio enemigo y guerrero, argentino en su mayor parte. Había, pues, que vencerlo por las armas, si con la acción persuasiva no se obtenía su sumisión, para incorporar a la nacionalidad el suelo ocupado por él. Como esto no se obtuviera, al igual que en los tiempos precedentes de la colonización española, se impuso seguir empleando la acción militar, lo que motivó nuestra Guerra con el indio, que encierra la VI Parte del libro.

La población india, numéricamente inferior a la blanca extranjera y criolla, incluso la mestiza, en todo el país, y su organización política, militar, y económica, muy deficientes y atrasadas respecto al blanco, el cual ocupaba el Plata con sus consiguientes ventajas, muestran "a priori" que su sometimiento o destrucción por las armas no era cuestión muy difícil, siempre que el indio constituyera, siquiera en algún período, aunque no prolongado, el único enemigo; pero nunca fué así, la guerra de la independencia, primero, las exteriores después, y la casi permanente y más sangrienta y enconada, de las contiendas civiles, impidieron hasta 1879-80 disponer de este lapso y con él obtener el sometimiento del indio en la parte más valiosa de esta región, como también en la del norte del país. Indicado el desfavorable proceso políticomilitar para la incorporación de esos territorios a la civilización, veamos ahora algunas deducciones geográfico-operativas.

En el caso de una ofensiva profunda al dominio indio, todo debía llevarse de la zona del interior (muy reducida para Buenos Aires, en 1810, pues se extendía sólo del Salado al norte, paulatinamente agrandada con los años al prolongarse al sur la línea de la frontera), pues el llamado desierto, salvo a veces algún ganado de consumo y del que podía adiestrarse en la campaña para uso militar — siempre que el indio no lo hubiera arreado tierra adentro — nada había, salvo agua, y no en todas partes y épocas. Esto impondría el transporte en grandes cantidades y en columnas de vehículos de los elementos necesarios para operar, subsistir y combatir, utilizando aquellas pesadas carretas tiradas por bueyes — que pronto se inutilizaban —, columnas que restringían la movilidad y exigían su protección contra los golpes de mano de los salvajes. El desconocimiento casi total del terreno desde algo más allá de la línea de frontera, en cada caso, comprendidos caminos, aguadas y pastizales, hacían riesgosos los avances profundos, tanto porque podían faltar esos elementos indispensables, exponiendo a las tropas a un desastre físico y moral, como

porque el avance no podía ser continuado (esto ocurrió muchas veces); ello imponía, pues, etapas sucesivas, para afianzarse, reabastecerse del interior — si la campaña era larga — y luego proseguir; lo dicho se refiere a un avance hacia el sur u oeste en toda la enorme frontera que tratamos. Sin embargo, la falta de accidentes naturales muy fuertes en esas direcciones, hasta llegar al río Colorado y uno de los que lo forman: el Grande, no favorecía tal proceder operativo. Ahora bien, alcanzada esa línea, y muy especialmente la del río Negro, aquel propósito, como también uno defensivo, resultaban mucho más factibles para la conquista total del territorio intermedio. Si entonces o antes, se utilizaba la línea del gran río citado para avanzar de este a oeste, las dificultades respecto a agua y demás abastecimientos, al ser transportados por mar y remontando después tal curso de agua, casi se anulaban, siendo éste un buen aliado operativo.

Siempre refiriéndonos a una ofensiva profunda y prolongada, uno de los medios fundamentales para operar, el caballo, lo mismo que los bueyes y el vacuno de consumo, debían ser numerosos, y el primero llevado en número por lo menos de dos de repuesto por hombre montado, para llegar al combate, especialmente la carga, en buenas condiciones, o para alcanzar al indio, ya fuera que éste eludiera la lucha o huyera después de ésta, al ser vencido, para dominarlo o ultimarlo. Esa movilidad aconsejaba llevar también la infantería montada, o por lo menos en carretas, para conservarle su aptitud combativa.

El clima, frío en invierno y caluroso en verano, aconsejaba operar en las estaciones templadas, y siempre en años que no fueran de prolongada sequía, pues entonces faltaban los pastos para el ganado, y las lagunas se secaban, careciéndose, por lo tanto, del agua para la bebida de hombres y tanto ganado. Falta decir que siendo menos abundantes las lluvias a medida que se va hacia el oeste, llegando a ser casi nulas en el sur de Mendoza, en verano la carencia de agua era más sensible en esa dirección, y las previsiones resultaban más necesarias, por consiguiente. Se comprende así fácilmente que fuera menos difícil operar en el sur de Buenos Aires, que en el sur de San Luis y Mendoza, y que las travesías sin agua hicieran enormemente precarias las operaciones en estas zonas, a uno y otro lado del Chadi Leuvú o Salado, al separarse de este río.

De las anteriores consideraciones, como del esbozo geográfico resulta que el llamado desierto, por el desconocimiento que de él tenía el cristiano, por la falta de recursos, por las dificultades, y por los peligros allí existentes de guadales, arenales, etc. — agrandados por el indio mismo en sus leyendas y relatos al blanco — era muchas veces el enemigo principal en la guerra con el aborigen, lo que obligaba a los jefes militares encargados de campañas y expediciones, a tomar disposiciones y preparar los medios minuciosa y muy acabadamente, si no querían ser detenidos por el medio geográfico, como repetidamente ocurriría.

Dedúcese igualmente que la organización de las fuerzas militares hasta el pie de los Andes, debía ser de llanura, pero de allí al oeste, de montaña, es decir, con transporte a lomo, usando mulas en vez de caballos para las travesías montañosas, y caballos para montar desde el comienzo mismo del combate, entendiéndose que la caballería debía llevar dos animales por hombre (uno mular), por lo menos.

Apartándonos ahora de la conquista del desierto, cabe anotar que la posición geográfica absoluta y la relativa de este inmenso territorio, como las distancias a sus costas, las características de éstas, la falta de ríos navegables en la Patagonia, los vientos, etc., pero especialmente la interposición de enormes extensiones de mar con respecto a las naciones más civilizadas e importantes, frenaron su desarrollo durante el período de la colonia y también en gran parte del nacional. Pero esos mismos factores geográficos adversos, y otras causas, influyeron para que los estados imperialistas no se apoderaran de esas

tierras — como ocurrió con las islas Malvinas — o nos disputaran su posesión parcial o total, especialmente en el lapso en que, salvo muy contados puntos de la costa, estuvieron bajo el dominio indio o eran soledades, y nuestro país se debatía en la mayor impotencia política y militar.

CAPITULO IX

ESBOZO GEOGRAFICO OPERATIVO DEL GRAN CHACO *

Delimitación, situación y subdivisión. — El Gran Chaco se extendía antes de la independencia desde más al norte del río Pilcomayo hasta el río Salado del norte (Juramento) y desde los ríos Paraguay y Paraná, por el este, hasta las provincias de Salta (vertientes orientales de los Andes) por el oeste, y Santiago del Estero, por el sudoeste. Encerraba, pues, lo que hoy es territorio paraguayo desde 1877 (Chaco boreal), Formosa, Chaco, el norte de Santa Fe y Santiago del Estero, y el este de Salta.

En el paralelogramo de selvas y malezales, comprendido entre los ríos Pilcomayo y Salado (Juramento), se habían concentrado y refugiado, además de los indios de vida habitual allí, las tribus perseguidas de las llanas y feraces campiñas de la Mesopotamia, para subsistir y multiplicarse.

Al sur del río Bermejo, el Chaco era llamado austral; de ese curso de agua al Pilcomayo, central o medio; y al norte del Pilcomayo, boreal. La zona del Chaco boreal era desconocida hasta 1865 inclusive (comienzo de la guerra con Paraguay), salvo en la parte próxima al mismo río Paraguay, siéndolo aquí en medida restringida. Los afluentes de este río tienen allí, en los terrenos bajos de su desembocadura, densos bosques, y cuando aquéllos crecen, cubren las orillas en grandes extensiones hacia el oeste; esto formaba parte de lo sabido entonces, aunque como se dijo, el resto de la extensa zona boreal era un misterio; lo dicho no perjudica nuestra narración porque en esta parte no hubo operaciones de guerra de nuestro país, ni aun contra los indios.

Conforme a su delimitación, la parte del Gran Chaco que nos interesa estaba enclavada entre las regiones del noroeste y del litoral argentinos, ya esbozadas (Caps. V y III), comprendiendo una extensa porción de territorio en la extremidad norte central del país. Pero, por estar prácticamente inexplorada — no obstante algunas expediciones del tiempo de la colonia —, y poblada por indios salvajes, en su mayor parte hostiles, cerraba el camino directo y más corto desde los ríos Paraguay y Paraná y territorios mesopotámicos a las provincias del noroeste argentino y Alto Perú (hoy Bolivia) y viceversa. Así, el Gran Chaco, interpuesto, influía desfavorablemente sobre las operaciones militares, imponiendo líneas de operaciones terrestres en su totalidad al sur de él y más extendidas, al anular la participación fluvial (por el Paraná y Paraguay), en operaciones hacia el noroeste (guerras de la independencia y con Bolivia.

Relieve. — Todo el territorio del Chaco austral y central es en general un plano de casi imperceptible inclinación hacia el este; empero, dentro de su misma estructura se nota sobre el nivel de las aguas pluviales, que inundan a poco grandes extensiones, una sucesión de suaves ondulaciones del terreno. En el occidente chaqueño las tierras son en general salitrosas, en tanto que en el resto, sobre todo en la parte austral, son principalmente arcillosas, es decir, impermeables, con partes arenosas.

No se encuentra en el suelo de esta región ningún mineral, ni aun piedras, salvo algunos pedazos de hierro considerados meteóricos.

Hidrografía. — Su red fluvial está caracterizada por los tres grandes ríos que la cruzan: el Pilcomayo, el Bermejo (Teuco) y el Salado (Juramento). Periódicamente estos ríos, en particular el Bermejo, traen desde los contrafuertes cordilleranos, con el caudal de las aguas, profusos desbordamientos. En el Chaco estos ríos carecen prácticamente de afluentes. Hay, aparte de éstos, una serie de otros menores, tributarios de los grandes ríos Paraguay y Paraná, que en general nacen a menos de 100 Km. de su desembocadura, sirviendo de canales de descarga a las inundaciones interiores, es decir, que más al oeste esencialmente sólo surcan la región los tres ríos importantes enunciados, siendo un desierto el territorio entre el Bermejo y el Salado.

El río Pilcomayo tiene en el Chaco afluentes de poca importancia. Su desnivel desde el cruce con el paralelo 22 (límite actual con Bolivia) hasta su desembocadura, es sólo de 200 m., lo que explica su sinuosidad, recorriendo 1.100 Km. para una distancia de 607 Km. en línea recta. El caudal de agua no corresponde a su extensión total; sólo en creciente y en su curso superior alcanza a 2.000 m^3; así ocurre que en esa parte alcance diferencias de 9 m. de profundidad, entre bajante y creciente, en tanto que en su curso inferior la diferencia sea sólo de 20 cm. En aguas altas cubre las barrancas chaqueñas — que tienen de 5 a 8 m. — inundando basta algunos kilómetros las zonas adyacentes, a cuyo descenso quedan lagunas y esteros.

El ancho normal del río fluctúa entre 50 y 80 m.; pasada la laguna o estero Patiño, el río se divide en varios brazos que se reúnen en las Juntas (curso medio). Este río ha cambiado su lecho en la llanura varias veces; sus orillas son muy variadas, en partes encajonan su lecho, en otras son llanas, en algunas están cubiertas de altos bosques, en tanto que ciertos sectores son de llanura descubierta.

De lo dicho surge que el Pilcomayo en su curso superior, montañoso — fuera del Gran Chaco —, es de imposible navegación en creciente, siendo un obstáculo completo; que en su trayecto medio e inferior sería navegable, pero, como él obstruye su cauce con los depósitos que realiza — formando lagunas y bañados que se secan en bajante —, tampoco ahí es navegable. Las crecientes se producen de noviembre a marzo, pero con más intensidad en enero y febrero, arrastrando árboles, ramas, etc. La profundidad oscila de treinta centímetros a seis metros y hasta ocho, según lugar y época. Sus aguas son salobres.

El río Bermejo, hasta el arranque del Teuco, — el "desemboque" — corre por cauce definido, expuesto a las grandes crecientes de verano, siempre con profundidad de más de medio metro; desde allí el río, que carece en toda su extensión de un valle propiamente dicho, bien entrado en el llano se bifurca, tomando el brazo del norte el nombre de Teuco [1] y el del sur, el de Bermejo. Entre ambos hay una separación de entre 25 y 40 Km. El curso del brazo sur es interrumpido y por lo tanto no navegable, y de aguas salobres;

---

* Ver Croquis Op. VI.

[1] Se ha calculado que entre 1860 y 1870, aproximadamente, las aguas principales del Bermejo se desviaron desde el "desemboque" hacia un brazo llamado Teuco, corriendo hasta entonces por un solo cauce, el que es hoy brazo sur.

el del norte, que es el principal, puede ser navegado en cierta época del año hasta unos 650 Km. de su desembocadura por embarcaciones de poco calado [2]. En su curso superior el río es torrentoso y se desliza entre zonas boscosas; en el Chaco salteño forma los extensos bañados del Quirquincho. Antes del comienzo del Teuco, y aún en éste, cuando se producen las avenidas, las barrancas marginales, socavadas por las aguas, se derrumban, arrastran árboles de las orillas y materiales, produciendo un aluvionamiento que rellena el cauce del río más al sur, imponiendo a menudo a las aguas la apertura de otros thalwegs. Después del paso de las Cañadas el río Teuco invade la llanura desparramando sus aguas, que sumergen grandes extensiones del Chaco (hasta de 80 kilómetros), formando grandes esteros, donde crecen camalotes y vegetación acuática muy entretejida; a esto contribuyen también las lluvias de la llanura, copiosas en verano. En su curso medio el río se desliza entre barrancas de 3 a 4 m., fácilmente desmoronables; su ancho fluctúa de 100 a 150 m. hasta la confluencia; desde allí aguas abajo oscila entre 250 y 500 m. Las crecientes, producidas de noviembre a marzo, se suceden unas a otras alcanzando sus máximas un nivel de seis y más metros.

El río Salado del norte atraviesa llanuras salitrosas, y luego de formar numerosos bañados o esteros, penetra en Santa Fe, para desembocar por medio de la laguna Guadalupe, en el Paraná. Su curso es muy sinuoso y de corriente muy lenta en la región que consideramos, siendo navegable en algunos trechos para embarcaciones de escaso calado. En sus orillas, que se inundan (bañados) con las crecientes en extensiones de varios kilómetros, hay bosques de ricas maderas. En seca (abril a octubre) su caudal es insignificante, no constituyendo obstáculo en las operaciones militares. Sus aguas en bajante faltan o se descomponen, en este caso no son potables, pues causan serias enfermedades tanto a los racionales como a las bestias.

En resumen, los ríos Pilcomayo, Bermejo y Salado del norte influyen en las operaciones haciendo más fácil el movimiento a su vera, por la existencia de agua y porque pueden las fuerzas ser acompañadas en ciertos períodos y sectores por embarcaciones menores, pero su cruce en creciente es cosa seria y aconseja medios combinados de franqueo y, en lo posible, la supresión de vehículos, dificultando por ello las operaciones y la movilidad [3].

Hay en este territorio lagunas de agua dulce y salada y numerosas esteros, formados por las lluvias y desbordamientos de los ríos principales durante sus crecidas debidos a deshielos en su origen y por las lluvias, a lo que nos hemos referido. Los más importantes entre los esteros son el Patiño, en el curso medio del Pilcomayo, que es poco profundo, y los que se forman en la margen derecha del Teuco, numerosos; también los del Salado del norte. En los esteros se hunden los caballos y para sacarlos hay que utilizar el lazo o palancas [4], por lo que su pasaje es muy fatigoso y lento, siendo por ello muy corriente el empleo de bueyes.

---

[2] Desde la época colonial el río Bermejo fué siempre mirado como la ruta por la cual podrían comunicarse y comerciar sus productos las provincias del NO. con las del litoral. A tales fines se realizaron — como se verá — entonces y después exploraciones, pero a pesar de los trabajos realizados, la navegación comercial permanente en el estado natural del río siempre fracasó, incluso por compañías de navegación a vapor, debido a las dificultades y peligros: poca agua (altos fondos), raigonadas (causa de numerosos destrozos de barcos), etc.

[3] Las características de los ríos Paraguay y Paraná, limítrofes de esta región, y su influencia en las operaciones, se han expresado en el Esbozo geográfico operativo del litoral.

[4] A veces sin éxito. De la Serna dice: "Apenados e impotentes, abandonamos a los nobles brutos, los que, en virtud de los esfuerzos desesperados que hacían para desprenderse de la incontrastable envoltura que los aprisionaba, iban hundiéndose de más en más, de modo que, cuando nos pusimos de nuevo en marcha, algunos sólo conservaban la cabeza fuera. Estos siquiera se salvarían de las fieras..."

En muchas partes (como entre el Teuco - Bermejo y el Pilcomayo), el agua no sale a la superficie, constituyendo zonas de travesía. Pero en el este y sudeste de la Cangallé el agua se encuentra a poca profundidad y se mantiene largo tiempo en las aguadas naturales, haciendo fértil el territorio.

Clima. — El clima de la región, semejante al de Corrientes, con una temperatura media de veinte grados, es cálido, firme, seco en general y sano. Las marcas termométricas suben en verano hasta cuarenta y seis grados a la sombra y en invierno descienden hasta un grado bajo cero. Las lluvias caen de preferencia en primavera y verano, y, más en cantidad desde la Cangallé al este, norte y sur, inundando partes del territorio, especialmente las orillas de los ríos Paraná y Bermejo. En el sur, las lluvias importantes terminan en agosto. Hay años en que los campos se ven anegados por las copiosas lluvias y es aquéllo "un mar", lo que obliga a los pobladores a vivir condenados a estrechos límites, entre pantanos y a "chapalear" el agua en los traslados, en tanto que en otros años reina la sequía, con los pajonales, pastos y matorrales secos o mustios, y las lagunas y esteros agotados; en previsión de esto último se deben preparar represas (madrejones) artificiales. El calor del verano es atemperado por una ventilación continua. Sin embargo, el viento norte, algo frecuente, con su álito tropical agobia a los seres, produciendo en el hombre una excitación nerviosa que termina por enervarlo. En el norte del Teuco la temperatura es más benigna por la considerable masa boscosa.

La única enfermedad que, con carácter endémico, atacaba a la población india, era la viruela, mal terrible que contribuyó más que las guerras entre las tribus y contra los españoles, a la disminución de la raza. En la región reinaban en invierno como enfermedades endémicas del ganado "el mal de cadera" — a fines de agosto tiende a desaparecer —, el "vértigo de cabeza" y el "mal de bazos", males que hacen presa particularmente de los yeguarizos; en verano son las sabandijas las que acosan al ganado, "de manera que se llenan de gusanos y la pérdida de sangre que experimentan los deja tan extenuados que tienen que tirarse al suelo y allí buscar la muerte" (Vintter, informe de 1899).

Vegetación. — Las características de la vegetación provienen de la humedad reinante en el suelo, especialmente la producida por las lluvias. Así, al norte del Bermejo guarda semejanza, según las zonas, con la de Tucumán o Corrientes, presentándose en general menos vigorosa que la de aquéllas, por la constitución arenoarcillosa del suelo.

Las márgenes del Bermejo tienen dilatadas praderas de pastos de primera clase y en sus islotes o cejas de montes abundan las mejores maderas. En el centro mismo del Chaco austral, como también en la zona entre el Pilcomayo y el Bermejo y márgenes del Teuco, existen extensos campos adecuados para la agricultura y la ganadería, pero en partes (Santiago del Estero) carentes de aguas superficiales.

Los bosques cubren especialmente las zonas bajas y húmedas, pero con preferencia las cercanías de los grandes ríos citados. Son especialmente espesos, espinosos y difíciles de penetrar los del Salado. Al norte de la ciudad de Santa Fe y por unos 150 kilómetros, el territorio estaba muy cubierto de bosques, en los que se amparaban los indios que habían destruído las reducciomes de San Javier, San Jerónimo (Reconquista), etc., y que asolaban la zona santafecina. Al norte de la citada zona se extendía una muy despejada.

En el Chaco no había agricultura. Dice el coronel Lindor Valdez: "Nunca vi una sola chacra en el desierto", refiriéndose a Chaco y Formosa.

Fauna. — Los indios cuidaban pequeñas cantidades de ganado ovino, caballar y vacuno. Entre los animales salvajes se contaban el puma, gato montés, corzuela,

guanaco, chancho del monte, anta, oso hormiguero, tigre, yacaré y avestruz, algunos de los cuales servían para la alimentación y otros o los mismos, para llenar necesidades de vida de otra índole.

Caminos.— Como los indios conocían todo el territorio, por caminos propios o fuera de ellos, lo atravesaban en épocas favorables, tanto para comerciar con los cristianos como para atacarlos. Las exploraciones y reconocimientos efectuados en la época de la colonia indicaban ya la posibilidad y facilidad de atravesar esas planicies, aunque guiados por los indígenas. Un camino seguido por los indios en sus incursiones sobre Santiago del Estero y Córdoba, desde el norte, era el que partiendo del Bermejo, seguía hacia el sur paralelo al Paraná, a relativa distancia, hasta el desemboque del arroyo del Rey, donde torcía hacia el sudoeste, para llegar al Salado; por esta ruta aprovechaban los aborígenes las aguadas de los arroyos afluentes del Paraná, para, luego, en rápida jornada, llegar al citado río, evitando las zonas desérticas de más al oeste.

En sus movimientos ordinarios, como para sus guerras civiles, especialmente en las cercanías de los ríos importantes, sobre todo del Bermejo, los indios tenían propias sendas, marcadas por ellos o por los animales salvajes, por las que transitaban con facilidad. Fuera de ellas y a través del monte, donde no era muy espeso y enmarañado, su movilidad era asombrosa. Pero cuando el bosque presentaba las características desfavorables indicadas, penetraban igualmente a su interior, especialmente para ocultarse, y esto porque tenían gran agilidad, aptitud para arrastrarse y deslizarse entre los árboles y una piel curtida por su exposición a la intemperie, con las inclemencias del tiempo, y por las raspaduras y pinchaduras sobre ella. Se comprende que los cristianos, que no poseían en igual grado estas aptitudes, quedaran detenidos en su persecución.

Con la exploración y el adelantamiento de la línea de frontera, se fueron conociendo y delineando nuevas direcciones y caminos para atravesar el Gran Chaco, especialmente paralelos a los ríos principales, Paraná, Paraguay, Bermejo y Salado del norte.

Población y habitantes [5].— Al comienzo de nuestra historia todo el Gran Chaco estaba poblado casi exclusivamente por indios. En su mayoría procedían éstos de la raza guaraní, con las siguientes características: mediana estatura, sobrios, sufridos, capaces de soportar sin debilidad las torturas de la sed y del hambre, el calor y el frío y las sabandijas; de alimentación frugal; de constitución sana, es fama que no necesitaban sino de la naturaleza para curar sus heridas. El vicio de la embriaguez era general en todas las tribus y parcialidades. Salvo los chiriguanos, y algunos otros que eran agricultores y, por lo tanto, sedentarios, los demás eran nómadas y vivían de la caza, la pesca, la miel, el chaguar y frutas silvestres, aunque tenían residencias para los períodos de inactividad anuales.

De Moussy suministra datos que permiten suponer que después de 1860 la población indígena del Chaco central y austral alcanzaría — sin ninguna base sólida — a algo más de 20.000 almas, comprendidos tobas, mocovíes, matacos, etc., José M. Uriburu los calculaba en 25.000, en 1888, Vintter en 40.000, en 1899, y Cenoz señala 20.000 en 1913.

---

[5] La fundación de reducciones de indios en el Chaco por los misioneros jesuitas en el período de la colonia y por otros religiosos después, la evolución y vicisitudes de ellas, su destrucción o abandono, etc., como también la obra evangelizadora de los religiosos en esa región y los mártires de entre éstos, están indicados a grandes rasgos en la obra "El Chaco. Apuntes históricos" de Mons. José Alumni.

Aunque en general los hombres de estas tribus podían y fueron empleados bastante en las faenas de obrajes e ingenios desde fines del siglo XVIII, según Rostagno: "no es posible someterlos a un trabajo regular, metódico, a horas fijas que marquen la campana, corneta, etc., del capataz, ni creer que trabajan luchando contra las tentaciones que la naturaleza les ofrece en épocas determinadas, dándoles chañar, algarroba — ésta para comer y hacer la bebida que se llama aloja —, miel, caza, y tantas otras cosas que en estas zonas cálidas se producen con abundancia".

La civilización del blanco resultaba para el indio norteño barbarie, tiranía, explotación, hambre y cruel tratamiento, opinión justificada, por desgracia, con los hechos de los cristianos que, aparte de eso, los embrutecían proporcionándoles más alcohol.

En los períodos de quietud los indios permanecían en los mejores parajes que les brindaba la naturaleza y donde se encontraban libres y alejados de los centros poblados de los blancos. Algunos de esos puntos eran verdaderas rinconadas, rodeadas por montes fuertes y por esteros y bañados casi infranqueables. En las tolderías contaban con caballos, vacunos y lanares, aunque en pequeña cantidad, a veces robados. Cuidaban muy mal los caballos y la demás hacienda les duraba poco. Los salvajes de las vecindades de los ríos construían canoas (cachiveos) y remos.

Como los del sur, estos indios eran ladrones, borrachos y jugadores, pero, además, pedigüeños. En general este aborigen era "astuto, cauteloso, desconfiado, interesado, raspa, borracho, jugador, haragán y divertido", es decir, lleno de vicios y defectos y por lo tanto un elemento de atraso para el progreso y civilización del país, según Cenoz.

A modo de zánganos los caciques disfrutaban de honores y de todos los beneficios sin que tuvieran que trabajar ni molestarse mayormente. Del producto de la caza y la pesca tenían la mayor parte e intervenían directamente en su venta y demás negocios.

Las condiciones guerreras de estos salvajes han sido muy discutidas. Pero puede decirse que eran menos bravos que los del sur argentino y que no buscaban la lucha sino exacerbados por las injusticias y como represalia contra los grandes abusos de los blancos [6].

El poco apego al trabajo de algunas tribus, las hacía ser ladronas y la unión de algunos salvajes con bandoleros blancos, participar en los asaltos de éstos. Como todos los indios, y con razón, temían la acción de las armas de fuego, siendo las propias la lanza, la macana, el arco y la flecha, la honda, etc. Ya adelantado el siglo XIX también utilizaron las armas de fuego que les vendían los mismos blancos. Muchos salvajes eran combatientes a pie aquí en el norte, por no abundar los caballos en la región y, en las partes boscosas, ser poco utilizables.

---

[6] Con respecto a estos aborígenes decía el coronel O'Donnell en 1909: "De naturaleza dócil — casi tímida —, sin hábitos guerreros, hubiera sido una mancha para el honor de las armas nacionales y un insulto a los conceptos humanos el emplear las armas contra esta raza indefensa". El teniente coronel Pedro Cenoz, que permaneció varios años en el Chaco, dice en su libro "El Chaco argentino", por su parte, en 1913: "Por las continuas persecuciones que han sufrido y por degeneración, por enfermedades, hambres y vicios, que han corrompido su organismo, estos indios ya no eran belicosos y fuertes como los primitivos de la época de la conquista americana por los españoles. Son actualmente dóciles, temerosos del hombre blanco... por intuición o porque verdaderamente les falta aquel carácter bravo de otros tiempos, carecen de ánimo resuelto... y atacan y roban..." cuando pueden batir con ventaja por su número y demás elementos de guerra". "A mi modo de ver, creo que el indio en general no es tan malo en sentimientos de criminalidad como se le atribuye, y que el móvil del crimen responde más bien a necesidades de miseria y de hambre, o muchas veces por venganza..." "Como sucede en todas partes, existen entre ellos elementos muy malos y hasta incorregibles, que ejercen sobre los demás cierto dominio que los induce a sublevarse y a cometer toda clase de depredaciones". Estas opiniones no concuerdan con otras de autores de la misma época, quienes no los consideran tan dóciles y que, por el contrario, afirman — entre otros, el coronel Lindor Valdez — que eran traicioneros, indóciles e indoblegables.

Como consecuencia de la guerra con los cristianos los indios chaqueños se fueron mezclando racialmente con los blancos por efecto de estos mismos o por la costumbre de los salvajes de capturar mujeres y niños blancos en sus incursiones, para tomar a aquéllas como esposas y esclavas, y de educar a los niños como hijos de la tribu, en los toldos [7].

A mediados del siglo XIX, por sus luchas civiles, muchas tribus estaban casi exterminadas, quedando sólo como bien importantes los tobas, matacos y mocovíes.

Los rasgos particulares de las distintas parcialidades eran los siguientes: los tobas, que habitaban el territorio entre el Bermejo y el Pilcomayo, "mal inclinados y desleales e hipócritas", según algunos autores, "francos, generosos, inteligentes", conforme a otros; fueron trabajadores de gran rendimiento en ingenios y colonias; reaccionaban salvajemente — como no podía ser menos — sólo frente a la avaricia de los obrajeros y directores de ingenios que los explotaban. Los matacos, que vivían en la parte oeste del Chaco central y austral, en ambas márgenes del Bermejo y derecha del Pilcomayo, fueron perezosos y entregados a la molicie en las tolderías, donde sólo las mujeres trabajaban en todo y para todos; pero en los ingenios y obrajes de Salta y Jujuy, se mostraron insuperables en la labor como peones; eran temibles cuando se les provocaba a una lucha desesperada; su tipo bajo y retacón, de apariencia raquítica, escondía robustez y fortaleza. Los chiriguanos tenían sus tolderías al oeste de los matacos, en la frontera con Bolivia, residiendo su masa en esa república; éstos no habían podido ser sometidos por los incas en su tiempo, y se opusieron bravamente al vasallaje a que los querían someter los españoles, incluso los misioneros. Los mocovíes, habitantes del sur del Bermejo, causaron la ruina de Esteco (pueblo sobre el río Salado); fueron benevolentes con los misioneros, pero no trabajaron en ingenios y obrajes. Los abipones, vivían también al sur del Bermejo;[8] ellos redujeron en su momento a términos angustiosos la vida de las poblaciones del litoral e interior: norte de Santa Fe, Corrientes, y el norte de Córdoba y Santiago del Estero; tenían, sin embargo, docilidad y respeto a las armas, habiéndolo demostrado en las expediciones españolas de Cornejo, Arias, etc., cuando éstos realizaron sus exploraciones hacia Corrientes y Asunción [9]. Los payaguas, que moraban las zonas de las aguas,

[7] Un toldo de indio chaqueño es una especie de colmena de dos metros de alto y de igual diámetro, con una sola abertura pequeña y de forma semejante a la boca de un horno, todo cubierto de ramas, colocadas sobre una estructura de estacones, a los que se ha dejado sus extremidades flexibles para formar un techo semiesférico. En media hora está formada una toldería; lo que explica la facilidad de estos indios para ejercitar una vida de nómadas.

[8] Los abipones, junto con los mocovíes, lindaban al sur con Santa Fe, al este con el río Paraná, al norte con el Bermejo y al oeste con Córdoba, Santiago del Estero y Salta. Dominaban desde antes de 1810 casi toda la costa del Paraná, desde el Salado al Bermejo, extendiendo sus correrías hasta Córdoba y Santiago del Estero; los tobas y mocovíes hacían lo propio en la parte interna del Chaco argentino. Esta ubicación variaba de continuo debido a las guerras y correrías de las distintas tribus. "Los abipones han sido pues los primitivos habitantes de la región en que hoy se levantan las ciudades de Reconquista, Resistencia y Formosa y sus zonas adyacentes" (Alumni).

[9] Los abipones fueron los espartanos de América. Vivían para la guerra. Guerra a los españoles, en primer término, a quienes odiaban con ferocidad extraordinaria. No arriesgaban nunca un combate, y si la sorpresa — su método predilecto — fracasaba, se internaban nuevamente en las selvas donde no era posible seguirlos dada la inferioridad de los españoles en cuanto a caballos y al conocimiento del terreno. Los abipones no viven sino que vagan por el Chaco, dice un autor. Sus ataques por el río Salado anularon completamente el camino de Santa Fe a Santiago del Estero por la ruta de los Porongos. Córdoba fué también objeto de sus devastaciones. Sumampa, Sinsacate, Río Seco, Cruz Alta y el Tío, guardan en su historia el recuerdo de una época de terror y de muerte. San Jerónimo del Rey fué el primer pueblo de abipones, fundado en 1748, por los misioneros. Estos indios cruzaban el Paraná a caballo, unas veces, sin ellos, otras, frente a Corrientes — precursores, sin duda, de los magníficos pasajes posteriores de nuestros gauchos en las guerras del período nacional — y lo hacían "con tal rapidez — los indios — y destreza que parecían haber nacido y criádose en medio de aquellas aguas".

siendo llamados los piratas de los ríos. Y los chunupíes, pobladores de las inmediaciones sur del Pilcomayo, pero en especial del norte del mismo, que eran indóciles y por tanto no empleables en los trabajos de los blancos; constituyeron la última y principal resistencia a la ocupación del norte de Formosa, dando mucho que hacer y ocasionando permanente amenaza a las fracciones de tropa que guarnecían los fortines sobre el mencionado río, en las cuales asesinaron oficiales y tropa.

De las tribus del sur del Bermejo los tobas y mocovíes eran las mayores y más poderosas.

La organización política y militar de todos los indios del norte argentino fué muy deficiente y también muy inferior a la de los salvajes sureños, siendo igualmente menos aptos que éstos para la guerra. Entre las tribus se producían muy a menudo guerras civiles.

Los salvajes, marcadamente los del Chaco central, vivían en el mismo estado de independencia salvaje de hacía tres siglos; no querían abandonar ni vender sus territorios y luchaban por detener la invasión blanca.

La diversidad de parcialidades étnicas, cada una con su idioma propio, dificultaba en estos indios norteños la cohesión para todas las empresas, especialmente las guerreras. Ello dificultó también su reducción a los religiosos.

Comercio. — Las tribus más próximas a los cristianos realizaban un limitado intercambio de productos: los indios daban cueros, plumas, miel, cera, etc., a cambio de bebidas fuertes y utensilios. Los salvajes asaltantes del norte (Salta, etc.) pasaban sus robos, ganado principalmente, a territorio boliviano, donde los cambiaban por productos de su necesidad.

Consideraciones. — Por la naturaleza llana del Chaco, las fuerzas militares debían organizarse como de llanura, pero teniendo que cruzar zonas selváticas en las que sólo existían algunas sendas utilizadas por los indios, mientras que en otras direcciones había que abrirlas, en ellas los vehículos quedaban proscritos, siendo el carguero el medio general de transporte. Resultaba así una especial organización de las tropas para esos lugares. En las zonas abiertas, pero sujetas a las lluvias periódicas — que inundan territorios durante uno a tres meses —, el carro también debe eliminarse, dando lugar al carguero mular especialmente (carga útil unos 100 Kg. y rendimiento de 40 a 50 Km. diarios), pero también al buey — muy lento — y al caballo, constituyendo arrias para los reabastecimientos. Estas arrias se movían con mucha lentitud a través de esos terrenos, y, luego de varias travesías por los esteros, quedaban los animales tan fatigados y flacos, que no se los podía emplear más.

Para los blancos la falta de muchos recursos en esas regiones vírgenes, la inseguridad sobre la cooperación de los indios llamados amigos — dada su versatilidad —, y el arreo que hacían de sus animales, produciendo el vacío, en caso de beligerancia, imponíales ir provistos de reabastecimientos de consumo, curación, etc., aparte de otros necesarios para operar, y los de combatir, para todo el tiempo calculado de la operaciones.

La característica dicha de la existencia de selvas imponía una forma muy peculiar de operar (marchar y estacionar), lo mismo que de combatir. En las picadas el avance debía hacerse en fila india. La exploración y la seguridad tenían que ser muy particulares y minuciosas, para evitar las sorpresas que desde la espesura (emboscadas), podían intentarse a cada paso, ya que los indios, conociendo y dominando el medio extraordinariamente, y siendo la sorpresa su única forma posible de triunfar, no podían eximirse

de buscarla siempre. La persecución, tras el éxito táctico, era ineficaz en lugares boscosos, pues el indio desaparecía sin posibilidad de alcanzarlo; debía, pues, buscarse en el combate mismo el aniquilamiento, aquí más que en el llano libre. Las sabandijas, las fieras, los reptiles, y los insectos venenosos o molestos contribuían a hacer penosas las marchas y disminuían las posibilidades de descanso reparador en el estacionamiento.

La horizontalidad del suelo y su poca permeabilidad, manteniendo las grandes inundaciones que se producían en seguida de lluvias algo prolongadas, hacían inconvenientes los períodos de primavera y verano para operar y, como en verano, además, el calor era enemigo muy serio, quedaba el invierno (mayo a setiembre) como época más propicia para moverse, pues el clima es más suave, no hay sabandijas, se encuentra agua y no hay bañados, siempre que fuera por zonas con aguadas, es decir, próximas a los ríos, arroyos, etc. Por lo tanto el cruce de la inmensa zona que va de Santiago del Estero hasta el Teuco, como la del Chaco central, desde el Teuco al Pilcomayo, eran empresas harto difíciles.

La falta de caminos y el desconocimiento del territorio y situación de las indiadas, exigían reconocimientos previos o el uso de guías o baqueanos indígenas, no siempre fieles, como era de suponer y pudo comprobarse.

BIBLIOGRAFIA*

(LA GEOGRAFIA EN NUESTRAS GUERRAS)

Almeida, Arroyo Elías: "Geografía de Chile".

Alumni, José: "El Chaco. Figuras y hechos de su pasado".

Aparicio, Francisco de y Difrieri, Horacio A.: "La Argentina, suma de geografía".

Badía Malagrida, Carlos: "El factor geográfico en la política sudamericana".

Beverina, Juan: "El virreinato de las Provincias del Río de la Plata. Su organización militar", "Las invasiones inglesas" y "La guerra de Paraguay".

Boonen Rivera, J.: "Ensayo sobre geografía militar de Chile".

De la Serna, Jerónimo: "1.500 Km. a lomo de mula".

Dellepiane, Carlos: "Historia militar del Perú".

De Moussy, Martín: "Description geographique e statistique de la Confederation Argentine", y atlas.

Diccionario Enciclopédico Hispano Americano.

Escuela Superior de Guerra: "Revista de informaciones" (Público).

Fuentes Rave, Arturo: "Geografía militar del Perú".

Giuffra E., Santiago: "Geografía del Uruguay".

Kuhn, Franz: "Fundamentos de fisiografía argentina".

Marrazzo, Javier: "Nuevo diccionario geográfico histórico de la República Argentina".

Menéndez, José María: "San Martín, sus ideas y su acción".

Ministerio de Guerra: "Crónicas militares".

Mitre, Bartolomé: "Historia de Belgrano y de la independencia argentina".

Sievers, Wilhelm: "Geografía de Bolivia y Perú".

Sarmiento, Domingo F.: "Facundo".

Tobal, Gastón Federico: "Nuevas lecciones de geografía argentina".

Tocagni, Hermenegildo: "Influencia del terreno y el clima en las operaciones militares".

Walther, Carlos: "La conquista del desierto".

Zeballos, Estanislao: "La conquista de quince mil leguas".

---

* Los libros mencionados en ésta, como en todas las demás notas bibliográficas de la obra, constituyen los elementos principales de consulta utilizados por el autor. Aparte de ellos, muchos otros libros, así como revistas, monografías, documentos, etc., también han servido para componer el relato de los episodios, mas estos medios, por su carácter complementario y elevado número, no han podido ni debido agregarse en este compendio.

S E G U N D A P A R T E

LAS FUERZAS ARGENTINAS Y ADVERSARIAS EN NUESTRAS CAMPAÑAS MILITARES

CAPITULO I

INTRODUCCION

Hemos considerado de utilidad, antes de entrar a narrar las campañas militares, dar un vistazo general a los elementos de lucha — el humano especialmente —, sin perjuicio de los datos ya insertos en los "Esbozos geográficos operativos" de cada región característica de operaciones y en el "Panorama geográfico militar", y de las referencias sobre comandos, tropas, etc., que se mencionarán en cada guerra o campaña y en algunas batallas y combates. También hemos reputado conveniente preceder a la narración guerrera con un resumen de cómo encaraban las operaciones y el combate las diferentes fuerzas (indias, irregulares y regulares).

Es sabido que la organización, armamento, forma de operar y combatir, etc., de las fuerzas armadas — aun de los mismos indios — han ido mejorando en el ciclo transcurrido desde 1810, por lo tanto, lo inserto en esta parte es de aplicación especial a los primeros cincuenta años de nuestra vida como nación, y no totalmente, para dar una idea sobre tan importante particular.

En la separación que hemos hecho respecto a las fuerzas argentinas, llamando a unas "regulares" y a otras "irregulares", no debe verse una división rigurosa, en que todas las unidades tácticas de las primeras deban considerarse regulares, es decir, comandadas, armadas, instruídas, disciplinadas y dotadas, como tales; y, entre las irregulares, también todas ellas, de este carácter, pues en la mayor parte de los considerados como regulares, aun en las guerras internacionales, hubo unidades de milicias gauchas, de poca instrucción, disciplina, etc., en comparación con las de línea, que actuaron, ya en el marco del conjunto, encuadradas en el ejército, ya operativamente aisladas (milicias salteñas — gauchos de Güemes — en la guerra de la independencia; milicias correntinas, en la contienda con Paraguay). En cuanto a los ejércitos irregulares, tuvieron a veces unidades que no fueron licenciadas y quedaron movilizadas, como apoyo de los go-

bernadores, las que por mejor armadas, veteranas y con jefes experimentados, gozaron de las características de regulares, siendo el crédito de los jefes provincianos (unidades de dragones, generalmente; con Güemes, sus "Infernales"). Lo mismo puede decirse de los métodos y sistemas operativos y tácticos, pues algunas fuerzas actuaron con procedimientos intermedios o mixtos.

CAPITULO II

LAS FUERZAS INDIAS

Armamento y fortificación. — Eran sus armas, la larga lanza, de más de tres metros, predilecta de los indios pampas y ranqueles y la que más amplio empleo llegó a tener en todas las tribus; fué construída de madera dura o cañas tacuaras, coligües, etc., según las regiones, del norte y sur del país; el sable; las boleadoras [1], que le seguían en importancia, siendo empleadas especialmente en la persecución; usaban también la bola o bola perdida [2] — los indios de la cuenca del Plata —, con ella golpeaban al adversario particularmente en la cabeza, o la arrojaban, previo impulso, sobre el blanco elegido; la flecha, dentada, de medio metro, era proyectada con el arco, siendo un arma primitiva, utilizada por algunas tribus del norte argentino ofensivamente, a veces untada con veneno (las del sur la emplearon sólo para la caza); alcanzaban con ella hasta cerca de 300 m., siendo especialmente adecuada — debidamente provista con productos inflamables — para producir incendios; la macana, [3], usada por los indios norteños; el puñal o cuchillo, elemento de vivac y de lucha; la honda, utilizada por los indios del Chaco; y finalmente las armas de fuego, empleadas a partir de 1830, especialmente por los pampas y ranqueles, a los que se las proporcionaban los cristianos del país, o adquirían en Chile; después de 1870 dispusieron también de los entonces muy modernos Remington, que manejaban normalmente los blancos que les acompañaban en sus correrías.

Desde los remotos tiempos de la conquista los indios del litoral y norte utilizaban palizadas de postes gruesos enterrados formando muro, fosos y hoyos, éstos tapados con paja y ramas (tipo de pozo de lobo); usaban igualmente en el noroeste y oeste, las pircas de piedras, en dispositivo cuadrilátero, pero también en líneas sucesivas, de la base a la cima de los cerros; tales obras las realizaban preferentemente en lugares obligados de pasaje en las sierras. Los pampas y ranqueles, de la frontera sur, no hicieron uso de la fortificación en el período nacional.

Composición. — Los indios rebeldes, con los cuales tuvieron que luchar las fuerzas criollas en el sur, tenían como arma única la caballería (arma de las tribus nómadas

[1] Las boleadoras constan normalmente de tres — a veces dos — piedras del tamaño de una bola de billar, una de ellas menor, que se forran con cuero y se sujetan a tres cuerdas trenzadas o torcidas, dos de algo más de un metro, unidas a una tercera un poco más corta, que se llama manija. Son arrojadas a las patas de los animales, cuando huyen, quedando trabados y detenidos, cuando no volcados.

[2] La bola perdida era de piedra, sujetada a una cuerda de algo menos de un metro.

[3] Garrote de madera dura de un metro de largo.



El indio y su lanza

(Dibujo de Eliseo Marenco, de la obra *La Lanza Rota*, de D. Schoo Lastra).

y salvajes: tártaros, cosacos, árabes, etc.), la que integraba todas sus fuerzas. En el norte había combatientes a pie.

Los grupos de indios de pelea, en determinados casos y cuando los malones o acciones de guerra adquirían mucha importancia, concurrían al mando de sus caciques, y procedían de distintas tribus del territorio y, en el sur argentino, también de Chile. De esta manera se realizaba una guerra de alianza o de confederación de tribus.

Organización. — Las fuerzas indias, todas de caballería, no tenían unidades tácticas especiales, sino que se constituían grupos por tribus o caciques, con más o menos efectivos. No podría, pues, decirse que conocieran esas unidades, ni las operativas de los ejércitos regulares. Formaban el "montón", confuso núcleo, sin orden, ni reglas, del que surgiría el nombre de "montonera", dado a las masas de fuerzas irregulares, especialmente en nuestras guerras civiles.

Los caciques representaban la alta jerarquía de los ejércitos pampas, mientras que los capitanejos, cuyas atribuciones eran harto indefinidas, jugaban el papel de los cuadros subalternos.

Instrucción. — Los indios pampas tenían sus reglas fijas sobre este particular a las que se ceñían, bajo la triple acción del instinto, la necesidad y la tradición.

Desde muy tierna edad se enseñaba a los muchachos a manejar la lanza, la macana y el arco (los indios sureños fueron progresivamente abandonando estas dos últimas armas, que usaron en el tiempo de la colonia), las boleadoras y el lazo, y se les convertía en grandes nadadores y jinetes en prolongadas ejercitaciones. Sin embargo, en proporción, había menos domadores que entre los cristianos. Su parte moral era exaltada con narraciones de hechos heroicos por viejos y prestigiosos guerreros.

Movilización y concentración. — Para los indios, el pasaje al pie de guerra prácticamente no existía, ya que la calidad de hombre era sinónima de combatiente y la masa armada se constituía con la colectividad entera, con excepción a veces de las mujeres, los niños pequeños y los ancianos achacosos; todos los demás tenían ocupación en las fuerzas. Permanentemente listos, debían solamente resolver los jefes o el jefe superior el problema de la concentración de las distintas tribus o parcialidades, adheridas a la empresa, en la que dominaba el principio de la masa.

Los guerreros concurrían con todo lo necesario para su equipamiento (muy rudimentario), la movilidad (caballos) y el combate (armas, etc.). La alimentación, exclusivamente a base de carne de yeguarizo, era del resorte de los comandos. Un sistema de reabastecimiento no existía, ni era necesario, visto el carácter y modalidad de las empresas indias.

Forma general de operar. — Si se consideran los móviles principales de sus corrientes operaciones, ya en la era nacional, el robo (de haciendas, etc.), la destrucción, la toma de cautivos y a veces la venganza — con muertes e incendios — dentro de un propósito superior, el de no dejarse despojar de sus tierras, se descubre que la forma general de actuar de los indios fuera esencialmente ofensiva [4], y que sólo se vieran constreñidos a la defensiva operativa y a la retirada combatiendo, cuando el blanco los perseguía luego de un malón o cuando éste emprendía una operación o campaña punitiva, o con vista al exterminio del aborigen rebelde. Normalmente éste podía tomar libremen-

[4] Todos los historiadores son unánimes en apreciar que las tendencias ofensivas estaban en los indios pampeanos (sureños), más arraigadas que en cualquier otra raza india del continente austral.



Indios en exploración

(Dibujo de Eliseo Marenco, de la obra *La Lanza Rota*, de D. Schoo Lastra).

te la ofensiva, debido a la marcada pasividad del blanco — casi permanentemente ocupado en guerras civiles y exteriores, es decir, sin medios, no diremos de ataque, pues que ni aun de defensa contaba, muchas veces —, lo que daba a los salvajes la facilidad de elegir el momento y los puntos de sus invasiones de robo, etc., preparadas casi siempre impunemente y realizadas las más de las veces con éxito y sin correctivo ulterior.

Los jefes indígenas (caciques), especialmente cuando se trataba de alianzas, preparaban sus operaciones de guerra en juntas, durante las cuales se resolvía sobre el jefe superior — si era del caso —, el objetivo de la invasión, la concentración previa de los distintos núcleos, así como el punto y día de partida; este último era generalmente el de la primera noche de luna llena. Algunos de esos caciques habían servido antes en las fuerzas auxiliares de los ejércitos o agrupaciones militares de los blancos, y por causas diversas habían vuelto a las tolderías, donde aplicaban lo aprendido, algunas veces encabezando malones. También había cristianos, y aun oficiales (desertores, montoneros, etc.) refugiados entre los indios a los que dirigían o aleccionaban (700 de éstos se calcularon en cierto período, sólo entre los ranqueles).

Para facilitar la empresa real o principal en toda su ejecucion, incluída la retirada, los indios la precedían con otra u otras contra uno o más puntos o las realizaban simultáneamente para diseminar a su adversario. En el primer caso, si la defensa concurría a la incursión simulada o secundaria, ellos tenían libertad para robar y arrear ganado a gran distancia en el punto principal, antes que el enemigo pudiera llegar a impedirlo.

Antes que las indiadas iniciaran su avance ya estaba la exploración sobre el enemigo, localidad o zona a atacar, realizada con los llamados "bomberos", que observaban permanentemente las actividades del adversario, comunicando las noticias: número, alistamiento, defensas, movimientos, etc., y estado de sus caballadas, por medio de "chasquis" o por señales convenidas, con empleo del humo durante el día y fuego de noche. También se hacía exploración cercana, y con la lejana estaba comprendido el reconocimiento del terreno, en sus posibles modificaciones por influencias climatéricas, ya que en su estado normal era cosa absolutamente dominada por el indio, desde que lo recorría en todo sentido en sus actividades diarias; por consiguiente, conocía las rastrilladas y caminos, sabía dónde había pastos, bosques, aguadas, leña, lugares de pasaje en los cursos de agua, cómo era el suelo, si arenoso, guadaloso o pedregoso.

Tenían los aborígenes sus espías entre los congéneres titulados amigos de los blancos o entre los que trabajaban en las estancias; éstos comunicaban los lugares en que había haciendas en condiciones de llevar a Chile.

En su avance hacia el adversario u objetivo, aprovechaba el salvaje la luz de la luna llena y descansaba oculto durante el día en montes, etc., y así y por su exacta información, caía generalmente por sorpresa sobre ellos, haciendo las primeras jornadas — lejos del enemigo —, lentamente, en tanto que las últimas o última las recorría velozmente, cubriendo grandes extensiones. Por esto, cuando la defensa de la línea de frontera quería reaccionar, los asaltantes y su botín estaban ya lejos y se requería una persecución casi siempre tardía.

En las marchas de aproximación iban atropados, es decir, reunidos, pero sin mayor orden, formación ni concierto, hasta pasados muchos años de la época nacional, aunque sí, bien guardados de sorpresas; en el descanso también se protegían con la exploración y puestos de vigilancia.

Atendiendo a que su alimento principal y casi único era la carne de yegua y potro (en los pampas), y el animal vivo puede seguir con igual rapidez el movimiento del com-

batiente montado, o ser adelantado velozmente para racionar en los lugares de descanso en las marchas de aproximación, y a que su consumo lo hacía generalmente crudo, el aborigen; que su vestir era simple (iba a la guerra casi del todo desnudo y sin equipaje); que no disponía de armas de fuego, o de muy pocas, y de las livianas; que monta en "pelo" o con una matra o cojinillo; que su hábito de dormir al raso no exige protección (carpas, etc.): que su conocimiento de zonas de pastizales y aguadas no requiere preparativos; resultan muy fáciles, rápidas y previsibles las marchas y vivaques en sus operaciones; las primeras, porque no exigen vehículos para el abastecimiento y reabastecimiento. Además, cada indio montaba su caballo de andar o de marcha y llevaba uno fresco, mejor y más veloz, para el combate y la retirada o persecución. Estos animales estaban cuidadosamente alimentados y entrenados para aguantar mucho sin decaer, y eran capaces de salvar arenales, esteros o guadales sin rodar, ni darse vuelta o hundirse y aun correr boleados.

Si el éxito coronaba su ofensiva, perseguían los indígenas al enemigo corto trecho, pues su objeto ya se había logrado: tomar la hacienda, cautivos, etc., y lo que correspondía entonces era alejarse prestamente, cuanto antes, e internarse en las soledades donde no lo alcanzaría el cristiano; en esa corta persecución, cuando no lanceaban directamente al enemigo, le boleaban sus caballos para ultimar a los jinetes. En su huída, en la retirada, el botín iba delante conducido por la chusma (viejos y muchachos), y protegiéndolo desde retaguardia las fuerzas indias de combate. Durante esas retiradas, o frente a las esporádicas y escasas empresas de castigo de los cristianos, los indios usaban a veces la estratagema de desviar a sus perseguidores hacia zonas de arenales o guadales en las cuales, según lo dicho, acostumbrados a salvarlas, sus caballos pasaban con relativa facilidad, no ocurriendo lo propio con los de los blancos que a poco quedaban postrados. La dificultad era también grande para el perseguidor blanco al querer cortar camino para alcanzar o anteponerse al fugitivo, pues en general, desconocedor del terreno, iba a caer en zonas o lugares de obstáculo que lo detenían, como las antedichas. También recurrían los indios a menudo, entre otras medidas y argucias, al incendio de los campos para contener al perseguidor, dificultarle el descanso y privar de alimento a su ganado; tentaban también golpes de mano a los vivaques y depósitos, para quitar al blanco sus caballos y ganado de consumo, o dispersárselos, o dejarlo total o parcialmente a pie y sin alimento.

En las marchas y como alimento circunstancial o de reserva, los salvajes llevaban a veces raciones de charqui de potro pisado con sal, ají, etc., y para beber agua en "chifles".

En operaciones de efectivos menores los aborígenes sabían ocultarse entre los altos pastizales de día y de noche, incluso con sus caballos, enseñados a echar cuerpo a tierra y a mantenerse sin dar señales de vida; colocábanse, además, manojos de paja, etc., para cubrirse, haciendo lo mismo con los caballos.

Indios accidentalmente separados u ocultos se comunicaban imitando los gritos de animales, conociendo su significado por el modo y las veces que los efectuaban.

Para travesías desérticas muy grandes en que no habían entonces árboles, casas, etc., es decir, puntos de referencia, y muy escasas aguadas, usaban de muy buenos baqueanos, especialmente aptos como rumbeadores (entre éstos se destacó Pichi Pincen, sobrino del famoso cacique del mismo apellido).

Es de hacer notar que los indígenas muy excepcionalmente atacaban poblaciones y menos si eran importantes y defendidas por tropas y policías. Pero en su audacia, especialmente Pincen, algunas veces lo realizaron sorpresivamente y con éxito, apoderándose de los caballos de tropas y policías, impidiendo así la persecución.

El comando indio tenía, sin embargo, su talón de Aquiles en las propias tolderías, muy expuestas en las campañas punitivas o de exterminio y cautiverio de los cristianos,

por lo que los caciques se preocupaban de alejarlas u ocultarlas cuando existía una amenaza seria, a veces en la persecución enemiga, tras un malón, ya que los blancos retribuían las matanzas y los cautiverios que sufrían sus poblaciones con iguales actos.

Cuando la invasión parte de los blancos a los territorios de los aborígenes, éstos huyen despavoridos generalmente a "ocultarse en sus últimas guaridas, abandonando sus toldos, sus haberes y a veces hasta sus mujeres, particularmente si son viejas, esta circunstancia es elocuente". La lucha contra el salvaje se aparta, pues, de las reglas normales "el más apto para hacerla será siempre el que tenga más práctica, el que sepa organizar sus tropas adecuadamente y que sepa cuidar mejor sus caballos, elemento principal de la misma".

Los malones consistían en incursiones en que se lanzaban con extremada rapidez grupos generalmente de sesenta a ochenta y a veces más indios, para tomar grandes cantidades de ganado (vacuno, caballar, etc.) y hacer prisioneros en las poblaciones y estancias (especialmente mujeres y niños), matar a los hombres, incendiar edificios, etc., desapareciendo con la máxima rapidez con que el ganado del botín podía ser alejado hacia las tolderías.

Sin duda los procedimientos operativos generales esbozados para los indios de las llanuras sureñas, no eran aplicados en toda su amplitud por los de las regiones boscosas del Gran Chaco.

El combate de las fuerzas indias contra los criollos no era cosa implícita en los malones, siendo sólo el medio extremo para ohtener sus propósitos, que siempre que fuera posible se debía evitar — no el asesinato —; es decir, que combatían obligadamente cuando las fuerzas adversarias o los pobladores se resistían, o las primeras atacaban. La victoria no se obtendría, pues, por la táctica, sino operativamenrte; consistía en salvar lo más de lo robado, especialmente las haciendas. Esto era la regla en los primeros tiempos; hubo, sin embargo, oportunidades en que avanzaron resueltos al ataque, porque los efectivos propios y preparación, en relación a los del enemigo, les prometían el triunfo, o cuando a todo trance debían robar al blanco sus haciendas para no perecer de hambre en períodos de sequía, aun sabiendo que el adversario estaba preparado (situación que les llevó a Las Acollaradas con Yanquetruz en 1833). En la pelea el pampa tenía el arrojo del tigre, pero le faltaba resolución y continuidad, y al menor revés, o ante la resistencia del blanco, cedía y daba la espalda; "es feroz y sanguinario, aterroriza con sus crueldades, nada más", dice un autor.

Obligado a pelear en las oportunidades dichas o al ser perseguido después de un malón, su forma de hacerlo era de montado y a la carga, ya que era hombre de caballería, pero a veces se dejaba caer a tierra por el anca del caballo —siempre muy manso — aun corriendo éste y combatía a pie con la lanza, diestramente. También cuerpo a cuerpo, a puñal y bolas [5]. En la carga en campo abierto avanzaban los salvajes impetuosamente, en masa o dispersos, con fuertes alaridos — para darse ánimo entre sí y para impresionar a los enemigos novicios o de poca moral —, con el cabello suelto sobre la cara, pegado

[5] Para la pelea el salvaje montaba su caballo de combate — su crédito — quedando los caballos de marcha a cargo de las indias (chinas), viejos o muchachos. Entre allegados o parientes, los indios se protegían y auxiliaban en la lucha, no dejando abandonados a sus heridos generalmente. Con los heridos del enemigo, en cambio, no tenían piedad, pues los ultimaban, estando esto a cargo algunas veces, de las indias que acompañaban al malón; tampoco dejaban sobrevivir a los prisioneros. Los cristianos por su parte procedían lo mismo con los indios de pelea.

su cuerpo al del animal, hasta el momento del entrevero, en que se echaban la melena atrás y lanceaban, manteniendo entonces corto al caballo, para huir, si era necesario. El lanzazo no era con el arma en ristre, sino de derecha a izquierda con bote corto y certero, partiendo la mano de la altura del hombro. Como eran diestros en el manejo de sus armas y del montado, en los entreveros con el soldado criollo, que era igualmente hábil o más, se producían luchas singulares, en que vencía el más arrojado, hábil y tenaz. Es claro que en este combate de hombre contra hombre, cuando la desproporción numérica era marcada a favor de los indios, y lo era casi siempre, por que de lo contrario no atacaban, la lucha les favoreciera, en tal combate individual a caballo. Por esto los comandos criollos, tras los primeros reveses, no les hicieron más el juego, sino que los esperaban, sin salirles al encuentro como antes, para aprovechar el fuego de sus armas, especialmente cuando éstas fueron de tiro rápido — al que aquéllos no podían responder — y rechazarlos en sus sucesivas cargas con fuertes pérdidas, hasta que desistieran del ataque, para entonces, teniéndolos diezmados y acobardados, perseguirlos hasta donde fuera posible con la caballería (un ejemplo: Las Acollaradas). A pie firme y formando cuadro, los blancos esperan y rechazan a los atacantes con el fuego de sus carabinas — después Remington —, desde muy corta distancia, es decir, cuando levantaban la cabeza y algo el cuerpo y echaban atrás la melena mostrándose mejor. Pero si el salvaje rodea el cuadro y no se lanza sobre él, ganando tiempo para que lo robado sea alejado, ha obtenido su objeto, y aunque los criollos se han salvado de ser vencidos y ultimados, en estos casos de malones y pillajes, no han cumplido su misión, que deben intentar llenar con la persecución, muchas veces tardía. Si su ataque era rechazado, los herejes se dispersaban para volverse a reunir, y si aún había probabilidades de triunfo volvían a cargar; en caso contrario, emprendían la retirada muy dispersos o en desbandada, para alejarse, lo que lograban con sus caballos, casi sin excepción mejores que los de los perseguidores. Si éstos los imitaban diseminándose para alcanzarlos, entonces pagaban caro su error, pues aquéllos, reunidos de nuevo en grupos, los ultimaban.

En el avance, ya para el ataque mismo, el dispositivo variaba según las tribus y jefes; los pampas lo realizaban en amplia línea con las alas adelantadas en forma de herradura o media luna, buscando los flancos del enemigo, es decir, envolviendo; y, si éste se lanzaba contra el frente, lo rodeaban totalmente (era su única maniobra); los araucanos (indios chilenos), venidos de ultracordillera en el período de nuestra historia para cooperar y ganar en el botín, durante las grandes invasiones, tenían mayor pericia militar, subordinación y aun arrojo que los pampas, y en determinadas oportunidades fueron sus instructores y hasta conductores en las operaciones. Cuando los araucanos iban a entrar en combate, formaban la línea y el jefe superior les pasaba una revista al galope, y los arengaba [6], lo que imitaban sus subordinados inmediatos. También buscaban estos indios el flanqueo, pero sus cargas se hacían en línea, en columnas o por escalones, tras precisas voces de mando, con la consabida grita general, y pronunciado olor a zorrino, con cuya orina mojaban sus lanzas.

Pasados los años, el indio asimiló en parte los procedimientos de combate del cristiano y empleó sus armas de fuego, haciéndose mucho más peligroso para las tropas nacionales.

[6] La arenga era también un medio de exaltación moral guerrera en los pampas. Ya en el período prebélico los caciques principales en las reuniones trataban de ahondar en los oyentes las pasiones, como el odio, la venganza y la ferocidad, agregando arrogantes amenazas contra el enemigo y alentando a los propios con los epítetos de invencibles, leones u otros semejantes.

En resumen, durante el combate mismo muy poco podían realizar los indios frente al blanco, especialmente contra el infante, mejor dotado, mucho mejor armado para el fuego y mejor mandado, puesto que aquél sólo tenía a su favor su poder de choque, su ímpetu y su mayor conocimiento del lugar, ya que las fuerzas cristianas, mezcla muchas de ellas de sangre española e india, los aventajaban en coraje consciente, en valentía y en tesón, fuerzas que tampoco estaban a su zaga como jinetes y por su aptitud para la vida dura de campaña, especialmente en el primer medio siglo de vida libre. Sólo, pues, sorpresivamente y con gran superioridad numérica podía el indio vencer, y sólo así lo intentó siempre.

Terminado el combate, cuando la victoria les había sonreído, los indios abandonaban toda aparencia de disciplina y, en gran desorden, tomaban botín, destruyendo el campamento o toldería enemiga, y capturaban mujeres. Se comprende por lo tanto que la oportuna aparición en esos momentos de una fuerza, aunque reducida, pero coherente, fuera suficiente para convertir su éxito en derrota.

En las partes boscosas de la frontera del Gran Chaco la lucha era distinta a lo bosquejado; la sorpresa era allí más factible que en el llano abierto, por lo que había que proteger mejor los bagajes, caballadas, guarniciones, caballerizos y aun tropas momentáneamente débiles, o en descanso, pues los indios podían aparecer de improviso y a muy corta distancia[7]; ello imponía disminuir los efectivos para el combate. A raíz de la derrota los indios heridos eran internados en la maleza por sus congéneres, y la persecución se paralizaba porque no puede profundizarse en la espesura, siendo además muy riesgosa. Los indios pelean en el Chaco peor que en el sur; lo hacen desordenadamente y en tropel, por su falta de disciplina y organización, y porque sus caciques y capitanejos no tienen autoridad sobre ellos; de esto surge que su valor combativo colectivo es muy escaso; no así el individual, mucho mayor, pero insuficiente para obtener éxitos tácticos sobre tropas nacionales de cierta importancia.

En las dos fronteras internas los indios desconocieron totalmente hasta muy adelantado el siglo XIX la constitución y el uso de una reserva táctica. No combinaban la acción de sus distintas armas, aun cuando contaran, como desde fines de siglo, con armas de precisión; cada hombre obraba por cuenta propia y sin armonía con los demás; el último acto del combate consistía en la lucha cuerpo a cuerpo, durante la cual la macana y el cuchillo jugaban un papel importante.

Los indios pampeanos no tuvieron ninguna afición a las operaciones navales y carecían por completo de elementos flotantes, lo que alejaba para los blancos todo peligro desde el mar y por los ríos en su guerra con ellos.

Los indios amigos o aliados del blanco eran empleados en las agrupaciones de tropas de éstos, bien como auxiliares (baqueanos o guías, lenguaraces o traductores, arrieros, conductores, faenadores y apacentadores), es decir, en tareas no combativas, como en algunas campañas en el noroeste en la guerra de la independencia; bien participando en núcleos más o menos importantes, como combatientes en las operaciones, al mando de sus caciques o capitanejos en los combates contra sus congéneres (caso de Catriel y sus pampas en San Carlos en 1876), o en las guerras civiles argentinas (caso de Navarro en 1828, con Dorrego; de Pavón en 1861, con Mitre, etc.), o bien combinadamente como combatientes y auxiliares, distribuídos los hombres según la capacidad y aptitudes.

[7] Como medio de sorpresa estos indios norteños apelaban comúnmente a un procedimiento que, aplicado por ellos, resultaba muy eficaz: la emboscada. Para la preparación de ésta, el profundo conocimiento que tenían del terreno, el asombroso desarrollo de algunos de sus sentidos (vista, oído y olfato) y sus especiales aptitudes para aprovechar los accidentes del suelo, buscar o hacer perder una pista, trepar ágilmente a lo más alto de los árboles, arrastrarse a través de obstáculos en la maleza y guardar durante largo tiempo la más completa inmovilidad, les daba absoluto predominio en esta forma de lucha sobre los blancos.

Para evitar la eficacia de estas sorpresas en la selva, donde la exploración es sumamente difícil, el avance de las fuerzas nacionales debía efectuarse generalmente en fila de a uno, con distancia entre jinete y jinete, pues así el fuego, del salvaje, hería a los menos mientras se reunían los demás, protegidos en las orillas del camino boscoso, para contraatacar. En caminos que no fueran senderos el avance se podía realizar en columnas de dos y hasta de cuatro.

CAPITULO III

LAS FUERZAS ARGENTINAS IRREGULARES

Armamento. — El hecho de que la constitución o formación de estas fuerzas obedeciera a la imposibilidad de oponer al enemigo en determinados frentes y circunstancias, tropas veteranas o permanentes regulares, por carecerse de bastantes recursos, y por la consiguiente imposibilidad de adquirir armamento de fuego bueno y suficiente, pues los recursos debían destinarse a otros frentes más importantes, explica que las armas en los ejércitos irregulares fueran de escaso valor y anticuadas — si eran de fuego — y en número muy reducido. Análoga explicación corresponde en la deficiente dotación de los milicianos incorporados para luchar contra el indio — enemigo serio pero siempre secundario en nuestro continuo guerrear —, desde las líneas de frontera, en carácter defensivo, o cuando debían salir en la persecución del salvaje después de los malones, para todo lo cual estaban siempre mal dotados de armas de fuego (fusiles de chispa). Lo mismo ocurrió en las luchas civiles cuando las provincias combatían con las fuerzas nacionales o las de la provincia de Buenos Aires, por la pobreza de medios de aquéllas para adquirir las armas de fuego necesarias, y porque el poder central o de Buenos Aires, dominando la única puerta de entrada al país, el Plata, la cerraba a sus enemigos para las adquisiciones.

Por estas razones, las armas principales del criollo miliciano, cuando sus jefes en luchas precedentes no se las habían quitado a aquellos adversarios — lo que a menudo ocurrió — debían ser preferentemente su lanza o "chuza", de fabricación casera, el cuchillo, las boleadoras, la bola, el lazo[1] — estas tres últimas adaptadas del uso indio por el gaucho y de mucho y brillante empleo en la guerra de Güemes y en las civiles —; usaba también el sable, el trabuco naranjero y pistolas, vale decir, muy poco más en armas que las que presentaba el indio a la pelea y con el que competía sin desmedro, por su destreza en el uso de esos medios de combate, en parte primitivos.

[1] La lanza era improvisada con un cuchillo o media tijera de esquilar, que ataban con tientos, etc., a una caña tacuara o vara de palma. El cuchillo es arma de entrevero y, en la persecución, medio de terminar con el jinete caído por bolazo, boleado, etc., degollándolo. Lejos del enemigo, las boleadoras eran llevadas en la parte delantera del recado sujetas por tientos; a su proximidad, en la cintura del jinete. El lazo — de seis a ocho metros de largo — servía a la tropa para cuartear en pasos difíciles a los vehículos, tomar el ganado, especialmente el chúcaro, y aun enlazar al enemigo y arrastrarlo. La lanza, aparte de arma muy importante, era elemento muy útil para tomar la profundidad en los cursos de agua y en las aguas estancadas, lo mismo que para conocer las condiciones de su piso; sirve también para improvisar medios de protección contra el sol, la lluvia, y otras inclemencias clavando varias y colocándoles ponchos, cueros sobados, etc., que lleva consigo el jinete; también se pueden preparar con ellas elementos flotantes, uniéndolas y cubriéndolas con cueros, etc., para pasar armas, equipo y otras cosas sobre el agua.

Fortificación. — La preponderante proporción — a veces casi exclusividad — de caballería de los ejércitos irregulares, imponiendo la lucha por el choque, es decir, la carga o el entrevero fundamentalmente, descartaba casi en absoluto las obras importantes de fortificación aun partiendo de una posición, salvo al defenderse ellas en algunas localidades, donde se obstruían las calles para dificultar el avance enemigo (ejemplos: San Nicolás, en 1820; Santa Fe, en 1840).

En la guerra de fuerzas irregulares (milicias) con el indio, las líneas defensivas estaban determinadas por fuertes y fortines muy espaciados, sólo aptos para la resistencia frente al aborigen, desprovisto en los primeros tiempos de la era nacional de armas de fuego, y después provisto sólo con algunas armas livianas. Esas obras contaron cuando más con un foso, una palizada de palos a pique, un rastrillo, un puente levadizo y algún cañón, protegiendo ranchos de barro y paja, y un corral. Para la protección de cascos de estancia y corrales en el campo se excavaban fosos de 2 a 4 metros de ancho por dos de profundidad.

Organización y movilización. — Las milicias[2] constituyeron las reservas militares de la nación en manos de los gobiernos de provincia, cuyo mando, organización y disciplina les incumbía, mientras no estuvieran movilizadas para una guerra exterior, caso en que su gobierno y administración correspondía a los poderes nacionales. Poseían así los estados provinciales un poderoso apoyo para el mando y de dominio, y también de acción en sus designios políticos, de los cuales surgían luchas sangrientas interprovinciales o contra el poder central, muchas veces en guerra irregular de partidas y recursos.

Ejercían la autoridad militar de las milicias, para su organización, instrucción, etc., los llamados comandantes de campaña (o de milicias), en forma regional o para toda la provincia, según la época y provincia. Estos jefes eran nombrados por los gobiernos provinciales — por el gobierno central cuando lo ejercieron los unitarios — de los cuales dependían directa o indirectamente. Tenían así tales comandantes el poder y autoridad militares en sus manos, por lo que debían ser en aquellos tiempos de convulsiones, personas de suma confianza del gobernante, pues, de no ser así, con esa fuerza movilizada y si tenían ascendiente y prestigio en las masas, podían ejercer gran influencia en la política provincial, presionando hacia sus designios a las autoridades civiles y aún llegar a su remoción por un levantamiento (ejemplos de tal influencia se presentan con Rosas en Buenos Aires y con Artigas y Rivera en la Banda Oriental, cuando detentaron esos puestos antes de sus ascensiones al poder, apoyados por tales fuerzas).

Esta institución de las milicias, existente durante la colonia, fué recibida entre otras muchas, como herencia de los españoles, por el primer gobierno patrio y se mantuvo en su esencia, respecto a los objetivos de creación, dependencia, organización, etc., por mucho tiempo, incluso hasta después de 1853, incorporada ya a la Constitución Nacional, aunque desde entonces con modificaciones que surgieron de nuevas leyes.

En su conjunto no eran las milicias, como se echa de ver, tropas permanentes, pues se las convocaba cuando las necesidades militares de la provincia respectiva o de la nación lo imponían o lo aconsejaban y, terminada su misión, campaña o guerra, volvían en su mayor parte a sus hogares hasta una nueva citación. Fué tal vez Santa Fe, con Estanislao López, la que más seguido llamó a sus milicias para utilizarlas en la guerra irregular y luego licenciarlas casi totalmente en el movido período de la guerra civil del litoral, de varias campañas defensivas y ofensivas contra Buenos Aires y, al final, contra Francisco Ramírez de Entre Ríos.

[2] Desde 1852, entre ciertos límites de edad, pasaron a llamarse "guardias nacionales".

La incorporación de las milicias o las levas o movilización se hacía frecuentemente por intermedio de los jueces de paz, empleando éstos la policía de campaña.

Estas fuerzas milicianas por su carácter de permanencia transitoria no tenían la instrucción, disciplina y organización de las unidades de línea. Sus jefes y oficiales fueron en los primeros tiempos de vida libre, graduados que habían luchado en los ejércitos de la guerra de la independencia — algunos bajo Belgrano y San Martín — y que por lo tanto conocían bien las ventajas de una severa disciplina, pero ni ellos mismos pudieron en general, a pesar de eso, implantarla medianamente, en particular porque, debido al modo de actuación de estas fuerzas — por la normal transitoriedad de la incorporación y por los medios disponibles y su empleo —, no era posible. Por otra parte, los jefes superiores, casi siempre los mismos gobernadores de provincia, o caudillos [3] de gran preponderancia política regional, que eran como sus comandantes en jefe, contaban las más de las veces con la adhesión entusiasta de los hombres a su persona y a la causa que ellos seguían, y eso bastaba a sus fines. El soldado completo y disciplinado, que se forma en el cuartel o campamento estable, ni por los recursos de las provincias — excepto Buenos Aires —, ni por las misiones y tareas a cargo de las fuerzas en cuestión, era factible obtenerlo. El mismo general Lavalle, alumno de la severa escuela de San Martín, no desdeñó en 1839 y 1840 en su ejército llamado "Libertador" — en que había muchos veteranos — aflojar conscientemente la disciplina de sus hombres con miras políticas y a una popularidad, que, si bien le granjeó el afecto y la adhesión completas, le trajo grandes dificultades en la conducción y desorden en las operaciones y en la lucha.

Las milicias fueron rurales y urbanas — estas últimas solían llamarse de "cívicos" —, predominando con mucho entre las primeras las de caballería; contábase en lo restante, aparte de la infantería, alguna infantería montada. Había pues una marcada preferencia de gobiernos y hombres por el arma montada. Provenía ésta de que, siendo el caballo el medio común de traslado y en especial de trabajo, los hombres — que pasaban media vida sobre su lomo — y eran excelentes jinetes, particularmente en el campo, no tenían el hábito de andar a pie. Por consiguiente y como las tropillas eran numerosísimas, los paisanos — salvo en Alto Perú — sentían aversión por las marchas y más si eran prolongadas, cual las de la infantería, por lo que aún en las ciudades y pueblos se tropezaba con grandes dificultades para formar unidades de esta arma con criollos, sobre todo en los primeros años de la guerra de la independencia. Se consideraba por todos los criollos, y especialmente por los gauchos, casi como un castigo ser destinado a la infantería. Por esto, en parte, los batallones fueron compuestos por gentes de color — pardos y morenos — a veces libertos, que lucharon en casi todas las guerras civiles y también en las campañas de Alto Perú, Los Andes, Banda Oriental y Paraguay (guerra de la independencia).

Nominalmente la unidad táctica mayor en la caballería miliciana era el regimiento, compuesto de cuatro escuadrones de tres compañías, éstas de 100 hombres. Sin embargo, su constitución variaba mucho según fueran las posibilidades de cada provincia y circunstancias de empleo. En ocasiones el número de estas unidades tácticas respondía a las divisiones regionales de la provincia, movilizándose en cada una de aquéllas regimientos o escuadrones, según su población. La infantería miliciana estaba agrupada en batallo-

[3] Nombre que utilizamos para indicar a conductores o jefes o individuos, entes de atracción de multitudes, sin asomo del desprecio con que algunos autores se refieren a ciertos hombres de nuestra historia por quienes sienten aversión. "Estos caudillos militares, salvo alguna excepción, provenían de la mejor prosapia española, muchos descendientes de conquistadores y encomenderos; algunos de auténtica estirpe real" (E. Palacio).



Miliciano domando

(Dibujo de Eliseo Marenco, de la obra *La Lanza Rota*, de D. Schoo Lastra).

nes, como en Buenos Aires, o compañías sueltas como en otras ciudades y pueblos. En la ciudad de Buenos Aires las milicias de infantería (cívicos) llamábanse "tercios", denominados primero, segundo y tercero. El primero lo constituía la burguesía decente; el segundo, los habitantes de los suburbios (el compadrito); y el tercero, la gente de color allegada a las familias burguesas. En las ciudades de provincia las unidades de milicianos de infantería eran integradas principalmente por artesanos y obreros.

Las misiones de los "tercios" consistían — coincidiendo en general con las de las milicias de infantería de otros pueblos y ciudades — en evitar las pertubaciones internas y en asegurar al municipio contra las amenazas del exterior, incluso de otras provincias en la guerra civil; dependían del Cabildo. De los 17 a los 45 años los hombres de los centros urbanos pertenecían a la milicia activa y desde los 45 a los 60 a la pasiva. Esta sólo era llamada en caso de peligrar la seguridad por invasión o rebelión. Su pie, podríamos decir de paz, era muy reducido, siendo remontado según el peligro y necesidades.[4] Los tercios de Buenos Aires, no obstante sus misiones de origen, fueron muchas veces — ya en conjunto, ya en pugna entre sí—, el nervio de las fuerzas que participaron en las repetidas asonadas y revoluciones de la ciudad, siguiendo a determinados jefes o instituciones. Por analogía se apartaron de sus misiones las milicias cívicas de otras provincias. Sin embargo raramente estos milicianos eran empleados sin más en campo abierto, pues por su deficiente preparación militar, hasta sin luchar, se disolvían como nieve al sol.

Las milicias de caballería, todas activas, fueron empleadas como la masa combatiente, o ejército, en casi todas las numerosas campañas de la guerra civil, muchas total o parcialmente en guerra irregular, especialmente en las de los primeros años; pero también en la guerra regular e irregular con el enemigo exterior, como Güemes en el noroeste, Artigas en la guerra de liberación de la Banda Oriental contra los portugueses, Lavalleja en la con Brasil, Mitre en la con Paraguay con milicias de Buenos Aires, etc. Contra el aborigen ellas soportaron, en algunos períodos, el mayor peso en las extensísimas y desamparadas líneas de fronteras de las hoy provincias de Buenos Aires, La Pampa, Córdoba, San Luis y Mendoza, por el sur; y Santa Fe, Córdoba, Santiago del Estero, Jujuy y Salta por el norte, en el permanente, agotador y sacrificado servicio defensivo de fuertes y fortines, actitud operativa pasiva que las guerras exteriores y civiles, ocurridas casi sin solución de continuidad (salvo algunas campañas ofensivas: 1833 de Rosas), impusieron a los gobiernos, carentes de personal, armas y recursos para emprender una guerra ofensiva a fondo contra el salvaje, hasta la conquista definitiva de la pampa y la Patagonia por el general Roca, recién a partir de 1879.

Debemos repetir que las milicias de caballería provenían casi exclusivamente del campo y estaban constituídas por el paisano, el "gaucho", hombre físicamente fuerte, acostumbrado a los peligros que presentaba el indio y ofrecía la naturaleza; extremadamente sobrio; capaz de soportar grandes privaciones y penurias; hecho a la vida al aire libre, aún para dormir, por lo que el vivac y descansar en la noche a campo raso en nada cambiaban sus bábitos; baqueano nato en su zona de acción, aun de noche; jinete consumado e incansable: cada soldado de la provincia de Buenos Aires — extensivo a todas las demás — enlazaba y ensillaba lo que caía, y salían los "milicos" aguantándose en los baguales y jineteando al horizonte, trayéndolos al rato de vuelta listos para la mar-

[4] Esta organización de las milicias se debió a una ley del gobierno de Martín Rodríguez sancionada el 17 de diciembre de 1823. Esta ley sufrió sucesivas modificaciones, aunque no de fondo.

cha (J. A. Costa) [5]; estaba entrenado el gaucho para recorrer 200 Km. por día cambiando caballos, y 120 sin recambio; diestro en el manejo del cuchillo, con el que desde chico dirimía sus disputas, no para "matar", sino para "marcar", de ordinario; eximio en el lanzamiento del lazo y las boleadoras, de que casi siempre está provisto; belicoso y siempre dispuesto a pelear por la patria y por su jefe o caudillo [6], aunque éste cambie de causa [7]; en efecto, los milicianos se incorporan con igual presteza y entusiasmo en Entre Ríos al llamado de Urquiza, tanto cuando éste, obedeciendo a Rosas, estaba para invadir el Estado Oriental, a fin de cooperar con Oribe contra Rivera (India Muerta), o a Corrientes contra Madariaga (Vences), como, cuando, al pronunciarse contra Rosas, penetrará nuevamente en el Uruguay, ahora contra Oribe (Capitulación del Pantanoso) y luego al operar contra el mismo Rosas en Buenos Aires (Caseros).

Concurre el miliciano al llamado de su jefe o caudillo con su caballo de pelea — el mejor — y con uno o más de tiro (éstos de marcha y de reserva); un buen apero (silla) y el clásico poncho, abrigos de marcha y de cama [8], y chiripá; sus armas, la lanza, a veces de fabricación propia, o una "chuza"; un arma de fuego, de la que no siempre dispone; el cuchillo, el lazo y las boleadoras, armas también éstas [9]. Con una movilización y dotación individual, tan numerosa en hombres, cómoda y económica, se explica que las provincias — muy pobres siempre, menos Buenos Aires — optaran como se ha dicho por el arma de caballería. En tal forma Urquiza dispuso de 10.000 jinetes entrerrianos de una población de 46.000 habitantes (enorme porcentaje), con 30.000 caballos para su campaña contra Oribe (1851) en la Banda Oriental, y contra Rosas (1851-52) en Buenos Aires; y López Jordán, en su alzamiento contra el gobierno nacional (Sarmiento), en 1870, consigue en pocos días reunir 12.000 milicianos de caballería, la masa mayor que registra la historia nacional reunida hasta entonces por una provincia.

Como la cultura era cosa reservada a las clases pudientes, la instrucción de nuestro paisano miliciano era casi nula; vegetaba en una semibarbarie.

Los gauchos elegían libremente a sus jefes — inferiores, medios y superiores — o ellos se imponían como tales generalmente; a veces los de las unidades tácticas eran los mismos patrones (estancieros), también gauchos, decentes; pero debían sobresalir en las enunciadas condiciones físicas, de destreza, de inteligencia, valor — por el que las masas sentían culto — y sacrificio, y los demás les respondían con desinterés absoluto, hasta la muerte, según lo demostraron en el noroeste siguiendo a Güemes; en el litoral en las numerosas campañas, especialmente tras Artigas, Ramírez, Estanislao López, Urquiza y López Jordán; y en el interior, acompañando a Quiroga, Aldao, Peñaloza, Varela, etc. Esto da también la explicación del espíritu de sacrificio y el tesón de las masas populares en nuestras prolongadas y casi permanentes guerras civiles, y en las otras, de las que encierra nuestra rica historia militar.

---

[5] Así se amansaban a veces dos o tres millares de caballos en un día, pues casi todos los paisanos eran domadores.

[6] Condiciones que le permiten trasformarse en un excelente guerrillero.

[7] Debe expresarse que no todos los paisanos (gauchos) reunían las condiciones morales enunciadas y que por los campos vagaban o estaban en las tolderías muchos individuos desertores o matreros en conflicto con la autoridad; pero, eran pocos, relativamente.

[8] Casi siempre en su vestir: "un uniforme abigarrado eran los harapos del pobre hombre del pueblo... presentaban un aspecto siniestro" (L. V. Mansilla); igualmente desarrapadas, como consecuencia, fueron las milicias movilizadas, con pocas excepciones, aún en Buenos Aires, por largo tiempo. Muchos, y como el indio, no usaban calzado; los demás bota de potro.

[9] Es sólo un paso adelante con respecto a la movilización india.

De lo expresado surge que los oficiales de los cuerpos provinciales milicianos estaban constituídos en su mayor parte, no con hombres con conocimientos profesionales completos o suficientes, sino por personas de confianza y muy adictos a los gobernadores o caudillos regionales.

Los milicianos incorporados, soldados y graduados, normalmente no gozaban de sueldo alguno, ni prest, aunque a veces se les otorgaba una pequeña gratificación; hacíase excepción con el servicio fijo de frontera contra el indio, donde durante precarios períodos tuvieron paga. Los ascensos eran sumamente lentos, cuando se producían por actos descollantes de valor y pericia y por fervor al jefe. Benévolos o violentos los jefes provincianos, pobres siempre, como se ha dicho, no podían compensar medianamente los sacrificios de sus subordinados con sueldos ni ascensos; eran, sin embargo, servidos fiel y espontáneamente en sus contiendas político-militares. Si la causa era popular, y lo era generalmente cuando el jefe la abrazaba, las milicias concurrían numerosas, empezando su incorporación al punto y voluntariamente (para la campaña que culminó en Vences (1847), Urquiza las reunió en seis días); pero casi nadie se movía y había que llevarlas por la fuerza, si ocurría lo contrario, y la deserción de los forzados no tardaba en producirse (guerra con Brasil y Paraguay), a pesar de los durísimos escarmientos— fusilamiento y lanceamiento de ordinario — que contra ellos se hacían. También aquello aclara el "desbande" de Basualdo en 1865, en el comienzo de la guerra con Paraguay, y Toledo después, cuando Urquiza había perdido mucho de su ascendiente sobre el paisano, pasando a otros jefes o caudillos provinciales (López Jordán, principalmente) [10].

El año 1880 marcó el ocaso del poder militar de los gobernadores basado en las milicias — fuerzas irregulares — con la disolución de las unidades permanentes de éstas (como de cualquier grupo armado) y la prohibición de crearlos, por una ley nacional, lo que hirió especialmente el poder de la de Buenos Aires, como el estado por mucho más poderoso con relación a otras provincias. Esta ley fué dada a raíz de la derrota del gobernador Tejedor, que con las milicias, principalmente, pudo oponerse, aunque sin éxito, a las unidades de línea del gobierno nacional, por cuestiones electorales de candidaturas presidenciales.

---

[10] Los gobernadores y después los virreyes del Río de la Plata, repetían en forma unánime la falta de propensión de los oriundos del país para el servicio de las armas. Así, en 1765 el gobernador de Buenos Aires, decía: "La abundancia de caballos y dilatada extensión de la campaña les facilita la fuga a que los incita su repugnancia a la guerra". En 1781 es el virrey Vértiz quien expresa: "En la campaña no tiene límite la deserción... por la facilidad con que subsisten en los campos por la abundancia de caballos, ganado y caza... sin que basten amonestaciones, amenazas y castigos". En 1801 Sobremonte (subinspector general), refería: "Todo esfuerzo es en vano para promover en estos países la afición al servicio del soldado, por la abundancia de los efectos necesarios para la vida en la campaña y la libertad que ésta ofrece". Tampoco en la era nacional nuestro pueblo muestra afición y propensión guerreras, lo que no significa que le falten las cualidades requeridas, como vigor físico, bravura, espíritu de sacrificio, etc. El que no sea guerrero por idiosincracia y menos conquistador — por las circunstancias recién apuntadas, que lo hacen innecesario — no obsta para que cuando una causa es esencial sepa concurrir a su defensa y ofrecer su vida sin tasa. Pero durante la colonia los llamamientos para oponerse a los indios salvajes o a empresas extranjeras de pillaje o secundarias, no llenan a su satisfacción estos requisitos. Además, tales convocatorias parten de las autoridades civiles y militares peninsulares, para defender los intereses políticos y económicos de la Corona. Y, sabido es que el pueblo nativo no ama lo bastante al colonizador como para entregarle con pasión y espontaneidad vidas y haciendas. En cambio, durante y después de la invasión dirigida por el inglés Beresford (1806-1807) (ver III Parte, Cap. II), en la capital la incorporación de los voluntarios nativos a los cuerpos de milicias — tan poco espontánea y aun resistida hasta entonces — se torna torrencial, e igual ocurre en las empresas iniciales de la revolución de Mayo. Las causas son en estos casos que se defiende la tierra natal amenazada de conquista, y más adelante, desde 1810, la libertad completa. Existen en ellos grandes estímulos, pues, que encienden el patriotismo, motor para las grandes aportaciones morales y materiales. Además, son criollos los jefes de tropas en su mayoría, es decir, coterráneos y hermanos los que conducen a la lucha. En las guerras civiles y exteriores ya hemos dicho qué otras causas influyen en el mayor o menor entusiasmo bélico.

Como corolario cabe decir que siendo las milicias la masa del pueblo del país, al ser llamadas aquéllas a las armas para la guerra, por las provincias o la nación, según los casos, asumieron un papel muy importante — juntamente con las unidades de línea o permanente, no siempre bastantes, de los ejércitos o agrupaciones menores de fuerzas—en la opulenta historia militar de la patria, en su aún breve vida como nación.

Composición. — Los ejércitos irregulares estaban constituídos casi exclusivamente de milicianos, movilizados, conforme se ha dicho ya, muy rápidamente, con caballos, armas, equipos, etc., propios, sólo para las contiendas, en las que se usaban sus sobresalientes condiciones naturales como jinetes y como elementos avezados a la vida con pocas exigencias del campo, sin complicarles mucho su escasa cultura y sencillez con una instrucción especializada. De ahí la constitución de las unidades y los métodos operativos y tácticos: generalmente primitivos y como un escalón adelantado respecto de las fuerzas indias en muchos aspectos.

Estos ejércitos o fuerzas irregulares de nuestras guerras civiles, — característicos también de la defensa en frentes o fronteras en que la superioridad numérica del enemigo y su constitución no permitían la lucha regular, obligando a emplear la de guerrillas o partidas y de recursos —, eran de caballería gaucha, algunas veces con muy poca infantería montada, y excepcionalmente artillería.

Para la guerra contra el indio, cuando fué exclusivamente defensiva en fuertes y fortines y cuando los blandengues (tropa permanente y mejor organizada) eran utilizados por exigencias de la situación, en la guerra civil o exterior, las tropas empleadas fueron las milicianas, cuyas características conocemos.

Instrucción. — Ya se ha expresado que, teniendo el miliciano de caballería grandes condiciones naturales ecuestres, aptitud para el manejo del cuchillo, las boleadoras, el lazo, etc., lo mismo que para la lucha singular, poseía sin más lo que exigía la guerra irregular a que nos referimos, y muy poco se agregara a su preparación guerrera para salir a campaña, ya que cada vez el llamado era casi inmediato a la iniciación de las operaciones, lo que no daba tiempo para impartir enseñanza táctica. Sin embargo, en algunas oportunidades se los instruyó en el manejo de las armas de fuego, etc. Dice Mitre, refiriéndose a los milicianos (gauchos) de Güemes: "En cuanto a los ejercicios militares, eran simplemente simulacros de la guerra de partidas, correrías a caballo de hombres armados de lanza, fusil o carabina, que hacían amagos de cargas desordenadas como los cosacos, disparaban tiros al aire como los árabes o echaban pie a tierra, ya formando grupos de infantería, ya dispersándose en tiradores, ya montando rápidamente a caballo, ya reconcentrándose repentinamente con alaridos salvajes como los pampas (indios), haciendo sonar al mismo tiempo con sus largas riendas, los guardamontes de cuero de que estaban revestidos para atravesar a gran galope los bosques espinosos, táctica primitiva apropiada al carácter de aquellos hombres sencillos..."

Forma general de operar y combatir de estas fuerzas. — Como normalmente las tropas irregulares provincianas en la guerra eran bajo todos los conceptos inferiores en poderío a las de su adversario, el enemigo exterior, el gobierno nacional o provincial de Buenos Aires — según las épocas —, ya fuera éste federal o unitario, y ello por su número, organización y armamento, pocas veces podían aquéllas empeñarse en combates decisivos contra esas tropas mixtas, limitándose a atraer a la caballería enemiga por separado para destruirla. Logrado esto, el enemigo quedaba casi imposibilitado operativamente, pues se le habían quitado los ojos y anulado muchas posibilidades derivadas de las tareas y

funciones de esa arma, indispensables en regiones tan dilatadas y pobres como eran aquellas en que les tocaba actuar. Por consiguiente, conforme a lo dicho, debían — y así lo realizaron — hacerle imposible operar, obtenida o no la derrota de la caballería enemiga, atacándola durante la marcha y el descanso, obstruyéndole el acceso de los reabastecimientos, las comunicaciones con las autoridades y entre las distintas agrupaciones en el campo operativo, etc. Para todo esto un enjambre, a veces, de pequeñas fracciones (partidas o montoneras), adelantadas, que a menudo se reunían, rodeaban al adversario — lento y pesado —, en la marcha, el descanso y aun el combate mismo, para quitarle los bagajes y las caballadas y mulares, o hacerle disparar este ganado, o bien atacándole los puestos de seguridad en la línea de comunicaciones, sus columnas de reabastecimiento, sus servicios de avanzadas, sus patrullas de exploración o sus fracciones destacadas con misión de proveerse de ganado de consumo y militar. Se comprende que estas tareas se realizaran tanto en el frente como en los flancos y la retaguardia del enemigo, intranquilizándolo y destruyéndolo en todas partes. Ahora bien; antes de que el enemigo pudiera reaccionar de la sorpresa de sus asaltos, las fracciones agresoras — como lo hacían los indios, según lo vimos —, se retiraban en dispersión, muy rápidamente, para reunirse más tarde en lugares establecidos de antemano y retornar a sus empresas.

El dominio absoluto del terreno en los campos operativo y táctico, cuando el enemigo se había aventurado en una invasión profunda a la provincia, las emboscadas, la buena monta, la iniciativa, una audacia en cierto modo deportiva, y mil argucias y recursos de esos hombres, la captura de los correos del adversario, con informes y el espionaje, a cargo de los habitantes, eran factores favorables a las fuerzas irregulares frente al poderío de las tropas regulares mixtas.

Para compensar su debilidad, operativamente, su grueso iba cediendo el terreno al invasor, casi siempre haciéndole el vacío y acosándolo como se ha dicho, hasta que, falto de recursos, cansado, sin haber podido empeñar sus fuerzas en una batalla, tenía que restituir lo conquistado, con una forzada y triste retirada, muertas las ilusiones, ante su completa impotencia. Así, sin batallas se obtenía en ciertas ocasiones el éxito operativo [11], otras, como se expresó, por un combate o batalla a fondo, cuando las circunstancias lo permitían — superioridad propia muy marcada, errores del enemigo, etc.— o cuando la situación lo imponía.

Caracterizan las operaciones de las fuerzas irregulares los grandes trayectos, rápidamente recorridos, justamente porque son de masas de caballería, muy livianas de impedimentas, casi siempre bien provistas de caballos y en las que la escasa infantería es también montada; esa movilidad y rapidez contribuyen a la sorpresa operativa, siendo uno de los factores del éxito. Jornadas de 70 a 90 Km. eran realizadas por columnas de jinetes y de 120 a 150 y más, por patrullas, sobrepasando esta cifras jinetes aislados. Hay que decir que estos rendimientos se obtenían con caballos en buen estado y con repuestos, pues, cuando esto no ocurría, las jornadas resultaban muy inferiores. Los pocos reabastecimientos necesarios para las columnas, en vista de la organización y armamento de esas tropas, como de la forma de alimentarse, les permiten vivir en la zona, aunque ésta sea de escasos recursos, pues casi no se necesitan bagajes, sino sólo pequeñas columnas de vehículos, o a lomo, a lo sumo algún ganado en pie y algunas carretas, cuando había que cruzar zonas desiertas.

[11] Lo dicho ocurrió también a los realistas en el noroeste argentino cuando sus repetidas invasiones frente a Güemes, en la guerra de la independencia.

Estos pequeños ejércitos, especialmente de caballería, ocupaban en el descanso (estacionamiento) grandes extensiones en relación con sus efectivos, por la necesidad de campos de pastoreo naturales y de aguadas abundantes, sobre todo cuando disponían de tres caballos por jinete, que era lo deseable.

Si las fuerzas irregulares eran vencidas por las tropas mixtas, se alejaban del campo de combate sin mayor peligro, porque el enemigo no podía alcanzarlas, y tardaban poco en reconstituirse para continuar las operaciones (López Jordán de 1870 a 1873, por ejemplo).

La caballería gaucha podía cruzar los arroyos crecidos, los ríos importantes y aún los grandes del litoral, incluso el Uruguay y el aún más grande río Paraná, con sólo sus propios medios, debido al adiestramiento común de sus hombres como nadadores y la aptitud del ganado yeguarizo para estas operaciones. Esto le daba una gran eficiencia operativa en el litoral, tanto para la ofensiva como para la retirada y la persecución (admirables y repetidos casos se verán sobre el particular en el curso de esta historia). El pasaje de carruajes se hacía con medios de circunstancia — troncos de árboles, como barandas, y tacuaras, etc., unidas, como piso — arrastrados por caballos fuertes a los que vigilaban y guiaban soldados buenos nadadores desde el agua.

En la guerra civil, cuando ocurre que los adversarios son ambos de tropas irregulares, los resultados, luego de la derrota, suelen ser casi siempre aniquiladores. Tras ella, si los ejércitos contrapuestos son de semejante constitución, es decir, de mucha movilidad y de caballería, se produce la caza del hombre por los triunfadores que persiguen dando alaridos, como los indios — los del noroeste golpeando sus guardamontes (también en el ataque) —, con lo que los vencidos se disuelven — por la escasa disciplina — y son ultimados en gran número mientras dura la luz del día si sus caballos, por flacos o cansados, no les permiten adelantarse al enemigo perseguidor. Si la retirada no obedece a la derrota de la infantería — en la lucha con Buenos Aires — ésta normalmente sigue imponiendo respeto a la caballería irregular vencedora, que pocas veces se resuelve a atacarla a fondo.

Con lo dicho se descubre sin más el papel capital, la importancia extraordinaria que tiene para esta guerra irregular (ineluída la del indio y contra el indio), el caballo, mayor aún que para los ejércitos regulares, con ser ya para éstos fundamental entonces. En la guerra irregular todo dependía de las patas y del alimento de los caballos, para la sorpresa, el ataque, la persecución y la retirada.

En cuanto a los comandos irregulares del noroeste y oeste, con iguales propósitos operativos, deben introducir en sus procedimientos las modificaciones que impone el distinto terreno, y en lo referente concretamente a la actuación de Güemes en la guerra de la independencia, éste tiene que descartar la aspiración de vencer al enemigo en un combate o batalla general — como pudo realizarse algunas veces en el litoral —, pues la desproporción de medios entre los realistas invasores y los gauchos mandados por aquél fué siempre tal, que lo impidió.

La alimentación básica en las tropas irregulares es, como en los ejércitos regulares, la carne de las haciendas vacunas que se encuentran o se han reunido; cuando hay indios sureños auxiliares, éstos consumen carne de yegua. La silla del montado, que es el recado, especialmente, constituye la cama de la tropa (jergas, caronas, pellones, etc.).

En el combate, la infantería miliciana del litoral, empezando por la artiguista, tenía sus hombres armados de fusil o carabina y bayoneta, e iba montada. Echaba pie a tierra en las fases iniciales del combate y, cuando lo hacía, era desplegada, en grandes frentes y en línea circular (media luna), nunca reunida, ofreciendo así poco y disperso blanco (forma parecida al ataque de caballería de los indios pampas). Sus hombres iban

siempre de a dos, con preferencia amigos o parientes, cuyos vínculos afectivos, les hacían cooperar mejor y ayudarse en la adversidad (también como los indios). Cuando el jefe se resolvía por el combate, en presencia del enemigo, la pareja desplegaba montada y, al llegar a distancia conveniente para empezar el combate por el fuego, echaba pie a tierra, quedando uno con los caballos y avanzando el otro alguna distancia, no mucha, respecto de los caballos de mano. Otras veces el guardacaballo quedaba montado. El avance general de la infantería tendía a envolver ambas alas del enemigo. Ante una línea así tan amplia y tenue el enemigo se sentía inclinado a lanzarse contra esa infantería con sus regimientos de caballería, a veces a ciegas, apareciendo entonces la masa de la caballería irregular contra los regimientos adversarios, envolviéndolos y cortándolos del resto, es decir, de la infantería. Si la caballería enemiga era entonces vencida, lo que muchas veces ocurría por la superioridad de esta arma en los ejércitos irregulares, en ciertas oportunidades se intentaba también la destrucción de la infantería adversaria con repetidas y furiosas cargas. A veces la caballería sacaba el apero al caballo y con sólo un cojinillo, sujetado por un pehual o sobrecincha, algunos en pelo — como los indios — para alivianar al montado, se lanzaban contra el enemigo a la carga. Así la llevaron también oficiales y aún jefes, como Hornos, que llegó a ser un general de prestigio. La predilección en el combate de la caballería irregular era el entrevero, combate casi individual, para el que los hombres estaban mejor dotados por su valor, armamento y sobresalientes condiciones propias, exaltadas por la pasión a la causa de su jefe o caudillo que era por ello la propia.

Cuando las fuerzas irregulares no contaban con ninguna infantería montada, la faz inicial del combate, a que se ha hecho mención, incumbía a la misma caballería, de la que algunos escuadrones, armados con carabina, debían atraer a la caballería adversaria alejándola del apoyo de la infantería y artillería. En los casos en que la caballería enemiga era de línea y veterana, contra la cual poco podían las cargas de la irregular, entonces se trataba de ir atrayéndola, cediendo al ser embestido por ella, dispersándose, para volver a reunirse, esperando el momento favorable que podía o no presentarse, para producir un combate a fondo con ventajas (ejemplo: Puente Márquez, 1829). Cuando los jinetes adversarios eran en número inferior, lo que casi siempre ocurría, si la desproporción era grande, o si el perseguidor se disgregaba o había posibilidades de sorpresa, llegaba ese momento de empeñarse a fondo.

En la acción aislada de partidas, el lazo, las bolas (o las boleadoras) y el cuchillo tenían especial utilización como armas. En el entrevero con fuerzas ya mayores, en los comienzos de nuestra historia, el arma principal era el sable, pues en las fuerzas irregulares como en las otras, la lanza no se empleó al principio, porque oficiales y tropa la menospreciaban; luego cambió poco a poco y radicalmente el concepto.

Estas fuerzas irregulares "se batían con el más denodado valor, su entusiasmo degeneraba en el más ciego fanatismo y su engreimiento por causa de sus multiplicadas victorias sobre las tropas de Buenos Aires se parecía al delirio" (Paz, refiriéndose a los primeros decenios de la Revolución de Mayo).

Para finalizar, cabe aquí esta síntesis poética de Zorilla de San Martín, con relación a la guerra irregular: "Es el tipo de la guerra americana, en que el caballo es el verdadero proyectil, más rápido que el plomo; guerra de audacias, de marchas y contramarchas inverosímiles, de sorpresas temerarias, de irrupciones torrenciales. Lo que la distingue es la carga del pelotón de caballería semejante a un vuelo de sesgo de pájaros. La masa de lanceros, como un cañaveral que lleva el viento, se acerca en línea recta, crece, cobra formas varias, se detalla, va a estrellarse contra el enemigo; pero de repente, como la golondrina

que roza el suelo, tuerce el rumbo en una curva tangente a la línea contraria, se aleja, se pierde en el horizonte, para reaparecer de impreviso por otro lado, sin perder el impulso que llevaba, y acercarse y agrandarse de nuevo, y chocar por fin cuando halla entrada propicia, para destrozarlo o destrozarse a sí misma, y desaparecer pulverizada".

CAPITULO IV

LAS FUERZAS ARGENTINAS REGULARES

El armamento. La fortificación. — El armamento de la infantería que luchó en la guerra de la independencia estaba constituído por fusiles de chispa (piedra) — años después de fulminante — y avancarga, con bayoneta, de un alcance máximo de 250 metros (eficaz hasta 100 m. aproximadamente en 1810), empleando balas esféricas de plomo de unas 18 por libra (460 gramos), siendo de varios modelos. Su mecanismo era bastante complicado, por lo que se tropezaba con inconvenientes de manejo y tiro, demorando la ejecución del disparo (tiempo muerto) que se hacía a razón de 2 a 3 por minuto; la bala y la pólvora estaban separadas. Los dragones — especie de infantería montada, aptos para misiones muy variadas — estaban armados de sable y fusil; los blandengues — utilizados normalmente en la frontera con el indio — tenían carabina y sable o dos pistolas y sable. La caballería llevaba carabina o fusil o tercerola, sable y lanza, ésta de 2.90 m.; en los primeros años la lanza fué poco apreciada por los comandos y tropas (después de Vilcapujio — 1813 — se empezó a cambiar de opinión); también disponía la caballería de pistola y trabuco naranjero, especialmente los graduados, elementos empleados en el combate muy cercano; además llevaba el lazo, las boleadoras y muchas veces el cuchillo. La artillería contaba para la guerra de montaña con piezas de 1, 2, 3 y 4 libras (peso del proyectil); la artillería de campaña usaba proyectiles de 3 a 12 libras, es decir, de mayor peso y calibre; pero su alcance no pasaba de 600 m. (después los cañones modernos lo permitían hasta 1.500 m.); la pesada iba de las 12 a las 32 libras; y la de posición de las 20 a las 68 [1]. Las piezas (cañones, obuses y morteros) de hierro y avancarga, podían ser fundidas por la industria nacional, lo mismo que los proyectiles, que eran esféricos [2]; éstos, por el peso, en los movimientos y lucha en la montaña, no podían llevarse en cantidades importantes, dado el medio de transporte (a lomo). Una evolución en el material de artillería empezó en 1865.

[1] Los proyectiles de cuatro libras de peso correspondían aproximadamente a 7.5 cm. de calibre; los de 8 libras a 10 cm.; los de 16 a 12.5 cm.; y los de 28 a 15 cm.

[2] El cañón pedrero se cargaba con piedras o material irregular atascado; era en general de calibre elevado. Los otros cañones tiraban un proyectil esférico, macizo, de fundición de hierro generalmente, y el tarro de metralla (cilindro de hojalata con balines de plomo, recortes de metal, clavos, etc.); los obuses usaban, además, la granada (bala hueca, provista de una espoleta a percusión); los morteros usaban la bomba a explosión.

Nuestras guerras, salvo la con Paraguay, en territorio de este país, fueron de movimiento y cuando en la llanura, de caballería, por lo que la fortificación de campaña tuvo escaso uso. En la guerra de la independencia ella fué empleada en algunos puntos, entre otros, en el campo de la Ciudadela (Tucumán) en 1814; en ciertos pasos de la cordillera de los Andes, frente a Mendoza, en 1816; y en el río Huaura (Perú) en 1820; en todos éstos por el general San Martín. En la guerra con Brasil, por nuestra parte, no se hizo uso de ella; en la de Bolivia sólo para fracciones menores de seguridad; en el conflicto, primero con Francia y luego con Inglaterra y Francia, sólo para dar algún poder a puntos de las orillas del Paraná (Vuelta de Obligado, etc.); en la guerra con Paraguay, la fortificación fué siempre de menos valor que la muy importante del enemigo, empeñado éste en no ceder territorio y desgastar al ofensor, y por parte de los aliados, en preparar ofensivas que provocaran la decisión.

En lo que se refiere a fortificación permanente, la situación heredada de España en 1810 era la siguiente: Por el oeste y noroeste las fronteras del virreinato del Río de la Plata eran comunes con otras jurisdicciones territoriales españolas; y por el norte (Gran Chaco) y el sur, estaban pobladas por indios, en su mayor parte salvajes e indómitos. Por lo tanto, en esos cuatro confines, salvo el peligro del indio, una amenaza de ejércitos enemigos era de descartar. En consecuencia no se requirieron obras de fortificación permanentes que interceptaran el paso a un enemigo o sirvieran de apoyo a las propias tropas. En cambio, en la frontera nordeste, la existencia de Brasil — colonia portuguesa — teatro de luchas, y por el este el mar y el río de la Plata, exigieron proteger el territorio del virreinato con obras estables defensivas. Mas siendo tan amplias estas fronteras, el país muy poco poblado y siempre escasos los recursos para estos trabajos de paz, sólo se defendieron los centros más importantes. Así sólo pueden considerarse como de carácter permanente las obras de Montevideo y de la isla Martín García, de condiciones más o menos eficientes, las que posteriormente, según las épocas y las restauraciones y aumentos de sus posiciones, cobraron mayor valor; también estaban fortificadas pero pobremente Colonia, Maldonado y la Ensenada; en Uruguay existieron los fuertes de San Miguel, Santa Teresa y Santa Tecla. De éstos el primero fué construído por los portugueses para cerrar el avance desde el sur a Río Grande de San Pedro; el segundo, situado 30 Km. al sur del anterior, cubría el camino entre el mar y la laguna Mirím. Buenos Aires tuvo su fuerte cuyo frente mayor daba al río, con baluartes en las cuatro esquinas, para batir el canal de entrada y la playa de desembarco, siendo un flaco reparo y resultando peligrosa su ocupación, pues por el frente terrestre era fácil rodearlo y dominarlo desde las casas vecinas (las cuales impedían el propio fuego artillero lejano). Las fortificaciones de la plaza de Montevideo fueron construídas y reconstruídas con materiales inadecuados, no obstante los numerosos proyectos de perfeccionamiento, ya desde el tiempo de la colonia; cobraron la mayor importancia con el general Paz (1842-44) durante el sitio de Oribe. Las obras de Martín García siempre fueron pobres. Maldonado, con su vigía, permitió observar la aproximación de naves que, por el canal norte, debían recostarse sobre esa margen del río.

Los fuertes y fortines permanentes de la frontera interior con el indio, se describen, indicando su valor — muy escaso — en la VI Parte: **Guerra con el indio.** Con el avance de las líneas generales de frontera y la construcción de nuevas obras de igual carácter, las anteriores iban quedando abandonadas o poco menos.

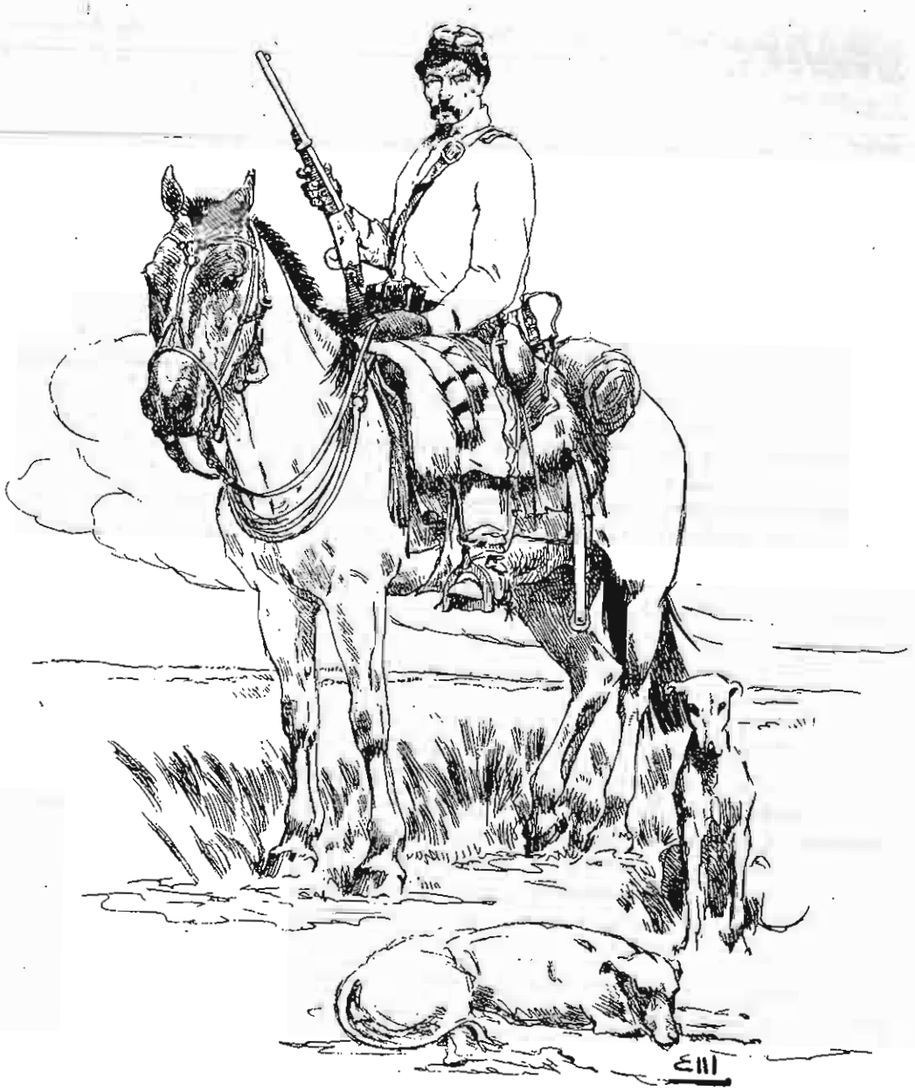
En resumen, las fortificaciones permanentes del Río de la Plata se construyeron siempre con medios precarios y en retraso con el proceso evolutivo que se iba produciendo en Europa.

Organización, movilización e instrucción. — Las unidades regulares eran de carácter estable y su empleo preferentemente para la guerra exterior, lo que no obstaba para que se las utilizara en la lucha intestina por parte de la autoridad del gobierno central (Buenos Aires), que las creaba y sostenía. Su preparación, disciplina y veteranía, armamento y demás medios eran superiores a los de los cuerpos cívicos y milicias de caballería que constituyeron la masa de los ejércitos irregulares. Contábase en las tropas de línea una importante cantidad de unidades de las armas de infantería y artillería, para constituir los ejércitos nacionales de las guerras exteriores o de la provincia de Buenos Aires para la guerra civil (Rosas se preocupó mucho en este sentido). Las demás provincias, salvo excepciones, no podían mantener normalmente unidades de línea o permanentes, por su pobreza y su población esencialmente rural.

La movilización de las fuerzas terrestres que han de constituir los ejércitos regulares en las guerras internacionales como en las internas, consiste en llamar a oficiales y tropa veteranos disponibles y a la masa de las reservas humanas, siendo éstas, como se ha expresado, las milicias de caballería e infantería de las distintas provincias. Los hombres de estas milicias, ya tenían mucha práctica de la vida en campaña y otras aptitudes naturales para la vida militar — y aun experiencia guerrera adquirida en las luchas civiles —, pero había que inculcarles obediencia y orden e impartirles la instrucción que para las armas de fuego y distintos procedimientos de combate, etc., exigía la guerra regular. Con ellos se reclutaron nuevas unidades (milicianas) y se remontaron las unidades de línea de todos los ejércitos. Durante Rosas muchas unidades milicianas de caballería fueron desmontadas y transformadas en batallones de línea, a buenas o a malas, sometiéndoselas a severa instrucción y disciplina. Ya hemos expresado en el capítulo anterior, por qué razones morales y políticas la movilización de las milicias tenía popularidad — y, por consiguiente, rapidez y éxito numérico — y cuando no; también apuntamos lo económica que resultaba cuando se trataba de caballería (paisanos o gauchos) por la concurrencia de éstos con caballos, aperos y aun armas de fuego. Cuando al llamado se calculaba no concurriría el número suficiente de milicianos, el reclutamiento se volvía obligatorio, incluso para vagos, mal entretenidos y aun delincuentes. En los primeros tiempos se dió libertad a los esclavos con la imposición de incorporarse al ejército. Normalmente, pues, el reclutamiento era mixto: voluntario y obligatorio [3].

La dotación de armas blancas, y de lanzas, boleadoras, etc., no era difícil, en cambio las de fuego portátiles, que debían adquirirse en el extranjero, constituyeron siempre un problema para los gobiernos, por la permanente escasez de recursos y el poco crédito exterior, debido fundamentalmente a la simultaneidad con que se debía atender el conflicto externo, con los civiles y con el indio, y al remanente de pobreza que las luchas precedentes iban dejando en las finanzas. La misma simultaneidad y pobreza determinaba que las fuerzas veteranas permanentes disponibles fueran escasas y se careciera de un fuerte núcleo inicial y que, por lo tanto, la movilización, organización, instrucción y alistamiento operativo de un ejército fueran siempre muy lentos, demorando largos meses la partida de la masa de las fuerzas desde la zona de concentración. En efecto, la declaración de guerra de Brasil fué el 25 de octubre de 1825 y el ejército de Alvear avanzaba

[3] La conscripción temporaria (servicio militar obligatorio, sin exclusión de clases sociales) es creación posterior a 1890, año en que el autor interrumpe la narración de nuestras guerras civiles. Este sistema regía en países de Europa desde fines del siglo XVIII. El servicio obligatorio podía ser eludido por los ricos mediante "personeros", que oscilaron entre uno y diez, cifra máxima que se alcanzó e impuso a los opositores políticos.



Soldado de línea con su dotación de campaña y combate

(Dibujo de Eliseo Marenco, de la obra *La Lanza Rota*, de D. Schoo Lastra).

recién el 26 de diciembre de 1826, es decir, 14 meses después; la declaración de guerra de de Rosas a Bolivia se realizaba el 19 de mayo de 1837 y la ofensiva general de Alejandro Heredia, no comenzó hasta abril de 1838 (columna Paz), o sea once meses más tarde, y la declaración de guerra del Paraguay — simultánea con el casus belli — era sancionada el 18 de marzo de 1865, y la concentración del ejército aliado sobre Mercedes — después de la acción parcial de Uruguayana — se empieza en setiembre del mismo año, al cabo de seis meses. Hay que notar que en todas estas guerras hubo un lapso prebélico relativamente prolongado que permitía y aconsejaba tomar disposiciones militares de movilización, etc.

La infantería [4] regular o de línea contaba regimientos de dos batallones de ocho compañías [5], de las cuales una de cazadores, otra de granaderos y el resto de fusileros. Para actuar en montaña la unidad táctica mayor era el batallón. Las compañías de cazadores tenían equipo liviano, para moverse mejor; se las utilizaba en las vanguardias; en el combate, tomaban contacto con el adversario dispersándose en líneas tenues delante de las compañías de fusileros; las compañías de granaderos eran tropas igualmente seleccionadas y bien armadas, con capacidad de resistencia para ocupar un lugar y mantenerlo. Las compañías de fusileros constituían la masa del arma, aunque pocas veces alcanzaban el número de seis, teórico, porque los mismos batallones no tenían el número orgánico de hombres [6].

En la caballería la unidad táctica mayor era el regimiento, constituído por varios escuadrones, de tres compañías, cada una de las cuales se subdividía en dos mitades. Los regimientos se titulaban de lanceros, dragones — aptos éstos para combatir a pie y a caballo y en misiones muy variadas, una especie de infantería montada —; los húsares, que constituían la caballería ligera; los granaderos, éstos con los hombres de más talla y corpulencia; y los blandengues, destinados a las fronteras interiores con el indio.

La artillería [7] de batalla o campal, se dividía en volante o a caballo, de montaña y de cañones de infantería, dividida en compañías de distinto número de piezas; la artillería de sitio o fortaleza tenía cañones de calibres de 8 y más, y obuses y morteros. En esta arma las subdivisiones tácticas fueron casi desconocidas hasta muy adelantado el período nacional, en la generalidad de los casos; las piezas formaban una única batería más o menos intercalada en el frente de combate.

Los zapadores eran unidades pequeñas y de medios muy precarios, que a veces se utilizaban como infantería, siendo su función los trabajos especiales del terreno. No hubo trenes de puentes hasta 1865, en que se improvisó uno.

Constitución. — Hay que distinguir entre las tropas regulares las constituídas para actuar en las regiones llanas del litoral y centro argentinos; las que operaron a través de la alta cordillera y combatieron en zonas montañosas (regiones del oeste y noroeste argentinos, de Chile, Alto Perú y Perú); y las que debieron moverse y luchar

[4] En 1810 y poco después de la instalación de la Junta de gobierno los siete batallones de milicias existentes en Buenos Aires fueron transformados en regimientos de veteranos de 1.116 plazas. Llevando cinco de ellos los números 1 a 5; Granaderos de Fernando VII y de Castas se llamaron los otros; además, existía el regimiento Buenos Aires.

[5] El número de subunidades inicialmente fué distinto y cambió también después.

[6] Por mucho tiempo a esta arma eran incorporados los negros, mulatos y zambos, más fieles a la disciplina que el gaucho.

[7] Transformóse el Real Cuerpo de Artillería — existente al estallar la revolución — en regimiento de Artillería de la Patria el 1° de enero de 1812, contando doce compañías.

en zonas de grandes y medianos ríos, bañados y bosques, como el sudoeste de Paraguay. Los ejércitos de llanura — por razones que ya se han indicado —, fueron hasta mediados del siglo principalmente de caballería, con alguna infantería (muchas veces montada) y escasa artillería, ésta arrastrada por caballos o bueyes. En los ejércitos, tanto argentinos como extranjeros que debían transponer montañas, la infantería predominó sobre la caballería; la artillería, también de reducida representación, fué de montaña (alguna vez, de llanura, desarmada), conducida a lomo; análoga a esta constitución fué la de los ejércitos al actuar en Paraguay, en lo que respecta a proporción de armas.

Los ejércitos de entonces, hasta más o menos 1850, hoy no pasarían de llamarse "destacamentos". Se componían para las campañas de llanura, como se ha dicho, casi sin excepción, de una gran masa de caballería, es decir, que su poder era mucho más de choque que de fuego. Razones financieras, de economía, de recursos, de medios disponibles y de predisposición de los habitantes, según se ha visto, llevaron a mantener esa desproporción hasta las campañas de Buenos Aires de 1859 y 1861 (Mitre) contra la Confederación (Urquiza), y posteriormente en la guerra con Paraguay, hasta algún tiempo después de empezada. En la montaña, como también se ha expresado, la proporción fué a la inversa, predominando la infantería en todas las épocas por razones de terreno, aunque muchas veces la infantería iba montada en las marchas.

Las fuerzas del gobierno nacional — cuando existió — o de la provincia de Buenos Aires, particularmente con Rosas, por sus mayores recursos, gozaron del privilegio de disponer de unidades mixtas permanentes, es decir, regulares, ya fuera para la guerra exterior o las civiles, en las que la infantería y artillería entraban en cierta proporción, constituyendo agrupaciones de las tres armas, generalmente bien instruídas y disciplinadas, y siempre mejor armadas que las de las demás provincias; sin embargo, dichos ejércitos eran completados muchas veces con unidades milicianas de recién incorporados. La incorporación de éstos a las unidades de línea permanentes para completar sus efectivos representaba gran beneficio por la mayor estabilidad del personal de la unidad básica, especialmente de los cuadros, su espíritu de cuerpo, cohesión, tradición guerrera, instrucción y disciplina. En cambio, las fuerzas de los gobiernos provinciales — excluído Buenos Aires — ya fueran federales o unitarios, muy pocas veces tuvieron cuerpos permanentes (de línea) y cuando de ellos dispusieron, eran una mínima parte del total. Aun en los ejércitos que comandó Paz en la guerra civil, salvo el de la campaña contra Bustos — todo de línea — que era parte del que peleó en Río Grande, como los de las operaciones contra Quiroga, estaban compuestos por buena parte de milicianos. Por consiguiente, dadas las características del material humano, la poca población de las provincias y la gran pobreza de medios, se desprende que, con la excepción de Buenos Aires, que por otra parte dificultaba la llegada de armas del exterior a las provincias cuando eran sus enemigas (campañas de Buenos Aires contra Entre Ríos y Santa Fe, de Rosas en distintas campañas, etc.), las demás constituyeran sus ejércitos con caballería.

Como de la caballería se esperaba en las operaciones de llanura el cumplimiento de las más variadas misiones y tareas (la exploración, el reconocimiento, a veces la contención del enemigo, la persecución tras la lucha, la obtención de ganado militar y de consumo, etc.), y fué durante muchos años el arma de la decisión en el combate [8], a ella se dedicaron preferentes cuidados, tanto en la elección de los mandos y de la tropa, como

[8] Se la consideraba por muchos oficiales — en los primeros años —, según la expresión del mariscal de Sajonia, "la reina de las armas".

en la dotación, la instrucción, etc. En cambio, en los ejércitos que debían operar en montaña (Alto Perú, Perú y los Andes) todas las armas atrajeron por igual la atención de las autoridades.

Ya se dijo que toda la instrucción, la formal (disciplinaria), la de campaña (para operar) y la de combate (evoluciones tácticas y fuego), fué mucho más completa en los ejércitos regulares que en los de milicianos gauchos. Realmente a fondo y ejemplar fué la del ejército de San Martín en Mendoza (1817), y muy buena la del ejército de Alvear en la Banda Oriental (fines de 1826), entre otros.

La unidad mayor, operativa y tácticamente considerada, era el ejército, integrado en los primeros tiempos por unidades sueltas y divisiones, éstas de pequeñas unidades de un arma o de núcleos mixtos de muy distinta composición (ver croquis tácticos), con aptitud sólo para el combate, pues su contextura no les permitía sin más actuar independientemente. A mitad del siglo XIX van apareciendo entre nosotros las brigadas y divisiones [9] de constitución algo uniforme en cada ejército, pero aun sin condiciones operativas; después (guerra con Paraguay) surgen los cuerpos de ejército, formados por dos o más divisiones.

Forma general de operar y combatir. — En sus operaciones normalmente los ejércitos adelantaban a gran distancia una fuerza — caballería, a veces con infantería montada — como protección del grueso y para la información sobre el enemigo, a la que llamaban vanguardia. Esta fuerza pocas veces podía contar con el apoyo del grueso en su lugar de actuación adelantada, por lo que ante enemigo superior debía replegarse.

La infantería, cuando no era numerosa, iba montada durante las marchas. Estas se realizaban con muy buen rendimiento al principio, pues se llevaba cuando menos el montado de marcha y otro de reserva o de combate — éste muchas veces del diestro y por lo tanto más descansado y vigoroso —, siempre que hubiera pastos y cuando el enemigo no había hecho el vacío al invasor o las lluvias tornaban pesados los caminos o desbordaban los ríos y arroyos, en los que no había puentes, resultando entonces el movimiento muy lento. Lo mismo pasaba en campañas prolongadas, porque el ganado se inutilizaba. Los bagajes y parque, arrastrados generalmente por bueyes, retardaban los avances y a menudo imponían demoras en la iniciación de la batalla y fuerte protección en las marchas ofensivas.

Las tropas marchaban en la llanura, generalmente, según se había de combatir, cuando se estaba a proximidad del enemigo, es decir, con mucho frente y poca profundidad, a veces en cinco columnas paralelas, con la artillería en el centro y la caballería en las dos alas; esto mientras el terreno no ofrecía obstáculos, pues, cuando los había, se seguía en cualquier formación, para adoptar la anterior, la esquemática, al haberse salvado aquéllos. La inexistencia de alambrados y cultivos permitía ese dispositivo en la llanura para largos recorridos [10]. El convoy (bagajes, parque, etc.) seguía a la tropa en varios grupos; cerca del enemigo se lo detenía con escolta o al resguardo de un río, etc. En montaña el avance se hacía obligadamente en una columna por cada camino elegido.

Las marchas nocturnas, con mira a la sorpresa del enemigo o para neutralizar el rigor del verano, eran frecuentes y su elección dependía de las características del conductor. Las marchas forzadas de gran rendimiento también gozaban de preferencia, pero

[9] En los ejércitos de algunos países europeos, ya a fines del siglo XVIII, la división era unidad orgánicamente fija, aunque sujeta a modificaciones.

[10] En 1846 recién se empezaron a alambrar los campos dedicados a la agricultura.

cuando se contaba con abundantes caballos de repuesto, lo que era raro a poco de iniciada una campaña.

La artillería y las carretas de los bagajes, parque, etc., eran los elementos que más contribuían a hacer lentas las marchas de las unidades operativas mixtas, y el pasaje de ellas absorbía horas y aun días a través de grandes y medianos cursos de agua, especialmente si estaban crecidos y a nado. Los ejércitos preparaban entonces "chatas" con pipas y tablas llevadas al efecto o "pelotas" y otros medios de circunstancias, para su transbordo.

El descanso era casi sin excepción a campo abierto. En la llanura, terminada la jornada, se adoptaba un vivac único, cerrado, con la artillería en el centro, en lo posible en el linde de un curso de agua, mejor si era boscoso; debía haber pasto. Algunos de nuestros ejércitos contaron con carpas para la infantería y artillería; los hombres de caballería generalmente pasaban la noche a la intemperie; los montados usaban los lomillos o aperos como cama. Si el vivac era para cierto período, las comodidades aumentaban con medios de ocasión y se tornaba en "campamento". En la montaña el descanso se hacía longitudinalmente, por grupos de unidades (San Martín en 1817).

El servicio de avanzadas, cuando el enemigo no estaba cerca, se reducía generalmente a guardias y centinelas de infantería; los que evitaban las deserciones. En proximidad del adversario este servicio lo hacía la vanguardia que hemos mencionado y que había retrocedido, o unidades de infantería destacadas a ese fin.

La exploración operativa no se realizaba con un servicio escalonado en profundidad. Sin embargo, a veces se adelantaban partidas de la vanguardia operativa. La información más adelantada la daban los "pasados", los pobladores y los "bomberos" y "vichadores". (La información estratégica provenía principalmente de los espías). El reconocimiento del terreno no siempre era misión complementaria de la exploración, y la orientación y elección de los caminos, pasajes de los cursos de agua, etc. (se carecía de cartas operativas y topográficas), provenían de los informes de baqueanos, sobre cuyo empleo ilustran estas palabras del coronel Rostagno (1911, Chaco): "dándoles a las patrullas una brújula y una mala carta, aboliéndose de paso y para siempre los incómodos e inútiles baqueanos".

Generalmente al choque de los gruesos precede el de las contrapuestas vanguardias adelantadas, principalmente de caballería. En la lucha de los ejércitos casi sin excepción uno de los bandos, el que se considera más débil, opta por la defensiva operativa y táctica y ése espera al otro en una posición. Hacia ella retrocede la vanguardia adelantada, haya combatido o no. El que asume la iniciativa, continúa el avance, casi siempre sin apuro porque sabe que el adversario difícilmente dejará su actitud de espera.

Corresponde decir que para las resoluciones operativas importantes era norma formar las llamadas "juntas de guerra", que aconsejaban cómo se había de proceder y aprobaban o no lo que proponía el comandante en jefe, opinión que éste acataba casi siempre, haciéndose así acompañar por sus jefes subordinados en las responsabilidades de la campaña.

La alimentación del personal durante las marchas era exclusivamente de carne — cuando había necesidad, en forma de "charqui" o salada —, a veces con víveres secos. En los campamentos de alguna duración era aumentada con sal, galleta y a veces arroz. El ganado de silla y tiro consume el pasto natural en la llanura, por ello con un trabajo continuado enflaquece y hay que reemplazarlo [11]. Las fuerzas viven, pues, sobre el país

[11] Urquiza en sus operaciones contra Rosas llevaba 50.000 caballos para 10.000 jinetes y en menos de 15 días debió recurrir a requisar los que encontraba en la zona de avance.

en el llano. En la montaña, durante las travesías, hay que llevar la alimentación, y en marchas lejos del enemigo depositarla en los lugares previstos de alojamiento, con anticipación; así procedió San Martín en 1817.

Para el combate los procedimientos de las tropas mixtas regulares de la Nación o de la provincia de Buenos Aires (Rosas especialmente) surgen de la exposición de los combates de la guerra de la independencia, de la guerra civil y de las con Paraguay, etc., donde actuaron tropas de armas combinadas, dependientes del poder central.

El dispositivo inicial de combate, tanto para el ataque como para la defensa, era lineal, estando así dispuestas las tropas: la infantería en el centro; la artillería, reunida o más comúnmente fraccionada, entre la infantería; y la caballería en una o ambas alas, preferentemente en las dos. La reserva general es casi siempre de pura caballería en los dispositivos de llanura.

Los generales ilustrados en las cosas de la guerra seguían los procedimientos en boga de Federico el Grande y Napoleón. Por ellos, una fuerza se lanzaba sobre la otra en orden cerrado, es decir, en formaciones densas, [12] para luego de un breve combate por el fuego de la infantería, obligadamente muy cercano, dado el alcance del fusil y del cañón, pasar al asalto.

El atacante, luego de su avance operativo desdoblado, se apresta tranquilamente para el combate, a distancia corta del defensor, que casi nunca se mueve para impedir ese apresto y desbaratarlo, aprovechando las crisis en que suele colocar el terreno a aquél. El apresto consiste en adoptar la formación de combate ya dicha lo más cerca posible del adversario.

El defensor, que a veces ha realizado algunas obras de defensa, espera el ataque; su formación es semejante a la del atacante; pero su infantería está en tres filas; si mantiene una reserva general sobre la base de infantería, no es con el propósito de realizar un contraataque, sino más bien de apoyar a las tropas de primera línea que sean rechazadas, o para otras misiones defensivas. Es pues un sistema lineal el de la colocación de las tropas.

El combate se inicia a menudo con el fuego de artillería de la defensa, cuando el enemigo está a distancia eficaz (la táctica de entonces y el alcance aconsejaban abrirlo recién a 800 m.). En este momento, o poco después, la caballería del ataque, precediendo casi siempre a la del defensor, se lanza sobre ésta en una o ambas alas. La artillería del atacante cuando está a distancia de tiro, se emplaza a su vez. En cuanto a la infantería del agresor, avanza al ataque en formación compacta, precedida por los cazadores — éstos en orden abierto — por compañías o batallones; cada unidad tiene objetivo preciso, al que bate por el fuego hasta asaltarlo. La reserva de infantería, si está algo alejada, no llega a veces a participar a tiempo, porque la decisión ya se ha producido dada la rapidez del desenlace y, si está muy cerca, corre el riesgo de ser arrastrada por las tropas de adelante, si éstas son vencidas. Las unidades de infantería detenidas por el fuego enemigo, quedan en esa situación, mientras las otras prosiguen hacia sus objetivos. Entre tanto, la propia artillería del ataque ha abierto el fuego con demora y sin constituir un verdadero apoyo del arma hermana, por su escasa intervención debido al rápido desenlace del combate, a sus posibilidades de fuego reducidas y a la dispersión de sus piezas en el frente de combate y de los objetivos que bate, a veces, contra puntos no decisivos. No hay normalmente una parte o lugar del frente enemigo definido en que se pretenda producir la decisión con un centro de gravedad, por la cooperación de todas las armas, en una acción concurrente y armónica, ni la artillería abre con sus fuegos el camino a la infantería [13]. Como la caballería constituye la masa principal en la llanura, en ella se hace fincar el éxito.

Esta, luego de vencer a la adversaria, ha de rodear a la infantería y artillería enemigas para derrotarlas y rendirlas. Ahora bien, si la infantería propia tiene éxito en su acción particular, se suma para obtener el aniquilamiento buscado. La caballería de la defensa pretende lo mismo. Pero en ésta el contraataque en busca de la decisión con una reserva mixta importante es excepcionalísimo como procedimiento. Los tarros de metralla de la artillería son el medio para su defensa cercana, y desde los 400 m.

El cuadro era la formación de la infantería contra la caballería que la rodeaba, y consistía, por batallón, en hacer frente a los cuatro lados, con dos compañías en cada cara; en el interior se situaba la bandera, los oficiales, etc. La primera y segunda línea tiraban desde rodilla a tierra cuando los jinetes llegaban a unos 15 metros y luego los recibían con las bayonetas.

La infantería montada — tal como en los ejércitos de Paz — utilizaba para la marcha los caballos menos aptos del ejército. Cuando el batallón desmontaba, los hombres no combatientes (músicos, enfermos, etc.), reunían los caballos y los arreaban a un lugar determinado, mientras los combatientes ocupaban sus puestos de combate.

En la lucha entre las caballerías predomina casi en absoluto la carga a lanza — aunque en oportunidades se tiraba de montado o pie a tierra —, también como la infantería, en masa, y luego venía el entrevero al arma blanca (sable). En la persecución tiene esta arma combatiente el principal papel: el aniquilamiento.

En resumen; puede decirse que se marcha en columnas y que la lucha es fundamentalmente una acción de masas en línea, sin profundidad, por el choque, ya que el fuego, en los primeros años, por lo reducido del espacio entre los adversarios, lentitud y poco alcance de las armas, tiene escasa duración, y se produce normalmente entre las infanterías, casi siempre numéricamente muy inferiores a la caballería, que dirimen supremacía por la carga. La tropa de infantería testimonia su valor aproximándose lo más posible al adversario sin disparar sus armas.

Los métodos de combate esbozados, que no puede decirse fueran totalmente rígidos y menos en teatros de montaña y boscosos, permanecieron estacionarios por varias décadas; lo mismo que la proporción excesiva de la caballería de los ejércitos de llanura, no obstante el progreso y evolución ya realizados en Europa, donde daban mayor importancia a la infantería (siglo XVIII) y al fuego (fines del mismo siglo). Después, las ideas nuevas, la disminución del ganado caballar, el aumento del efectivo de los ejércitos y la falta de pastos para tanto ganado especialmente en invierno y períodos de sequía, contribuyeron a dar la supremacía numérica a la infantería. A partir de 1851 es cuando se empieza a notar entre nosotros esa evolución. Las causas del anterior estancamiento ya se han dicho: la caballería es el arma más fácil, rápida y económica de movilizar, costaba menos dotarla de armas y los hombres eran naturalmente excelentes jinetes, y en esto no requerían mayor instrucción.

Las formas generales de organizar y constituir las fuerzas, como los procedimientos operativos y de combate, antes indicados, eran los normales de las agrupaciones regu-

[12] Sin embargo, ya en las guerras de la Revolución y del Imperio de Francia (fines del siglo XVIII y comienzos del XIX), se procedía en otra forma. El fuego artillero, nutrido, precedía al de los tiradores de infantería que se movían luego en líneas ralas. Esta práctica se fué extendiendo en Europa cada vez más.

[13] Tendiendo a esto las ideas habían evolucionado en países de Europa a fines del siglo XVIII.

lares contra enemigos también más o menos regulares, mas no frente a fuerzas irregulares, en núcleos importantes, como de montoneras o de indios. En estos casos todo ello debía variar amoldándolo especialmente a la gran movilidad que caracteriza a estas fuerzas, so pena de prolongar grandemente el lapso de las operaciones y la terminación de la campaña, como ocurrió repetidamente (muchas campañas contra el indio, y las llevadas contra E. López, Peñaloza y López Jordán, entre otras). Algo hemos dicho sobre las mencionadas formas de organizar etc., las fuerzas regulares al tratar las fuerzas indias y las irregulares. Lo demás se verá al relatar las correspondientes campañas.

Referente a los estados mayores dice el general Iriarte: "Difícil sino imposible es que tengamos un buen estado mayor... y por desgracia no tenemos ningún establecimiento de educación militar facultativa; a lo que debe agregarse que la práctica de muchos años establecida es destinar al estado mayor los oficiales de menos capacidad para ocupar un puesto en las filas de las diferentes armas, y que se reputan los más aventajados los que escriben bien, es decir, los que mejor pintan letras para copiar órdenes, extender oficios, etc. y los que son buenos jinetes para llevar con rapidez las órdenes verbales".

Los estados mayores se habían creado en Europa desde fines del siglo XVII, encargándoselos principalmente de facilitar las resoluciones de los comandantes superiores reuniendo las informaciones, etc.; también era misión suya la redacción de las órdenes y su transmisión.

El ataque a plazas y posiciones fortificadas. — La pobreza de medios agresivos apropiados nos impidió casi siempre un ataque verdaderamente a fondo a plazas y posiciones sólidamente fortificadas. Se careció casi sin excepción de formaciones especiales de artillería pesada suficientes, lo mismo que de tropas técnicas (zapadores, etc.), bien dotadas e instruídas a esos fines (trabajos de aproximación, etc.). Por ello no se efectuó su ataque, salvo a Talcahuano y contra algunos otros puntos, que terminaron con sendos reveses.

En efecto, Montevideo no fué atacado en el primer sitio ni en el segundo (Rondeau) y en seguida Alvear eludió hacerlo usando otros recursos para obtener su caída en 1814. Lo mismo ocurrió en el sitio de esta plaza realizado por los republicanos en la guerra con Brasil (1825-1828) y en el mucho más prolongado de Oribe de 1843 a 1851. En cuanto a Buenos Aires, sin ser una plaza fortificada en el frente terrestre, tampoco fué atacada durante las guerras civiles del litoral e interior (1812 a 1821 y 1826 a 1831), ni en la de la Confederación con Buenos Aires (1852 a 1861), siempre por esa falta de medios apropiados; aunque se la sitió. Talcahuano, en la guerra de la independencia, debió ser atacada en la oscuridad y sin preparación de artillería, causa principal del fracaso. Callao también fué sitiada largo tiempo por las fuerzas argentinochilenas y la vez que se intentó su conquista entonces (1821) con sólo fuerzas terrestres, también terminó en un fracaso, por carecer de esa artillería. En la guerra con Paraguay, los poderosos medios de la alianza en relación con la muy débil fuerza de Estigarribia y el total asedio de Uruguayana, hicieron innecesario su ataque, pues la plaza se rindió. Durante la prosecución de esta guerra no se intentó un ataque decisivo a las líneas fortificadas del Cuadrilátero (1866-1868) por esa misma falta, y se resolvió buscar la decisión estratégica por el flanco oeste del enemigo, que terminó con el ataque a la fortísima posición de Curupaytí, contando con los cañones pesados de la escuadra brasileña, de que carecían las fuerzas terrestres. Como el bombardeo naval fué totalmente ineficaz el asalto terminó en un desastre. Más adelante, la plaza de Humaitá, sitiada, cuando se la asaltó (julio de 1868) no cayó, lo que ocurrió recién al ser abandonada por sus defensores que, o destruyeron o se llevaron muchos

medios defensivos. Después, en la línea del Pikiciry, los paraguayos no fueron atacados y debió envolvérselos para caerles por la espalda, pasando al Chaco y luego a territorio paraguayo, para que la posición fuera vencida. Hay más ejemplos, pero estos bastan para mostrar por qué en ciertos casos ese factor negativo, entre otros, retardó las decisiones estratégicas en nuestras guerras.

Las mujeres en los ejércitos. — A casi todos los ejércitos acompañaban las mujeres o amigas de los soldados a las que se denominaba "Chinas"; éstas eran varoniles, muchas vestían poncho y a veces sombreros o gorra de cuartel; en algunos casos ceñían sable; casi siempre iban montadas y lo hacían como hombres; su vida y sacrificios en las marchas les hacía perder su apariencia de mujeres. En ciertas campañas su número era muy considerable (unas quinientas en la guerra con Brasil).

Cuando en los ejércitos no se exigía una severa disciplina, estas mujeres "eran en extremo perjudiciales porque vagaban por los campos a grandes distancias del ejército y talaban poblaciones...; merodeaban cuanto encontraban para obsequiar a sus amigos y de este modo hacían un mal inmenso, no sólo desacreditándolo, sino descubriendo su marcha cuando más convenía encubrirla para obtener un buen éxito... Los enemigos con frecuencia las hacían prisioneras... pero ni este peligro las amedrentaba. Eran en una palabra mujeres de robar y matar; todas estaban armadas de puñal (general Iriarte, al referirse en sus Memorias a la guerra con Brasil)." Por su parte, Paz, se expresa así: "Las mujeres son el cáncer de nuestros ejércitos, pero un cáncer que es difícil de cortar, principalmente en los compuestos de paisanaje, después de las tradiciones que nos han dejado los Artigas, los Ramírez y los Otorguez". No eran así los ejércitos de San Martín y de Belgrano, ni el de Urquiza cuando éste invadió Corrientes en 1847; en este último no había una sola mujer. Lavalle siguió a Rivera con su tolerancia en este aspecto [14]. Pero a veces estos inconvenicntes eran compensados por ventajas, especialmente en la guerra con el indio, en el desierto, tratándose de ejércitos deficientemente organizados y de campañas largas y penosas en que los soldados no tenían ninguna distracción que compensara las fatigas y peligros; entonces era necesario proporcionarles algo que amenguara un tanto "la monotonía de su vida en tan apartadas regiones y nada más eficaz que la compañía de sus familias. Estas mujeres son injustamente juzgadas por la generalidad, su absoluta consagración a los seres a quienes han vinculado su existencia y con quienes comparten... las fatigas y privaciones, que parecen ser el patrimonio del soldado argentino (Racedo)". Había una razón, especialmente en los ejércitos irregulares, de escasa disciplina, que aconsejaba y casi imponía mantener al lado del soldado a su mujer y aún a la familia: las grandes deserciones [15].

Los grados militares en el ejército eran: brigadier general, coronel mayor (grado creado en 1814), coronel, teniente coronel o comandante, sargento mayor (creado en 1813), capitán, teniente 1°, teniente, subteniente, portaestandarte y cadete; aparte de estos grados, los de suboficiales. Mayor general no era un grado, correspondía a un cargo, equi-

[14] También en los ejércitos realistas procedentes de Alto Perú, en la guerra de la independencia, eran numerosas las mujeres que los acompañaban. Estas, a las que allí llamaban "mamitas" — nombre de la plebe femenina de Perú —, ofrecían algunas características semejantes a las "chinas" de nuestras fuerzas; pero aquéllas marchaban a pie y su faena peculiar era la preparación de la comida de sus hombres.

[15] Siendo refractario el gaucho "a toda disciplina... y sensible al afecto del hogar, por cuya suerte rendía generoso la vida...", conservándoselo, "aunque errante, pero cerca de sí se aseguraba su constancia, su afecto y sus servicios..." (Gregorio F. Rodríguez, en "Historia de Alvear", al referirse a Artigas en el éxodo de 1811).

valente al de segundo jefe de un ejército, o también, al de jefe del estado mayor de esta gran unidad. La designación coronel tenía una acepción equivalente a jefe o comandante, es decir de cargo o empleo; y la de general correspondía a comandante de las fuerzas, lo que podía ocurrir aún siendo éste del grado de coronel [16].

Los graduados (oficiales y suboficiales) se formaron hasta casi el final del siglo XIX en las mismas filas, y durante las campañas adquirían su principal preparación y experiencia profesionales. Después se instituyeron las distintas escuelas de formación de cuadros, de carácter nacional.

En el otorgamiento de nombramientos y ascensos no había reglas. Cada provincia confería los grados, a veces empezando muy arriba en la escala jerárquica, ya al comienzo de la carrera y ello a hombres sin antecedentes militares (nombramientos llamados "a dedo"); en cuanto a los ascensos solían producirse, tanto durante las guerras civiles como en las demás — durante las primeras décadas —, saltando grados, hasta el superior de brigadier general. Estas promociones resultaban en algunos casos de méritos contraídos en pequeñas acciones que sólo habían requerido bravura — condición principal, pero no la única requerida —; también lo fueron por la devoción y lealtad al gobierno o al caudillo, iguales causas, en sentido negativo, gravitaron para las deposiciones y bajas.

Los grados antes de ser otorgados en efectividad, a veces lo eran en forma provisional, con la designación de "graduado", especialmente para los oficiales superiores y jefes, sin la remuneración correspondiente, hasta ser dados en propiedad.

El título de capitán general fué de carácter político y correspondía al de gobernador de provincia o a autoridad superior, incluso civil. Por ello, cuando este mando lo detentaba un militar, en el período de vigor del Pacto Federal de 1831 y durante largo tiempo, al penetrar un ejército en jurisdicción de una provincia adherida al pacto, el mando superior debía pasar a su gobernador, salvo que las fuerzas fueran nacionales.

La conducción militar superior [17].—Como un prospecto sobre nuestros conductores de ejército podemos decir: que no todos tuvieron, en lo tocante al talento o capacidad intelectual superior, el don o dones que permiten hacer la debida asimilación de los conocimientos militares y su más adecuado empleo. Otros, dotados de tal cualidad, pero prematuramente llevados por las circunstancias a los cargos más altos (principalmente en la guerra de la independencia), carecieron de la preparación, experiencia y golpe de vista que requieren tan complejas tareas, es decir, del saber, que se obtiene por el estudio profundo, por la reflexión permanente — que pueden suplir aquellos dones — y por el uso práctico de los conocimientos, tanto en la preparación de las fuerzas como en su conducción. Esto dicho independientemente de sus virtudes morales (patriotismo, intrepidez, valor, tesón, energía, abnegación, espíritu de sacrificio, etc.) que con constituir por sí solas un factor muy positivo en la dirección de los ejércitos, no es todo — según se descubre sin más — en el arte de la conducción y en el poder de las unidades operativas mayores. Por todo aquéllo y no obstante estas virtudes, ciertos de nuestros generales — como muchos de todos los tiempos — fueron desafortunados. De ahí también que unos sufrieran casi siempre fracasos en sus empresas y otros más reveses que victorias; entre éstos Belgrano, Lavalle, Bustos, M. Rodríguez, Viamonte, Díaz Vélez, etc. En cambio los más aptos en el conjunto de las condiciones apuntadas, pudieron realizar verdaderas proezas y obtuvieron más seguido el halago del triunfo, aún con inferioridad material (que a veces fué lo determinante en los reveses de los antes citados). Entre los privilegiados por sus cualidades sobresalientes para crear y dirigir las fuerzas (ciencia y arte de la conducción), merecen los puestos de honor San Martín, Paz, Brown y Güemes, cuyos nombres pronunciamos con la mayor admiración. Pero debe mencionarse también a Arenales, Alvear, E. López, Ramírez, Urquiza, Mitre, Roca y Arias, entre otros.

Sobre este punto diremos todavía que los principios fundamentales (inmutables) o del buen sentido de la conducción, en que por mucho asienta el triunfo en las operaciones, eran sabidos y normalmente aplicados por nuestros generales, que conocían las ventajas que reportan, y que tal conocimiento lo tenían muchos empíricamente y otros por estudios de clásicos, etc., que se referían especialmente a Federico el Grande y Napoleón (entre estos últimos San Martín, Belgrano, Paz y Alvear). Relativamente a algunos de esos principios — a veces muy difíciles de cumplir —, podemos adelantar: Que la ofensiva estratégica fué corrientemente aplicada y ella por razones geopolíticas: obtención de los objetivos políticos y posibilidad de vivir sobre territorio enemigo; que la ofensiva operativa y táctica también fué realizada siempre que se pudo, ambas por inclinación y aptitudes naturales de los hombres y porque las fuerzas de llanura, básicamente de caballería, durante mucho tiempo, lo imponían (el ataque fué emprendido muchísimas veces con inferioridad numérica (un caso: Lavalle en Yeruá); que algunos generales fallaron en el arte de reunir para la decisión táctica todas las fuerzas disponibles (un ejemplo: Belgrano en Tacuarí); que la sorpresa, tanto operativa como táctica, fué normalmente intentada, con el secreto y la rapidez de los movimientos (un ejemplo de la primera: Pacheco en Sancala; de la segunda: Balcarce en Suipacha); que raro fué el conductor que no tendiera a envolver por lo menos un ala o flanco del enemigo, en algunas oportunidades desde bastante distancia en el campo operativo, con miras a cortarle las comunicaciones (Belgrano en Salta); ciertos de ellos buscando el aniquilamiento en la batalla misma (San Martín en Chacabuco); que algunos no comprendieron bien dónde debía hacerse sentir el centro de gravedad estratégico (la masa principal) en lo que a veces tuvo culpa la autoridad civil (ofensivas hasta 1815 hacia Perú por Alto Perú); que casi siempre fué constituído el centro de gravedad táctico y se lo hizo incidir generalmente en la parte más vulnerable del dispositivo adversario (en cada ocasión que se pudo contra uno o ambos flancos y a veces también la espalda), aunque pocas con la masa principal, en que entraran las distintas armas (inf., cab. y art.) y éstas coordinadamente, integración y trabazón que se habían mostrado muy fructíferas ya en las campañas europeas de fines del siglo XVIII; que la persecución cercana también fué de normal realización, no así la lejana y a fondo, para acabar con el adversario no aniquilado en la batalla, en que muchos fracasaron, a veces por una mal entendida consideración al cansancio de hombres y ganado (un caso: Alvear después de Ituzaingó) [18]. En nuestro relato ire-

[16] Casos de Rondeau y Alvear, que mandaron sucesivamente el ejército sitiador de Montevideo hasta su caída en 1814, y de San Martín dirigiendo el del Norte y después el de los Andes, hasta Chacahuco, todos con los grados de coronel o coronel mayor. La designación "general" no existió como grado militar hasta bastante pasado el medio siglo XIX. No obstante, antes se les decía así a los que mandaban o habían mandado fuerzas independientes importantes, comprendidos los coroneles y los coroneles mayores.

[17] Mauricio de Sajonia llamaba a la conducción la "parte sublime" del arte de la guerra, y Napoleón Bonaparte, su "parte divina".

[18] Hay que reconocer que el principio de la persecución es uno de los de más difícil aplicación en el campo operativo. Los más entre los generales — aún los famosos — teóricamente compenetrados de sus grandes beneficios, llegado el caso, dejaron de cumplirlo. La gran gloria de otros ha sido satisfacerlo, a pesar de todo.

mos viendo concretamente los aciertos y fallas en el cumplimiento de los distintos principios.

La autoridad política y la conducción militar; sus relaciones. — Interesa apuntar en qué circunstancias y por qué causas, en nuestras guerras exteriores, no se ejerció la primacía del poder civil sobre la autoridad militar, como corresponde, lo mismo que si hubo el entendimiento, la unidad y la coordinación indispensables entre ambas y si supieron deslindar sus respectivas atribuciones.

Tomemos los conflictos por su orden. Durante la guerra de la independencia, en su comienzo, el gobierno central (la Junta) asume la conducción estratégica general: destaca las fuerzas a los distintos frentes, asignándoles la prioridad que reputa conveniente y confía la conducción superior en cada uno a representantes suyos que conocen los propósitos políticomilitares revolucionarios para su mejor obtención. En el caso de la campaña al Paraguay (1810-11) el comandante de las fuerzas es el general Belgrano, hombre de la revolución y del gobierno; en la campaña al interior y en la primera hacía Perú, tienen esa misión sucesivamente al lado del comandante militar, Vieytes, jefe revolucionario, y Castelli, vocal de la Junta, en calidad de representantes políticos del gobierno. En lo fundamental se responde así a aquellas exigencias [19]. En la campaña de Belgrano en el noroeste argentino (1812-13), la autoridad civil de Buenos Aires, tan alejada del teatro de operaciones, en vez de confiar una misión al ejército y dejar a su general la ejecución, pretende fijar no sólo la actitud a asumir, sino regir sus movimientos, con escaso conocimiento de la situación, por medio de órdenes reiteradas (retirada del ejército a Córdoba). La victoria de Tucumán es pues el resultado de una desobediencia al mando civil por parte del general, pero basada sobre un más completo conocimiento de la cambiante situación. En parte por este error el gobierno central — 1er. Triunvirato — cae. La batalla de Salta proviene de una coincidencia de ambas autoridades sobre la necesidad de anular a Tristán para proseguir a Alto Perú. El triunfo posibilita la nueva ofensiva patriota hacia el norte con libertad de acción para Belgrano, aunque se le insta a emprender pronto el avance. En el caso de la conquista de Montevideo (1814), Alvear, nombrado comandante del ejército sitiador en el momento decisivo, es la personalidad de más influencia política en el momento y que, por lo tanto, conoce muy bien la situación y las necesidades políticomilitares. Puede armonizarlas, procediendo en consecuencia. Durante la preparación y el comienzo de la campaña de Rondeau a Alto Perú (1815) no hay entendimiento entre la conducción política y la militar, pues el alzamiento de este general y de varios jefes frente al gobierno (director supremo), lo desvincula de él y el ejército actúa independientemente, hasta que Alvear es depuesto (abril de 1815); en seguida Rondeau es nombrado director con retención del mando del ejército; la indisciplina de éste es una de las causas del desastre de Sipe Sipe.

En el proceso de la campaña de los Andes, San Martín, que la prepara y conduce, es miembro conspicuo de la Logia Lautaro de Buenos Aires, sociedad secreta que maneja la política y dirige la guerra, y con cuyos miembros prominentes, en primer término el director Pueyrredón, mantiene asidua correspondencia. Así les hace conocer sus propios proyectos y pedidos — "dictámenes", los llama Pueyrredón —, que son aprobados casi siempre, a la vez que se entera de los sucesos políticos y recibe las directivas correspondientes. Ya en Chile, tras la invasión victoriosa, se crea allí una rama de dicha logia

[19] No obstante que Castelli interviene por demás en la conducción militar.

— que resulta el verdadero gobierno — en que gravitan San Martín y O'Higgins. Ella, en conexión con la de Buenos Aires, dirigen la política y la guerra de la independencia en ambos países. Por medio de esta misteriosa y extraña institución hubo unidad y coordinación políticomilitar hasta después de Maipú y el entendimiento entre los aliados fué relativamente fácil. Pero en 1819 (julio) Rondeau reemplaza a Pueyrredón como director supremo, la logia va perdiendo poder en Buenos Aires y la guerra civil contra el poder central se agrava, haciendo crisis en 1820, hasta culminar con la anarquía. Esto y otros hechos políticos aflojan casi totalmente la autoridad del gobierno de Buenos Aires. Llamado San Martín a participar con sus fuerzas contra los caudillos (nov. y dic. de 1819), desobedece. Prefiere realizar la última etapa de su plan continental: la expedición a Perú, a trueque de divorciarse del gobierno central y de la patria. La historia juzga que con esta famosa desobediencia San Martín consultó las previsiones políticas y militares de la revolución argentina y sudamericana. En la expedición a Perú el Libertador y su ejército dependen políticamente de Chile, pues después de Cepeda (febrero de 1820) se derrumba el orden nacional en las Provincias Unidas, con lo que el Ejército de los Andes queda huérfano de autoridad desde la patria.

El ejército republicano de la guerra con Brasil, es en cierto modo el de una alianza de hecho entre argentinos y uruguayos, pero éstos son reacios a una subordinación política y también militar (evidentes desde el tiempo de Artigas), frente a Buenos Aires. La conducción bélica debió hacerse pues con muchos miramientos y sin que el ejército pudiera buscar sin más la obtención de los propósitos políticos que aconsejaron nuestra intervención en la lucha. Sin embargo, la designación de Alvear — ministro de guerra que deja el cargo para asumir el mando del ejército conjunto — muéstrase como una decisión conveniente en los aspectos que tratamos. No ocurrió lo mismo antes de Alvear y después de él ya que el gobierno intervino en la conducción militar ordenando ofensivas inoportunas (mayo de 1826 y enero de 1828). Además, Lavalleja, persigue al final del conflicto un objetivo político propio — la independencia de Uruguay —, distinto al que nos llevó a la guerra.

Durante el prolongado gobierno de Rosas la conducción política del país y la de la guerra en su aspecto estratégico, delegadas en él por las demás provincias — menos Corrientes — están en sus solas manos. El dictador, desde Buenos Aires, ordena la la formación, traslado y misiones sucesivas a las fuerzas de los distintos frentes durante las guerras exteriores y civiles que sostiene. Sus mandos superiores subordinados tienen mucha libertad estratégica y, demás está decir, operativa, cuando los teatros de operaciones están muy alejados (Heredia en la guerra con Bolivia: 1837-39; y Oribe en sus campañas al interior y noroeste: 1841-42). Sin embargo, les imparte instrucciones políticas y militares. Cuando las fuerzas están más próximas (Echagüe: 1838-39 y 1840-41; Urquiza: 1845-47; Oribe: 1843-51; y Brown: 1844-47), las directivas son frecuentes y entran más en la ejecución. Resultaron, según lo prueban los hechos en su conjunto, procedimientos generalmente adecuados.

En la guerra de la Triple Alianza contra Paraguay (1865-70), Mitre, presidente argentino, ejerce el mando superior de las fuerzas terrestres aliadas en territorio argentino y paraguayo. En su calidad de jefe de estado — aunque delega el mando civil — conoce bien nuestra situación y conveniencias políticas y tiene en su persona la posibilidad de responder de algún modo a ellas, pero los propósitos u objetivos políticos de los otros aliados difieren en ciertos aspectos de los argentinos. Llega así a hacerse imposible la obtención total de los propios. Además, como el jefe del estado argentino manda en el tea-

tro de operaciones, los fracasos militares lo desacreditan ante la opinión pública rebajando su ascendiente político. Por otra parte, los sucesos políticomilitares internos (revolución de 1867) y otro solamente político (muerte del vicepresidente), exigen con apremio su presencia en el país, primero transitoria y luego definitivamente. Por esto, en el lapso final de la guerra la conducción militar superior, a la vez que el mayor esfuerzo los realiza Brasil, de lo que surge una paz principalmente favorable a esa nación. Con lo expuesto se comprueba que el procedimiento empleado en este conflicto no fué el más apropiado para nosotros. En el tratado de la Triple Alianza debió dejarse libertad a nuestro gobierno para designar a un general que no fuera el presidente de la Nación, como comandante de las fuerzas terrestres en las circunstancias apuntadas.

Los militares en la función pública. — Especialmente en el medio siglo inicial de nuestra vida nacional, en muchos casos por la fuerza de las circunstancias, y, más adelante, también por la decisión de los pueblos o de minorías selectas, los jefes militares tuvieron que desempeñarse o aspiraron a hacerlo, simultáneamente o después que en las funciones castrenses, en las políticas, como gobernantes o legisladores. Y esto en los órdenes nacional, regional o provincial. En esas distintas tareas, especialmente las dos primeras, veremos, entre otros a San Martín en el noroeste, en Cuyo y en Perú, a Alvear y Pueyrredón como directores supremos del país, a Belgrano en el noroeste, a Rondeau en el noroeste y como director supremo, a Güemes en el noroeste (Salta), a Arenales en Salta, a Estanislao López en Santa Fe, a Ramírez en la Mesopotamia, a Soler en la Banda Oriental y Buenos Aires, a Dorrego, Lavalle y Rosas en Buenos Aires, a Quiroga en el oeste, a A. Heredia en el noroeste, a Benavídez en San Juan, a los Taboada en Santiago del Estero, a Paz en Córdoba, a Urquiza en Entre Ríos y como director supremo y luego como presidente de la Confederación, a Mitre en Buenos Aires y como presidente de la Nación y a Roca también como presidente argentino. Muchos de los citados actuaron durante las guerras civiles y otros o los mismos, en las guerras de la independencia, internacionales y con el indio. Además, algunos, siendo gobernadores de una provincia, tuvieron a su cargo las relaciones exteriores y la decisiones de paz y guerra, por delegación de otras, cuando el país no tuvo un gobierno nacional.

Hemos dicho que la fuerza de las circunstancias impuso de común ese doble papel, porque el mando militar superior debía ser reforzado con el político y administrativo en cada teatro de operaciones, para el mejor desarrollo de la guerra. Por lo general, sin embargo, la autoridad de ese último carácter era inherente al alto mando de las fuerzas.

Es indudable que muchos de esos hombres — llevados directamente del medio civil a elevados cargos de la milicia y encumbrados después rápidamente, sin mayor preparación militar — eran a menudo personas elegidas y de nivel superior, lo mismo que los oficiales criollos venidos de Europa y algunos veteranos de la guerra con el indio o de de las invasiones inglesas. En su generalidad esos jefes de los primeros años tenían escasa preparación para la función pública, mas similar a la de los demás criollos, que tampoco habían tenido ocasión de ejercer esas tareas. A esos militares, por lo tanto, la historia les ha conferido un doble honor, no de menos valía el que se relaciona con su actuación política. Sin embargo, ella exceptúa a algunos por los muchos errores y graves abusos de la fuerza que cometieron, particularmente en las luchas civiles, aunque otros argentinos — ajenos a las fuerzas armadas — incurrieron en los mismos, en esas épocas de apasionadas convulsiones. Como siempre, las opiniones no son unánimes al juzgarlos.

CAPITULO V

LOS EJERCITOS EXTRANJEROS

Armamento y fortificación. — Las armas utilizadas en cada guerra por los ejércitos adversarios del nuestro, siendo las de la época, poco difirieron de las argentinas, salvo generalmente en la proporción, por lo que no se necesita una enumeración general, pues la particular se mencionará en cada conflicto. En cuanto a la fortificación, en las guerras de movimiento (de la independencia, Bolivia, Brasil y primer período de la guerra con Paraguay) fué poco empleada, no así en el segundo período de la con Paraguay, cuando las operaciones se estacionaron en este país, por parte de la masa del ejército paraguayo, realizándose una guerra de posiciones. En todas las guerras exteriores y en algunas civiles, con ser de movimiento, y como ocurre en todas éstas, hubo puntos o lugares importantes fortificados con obras permanentes (Callao, Talcahuano, Montevideo, etc.), en un principio, en manos de los españoles en la guerra de la independencia.

Las obras de la fortificación transitoria se caracterizaban por su sencillez y realización defectuosa.

Organización y composición. — También la organización de las unidades tácticas y la composición de las operativas de los ejércitos extranjeros que fueron enemigos, coincidían en sus lineamientos generales con las de nuestro país, por ser las de la época, aunque casi siempre los ejércitos argentinos, por lo expuesto en los esbozos geográfico-operativos, contaron con una proporción mayor de caballería que los adversarios.

Forma general de operar y combatir. — En la guerra de la independencia las modalidades sobre estas actividades en las fuerzas realistas eran semejantes en el fondo a las expresadas para nuestros ejércitos, pues los que comandaron nuestras fuerzas habían sacado sus conocimientos y experiencia en las lucbas de los ejércitos españoles de la Península (San Martín, Alvear, etc.) o de América, o aprendieron luchando contra ellos (Belgrano, Paz, etc.)

En las guerras internacionales las modalidades operativas en general eran también las de la época y diferían conforme a la personalidad de los conductores. Sus peculiaridades surgen en todas las guerras de las narraciones de cada campaña, hechas en el texto, y de los breves comentarios asentados por el autor.

Puede decirse que fundamentalmente no se apartan de los procedimientos esbozados para las fuerzas nacionales, que eran los del momento en América — en retardo respecto a Europa — aunque modificados por cada conductor conforme a sus inclinaciones y aptitudes, como siempre ocurre. En la guerra de la independencia algunos conductores españoles como la Serna, llegaron con ideas y procedimientos modernos, pero casi todos inaplicables al medio y recursos, frente a una guerra irregular, cual la de Güemes.

CAPITULO VI

LAS FUERZAS MARITIMAS Y FLUVIALES ARGENTINAS Y ADVERSARIAS

Antecedentes. — Asombra ver cómo España, engrandecida por sus expediciones descubridoras, no contara en el período de Nelson (fines del siglo XVIII y comienzos del XIX) con almirantes sobresalientes. Tuvo sí valientes capitanes en el campo de las restantes actividades marítimas, pero no grandes conductores operativos y tácticos. Bravos en el combate, pelean y mueren gallardamente por el honor de sus armas, pero no son jefes de prestigio, ni de capacidad demostrada. A pesar de dominar España un mundo, esos jefes estuvieron lejos de dominar el mar que rodeaba a sus vastísimas posesiones. Las capitales de sus colonias no habían sido elegidas en las riberas del mar, salvo Buenos Aires y Montevideo, que lo fueron del gran río. No es aventurado afirmar que la independencia de sus colonias en América se debió en primer término a la pérdida de su dominio del mar. Triunfante en él, no habrían faltado a sus virreyes las fuerzas de tierra y mar, para imponerse mejor y desde un principio a la rebelión de las colonias, aunque a la postre tal vez no hubieran podido impedir su independencia definitiva.

Nuestro país antes de la independencia era defendido por España en las aguas, directa e indirectamente, y su comercio de ultramar se efectuaba con bajeles españoles o de otros países, de éstos cuando el contrabando cobró auge. Por ello los criollos tuvieron poca ocasión de actuar como jefes y aun como tripulantes en el largo período de la colonia. Así los revolucionarios de Mayo y todos los gobiernos posteriores, aparte de carecer de escuadra y flota comercial, importantes y permanentes, carecieron también de hombres idóneos para las faenas marítimas. Algunos padres, es cierto, mandaron sus hijos a la Metrópoli para hacerlos marinos, pero éstos fueron pocos. En cuanto al hombre del pueblo desconocía la atracción del mar. Hubo por lo tanto que improvisar fuerzas navales y confiar su organización, instrucción y dirección a oficiales extranjeros en su mayor parte — especialmente ingleses —, no sólo durante la guerra de la independencia, sino en la con Brasil y en las guerras intestinas, hasta muy adelantado el siglo XIX y tripularlas en gran parte también con extranjeros.

La constitución de nuestras fuerzas navales. — De todo esto se desprende la dificultad no sólo inicial, sino bien corridos los años, de nuestro país, para disponer de comandos y tripulaciones aptos y amantes verdaderamente del mar. En la navegación interior la situación era algo mejor. Correspondió a la dirección política, que comprendió el gran valor y necesidad de la acción en las aguas, el disponer la creación de fuerzas navales, y a Brown el constituirlas, instruirlas y disciplinarlas con la lección y el ejemplo.

La conducción. — Las campañas de Brown, como las de otros grandes jefes de mar, han tenido una influencia estratégica y operativa muy importante, tanto en la guerra de la independencia, como en las guerra civiles y con el extranjero, y si bien su intervención en estas últimas no gravitó mayormente, ello se debió a la enorme preponderancia de

los medios empleados por el enemigo (brasileños, franceses e ingleses) frente a los precarios medios propios, incapacitados para oponérseles en lucha franca y decisiva.

En la guerra en las aguas contra España fué Brown quien condujo la lucha y, poseyendo las virtudes eminentes que se exigen del jefe naval en todos los tiempos, tuvo también las particulares que imponía la vela. Resultó el mejor almirante, pues era el más marinero y el mejor organizador y preparador de las fuerzas. Y así, siendo el más débil en fuerzas materiales, con su decisión para vencer, se empeñó a fondo oportunamente y con indomable voluntad.

En la época a que vamos a referirnos, hasta bien pasado el medio siglo, el dominio del barlovento (parte de donde viene el viento) exigía del almirante grandes condiciones maniobreras, con las que se obtenía la iniciativa en la acción, la posición artillera más ventajosa, la colocación adecuada para realizar o evitar el abordaje y hasta la posibilidad de batir por partes al enemigo separado.

En la constitución de las fuerzas el factor hombre tiene aún más importancia que en tierra, pues allí el número es forzosamente limitado, debiendo por lo tanto cada uno reunir condiciones sobresalientes. Contando con éstas, el valor de la flota dependía de sus cañones, por lo que en ese entonces se decía una escuadra de tantas fragatas (buque mayor), con tantos cañones, para demostrar su poderío. Entre aquellas condiciones de la oficialidad y tripulaciones están las relacionadas con la moral en primer término: valor, tenacidad, espíritu combativo, heroísmo, estoicismo, seguridad en el éxito, confianza en el que manda, etc., y también los conocimientos del elemento sobre el que se lucha, desde que permite sacar partido de las condiciones del mar, viento, luminosidad, etc., que podríamos llamar maniobreras, atributo especial de los comandos [1].

Las fuerzas navales adversarias. — En "Antecedentes" de este capítulo hemos expresado en qué estado había quedado España a raíz de Trafalgar (1805), respecto a sus fuerzas navales y las aptitudes demostradas por sus marinos en la conducción, lo que habría de influir poderosamente en el mantenimiento de sus colonias de América. No obstante, como en la guerra de la independencia las provincias españolas carecían de escuadras en el momento de la revolución del Plata, por pocas que fueran las unidades peninsulares allí apostadas, manteniéndose adictas a la corona, pudieron llenar sus misiones (bloqueo, bombardeo, ataques, transportes y desembarcos de tropas,) y aun cooperar directamente con las propias fuerzas terrestres, en perjuicio de los patriotas, basta que éstos consiguieron crear una escuadra relativamente eficiente para enfrentarla con éxito a la española, lo que ocurrió en 1814.

En las guerras internacionales (con Brasil — 1825-28 — con Uruguay y Francia 1838-40, con Uruguay, Francia e Inglaterra 1845-50), nuestras fuerzas de mar y río fueron siempre tan inferiores en número y poder a las adversarias que la batalla decisiva en el mar y en el río de la Plata nunca pudieron buscarla. Brasil y las dos naciones europeas citadas, poderosas en el mar, dominaron en él y en el Plata en esos conflictos, por el número, tamaño y calidad de los barcos, y cañones, impidiendo el intercambio comercial y dificultando las operaciones militares argentinas.

Los buques de guerra y sus características. — Como los barcos de guerra y comercio fueron de vela y construídos con madera hasta pasado el medio siglo XIX, corres-

[1] Conceptos especialmente de la obra de Ratto.

ponde consignar sus características y los nombres que se les daba según ellas. La **fragata** es un buque de tres palos y velas cuadradas con una batería corrida entre los puentes; la **corbeta**, con la misma arboladura (tres palos) y aparejo de la fragata, pero con sólo 16 cañones, como máximo, por banda; es de menos importancia que la fragata; el **bergantín** es buque de dos palos y velas cuadradas, que puede llevar hasta 20 cañones en total; es por su importancia inferior a los dos anteriores; la **goleta**, es una embarcación pequeña y fina, de dos palos, de 25 metros de largo a lo sumo; el **pailebote** es una goleta pequeña y, como tal, fina; el **falucho**, pequeña embarcación de poco valor y gasto, se oculta fácilmente y puede servir de chasquera.

BIBLIOGRAFIA

(LAS FUERZAS ARGENTINAS Y ADVERSARIAS EN NUESTRAS CAMPAÑAS MILITARES)

Dellepiane, Carlos: "Historia militar del Perú".

Estado Mayor del Ejército: "Introducción a la historia militar de la República Argentina - Las campañas típicas de la conquista".

López, V. F.: "Historia de la República Argentina".

Mitre, Bartolomé: Historias de "Belgrano" y de "San Martín".

Paz, José María: "Memorias póstumas".

Ratto, Héctor R.: "Hombres de mar en la historia argentina".

Sarobe, José María: "La caballería gaucha en las guerras argentinas, sus armas, su táctica y su espíritu". (Boletín de la Academia Nacional de la Historia).

Schoo Lastra, Dionisio: "El iudio del desierto" y "La lanza rota".

Solá, Ricardo: "Biografía militar del general Güemes".

Walther, Juan Carlos: "La conquista del desierto".

T E R C E R A P A R T E

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

CAPITULO I

CAUSAS DE LA REVOLUCION DE 1810 EN EL RIO DE LA PLATA

Son motivos principales de esta revolución:

a) El monopolio español (ejercido hasta fines de 1809), cuyo beneficio alcanzó únicamente a un reducido número de peninsulares, que perjudicaba al productor, esencialmente nativo, quien debatíase en la pobreza vendiendo sus frutos a precios viles, si no eludía esa ley económica por el contrabando, lo que, no obstante, frenaba el progreso, estancando el desarrollo de la producción y el comercio. Los exagerados impuestos fiscales en beneficio exclusivo de las arcas reales, es decir, no de los pobladores americanos; en suma, un divorcio de intereses económicos entre los colonos pudientes y los peninsulares;

b) La tendencia de impedir a los criollos y especialmente a los mestizos, salvo excepciones, que ocuparan puestos públicos importantes, a pesar de las aptitudes de muchos de ellos; y los vicios y abusos del orden administrativo español [1], que habían creado un resentimiento y menosprecio de los nacionales hacia los peninsulares no afincados o sea de tránsito (chapetones), especialmente;

c) Un núcleo selecto de nativos cultos, comprendiendo los defectos del régimen de la colonia — también por supuesto muchos españoles peninsulares (liberales) —, deseaba gobernar, considerándose con derechos y condiciones;

d) En las guerras contra los indios y los portugueses, y más tarde en las invasiones inglesas, los nativos habían comprobado sus sobresalientes condiciones para la lucha, y ya con las armas en la mano, como Patricios, etc., dada su índole rebelde, se sintieron en Buenos Aires capaces de luchar por la libertad;

---

[1] "Jefes corrompidos y déspotas, ministros ignorantes y prostituídos, militares inexpertos y cobardes" (palabras del Cabildo de Buenos Aires, constituído por españoles, dirigidas a la Junta de Sevilla en 1808). Se fomentaba la estafa y había apego al interés exclusivamente personal, según otras opiniones.

e) Las doctrinas más en boga de la época rechazaban las bases teóricas del poder monárquico en el mundo; la revolución francesa, al proclamar los "derechos del hombre", de igualdad ante la ley, había expandido nuevas ideas, también de libertad; y la revolución norteamericana, defendiendo el derecho de pagar los impuestos sólo cuando fueran votados por el pueblo, había conseguido la independencia, y prosperado bajo un gobierno democrático;

f) Finalmente, la invasión napoleónica en España — desde 1808 —, con la abdicación de Fernando VII y la disolución de la Junta de Sevilla, hizo propicio el momento y dió motivo inmediato — aniquilado desde 1805 el poderío naval español — para la revolución, que sin ello tal vez hubiera demorado.

CAPITULO II

ANTECEDENTES DE ESTA GUERRA

Como en otras contiendas por la independencia de pueblos, la nuestra tuvo origen en hondos, complejos y entremezclados intereses — incluso de poderosos países imperialistas de Europa — y por la influencia simultánea de ellos. Esos hechos, que preceden a la constitución del primer gobierno patrio del 25 de mayo de 1810 y que fueron los motivantes del levantamiento, son en lo fundamental los puntualizados en **"causas"**. Ahora bien, los acontecimientos políticos, económicos, financieros, sociales, etc., que precedieron en muy largo lapso a la caída de la dominación española en América, no caben detallados en esta historia, por lo que nos contraeremos especialmente a los de 1805 en adelante, período en que se produce una evolución rápida de la situación en beneficio de los colonos, exceptuando los político-militares que, por ser antecedentes de campañas bélicas, se tratan en seguida.

Diremos, sin embargo, que los nativos sufrían de mucho antes, desde el comienzo de la colonia, la injusticia practicada en todos los aspectos de la vida, salvo raras excepciones de personas. Espiritual y materialmente casi todo les era adverso: desigualdad en lo político, desigualdad en lo social, en lo administrativo, en lo económico, intolerancia en lo religioso, etc. Baste decir en lo económico, que de los frutos de la tierra, de que eran verdaderos dueños, no podían disponer libremente por las restricciones que a la producción y al comercio imponían leyes monopolistas. En efecto, les estuvo prohibido comerciar con las otras colonias, debiendo hacerlo sólo con España y esto por puertos únicos en la Metrópoli y en América para la exportación e importación, agravado porque el monopolio reducía a unos pocos peninsulares el derecho de comerciar, encareciendo mucho la importación y desvalorizando el extremo la producción del país; les estuvo también vedado cultivar los productos similares a los de la Metrópoli [1]. Lo dicho trajo el contrabando en el Plata, como remedio, realizado especialmente por el puerto de Colonia, de donde las provincias se surtían de los artículos europeos traídos, a precios mucho menores, por barcos ingleses, holandeses, franceses, etc. En lo político y administrativo a a los criollos en general no se les confiaban puestos públicos, especialmente de importancia.

[1] Mucho de esto se morigeró con la promulgación del Reglamento de Comercio libre de 1778, un año después de la creación del Virreinato del Río de la Plata (1777), aunque no lo bastante.

Todo lo expresado tenía a los naturales irritados y produjo la exaltación patriótica que condujo a la revolución iniciada por los hombres de Buenos Aires, que eran quienes más lo sentían, por cultos, capaces y mejor situados en los hechos.

Aparte del contrabando económico en América se había efectuado también el de las ideas y entre éstas las de igualdad e independencia. Además, los americanos residentes o de paso en Europa conocieron en su origen esas ideas, comprendidas las del liberalismo español, con las que se compenetraron. Es decir, que en el despertar y, más, en la resolución de derribar el absolutismo en el Plata — como en las demás colonias — contribuyeron esas ideas y principios, sustentados en lo político, social y económico, particularmente en el siglo XVIII, por tratadistas franceses, ingleses y aún españoles, a pesar de que algunos de éstos lo hicieron con orientación y alcance distintos a aquéllos. Así, antes que la revolución por la fuerza, ya se había producido la de las ideas, es decir, la intelectual, contra el régimen secular, en los núcleos cultos, aunque con diversas ideologías de grupos, las que, latentes antes del estallido de mayo, se pusieron en pugna producido éste.

Cuestiones territoriales y luchas entre españoles y portugueses. — (Croquis Op. Ia). Si bien muy poco han influído en el estallido de la revolución de Mayo las luchas entre españoles y portugueses, es necesario asentar aquí un resumen de ellas, como antecedentes de los acontecimientos políticos y militares de las campañas que se tratarán durante el período de la guerra de la independencia, en que debieron intervenir tropas rioplatenses contra los portugueses, y más tarde, contra los brasileños, sus sucesores en propósitos (guerra con Brasil).

Por un primer tratado, el de Tordesillas, de 1494, las tierras americanas situadas 1.600 Km. al oeste de las islas Azores, pertenecerían a los portugueses y las del este a España; este convenio produjo dificultades en su aplicación pues, según los geógrafos lusitanos, a su país corresponderían los territorios hasta aún más al oeste de Buenos Aires, mientras los españoles hacían llegar la línea límitrofe sólo hasta la laguna de los Patos (hoy de Río Grande del Sur). Descubierto Brasil, los portugueses lo colonizaron, en un principio hasta la zona de la bahía de Santos. Tratando de extenderse, quitaron Santa Catalina a España, pero después tuvieron un fracaso inicial al pretender la conquista de las Misiones jesuíticas sobre el río Uruguay. Más tarde pretendieron llegar hasta la margen izquierda del río de la Plata. Para asentarse allí, en 1680 fundaron casi a la vista de Buenos Aires la Colonia del Sacramento, mas, aunque el gobernador de aquella ciudad, José Garro, los desalojó, volvió a poder de ellos por disposición de Madrid en 1681, constituyéndose en avanzada política y militar portuguesa y centro del contrabando del Plata. En marzo de 1705 volvió a ser ocupada a raíz de un sitio, por los españoles; pero en 1715, por el tratado de Utrecht, España volvía a renunciar a Colonia. Prosiguiendo en sus propósitos de expansión en el Plata, en 1723, una expedición portuguesa al mando de Fonseca inició la construcción de fortificaciones en la bahía de Montevideo, por lo que el gobernador de Buenos Aires, Zabala, en 1724, los ahuyentó de allí, fundando una ciudad que fortificó: Montevideo. Pero en Santa Catalina y Río Grande el avance lusitano continuaba.

Para poner fin a sus continuas luchas, tanto en América como en Europa, España y

Portugal celebraron el tratado de "permuta" de Madrid, en 1750, por el cual el límite de las posesiones americanas entre el Atlántico y el río Uruguay, partiría de Castillos Grandes sobre el mar (nordeste de Maldonado) (croquis Op. Ia), siguiendo por la cuchilla Grande hacia las nacientes de los ríos Negro y Yaculiy, y de allí al Uruguay. En esta forma pasaban a Portugal todo el territorio de las Misiones Orientales y una gran franja fronteriza al Atlántico, a cambio de la Colonia del Sacramento. Comprendiendo el grave error de este límite, a poco de subir al trono, Carlos III suspendió su cumplimiento en 1760. Pero como los portugueses se mantuvieron en las regiones que les confería ese tratado y aún en Colonia, el gobernador Cevallos, en conocimiento de la guerra entre España e Inglaterra, en que Portugal intervendría a favor de la segunda, puso sitio a Colonia con 6.000 hombres y la tomó en noviembre de 1762. De allí pasó Cevallos a Maldonado, y en abril de 1763 conquistó el fuerte portugués de Santa Teresa, vecino a la costa Atlántica, lo mismo que el de San Miguel, situada más al noroeste, llegando después hasta Río Grande de San Pedro. La campaña fué aquí suspendida porque España adhirió al tratado de París (febrero de 1763), volviendo Colonia a los portugueses y quedando los españoles dueños de Martín García, Río Grande de San Pedro y los fuertes citados.

Ante el rechazo español al pedido lusitano de que se le devolvieran Colonia, Río Grande de San Pedro y los otros puntos conquistados, los portugueses iniciaron un avance hacia el sur, aunque lento, llegando al río Yacuhy, y atacaron Río Grande de San Pedro, aquí sin éxito. Expulsados los jesuitas de sus misiones por los españoles, los portugueses aprovecharon para intentar en 1770 apoderarse de esos territorios, fracasando al ser rechazados por tropas del gobierno de Buenos Aires, que después las guarnecieron, lo mismo que el fuerte de Santa Teresa.

Más tarde, para terminar con la acción de bandas de malhechores que saqueaban las haciendas en los dominios españoles y se refugiaban tras las líneas portuguesas, lo mismo que con el progresivo avance hacia el sur de establecimientos lusitanos, el gobernador Vértiz se propuso desalojarlos en 1773, fortificando Santa Tecla, punto de importancia operativa al norte de Bagé, lo que realizó con sus 500 hombres, llegando después a Río Grande de San Pedro; allí dispuso mejoramientos de la línea de defensa, pues en la margen opuesta los portugueses estaban fuertemente establecidos, regresando después a Montevideo. En este punto recibió orden de la Corte, del 5 de agosto de 1774, de recuperar dicha banda del río Grande de San Pedro, lo que no se hizo por falta de medios.

Por su parte, la corte portuguesa envió muy importantes refuerzos de tropas para proseguir la conquista territorial hacia el sur, acumulando unos 8.000 hombres en la margen norte del río Grande de San Pedro, donde ya estaban fortificados. Así, en abril de 1776, la muy débil guarnición española de dicha línea fué arrollada, perdiéndola España para siempre. Ante la amenaza que entrañaba el avance portugués, Vértiz marchó en seguida a Santa Teresa y se preparó a defenderse allí.

Como la corte portuguesa no diera explicaciones sobre estos actos, Carlos III envió en noviembre de 1776 una expedición de unos 9.000 hombres con naves de guerra y transportes, en total 116 embarcaciones, para operar represalias sobre las costas de Brasil, al mando de Pedro de Ceballos. En febrero de 1777, éste ocupó la extensa isla de Santa Catalina, frente al estado brasileño del mismo nombre. De allí planeó un ataque combinado de sus fuerzas, con la cooperación de las de Buenos Aires, desde Montevideo, sobre Río Grande de San Pedro; pero errores de cálculo de tiempo impidieron la llegada de las últimas, y el mal tiempo, obstaculizó la concurrrencia de toda la escuadra cuando Cevallos resolvió el ataque con las suyas solas. Por esto continuó hacia el Plata, dejando

para después la reconquista de Río Grande de San Pedro. Allí conquistó Colonia, que se rindió en junio de 1777. Recién en agosto, Cevallos, ahora virrey, partía de Maldonado hacia Santa Teresa, donde se encontraba Vértiz con las fuerzas de Buenos Aires. En ese punto recibió comunicaciones de que el rey de España había concedido la suspensión de las hostilidades a Lisboa; regresó entonces a Buenos Aires para ejercer sus funciones de virrey. Sucedió al armisticio el tratado preliminar de San Ildefonso, de octubre de 1777, en el que se establecía la devolución de la isla de Santa Catalina, ambas márgenes del Jacuhy y Río Grande de San Pedro a Portugal, a cambio de la Colonia del Sacramento y las Misiones Orientales. Comisiones de ambos países fijarían en seguida los límites precisos y definitivos entre las colonias de los pactantes. No obstante ese convenio, la demarcación no se realizó, pasándose muchos años, por discrepancias entre las comisiones, ocurriendo como antes incursiones de salteadores, y practicándose el contrabando a través de fronteras tan extendidas.

Así se llega a 1801 cuando España entra en guerra contra Portugal, la que se extiende a América, donde el comandante de las fuerzas de Río Grande invade el territorio vecino del sur, tomando los puestos españoles de la línea norte de Santa Tecla al mar. Un destacamento que manda hacia el oeste se apodera de los siete pueblos de las Misiones Orientales. Ante este avance, el nuevo virrey de Buenos Aires, Joaquín del Pino, cuyas fuerzas eran muy reducidas, se contrajo aceleradamente a constituir otras, adelantando después las de Cerro Largo, unos 500 hombres, para reconquistar las Misiones; pero dificultades de transporte, de clima y alimentación, las obligaron a retroceder. Entretanto, Cerro Largo, que había caído en poder del invasor, fué reconquistado por el subinspector marqués de Sobremonte, quien siguió hasta el río Yaguarón con sus 2.000 hombres, donde se detuvo por falta de caballos; allí fué enterado en diciembre de 1801 de la nueva paz entre España y Portugal, firmada en junio del mismo año. Así quedaron definitivamente perdidas las Misiones Orientales y el territorio al norte del Yaguarón, pues los sucesos posteriores en Europa y en el Plata, como se verá, impidieron a los españoles de América reconquistar los territorios que consideraban usurpados.

Las mencionadas operaciones españolas, fueron realizadas por fuerzas cuyas unidades de milicias, que las acompañaban, eran totalmente de criollos, y las veteranas contaban también con nativos. Estas actividades guerreras, como las de rechazo de piratas y corsarios, por consecuencia, dieron ya alguna experiencia militar y concepto de su capacidad a los americanos del Plata.

En 1807, cuando Napoleón hizo invadir Portugal, la familia real, el consejo de Estado, los ministros, la corte, etc., se trasladaron a Brasil, llegando allí en enero de 1808. Brasil fué constituído en reino.

Primera invasión inglesa. — En 1804 España declaraba la guerra a Gran Bretaña, por el hundimiento de un barco y el apresamiento de otros tres procedentes del Plata, que conducían más de tres millones de pesos oro. Aliábase así a Francia, ya en guerra con los ingleses. A principios de 1806, éstos, por razones comerciales (acortamiento de la ruta a la India) y militares (instalación de una base) habían ocupado la colonia del Cabo de Buena Esperanza, posesión holandesa, aliada de Francia. Una parte de las tropas de esa ocupación fué dirigida después al río de la Plata, el 14 de abril de 1806, aprovechando su débil estado defensivo y la imposibilidad de España de socorrerla a tiempo, luego de su derrota aniquiladora de Trafalgar (21-10-1805). El propósito era apoderarse de Buenos Aires, Montevideo y sus dependencias, aspiración acariciada de

años atrás [2] que se realizaba ahora para abrir un mercado al comercio inglés (Inglaterra era el país más fabril) y perjudicar a la enemiga, España. El comodoro Popham, iniciador — sin autorización de su gobierno — y jefe de la expedición, llevaba como jefe de las tropas al general Guillermo Carr Beresford. Sus fuerzas, reforzadas en Santa Elena, alcanzaron a unos 1.650 hombres (el famoso regimiento 71 de escoceses, un batallón de marina, otras pequeñas unidades y cuatro cañones). Entre los objetivos principales— Buenos Aires y Montevideo — se optó por la conquista del primero inicialmente, entre otras razones por su mayor debilidad defensiva y por la repercusión política que su caída produciría. El desembarco se produjo en los Quilmes, cercano a la capital, el 25 de junio de 1806. Sobremonte, poco preocupado de la defensa de la ciudad, e imbuído de la idea de que Montevideo o algún otro punto de esa banda sería elegido por los ingleses, caso de desembarcar — pues en Buenos Aires no babía puerto —, había mandado allí la mayor parte de sus fuerzas veteranas, quedando Buenos Aires sólo con los milicianos de caballería movilizados, y los blandengues. Con parte de estas tropas, en número de 500, y tres piezas, al mando del coronel Pedro Arze, se produjo un intento de detención del enemigo el 26, en el mismo Quilmes, mas ya a los primeros tiros de los escoceses surgió la retirada y subsiguiente dispersión de los bisoños y mal armados defensores, que dejaron sus cañones. Tras otro corto combate en Puente Gálvez, sobre el Riachuelo, el 27, en que los españoles muy poca tenacidad demostraron, el invasor ocupó la capital, de más de 45.000 habitantes, no defendida, pues al dirigirse Sobremonte con alguna caballería a la campaña, el Fuerte (brigadier Hilarión de la Quintana), sin un mando capaz y de prestigio, se entregó con su guarnición, y sus jefes, y el Cabildo, vecinos principales y comerciantes juraron obediencia ante el vencedor. El virrey prosiguió hasta Córdoba para preparar desde allí la reconquista, entregando previamente a los ingleses caudales equivalentes a 1.290.000 dólares.

Beresford no intentó — como fuera su propósito antes de ocupar Buenos Aires — proseguir con la conquista de Montevideo, para no dividir sus ya escasas fuerzas, esperando refuerzos que pidió a la ciudad del Cabo y a Gran Bretaña. Entretanto dictó disposiciones para facilitar el comercio libre y otras que le granjearan la simpatía de la población, en vista de la debilidad de sus tropas.

El capitán de navío Santiago Liniers — francés al servicio de España — enterado por sí mismo de los efectivos poco importantes del enemigo, del estado de animadversión y hasta de insurrección de los habitantes hacia los conquistadores, humillados por la forma en que había sido entregada la ciudad, a sólo dos días del desembarco, tomó a su cargo la empresa de desalojarlos, para lo cual se trasladó a Montevideo. Allí había tropas veteranas, y el gobernador Pascual Huidobro, de antes dispuesto a la reconquista, le facilitó 600 hombres, y con ellos y marineros franceses (370), desde Colonia, cruzó el río de la Plata burlando a los barcos de Popham, en la noche del 3 de agosto de 1806.

En ese lapso Juan Martín de Pueyrredón había reunido a los vecinos de los pueblos aledaños a la capital en el campamento de Perdriel (20 Km. al sur de la ciudad sobre la

[2] Los mismos americanos de distintas colonias españolas del norte, por sí o por emisarios, habían pedido a Gran Bretaña su cooperación, unos de tropas, otros de armamento y otros de dinero o combinadamente, para la rebelión e independencia, ofreciendo a cambio territorios o la restitución aumentada de los créditos. Entre 1777 y 1786 solamente, cuatro emisarios llevaron esos fines: D'Aubarde, Prado, Mendiola y Vidall. Algunos patriotas, como Mariño y el idealista precursor de la emancipación americana Francisco Miranda, pidieron esa ayuda sin entregas territoriales. Mas a pesar de su propósito — algunas veces de cooperación con los patriotas — concordante con sus intereses comerciales, Inglaterra no se había resuelto a causa de su política tornadiza aunque práctica de la época.

orilla derecha del río de las Conchas), obrando de acuerdo con Liniers. Alcanzó aquél a tener unos 650 hombres entre blandengues y voluntarios, casi todos de caballería, con 5 piezas de artillería de distintos calibres, que puso a las órdenes del comandante Antonio Olavarría. Beresford, enterado de estas actividades, salió hacia Perdriel con 550 hombres del 71 y 6 cañones, y el 1° de agosto en ese lugar, luego de un conato de combate, Olavarría abandonaba la lucha y la tropa se le dispersaba, dejando la artillería.

El 4 de agosto Liniers desembarcaba en las Conchas, donde se le unieron algunos grupos de los vencidos en Perdriel, recibiendo medios de transporte y de movilidad y toda clase de ayuda. Emprendida la marcha en días de lluvia y por malos caminos, se le fueron incorporando más voluntarios y cuando llegó a los Corrales de Miserere contaba arriba de 1.500 hombres. También Sobremonte marchaba desde Córdoba a Buenos Aires con un fuerte contingente de milicianos mal armados.

Por su parte, el general inglés estaba resuelto a oponerse en campo abierto a los españoles, descontando allí su triunfo, en vista de la veteranía, disciplina y mejor armamento de sus fuerzas para esa lucha, pero la fuerte y prolongada lluvia mencionada, tornando muy difíciles los caminos para sus tropas mal dotadas y faltas de caballos, lo impidió.

Pensó más adelante en la retirada, atento a la superioridad numérica del enemigo (comprendida la población de la ciudad), la agresividad que ahora demostraba ésta y la merma de abastecimientos, de que empezaban a sufrir sus fuerzas. Empero, como resultaba imposible reembarcarse frente a la ciudad, creyó poder hacerlo en la Ensenada, mas entonces los acontecimientos se precipitaron y ya no fué realizable. En efecto, el 10 de agosto, Liniers le intimaba rendición; el 11 ocupaba la Plaza de Toros (cerca del Retiro), en el momento con 1.936 combatientes; y el 12, con mañana neblinosa, emprendía el ataque a la ciudad con tropas a pie y cañones, por todas las calles que concurren a la Plaza Mayor (hoy de Mayo), librándose el combate principal en ésta, donde los ingleses se defendieron, siendo al fin vencidos, rindiéndose.

160 entre muertos y heridos y 1.200 prisioneros, 35 cañones, 1.600 fusiles, las banderas y estandartes ingleses quedaron en la ciudad victoriosa; una acción en localidad de carácter aniquilador. Los reconquistadores tuvieron 186 bajas. El fracaso de esta primera expedición inglesa se debió a la insuficiencia de los medios utilizados para obtener el objetivo político y estratégico propuesto.

Las fuerzas de milicias reunidas por Sobremonte llegaban el día de la reconquista al arroyo Pavón, en la provincia de Buenos Aires de entonces.

El 14 de agosto Liniers era encargado de las fuerzas de mar y tierra, por imposición popular frente a un cabildo abierto de peninsulares. Fue ésta una primera y verdadera revolución de los criollos de Buenos Aires. El virrey Sobremonte, desprestigiado, pasó a Montevideo. Los prisioneros fueron distribuídos en el interior, también por imposición popular.

En previsión de nuevos ataques ingleses, ya que la escuadra enemiga bloqueaba el Plata y Maldonado [3], y era base eventual de operaciones inglesa, se tomaron disposiciones

[3] Popham informó al almirantazgo inglés que los criollos creyeron que la expedición era para darles la independencia y los esclavos la libertad, y que si Beresford les hubiera asegurado esa independencia no se habría realizado la reconquista.

En cuanto a los nativos, que era la masa de la población — pero especialmente los llamados criollos— dominio por dominio, prefirieron el de los españoles, de que la mayoría llevaba la sangre, la religión, etc.

defensivas; entre ellas la organización de nuevas unidades de criollos con milicianos voluntarios de caballería e infantería de la capital e interior, lo que se hizo por aclamación del pueblo. "Patricios"se llamaron los cuatro batallones (1.200 hombres) de Buenos Aires, el cuerpo más numeroso, mandado por Cornelio Saavedra. Así las fuerzas de Buenos Aires fueron principalmente de nativos (5.100 sobre 8.000).

Segunda invasión inglesa. — Conocido el éxito inicial en el Plata, el gobierno de Gran Bretaña quiso consolidarlo, enviando a Samuel Auchmuty, el 11 de octubre de 1806, con 3.000 hombres, para reforzar a Beresford, y el 12 de noviembre, otras a Chile con Craufurd (4.000), para conquistarlo e impedir una eventual cooperación hacia Buenos Aires. Mas ante la rendición de Beresford, fué dispuesto que ambas agrupaciones concurrieran a retomar Buenos Aires.

Antes de la llegada de las antedichas tropas, 1.930 hombres, procedentes del Cabo de Buena Esperanza, conquistaban Maldonado a fines de diciembre y tomaban Montevideo — primer paso para la conquista de Buenos Aires — el 3 de febrero de 1807, ya reforzados con los de Auchmuty, luego de un sitio de diez y siete días. En la defensa de la ciudad colaboraron algunas tropas de Buenos Aires (quinientos veteranos); otros dos mil voluntarios al mando de Liniers que concurrían allí no llegaron a tiempo. Como en 1806, Sobremonte demostró también ahora gran incapacidad — al salir de la ciudad pensando mejor defenderla —, siendo después destituído y arrestado por exigencia del pueblo de Buenos Aires (10 de febrero de 1807). Colonia también fué ocupada por los ingleses. Desde Buenos Aires se intentó su reconquista con unos 1.500 hombres al mando del coronel español Francisco Javier Elío, pero éste fué sorprendido el 8 de junio y vencido en arroyo San Pedro, debiendo regresar con las tropas restantes a Buenos Aires.

A la llegada de las fuerzas destinadas primeramente a Chile, y del general Juan Whitelocke, éste, como comandante en jefe de las fuerzas — unos 11.000 hombres —, se iniciaron en seguida las operaciones sobre Buenos Aires. Dejando sólo 1.700 para guarnecer Montevideo, con las demás, el general inglés desembarcaba en la Ensenada de Barragán (50 Km. al S E. de Buenos Aires), — a la sazón desmantelada su batería por Liniers — en los días 28 y 29 de junio. Los defensores de la capital alcanzaban a 8.600, de los cuales sólo 850 eran veteranos. En ejecución del avance, la vanguardia inglesa de 2.000 hombres, al mando de Grower, fué adelantada para apoderarse de los Corrales de Miserere. El día 2 esta fuerza debió ser detenida por la mayor parte de las de la defensa, mandadas por Liniers, en la línea de Riachuelo, pero éste, al saber que una columna enemiga pasaba aguas arriba de su posición, cruzó al sur del arroyo para atacarla por el flanco, llegando tarde. Tornó entonces a la margen izquierda, donde dejó una parte de sus fuerzas, y se dirigió con el resto a los Corrales de Miserere para cerrar a la vanguardia enemiga la entrada a la ciudad. En un combate de encuentro allí producido entre partes de las tropas de ambos adversarios, las españolas fueron arrolladas y dispersas, debiendo Liniers, cortado de la capital, dirigirse hacia la Chacarita. Grower se limitó a posesionarse de Miserere debido a haber entrado la noche, al mal estado de los caminos, al cansancio de la tropa y al desconocimiento de la situación del grueso, retardado en el avance por un cambio de dirección hecho desde Quilmes al SO. para despuntar el Riachuelo. Por ello la plaza pudo continuar febrilmente sus preparativos defensivos cuando conoció el descalabro de Miserere, incorporándose a ella 2.000 hombres de los que no habían combatido en los Corrales, fortificando las calles y reuniendo la artillería alrededor de la Plaza Mayor a órdenes de Juan Bautista Azopardo. Así, tropas, vecinos y aún mujeres y niños, cada uno con sus medios — armas, granadas de mano, piedras, agua hirviendo, etc. —, coronaron

las azoteas para rechazar el ataque si se producía en la noche del 2, todo bajo la dirección del enérgico Martín de Alzaga, que ya había cooperado en el rechazo de la primera invasión. En esta forma, cuando la población, pasado el estupor de la primera derrota de sus fuerzas en campaña, vió adelantados los preparativos, se reanimó, dispuesta a la lucha. El 3, también podía Liniers entrar a la plaza, con 1.000 hombres reunidos y se hacía cargo de la defensa; el día antes había sido nombrado virrey interino.

Whitelocke continuó el avance, mas demoró el ataque ocupado en preparativos y por lo lluvioso de esos días, hasta el 5, en que desencadenó el asalto. El 2 y 3 de julio había intimado rendición a la plaza, sin resultado. Desde el oeste de la ciudad varias fueron las direcciones de avance de las columnas inglesas a través de ella, las que debían llegar hasta "la orilla del río", luego de arrollar a las fuerzas enemigas. Las trece columnas de ataque contaban en total 5.020 hombres (había 1.500 más en Quilmes). En su avance las columnas 1 y 2 (extremo derecho) se apoderaron de la Residencia (manzana de Balcarce, San Juan, etc.) la 3 (calle Venezuela) con parte de la 4 (Belgrano), luego de que la primera sufriera grandes bajas en un avance hacia la Plaza Mayor, ocuparon Santo Domingo, pero, atacadas allí por todos lados, tras la lucha más prolongada y tesonera del día, debieron rendirse en número de 600; la columna 6 (Sarmiento) también sufrió enormes bajas y luego se rindió; las columnas 7 y 8 (Corrientes y Lavalle), debieron rendirse, tras fuertes pérdidas; en cambio las columnas 9 al 13, en la parte izquierda del dispositivo, consiguieron apoderarse de las Catalinas, Retiro y la Plaza de Toros, donde se rindieron unos 600 hombres y fueron muertos y heridos 245 de la defensa. Al terminar el día 5 la parte fundamental del sistema defensivo está incólume, sólo han caído sus puntos extremos, inconexos con el centro. Los atacantes han perdido, entre muertos, heridos y prisioneros un efectivo de 2.800 combatientes, mientras los españoles, de sus superiores efectivos, sólo 1.600. Todavía el 6 se combatió. Pero ante el fracaso sangriento en la acción táctica, Whitelocke aceptó el día 7 las condiciones definitivas de un acuerdo por el cual los ingleses reembarcaban sus fuerzas, devolvían Montevideo [4] y los adversarios cambiaban los prisioneros de ambas invasiones. Cumplióse lo pactado.

Consecuencias de estas invasiones. — Los referidos triunfos sobre los ingleses fueron produciendo sus consecuencias. Al sentirse agrupados en unidades de tropas — pocas en la primera invasión y más numerosas en la segunda —, representando una importante fuerza material y moral, a la vez que por su participación destacada en las luchas victoriosas, frente a las arrogantes, veteranas y valerosas tropas inglesas, los criollos tuvieron el convencimiento de que, aparte de su valor personal para la lucha singular con la naturaleza, los animales salvajes y el indio — ya probado y sobre lo que no cabían dudas — así mancomunados ahora, reunidos en unidades, algo organizados, y mandados por criollos, constituían un poder que, además de no desmerecer comparado con el de los españoles, unidad por unidad, siendo superiores numéricamente y, junto con la tropa, la población, podían imponerse a sus adversarios. Esto lo comprendían ya en 1807 los pocos

---

[4] Por la entrega de esta plaza, que se reputó en Inglaterra un gran error — y lo era — y pudo evitar Whitelocke al tratar la capitulación, como por su fracaso general, este general fué expulsado del ejército inglés y se le declaró inepto.

En julio de 1808 estaba a punto de salir una tercera expedición inglesa al Plata con unos 8.000 hombres, esta vez con el propósito de producir la independencia del virreinato, cuando Inglaterra, de enemiga de España, se transformó en aliada, a raíz del alzamiento general en la Península contra Napoleón. Así, esa fuerza ya lista fué destinada a cooperar con los españoles para debilitar a Napoleón, dueño de la Europa continental. Para la dicha expedición frustrada Montevideo hubiera sido una excelente base de operaciones en poder inglés.

que creían que la libertad y aún la independencia vendrían más o menos pronto para el Plata. Y ello era evidente, pues la opinión popular había obligado a las autoridades españolas a doblegarse a sus imposiciones: Liniers como jefe de las fuerzas — 14 de agosto de 1806 — y destitución de Sobremonte (10 de febrero de 1807), lo que era mucho en aquel sentido, aunque la masa ciudadana no hubiera aún captado suficientemente su repercusión. Así, tanto el pueblo armado como el inerme, empezó a tener conciencia — despertado el espíritu guerrero por los acontecimientos bélicos — de su poderío, juntamente con la persuasión de que los nativos eran iguales de los españoles europeos, no más sus siervos. Por ello, cuando los europeos pretendieron disolver los cuerpos criollos ó disminuir sus efectivos, éstos y la población se opusieron. Contribuyó a acrecentar el concepto de la suficiencia de los nativos el buen desempeño de sus jefes, frente a la incapacidad y, en casos, cobardía (Sobremonte), demostrada por la conducción política y militar de los españoles. Comprobaron también que, dentro de la situación internacional del momento, la metrópoli española poco contaba como apoyo y gravitación en los acontecimientos.

Desde el punto de vista político las invasiones inglesas contribuyeron a expandir las ideas de emancipación de los hombres ilustrados y representativos, especialmente de los criollos [5].

Otros sucesos. — Poco tiempo antes de las invasiones inglesas (octubre de 1805), España había perdido en Trafalgar los restos de su poder marítimo, desastre de funestísimas consecuencias — que hay que recalcar — para el mantenimiento y dominio de sus colonias.

Dos bandos surgieron de los últimos hechos del Plata, uno de patriotas o americanos principalmente, y otro de españoles o realistas, en su mayor parte, y sus tropas respectivas, los que se pusieron en pugna luego de las invasiones. Jefe natural del primero era Liniers; del segundo, Alzaga. En 1808 Liniers fué nombrado virrey efectivo, y se recibían en Buenos Aires sucesivas noticias sobre la abdicación del rey Carlos IV de España, en su hijo Fernando VII, y el cautiverio de éste, junto con la instauración de la dinastía napoleónica, con José Bonaparte, en la madre patria, ocupada por los franceses, so pretexto de pasar a Portugal y llegar a Lisboa. Aunque indirectamente, la empresa napoleónica en Europa y especialmente contra España, influyó en el Plata. En la Metrópoli el pueblo español se rebeló contra el usurpador el 2 de mayo de 1808 y formó "juntas de gobierno", para organizar la guerra contra aquél.

En América, previendo los sucesos, tanto los patriotas [6] como los españoles europeos pretendían para sí el gobierno, cuando España quedara separada de hecho de las colonias, cosa que creían, y ello, para independizarse los primeros y continuar el dominio en América, los segundos, en una situación en que los criollos decían deber obediencia sólo

[5] Ante el fracaso de la conquista territorial los británicos cambiaron de plan ahondando ahora la idea de independencia en el Plata, con lo que igualmente obtendrían la conquista de mercados para sus manufacturas.

[6] Cuando decimos "patriotas" no ha de entenderse que nos referimos exclusivamente a los americanos, porque entre los españoles peninsulares afincados o avecindados en el país, hubo muchos, en este momento y durante la guerra de la independencia, que defendieron los intereses políticos y económicos de los nativos, contra los otros españoles europeos, en su mayoría los de permanencia transitoria o temporaria (funcionarios de la Corona, traficantes, etc.) que sólo atendían a conveniencias e intereses de la Metrópoli o propios. A la inversa, hubo nativos fieles a la Corona y a sus autoridades en las colonias. Entran también, por supuesto, en la designación "patriotas" los mestizos nativos, y éstos, por extensión en la de "criollos", aunque por tales se conocían antes de 1810 a los de pura sangre blanca nacidos en América.

al rey ausente — dueño de las colonias — y no al usurpador, ni a España, ni a los españoles, según interpretaciones de la misma Corona española de la Constitución Colonial de América.

Ya en 1808 algunos patriotas osados, Manuel Belgrano, Saturnino Rodríguez Peña, Castelli, Pueyrredón y otros, iniciaron gestiones para crear un primer gobierno nacional [7] monárquico en el Plata, con la princesa Carlota de Brasil (reina de Portugal), hermana de Fernando VII, proyecto que luego fracasó, descartándose esta equivocada elección. Pero al revés de las diferencias sobre el sustituto del rey en las colonias, casi todos llegaron a unirse contra la nueva dinastía impuesta por Napoleón en la Península.

Los españoles del Plata pretendían abatir al virrey Liniers, por francés — condición que consideraban incompatible con el ejercicio del gobierno — y por ser la cabeza visible de los patriotas, sus enemigos políticos. Para indisponerlo ante la Junta Central de España y removerlo del cargo enviaron aquéllos allí sus agentes.

Convencido Alzaga de que con las solas fuerzas que le respondían en Buenos Aires (cuerpos de Catalanes y Gallegos) no podía derribar a Liniers — a quien los parciales de aquél acusaban, lo mismo que a los que lo apoyaban, de traidores, por suponérselos dispuestos a entregar la colonia a Bonaparte — buscó la cooperación de Elío, gobernador de Montevideo. Este resolvió prestársela, rebelado ya contra el virrey, tras algunas incidencias, al que exigió la renuncia, declárandose independiente de su autoridad. Creóse allí una Junta gubernativa con puros españoles peninsulares, a imitación de las de España, presidida por Elío, nombrado en cabildo abierto, cosa que en 1810 repetirían los criollos en Buenos Aires, contra los españoles, aunque con otra tendencia. Así siguió la descomposición de la autoridad en la colonia del Plata, por propia acción de los peninsulares.

El 19 de agosto llegaba a Montevideo el brigadier José Manuel Goyeneche, enviado de la Junta de Sevilla, para hacer conocer en el Plata y Perú, la declaración de guerra a Francia y el armisticio con Inglaterra.

No obstante la alianza de los españoles europeos de una y otra banda del Plata contra Liniers, éste, en situación equívoca y difícil, pudo aún mantenerse un año en el gobierno, pero sin atreverse a someter por la fuerza a su subordinado rebelde, quien repelió al sustituto Michelena designado por Liniers. De esa dicha ruptura parte la escisión entre Montevideo y Buenos Aires, la que agravada por otras causas después de

[7] Los movimientos revolucionarios (algunos separatistas) de las colonias españolas se inician casi en seguida de la conquista. Ya en el siglo XVI fueron cuatro (uno en el virreinato de Perú, otro en el reino de Guatemala, un tercero en el virreinato de Nueva España y un cuarto en la audiencia de Quito). Muchos otros hubo después, siendo los más notables uno de 1659 y otro de 1799 en Nueva España. Antequeda se alzó en Paraguay en 1717, manteniéndolo independizado hasta 1725 en que fué dominado por fuerzas de Buenos Aires del gobernador Bruno Mauricio de Zabala. En este mismo siglo XVIII se realizan otros intentos rebeldes. Es de haeer notar, sin embargo, que easi todos ellos son encabezados por españoles peninsulares, desconformes con disposiciones reales que coartan sus libertades o por abusos económicos o sociales de la corte o de sus autoridades en la colonia. Varias de esas rebeldías persiguieron una autonomía comunal. Los movimientos del primer decenio del siglo XIX se citan en el capítulo siguiente. Ellos asumen un carácter más definidamente separatista.

Además de esos intentos de los blancos, hubo también un crecido número de levantamientos indios durante los siglos XVI a XVIII (en Nueva España, Perú, Alto Perú, Chile, etc.); pero de carácter separatista y realmente imponente por lo numeroso de las fuerzas fué el de Tupac Amaru (José Gabriel Condorcanqui) en Perú. Esta revolución, con actos de terrorismo y sangre, pareció indoblegable. Finalmente fué vencida, dándose muerte a los principales jefes. Reproducida tres años después por Tupac Inga Yupanqui (Felipe Velasco), terminó tras luchas sangrientas en julio de 1783, con el descuartizamiento de ése y otro jefe. Los levantamientos en las Misiones Orientales, que asumen el carácter de importantes hechos de guerra, se esbozan en la VI Parte, Guerra con el indio, Cap. II,

1810 [8], contribuyó a la separación e independencia del Uruguay del conjunto político argentino.

La audiencia de Buenos Aires, viendo la influencia que la teoría esgrimida por Montevideo para la separación podía tener como precedente, apoyó a Liniers, ordenando por dos veces la disolución de aquella junta, mas no fué acatada.

Intentona del 1° de enero de 1809. — Como complemento de la Junta de Montevideo y haciendo propicia la victoria de Bailén contra los franceses en la Península, se pensó crear otra central en Buenos Aires, basándose el propósito en la cooperación — también por algunos criollos como Belgrano y Moreno — de casi todas las unidades de españoles europeos de esta guarnición, ya que las de criollos se sabía respondían a Liniers. Para aquel fin, el 1° de enero de 1809, aprovechando una reunión de carácter interno del Cabildo, en connivencia con éste, algunas unidades de españoles europeos y pueblo, llegando a la Plaza Mayor, pidieron a gritos la creación de una junta y la deposición del virrey Liniers, pero los batallones de Patricios, a órdenes del comandante Saavedra, ocuparon los baluartes de la fortaleza y luego, con la unión de otros cuerpos criollos y españoles adictos al virrey, hicieron fracasar la intentona. Los alzaguistas no se desanimaron en su intento y obtuvieron de Liniers que, para evitar efusión de sangre, presentase su renuncia, sabido lo cual por los jefes de unidades que lo apoyaban, con éstas, y Saavedra a la cabeza, y en son de lucha, penetraron en la Plaza Mayor, y luego, los jefes pasaron al recinto del gobierno, donde anularon la decisión del virrey, aclamando a éste, unidades y pueblo. No obstante lo dicho, un conato de resistencia de algunas tropas españolas fué vencido por un amago de carga de los Patricios. A raíz de estos hechos los cuerpos españoles sublevados contra Liniers fueron desarmados, quedando más manifiesta la superioridad de las fuerzas nativas y el predominio político de las tropas patriotas, aunque Liniers perdía ascendiente. Alzaga y los jefes militares adictos a él fueron deportados a Carmen de Patagones.

"Las ideas liberales de los invasores, la reconquista, la cabildada del 14 de agosto de 1806, la organización de las fuerzas milicianas, base futura de la revolución, la junta de guerra de febrero de 1807 (nuevo cabildo abierto), la defensa de 1807 frente a la segunda invasión, la invasión napoleónica a España, la abdicación de Carlos IV, los sucesos de Bayona, la llegado de la corte portuguesa a Río de Janeiro, las tratativas de protectorado portugués en el Río de la Plata, los proyectos, intrigas y afanes carlotistas, la competencia de autoridades (entre españoles) y el movimiento de enero de 1809 alteran el régimen colonial. Forman en su conjunto la vertiente caudalosa y favorable para el curso de la revolución" (Canter). Es la liquidación del régimen político español.

A mediados de 1809 llega al Plata el teniente general de marina Baltasar Hidalgo de Cisneros, nuevo virrey, nombrado a raíz de los trabajos de la Junta de Montevideo, por la Junta Central de España, en sustitución de Liniers. El deseo de algunos jefes de tropa de oponerse a la entrega del mando no llegó a uniformarse con los demás, no obstante que Saavedra y Martín Rodríguez lo apoyaban, pues los comandos de unidades españolas europeas y otros de criollos se mostraron irresolutos. En esta forma se había esterilizado el éxito obtenido por los criollos del 1° de enero. Volvióse entonces al propósito

[8] Con motivo de la reconquista de Buenos Aires, los de Montevideo se la adjudicaban y huho hasta peleas entre las tropas de Buenos Aires y las venidas de la Banda Oriental, por lo que debió hacerse regresar a éstas. Esto confirma la animosidad siempre existente, fundamentalmente por causas económicas. Con Artigas, después de 1810, la escisión de 1808 se mantuvo, y ya nunca más soldó (ver IV Parte, primer período, Caps. II a XI).

propiciado ya por Belgrano de colocar a la princesa Carlota en el gobierno, apoyado por las fuerzas, que se comprometieron a ello, pero la princesa no se decidió.

Durante su gobierno, Cisneros disolvió la Junta de Montevideo; nombró al general Nieto jefe de las fuerzas de esa plaza y concedió el comercio libre limitado. Las autoridades de la península autorizaban a la vez la representación de las colonias en las cortes españolas con los mismos derechos que los pueblos de la Metrópoli.

Pero en el Plata subsistió el afán español de debilitar a las tropas nativas, ya que la fuerza pública reposaba en ellas, y el nuevo virrey carecía de apoyo material en Buenos Aires, contando sólo con las unidades de españoles de Montevideo, insuficientes y alejadas para imponerse en la capital. Pretendió entonces conciliar las tendencias opuestas de los dos partidos, con miras a debilitar el poder de los patriotas, pero no lo logró. A las dificultades políticas del gobierno de Cisneros, se sumaban las económicas, derivadas de los expendios extraordinarios originados por las invasiones inglesas, de los gastos excesivos en el período de Liniers, del mantenimiento de numerosas tropas movilizadas, y de la escasez de rentas públicas por las restricciones inmorales españolas al comercio. Por ello el virrey estableció en octubre de 1809 el comercio libre (especialmente con Inglaterra) [9]. Esta medida trajo un rapidísimo mejoramiento financiero y económico, y por consecuencia, de vida en la colonia, pero, fué tardío para España, y provechoso para los nativos, pues las concesiones hechas por Cisneros, a la vez que le atrajo la malquerencia de los monopolistas, habían renovado las esperanzas de libertad de aquéllos. Sin embargo, la ejecución de los prisioneros tomados por Goyeneche en La Paz, a raíz de un levantamiento sofocado, y las prisiones de los dirigentes de la revolución de Chuquisaca, autorizadas por Cisneros, le hicieron odioso a los americanos, que lo consideraban su verdugo.

Con la creación del periódico "Correo del Comercio de Buenos Aires", propiciado por Cisneros y dirigido por Belgrano, cuyos artículos no fueron sino acusaciones en forma velada contra el gobierno español, empezó la conspiración. Por otra parte, con propósitos definidos de libertad, los patriotas tenían organizada una sociedad secreta para deponer a las autoridades españolas en cuanto llegara la oportunidad. Así, a los tres años de las invasiones inglesas, mucho habían evolucionado y progresado las ideas, y los hechos políticos, económicos y militares, y los dirigentes porteños ilustrados marchaban hacia un fin concreto, el del gobierno propio, en el que el pueblo los acompañaba por instinto.

Los días de Mayo. — Saavedra, jefe del regimiento Patricios y columna principal de apoyo para un movimiento, demoraba su decisión para intervenir en el estallido esperando que Sevilla cayese en poder de los franceses. Por fin, en mayo se supo que éstos habían logrado conquistar ese punto — del cual había huído la junta central —, y amenazaban Cádiz, último baluarte de la independencia española, dejando sin autoridad metropolitana a las colonias de América. Con esto caducaba de hecho el mando de Cisneros. Mas éste, sin autoridad ni fuerzas morales, ni materiales, quiso detener o retardar la revolución que se avecinaba, con una proclama en que se ocultaban los hechos principales y se aconsejaba esperar nuevas noticias. Por su parte, el 18 de mayo, Belgrano y Saavedra piden al alcalde gestione un cabildo abierto. El 20, Cisneros, convencido de que debe acceder a ello o enfrentar un tumulto popular, quiso consultar la opinión de los jefes militares para decidirse, de lo cual surgió, por boca de Saavedra, que las tropas nativas no lo apoya-

[9] Tal disposición fué adoptada en atención al dicho estado del erario y a la famosa "Representación de los Hacendados" — éstos principales interesados en la libertad de comercio — efectuada por Mariano Moreno, y no obstante la oposición de los comerciantes españoles monopolistas — que tampoco quisieron suscribir un empréstito —, y del Consulado.

rían para mantenerse en el poder. Ante la pasividad de Cisneros que ni ante esto se decidía, los dirigentes revolucionarios acordaron imponerle, en nombre del pueblo y de las tropas, por intermedio de Castelli y Martín Rodríguez, la convocatoria inmediata del cabildo abierto — un congreso popular —, para que el pueblo deliberara sobre su suerte, pero sus representantes nada concreto obtuvieron. Entonces, el 21 el pueblo pidió a gritos el dicho cabildo, que el virrey hubo de conceder. El 22 se reunió el Cabildo. Entre las varias tendencias, la de continuar el virrey, la de que tomara el Cabildo el gobierno interino, y la de que se formara un gobierno propio, triunfó ésta, delegando la elección de la junta de gobierno en el Cabildo, que ahora contaba con la mitad de criollos. El 23, luego de largas deliberaciones, el virrey caducó en su autoridad, que pasó al Cabildo. El 24 esta entidad pretendió encabezar la junta provisional con la persona de Cisneros, quien tendría además el mando superior de las fuerzas, es decir, que continuaría en manos de los españoles el poder, en lo que fué apoyado por Saavedra y demás jefes de tropa, pero el pueblo, sabida esta resolución, en manifestación de fuerza, acaudillado especialmente por French y Berutti, se congregó en la Plaza Mayor protestando contra ella y teniendo ahora a su favor las unidades de tropa. El mismo 24 Saavedra y Castelli se presentaron al virrey intimándole dejase el mando, y éste, viéndose abandonado de todos, renunció a su nuevo cargo. El 25 volvió el pueblo a la plaza, mientras las tropas permanecían acuarteladas. El Cabildo reuníase para considerar la renuncia de Cisneros, cuando llegó una representación popular encabezada por French y Berutti, exigiendo la deposición de Cisneros. Entonces el Cabildo llamó a los jefes de unidades para reprimir por las armas lo que consideraba una asonada, pero éstos no lo apoyaron. Finalmente, el pueblo se impuso al Cabildo exigiendo la constitución de una junta gubernativa de las Provincias del Río de la Plata, de 7 miembros, que éste proclamó, con la condición de que debía enviarse una expedición de 500 hombres para que auxiliase a las provincias, a fin de que eligiesen libremente sus diputados a un Congreso General, que debía estatuir sobre la forma de gobierno. El presidente de la junta provisional, Cornelio Saavedra [10], juró entre otras cosas, mantener la integridad territorial bajo el cetro del cautivo Fernando VII, guardando las leyes del reino [11].

Este cambio local o municipal, de carácter fundamental en Buenos Aires, si bien realizado bajo la presión de las fuerzas revolucionarias y el pueblo, se produjo, pues, sin efusión de sangre.

No está demás decir que en las provincias del interior, por el alejamiento y poco contacto con el exterior, las nuevas ideas europeas habían entrado muy poco hasta 1810, y que allí no se habían producido luchas con los extranjeros, es decir, que el espíritu guerrero sólo surgía de la guerra con el indio, en algunas provincias, y que los pueblos hacían una vida apacible, de añejos hábitos, con gran respeto por la autoridad. Además, salvo alguna propaganda circunscrita, la revolución no había sido preparada en el resto del país.

El 29 de mayo, por decreto de la junta provisional, se crean con las unidades de voluntarios milicianos los regimientos 1, 2, 3, 4 y 5 de infantería de línea, base de nuestro ejército permanente.

---

[10] Le acompañaban como vocales Manuel Belgrano, Juan José Castelli, Manuel Alberti, Domingo Matheu y Juan Larrea y como secretarios Juan José Paso y Mariano Moreno. Dos eran peninsulares.

[11] Razones políticas y militares aconsejaban disfrazar así el propósito real de independencia absoluta que motivó la revolución, para impedir una acción que podía ser conjunta de Inglaterra con su aliada España y de los portugueses de Brasil; además, se pretendía hacer menos tenaz una oposición de los españoles europeos leales a España, evitando una guerra civil de grandes proporciones. Por otra parte, con este expediente podía argüirse que el nuevo gobierno no era rebelde.



Brigadier de armada Santiago de Liniers y Bremont

Los grados militares con que aparecen en esta iconografía los distintos conductores, son en general los del último ascenso por ellos obtenido, de manera que muchos no corresponden a los que tenían en la guerra o campaña en que hemos incluido sus retratos. Por otra parte, en su mayoría, esos jefes han intervenido en más de una guerra o campaña.



General Guillermo Carr Beresford



Teniente general Juan Whitelocke



Comodoro Home Popham



Dragones de la Patria

CAPITULO III

SITUACION POLITICO-MILITAR DE LA AMERICA ESPAÑOLA EN MOMENTOS DE LA REVOLUCION DE MAYO*

En la primera década del siglo XIX, pero especialmente en los años postreros de ésta, se produjeron distintos levantamientos de criollos contra las autoridades españolas, ciertos de ellos con miras visibles a la independencia, logrando en algunos casos constituir nuevos gobiernos. Los principales ocurrieron en Méjico, Caracas, Cartagena, Colombia, Chuquisaca, Charcas (V-1809), La Paz (VII-1809) y Quito (VIII-1809), pero, por su carácter parcial y local, a la vez que por no coincidir ellos en tiempo, como por el escaso concurso popular, en relación con los medios del adversario, estos conatos de independencia y libertad fueron fácilmente sofocados y en general sacrificados sus jefes, a veces en forma inhumana. Las causas que motivaron esos movimientos, con pequeñas variantes, son las mismas reseñadas para la revolución en el Río de la Plata.

No obstante el aniquilamiento de esos focos, las ideas de libertad siguieron propagándose, especialmente en los años precedentes a 1810, de manera que a mediados de este año en casi todas las colonias era intenso el fervor por la independencia.

Mas, si bien en las colonias españolas fermentaba la pasión por la libertad, particularmente en sus minorías ilustradas, en el momento de constituirse la Junta de Mayo no había más levantamiento popular y lucha que el de Quito, que perduraba desde 1809, y, por consiguiente, tampoco más operaciones militares en todo el ámbito americano que dividieran la atención española y su poderío. Así, el Plata estaba por el momento casi sólo frente a una previsible e inmediata reacción realista en el sur del continente. Eran sin embargo de esperar otros levantamientos, es decir, aliados naturales, [1] tanto más factibles y extendidos, cuanto mayores fueran los éxitos militares de los revolucionarios del Plata, por las derrotas que infligieran a las fuerzas realistas y los territorios y recursos que de sus resultas liberaran del dominio adversario. En cambio, no debían esperar ayuda ni alianzas del exterior.

***Ver Croquis General (América del Sur).**

[1] Efectivamente, pronto, en el mismo año 1810, ocurrieron los movimientos revolucionarios de Chile, Nueva Granada y Méjico; en Caracas (Venezuela) ya antes, en abril, los criollos habían suplantado el gobierno español por una Junta. Si bien en un primer momento — excluído Méjico — fueron incruentas, sucesivamente debieron conservar y extender su dominio por las armas, porque, salvo Chile, que no obstante debió luchar, no contaron con el apoyo unánime de todas sus provincias y ciudades importantes. Las que se mantuvieron fieles al gobierno español, colaboraron con las fuerzas realistas, lo mismo que Perú y Centro América, donde no hubieron levantamientos. Es de hacer notar que, con excepción de Méjico y Nueva Granada, las otras colonias levantadas no manifestaron de inmediato sus propósitos separatistas; ya sabemos que en el Plata se los cubrió con el manto de la obediencia a Fernando VII y a las leyes del reino hasta 1816 — cuando se declaró enfáticamente la independencia — aunque la Asamblea del año 1813, con sus actos, lo había hecho prácticamente.

CAPITULO IV

CAUSAS DE LA ACCION BELICA PATRIOTA. TEATROS DE OPERACIONES Y CARACTERISTICAS GENERALES DE ESTA GUERRA

Causas de la acción bélica. — Resuelto favorablemente por la fuerza el acto político del primer gobierno patrio, local y circunscrito a la ciudad de Buenos Aires, el 25 de mayo de 1810, este gobierno tenía una muy ardua tarea, también política, que cumplir: la de extender al resto del virreinato el dominio de la revolución. Ante tal propósito era ilógico creer que el poder español en el virreinato y en el resto de América quedara anonadado o impasible y que su autoridad y fuerzas militares se entregaran sin más. Eran de esperar, pues, cruentas luchas para la revolución de Buenos Aires. Por consiguiente aquella tarea debía cumplirse con la fuerza de las armas y resolverse en los campos de batalla terrestres, marítimos (Atlántico y Pacífico) y fluviales (cuenca del Plata).

Teatros de operaciones. — En el transcurso de la guerra de la independencia fueron teatros de operaciones terrestres:

En el este, la Banda Oriental y la región del litoral argentino; en el nordeste, Paraguay y las zonas adyacentes a los ríos Paraná y Paraguay; en el noroeste, Alto Perú (hoy Bolivia) y las provincias de Salta, Jujuy y Tucumán, actuales; en el oeste las hoy provincias de Mendoza, San Juan y La Rioja y las chilenas de Coquimbo, Santiago y Concepción; finalmente, y trasladada la guerra lejos de las fronteras de la actual Argentina, el teatro de operaciones de Perú.

Características generales de esta guerra. — Antes de entrar a relatar los hechos, es del caso decir que la guerra de la independencia presenta características especiales, influídas en modo particular por el medio geográfico, que la diferencian notablemente de las guerras europeas contemporáneas. La enorme extensión de los teatros de lucha, las colosales longitudes de las líneas de comunicaciones y la gran pobreza de poblaciones y recursos, imprimieron a las operaciones un sello particular. Resultó una guerra de procedimientos orgánicos, tácticos, estratégicos y logísticos distintos. Así se explica que tropas bisoñas, mal armadas y equipadas en general, pero cuyos graduados especialmente tenían mayor dominio del medio, triunfaran sobre los casi siempre aguerridos ejércitos realistas completados con españoles de origen.

Corresponde decir que en la lucha de la independencia, hasta 1813, los ejércitos del rey estuvieron constituídos, en lo que a la tropa se refiere, por americanos, y, que entre sus oficiales, aun de graduación superior, también los hubo oriundos de aquí: Goyeneche y Tristán, entre otros. La guerra adquiría sobre todo en su comienzo, por ello y por las mismas declaraciones de la primera Junta, un carácter de contienda civil. Recién desde 1814, libre España de la dominación francesa, pudo enviar al teatro de la guerra unidades europeas veteranas, con jefes experimentados y de tendencias operativas y tácticas modernas, no obstante lo cual, y hasta 1824, siempre predominó en sus filas

el hombre americano [1]. Mas también fueron improvisados en los ejércitos españoles muchos oficiales, capitanes, etc. y aun coroneles, tomados de aquellos hombres que habían venido como aventureros a hacer fortuna. Los jefes y oficiales que sucesivamente llegaron a América, terminada la guerra en la Península, fogueados en ella, fueron los que enseñaron a los americanos a hacerla con más ventaja, introduciendo nuevos sistemas, y los discípulos concluyeron por sobreponerse a los maestros, venciéndolos y expulsándolos definitivamente.

Contando con los nativos que les eran adictos, las fuerzas realistas fueron desde el comienzo tal vez menos numerosas en su conjunto americano, pero generalmente más homogéneas y mejor organizadas. Ellas, y el relativamente pequeño núcleo de civiles destacados que las apoyaba, tenían la ventaja de constituir un todo bizarramente unido, manejado por un elenco de hombres poseídos de la más acendrada lealtad hacia su patria y a su rey, y poseídos de la mayor intrepidez. Contando con comandos superiores bien dotados, formaron ejércitos disciplinados, bien instruídos, aguerridos e igualmente intrépidos, a los que ni las derrotas ni la soledad de su aislamiento habrían de quebrantar tan fácilmente. Frente a esto, en el sur del continente, primero las Provincias Unidas y luego éstas y Chile, con su reducida experiencia y efectivos, y su industria insuficientemente preparada para la guerra, fueron a buscar la lucha decisiva hasta el mismo corazón del poderío imperial en nuestro Continente.

Pero el aislamiento de las fuerzas castellanas en América, por las distancias y por el dominio que sus enemigos ejercían en el mar; la inicial y sucesivas dificultades internas y externas de la Metropoli que le impedían socorrer militarmente a sus virreyes; el hecho ya expresado de tener que actuar en un medio general adverso (terreno y poblaciones) y frente a fuerzas que, si bien no del todo capacitadas militarmente, contaban con un empuje que se iba acrecentando con el entusiasmo que se apoderaba paulatinamente de las poblaciones por la libertad, permitía esperar una evolución favorable a la situación militar de los patriotas.

CAPITULO V

SITUACION ESTRATEGICA GENERAL EN 1810 Y PLAN CONVENIENTE

El poderío español en América, como se ha dicho, tenía su centro conductor y de recursos en Lima, pero la enorme distancia a Buenos Aires, expresión vital de la revolución en el virreinato, lo hacía poco amenazante en un primer momento. Del resto de ese poder militar realista las fuerzas de Montevideo eran el más inmediato y peligroso adversario, por sus medios terrestres como por sus escuadrillas; éstas interrumpirían las co-

[1] España, terminada su guerra de liberación con Francia, quedó tan agotada que fué poco lo que pudo hacer contra sus provincias levantadas en América. Sin flota casi, con pocos hombres disponibles — sus pérdidas habían sido tremendas en la lucha —, arruinadas sus finanzas y economía y con su moral disminuída, luego de siete años de tensión, la opinión pública no estaba para nuevos e ingentes esfuerzos y menos fuera de la Península.

municaciones con Buenos Aires por el bloqueo o sólo impidiendo el comercio de cabotaje por su dominio del gran y vital río, y podían también bombardear pueblos y efectuar desembarcos; seguíanle en importancia por las facilidades de sus movimientos y proximidad a Buenos Aires, las fuerzas del interior (Córdoba, etc.), ya que constituían una inmediata amenaza; cobraban después valor, aunque no peligro próximo, debido a su alejamiento, por su magnitud, las de Alto Perú (hoy Bolivia); y finalmente significaban un enemigo remoto las de Paraguay, debido a las dificultades propias del terreno para operar y los deficientes medios de ese adversario. En general, había que impedir que estos núcleos se consolidaran y, más, que pudieran operar convergentemente — por líneas exteriores — hasta llegar a darse la mano. El procedimiento debía consistir en anularlos sucesivamente, sin diseminar las propias fuerzas, en vista de su exigüidad, según su importancia relativa en el escenario estratégico, actuando con rapidez. Correspondía consecuentemente empezar por el interior, siguiendo con Montevideo, para continuar con Alto Perú, si nuevos factores no cambiaban el panorama militar. En esta situación el gobierno dispuso el envío de tres ejércitos llamados "auxiliares", todos ellos con misión ofensiva, sucesivamente, todos débiles, y ya que no podían ser mejores, improvisados [1]. El primero, dirigido inicialmente al interior — más tarde seguiría a Alto Perú — salió muy pronto; el segundo partió unos meses después, pero a Paraguay; y el último, lo hizo a Montevideo en apoyo de los patriotas de la provincia Oriental, ya en operaciones. También se envió una columna auxiliar a Chile.

Como con las empresas expresadas no se podía lograr el objetivo fundamental de las fuerzas patriotas, ya que el poder español se asentaba principalmente en Bajo Perú, había que pensar en destruirlo allí. La etapa posterior, pues, consolidada la revolución con el dominio de los núcleos expresados, sería el avance hacia Bajo Perú, más precisamente Lima. Esto debía lograrse según la situación, con los medios disponibles de la revolución del Río de la Plata o con las fuerzas de ésta y las de las demás colonias que estuvieran sublevadas, coordinadamente, para aniquilar aquel foco principal, con lo cual, a la par que se aseguraría definitivamente dicha revolución se contribuiría a la independencia de toda la América española. ¡La tarea era colosal! [2]

---

[1] Fueron grupos de ciudadanos, llenos de entusiasmo por la revolución, pero carentes de las condiciones necesarias para realizar una campaña.

[2] Los españoles peninsulares estaban divididos en un principio. Los había afrancesados, carlotistas y fieles a Fernando VII. Muchos de estos últimos creían coincidir en propósitos con la junta de Buenos Aires, lo que demuestra que el subterfugio criollo, que ocultaba la idea de independencia, fué apropiado, como también que los soldados aclamaran a Fernando VII y ostentaran su efigie en el uniforme. Los criollos contrarios a la revolución fueron pocos en el noroeste y Alto Perú al comienzo, creciendo después su número por los desaciertos, abusos y aun crímenes de los patriotas.

CAPITULO VI

CAMPAÑAS DE ORTIZ DE OCAMPO EN EL INTERIOR, Y DE A. GONZALEZ BALCARCE CONTRA GOYENECHE EN ALTO PERU (1810-1812) *

Causas. — Todo el interior — salvo Salta — con la intendencia de Córdoba al frente, se había alzado contra la junta revolucionaria no acatándola; lo propio sucedia en Montevideo, Paraguay y Potosí. El enemigo más cercano y amenazante y a la vez más fácil de vencer, según lo expresado, era el del interior, por lo que había que eliminarlo primero. Así se quitaría a la reacción una zona de muchos recursos que podía servirle de concentración para sus fuerzas del noroeste y Alto Perú, contra Buenos Aires [1].

Plan realista. — El virrey de Perú (Abascal) toma a su cargo sofocar la revolución estallada en el Plata. Dispone la movilización y concentración de sus fuerzas en Alto Perú y el adelantamiento de una vanguardia operativa hacia Jujuy. Son las autoridades de esa región las que deben combinar operaciones con las otras del virreinato del Río de la Plata contrarias a los rebeldes. Era gobernador de Córdoba el coronel Juan Gutiérrez de la Concha, que se aprestaba con Santiago Allende y el general Liniers — éste jefe superior de las fuerzas reaccionarias del interior y Alto Perú, designado por Cisneros — para resistir a la expedición libertadora que debía salir de Buenos Aires. En carta interceptada de Paula Sanz, gobernador de Potosí, a Gutiérrez de la Concha, se trataba de las expediciones que debían salir de Potosí y Chuquisaca (Alto Perú), para reunirse con los hombres de Porco y Chichas (partido cuya capital es Tupiza) en Tupiza, de donde seguirían hasta Jujuy en espera de los avisos para reunirse a las que se constituían en Córdoba. En otra carta del general Vicente Nieto, ahora presidente de La Plata (Alto Perú), dirigida a Gutiérrez de la Concha, se hace referencia al plan de este último de ponerse en comunicación con Montevideo, a cuya ciudad se había pedido el concurso de quinientos marineros. En caso de no haberse reunido fuerzas suficientes para resistir, Nieto aconsejaba a Gutiérrez se fuera replegando hacia Jujuy hasta tener la cooperación de las tropas del norte, a las órdenes del general José de Córdoba.

Plan patriota y movimientos [2].— Pocos días después del 25 de mayo de 1810 (el 7 - VI), para extender y asegurar la revolución y con destino inicial a las provincias

---

*** Ver Croquis Op. II y III y Esbozo geográfico operativo del noroeste y Alto Perú, págs. 55 y 59, respectivamente.**

[1] Además, el Ejército Auxiliar debía conquistar la opinión pública para provocar el pronunciamiento por la revolución y posibilitar la libre elección de los diputados conforme a lo establecido el 25 de mayo.

[2] En vísperas de la revolución los patriotas de Buenos Aires no habían concertado — para el caso de triunfar — un plan estratégico, con la cooperación de fuerzas de las demás provincias, porque en ellas la idea de la rebelión no era aún bastante popular y las tropas, a diferencia de las de Buenos Aires, estaban en manos de jefes realistas considerados leales a Cisneros, a los que no se había trabajado en procura de una concurrencia de esfuerzos. Esto no debe causar extrañeza puesto que tampoco hubo un plan político en esa oportunidad. Así el plan militar debió improvisarse.

del interior, la junta gubernativa dispuso la salida de una expedición. Esta, formada por voluntarios, había sido costeada, en parte, por donativos de los patriotas. Iba al mando de ella el comandante Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, como segundo jefe Antonio González Balcarce y como representante de la Junta, Hipólito Vieytes. Contaba con 1.150 plazas (es decir, más del doble de las determinadas el 25 de mayo).

Los hombres de Buenos Aires estaban en posesión de todos los hilos de las dichas operaciones planeadas contra ellos. Con fecha 17 de agosto de 1810, Moreno decía a la junta de comisión del ejército patrio: "Siendo uno de los principales fines de la expedición sorprender a los pueblos del Alto Perú antes que los refuerzos de Lima puedan ponerlos en estado de una defensa vigorosa, sería conveniente que una división del ejército de 400 hombres, al mando del mayor general Balcarce, con 4 piezas y 100 hombres de caballería, se adelantase hasta Tupiza, donde se mantuviese hasta la llegada del grueso del ejército. La distancia que hay de Potosí a Tupiza impediría que esta fuerza fuese atacada tomando las precauciones y fortificación que enseña el arte". Es decir, que el teatro de operaciones inicial quedaba ampliado con Alto Perú, para imponer allí la nueva autoridad, rescatándolo del dominio del virrey de Lima que lo había declarado anexado. Montevideo pasaba así a tercer término.

Ejecución de Liniers y sus compañeros. — Cuando se tuvo noticias en Córdoba — donde los jefes españoles no estaban suficientemente alistados, pues la revolución los tomó de sorpresa — de la inminente llegada de la expedición de Ortiz de Ocampo, las milicias realistas, compuestas por criollos, se disolvieron, dirigiéndose muchos de los hombres hacia el norte, con miras de reunirse a las fuerzas españolas de Alto Perú. Pero el mayor general González Balcarce alcanzó a los fugitivos en Ambargasta (S. de Sgo. del Estero), haciendo prisioneros a Liniers, Gutiérrez de la Concha, obispo Orellana, coronel Allende, etc. El 26 de agosto y en marcha a Buenos Aires, cerca del lugar denominado Cabeza del Tigre, fueron ejecutados Liniers y sus compañeros, pernicioso ejemplo para las costumbres públicas. Salvó la vida el obispo en consideración a su investidura.

Consecuencias. — Con el resultado hasta aquí alcanzado desaparecía del campo estratégico el enemigo más inmediato y todo el interior adhería a Buenos Aires para la prosecución de la lucha.

Suipacha y Arohuma. — Después de la dispersión expresada la expedición libertadora siguió hacia el norte y poco después quedó al mando de Antonio González Balcarce. Castelli — en sustitución de Vieytes [3] — le acompañaba como representante político y militar de la Junta. Avanzó aquél con una vanguardia de quinientos hombres y cuatro piezas hasta la quebrada de Humahuaca y recibió un importante contingente de hombres que le remitió Martín Güemes [4]. Luego penetró en Alto Perú. En Cotagaita ocurrió el primer choque de las fuerzas realistas y patriotas el 27 de octubre. Balcarce fué rechazado por Córdoba desde una posición fortificada con efectivos superiores; pero, perseguido tardíamente, aquél pudo rehacerse y, con refuerzos del grueso del ejército recibidos de Jujuy, esperó en el río Suipacha al adversario. Los revolucionarios, con

[3] Ocampo y Vieytes fueron reemplazados porque no se avinieron a la política terrorista de la junta de Buenos Aires. El primero dejó el mando en Jujuy.

[4] Este oficial, teniente entonces, con una fracción adelantada, denominada "Partida de Observación", había cerrado el camino de Humahuaca a los realistas de Alto Perú para la exploración, y para sus comunicaciones y cooperación con los del centro y oeste de la actual Argentina, al tiempo que con sus espías mantuvo informados a los patriotas de los movimientos del enemigo.

algo más de seiscientos hombres y dos cañones derrotaron allí completamente a esta fuerza adelantada del ejército español, de ochocientos hombres y cuatro piezas, mandada por el general Córdoba, al que produjeron cuarenta muertos, 150 heridos y tomaron 180 prisioneros, toda la artillería, armas livianas, municiones y equipo. Los patriotas tuvieron un muerto y 12 heridos. La acción se definió por la sorpresa de una fracción patriota mantenida oculta, que pudo caer en momento oportuno sobre el enemigo desprevenido que avanzaba creyéndose vencedor. El combate no duró más de media hora del 7 de noviembre de 1810, pero fué decisivo. La persecución prosiguió hasta veinte kilómetros.

Suipacha dió el primero y último triunfo a los argentinos en Alto Perú.

Por entonces se había producido el levantamiento de Cochabamba contra el poder realista (setiembre) que, al cortar a Nieto de Perú, hizo que las fuerzas de éste se disolvieran. El 15 de noviembre se produjo en Arohuma un encuentro entre los cochabambinos, a las órdenes de Rivero, que contaba con 2.000 hombres, en su mayor parte jinetes mal armados y algunos cañones, y fuerzas realistas del norte, unos 600 hombres (450 infantes y 150 dragones) adelantadas por el coronel Ramírez, al mando del coronel Fermín Piérola, siendo éstos totalmente batidos.

Los generales Córdoba y Nieto y el intendente Paula Sanz, tomados poco después, fueron hechos fusilar en Potosí por Castelli en diciembre, cumpliendo órdenes de la Junta gubernativa. Era éste el segundo acto cruel de los patriotas — influídos tal vez por la revolución francesa o como represalia por las ejecuciones de Goyeneche y Nieto en la Paz y Chuquisaca en 1809 —, innecesario y contraproducente.

Consecuencias. — Importantes consecuencias tuvo la acción de Suipacha para la revolución. Era el primer triunfo de las fuerzas patriotas; abría el camino a Perú; comunicó bríos y entusiasmo a los revolucionarios; y las cuatro indendencias de Alto Perú, parte del virreinato del Río de la Plata, se declaraban en favor del movimiento.

Huaqui o Desaguadero. — (Croquis 1, pág. 170). El triunfo de Suipacha dió a los patriotas la posesión de Alto Perú, pues el ejército de Balcarce, luego de ser reforzado con contingentes de altoperuanos y con el nombre de Ejército Libertador del Perú, después de una detención de dos meses en Potosí, avanzó hasta el río Desaguadero, límite entre los virreinatos del Río de la Plata y del Perú.

El ejército español organizado por el general Goyeneche — peruano —, su comandante en jefe, después de la retirada [5], estaba acampado del otro lado del río. El 16 de mayo de 1811 se convino un armisticio de cuarenta días entre Castelli — de quien dependía el ejército revolucionario — y Goyeneche, mientras se esperaba un arreglo de pacificación general.

Fué grave error de los patriotas esta detención operativa en momentos en que la situación les ofrecía más probabilidades de éxito que a su adversario. También lo fué permitir una cabeza de puente realista al otro lado (S.) del Desaguadero. En ese lapso Goyeneche, con infatigable actividad, completó sus efectivos, aumentó la instrucción y disciplina de sus tropas y recibió un valioso convoy de material bélico. Los patriotas, en cambio, descuidaron la instrucción y disciplina, divididos como estaban en bandos políticos de saavedristas y morenistas. Además, habían azuzado a los pobres contra los ricos, escarnecido al clero y herido los sentimientos tan católicos del país, durante el avance a través de él.

[5] La habían aconsejado la derrota de Suipacha y los pueblos altoperuanos, ahora sublevados.

El armisticio fué violado reiteradamente por ambos beligerantes. En cuanto a los patriotas, tenían resuelto atacar al enemigo antes del término del convenio, habiendo empezado a poner en práctica su plan, creyendo que aquél no estaba en condiciones de emprender un ataque.

El ejército patriota disponía de cinco a seis mil hombres y doce cañones; el español unos siete mil hombres [6] con catorce cañones.

Conociendo el plan de Castelli, el estado moral y disciplinario de las tropas patriotas, y el dispositivo de las mismas (Croquis 1) por sus espías, Goyeneche resolvió en la noche del 19 de junio anticiparse al ataque de aquél, planeado para el 20, para frustrarlo y vencer a los revolucionarios por la sorpresa, a despecho de la opinión adversa de varios de sus jefes. En la misma noche se hicieron los preparativos y avanzaron las unidades. Dos mil hombres quedaron en la margen derecha para oponerse a la caballería patriota que se sabía atacaría por la espalda. El terreno, cuyas características fundamentales surgen del croquis, ofrece un obstáculo difícil de salvar transversalmente; son las alturas de los cerros de Vila Vila, cuyo pasaje se efectúa por la quebrada de Yuraycoragua.

Muy temprano, protegido por una densa niebla, el ejército español pudo pasar el puente del Inca, al amparo de su cabeza de puente situada al sur del río. Las columnas avanzaron como lo indica el croquis.

Ante el avance de la columna Ramírez, Viamonte, 2° jefe del ejército, mandando las fuerzas adelantadas, hizo ocupar con 300 hombres y dos cañones un cerro que dominaba el movimiento de aquél y protegió a su vez el flanco derecho contra las otras columnas enemigas, con un batallón del 6 y dos cañones, que cerrarían la quebrada de Yuraycoragua. Constituyó después la primera línea con la división Díaz Vélez. Esta última consiguió detener a Ramírez e introducir gran confusión en sus unidades. Para explotar de inmediato este éxito auspicioso, Díaz Vélez pidió a Viamonte que, con la división derecha estaba en segunda línea, lo reforzara, pero éste no lo creyó conveniente. Así el enemigo pudo rehacerse para actuar nuevamente.

La agrupación protectora del flanco derecho de Díaz Vélez adelantó cuatro compañías y dos cañones, para detener a la columna de Goyeneche, pero sus hombres, sin mayor lucha, huyeron dispersándose; el resto de la agrupación patriota, amenazado desde las alturas dominantes de la quebrada y por ésta, optó por retirarse a la línea del coronel Viamonte en el llano. Díaz Vélez falto ya de municiones, quedaba así atacado frontalmente por Ramírez y amenazado su flanco derecho desde la quebrada, por lo que también se retiró, lo que se habría evitado si Viamonte hubiera concurrido en su apoyo.

La tropa de Viamonte nada efectivo hizo entre tanto y recién cuando el enemigo estuvo en el llano a tiro de fusil, abrió el fuego, pero lo mantuvo sólo un rato, replegándose después para dispersarse luego, antes que Díaz Vélez con sus fuerzas se le reuniera. Lo que finalmente se hizo alcanzando un total de 1.000 hombres.

En ese lapso, Balcarce, que estaba con las agrupaciones centro y reserva en Huaqui (a 15 Km.), ante el aviso de la presencia del enemigo, dispuso que la división Bolaños ocupara una posición ventajosa que interceptaha el camino de avance del adversario. La posición, que era un cerro, fué ocupada, sin oponerse el enemigo, que estaba sin embargo frente a ella. Detrás de Bolaños marchaba la división reserva, cuyo armamento eran lanzas y chuzas. La lucha empezó con el fuego de las artillerías. Pero estando a la vista el enemigo y sin más que la amenaza de algunas fracciones contra el flanco, se apoderó un terror tan grande del regimiento 8 de La Paz, que, ante la presencia de un refuerzo enemigo hacia allí, no hubo forma de hacerle mantener la posición y huyó, atropellando al cuerpo de reserva y envolviéndolo en el propio desorden y fuga. Después de esto la columna Goyeneche avanzó por la quebrada contra Díaz Vélez ocurriendo lo ya relatado. En la otra parte, frente a Viamonte y como a unos 2.000 metros, después de reunido, el enemigo permaneció inactivo.

La caballería cochabambina que había pasado a la derecha del Desaguadero, según el plan patriota, volvió a eso de las 16 para intervenir en la batalla e intentó atacar a las fuerzas de Ramírez, empezando el fuego. Convencida poco después de que su auxilio era tardío y de que la infantería realista contestaba el fuego decidida y eficazmente, tuvo que retirarse.

Como no supiera de la suerte de las fuerzas de la zona de Huaqui, Viamonte resolvió retirarse durante la noche a Jesús de Machaca. La desbandada general que sucedió a la derrota en la derecha, se propagó aún a las tropas de Viamonte y sin que el enemigo se hubiera movido del lugar de la lucha.

Las pérdidas de los patriotas en la batalla no alcanzaron a 1.000 entre muertos, heridos y prisioneros. El resto del ejército se dispersó casi íntegramente en la batalla y después de ella. Casi toda la artillería, las municiones y el parque quedaron en poder del enemigo. Fué por todo esto una acción de aniquilamiento.

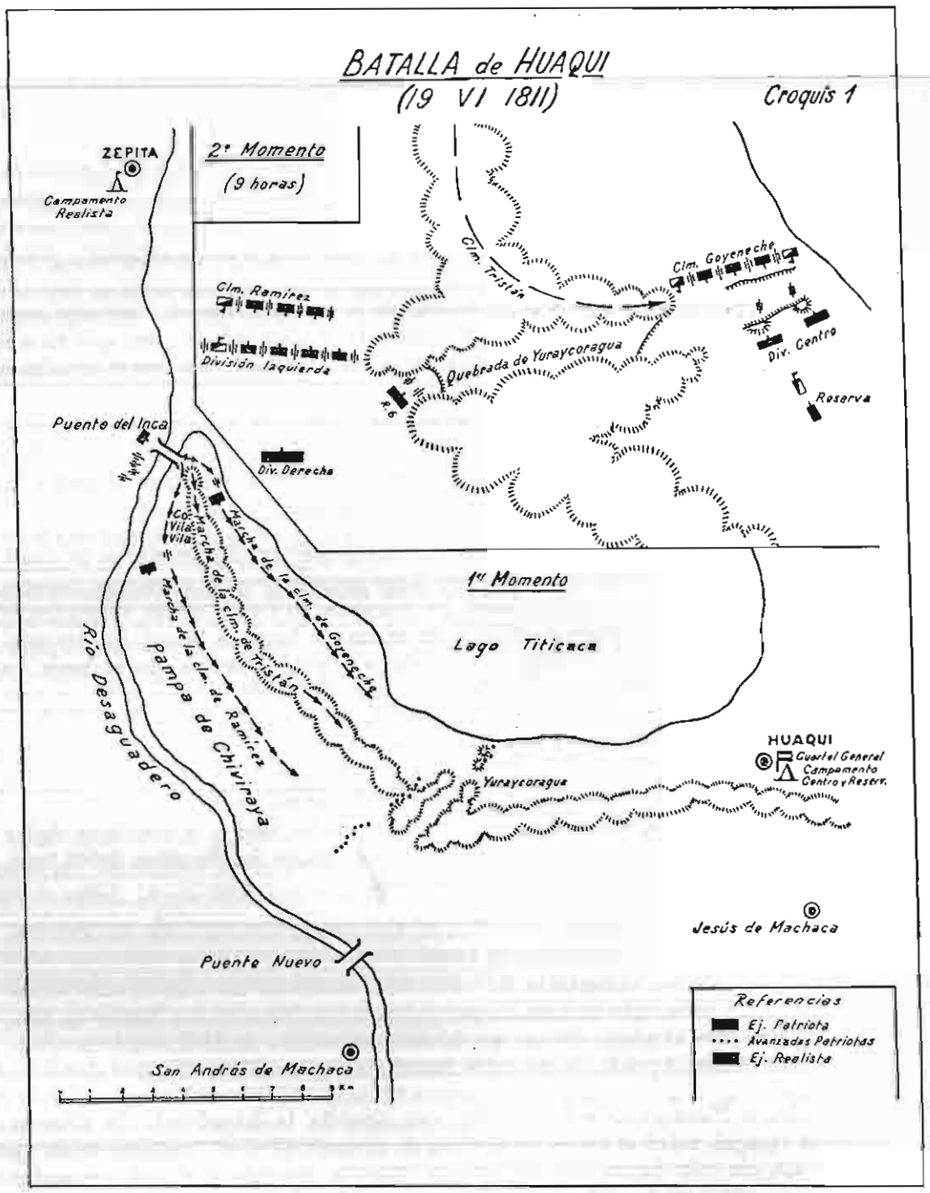
Comentarios. — La derrota patriota debe atribuirse principalmente a la dualidad de mando (Castelli y Balcarce); a que sólo 2.500 hombres — las divisiones Viamonte y Díaz Vélez— eran aptos para la pelea, los restantes no tenían armas adecuadas ni instrucción; a que algunas unidades carecían de armas de fuego; a la política, introducida en el ejército, que había aflojado su cohesión; a la vida licenciosa que se hacía en el campamento patriota, relajante de la disciplina, al extremo de que no había respeto a los superiores; a que no hubo exploración que avisara oportunamente el movimiento del enemigo, lo que produjo la sorpresa; a que no se aprovechó el éxito inicial de Díaz Vélez para aniquilar a ese enemigo antes que llegaran las otras columnas realistas; y a que el comandante en jefe no estuvo adelante para dirigir personalmente la lucha.

La dicha falta de cohesión moral y de autoridad de los jefes y la hostilidad de las poblaciones, creada por los mismos patriotas, impidieron reunir los dispersos (5.000 hombres) y se tuvo que ceder al enemigo todo Alto Perú.

Consecucncias. — El desastre de Huaqui significó la pérdida total de Alto Perú, cuya posesión y dominio había dado el triunfo de Suipacha. Dueños nuevamente los españoles de esa parte tan importante del virreinato, pudieron no sólo oponer desde allí una fuerte resistencia, sino invadir las provincias del noroeste y aún buscar de proseguir más al sur. Esto al mismo tiempo que la escuadra realista de Montevideo bombardeaba a Buenos Aires. Aquí la Junta debió transformarse en Triunvirato.

Suipacha o Nazareno. — Pueyrredón, que presidía la intendencia de Charcas al producirse Huaqui, salvó el tesoro de la Casa de Moneda (Potosí), consistente en un millón de pesos, sin más fuerza que su escolta. Pero la travesía hacia el sur en su retirada fué horrible. Tras las dificultades del camino. el hambre acosaba a la gente. Aun así en el río San Juan del N. venció a algunas fracciones que intentaron impedirle el paso y llegó a Tarija, donde Güemes lo ayudó con hombres y mulas.

[6] Los datos oscilan desde 5.500 a 8.000, según los diversos autores.



En Salta, Pueyrredón se hizo cargo de los restos del ejército sorprendido en Huaqui con el cargo de general en jefe, a fines de 1811. Desde allí adelantó al coronel Díaz Vélez con unos 800 hombres para ayudar indirectamente a los cochabambinos, levantados a espaldas de los españoles, que habían avanzado hacia el sur. Este jefe rechazó en Yavi, hacia Tupiza, al coronel español Picoaga y sus 700 hombres, y, siguiendo sus huellas, situóse en Nazareno (S. del Río San Juan del sur) donde rechazó fracciones adversarias. El 12 de enero de 1812 empezó a vadear el río San Juan o Suipacha, para atacar al enemigo, que, entre tanto, había sido reforzado con 400 hombres; mas la lucha le fué desfavorable por la superioridad numérica del adversario y porque al empezar los movimientos el ejército patriota, el río creció repentinamente, interceptando la comunicación entre las fuerzas y dejando comprometida a la caballería que había vadeado el río, sin que pudiera cooperar la infantería. Después de esta acción, que unos llaman de Nazareno y otros Suipacha, el enemigo no persiguió, con lo que los vencidos, que habían perdido 137 hombres, pudieron salvarse llegando a Humahuaca. Ante este fracaso, Pueyrredón retrocedió hacia Tucumán y pidió al gobierno su relevo, llegando el 11 de marzo a Yatasto (100 Km. al SE. de Salta), donde poco después entregaba el mando al general Manuel Belgrano, en momentos que se carecía de hombres, armas y dinero, y lo que es peor, las pocas fuerzas restantes estaban desmoralizadas, impidiendo realizar operaciones, aun de carácter defensivo estratégicas. Fué una suerte que en seguida de Nazareno el enemigo mantuviera la masa de las fuerzas allí actuantes, en Suipacha, adelantando sólo avanzadas hasta Humahuaca, las que poco después retiró. Probablemente Goyeneche resolvió en un primer momento dominar la insurrección en Cochabamba, para, después, con sus comunicaciones expeditas, lanzarse hacia el sur.

CAPITULO VII

CAMPAÑA DE BELGRANO CONTRA VELASCO Y CABAÑAS EN PARAGUAY (1810-1811) *

Causas. — En el mes de setiembre de 1810 se determinó enviar una expedición con destino final al Paraguay — objetivo secundario, alejado y de escaso interés relativo — en atención a que se creía que allí había un gran partido por la revolución iniciada en Buenos Aires, al que se debía apoyar, y que bastarían 200 hombres para derribar al gobernador Velasco, quien había repudiado el movimiento de mayo, y ocupar Asunción; Rocamora, gobernador de Misiones, en cambio, lo apoyaba. Como otros fines iniciales estuvieron los de propalar las ideas de la revolución y evitar la reacción realista que se iniciaba en la Banda Oriental, Santa Fe y Corrientes. Lo del gran partido paraguayo favorable a Buenos Aires no era cierto.

*** Ver Croquis Op. Ib y Ic y Esbozo geográfico del litoral.**

Avance hasta Paraguay. — Manuel Belgrano [1], flamante general, quien mandó esta expedición con amplias facultades, recibió en setiembre de 1810 como plantel del nuevo ejército 200 hombres de Caballería de la Patria de la guarnición de Buenos Aires, a los que sucesivamente fueron uniéndose tropas de San Nicolás de los Arroyos (357 hombres), de Santa Fe (90), de Paraná (40) y milicias de Paraná, Corrientes y Misiones. "Estando en la Bajada (Paraná) punto de reunión de las fuerzas — dice Belgrano — recibí aviso del gobierno de que mandaba 200 patricios más, pues, por noticias del Paraguay, creyó que la cosa era más seria de lo que se había pensado". El general elevó así sus fuerzas a 950 hombres, mitad de caballería y mitad de infantería, y 4 cañones. A fines de octubre la expedición, que había llegado a Paraná el 9 del mismo mes, se puso en marcha hacia Curuzú Cuatiá, guiada por baqueanos, ya que se carecía de cartas, siguiendo la orilla del Paraná, en gran parte del trayecto y luego por la margen N. del Feliciano hasta aquel punto. Había principiado la deserción, pero tomados dos desertores, Belgrano los hizo llevar a Curuzú Cuatiá y fusilar, lo que bastó para que ninguno más desertara. La partida desde este último punto se hizo en dirección al paso de Caaguazú (río Corrientes) con algo más de 1.000 hombres, por campos que parecían no haber sido pisados por la planta del hombre, escasos de agua y de todo recurso, y sin otra subsistencia que el ganado que llevaban. El transbordo del río Corrientes, con medios improvisados, demoró tres días porque éste no daba vado. Atravesó en seguida el ejército los esteros del oeste de la famosa laguna de Iberá y, después de marchas penosas por regiones habitadas por fieras y sabandijas, llegó a San Jerónimo, sufriendo grandes aguaceros sin tener una sola carpa, ni siquiera para guardar las armas. De allí se dirigió el ejército a atravesar el río Paraná, frente a la isla de Apipé, por el paso de Caraguatá, pero por las muchas dificultades que ofrecía, continuó hasta Candelaria, una parte en botes y el resto a pie, para pasar allí (Croquis Op. Ib).

[1] Belgrano nació en Buenos Aires el 3 de junio de 1770. Cursó allí sus primeros estudios y los secundarios en la Universidad de Salamanca, graduándose de abogado en 1794. Su afición principal fué la economía política. Nombrado secretario del Consulado de Buenos Aires, llegó para ocupar el cargo el mismo año. Combatió por el comercio libre en el Plata, y con Moreno, secundados por Vieytes y Castelli, fueron los promotores de la revolución económica que precedió a la revolución política. No obstante, sus iniciativas progresistas no prosperaron, escollando en el gobierno español. El virrey Melo lo nombró capitán de milicias urbanas, cargo con el que intervino contra la primera invasión inglesa a Buenos Aires. De la Banda Oriental, a donde había partido para no jurar obediencia a los británicos, volvió cuando se organizaban los batallones de milicias que habían de oponerse a cualquiera nueva invasión. Belgrano, elegido sargento mayor de la Legión Patricia, cuyo comandante era Cornelio Saavedra, se preocupó intensamente de la instrucción de la unidad y de discípulo se transformó en maestro. Poco después, a la vista de la escuadra inglesa de la segunda invasión, fué nombrado ayudante de campo, participando en la defensa de la ciudad. En contacto con los jefes ingleses prisioneros, consolidó sus propósitos de independencia política de la colonia del Plata. Ya desde entonces surge su idea de la independencia absoluta de España, con una monarquía constitucional, en reemplazo de la monarquía absoluta española, que encabezaría doña Carlota de Borbón, con quien mantuvo correspondencia directa. La indecisión de esta princesa para trasladarse a Buenos Aires, favoreció a los patriotas, pues éstos optaron por nuevos planes. Con el "Correo del Comercio de Buenos Aires", periódico que dirige, el prócer prepara al pueblo para entrar en la senda revolucionaria. Belgrano y Saavedra fueron los que pidieron el cabildo abierto, a raíz de los sucesos de España, provocados por Napoleón, para la elección de una junta superior en reemplazo del virrey, y como no se acordara, con su intervención, se citó a los vecinos al precitado cabildo para el 22 de mayo. En la dicha Junta, proclamada el 25 de Mayo de 1810, Belgrano ocupó un puesto de vocal, trabajando asiduamente al lado de Moreno. Cuatro meses después fué promovido al cargo de general — era coronel de Patricios— para la expedición a Paraguay. Sus condiciones militares y especialmente las morales, se destacarán en el curso de esta historia; mas puede adelantarse que fué modelo de virtudes entre todos los que intervinieron como jefes en la guerra de la independencia.

Es de hacer notar aquí el rigor con que siempre mantuvo la disciplina en sus fuerzas, sin excluir en ese rigor a los jefes y oficiales.

Desde que llegó a orillas del Paraná, el primer paso de Belgrano fué proponer un armisticio al adversario e invitar al gobernador Velasco a someterse a la Junta (6 de diciembre). El primero, aceptado, fué roto en seguida (17 de diciembre), en tanto que el portador de la comunicación a Velasco fué engrillado y remitido a Asunción. Esto probó que la buena disposición de los paraguayos no era tal.

El 20 de diciembre Belgrano ordenaba al gobernador de Corrientes que situara 300 correntinos en Itatí para llamar hacia allí la atención de la escuadrilla paraguaya, impidiéndole que remontara el río y pudiera obstaculizar el pasaje del ejército a través del Paraná.

El Paraná tiene en Candelaria unos 800 m. de ancho y gran caudal de agua. Frente al puerto de este lugar había una pequeña guardia paraguaya, destacada de un grueso como de 500 hombres. Preparados nuevos medios de pasaje (gran número de botes de cuero y balsas de madera, una, la mayor, utilizada después en todos los cursos de agua de Paraguay), la guardia fué sorprendida por algunos hombres de Belgrano (19-XII-1810). Los fugitivos hicieron creer que todos los "porteños" estaban ya en la orilla norte. Al rayar el día, se efectuó el pasaje hacia Campichuelo. Las primeras tropas se adueñaron de la orilla batiendo a una avanzada de 54 hombres y 3 cañones; con las subsiguientes se aseguró el pasaje y se inició la persecución del enemigo — que se retiró hacia Itapúa — el que fué apresado, tomándosele canoas, un cañón y otras armas.

Desde la Bajada hasta Candelaria no se habían atravesado más pueblos que Curuzú Cuatiá, que tenía 20 ó 30 ranchos, Yaguareté Corá que tenía 12, y Candelaria, que estaba casi en escombros. Abandonado Itapúa, marcharon hacia allí los patriotas, como se dijo, dejando en Candelaria una parte de la caballería. La persecución no se pudo prolongar por falta de caballos. Continuóse la marcha sin esperar la incorporación del coronel Rocamora que con 400 milicianos y 2 cañones venía desde Misiones. Ni en Tacuarí ni en Tebicuary se presentaron partidarios como se esperaba, al contrario, los pobladores habían abandonado sus casas. Era que Velasco cedía territorio, haciendo el vacío al enemigo en avance y éste, con ello, alargaba las comunicaciones con su base, a la vez que debía vencer muy grandes dificultades del terreno y de recursos. Reconocida la hostilidad, Belgrano dejó a su retaguardia y para protección los refuerzos al mando de Rocamora, que le enviaba el gobierno.

Se continuó aún el avance pasando el Tebicuary. Entusiasmado el general "porteño" por la huída de 400 paraguayos ante las gruesas propias patrullas que había logrado montar, prosiguió hasta el arroyo Ibáñez del cual también se retiró el enemigo. Allí recibió informes de la presencia de fuertes núcleos enemigos en Paraguary, punto desde el cual Velasco defendía la capital y cerraba la entrada a los valles de la cordillera. Luego de un reconocimiento personal y comprobada la gran superioridad de los paraguayos, que le parecía ocupaban una posición, Belgrano resolvió mantenerse donde estaba para no desmoralizar a la tropa y malograr los enormes esfuerzos hasta entonces realizados. El pasaje del arroyo Ibáñez, que estaba a nado, se realizó el 16 de enero de 1811.

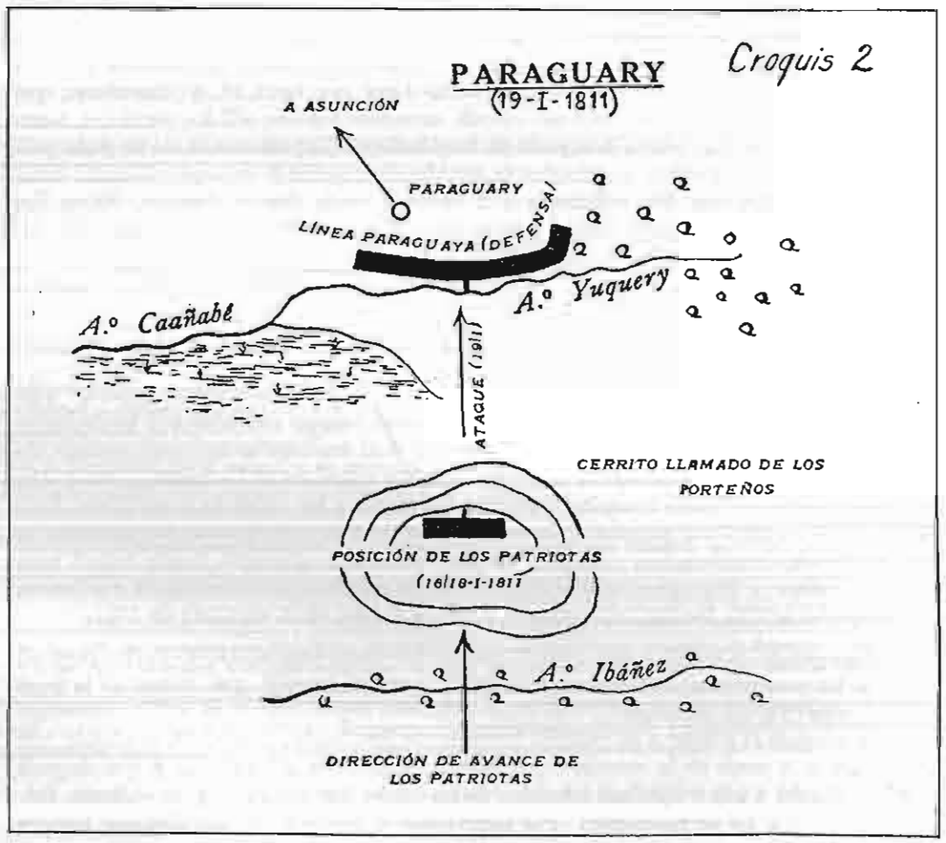
Paraguary. (Croquis 2, pág. 174). Hasta el 18 de enero permaneció el ejército patriota frente a los paraguayos, habiéndose realizado un ataque parcial que demostró la poca aptitud guerrera del enemigo.

Se resolvió el ataque a la posición ligeramente fortificada, para el 19, contando con 700 hombres, a pesar de la enorme superioridad comprobada del enemigo y que después se supo llegaba a seis o siete mil hombres, de los cuales 800 europeos, y 16 cañones. Belgrano justificaba así su resolución: "Por aprovechar el espíritu que manifestaba nuestra

gente, como por probar fortuna y no exponerse a que en una retirada, con unas tropas bisoñas como las nuestras, decayese el ánimo y aquella multitud nos persiguiese y devorase, les hice ver que aquella gente nunca había visto la guerra y era de esperar que se amedrentasen y, aun cuando no ganásemos, al menos podríamos hacer una retirada después de haber probado nuestras fuerzas sin que nos molestasen".

El mismo general refiere así el comienzo del combate: "Como a las 4 de la mañana, la partida exploradora del ejército rompió el fuego sobre los enemigos, que lo contestaron con el mayor tesón; siguió la 1ª división y artillería y antes de salir el sol ya había corrido el general Velasco (paraguayo) 9 leguas y... toda la infantería, abandonado el puesto (la posición) y refugiándose en los montes. Nuestra gente se había apoderado de la batería principal y estaba cantando la marcha patriótica".

La posición paraguaya corría al norte del arroyo Yuquerí y había sido fortificada en el linde del bosque. Contaba el enemigo con 16 piezas de artillería, como se dijo, y más de 800 fusiles, estando el resto de la tropa armada de lanzas, espadas y otras armas. El centro, vencido, estaba compuesto de dos mil hombres. La caballería era de considerable número, dispuesta en las dos alas, en la izquierda, formando martillo hacia atrás



quedando por esto, sobre el flanco de la infantería patriota que había atacado apoderándose de la posición.

En la persecución de la infantería enemiga, la patriota llegó al pueblo de Paraguary, donde, después de apoderarse de carros de munición y víveres, se entretuvo en el saqueo y en el placer, descuidando al enemigo.

Vehículos de munición de refuerzo escoltados por tropas, mandados desde retaguardia, sugirieron a alguien la idea de que se trataba del enemigo que atacaba por la espalda y gritó "nos cortan" motivando la retirada de los hasta entonces vencedores. Los paraguayos, que se habían replegado a la derecha e izquierda, volvieron a ocupar su posición cortando a los que quedaron en Paraguary, unos 120, los que debieron rendirse ante el número, luego de luchar por abrirse paso, y batiendo aquéllos con el fuego a los que se retiraban. Belgrano con la reserva contuvo el retroceso.

Ante la impresión de que la tropa había quedado desmoralizada, Belgrano no creyó prudente efectuar una nueva e inmediata resistencia, por lo que retrocedió por el mismo camino que había avanzado. La retirada patriota se efectuó sin molestias del enemigo hasta Santa Rosa; desde allí fué necesario proteger la retaguardia y el flanco izquierdo.

Hasta el Tacuarí, río angosto, pero profundo y montuoso, se continuó la retirada y frente al paso del obstáculo se ocupó una posición a la espera de refuerzos procedentes de Buenos Aires.

Tacuarí. — (Croquis 3, pág. 177). El objeto de Belgrano al ocupar esta posición era no perder el paso del Paraná para el caso en que, recibiendo los refuerzos que esperaba, tuviese que abrir nueva campaña en Paraguay. Al desprenderse de los 100 hombres que colocó en Candelaria, se propuso mantener francas sus comunicaciones con Corrientes, que podían ser interceptadas por las cañoneras paraguayas que se habían hecho sentir en el Alto Paraná; y al privarse de la división de Rocamora y colocarla en Itapúa, tuvo en vista mantener libres sus comunicaciones con las Misiones occidentales del río Uruguay, a la vez que cortar los recursos de la escuadrilla, a cuyo efecto había hecho ocupar por los correntinos los pasos frente a Corrientes. Estos fueron errores que debilitaron más a sus fuerzas. Correspondía reunirlas sobre la orilla norte del Paraná, frente al paso que se deseaba mantener franco.

La posición del Tacuarí era militarmente fuerte. El pequeño ejército patriota apoyaba su derecha en un bosque casi impenetrable y extenso. Para batir el paso y el camino, Belgrano colocó 4 piezas (2 en reserva). Fuera del camino era imposible desplegar por lo boscoso. En un bosquecito de la izquierda situó dos piezas con el objeto de hacer fuego a la fuerza naval enemiga que ya actuaba en el río Tacuarí.

Reconocida la posición por Cabañas, jefe enemigo, la halló tan ventajosa que temió aventurar un pasaje a viva fuerza, no obstante contar con 2.000 hombres contra 400 patriotas, y una artillería también superior. En consecuencia, pidió refuerzos a Velasco, quien le remitió 400 hombres y 3 piezas de artillería, aparte de la tropa de la escuadrilla que debía cooperar.

Mientras esperaba los refuerzos pedidos, Cabañas había abierto una larga picada en el bosque, hasta 10 kilómetros aguas arriba de la posición patriota, construyendo un puente sobre el río. En la noche del 8 de marzo destinó una parte de la fuerzas para que en combinación con las navales atacaran el paso, mientras él, con la mayor parte (2.000 hombres y 6 piezas) atravesaba el puente para atacar a la posición por la espalda. Todas estas medidas respondían muy bien a la situación.

Hacía un mes que Belgrano ocupaba el paso de Tacuarí y, sea que confiase de más en lo inexpugnable de su posición, o que lo reducido de sus fuerzas no le permitiera extenderse en la zona a vigilar, ello es que no tuvo conocimiento de la aproximación del enemigo hasta el momento en que se vió atacado desde tres direcciones.

Al amanecer del 9 de marzo los paraguayos rompieron el fuego de artillería sobre el paso. A pesar de su superioridad, fué contestado por las dos pequeñas piezas que lo defendían. Hacía una hora que duraba el cañoneo, cuando supo Belgrano que cuatro botes tripulados y armados, seguidos de algunas canoas con gente de desembarco, remontaban el río amagando el flanco izquierdo de su línea y que al mismo tiempo una fuerte columna avanzaba hacia su retaguardia por el otro flanco.

El mayor Celestino Vidal recibió orden de marchar a rechazar el ataque de la izquierda, mientras el mayor general Machain (paraguayo de origen) con 150 infantes y 2 piezas salía contra la columna que buscaba atacar por retaguardia, prevenido de adelantarse sólo lo necesario para efectuar un reconocimiento y de replegarse en caso de ser el grueso enemigo el que por allí avanzase. El general en jefe con 4 piezas y 250 hombres quedó manteniendo el paso y atendiendo a las fuerzas terrestres y navales que lo atacaban.

Vidal rechazó a la flotilla enemiga, diezmándola, mientras que Belgrano, dirigiendo personalmente la artillería, silenciaba el fuego de la artillería enemiga y hacía retroceder a las fuerzas que la sostenían. A pesar de esto, la situación continuaba siendo crítica y la salvación de los patriotas dependía del éxito de Machain. Belgrano, salvada la situación en el frente, podía atender a la retaguardia.

Al mismo tiempo que se desarrollaban los acontecimientos narrados, las fuerzas de Machain se encontraban con las primeras de Cabañas que salían del bosque en corto número. Contando seguro el triunfo y olvidando la orden recibida, Machain desplegó, apoyando sus alas en dos espesos bosquecitos que guarneció de tiradores. El enemigo, engrosado, al ver que un ataque puramente frontal no tendría resultado, empleó en éste sólo la infantería y artillería en tanto que la caballería, oculta, se dirigió a cortar la retirada de los patriotas. Así resultó, y éstos, atacados por el frente y retaguardia, se vieron obligados a concentrarse en los bosquecillos de las alas, donde después tuvieron que ceder ante el número. Sólo dos oficiales y algunos soldados se salvaron y dieron parte a Belgrano de la pérdida de la mitad de su ejército.

Un parlamentario se presentó luego y le intimó que rindiera sus tropas a discreción, pues, de lo contrario, serían pasadas a cuchillo. El general patriota contestó: "Las armas del rey no se rinden en nuestras manos [2]; dígale usted a su jefe que avance a quitarlas cuando guste". Poco después las columnas enemigas se pusieron en marcha. Belgrano, audazmente, resolvió atacarlas; hizo colocar dos cañones a vanguardia para contener el avance del enemigo, mientras tomaba sus disposiciones para salirle al encuentro. Su primer cuidado fué asegurarse la retaguardia, dejando para defender el paso 1 cañón y 25 milicianos. Arengó a las tropas y éstas contestaron con gritos de entusiasmo, dispuestas al sacrificio. La intrépida columna, compuesta de 235 soldados marchó contra el enemigo que, fuerte de 2.000 hombres y 6 piezas, avanzaba con su moral levantada por el reciente triunfo. Ya bajo el fuego de la artillería enemiga, la propia abrió el suyo, pero siendo muy inferior, los paraguayos siguieron ganando terreno. Entonces Belgrano or-

[2] La lucha de la revolución americana se hizo hasta 1814 invocando el nombre de Fernando VII, durante su cautiverio, expresándose que por esta situación la soberanía del rey pasaba al pueblo.



Brigadier general Antonio González Balcarce



Brigadier general Juan Martín de Pueyrredón



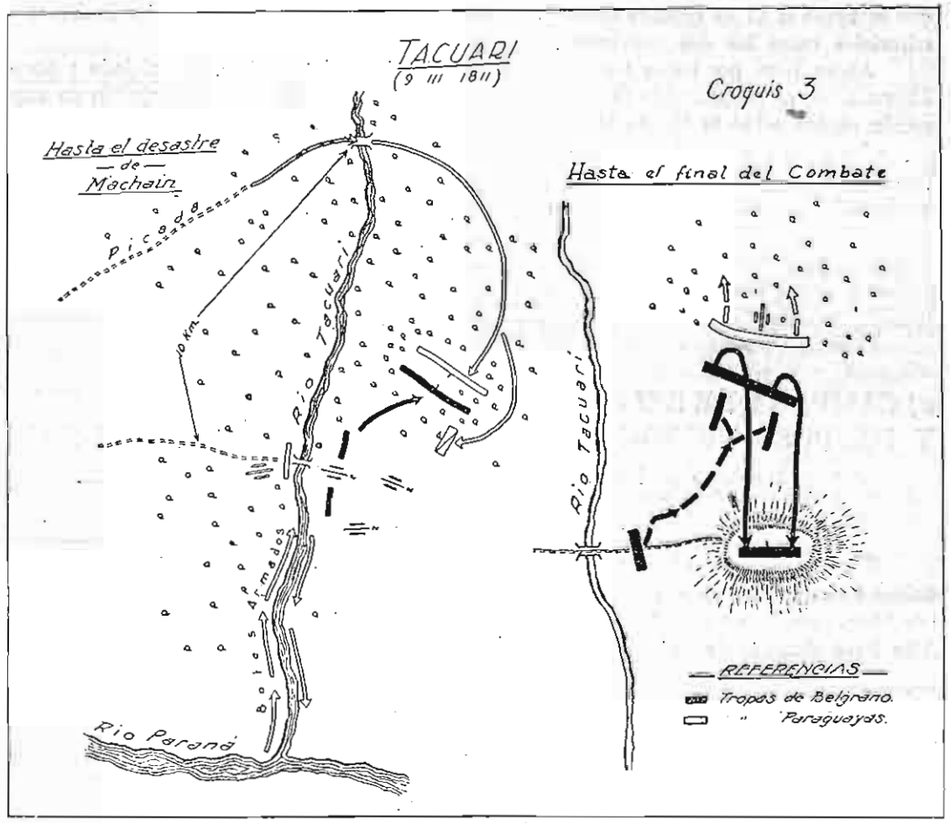
Brigadier general Francisco Antonio Ortiz de Ocampo



Brigadier general Manuel Belgrano

denó continuar el avance hasta ponerse dentro del tiro de fusil del enemigo y atacarlo para rechazarlo o contenerlo. La columna paraguaya había detenido la marcha desplegando su linea con la artillería al centro, apoyando los costados en las isletas del bosque. Las dos líneas de infantería rompieron el fuego al mismo tiempo, el de los patriotas, nutrido y secundado por las metrallas de las dos piezas de artillería, abría anchos claros en las filas paraguayas. Repentinamente se vió a la línea paraguaya replegarse sobre sus costados guareciéndose en el bosque y abandonar los cañones con que hacía fuego. ¡La fuerza moral había triunfado sobre la numérica!

Sospechando Belgrano que aquello pudiera ser una celada y llenado el objeto que se había propuesto, que era hacerles comprender que los patriotas estaban resueltos a morir antes que rendirse, ordenó a la infantería que se replegara hasta un cerrito que dominaba la planicie, existente atrás de la posición inicial. Por haber conseguido imponerse al enemigo, lograba la única victoria que era de esperarse y aprovechando el asombro causado por el valor de sus tropas, mandó a su vez un parlamentario al jefe paraguayo, quien, lejos de hacer efectiva su amenaza de la mañana, sólo pensaba en precaverse



de una derrota [3]. Una convención con el jefe enemigo dió por terminada la campaña y el general Belgrano evacuó Paraguay.

Comentarios. — La expedición fué un fracaso desde el punto de vista militar. Las causas a que debe atribuirse son: La enorme superioridad de las fuerzas enemigas; la escasísima aptitud de combate del improvisado ejército revolucionario, que antes de partir debió ser más instruído y disciplinado; la poca idoneidad del general Belgrano, conductor también improvisado, aunque de grandes condiciones de carácter; y la falta de una fuerza fluvial para los transportes de las fuerzas, el abastecimiento y la lucha.

Consecuencias. — El virreinato del Río de la Plata sufrió por esto la primera desmembración, pero no fué Paraguay un centro de resistencia realista, como Montevideo y Alto Perú, porque allí se creó dos meses después un gobierno independiente de España, siendo esto el resultado de la semilla ideológica sembrada por Belgrano en su campaña, cuyo fruto, según se desprende, fué nn éxito revolucionario magnífico. Sin embargo, Paraguay no cooperó jamás en la cruenta lucha por la independencia sudamericana ni argentina, viviendo en un aislamiento político absoluto.

Reconocido el nuevo estado de cosas por la Junta de Buenos Aires, en un tratado que se firmó el 11 de octubre de 1811, quedaba por arreglar el asunto de los límites territoriales entre las dos provincias.

Ahora bien, por haber tomado como enemigo inmediato a éste, tan alejado y poco amenazador, se malgastaron fuerzas y recursos, y se perdió tiempo, en perjuicio de una acción rápida sobre la Banda Oriental, mucho más importante para los patriotas desde todos los aspectos (político, militar y económico), lo que contribuyó a retardar por cuatro años la caída de Montevideo, siendo en ese tiempo una verdadera amenaza y centro de conflictos de toda índole (Incluso de política interna, con Artigas).

CAPITULO VIII

a) CAMPAÑA DE BELGRANO, LUEGO RONDEAU, CONTRA ELIO Y DESPUES VIGODET EN LA BANDA ORIENTAL (1811-1812) *b)* SAN LORENZO (1813) *

Causas. — *a)* En los comienzos de 1811 Bajo Perú y la Banda Oriental eran los únicos focos activos de la reacción española. Los restantes no causaban inquietud a Buenos Aires, pues Paraguay estaba neutralizado por las negociaciones favorables de Belgrano; Alto Perú después de Suipacha se había sublevado desde Chuquisaca al Desaguadero;

[3] El historiador paraguayo Arturo Bray en su libro "Hombres y épocas del Paraguay", en desacuerdo con esta versión, expresa que Cabañas "se adelantó a ofrecer a éste (Belgrano) un armisticio con todos los honores de la guerra, que el vencido en dos batallas no había ni siquiera pensado solicitar". Esto surgiría posiblemente de haber declarado Belgrano en sus proclamas la "fidelidad a Fernando VII", pues el jefe paraguayo era españolista.

*** Ver Croquis Op. Ia y Ic y Esbozo geográfico del litoral.**

Chile, consolidado su movimiento y formando estrecha alianza con la junta de Buenos Aires, ésta le enviaba contingentes de tropas; detrás de los realistas, en el resto de América española, los pueblos impacientes por seguir el ejemplo de Buenos Aires, esperaban el momento para insurreccionarse; y más allá, desde Ecuador hasta Méjico, la revolución americana levantaba ejércitos y daba batallas;

b) De Perú y la Banda Oriental, el enemigo más perjudicial para la revolución, a la vez que el más fácil de vencer en tierra, era el de la Banda Oriental, por su cercanía al centro de recursos revolucionario y menores medios terrestres, puesto que su poder principal podía concretarse a la fuerza naval [2] y a Montevideo, ya que la campaña le era hostil, como pronto se comprobó;

c) En esta situación, la provocación del virrey español — abora Elío —, por bando, contra la revolución, a la que calificó de "sedición formada por cuatro facciosos", encontró a la Junta de gobierno en condiciones relativamente eficientes para emprender una campaña contra este núcleo, a fin de quitar a los realistas Montevideo y sus puertos, que podían servir de base terrestre y fluvial para la reconquista de Buenos Aires y resto del virreinato.

a) Campaña en la Banda Oriental. — El 13 de febrero de 1811 rompiéronse las hostilidades entre el nuevo virrey español Francisco J. de Elío — llegado el 12 de enero — y la Junta de Buenos Aires, provocada por aquél. Las relaciones políticas estaban rotas desde el 13 de agosto de 1810. La Junta aceptó el duelo y, a pesar de su pobreza naval, se dispuso a luchar en tierra y agua. Para ello se emplearían una flotilla de tres buques [3] con 200 hombres y 33 cañones y un nuevo ejército organizado sobre la base de las fuerzas de Belgrano.

San Nicolás. — La flotilla revolucionaria al mando de Juan Bautista Azopardo tuvo por misión cooperar con la expedición de Belgrano — al finalizar —, apresar todo buque que le saliera al paso, especialmente algunos que venían de Asunción, y buscar dos bergantines salidos de Montevideo para Asunción con fusiles y municiones. Los realistas, enterados de la expedición fluvial, ordenaron salir una escuadrilla de dos bergantines y dos faluchos para proteger el comercio y las comunicaciones con Paraguay, al mando del capitán de fragata Jacinto Romarate, veterano y capacitado oficial. Este persiguió, aumentada su fuerza con tres embarcaciones más de menos porte a las patriotas, que se resolvieron a aventurar combate con sus tripulaciones colecticias y mal preparadas, contra los veteranos marinos españoles. Tal encuentro se produjo en San Nicolás, el 2 de marzo de 1811, bajo la protección de una batería patriota situada sobre la costa. Tras un primer combate, más bien favorable a los revolucionarios, en su prosecución, éstos fueron vencidos, y apresados sus barcos — no obstante el heroísmo del "Invencible" —, lo mismo que su capitán y parte de la tripulación [4]. Mal empezaba la lucha por el predominio de los ríos. Ante el bloqueo de Buenos Aires, que ya se producía, el gobierno patrio decretó el corso en todos los puertos de su dependencia. La escuadra rea-

[2] Buenos Aires sufría desde setiembre de 1810 el bloqueo de nueve buques realistas a órdenes de José Primo de Rivera y los ríos interiores eran dominados por otras fuerzas que debían interceptar en su oportunidad las comunicaciones de Belgrano en su expedición a Paraguay.

[3] Bergantín "25 de Mayo", goleta "Invencible" y balandra "América". Esta flotilla fué creada a pedido de Belgrano desde Tacuarí (Paraguay) pero no llegó a cooperar con él.

[4] Para detalles sobre este combate y antecedentes, ver Historia de la Nación Argentina, volumen V-2, colaboración de Benjamín Villegas Basavilbaso.

lista prosigue al Paraguay y, aumentada su gente de desembarco, asalta Corrientes (17-IV-1811), poco después que Belgrano ha repasado el Paraná; en julio bombardea a Buenos Aires y exige su rendición, sin resultado.

La campaña uruguaya había iniciado la insurrección en febrero de 1811, en Belén (N.) y Capilla de Mercedes, continuando por toda la orilla del río Uruguay. El general Belgrano regresando de Paraguay recibió la orden de cruzar el río a fin de secundar ese movimiento, reforzándoselo con 850 hombres. El 9 de abril el ejército llegaba a Arroyo de la China (Concep. del Uruguay) y poco después su cuartel general se situaba en Mercedes (Uruguay). Contaba él con 3.000 hombres entusiastas y disciplinados. Belgrano encomendó allí a Manuel de Artigas la insurrección en el este y a José Gervasio de Artigas[1] con 500 hombres, lo mismo, en el centro, tomando otras medidas militares para estimular el levantamiento contra los realistas y el cerco sobre Montevideo. Estos arbitrios respondían con pleno éxito, cuando he aquí que un cambio político en la Junta de gobierno de Buenos Aires (revolución del 5|6 de abril de 1811) produjo el 2 de mayo la injusticia y la desgracia de separar a Belgrano del mando, que delegó en el coronel Rondeau, para "responder a cargos que se le formen".

Las Piedras. — Manuel de Artigas se apoderó en el este de Minas, San Carlos, Maldonado y Santa Teresa, y Venancio Benavídez, con 800 hombres, en marcha hacia Colonia, obtuvo dos buenos triunfos, uno en arroyo Colla y otro en San José (20 y 25 de abril). José de Artigas, nombrado segundo jefe del ejército, lo situó en Santa Lucía.

Las fuerzas realistas se iban replegando hacia Montevideo. Al saber José de Artigas que una fracción enemiga mandada por José de Posadas, de 700 infantes, 500 jinetes y artillería, se hallaba en las Piedras (20 Km. al N. de Montevideo), resolvió atacarla. Sus efectivos alcanzaban a 1.100 combatientes (350 infantes, 96 blandengues, 600 jinetes orientales) y artillería. Ambos adversarios marcharon al combate el 18 de mayo a la madrugada y los realistas tomaron en seguida una posición defensiva en una altura favorable. Artigas dividió sus fuerzas para el ataque en tres columnas, haciendo avanzar primero a su caballería, la que fué rechazada y perseguida, momento en que otra de las columnas detuvo a los realistas con eficaz fuego, obligándolos a retroceder, aunque ordenadamente. Esta vez fueron los patriotas los que persiguieron hasta la posición adversaria donde continuaron atacando y, aferrado así el enemigo, las otras columnas actuaron por los flancos para cortarles la retirada. La lucha fué brava. Los realistas se defendieron heroicamente, rindiéndose recién después de cinco horas de pelea. Habían tenido 100 muertos y 60 heridos y perdido 500 prisioneros y su artillería. Artigas sufrió sólo 70 bajas.

Invasión portuguesa a la Banda Oriental. — El 17 de julio de 1811 los portugueses, que se habían concentrado en la frontera con la Banda Oriental, aprovechando la difícil situación por que pasaba España, penetraron con su ejército de 5.000 hombres y 36 cañones, denominado "Pacificador", a esta provincia, para realizar su política expansionista de tantos años intentada, llegando el 19 al río Negro, y estableciendo su cuartel general en Cerro Largo (hoy Melo), pretextando la pacificación del país, pero en combinación transitoria con los españoles de Montevideo, pretendían, para después, la incorporación de la provincia a Brasil.

Sitio de Montevideo. — Elío comprendiendo que el sitio de Montevideo se avecinaba, ordena la evacuación naval de las fuerzas de Colonia, y el ejército vencedor, al mando de Rondeau, establece el sitio de la plaza (1° junio 1811), cuyo poder de resistencia fué progresivamente aumentando con medios y fortificaciones. El sitio persistió, porque, debido a la falta de armas y municiones, no fué posible vencer por el ataque.

Entre tanto, el ejército portugués siguió su avance aunque muy lentamente, llegando a Maldonado.

Tratado con Elío. — El 21 de octubre de 1811 se firmó un tratado de concordia entre el virrey Elío y el gobierno de Buenos Aires. Elío se obligaba a hacer retirar las tropas portuguesas del territorio Oriental y levantar el bloqueo de Buenos Aires. Los patriotas, por su parte, levantarían el sitio y evacuarían dicho territorio y la orilla occidental del río Uruguay (Entre Ríos), quedando ésta también sujeta a la autoridad del virrey. En esta margen, a una conquista y ocupación primera de los españoles desde Montevideo de los pueblos ribereños, los entrerrianos, por sí, habían respondido reconquistándolos. Los patriotas gestionaron el dicho armisticio porque, aparte de temer un nuevo desastre que se sumara al de Huaqui, en razón de la positiva amenaza de los invasores portugueses, necesitaban las fuerzas del sitio para parar la invasión española desde el noroeste. Su obtención fué un éxito, pues los realistas volvieron a quedar solos en Montevideo. Los españoles, de su lado, temieron la amenaza portuguesa de apropiarse de la provincia ocupada y consideraron el empeoramiento de su propia situación a raíz del cambio del gobierno realista por uno de criollos en Paraguay. Las fuerzas porteñas fueron llevadas a Buenos Aires.

Artigas no abandonó el suelo oriental sino después, protegiendo con sus fuerzas el éxodo de las poblaciones ante los excesos de los portugueses, que lejos de abandonar el suelo invadido, se dispersaron en él y se apoderaron de sus recursos, atacando poblaciones. El jefe oriental, que no aprobó el armisticio (tampoco la junta de Cádiz, ni la infanta Carlota de Brasil), se situó con su ejército en el Ayuy (N. de Concordia, Entre Ríos), acompañado por parte del pueblo (16.000 almas). El incumplimiento del tratado referido produjo su denuncia en enero de 1812 y un nuevo bloqueo de Buenos Aires.

---

[1] Artigas nació en Sauce, cerca de Montevideo, el 19 de junio de 1764. Cursó estudios en el convento de San Bernardino de Salto. Ya hombre, se dedicó a las tareas del campo, y, adquirida cierta experiencia, negoció por cuenta propia en las Misiones, el Arapey, etc. En marzo de 1797 entró como soldado en el "Cuerpo Veterano de Blandengues de la Frontera de Montevideo"; actuando en las zonas en que operaban los contrabandistas: el Chuy y Santa Lucía, se le asciende a teniente. En 1798 obtiene el empleo de ayudante mayor; en 1803, con una pequeña fracción mixta, fué destinado a sorprender una fuerza portuguesa. En 1804 es designado ayudante del Comandante General de la Campaña, luchando contra los charrúas; pero en el mismo año se retira del ejército y se le nombra oficial del Resguardo. Destacado a Buenos Aires, se incorpora a la defensa contra los ingleses en Corrales de Miserere, peleando en el Retiro y en la Plaza Mayor. Después de la derrota de Beresford es quien lleva la noticia a Montevideo. Combate contra los ingleses que se apoderan de Maldonado y es uno de los defensores de Montevideo durante el sitio. Ocupada esta plaza por el enemigo el 7 de febrero de 1807, se retira al Cerro y hostiliza a los ingleses durante los seis meses que están en ella. En seguida vuelve a sus tareas de blandengue, persiguiendo delincuentes, indios y portugueses; en setiembre de 1810 es ascendido a capitán. A comienzos de 1811, estando de guarnición en Colonia, cuando empezó la guerra entre Elío y Buenos Aires, se traslada a esta ciudad y ofrece su concurso a la junta revolucionaria para sublevar su provincia. El 8 de marzo de 1811 el gobierno lo promueve a teniente coronel del cuerpo de Blandengues de Montevideo y lo nombra 2° jefe interino de las fuerzas que operan en la Banda Oriental.

Aparte de lo que se expondrá en el curso de esta historia, debe decirse de Artigas que conocía mucho el corazón humano y que los paisanos, incluso los indios, le seguían con amor en sus campañas, no obstante vivir casi desnudos y llenos de miserias; él mismo hacía una vida espartana. Por sus ocupaciones anteriores conocía como el que más el territorio del teatro de operaciones en que debía actuar y todas sus características. Era arrojado, audaz y astuto.

Conspiración de Alzaga. — En marzo de 1812[5] la situación desesperada que se creaba a Belgrano en el noroeste por la invasión prevista de los realistas después del desastre de Huaqui, no era sin embargo lo más grave para el gobierno de Buenos Aires, pues por el este aparecían nuevos enemigos y, en la misma capital, una poderosa conspiración lo amenazaba vitalmente. A fin de efectuar un esfuerzo a fondo sobre el enemigo más próximo, para terminar de una vez con él, es decir, contra Montevideo, la capital se había desprendido, y colocado en la orilla oeste del río Uruguay, de la casi totalidad de las fuerzas que la guarnecían, para formar un ejército que llegó a tener 6.000 hombres, la mitad de los cuales correspondían a las fuerzas de Artigas, dejando al del noroeste casi abandonado. En esta situación estaba a punto de estallar en Buenos Aires la conocida "conspiración de Alzaga", que debía combinarse con fuerzas de Montevideo en número de 500 hombres, ya embarcados, y con otras del ejército portugués, cuyo comando ponía 50 transportes para su conducción. Esta conspiración pudo tener éxito inicial, pero descubierta a principios de julio de 1812, fué hecha abortar severamente, siendo ahorcado su jefe y fusilados sus principales cómplices, tomándose otras medidas de seguridad que impidieran nuevos intentos.

Armisticio con Portugal. — Finalmente, y con la intervención y presión de Inglaterra (lord Strangford), se firmó un armisticio de tiempo ilimitado el 26 de mayo, entre Portugal y la Junta, por el cual el ejército lusitano evacuaría el territorio oriental, lo que hizo recién el 13 de julio de 1812, luego que supo el fracaso de la conspiración de Alzaga.

Marcha sobre Montevideo y sitio. — Para parar la invasión española del noroeste que se tornaba muy peligrosa el ejército de Belgrano recibió orden de proseguir la retirada sobre Córdoba. A Sarratea — miembro y presidente del primer Triunvirato y capitán general de la provincia Oriental — situado en el frente este — en el momento con parte de las fuerzas (Rondeau y Soler) en marcha sobre Montevideo — se le ordenó recogiera esta vanguardia y se dispusiera para concurrir hacia el oeste en apoyo de Belgrano. Las fuerzas de Buenos Aires también estarían listas para una acción conjunta contra aquel invasor. Pero a raíz del inesperado triunfo de Tucumán (24 - IX) el gobierno dispuso que Manuel de Sarratea prosiguiera sobre Montevideo. La dicha vanguardia al mando de Rondeau aparecía el 20 de octubre sobre la colina del Cerrito, restableciendo el sitio de la ciudad. Sarratea ordenó a la masa del ejército cruzar el río Uruguay y unirse a la vanguardia.

El Cerrito. — El nuevo gobernador Gaspar Vigodet, observada la debilidad de las fuerzas que empezaron el sitio, decidió sorprenderlas; para ello preparó una fuerza de 3.300 hombres al mando del brigadier Muesas que atacaría en tres columnas. En la madrugada del 31 de diciembre de 1812 la columna derecha realista, a las órdenes del coronel Chain, chocó con las avanzadas patriotas del comandante Vargas, quien, empeñado en organizar sus tropas, cayó prisionero con éstas en Tres Cruces. Tras este éxito, la columna centro — de efectivo mayor —, que manda Muesas, avanza con sus tres piezas de artillería hasta el Cerrito, cuya falda trepa y ocupa su cima, desalojando de ella al regimiento 6 de Morenos (libertos) que al mando de Soler, hasta allí se había retirado. Pero éste, que logra reunir su tropa llega de nuevo al Cerrito apoyado por caballería en ambas alas,

[5] En este mes se producía el tercer bombardeo español a Buenos Aires, luego de la denuncia del tratado o armisticio de "Concordia".

y protegido por el fuego de una batería, sube la falda opuesta (norte), y despliega para reconquistar la altura. Los realistas, superiores en número, y apoyados en su izquierda, obligaron a los patriotas a abandonar el terreno, pero éstos lo hicieron en perfecto orden, sin interrumpir sus fuegos. En esto una bala hirió mortalmente al brigadier Muesas y ante la confusión que ello produjo en el enemigo, los criollos se detuvieron en su retroceso. Soler arenga entonces a su gente, que ahora pasa al ataque ferozmente, a la bayoneta, en momentos que el 4 de infantería (oriental) a las órdenes de Vázquez, atacado por la columna izquierda realista (Cnl. Galiano), cubre la izquierda y la artillería de Ramos intensifica su fuego, después de haber contenido a los realistas, cuando la sorpresa inhibía a los patriotas. El atacante (Soler) sube la ladera de nuevo y ataca a la bayoneta: el centro español comienza a ceder; se retira luego en confusión y al llegar en su descenso al pie del Cerrito, recibe la carga de los dragones al mando de Hortiguera que lo derrotan completamente; tras aquél, las dos alas realistas abandonan el campo hacia la plaza (Montevideo). Los criollos acaban de obtener un magnífico triunfo, no obstante las condiciones muy desfavorables en que iniciaron el combate, y con inferioridad numérica y de armamento. Los españoles tuvieron unas 200 bajas; los patriotas 100, sin contar sus avanzadas prisioneras.

Consecuencias. — Esta acción permitió dominar todo el territorio uruguayo de la campaña y sitiar, también con el grueso, la plaza de Montevideo.

b) **San Lorenzo.** — (Croquis 4, pág. 185). Para dar mayor efectividad al sitio de Montevideo, poco eficaz por el dominio marítimo y fluvial ejercido por los españoles, el gobierno de Buenos Aires[6] quiso, por lo menos, efectuar un escarmiento en las tropas que los barcos españoles desembarcaban para alarmar, cañonear y saquear, especialmente de ganados, a las poblaciones ribereñas. Ello había ocurrido en Zárate (2 - V - 1812) y en San Nicolás y San Pedro en octubre de 1812. En la margen este del río Paraná, como en las costas del río Uruguay, en cambio, frente a las incursiones de tropas españolas desembarcadas, los entrerrianos habían respondido con éxito capturando embarcaciones y derrotando a los grupos de desembarco procedentes de Montevideo y Colonia, que pretendían saquear las estancias. Frente a nuevas amenazas más graves de esta índole en el oeste del Paraná, el gobierno resolvió desmantelar las baterías de Rosario, preparadas por Belgrano y con ellas reforzar las de Punta Gorda (Diamante) y encomendó a San Martín[7] que con parte de su regimiento de Granaderos a Caballo protegiese las orillas del Paraná desde Zárate a Santa Fe. Por enero de 1813 la escuadrilla enemiga, compuesta de 11 embarcaciones armadas, con 3 barcos de guerra como escolta, entraba aguas arriba por la boca del Paraná Guazú. Pretendía desembarcar, forzar Punta Gorda (Diamante) e impedir

[6] Por ese entonces la Logia Lautaro era ya la "suprema autoridad y el verdadero poder que disponía en la política, la diplomacia y la guerra, siendo los representantes políticos meros agentes de su voluntad omnipotente que gobernaba el curso de la revolución por encima de los intereses y las pasiones individuales" (D. L. Molinari).

[7] José de San Martín nació el año 1777 (hay discrepancias sobre el año), en Yapeyú (Corrientes). Cursó sus primeros estudios en Buenos Aires siendo incorporado más tarde al Seminario de Nobles de Madrid, una verdadera escuela militar. A los 11 años entra como cadete al regimiento de Infantería de Murcia, donde es promovido al grado de subteniente a los 15 años de edad. Asistió a las campañas de Africa, de Portugal, de España contra la dominación francesa y a una expedición marítima a bordo de la fragata de guerra "Dorotea". Se encontró en 17 acciones, entre las principales, el sitio de Orán por los moros, en julio de 1791, en 1797, en el combate naval de Cabo San Vicente, y en las batallas de Bailén (1808) y Albuera (1811). En la primera obtuvo el grado de teniente coronel a los 31 años de edad. Si bien San Martín se inició como cadete en un regimiento de infantería y su carrera se desenvolvió en esta arma durante casi dieciocho años, sus últimos cuatro de actuación en España lo fueron en el arma de ca-

el cabotaje hacia Paraguay. Al frente de 125 granaderos, el 28 de enero partió San Martín del Retiro (Buenos Aires) a poner en ejecución la misión que le tenían confiada, siguiendo paralelamente a la expedición adversaria que remontaba el Paraná. El 30 la escuadrilla pasaba por la aldea de Rosario, amaneciendo el 31 frente a San Lorenzo (25 Km. al norte) donde hizo fondo y desembarcaron 100 hombres, quienes sólo encontraron a los frailes en el convento de San Carlos.

Supo San Martín que toda la fuerza enemiga no pasaba de 350 hombres y que, de la escuadrilla fondeada, habría un nuevo desembarco al día siguiente, con el objeto de registrar el monasterio, donde suponían ocultos los caudales de la localidad. Esta noticia encontró al coronel San Martín en su marcha, que se había retrasado de dos jornadas respecto de la expedición naval. El día 2 pasó sin que se realizase el desembarco anunciado. En tanto San Martín con su pequeña columna había seguido a marchas forzadas nocturnas rescatando a trote y galope las jornadas perdidas. En la noche [8] del mismo día 2, que fué muy oscura, llegó a la posta de San Lorenzo y poco después de medianoche alcanzaba el monasterio. Allí incorporó a 50 hombres que Celedonio Escalada, comandante militar de Rosario, le había traído. Cerrado el portón del convento, los escuadrones echaron pie a tierra, prohibiendo el coronel que se encendiera fuego y se hablara en voz alta. Provisto de un anteojo subió a la torre de la iglesia y se cercioró de que el enemigo estaba allí por las señales que hacía. En seguida reconoció el terreno circunvecino y formó inmediatamente su plan.

San Lorenzo. — (Croquis 4, pág. 185). Al frente del monasterio, por la parte que mira al río, se encuentra una alta planicie horizontal adecuada para las maniobras de caballería. Entre el atrio y el borde de la barranca acautilada a cuyo pie está la playa, media una distancia de poco más de 300 metros, lo suficiente para dar una carga a fondo.

San Martín dispuso que los granaderos se ocultaran formados con el caballo de la brida detrás de las tapias posteriores del convento. Al rayar la aurora, subió por segunda vez al campanario. A las 5 de la mañana (3 de febrero) empezó a iluminarse el horizonte y poco después las primeras lanchas de la expedición cargadas de hombres armados tocaban tierra. Algo más tarde subían por el camino en dos pequeñas columnas de infantería.

---

ballería en la que se destacó por su arrojo, especialmente en un combate parcial en el camino del "Arrecife de Arjonilla" el 23 de junio de 1808, en el cual, al frente de 21 cazadores a caballo, cargó a una partida de caballería francesa, de unos 50 jinetes, derrotándola, después de producirle 17 muertos y apoderarse de 4 jinetes y 15 caballos; San Martín sólo sufrió la pérdida de un cazador.

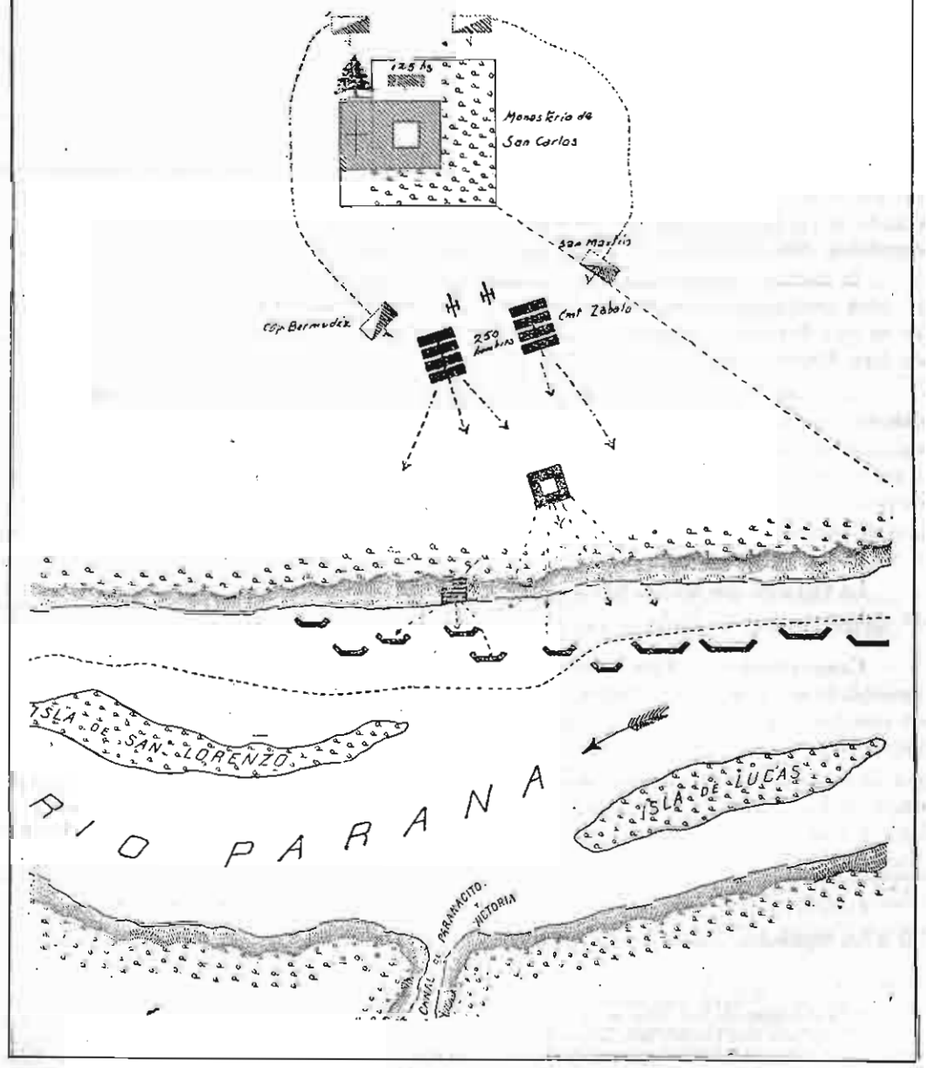
Para cooperar en el movimiento revolucionario de sus compatriotas abandonó España, desembarcando en Buenos Aires el 9 de marzo de 1812. Llegaba al escenario de la revolución del Plata ya hecho por la experiencia, la meditación y el estudio. Fué comisionado por el gobierno patrio, con el grado de teniente coronel de caballería, para organizar un cuerpo de caballería en el mismo pie en que estaba esta arma en los ejércitos europeos. San Martín empezó por constituir un escuadrón que se denominó "Granaderos a Caballo". Esta unidad fué una verdadera escuela de honor y patriotismo. Los soldados, reclutados entre los paisanos de las distintas provincias y sus oficiales entre los jóvenes más distinguidos de las familias argentinas, llegaron a formar un conjunto tan homogéneo, tan disciplinado y tan imbuído de su elevada misión, que alcanzó a ocupar el puesto de honor en las glorias conquistadas por los ejércitos de la independencia.

En 1812, San Martín creaba en Buenos Aires, la que se llamó Logia Lautaro, formada por patriotas sobresalientes entre los que se encontraban algunos llegados del extranjero: Alvear, Zapiola, etc. Así agrupados en esta sociedad secreta dirigieron la política desde el gobierno central y efectuaron la conducción en grande de las guerras de la independencia y civiles.

[8] A las 22 según Otero.

Croquis 4

COMBATE de SAN LORENZO
(3 II 1813)



San Martín bajó a ponerse al frente de los granaderos, recomendándoles que no disparasen ningún tiro, fiando solamente en sus largos sables. Después de esto tomó en persona el mando del segundo escuadrón y dió el primero al capitán Justo Bermúdez con la prevención de flanquear y cortar la retirada a los invasores. Los enemigos habían avanzado entre tanto unos 200 metros, en número como de 250 hombres; traían dos piezas de artillería en el centro, un poco delante de las columnas.

En aquel instante sonó por primera vez el clarín de guerra de los Granaderos a Caballo. Instantáneamente salieron por la derecha e izquierda de las alas del monasterio las dos fracciones sable en mano y a la carga. San Martín llevaba el ataque por la izquierca y Bermúdez por la derecha. Aquél chocó antes con el enemigo.

Las cabezas de las columnas españolas desorganizadas por la sorpresa de la primera carga, se replegaron y rompieron un nutrido fuego contra los agresores, recibiendo a varios de ellos en la punta de sus bayonetas. San Martín chocó con la columna que mandaba en persona el comandante Zabala, jefe de toda la fuerza de desembarco. En cuanto al capitán Bermúdez, hizo retroceder a la columna que encontró a su frente. Los españoles, desconcertados y deshechos, se replegaron, haciendo resistencia sobre el borde de la barranca donde intentaron formar cuadro. La escuadrilla rompió entonces el fuego para proteger la retirada, y una bala de fusil hirió al capitán Bermúdez en el momento en que llevaba la segunda carga y había asumido el mando en jefe por imposibilidad de San Martín a consecuencia de una caída [9].

Estrechados sobre el borde de la barranca y sin tiempo para rebacerse, los últimos dispersos no pudieron mantenerse. Se lanzaron en fuga a la playa baja, precipitándose muchos de ellos al despeñadero, por no acertar con las sendas de comunicación. Reunidos y protegidos por la barranca, a la vez que por el fuego de sus barcos, los restos españoles escapados del sable de los granaderos consiguieron reembarcarse. Las pérdidas del vencido fueron 40 muertos, 14 heridos y prisioneros, 2 cañones, etc.; de los granaderos 22 heridos y 6 muertos.

La victoria, que apenas había tardado tres minutos en decidirse, se consumó en menos de quince.

Comentarios. — Este combate, en que ha prevalecido el choque sobre el fuego, muestra el valor de una verdadera sorpresa — ocurrida por falta de exploración y seguridad de marcha — pues tornó a su favor la lucha. En efecto, los españoles se han visto imposibilitados de hacer uso adecuado de sus fuegos de armas portátiles y aun de sus cañones, por la rapidez y simultaneidad del ataque adversario sobre ambos flancos, que al producir un casi instantáneo entrevero, impidió la formación del cuadro a la infantería realista y una eficaz cooperación artillera. Mostró también el resultado del arrojo de los jinetes sobre los infantes, a pesar de los fusiles de éstos.

Consecuencias. — San Lorenzo, aunque de poca importancia táctica, al escarmentar a los españoles fué de importancia estratégica para la revolución. Contribuyó a tran-

[9] La columna de San Martín choca con la de Zabala. Una descarga mata el caballo de aquél, que al caer le aprieta una pierna; una bayoneta se acerca al pecho del coronel, cuando un puntano, Baigorria, da por tierra al soldado que la empuña de un sablazo, y otro, un héroe humilde, el correntino Juan Bautista Cabral, se lanza en defensa del jefe, echa pie a tierra y, entre los enemigos, separa con esfuerzo terrible del cuerpo del caballo a San Martín, pero en ese instante lo hieren mortalmente; cae: "¡Muero contento!, — exclama —, ¡Hemos batido al enemigo!".

quilizar el litoral y los ríos Paraná y Uruguay, dando seguridad por un lapso (cuatro meses) a sus poblaciones; mantuvo expedita la comunicación con Entre Ríos, base del ejército sitiador de Montevideo; conservó más libre el comercio con Paraguay, que era una fuente de recursos; privó por algún tiempo a Montevideo de víveres frescos para prolongar la resistencia; y mostró el poder de una caballería disciplinada y bien instruída, aun siendo de poco efectivo, desconocido hasta entonces.

El segundo sitio de Montevideo, iniciado el 20 de octubre de 1812, se prolonga sin solución de continuidad hasta 1814, como se verá en el capítulo XI.

CAPITULO IX

CAMPAÑA DE TRISTAN CONTRA BELGRANO EN EL NOROESTE (1812-1813) *

Causas. — A pesar del estado muy deficiente de sus fuerzas, Belgrano se mantuvo en Tucumán y resolvió empeñar batalla, por las siguientes razones:

a) La urgente necesidad de detener a todo trance el avance del enemigo — vencedor en Huaqui — hacia el corazón del país, único procedimiento adecuado para impedir la eventualidad de que, sobre la capital, a la sazón casi indefensa, se efectuara la temida reunión del invasor procedente de la meseta boliviana, con las fuerzas realistas de Montevideo y los portugueses del ejército de Observación del Alto Uruguay, listos para intervenir en cualquier momento [1];

b) Los clamores de la población de las provincias del noroeste, que, en el caso de continuarse la retirada del ejército de la revolución hacia el sur, quedarían desamparadas y a merced de un enemigo implacable;

c) El recelo de que dichas poblaciones — ya mal dispuestas contra los "porteños" — exasperadas por el abandono en que las dejaba el gobierno central, volvieran a entrar en la órbita de la influencia española, con grave menoscabo de los intereses de la causa emancipadora.

Movimientos del ejército. — De regreso de su expedición a Paraguay donde, si no logró salir victorioso, supo al menos acreditar valor, serenidad y tacto diplomático, y mientras actuaba en la Banda Oriental, el general Belgrano fué separado de este mando y sometido a un proceso por la segunda Junta a causa de su conducta durante aquella expedición, del cual salió completamente justificado. El nuevo gobierno (primer Triun-

*** Ver Croquis Op. III y Esbozo geográfico del noroeste y Alto Perú, pág. 59.**

[1] Existió un plan enemigo de fines de 1811, combinado así: Vigodet, con 2.000 hombres de la Banda Oriental, 1.000 situados en Arroyo de la China (Entre Ríos), los 8.000 portugueses de Diego de Souza en Maldonado y Pando (Banda Oriental) y el auxilio de una poderosa escuadra, dominando el río, intentarían un ataque a Buenos Aires, donde se fomentaría una simultánea rebelión; Goyeneche, desde Alto Perú, debía concurrir decididamente hacia el sur con su ejército victorioso.

virato), apelando a su abnegado patriotismo, le rogó se hiciera cargo del ejército de Alto Perú, batido en el Desaguadero (Huaqui) y cuyos muy menguados restos acababan de retirarse nuevamente hacia el sur luego del segundo combate de Suipacha.

Ya se dijo que Belgrano se hizo cargo del ejército que le entregó Pueyrredón, en marzo de 1812. De Yatasto, donde esto se produjo, resolvió avanzar con los mil hombres de que disponía hasta Jujuy, punto alcanzado el 19 de mayo, desde donde pensaba apoyar la rebelión de Cochabamba, o disputar el terreno al enemigo, a la vez que remontar, disciplinar, etc., sus fuerzas. El ejército realista del sur a órdenes de Tristán, intentaba llegar a Tucumán y luego, procediendo en combinación con los realistas de Montevideo, avanzar para atacar a Buenos Aires.

La situación patriota era muy delicada, agravada por la desmoralización de las poblaciones y del derrotado ejército, de escasos efectivos, desprovisto de armas y minado por las disensiones internas de sus jefes.

En esta circunstancia fué una verdadera suerte para las armas patriotas que la beroica Cochabamba se levantara nuevamente en armas contra los españoles, obligando al generalísimo de éstos, Goyeneche, a acudir contra los insurrectos con la mitad de sus efectivos. Con el resto de las fuerzas el general Tristán llevaría a cabo el proyectado movimiento de invasión a las provincias del noroeste, cuyo objetivo final sería Buenos Aires, donde los invasores se darían la mano con los conspiradores acaudillados por Alzaga y los otros núcleos de fuerzas ya expresados.

A pesar de que la superioridad numérica de los realistas no era ya tan aplastadora, como lo habría sido sin la contramarcha de Goyeneche, Belgrano no podía esperar, con sus reducidas fuerzas, por el momento, el ataque del adversario. Por disposición del gobierno central evacuó Jujuy y Salta, previa orden que dió el general patriota para el conocido "éxodo jujeño" (agosto de 1812), que acataron sus habitantes con escasas excepciones; también los salteños.

Las Piedras. — El enemigo seguía en persecución del pequeño ejército de la revolución, habiendo adelantado a varias jornadas, para la hostilidad inmediata, una vanguardia (destacamento), mandada por los coroneles Llano e Huici, con 600 hombres. El 3 de setiembre de 1812 la retaguardia patriota, con artillería, mandada por Díaz Vélez, distaba 10 Km. del grueso, que estaba detenido. Resueltamente el adversario se lanzó al ataque de aquélla, luego de un encuentro de avanzadas, logrando ponerla en completa dispersión y persiguiéndola. Belgrano, que esperaba esta oportunidad favorable, desplegó su grueso en la margen del río de Las Piedras e hizo abrir el fuego de la artillería, para despejar el frente y parar al perseguidor; éste, detenido, ocupó una posición como a unos 400 metros. Entonces, en una acción simultánea, el ejército revolucionario se lanzó al ataque en tres agrupaciones y una reserva. Frente a esta acción resuelta y eficaz, el enemigo se puso en precipitada fuga, siendo perseguido por más de 2 Km.; perdió 20 muertos, 25 prisioneros, armamento y muchos de los prisioneros que antes había tomado a los patriotas. Belgrano reanudó luego la retirada hacia Tucumán, que se hizo desde entonces sin persecución del enemigo y más entonados los ánimos.

Durante su marcha a Tucumán recibió una nueva orden perentoria del gobierno para que se retirara sobre Córdoba definitivamente, dejando, en consecuencia, libradas a su suerte a las provincias del noroeste. Deseando evitar estos males, y el de la deserción de los norteños, y accesible a la presión de la opinión tucumana ejercida sobre su ánimo y los ofrecimientos en hombres, caballos y dinero que se le habían hecho, aceptó estos recursos y resolvió dar la batalla. Contrariaba así una orden superior, pero de quienes no conocían la

verdadera situación y que no debieron impartirla restringiendo la iniciativa y la independencia técnica del comandante en jefe del ejército.

Tucumán. — (Croquis 5, entre págs. 192 y 193). El plan de Belgrano se redujo a esperar al enemigo fuera de la ciudad y atacarlo en cuanto se aproximara, con la infantería frontalmente y la caballería contra sus flancos. El 23 de setiembre llegó Tristán a Nogales (18 Km. al norte de Tucumán) al frente de más de 3.000 hombres de las tres armas, en su mayoría veteranos. Su avance había sido muy lento y por territorio casi totalmente vacío de hombres y recursos, frente a partidas enemigas que lo hostilizaron y le impidieron la exploración.

Situado Tucumán sobre una meseta rodeada de arroyos que se derraman formando canales de regadío, se desenvuelven en todas direcciones planicies, ligeramente accidentadas, alternadas con pequeños bosques. Este terreno es apropiado para las acciones de caballería, especialmente en el sudoeste (Campo de las Carreras).

El 23, ante la noticia de que Tristán estaba en los Nogales, Belgrano formó su ejército dando frente al norte, pero en la noche se replegó a la ciudad cuando supo que el enemigo había detenido la marcha.

A las 2 de la mañana siguiente volvió a salir y ocupó la misma posición, calculando que al amanecer tendría encima a todo el ejército español.

Al aclarar del 24, Tristán empezó la ejecución de su movimiento, según puede verse en el croquis. No creyendo tener que combatir aquel día, tomó por única precaución colocar sobre su flanco derecho sus trece piezas de artillería cargadas en mulas. Costeó así la margen izquierda del cenagoso arroyo Manantial. Por este movimiento, sin saberlo, colocóse a retaguardia de los patriotas amenazando sus comunicaciones por el camino de Santiago del Estero [2].

Marchando por las alturas, sus maniobras fueron vistas desde el llano. A las ocho de la mañana la cabeza de la columna descendió al Campo de las Carreras, en marcha a la ciudad, dando la espalda al sudoeste, es decir, que se preparaba una batalla con frente invertido, muy peligrosa para el vencido. Sólo entonces vió Tristán casi sobre su flanco una línea de infantería enemiga, pero no a la caballería, lo que le persuadió de que los patriotas no disponían de esta arma, y más tarde le produjo la sorpresa precursora de su derrota.

Belgrano en tanto, cerciorado de la dirección del avance del enemigo, abandonó la posición ocupada, rodeó la ciudad por el oeste y se colocó como muestra el croquis, Así apareció el ejército patriota sobre el flanco del realista, lo que fué para éste una sorpresa. Sin embargo tuvo tiempo de aprestarse algo para el combate.

Todas las fuerzas que Belgrano pudo llevar a la lucha no pasaban de 1.800 hombres — incluídas las milicias — de las cuales sólo 800 eran infantes, no pasando de 300 los veteranos, mientras que 2.000 hombres experimentados del enemigo eran de esta arma.

La caballería de la derecha la mandaba el teniente coronel Juan Ramón Balcarce, la de la izquierda el comandante José Bernaldes Polledo, y la de la reserva el sargento mayor Diego González Balcarce; las columnas de infantería, el capitán Forest y los comandantes Warnes y Superí. La infantería de reserva, el teniente coronel Manuel Dorrego.

---

[2] Según Marcelino de la Rosa en "Tradiciones Históricas", Tristán "no se imaginaba ni remotamente que Belgrano estuviera en Tucumán", creíalo marchando a Santiago del Estero por un camino de más al este. Ello ocurrió porque estuvo impedido de explorar y reconocer el terreno por las partidas de gauchos tucumanos en su avance. En la última parte de su marcha el incendio de los pajonales que hizo Lamadrid, oficial de avanzadas, lo obligó a desviarse hacia el oeste y tomar el camino antiguo a Perú, para, por un rodeo, llegar a la ciudad.

A distancia de tiro de cañón, mandó Belgrano desplegar a la infantería. Así marchó contra el enemigo con sus alas apoyadas en la caballería, en circunstancias que el ejército español no había conseguido emplazar sino dos cañones. La artillería patriota rompió el fuego con tanta felicidad, que los primeros tiros batieron varias hileras de un batallón enemigo, el que pareció vacilar. Esto prueba que si la artillería patriota hubiera estado reunida, habría podido desorganizar la línea de Tristán.

El jefe del batallón español Abancay, sin esperar orden de su general, mandó cargar a la bayoneta en tiradores. Belgrano dispuso entonces que la caballería del ala derecha cargara sobre el ala izquierda española y que la infantería lo hiciera sobre el centro con bayoneta calada, sin contestar al fuego que se le hacía.

A pesar de la inferioridad numérica y de disciplina, la infantería argentina avanzó. La artillería quedó así con sus tiros interceptados y ya no volvió a participar en la batalla. La caballería de la derecha, la tucumana, armada en su mayor parte de lanzas y cuchillos enastados en palos, y mucha sin más que puñales, lazos y bolas, apoyaba su flanco descubierto sobre una sección de dragones veteranos. Balcarce avanzó a su frente a gran galope, corriéndose un tanto sobre su derecha para evitar los proyectiles de la infantería enemiga, que mantenía un nutrido fuego. No era esto cumplir la orden de Belgrano, que quería que la caballería de la derecha concurriera al ataque lanzándose sobre la infantería enemiga; pero era obrar con la prudencia que aconsejaba la calidad de la tropa y lo peligroso que resulta un ataque de caballería a la infantería no quebrantada. El general en jefe ordenó entonces a una sección de la caballería de reserva que cargase a su frente en apoyo de la infantería. La caballería española del ala izquierda del enemigo huyó al amago de la carga de la derecha patriota y, al abrirse así un claro en la línea, penetró por él la caballería gaucha a carrera tendida, dando espantosos alaridos y golpeando con las riendas los guardamontes de cuero, que producían un ruido extraño y siniestro.

La infantería realista que sostenía el centro, al ver descubierto su flanco y ocupada su retaguardia por los jinetes patriotas que corrían acuchillando dispersos, desordenóse completamente y cedió el terreno al centro patriota, que, apoyado por la reserva, continuó su victoria, aunque también en desorden. Mientras tanto, los enemigos habían triunfado completamente en su derecha, arrollando a la caballería patriota de la izquierda y derrotando a la columna mandada por Superí, de manera que, sin atención por su frente, pudieron atacar por el flanco al resto del ejército de Belgrano que triunfaba en otros puntos. Pero, finalmente, los españoles vencedores en su derecha tuvieron que seguir el movimiento retrógrado del resto de su ejército derrotado.

La izquierda del ejército patriota, que ya estaba deshecha, se encontró repentinamente dueña del campo y con muchos prisioneros. La mayor parte de la infantería del centro, seguida de su reserva, perseguía en desorden. La caballería tucumana, completamente desbandada, se ocupaba en lancear dispersos, en vez de cargar sobre las fracciones aún organizadas de retaguardia. La crítica a ambos defectos se debe atenuar por la falta de instrucción.

Belgrano, luego que vió que la caballería de su derecha había roto la línea enemiga y que su centro estaba firme, quiso trasladarse a la izquierda de su línea para cerciorarse del estado del combate por aquella parte. Entonces el coronel Moldes le hizo ver que se hallaban cortados.

En busca de la caballería, Belgrano se dirigió al galope al claro que los enemigos habían dejado a su frente y por el cual habían penetrado los escuadrones patriotas; allí se encontró en medio de su caballería dispersa, que más parecía una fuerza derrotada que

vencedora. A la noticia de la aparición del general en aquel campo de desorden, empezaron a reunírsele los dispersos. Belgrano ignoraba totalmente si la batalla había sido ganada o perdida.

Muy luego se presentó Juan R. Balcarce seguido de un grupo de caballería dando vivas-a-la patria en señal de triunfo. Belgrano no estando bien seguro del éxito, se ocupó en hacer reunir a los dispersos, logrando juntar unos 200 hombres, con los cuales contramarchó en dirección a la ciudad. Al atraversar una parte del campo de batalla, encontraron desmontadas dos piezas de artillería que el enemigo dejó abandonadas en su movimiento retrógrado. Más adelante divisó sobre los arrabales de la ciudad un grueso núcleo de tropas de infantería con alguna caballería y artillería enemigas. Visto esto, resolvió retirarse con la fuerza que tenía al paraje denominado El Rincón, tres leguas al sur de Tucumán, y averiguar desde allí cuál era la suerte del resto del ejército.

Veamos ahora qué había sido de la infantería patriota. Ante el avance impetuoso del centro y reserva, y de parte de la izquierda reorganizada, el enemigo tuvo que ceder el terreno, abandonando la mayor parte de su artillería. Tristán sólo pudo rehacerse como a unos cinco kilómetros al sur del campo de batalla, con una columna que no había entrado en combate. Desde este momento la superioridad volvió a estar de su parte, y haciendo pie firme trabó un ligero combate sin resultado. Entonces los comandantes de la infantería patriota, viendo que corrían peligro de comprometer la victoria del día y sin noticias de su caballería, resolvieron replegarse sobre la plaza, con unos 400 prisioneros, llevando la dirección de la columna el coronel Díaz Vélez.

En la ciudad fortificada iban a defenderse. Tristán los siguió lentamente y se posesionó de los arrabales del oeste, en cuya posición lo encontró Belgrano en su exploración citada. Dueño el general realista del campo de batalla, intimó rendición a la plaza con la amenaza de entregar la ciudad a las llamas si no se rendía a discreción. Díaz Vélez, instruído ya de que Belgrano batía la campaña con la caballería, lo amenazó de palabra que pasaría a cuchillo a los prisioneros si se quemaba un solo rancho. Entre tanto el parque y bagajes del enemigo habían entrado a la plaza creyéndola en poder de Tristán y cayeron en manos de los patriotas.

Al día siguiente, veinticinco, el general Belgrano se puso en marcha sobre la ciudad a la cabeza de una columna de 500 hombres; tenía ya la conciencia de las ventajas adquiridas. Estableció sus comunicaciones con la plaza por la parte sur y situóse frente a las líneas de Tristán, intimándole a su vez rendición y proponiéndole la paz en nombre de la fraternidad americana, lo que éste no aceptó. Belgrano, sea que no creyera prudente un nuevo ataque o que pensara que no tenía elementos suficientes para acometer a una masa de infantería que representaba una fuerza igual a la suya, resolvió, con grave error, no atacar al enemigo para aniquilarlo, y retrocedió en la noche al arroyo Manantial, esperando cerrar por este camino la retirada de los realistas. En la noche del 25 al 26 Tristán levantó silenciosamente su campo y, burlando la vigilancia de los patriotas, tomó fugitivo el camino a Salta, "todo a pie, sin caballería, sin parque, sin bagajes, con sólo dos cañones y escaso de víveres".

Belgrano, así que supo la retirada del enemigo, destacó sobre él una columna de 600 hombres al mando de Díaz Vélez, ordenándole atacase enérgicamente a su retaguardia. Correspondía una persecución tenaz con todo su ejército para terminar con el enemigo.

Los perseguidores regresaron a fines de octubre con 80 prisioneros rescatados y 60 tomados al enemigo, habiendo dejado establecida la superioridad revolucionaria en las provincias del noroeste..

Comentarios. — "Ganar una batalla, a cuyo éxito concurren las faltas del enemigo, es un accidente de la suerte variable de las armas y no es la más alta gloria de un general, pero resolverse a enfrentarlo con un puñado de hombres después de una retirada de 400 Km., esperarlo con cerca de la mitad menos de fuerza, dar la batalla contra órdenes repetidas y perentorias de su gobierno y después del triunfo rehusar los honores del triunfador y atribuirlos a sus compañeros de armas, y esto sin ostentación — como lo hizo Belgrano — , es un ejemplo que la historia presenta pocas veces " (Mitre). Hay que decir aún que sus hombres, salvo 300 veteranos, "nunca se habían hallado en acciones de guerra y ni aun tenían idea del silbido de las balas" (parte del general vencedor).

Consecuencias. — En Tucumán se salvó la revolución no sólo de su situación más angustiosa, sino que se contribuyó de manera directa y eficaz al triunfo de la independencia americana. Perdido el norte, reforzado el enemigo con muchos hombres de esa región para la caballería — de que carecía —, unidas las fuerzas con las de Goyeneche, en momentos que la opinión pública estaba desmoralizada, el plan de convergencia hubiera tenido muchas posibilidades de realizarse, en la situación general del momento. En lo interno el triunfo precipitó la caída del primer Triunvirato, acusado por el pueblo de Buenos Aires de haber abandonado al ejército del norte y ordenado la evacuación de los territorios del noroeste.

Continúan las operaciones. — En los meses de octubre a diciembre de 1812 Belgrano organizó un ejército con las tropas triunfantes en Tucumán y algunos contingentes que le fueron remitidos, incluso de los regimientos 1 y 2 de infantería, siendo el total de 3.000 almas. En las postrimerías de enero de 1813, a pesar de que los caminos estaban casi intransitables por las lluvias, el ejército avanzó hacia Salta para sorprender a los realistas, quienes, convencidos de que en este período del año eran imposibles las operaciones militares, estaban casi del todo desprevenidos, habiéndose limitado a colocar una avanzada en el antiguo fuerte de Cobos, que cubría el paso del Portezuelo (ver Croquis 6) donde cruzaba el camino real Tucumán - Salta - Jujuy - Humahuaca. El 13 de febrero de 1813 se juró al norte del río Pasaje la nueva divisa azul y blanca "con que marcharían al combate los defensores de la patria".

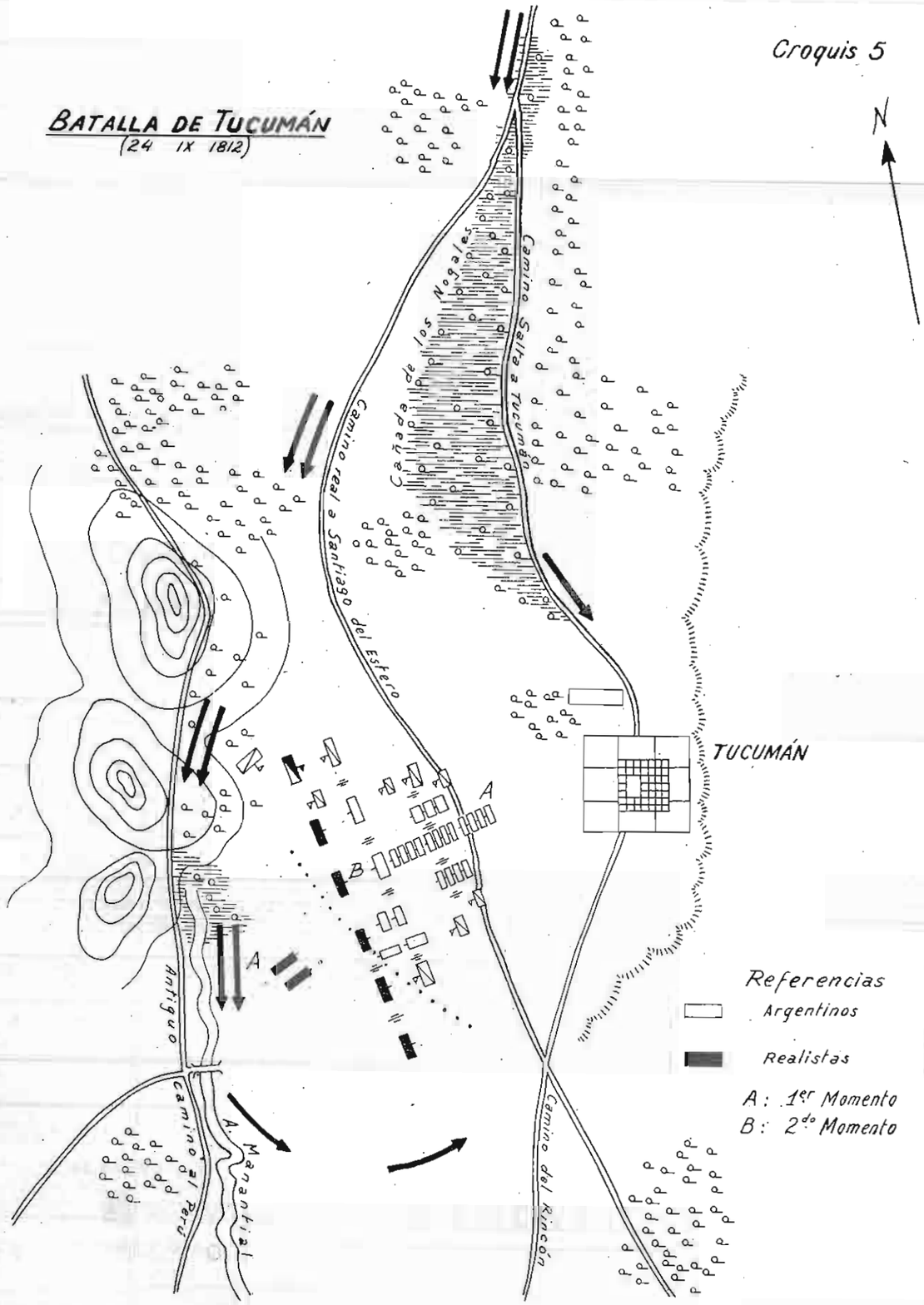
El 14 de febrero, al amanecer, la vanguardia patriota, al mando de Díaz Vélez, sorprendió a la avanzada realista situada en Cobos, obligando a sus componentes a huir hacia Salta, donde dieron cuenta de la aproximación del enemigo a Tristán, quien al principio no quiso creer fuera todo el ejército. Sin embargo, patrullas exploradoras, enviadas hacia dicha localidad, regresaron confirmando los datos traídos por los fugitivos, y entonces Tristán hizo ocupar por el grueso de sus tropas los desfiladeros de los Portezuelos, a fin de cerrar a Belgrano los únicos caminos practicables que conducían a Salta. Pero durante la noche del 18 al 19 de febrero, gracias a la iniciativa del capitán salteño Apolinario Saravia, que indicó la posibilidad de pasar con el ejército por una mala senda que se desarrollaba a través de la quebrada de Chachapoyas, los patriotas, previo reconocimiento, flanqueando a los realistas, fueron a vivaquear a la Hacienda de Castañares; allí se reunió la vanguardia desprendida hacia los Portezuelos, la que mediante el combate engañó a los enemigos sobre la dirección del avance principal. En esos días llovía a torrentes.

Luego, siguiendo hacia el oeste, se situó el ejército a caballo del camino de Salta a Jujuy interceptando así las comunicaciones y la retirada a los españoles hacia su base de operaciones: Alto Perú. Otra batalla con frente invertido se preparaba. Informado Tristán de lo acontecido, retrocedió hasta el pie del cerro San Bernardo.

CROQUIS

BATALLA DE "TUCUMÁN" 5

Croquis 5



Salta. — (Croquis 6, entre págs. 194 y 195). La ciudad de Salta está limitada por cadenas de cerros; hacia el este por el San Bernardo; por el occidente y como a 10 Km., por la poco accesible montaña de San Lorenzo. Entre estas dos elevaciones se derrama una red de ríos que envuelven a la ciudad. Por el pie del cerro de San Bernardo corre un arroyo que llaman el Tagarete de Tineo, que cubre por tres lados los arrabales de la ciudad y que se atraviesa por varios puentecillos.

El día 19 a las 11 el ejército patriota movióse en dirección a Salta, en 5 columnas paralelas de infantería con 8 piezas de artillería divididas por secciones a retaguardia. Dos alas de caballería marchaban en prolongación de la línea, y atrás una columna de las tres armas, con 4 piezas, de reserva. En esta formación eran erróneas la dispersión de la artillería y la colocación de parte de la caballería en el ala izquierda donde el terreno no le permitía actuar.

La formación de Tristán consultaba los accidentes del terreno. Fuerte de 3.400 hombres tenía su línea al norte de un zanjón que corta el camino de Jujuy. En la primera línea colocó tres batallones, apoyando su ala derecha sobre un cerro y adelantó por las fragosidades de esta montaña una columna de 200 hombres, que, cubierta por los accidentes del terreno, amenazaba el flanco del ejército patriota que avanzaba. Sobre la izquierda desplegó los 500 jinetes de que constaba su caballería, colocación acertada, pues por aquella parte, debido al terreno, podía obrar bien esta arma. En el frente colocó las 10 piezas de su artillería. Dos batallones constituían la segunda línea; la reserva y el parque estaban más atrás.

En esta disposición permanecieron los ejércitos la tarde del 19. Al anocbecer Belgrano retiró sus grandes guardias dejando sólo débiles puestos y concentró sus cinco columnas aproximándolas. Este inadecuado dispositivo, hubiera dificultado el despliegue para el combate y favorecido la confusión en el caso de un ataque nocturno enemigo.

Al amanecer del día 20 de febrero de 1813 el ejército patriota emprendió la marcha sobre los realistas. Mandaba la columna de la derecha el teniente coronel Dorrego y sucesivamente las otras el comandante José Superí, Pico, el sargento mayor Forest y el comandante Alvarez. La caballería de la derecha la mandaba el comandante Cornelio Zelaya, y la de la izquierda el capitán Rodríguez. La infantería de la reserva, el teniente coronel Perdriel y la caballería el sargento mayor Diego González Balcarce. La artillería fué dividida en secciones, las piezas de la derecha las dirigía el teniente coronel Giles, las del centro los tenientes Luna y Rávago, las de la izquierda el capitán Villanueva y las de la reserva el capitán Martínez. La derecha de la primera línea fué confiada al coronel Eustoquio Díaz Vélez (mayor general) y la izquierda al coronel Martín Rodríguez.

Así siguió su marcha el ejército patriota basta la distancia de tiro de cañón del enemigo, el cual, si hubiese sabido emplear convenientemente su artillería y atacado vigorosamente los despliegues de las columnas agresoras, habría podido desordenarlas. A esta altura desplegaron las columnas argentinas; la reserva conservó su formación.

El ataque empezó de manera desventajosa y poco acertada. Roto el fuego por la infantería enemiga, Belgrano ordenó que Dorrego avanzase contra la izquierda realista con dos compañías apoyadas por la caballería de Zelaya; esta fuerza, débil para atacar el ala más fuerte del enemigo, fué rechazada y, a no haber acudido oportunamente la caballería del ala izquierda, tal vez habría sucumbido.

Belgrano entonces ordenó que una sección de la reserva atacase a la columna que, ocupando las faldas del cerro, incomodaba su izquierda con fuegos de flanco, y se trasladó a la derecha de la línea. Allí ordenó a Dorrego: "Avance usted y llévese por delante al

CROQUIS

BATALLA DE "TUCUMÁN" **5**

enemigo, pero no intercepte los fuegos de nuestra artillería". Dorrego, apoyado por la caballería y sostenido por la artillería, recuperó el terreno perdido y llevó la carga con tal vigor, que toda el ala izquierda enemiga cedió, y desorganizada, se replegó en desorden a la ciudad, con lo que dejó en descubierto el flanco izquierdo. Tristán hizo cubrir este claro por batallones de refuerzo; mas, desmoralizados por la fuga de sus compañeros y temerosos de ver aparecer por su espalda a la caballería vencedora, se desordenaron y se dieron también a la fuga. El centro se mantuvo con más firmeza, pero, ante el peligro de verse envuelto, cedió al fin el campo precipitadamente, abandonando la artillería a causa del ataque de Superí y Forest. El centro arrastró a la reserva, quedando cortada el ala derecha enemiga compuesta de dos batallones. La pequeña fracción realista del cerro hizo una resistencia vigorosa; allí concurrió Belgrano con la reserva y poco después esos últimos restos del ejército español se rindieron. Entretanto, en la ciudad se combatía. El centro y la derecha vencedores persiguieron a los fugitivos y atravesando el Tagarete (zanjón que circundaba a la ciudad), alcanzaron hasta cerca de cuadra y media de la plaza Mayor, cuyas calles estaban fortificadas, y se posesionaron del templo de la Merced. Después de tres horas de combate la batalla estaba terminada con la victoria de los patriotas. En el interior de la ciudad las tropas sólo en parte obedecían las órdenes de Tristán y éste, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, resolvióse a capitular, mandando un parlamentario.

Por las capitulaciones quedó establecido que al día siguiente saldría de la ciudad el resto del ejército español, que rendiría las armas, obligándose por juramento, desde el general basta el último tambor, a no volver a tomar armas contra las Provincias Unidas hasta los límites del Desaguadero. Se le devolvieron los prisioneros para que Goyeneche diese libertad a los que tenía del ejército argentino.

Todas las armas — 10 cañones, 2.188 fusiles, 200 espadas, pistolas y carabinas —, el parque, maestranza, etc., fueron los trofeos. Además el enemigo perdió 480 muertos y 114 heridos. Los patriotas tuvieron 103 muertos y 433 heridos.

Comentarios. — Nunca Belgrano fué más grande como militar ni más inhábil como político. Dejándose arrastrar por los impulsos de una mal entendida generosidad, esterilizó en gran parte el efecto moral y material de la victoria; en vez de completar el triunfo con una entrega a discreción de todos los comandos y tropas, comprometió la suerte de las futuras campañas, dejándolos en libertad.

Consecuencias. — *a*) Fracaso completo del primer plan de convergencia de los cuatro esfuerzos combinados de los realistas sobre Buenos Aires, que, de haber tenido éxito — como por un momento pareció probable —, habría sido el toque de agonía de la independencia argentina y quizá de toda la América del Sur, puesto que la Metrópoli, después de baber apagado este peligroso foco revolucionario y también los de Quito (2 de septiembre de 1812) y Venezuela (comienzo de 1813), se habría hallado en mejores condiciones materiales y morales para extinguir a los demás.

b) Afirmación definitiva del sentimiento y de la soberanía argentinos en las provincias del noroeste.

c) Considerable repercusión que las dos victorias de Tucumán y Salta tuvieron en Alto Perú, reanimando las esperanzas de los patriotas de dicha región, difundiendo el espíritu de rebelión y favoreciendo así la próxima invasión del ejército de Belgrano.

CAPITULO X

CAMPAÑA DE BELGRANO CONTRA PEZUELA EN ALTO PERU (1813)*

Causas. — *a*) La reanudación de la ofensiva sobre Lima que constituía la finalidad estratégica suprema;

b) La necesidad político-militar para el gobierno de Buenos Aires de asegurarse a todo trance la posesión de la meseta boliviana mediante la destrucción del ejército realista, por las siguientes razones:

Desde el punto de vista político, convenía afirmar moral y materialmente la soberanía argentina sobre esa articulación del ex virreinato, a fin de evitar que más tarde se pusieran en tela de juicio nuestros derechos a ella;

Militarmente, la ocupación de Alto Perú proporcionaba una buena base de operaciones para la realización de empresas decisivas sobre Lima, centro vital del poder español de América;

Aliviar a las provincias del noroeste del continuo y pesado tributo que para el mantenimiento del ejército venían prestando desde 1810.

Avance patriota. — Las sucesivas derrotas de Tristán, en Tucumán y Salta, abrían el camino a una nueva invasión del ejército patriota a Alto Perú.

Goyeneche, que en el momento de la batalla de Salta tenía como 3.000 infantes, 1.000 jinetes y 300 artilleros en Alto Perú, pidió al general Belgrano un armisticio de 40 días, el que le fué concedido. El virrey del Perú desaprobó la capitulación de Tristán en Salta y negó su confirmación al armisticio obtenido por Goyeneche. Este general, previendo que el ejército patriota vencedor invadiría sin pérdida de tiempo Alto Perú, se retiró a Oruro, ordenando a las fuerzas destacadas en Jujuy y Suipacha su incorporación al grueso.

Belgrano, sin embargo, no supo explotar el éxito material y moral de Salta. En lugar de lanzarse inmediatamente bacia el norte, para aprovechar la sorpresa y desmoralización que en los realistas había introducido la capitulación de Tristán, demoró hasta mediados de abril de 1813 para moverse sobre Jujuy, adelantando los cuerpos de la vanguardia a Potosí, de los cuales salió una fracción de 500 hombres hacia Oruro, la que regresó para situarse definitivamente a 45 kilómetros de Potosí. Este avance general fué instado por el gobierno. Desde Jujuy, Belgrano continuó sobre Potosí, a donde llegaba el 21 de junio.

Goyeneche permaneció también inactivo entretanto en Oruro. Renunciante del mando, fué reemplazado por el brigadier Joaquín de la Pezuela. Hasta poco antes de su llegada al ejército realista, éste, compuesto en su mayor parte de americanos, estuvo en estado de casi disolución. El nuevo general avanzó hasta Ancacato (Ancato en el

---

* **Ver Croquis Op. III y Esbozo geográfico del noroeste y Alto Perú, pág. 59.**

Croquis) con la masa de sus tropas, dejando destacamentos en Oruro y Desaguadero; en total eran 4.500 hombres (entre ellos muchos de los juramentados de Salta) con 38 cañones. Por su actividad y energía elevó la moral del ejército.

En Potosí Belgrano remontó sus batallones con personal de Chuquisaca y Potosí, comisionando al comandante Zelaya para que organizara un cuerpo de caballería en Cochabamba. Pero lo que el ejército ganó en organización y efectivos — no obstante la deserción — lo perdió en disciplina, en una población donde la gente influyente era desafecta a la revolución, y por su inactividad bélica. Resuelto finalmente el movimiento formó el plan de buscar al adversario con la masa del ejército desde Potosí, mientras el coronel indio Cárdenas — ascendido por Belgrano — con 2.000 indígenas, avanzaría desde Chayanta sobre el flanco este realista en combinación con un movimiento que desde Cochabamba debía realizar Zelaya, con 1.200 hombres sobre el mismo flanco. Las indiadas situadas detrás de los realistas, como las poblaciones de Perú, debían ser sublevadas; aquéllas para cortar las comunicaciones a los restos del adversario después del triunfo. La reunión, demasiado cerca del enemigo, situado con su masa en Condo-Condo, y la falta de sincronización de la convergencia de las tres agrupaciones, hacían muy problemática tal concentración para el momento decisivo, especialmente si se dejaba la iniciativa al enemigo. Para realizar este plan el ejército avanzó el 5 de setiembre hacia Lagunilla en fracciones que allí se reunieron, alcanzando su total a 3.600 hombres (500 habían desertado en Potosí) y 14 piezas en estado deficiente; de los soldados más de 1.000 eran reclutas; la tropa, incluso la caballería, montaba mulas muy flacas y sin herraduras. A pesar de esto, nadie dudaba del triunfo. Prosiguiendo, el 27, llegó el ejército a la Pampa de Vilcapujio, situándose con frente al oeste, con su espalda en la montaña. Entre el 28 y 29 rectificó su posición. Habían transcurrido más de ocho meses de la batalla de Salta. Belgrano consideró difícil una ofensiva realista y con tal idea esperó la comparencia de Zelaya y Cárdenas, con los cuales contaría 5.000 hombres. Como medidas de seguridad sólo adoptó la de observar los desfiladeros de la dirección del enemigo hasta una distancia de 3 kilómetros, lo que era totalmente insuficiente. La posición ocupada no le permitía eludir la batalla si el enemigo avanzaba, pues la distancia a Condo-Condo podía ser salvada en una noche. En tal caso las incorporaciones de Cárdenas y Zelaya quedaban descartadas y, por lo tanto, librado a su sola fuerza.

Cárdenas, cumpliendo las órdenes de Belgrano, había asomado por Ancacato con sus indios en los últimos días de setiembre. Allí fué atacado y dispersado por un escuadrón de caballería y dos compañías al mando del comandante Castro, de los juramentados de Salta, procedente de Pequereque, donde había sido colocado para cerrar el camino de Oruro y observar los desfiladeros de Cochabamba y Chayanta. En este combate Cárdenas perdió la correspondencia de Belgrano, por la cual el enemigo se enteró de su plan.

Pezuela resolvió atacar a los patriotas antes de la incorporación de Zelaya, basando su acción en una sorpresa. Castro, que debía permanecer en Ancacato, se incorporaría el 1° de octubre en el campo de batalla. El 30 a mediodía los españoles subían la larga y difícil cuesta que conducía a las alturas que dominan la pampa de Vilcapujio, llegando a la cumbre a medianoche. De aquí siguieron el avance con sólo doce piezas; las restantes quedaron en el camino por falta de mulas.

Vilcapujio. — (Croquis 7, pág. 198). Cuando al aclarar las avanzadas patriotas vieron las columnas españolas que descendían la cuesta, lo comunicaron a Belgrano, el que no quiso dar crédito a tal hecho, pero, siendo evidente, apremió la formación de sus fuerzas en el orden que figura en el croquis.

cando la incorporación de Zelaya. En seguida se ocupó de la retirada por una cordillera escarpada con sólo 400 hombres. ¡Todo lo demás se había disipado! El 5 de octubre llegó a Macha (15 Km. al este de Ayohuma) donde empezó a trabajar en la reorganización del nuevo ejército, pues de Vilcapujio sólo había mil hombres, reunidos en Macha y Potosí; los restantes estaban muertos — 600 —, dispersos o prisioneros. El enemigo, sin embargo, no había quedado mucho mejor parado; sus pérdidas no bajaban de 550 muertos y heridos, habiendo sufrido una gran dispersión por la persecución patriota a raíz de la huida del centro e izquierda. Esto, unido a la falta de cabalgaduras, lo indujo a no perseguir y lo mantuvo inmóvil por algún tiempo, lo que también fué erróneo, pues los republicanos habían quedado tan desorganizados después de la batalla que hubiera sido posible ultimarlos o desbandarlos totalmente, impidiéndoles toda reacción. Por no haber impuesto a sus tropas el sacrificio de una persecución tenaz — por cansadas — poco después debió Pezuela empeñar una nueva batalla que pudo resultarle desfavorable.

En Macha recibió Belgrano la cooperación de Ortiz de Ocampo, Arenales, Warnes, quienes lo auxiliaron con hombres de las provincias altoperuanas por él formadas. llegó también Zelaya con 300 hombres mal armados que había reunido. Como en guary y en Tacuarí, el héroe de la retirada de Jujuy, mostró su temple en la adverd, infundiendo confianza en el futuro, fortaleciendo el espíritu de los suyos y siendo jemplo en el sacrificio personal. Todos concurrían a remediar el desastre de las armas le la revolución.

Pronto el ejército patriota alcanzó a contar 3.000 hombres, de los cuales sólo 2.000 dían considerarse combatientes (1.000 veteranos) y seis pequeños cañones. Pezuela se movió de Condo (O. de Vilcapujio) hasta el 29, marchando lentamente, toda su tro- a pie, incluso la caballería, por la falta de ganado de silla y carga. La artillería era llesda a hombro y los bagajes, y parque, en asnos y llamas. Así llegó a Ancacato el 4 de noembre, habiendo derrotado a las indiadas de Cárdenas y Lanza. El 8 estuvo a 40 kilómetros de Macha y allí esperó la incorporación de su parque, retrasado; el 13 llegó a los altos de Taquirí, que dominan la pampa de Ayohuma, donde vió al ejército patriota, que había alcanzado ese lugar, resolviendo atacarlo al día siguiente. Disponía de 3.500 hombres (3.000 infantes, 250 jinetes) y 18 cañones, casi todos aquéllos aguerridos.

Belgrano, por su parte, había resuelto empeñar la batalla, aunque en junta de guerra la mayoría de sus jefes estuvo por la retirada. Tal resolución del general no era la aconsejable. Sólo favorecía a aquél el disponer de caballería superior en calidad — como se había demostrado en Tucumán y Salta — y en número. Todos los demás factores — efectivos, instrucción, disciplina, armamento, etc.— éranle desfavorables. La situación estratégica general de la guerra tampoco aconsejaba jugar y comprometer la suerte de la revolución, con tan pocas perspectivas, en una acción decisiva inmediata.

El 8 en la noche partió Belgrano de Macha alcanzando el 9 a la mañana Ayohuma, donde lo vió Pezuela el 13.

Ayohuma. — (Croquis 8, pág. 201). La línea patriota se estableció según lo indica el croquis. Su artillería fué emplazada en dos montículos de poca elevación entre la izquierda de los cazadores y la derecha de los Pardos y Morenos y entre el 6° y el 1°. La reserva era la peor tropa por su instrucción y armamento. En tal disposición permanecieron los patriotas basta la madrugada del 14 de noviembre. El plan de Belgrano era defensivo y su maniobra se basaba en que el enemigo atacaría esa posición frontalmente.

Ese día 14, temprano, los españoles descendían por la cuesta escabrosa de Taquirí. Tan estrecho era el camino, que sólo cabían tres hombres de frente, y tanta la pendien-

te, que la artillería tenía que ser transportada desarmada. Desde la posición patriota se distinguió perfectamente el desfile de los realistas cuando llegaron al llano, atravesaron el río que figura en el croquis y formaron en columnas paralelas detrás de unas lomas que los ocultaron. Buena oportunidad para atacarlos se perdió cuando salían del desfiladero; se hubieran neutralizado las desventajas del número, instrucción y moral que pesaban sobre los patriotas. El ejército de Belgrano se mantuvo sin embargo en completa inactividad combativa.

Todavía los españoles se corrieron hacia su izquierda amagando el ala derecha adversaria, y así el plan de Belgrano resultó irrealizable. Entonces se efectuó un cambio de frente argentino sobre el centro, retirando el ala derecha y avanzando la izquierda. El cerro en que ahora se apoyaba el ala derecha no fué ocupado. Este descuido traería graves consecuencias, pues él fué tomado por el enemigo, en condiciones de batir muy eficazmente el flanco patriota.

Belgrano se limitó a ocupar con la caballería que tuvo en el ala derecha en la primera posición, otro cerro que está más atrás, en vez de reunirla toda en su ala libre para envolver el ala adversaria en cooperación con el ataque frontal de la infantería.

Pezuela hizo avanzar sus 18 piezas de artillería y rompió con ellas un vivo fuego, abriendo grandes claros en las filas patriotas. La artillería argentina quiso contrarrestarlo pero, aparte de su inferioridad numérica, apenas llegaban sus disparos a la mitad de la distancia.

El fuego artillero duró media hora; en ese tiempo los flanqueadores realistas ganaban terreno; sólo entonces Belgrano ordenó el ataque general. La infantería atravesó el barranco en algún desorden soportando un intenso fuego de fusilería, y a medio tiro de fusil abrió el suyo.

Simultáneamente Belgrano mandó cargar a la caballería de Zelaya. Pezuela, que temía el ataque de la caballería, había concentrado en su derecha toda la propia, hasta su misma escolta, disponiendo además que 2 batallones y 10 cañones sostuvieran a sus débiles escuadrones. Zelaya se estrelló contra esa masa, sufriendo los fuegos cruzados de los dos batallones y como 150 cañonazos de metralla. Tuvo que retirarse en desorden.

Al mismo tiempo la infantería patriota avanzaba a la bayoneta. En ese momento sonó una descarga casi a la espalda de la derecha; eran los flanqueadores enemigos, que, dueños del cerro, la tomaban de costado, qnedando así entre dos fuegos y obligada a ponerse en fuga. El centro patriota (batallón 6) se vió en el mismo caso y se agregó a la dispersión. Aprovecharon los enemigos para aniquilarlos y tomar prisioneros.

La izquierda patriota, que al principio consiguió algún éxito, pronto tuvo que retirarse, y en seguida se dió a la fuga.

La caballería de Zelaya, reorganizada, evitó que toda la infantería fuera aniquilada contra el barranco, efectuando una carga que paralizó al enemigo, dando tiempo a la infantería a desprenderse de él. La caballería de la derecha, que al fin se trasladó a la izquierda, poco pudo hacer. Al abrigo del barranco fueron reunidos algunos dispersos, con los cuales Belgrano se retiró a unas lomas que estaban como a dos kilómetros y medio del campo de batalla.

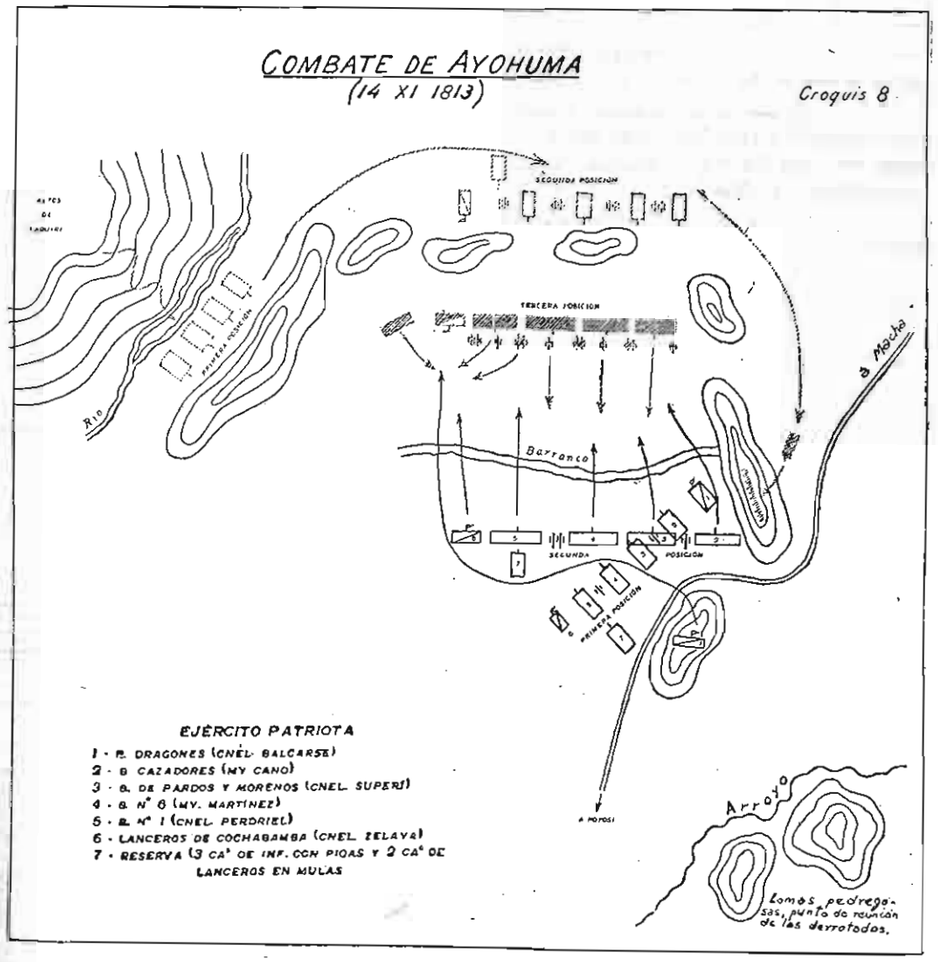
El enemigo, cansado, no persiguió en seguida, logrando por esto los patriotas reunir 400 infantes y 80 jinetes; todo lo demás se perdió.

Aún restaban dos horas de sol cuando el vencedor alcanzaba la nueva posición de Belgrano. Este ordenó a Zelaya que con los 80 ó 90 hombres de caballería contuviera al enemigo mientras la infantería se retiraba. Zelaya resistió como 45 minutos, aprovechando las barrancas de un arroyo, oponiéndose a cerca de 800 hombres que atacaban desde la margen opuesta. Este jefe salvó los restos del ejército.

Perdieron la batalla los patriotas porque, aparte de la inferioridad en todos los aspectos expresados, se mantuvieron inactivos durante el avance y despliegue del adversario.

El 16 de noviembre llegaba Belgrano a Potosí. En la retirada vuelve a aparecer el héroe de alma grande con sus virtudes excelsas demostradas en otras oportunidades.

El enemigo, más diligente que después de Vilcapujio, dirigió una columna de 800 hombres sobre Potosí, siguiendo muy luego a ésta el grueso al mando del general Juan Ramírez, quien llevaba como jefe de vanguardia al coronel Saturnino Castro, en la misma dirección. El 18, Belgrano continuó la retirada hacia el sur. Nombró a Dorrego jefe de una retaguardia de 500 plazas encargada de disputar el terreno al enemigo, que avanza-



ba sobre Salta a marchas forzadas. Con ella, y ante fuerzas muy superiores, Dorrrego cedió Jujuy, pero en Salta, con la incorporación de un escuadrón de granaderos, resistió casi todo un día (21 de enero), dando tiempo a que Belgrano atravesara el Juramento. Desde Guachipas, Dorrego adoptó otro sistema de hostilidades; fracciones ligeras, auxiliadas por el paisanaje, mantuvieron al enemigo en constante inquietud, obligándolo a ser más cauto en su avance, que limitó a Salta. Las partidas que se aventuraban fuera de este punto eran irremisiblemente sacrificadas por los gauchos. Así empezó esta clase de guerra allí, que llevada después a su más alto grado de perfección por Güemes, hizo indoblegable a la provincia.

Belgrano, mientras tanto, siguió replegándose con el grueso hasta Tucumán. Poco después, el 30 de enero de 1814, a pedido propio, fué relevado del mando por el coronel San Martín, quien concurría con 700 infantes del primer batallón de regimiento 7, dos escuadrones de granaderos (1° y 2°) y 100 artilleros de refuerzo.

Consecuencias. — Después de Vilcapujio y Ayohuma la situación en el noroeste vino a quedar como al principio. Perdido Alto Perú y amenazado el noroeste de una nueva invasión, la situación general seguía siendo muy difícil para la revolución, pues Artigas, en la provincia Oriental, estaba en pugna con el gobierno de Buenos Aires; en Montevideo, los españoles eran irreductibles; y en Chile, las luchas intestinas hacían presagiar un fatal fin a los patriotas de allende los Andes. Sin embargo, desde el punto de vista político la hábil diplomacia de Belgrano había modificado la opinión de las gentes de todas las clases sociales de Alto Perú respecto de Buenos Aires, y desde el aspecto militar, el haber dejado focos patrios de propaganda para constituir fuerzas que debían obrar sobre las comunicaciones realistas en su avance hacia el sur, hacía presumir buenos resultados.

CAPITULO XI

CAMPAÑA DE RONDEAU, LUEGO ALVEAR Y BROWN CONTRA VIGODET EN MONTEVIDEO (1814) *

Causas. — Era evidente que por lo pronto el problema capital de la guerra estaba en Montevideo y no en Alto Perú, ya que, tomado Montevideo, Pezuela no se aventuraría tan fácilmente a entrar en territorio del centro argentino para verse envuelto por la insurrección general del país y frente al ejército de la capital vencedor, que sería destinado a atacarlo.

Mas un nuevo peligro surgido en 1814 era el de una poderosa expedición española que vendría al Plata. Era necesario pues arrebatar cuanto antes Montevideo a los realistas, la base para las operaciones de aquélla. También incitaba al gobierno de Buenos Aires a posesionarse de Montevideo el deseo de anular la influencia de Artigas en la Banda Oriental, haciendo efectiva la sumisión de esa provincia a la autoridad porteña.

---

* **Ver Croquis Op. Ia y Esbozo geográfico del litoral, pág. 39.**

El segundo sitio de Montevideo (1812 - 1814). — El aborto de la conspiración de Alzaga desbarató los planes de Vigodet y los portugueses, y el general de éstos, Souza, no tuvo sino que acatar las órdenes de su soberano y desalojar el territorio Oriental. A fines de 1812 había llegado la fausta noticia de la victoria de Tucumán y en 1813, la de Salta. Libre de peligros por el noroeste, el gobierno pudo reanudar el sitio de Montevideo, como ya se expresó, en octubre de 1812. También se hizo el relato del combate del Cerrito (31 de diciembre de 1812). Las exigencias de Artigas y la indisciplina de algunos jefes argentinos provocaron la renuncia de Sarratea y su reemplazo por Rondeau. Abierta como tenían los realistas la puerta del mar, el sitio terrestre se redujo a un estéril bloqueo, sufriendo respecto del abastecimiento más dificultades el sitiador que el sitiado, pues aquél debía efectuar para ello un gran rodeo por la Bajada del Paraná.

Desde julio de 1813 (cuatro meses después de San Lorenzo) volvieron a repetirse con mucha asiduidad las operaciones de corso españolas indistintamente en las orillas de los ríos Uruguay, Paraná y Plata, con desembarcos para requisar o saquear víveres y caballadas, etc., de que carecía la plaza de Montevideo, lo que consiguieron con frecuencia por su dominio fluvial.

En este mismo año se perdía todo Alto Perú, y el enemigo vencedor del noroeste sería una grave amenaza si avanzaba hacia el Plata, donde podía darse la mano con el de Montevideo, favorecidos en las operaciones por su poderosa escuadra. Y la revolución debía atender esos dos frentes; en el este, cuidando también la defensa del territorio ante los continuos desembarcos y ataques mencionados de los realistas, y ello con sus precarios medios y recursos pecuniarios.

Para empeorar la situación, el 12 de agosto empezaron a llegar a Montevideo refuerzos de España, en total unos 2.300 hombres. Para la revolución, a fines de 1813 y principios del 1814, los acontecimientos fueron sombríos: Vilcapujio y Ayohuma, la discordia entre los patriotas chilenos, y la defección de Artigas del sitio de la plaza (20 de enero de 1814), con 2.000 hombres, ocurrida por desavenencias políticas con las autoridades de Buenos Aires. Al comenzar 1814 Rondeau contaba con sólo 4.000 hombres, mientras Vigodet tenía alrededor de 5.000.

Si se quería cambiar la situación, era menester reforzar el sitio y crear una escuadra; ésta para vencer a la enemiga y cerrar por el río el cerco a la plaza, en cuyo caso ella debía entregarse fatalmente. Mucho costó la adopción de esta medida, mas al fin se realizó. Se compraron barcos y se les colocaron cañones de todo alcance y calibre. A falta de marinos argentinos se eligió a Guillermo Brown, residente en el país [1], para mandar la escuadra con el grado de teniente coronel. La tripulación fué de viejos lobos de mar, de todas nacionalidades, crema de piratas y corsarios y desertores ingleses, pero en su mayoría irlandeses. En menos de sesenta días apareció lista y armada la nueva fuerza na-

---

[1] Brown, nacido en Irlanda, había emigrado de niño con su familia a Estados Unidos. Muy joven, "el mar que vuelve hombres a los niños, lo acogió, enseñándole las rudas lecciones de sus peligros y tempestades". De grumete a capitán había corrido cuanta aventura pueda imaginarse en tiempos como aquellos en que el océano era un hervidero de corsarios. Estuvo prisionero en Metz y en Verdún. En 1811 arribaba por segunda vez a Buenos Aires como capitán de un barco mercante eludiendo el bloqueo español. Esta vez radicóse definitivamente en el país. Con una goleta inició el primer servicio regular de Buenos Aires a Colonia. Como los españoles hostilizaban sus barquitos, tomó por su cuenta valientes represalias: capturar algunos barcos mercantes realistas. Brown poseía ese raro don de gentes que lo hacen congraciarse fácilmente donde se encuentre. Su hombría de bien y su carácter, a la par enérgico y templado, le granjeaban la voluntad de sus subordinados, quienes le obedecían con ciega confianza. Era humano con el vencido.

val.[2] Los barcos fueron: dos corbetas, *Hércules* y *Cefir*; dos goletas, *Julia* y *Fortuna*; una sumaca, *Trinidad*; una cañonera, *América*; dos faluchos, *San Martín* y *San Luis*; y una balandra, *Carmen*.

Bloqueo y sitio de la plaza. — El plan fué éste. 1°. Poner en defensa a Tucumán, para lo que marchó San Martín, como vimos; y 2°. Comenzar cuanto antes las operaciones marítimas y el ataque terrestre de la plaza de Montevideo, tareas que tomaron Brown y Alvear, respectivamente, sin perder tiempo.

Martín García. — El 8 de marzo desplegó sus velas la nueva escuadra en demanda de la escuadrilla de Romarate. El mismo día persiguió a tres bergantines de éste sin alcanzarlos. En los días siguientes se le incorporaron algunos buques menores. En la madrugada del 11 se dirigió resueltamente contra el enemigo anclado en Martín García, apoyado éste defensivamente por los cañones de la isla. La escuadrilla patriota, superior en buques y artillería — superioridad equilibrada por los fuegos de Martín García — es inferior en calidad de tripulaciones. El combate iniciado con desventaja para Brown, por la varadura de la corbeta *Hércules*, capitana y mayor de sus naves, se prolonga desde las 13.30 hasta el anochecer. La artillería de la isla ha apoyado a las naves españolas, con eficacia especial contra la capitana varada. Tres de los otros barcos patriotas se han retirado intimidados por la bajas sufridas. La capitana ha tenido 45 muertos y otros tantos heridos. La primera jornada constituye así un desastre. Repuesta la escuadra por la actividad y energía de Brown, ya el 15 se intenta con éxito la toma de Martín García, que cierra el camino a la navegación río arriba. Y es ahora Romarate quien se ve ante dos fuegos y debe eludir la lucha retirándose hacia el norte. Una flotilla argentina, enviada contra él al mando de Notter, es rechazada por aquél en Arroyo de la China luego de tres horas de combate, el 28 de marzo, no obstante lo cual la escuadrilla española continúa embotellada.

Brown pidió bloquear en seguida a Montevideo y en abril se dirigía hacia allí con siete barcos; en total 120 cañones y algo menos de mil tripulantes. El 20 está a la vista del Cerro e iniciando un riguroso crucero frente al puerto, se apodera de embarcaciones mercantes españolas y portuguesas que abastecían la plaza.

El Buceo. — La falta de víveres y la necesidad de dominar el río para asegurar la llegada de barcos con tropas, armas, etc., procedentes de España, impuso finalmente la salida de la escuadra realista (trece buques) al mando de Sierra, de Montevideo, el 14 de mayo, a los veinticuatro días del bloqueo. En la plaza había 7.000 soldados y 10.000 habitantes. A la vista de la enemiga la escuadra patriota se puso en movimiento mar afuera. Las gentes del pueblo creyeron que huía y se levantó entre ellas una algarada de burlas, dicharachos y aplausos. Brown se proponía tomar distancia para atraer al enemigo, donde sería más fácil batirlo, privado de su artillería de tierra, y cortarle la retirada al puerto para terminar en un combate con el poder naval adversario.

El jefe español emprendió la caza a la mayor velocidad. Iniciado el combate duró sólo media hora, pues cesó el viento. El 15 sigue reinando calma; los realistas demuestran ahora pocas ganas de combatir. En la noche la escuadra realista se dirige al sudeste y la patriota la persigue. El 16 continúa la caza y a las 22 la nuestra alcanza al grueso de la enemiga. Después de poco combate por el fuego, tres buques enemigos

[2] Larrea como ministro de hacienda del Directorio y White, como capitalista, posibilitaron la creación de la escuadra en esos momentos de suma estrechez del erario.

son rendidos; los restantes huyen. El 17 al alba se ven cuatro naves en fuga, perseguidas; dos son hechas volar por sus tripulantes y otra es capturada. El triunfo fué decisivo, de aniquilamiento, y Montevideo renunció después a cualquier intento marítimo. Los patriotas tuvieron cuatro bajas y un solo barco perdido. Brown ha sufrido la fractura de una pierna durante las operaciones, pero no delegó el mando. El puerto quedó de nuevo bloqueado. El combate naval de Montevideo, después de 104 días de campaña fluvial, privó para siempre a España de la única base en el Atlántico Sur, haciéndosele mucho más difícil el apoyo por mar desde la Metrópoli a las colonias del Pacífico.

El coronel Rondeau, que estaba muy distante de sospechar que los sucesos navales hubieran de seguir el rápido curso que tomaron, contaba con que la guarnición de la plaza aventuraría una salida y una gran batalla. Este jefe, prevenido por el gobierno de su relevo y nombramiento como comandante del Ejército Auxiliar del Perú en reemplazo de San Martín, hizo entrega de todo y se retiró a Buenos Aires. Se le sospechaba de afección a Artigas. Entre tanto Alvear[3] con 1.500 hombres de nueva creación (Ejército de Reserva de la capital) cruzaba a Colonia el 10 de mayo y marchaba al sitio de improviso para imponer allí su poderosa autoridad, sin duda más hábil, enérgica y ejecutiva que la de Rondeau, inclusive contra Artigas (ver IV Parte, Caps. II a IV). Bloqueado el puerto y sitiada la plaza, no le quedarían a la guarnición más arbitrios que una salida o rendirse por hambre. Lo primero no era posible porque no tenía mulas ni caballos con que operar contra un ejército más fuerte. El único que sabía que en los primeros días de mayo estaría Alvear sobre Montevideo era Brown. Acababa aquél de tomar el mando cuando éste desplegaba su escuadra al frente de Montevideo mostrando prisioneros los buques enemigos. No le quedaba al gobernador Vigodet sino capitular.

Toma de Montevideo. — Pero Vigodet, que entraba en arreglos con Alvear sobre la entrega de Montevideo, había establecido el 20 de junio cláusulas de capitulación y ganaba tiempo para no ratificarlas. Alvear, sospechando al momento lo que tramaba — ponerse de acuerdo con Artigas para que apoyara una salida de la plaza desde fuera —, aprovechó la tregua para meter sus tropas en el Cerro y luego en la plaza, apoderándose de todo, el día 23 de junio; hizo prisioneros 7.000 hombres con mucho material de guerra (500 cañones, 9.000 fusiles, 99 embarcaciones), dinero, etc.; tomó al gobernador y a los jefes principales y los embarcó en la *Hércules*; y sacó fuera de la plaza el resto de la tropa enemiga acampándola bajo la vigilancia de su ejército. Los prisioneros y armamento tomados los mandó a Buenos Aires. El general patriota fué acusado de haber violado los

[3] Carlos de Alvear nació en octubre de 1789 en las Misiones del Uruguay. Inició sus primeros estudios en Porto Alegre, prosiguiéndolos en Buenos Aires, donde, en mayo de 1802, fué dado de alta como cadete militar. En viaje a la Península con su familia, después de un combate naval con los ingleses, fueron tomados prisioneros su padre y él, muriendo su madre y hermanos. En Londres aumentó su instrucción y después, en España, sentó plaza en los Carabineros Reales en 1806, encontrándose en los combates de Talavera de la Reina, Yébenes y Ciudad Real contra los franceses, con el grado de alférez. Con San Martín, Zapiola y otros, arribó a Buenos Aires el 9 de marzo de 1812. Contribuyó a la formación de los Granaderos a Caballo con el grado de sargento mayor, ascendiendo el mismo año a teniente coronel de la unidad. Intervino en política poco después de su arribo al país, alcanzando a ser una de las cabezas dirigentes a los 23 años de edad. Fué presidente de la Asamblea del año 1813. En junio de ese año se hizo nombrar coronel del regimiento 2 de infantería, al que organizó en muy buen pie; poco después, con el cargo de general, se le confió la comandancia de las fuerzas de defensa de la capital. El director supremo Posadas, su tío, le prestó amplio apoyo para preparar las fuerzas destinadas a aumentar las del sitio de Montevideo (27-XII-1813), tomando Olivos como campo para instruir a los cuerpos de nueva creación, algunos formados por hombres de color liberados. En mayo de 1814 fué nombrado comandante en jefe del ejército de Montevideo en reemplazo de Rondeau. Era un hombre dinámico, resuelto, ambicioso, sagaz, de lenguaje seductor, apasionado, con un alma de ideas liberales elevadas.

preliminares de una capitulación; él contestó que si lo hubiera hecho, habría tratado a los realistas con la misma doctrina que ellos habían practicado en Huaqui y en Salta; que Vigodet sabía todo esto y debía haberse rendido a discreción y no ensayar perfidias violando él primero la fe de lo que había comenzado a tratarse; y que en la guerra, adelantarse a los efectos de una perfidia comprobada no es faltar a la fe militar, sino defenderse y vencer. La flotilla de Romarate (6 barcos), internada en el río Negro, también se rindió. Igualmente fué entregado el establecimiento (apostadero naval) de Carmen de Patagones.

Entre tanto el ejército enemigo del noroeste, no obstante sus victorias de octubre y noviembre de 1813 (Vilcapujio y Ayohuma), no había podido hacer sentir su presencia ni aun indirectamente sobre Buenos Aires.

Comentarios. — Desde 1810, y luego de cuatro años de lucha, la derrota y aniquilamiento de la escuadra española y la subsiguiente caída de la plaza fortificada de Montevideo — que resistía aferrando muy importantes tropas patriotas — constituyeron en su conjunto el acontecimiento político y militar más trascendente. Militarmente anuló en forma total, tanto el poderío marítimo y fluvial como el terrestre del enemigo de ese baluarte y centro principal de la reacción realista en la cuenca del Plata, y permitió a los patriotas dominar el estuario y el mar sudatlántico y aumentar poderosamente los medios en hombres, barcos y muy especialmente en armas (cañones, fusiles, etc.) A la escuadra de Brown cúpole el papel principal del momento histórico, y a su jefe la gloria de haber vencido con su escuadra improvisada a otra superior en poder y veteranía, aunque no en calidad de buques y tripulaciones. Cierto es que Sierra cometió el error de dividir sus fuerzas en dos grupos separados, en condiciones de ser batidos por partes y sucesivamente. Es ésta de Montevideo nuestra primera gran empresa y victoriosa en que participan fuerzas combinadas.

Consecuencias. — El propósito fundamental del plan estaba logrado. El más inmediato de nuestros peligros había desaparecido. La lucha por la independencia estaba virtualmente terminada después de algo más de cuatro años de establecido el primer gobierno patrio. Ningún otro suceso podía valer tanto para la seguridad de la revolución como la rendición de Montevideo, que era como cerrar para siempre a España las aguas del Plata, única vía por donde podía alcanzar a tocar Buenos Aires, centro y corazón de la causa de la independencia de esta parte de América. Era particularmente importante este resultado en momentos que en la Península Fernando VII recuperaba el trono y podía volcar muchos de los recursos de España para sofocar la revolución del Plata. (Por eso la expedición de Morillo, que en un principio se destinaba al Plata, se dirigió posteriormente a Venezuela.) Salvada la capital, sobre cuya energía reposaba dicha independencia, todo podía venir mal, que ya encontrarían los invasores ejércitos y pueblos que los harían retroceder. La rendición de Montevideo salvó a la capital del Plata y a Sudamérica, reintegrando teóricamente una provincia del virreinato del Río de la Plata al gobierno patrio, pues Artigas y la población de la campaña no querían ser argentinos (ver Caps. II y III de la IV Parte).

La repercusión moral de este gran éxito fué enorme en las Provincias Unidas y en el resto de América española, especialmente en Chile, Alto y Bajo Perú, reanimando el espíritu de los patriotas e induciéndolos a nuevos sacrificios. Permitiría además impulsar las operaciones de los revolucionarios con grandes elementos, en particular destinándolos al Ejército Auxiliar de Perú, el que podría reasumir la ofensiva estratégica para llegar al centro de la reacción española: Perú.

CAPITULO XII

CAMPAÑA DE PEZUELA CONTRA GÜEMES EN EL NOROESTE (1814) *

Causas. — Al tratar el sitio y la caída de Montevideo en 1814, en el capítulo anterior, se expresó el plan general de operaciones por el cual se defendería el noroeste reforzando las fuerzas existentes en Tucumán (San Martín con unos 1.100 hombres), mientras se intentaba la conquista de Montevideo, y los motivos en que se basaba.

La guerra de recursos y guerrillas. — Mientras los ejércitos regulares, en la prolongada y difícil guerra de la independencia, atendían frentes que por las circunstancias asumían importancia fundamental dentro del escenario estratégico general, o cuando la suerte de las armas había sido adversa a aquéllos y debían reconstituirse después de prolongados movimientos retrógrados, a través de Alto Perú, las provincias del noroeste fueron siempre, y en última instancia desde 1813, defendidas por los propios habitantes en una larga e intermitente guerra de guerrillas y recursos, cuyo conductor más sagaz, decidido y obstinado fué Martín Güemes.

Los otros teatros de operaciones, bien fuera porque los medios de lucha eran menos exiguos — Buenos Aires — o porque los obstáculos naturales (cordillera de los Andes, ríos Uruguay, Paraná y de la Plata) los hicieron menos vulnerables, o por el peligro de un aislamiento del ejército enemigo respecto de su base de operaciones — Chile, frente oeste —, lo cierto es que no exigieron una defensa al estilo que impuso el del noroeste para impedir las invasiones hacia el corazón del país y su centro vital, Buenos Aires, que pendieron muy amenazantes durante varios años sobre la revolución.

Ya se ha dicho que la falta de fuerzas impuso esa guerra y, con ello queda expresado que quienes la realizaron carecieron casi siempre de los indispensables medios económicos y de las armas, municiones, etc., requeridos para otra clase de guerra, debiendo valerse de elementos rudimentarios para cumplir la misión que se impusieron, mejorándolos con los que quitaban al enemigo. Operaron los guerrilleros constituídos en "partidas" (veinte a treinta hombres), teniendo como armas generalmente lanzas de palos con cuchillos enastados, chuzas, boleadoras, cuchillos y lazos, pocas veces fusiles o carabinas; y como arreos y equipo, un apero o silla común con pellones de cuero de oveja para ablandar la silla, y a guisa de cama[1].

Pensamiento de San Martín sobre la defensa en el noroeste. Ante el manifiesto peligro de un pronto avance del grueso enemigo desde el norte, San Martín trató de hacer más eficaz el sistema defensivo del territorio y de reforzar su ejército, no re-

---

*** Ver Croquis Op. III y Esbozo geográfico del noroeste y Alto Perú, pág. 59.**

[1] Las características de los gauchos (milicias) y los modos de operar y combatir con ellos, pueden verse en la parte respectiva, la II: "Las fuerzas argentinas y adversarias en nuestras campañas militares".

puesto moral ni materialmente de los contrastes de Vilcapujio y Ayohuma y al que tenía también que disciplinar e instruir, si había de emprenderse con él cualquier operación ofensiva o defensiva.

Las características orohidrográficas del norte esbozadas en I Parte, Cap.V — que puede decirse encauzan por determinadas y muy escasas líneas de operaciones a las tropas, especialmente si son de alguna importancia —, y las condiciones demostradas por los habitantes de Salta, tanto en lo que respecta a su espíritu de sacrificio y entrega total a la causa de la revolución, como a sus conocimientos del medio y aptitudes para actuar en él, en oposición a las fallas que sobre los mismos aspectos presentaba el enemigo, hicieron esperar a San Martín un éxito halagador de la defensa con la intervención de los gauchos. Estos,c on sus propios jefes, en una guerra irregular, podrían realizarla en beneficio del ejército y de la situación general, de cuyo escenario, el frente noroeste era en ese entonces secundario, según el plan estratégico, ya que Montevideo — amenaza permanente sobre Buenos Aires —, constituía el objetivo inmediato y principal.

No estuvo, pues, equivocado San Martín cuando supuso lo que podían hacer los gauchos, ni más tarde, cuando, basado ya en la experiencia propia, aconsejó dejar frente al enemigo y a cargo de ese teatro de operaciones a los "valientes gauchos de Salta con dos escuadrones buenos de veteranos", mientras él realizara las operaciones principales hacia Chile a través de la gran cordillera, por Mendoza y San Juan.

Güemes. — En enero de 1814, como se ha expresado, los españoles ocupaban Salta y Jujuy, después de su victoria de Ayohuma y posterior avance. San Martín, conforme a su propósito de reforzar la protección, aceptó los servicios de Güemes [2], a la sazón llegado de Buenos Aires, para defender su provincia natal, dándole un cargo importante en el dispositivo establecido: lo nombró comandante de las avanzadas de Salta sobre la línea del río Pasaje, en concordancia con la misión que tenía Saravia sobre el río Guachipas, al oeste de las anteriores, sierra de por medio. El mando general del servicio lo ejerce el coronel Dorrego.

Güemes se dedicó a levantar el gauchaje con rápido y gran éxito. Dos meses después inicia operaciones ofensivas contra las fracciones españolas adelantadas en su sector de operaciones y, luego de hábiles sorpresas sobre grupos pequeños, consigue el 25 de marzo de 1814 sorprender a la guardia principal española en el río Pasaje y tomarla prisionera, sin una baja propia, limpiando con ello casi totalmente de adversarios esta zona. En seguida resuelve tomar Salta. El 28 ataca por sorpresa la guardia enemiga que protege la ciudad desde La Pedrera, diez kilómetros al sudeste. El jefe realista, que lo es el coronel

[2] Martín Miguel de Güemes nació en la ciudad de Salta el 7 de febrero de 1785. Educado en un hogar y medio social de arraigo en la provincia, conoció y participó también en las inquietudes y las exigencias de la vida rural. Sentó plaza de cadete en una compañía del Regimiento Fijo de Buenos Aires, de guarnición accidental en Salta, en 1799, pasando con ella a la capital en 1801 y a Montevideo en 1803. Participó en las filas del regimiento en la defensa contra las invasiones inglesas en 1806 y 1807, ascendiendo a alférez graduado; en la reconquista de Buenos Aires, en 1806, desempeñó las funciones de ayudante de Liniers. En 1808, como teniente de milicias, regresó a Salta, donde fué agregado a la guarnición de la ciudad. En 1810, siendo teniente de Granaderos de Fernando VII, lo encontró la revolución y se incorporó a las fuerzas que la Junta mandó a Alto Perú, a las que se presentó con una partida de sesenta jinetes, que fué llamada *Partida de Observación*, destacándosela a Humahuaca, con Güemes como jefe y con el grado de capitán, en setiembre de 1810. Partieipó en el combate de Suipacha. Separado del ejército, volvió a él en junio de 1811. En 1812 Belgrano lo aleja por no satisfacerle su conducta privada, por lo que no concurre a Tucumán, Salta, Vilcapujio y Ayohuma. Pero, trasladado a Buenos Aires, el gobierno lo emplea allí y luego lo envía a Montevideo, en agosto de 1813, con el grado de teniente coronel graduado. A su pedido es autorizado a marchar al noroeste para servir con San Martín.



General de marina (Almirante) Guillermo Brown



Coronel de marina Juan Bautista Azopardo



Sargento mayor de marina Hipólito Bouchard





Miliciano de 1810

Brigadier general José Rondeau

Castro, con una parte de las fuerzas (ochenta jinetes), sale a buscarlo, que es lo que Güemes desea para empeñar combate fuera de la ciudad, pero el jefe enemigo, temiendo una celada en la zona boscosa, se detiene en el camino, en el sitio de Velarde. Güemes, oculto hasta entonces con fuerzas superiores, marcha a su encuentro el 29 y ordena el ataque puñal en mano, obteniendo que el enemigo huya y capturándole en la persecución, a lazo y bolas, 45 de sus 80 hombres, armas, caballos y mulas. En recompensa Güemes es nombrado por San Martín comandante general de la vanguardia, con el grado de teniente coronel del ejército, que le confirmó el director supremo. Saravia también obtiene éxitos en su línea de operaciones; uno importante ocurre el 24 de marzo en Sauce Redondo (diez kilómetros al nordeste de Guachipas).

Después de estos triunfos se estableció un sitio riguroso a Salta. Los patriotas, con una de las fracciones al mando del teniente de gauchos Burela, arrancan a los soldados enemigos de sus mismas trincheras, repitiéndose casi diariamente los combates de caballería en que los salteños a cuchillo, lazo y boleadoras, maniobrando hábilmente, vencen siempre al adversario.

Como el ejército regular seguía reorganizándose en Tucumán (fortaleza de la Ciudadela) incapaz de emprender operaciones, el peso y responsabilidad de la defensa quedaban a cargo de Güemes y sus hombres.

La vanguardia es dividida en tres fracciones. La primera, al mando de Zabala, sitia Salta; la segunda, sostiene a la anterior y ocupa el valle de Lerma, al mando de Saravia; la tercera constituye la reserva general en manos de Güemes, escalonada al este en el camino Salta - Tucumán. Cobos y Campo Santo son ocupadas por otra agrupación, que dirige Latorre. Hay pues un dispositivo en profundidad que asegura los probables caminos de invasión.

Las emboscadas y la guerra de recursos y las acciones locales, imprevistas, con escasos efectivos, hicieron casi imposible la existencia de las tropas regulares españolas, pues entre otras cosas les impedían el reabastecimiento.

Las fuerzas de esa agresión patriota provenían de gente del pueblo, armada, vestida y equipada solamente con sus enseres, etc., de uso civil y muy pocas armas de fuego. Con estos medios y aquellas estratagemas los ciudadanos voluntarios de Salta llegaron, como se verá, a abatir la moral, la disciplina y los procedimientos de combate de sus aguerridos contrincantes, mal dotados para esa especie de guerra y contra tal clase de gente, en que hasta las mujeres y los niños participaban, echando por tierra la fama y la capacidad de Pezuela.

Avance del grueso de Pezuela. — Contemporáneamente a estos acontecimientos la vanguardia enemiga (Ramírez) permanecía en Jujuy desde el 27 de mayo, sufriendo también la agresión gaucha, lo mismo que las fuerzas españolas situadas en Orán. Pezuela se había mantenido con sus fuerzas principales en Tupiza, sin poder avanzar debido a los levantamientos patriotas de Cochabamba, Santa Cruz y Charcas. Allí actuaban Arenales, Warnes y otros jefes que quedaron cortados a raíz de Ayohuma; aquél por orden de Belgrano. Ora vencedores, ora vencidos, contribuyeron a detener la invasión hacia el sur. Por ese tiempo, en efecto, el coronel Alvarez de Arenales lograba obtener algunas ligeras ventajas en Angostura y San Pedrillo, sobre un destacamento realista que Pezuela mandó en su seguimiento, dirigido por el coronel Blanco. Reunidas a las fuerzas de Arenales después de estos éxitos las tropas de otro caudillo, aquél llegó a tener 800 hombres, con los que esperó a su perseguidor que contaba 800, en La Florida (cien kilómetros al sur de Santa Cruz de la Sierra), presentándole combate el 25 de mayo de 1814;

en esta acción murió Blanco, y el coronel Arenales, cuyas tropas obtuvieron la victoria, debió ser levantado con 14 heridas de sable recibidas durante la persecución que realizó.

Engañado el jefe realista de Jujuy sobre los efectivos e intenciones de su adversario principal, el general San Martín, por ardides de éste, que consistían en mantenerlo en constante alarma con falsos movimientos, no se atrevió a avanzar hasta Salta, sin refuerzos, los que pidió a Pezuela. Este general no sólo le mandó esos refuerzos sino que luego, considerando menos grave la situación en Alto Perú, avanzó en persona con la masa de su ejército hacia Jujuy, donde llegó el 27 de mayo de 1814, reuniendo allí 4.000 veteranos realistas.

El plan del que surgió este avance se basaba en los mismos propósitos que habían justificado el de Goyeneche después de Huaqui. Pezuela no creía difícil, como primera etapa, obtener un éxito completo contra el ejército de la revolución en vista de los precedentes triunfos obtenidos en Alto Perú, y la escasez de tropas adversarias del momento para impedir su avance. Su intención futura era socorrer a Montevideo, logrado lo cual, con los 6.000 hombres de esa plaza, los suyos y los que vendrían de Chile, reunir 12.000 para conquistar Buenos Aires.

En Jujuy se enteró Pezuela de que el ejército adversario no se había movido y que Salta y Jujuy eran agredidas sólo por unos 4.000 gauchos, armados como se ha dicho y apoyados por algunas tropas del ejército. Ante tan flaco adversario, según su opinión, las propias fuerzas no tendrían mayor oposición. Continuó, pues, su avance hasta Salta a mediados de junio.

Detención obligada de Pezuela en Salta. — Pero los gauchos impidieron al general realista continuar sus victorias, por sus acciones, en una clase de guerra que no estaba Pezuela acostumbrado a enfrentar y en la que no llegaría a vencer. Así, no sólo se vió impedido de seguir hacia Buenos Aires, sino que con todos sus medios iniciales, con el correr del tiempo no pudo ni aun mantenerse en Salta. Para obviar esta situación, trató de atraer a su enemigo a una acción decisiva allí, ya que avanzar hacia el sur con el ejército, era imposible por la escasez de recursos y la presencia de los gauchos. Deseaba también obtener informes sobre el adversario principal. Dos destacamentos adelantó entonces sucesivamente con este propósito y el de recoger mulas y víveres; el primero debía avanzar por el fuerte de Cobos y luego, cruzando el río Pasaje, por el camino real llegar hasta Tucumán, donde estaba San Martín. Esta columna, mandada por el coronel Marquiegui (jujeño) llegó hasta Cobos, desde donde no le fué posible avanzar más; los gauchos de Güemes lo acosaron prácticamente, obligándolo a regresar a Salta con sus fuerzas maltrechas, sin ganado, y lo que era peor, sin noticias del ejército de San Martín.

El segundo destacamento debía penetrar por el valle de Lerma y luego seguir por el de Guachipas (camino al oeste del anterior). Enterado San Martín por Güemes de tal avance, envió a éste treinta dragones, los que reforzaron la vanguardia de Guachipas que estaba a órdenes de Saravia. En número de 400 hombres de infantería y caballería, los realistas, todos españoles de origen, a órdenes del coronel Martínez de Hoz, habían salido de Salta el 10 de junio de 1814, marchando hacia el sur. Mandaba la vanguardia gaucha de Salta, Pedro Zabala, quien concentró sus fuerzas en Sumalao (treinta Km. al sur) y con ellas marchó paralelamente al enemigo. Cuando éste supo de su presencia, fué en su busca y al anochecer acampó no muy lejos. Al siguiente día los patriotas, tras dos horas de combate, se replegaron a El Bañado, luego de ocasionar al enemigo algunas bajas; sorprendidos después los españoles en emboscadas, con nuevas bajas, emprendieron la retirada, mientras los gauchos, ahora reunidos, los hostilizaron hasta que aquéllos se introdujeron en un bosque en la localidad de La Merced (25 Km. al sudoeste de Salta), después de un día de continuo marchar y combatir. Al día siguiente la columna española, que había pretendido, aparte de atraer a San Martín, escarmentar a los gauchos y obtener recursos para la plaza, para lo que se había constituído, como se dijo, con puros españoles, regresó a ella hambrienta, cansada y muy disminuída.

Operaciones parciales de los españoles. — La situación de Pezuela se volvía a todo esto insostenible por la falta de alimentos. Para salvar al ejército, decidió encomendar a Marquiegui que obtuviera recursos, atento a un plan propuesto por este emprendedor jefe. Consistía en avanzar hacia Tucumán por un camino mucho más al este que el seguido anteriormente y a través del desierto, engañando y entreteniendo al enemigo con una fracción enviada directamente hacia el sur. Partiendo de Jujuy hacia el norte a principios de junio, con 400 hombres a caballo, Marquiegui venció el 15 en Yavi a un destacamento patriota, llegó luego a Orán, donde dejó una guarnición, y desde allí se internó en el Chaco hacia el sursudeste. Luego de una sucesión de éxitos contra pequeños efectivos patriotas de los fortines establecidos contra los indios sobre el Bermejo, el 18 de junio sostuvo un combate en el Fuerte, punto situado sobre el río del Valle (afluente del Bermejo), donde tomó una correspondencia interesante; el 21, en Pitos, produjo otra acción, a 75 kilómetros de la anterior, y una cuarta el 22 en el río Pasaje, a 70 kilómetros de aquélla, cerca de la frontera con Santiago del Estero, ambas favorables, demostrando una movilidad asombrosa y gran tenacidad. Sin embargo, Güemes se le pudo interponer con sus hombres y 200 de refuerzo que le mandó San Martín. Ante este adversario, Marquiegui se volvió al norte, siendo atacado el 26 de junio en Anta (95 Km. al este de Salta) y el 29 en Sta. Victoria (100 Km. al NE. de El Piquete también en el Chaco salteño, entonces se desvió hacia el oeste, aunque con enormes dificultades, dirigiéndose hacia Jujuy por la Cuesta Nueva. Alcanzada su retaguardia por las tropas de Güemes, fué destrozada el 4 de julio, consiguiendo los gauchos quitarle todos los caballos y rescatar casi el total del ganado que había tomado la columna en su avance. Pudo, no obstante, regresar el jefe español, después de recorrer más de 1.100 kilómetros, con las noticias de que San Martín no tenía sino soldados bisoños, en número inferior a 3.000, que no pensaba avanzar hacia el norte, que Montevideo se había rendido y que la defensa de la frontera la hacía Güemes con sólo 800 hombres.

Ataque patriota a Salta. — En este lapso Zabala estrechaba el sitio de Salta, y el 10 de julio, partiendo de Cerrillos (15 Km. al sur de Salta), marchó sobre la capital, para atacarla, combatiéndose durante dos horas en las calles y alrededor de los cuarteles en que acantonaban los enemigos. Concentrados los españoles en la plaza y el Cabildo, salieron en número de 400 a reanudar el combate, ante lo cual Zabala empezó a retroceder lentamente hasta unos 5 kilómetros al sur de la ciudad. Allí, en combate posterior, el jefe realista, comandante Lavín, fué herido gravemente, lo que motivó la retirada de sus fuerzas hacia la ciudad, perseguidas por las patriotas basta el río Arias, donde éstas se detuvieron por falta de municiones.

Retirada del ejército español. — En tales momentos transcurrían unos seis meses desde que las fuerzas de Pezuela entraron en posesión de las ciudades de Jujuy y Salta, sin poder avanzar sobre Buenos Aires. Su demora había dado ocasión para que el ejército realista de Montevideo fuese rendido y hecho prisionero (23 de junio), carente de todo apoyo directo o indirecto, ya que los patriotas habían tenido la libertad nece-

saria para emplear la masa principal de sus medios militares contra la plaza, por la obligada inactividad operativa del ejército español del norte.

Desesperado Pezuela por la situación en que se encontraba y de la que podía presentársele una vez que la revolución concentrara en el noroeste los poderosos medios que le quedaron disponibles después de la caída de Montevideo, presentó su dimisión del mando con fútiles pretextos. Creyó mejor esto que realizar una retirada general, arbitrio que habría dejado mal parado su prestigio, teniendo en cuenta la facilidad con que creyó en un principio realizar su plan ofensivo. La situación en Alto Perú, entretanto, vino a darle causas reales en qué fundar esta retirada. Allí recrudecía el levantamiento popular y los patriotas, Arenales, Warnes y otros, habían obtenido éxitos significativos contra las fuerzas españolas que protegían la retaguardia del ejército y su línea de comunicaciones. En presencia de noticias tan desfavorables Pezuela inició la retirada [3].

Güemes avanzó entonces con todas sus fuerzas desde Metán sobre Salta, defendida por Olañeta con 800 hombres, la sitió y tomó. Rondeau, a la sazón comandante del ejército de Tucumán, avanzó nada más que hasta el campamento dejado por Güemes en las Conchas (35 Km. al sur del río Pasaje), y Pezuela, retrocediendo, concentró su ejército en Jujuy y el 24 de julio de 1814 tomó el camino de Perú. El coronel Ramírez fué encargado de proteger la retirada con un destacamento de 800 hombres. El jefe patriota Pablo Latorre tomó en seguida Jujuy.

La persecución patriota no pudo realizarse por falta de caballos de reemplazo y por las características montañosas del terreno, que no permitían actuar a la caballería gaucha. No obstante, la deserción entre los realistas y las dificultades en su marcha, fueron grandes. El 21 de agosto el ejército de Pezuela llegó a Suipacha, después de haber perdido una cuarta parte de sus efectivos y muchas armas a manos de los salteños. Su empresa ofensiva había fracasado, a pesar de no haberse entablado ninguna batalla ni enfrentado siquiera con las tropas regulares adversarias.

Fracaso del segundo plan de convergencia sobre Buenos Aires. — En esta forma terminó la segunda invasión realista al norte de las Provincias Unidas, con la que se pretendió continuar hasta Buenos Aires. La gloria de tal éxito operativo y sus consecuencias en el orden estratégico, corresponden por igual a San Martín, por su visión clara de conductor superior al utilizar adecuadamente estas fuerzas populares; a Güemes y sus gauchos, por la ejecución sobresaliente de la misión recibida; y a Arenales y Warnes por su acción en la retaguardia española.

---

[3] En su campaña en Alto Perú el general Arenales obtuvo la victoria de San Pedrillo contra Joaquín Blanco, disponiendo aquél de unos 330 hombres (mitad infantes y mitad jinetes), contra 360 realistas (300 infantes y 60 jinetes) el 4 de febrero de 1814, no obstante la dispersión posterior de los patriotas. El 11 de abril Warnes era vencido en el desfiladero de Las Horcas y caía Santa Cruz de la Sierra — que él gobernaba — en poder de Blanco. Incorporados los restos de Warnes a Arenales éste presenta combate en La Florida a Blanco el 25 de mayo, contando aquél con 600 hombres y éste con 800 (300 infantes veteranos y 500 de caballería) obteniendo una brillante victoria, tras una persecución, de que salvaron muy pocos realistas; el mismo Blanco murió en la acción y Arenales, que se adelantó casi solo en la persecución, dando el ejemplo, fué rodeado y sufrió varias heridas, que casi le cuestan la vida. Warnes volvió a Santa Cruz. En Postrer Valle, el 4 de julio, tiene lugar otro combate muy feliz para Arenales, pues de los vencidos sólo salvaron tres de un total de 200. En agosto culmina la campaña con el combate de Samaipata, en que el enemigo queda vencedor, pero —a causa de sus bajas — imposibilitado de reconquistar Santa Cruz, que era su propósito. Desavenencias entre Arenales y Warnes contribuyen al revés. Con él los españoles han perdido en la campaña 1.300 muertos y han visto destruídas sus fuerzas de La Paz, Chayanta, Oruro y Cochabamba. Estas operaciones influyeron en la retirada de Pezuela.

Consecuencias. — Por el triunfo resultante de las operaciones antes compendiadas, por la retirada del ejército español hacia el norte, y por la caída de Montevideo ocurrida el 23 de junio de 1814, la revolución del Plata pasó un lapso, aunque breve, de verdadero desahogo en el orden militar.

CAPITULO XIII

CAMPAÑA DE RONDEAU CONTRA PEZUELA EN ALTO PERU (1815) *

Causas. — Las mismas que para la campaña de Belgrano en Alto Perú (Cap. X). Además, acudir en ayuda de las Republiquetas de allí, coordinando sus actividades con las del ejército del noroeste.

Antecedentes. — El año 1814 había sido de angustias y pruebas para las Provincias Unidas. Evacuado Alto Perú por su ejército derrotado en Ayohuma; ocupado aún Montevideo por los realistas, dueños de las aguas; ellas estuvieron amenazadas por dos ejércitos enemigos y una escuadra. Y después caía Chile. Agréguese a esto que la revolución en Venezuela era vencida, y el anuncio de que la expedición de Pablo Morillo con 15.000 hombres — vuelto Fernando VII al trono —, estaba pronta a dirigirse de España al Río de la Plata, y se tendrá una idea de lo peligroso de la situación.

Pero el enemigo triunfante del norte, que había invadido el territorio argentino, tuvo que retroceder sin combatir, como consecuencia de las hábiles maniobras de San Martín en el corto tiempo de su comando en esa frontera; de la decisión de la provincia de Salta, sostenida por las guerrillas de Güemes; y de la insurrección de Alto Perú, que renació potente a su espalda, promovida por la constancia de Arenales en Cochabamba, la energía de Warnes en Santa Cruz de la Sierra, y el entusiasmo de las multitudes que se levantaban espontáneamente, armadas de piedras y garrotes. Narramos cómo el peligro de los españoles de Montevideo y de su escuadra fué suprimido.

San Martín, a poco de hacerse cargo del ejército en el norte, comprendió que la ofensiva hacia Lima por Alto Perú no ofrecía perspectivas de éxito, como ya lo habían demostrado las dos campañas fracasadas de 1811 y 1813. Vimos cómo se preocupó de poner en estado de defensa el noroeste, y cómo llegó a convencerse de que los gauchos podían defender eficazmente este frente. Alegando motivos de salud, y considerando asegurado el noroeste, el 27 de abril de 1814, renunció al cargo, pidiendo poco después que el gobierno le confiriese el mando de la provincia de Cuyo, formada por las de Mendoza, San Juan y San Luis. No obstante ser aquello exacto, las verdaderas causas de esta actitud estarían contenidas en esta parte de una carta que se dice dirigió a Nicolás Rodríguez Peña [1]: "La patria no hará camino por este lado del norte que no sea una guerra

---

*** Ver Croquis Op. III y Esbozo geográfico del noroeste y Alto Perú, pág. 59.**

[1] Reconstruída de memoria por Vicente Fidel López, pero cuyo original no se ha encontrado, según C. L. Fregerio, en "Estudios Históricos de la Revolución de Mayo", Tomo I, apéndice.

puramente defensiva, defensiva y nada más; para esto bastan los valientes gauchos de Salta, con dos escuadrones buenos de veteranos. Pensar en otra cosa es echar al Pozo de Ayrón hombres y dinero. Así es que yo no me moveré ni intentaré operación alguna. Ya le he dicho a usted mi secreto. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólido. Aliando las fuerzas pasaremos por mar para tomar Lima; ése es el camino y no éste, mi amigo. Convénzase usted que hasta que no estemos sobre Lima la guerra no se acabará".

Aparte de las enormes distancias, de largas y agotadoras marchas y luchas que diezmaban las fuerzas, había otro factor desfavorable para el avance hacia Lima por Alto Perú: el centro principal patriota de abastecimientos, particularmente de armas y municiones, era Buenos Aires. De allí, para un ejército operando en Bajo Perú, o en cercanías sur del Desaguadero, buscando Lima, las comunicaciones eran extremadamente largas (3.000 Km.). La revolución no tenía suficientes medios con que constituir bases secundarias[2] con hombres, armamentos, etc. de reabastecimiento, para intensificar las operaciones o reparar pronto una derrota con oportunos auxilios, de manera que el reemplazo debía hacerse con el retroceso del ejército para ir al encuentro de esos auxilios, en larguísimos recorridos, como ocurrió después de Huaqui y de Ayohuma, en vez de ser los recursos los que buscaran al ejército. En una palabra, la distancia sobrepasaba la capacidad operativa ofensiva de los ejércitos, rompiendo el equilibrio en contra del que más avanzaba, pasando una zona que puede establecerse probablemente como la de Cotagaita-Tupiza, puesto que el mismo problema se presentó a los realistas, acrecido con los levantamientos patriotas, incluso indios, a sus espaldas.

Por la renuncia de San Martín, tomó el mando del ejército en el noroeste el general Rondeau, recientemente relevado del mando del ejército sitiador de Montevideo, que se dió a Alvear. El nuevo general se hizo cargo del puesto en agosto de 1814, recibiéndolo de manos del coronel de la Cruz, que lo ejercía interinamente desde el 19 de mayo.

Alvear, a quien cupo la gloria de rendir Montevideo, anhelaba ceñirse los laureles de la nueva campaña a Alto Perú, contando él como seguro abrirse paso hasta Lima con unos 6.000 hombres, sublevando todas las poblaciones a su paso. A este fin se empezó a reforzar ese ejército con los batallones victoriosos de Montevideo y con los españoles allí rendidos, que formaban la casi totalidad del cuerpo 9 y parte del 1 de infantería. El 2 se suhlevó en marcha al noroeste.

Al anuncio de estas medidas preparatorias había estallado en Cuzco (Bajo Perú) un gran movimiento popular que se propagó al sur hasta Puno y La Paz; acaudillábalo el indio brigadier Pumacahua, que reunió no sólo a los indígenas, sino también a una gran parte de los criollos. Aunque destinado a sucumbir por su debilidad orgánica, era formidable en número (20.000 hombres) y obligó al ejército español de Alto Perú a fraccionarse para acudir a sofocarlo, quedando por esto en absoluta impotencia para atacar en el sur y obligado a retirarse, si los patriotas avanzaban con todas sus fuerzas.

Todo en el norte, pues, parecía prometer una campaña triunfal, no obstante las dificultades operativas antes apuntadas, aunque más no fuera que para tomar posesión efectiva y definitiva de esas provincias del virreinato, dependientes de Buenos Aires, lo que tal vez se habría alcanzado si Alvear hubiera dirigido el ejército.

---

[2] Existieron pequeños depósitos o bases en el noroeste, pero muy insuficientes para reabastecer a los ejércitos, especialmente después de una derrota.

En esos momentos (diciembre de 1814) se planeó en las filas revolucionarias una sublevación que en nombre del rey tomaría a Rondeau y sus oficiales, a cargo de los españoles incorporados en los regimientos 9 y 2 de infantería, los que se pasarían al ejército realista. De triunfar, la situación se habría tornado grave para la revolución[3]. Los patriotas aprisionaron a los complotados, y desarmaron a los cuerpos españoles en Humahuaca, mandando prisioneros a Salta.

Nombrado Alvear en reemplazo de Rondeau, según lo dicho, no pudo asumir el mando porque varios jefes del ejército (Martín Rodríguez, Pagola, Forest, Alvarado y Martínez) sublevados contra él, se lo impidieron, negándole obediencia y pidiendo la separación de los oficiales que le eran adictos (Vázquez, Peralta, Regueral, etc.), los más capaces. Desde ese momento Rondeau, no respetado por su excesiva tolerancia y bondad, se vió convertido en instrumento de sus subordinados — contrarios a los hombres de la revolución del 8 de octubre de 1812 — y la moral y la disciplina se relajaron completamente. Este levantamiento, el primero en que un ejército de la patria desconoce la autoridad del gobierno, entre otras consecuencias, provocó la caída (renuncia) del director supremo Posadas, que fué reemplazado por Alvear.

Recién en diciembre Rondeau adelantó su ejército.

El Tejar. — El 25 de enero de 1815 Olañeta estaba en Yavi, Güemes en Humahuaca y el resto del ejército patriota escalonado más al sur. En febrero toma el mando de la vanguardia patriota en Humahuaca, Martín Rodríguez y el 19 del mismo mes este jefe intenta un reconocimiento sobre el enemigo a la cabeza de una fracción de 40 granaderos a cahallo, acampando en El Tejar, sin tomar medidas de seguridad. Sorprendido por el enemigo el 26 de febrero, fué hecho prisionero con toda su tropa, salvándose únicamente el capitán Necochea.

El general Pezuela, vencedor en Vilcapujio y Ayohuma, tenía su cuartel general en Cotagaita. Se encontraba mal preparado para resistir una invasión, pues de los 4.500 hombres de que disponía, 2.500 estaban dispersos en destacamentos lejanos, entre éstos, 1.200 al mando del general Ramírez, los cuales debían hacer frente a la formidable insurrección de Cuzco (Pumacahua).

Puesto del Marqués. — Pasaron aún dos meses antes que el ejército patriota abriese su campaña; así inició el avance en abril. Transcurrido el tiempo en la inactividad, hahíase dejado escapar la oportunidad de la revolución de Cuzco — vencida luego de cinco meses — y no se había sabido aprovechar el ofrecimiento que, de pasarse al ejército, había hecho el conocido coronel Castro, quien, más tarde, levantado contra los españoles, fué fusilado.

Bajo estos tristes auspicios el ejército de Rondeau, en entredicho con el gobierno central y sin plan ni actividad en sus movimientos, había iniciado la tercera campaña en Alto Perú. Contaba con más de 4.000 hombres. La gran deserción en sus filas y en las de las unidades enviadas desde Buenos Aires, para reforzarlo, en sus marchas de incorporación, impidiéronle alcanzar el número de 6.000, que pudo obtenerse.

---

[3] Al terminar 1814, pero especialmente a principios de 1815, se temió mucho que la expedición Morillo llegara a Brasil, desembarcara allí, y auxiliada con víveres, etc., atravesara el territorio de ese país pasando al de las Provincias Unidas (por Paraguay o más probablemente por la Banda Oriental), llegara al Plata, donde, cooperando las fuerzas navales e indirectamente las de Pezuela desde el noroeste, concluyeran con la revolución del Plata. Para obviar este peligro el gobierno envió a Europa a Rivadavia y Belgrano y luego a Río de Janeiro a García. Este buscaría la protección de Inglaterra por intermedio del ministro Strangford.

Desde El Tejar fué adelantada una columna de 500 hombres de línea acompañada por los milicianos de Güemes — coronel graduado de línea — para sorprender a un destacamento, de unos 300 realistas, con Vigil a su frente, que se encontraba en Puesto del Marqués. La empresa bajo la dirección del coronel Francisco Fernández de la Cruz, realizada el 17 de abril tuvo pleno éxito; de los españoles vencidos, 100 cayeron prisioneros.

Después de esta acción — la única favorable en esta campaña — Güemes, pretextando razones de salud, se retiró con licencia del ejército llevándose sus dos escuadrones de gauchos, por no reunir condiciones para la guerra regular, como porque el estado del ejército le hacía prever un tercer desastre en el norte. Esto aconsejaba, según él, poner en estado de defensa a Salta y Jujuy, para lo cual se llevó también las caballadas de esas jurisdicciones que tenía reunidas y fué incorporando a su tropa los desertores — oficiales y tropa — del ejército, y en Jujuy a 300 enfermos y personal en comisión de Rondeau, aparte de 600 fusiles y 300 tercerolas que tomó del parque de reserva del ejército. Como se negara después a devolver el armamento Rondeau lo declaró traidor.

Ante el revés esbozado, Pezuela se retiró sin disputar el territorio hasta Challapata, es decir, muy al norte (100 Km. al sur de Oruro), ordenando se le incorporaran las guarniciones de Potosí y Chuquisaca y la división Ramírez, vencedora despiadada de Pumacahua en Humachiri, y ahora fuerte de 2.000 hombres. Un batallón de Chilotes, procedente de Chile, desembarcado en Arica (Perú), con municiones, también concurría a reforzarlo.

Avance de Rondeau a Potosí y Chayanta. — El ejército patriota ocupó entonces el país hasta Potosí, que guarneció desde mediados de mayo. Por su parte, el infatigable Arenales había sostenido durante 18 meses la guerra de partidarios, dando cuatro combates, ocasionando 1.300 bajas al enemigo y, anticipándose a las operaciones del ejército, había invadido Cochabamba — también en mayo — con 800 hombres medio organizados y una multitud de indios armados con hondas, picas y macanas. Situado así sobre el flanco del enemigo, promovía la sublevación de la provincia de Chayanta y obligaba a la vanguardia realista a replegarse.

Pero casi simultáneamente (julio), llegaron a Challapata la división Ramírez y el batallón de Chilotes, engrosando el ejército adversario; Pezuela contó entonces con más de 4.000 hombres. La sublevación de Cuzco estaba dominada; el país a su espalda pacificado; la faz de la situación había cambiado.

Luego de cuatro meses más de inacción, en septiembre, recién se movió el ejército patriota por el camino real que de Potosí conduce a Oruro y se detuvo en Chayanta, poniéndose en comunicación con Cochabamba. Allí permaneció un mes en cuyo transcurso el coronel Arenales le trajo el contingente de dos batallones de más de 400 plazas cada uno, formándose el regimiento 12. Por las enfermedades, las deserciones y la disminución que significó el regreso de Güemes, desde el Puesto del Marqués, el ejército quedó reducido a 4.000 hombres, no obstante el refuerzo de Arenales.

El flanco oeste de la revolución contra los españoles, vencedores en Rancagua (Chile), era asegurado por San Martín en Mendoza, con las fuerzas a su mando.

Dispositivo español. — El movimiento del ejército patriota hizo presumir a los realistas que el plan de Rondeau era aislarlos de la parte más rica del país y, aprovechándose de la buena disposición de los naturales, que obstruían los caminos, privarlos de todo recurso, lanzarse en seguida sobre Oruro, cortar sus comunicaciones con el Desaguadero y obligarlos a una batalla en condiciones desventajosas. Pezuela se previno contra esto

trasladando sus tropas desde Chayanta a Sora Sora, cubriendo así a Oruro y atendiendo a La Paz por medio de una fuerte división que situó en Paria; además, amenazaba a Chayanta con otra división que estableció en Venta y Media, a 20 kilómetros de la vanguardia patriota, en condiciones de poderla apoyar oportunamente y guardada contra toda sorpresa en posición escogida.

Venta y Media. — El general argentino creía que Pezuela estaba atrincherado con el grueso de su ejército; vacilaba entre aventurar un ataque o prolongar la defensiva. Una funesta inspiración de Martín Rodríguez vino a sacarle de esta incertidumbre. Según los partes del oficial de avanzadas Lamadrid, la división española de Venta y Media no pasaba de 300 hombres. Un reconocimiento de Diego Gónzalez Balcarce al frente de la caballería confirmó estos partes. En consecuencia, Rodríguez proyectó una sorpresa y y Rondeau tras junta de guerra, la autorizó, aunque con prevención de no arriesgar nada si la fuerza enemiga excedía del número calculado.

La división realista se componía en realidad de dos batallones y un escuadrón y estaba mandada por el famoso Olañeta. La fuerza patriota que se destinó a la sorpresa se componía de 350 infantes del batallón Cazadores, y 200 hombres de caballería del regimiento de Dragones. La operación fué mal conducida, los guías se extraviaron en la noche y, aunque Lamadrid consiguió sorprender a la gran guardia, que pasó a cuchillo en la mañana del 20 de octubre, la columna argentina fué completamente derrotada, al atacar una posición no reconocida desde la cual se le hizo un juego eficacísimo perdiendo casi toda la infantería — muerta y prisionera — con 300 fusiles, y salvándose apenas la caballería.

Movimientos hasta Cochabamba. — Desde este momento no pensó Rondeau en buscar al enemigo y resolvió dirigirse y encerrarse en Cochabamba, aumentar allí su ejército y mantenerse a la defensiva, mientras le llegaba un refuerzo de 1.000 hombres a las órdenes del general Domingo French, que, a marchas forzadas, venía desde el sur.

Pezuela, por su parte, se decidió a tomar abiertamente la ofensiva aprovechando el efecto moral de Venta y Media. Casi al mismo tiempo que Rondeau se movía en los primeros días de noviembre, aquél se dirigía el 1° de noviembre desde Sora Sora por otro camino más directo en su busca y bajaba a los valles de Cochabamba por la cuesta de Tapacarí, procurando salir a vanguardia del ejército patriota, para interponerse entre él y Cochabamba. Al pie de la cuesta de Tapacarí se levanta una serranía; en medio de ella se abre una áspera quebrada que conduce a la pampa de Sipe Sipe, ancha llanura en cuyo centro se levantan algunas lomas aisladas al pie de un suave plano inclinado que domina la planicie. Allí ocupó posición el ejército de la patria, distando dieciséis kilómetros de Cochabamba.

Pezuela pensó en un ataque por la quebrada, pero, encontrándola bien defendida, se corrió por su izquierda con el grueso de sus fuerzas y coronó las altas montañas de aquella parte, llamadas de Viluma, que se consideraban impracticables, y que los peruanos supieron escalar y luego bajar asombrosamente. El 27 de noviembre empezó a descender el ejército español por la cuesta del mismo nombre que conduce al valle de Sipe Sipe. Rondeau había acudido a disputarle el paso, pero una batería enemiga situada en la meseta, a media cuesta, protegía el descenso de los realistas que pasaron la noche en aquel ancho escalón de la montaña. Al día siguiente, veintiocho, el ejército realista continuó su descenso, superando inmensas dificultades, bajo el fuego de los batallones patriotas que le disputaban palmo a palmo el terreno. Consiguieron al fin establecerse en el llano y desplegaron su línea casi paralelamente a la que ocupaban los patriotas.

El ejército argentino, con la artillería en las lomas aisladas del centro del llano, estaba situado al pie del suave plano inclinado que lo domina, emboscado en las huertas de Sipe Sipe, y a cubierto en parte por algunas tapias. A su derecha tenía el cauce seco de un río. Pezuela reconoció el 28 la posición patriota por un ataque parcial.

Sipe Sipe o Viluma. — (Croquis 9, pág. 219). En la mañana del 29, el jefe realista practicó un movimiento de flanco fuera del alcance del cañón, eludiendo el ataque frontal con mucho tino — como ya lo había realizado en Ayohuma — y desplegó dando frente al río seco mencionado. Así quedó sobre el flanco derecho de Rondeau, quien perdió las ventajas de su posición.

Visto esto, el general revolucionario efectuó un cambio de frente, y así el cerro en que antes apoyaba su derecha, quedó en el centro, dominando siempre el llano del otro lado del cauce seco. La caballería de Rojas, sobre ambos flancos, en disposición de atacar, fué la única medida ofensiva que adoptó el general patriota.

Las realistas avanzaron resueltamente, desalojaron a tiradores patriotas adelantados en la barranca del cauce seco y cayeron sobre el ala derecha de la posición, la que al principio se defendió tenazmente, pero al fin cedió. Mientras tanto, la derecha española se había corrido a lo largo de la barranca y, vigorizando el ataque, aferraba a la izquierda patriota. Rota la derecha de Rondeau y en inactividad su izquierda, la batalla estaba perdida.

El general argentino quiso contener al enemigo haciendo jugar activamente a la artillería; ordenó también al batallón 9 que volviera caras, lo que ejecutó, pero, envuelto muy pronto en la retirada por el batallón 1, tuvo que retroceder.

Viendo la inutilidad de sus esfuerzos y que su izquierda era forzada por el enemigo, pensó concentrar la resistencia en el morro, pero tuvo que desistir de ello, porque ya nada había que hacer, sino salvar los restos dispersos. Entonces ordenó a los dos escuadrones de Granaderos a Caballo, al mando de Rojas y Necochea, que se habían retirado ordenadamente del flanco derecho, cargasen para contener al enemigo. Estos paralizaron a una parte de la infantería, hicieron retroceder a otra, y sablearon a la caballería enemiga, obligándola a refugiarse desmontada a retaguardia de sus batallones, dando tiempo a que se retirase una gran parte de los dispersos. Rehaciéndose, luego, esta caballería continuó sosteniendo la retirada. Al mismo tiempo, Lamadrid, desde más allá de Sipe Sipe, volviendo caras con una parte de los dragones, cargó sobre los perseguidores y los obligó a replegarse, salvando más dispersos.

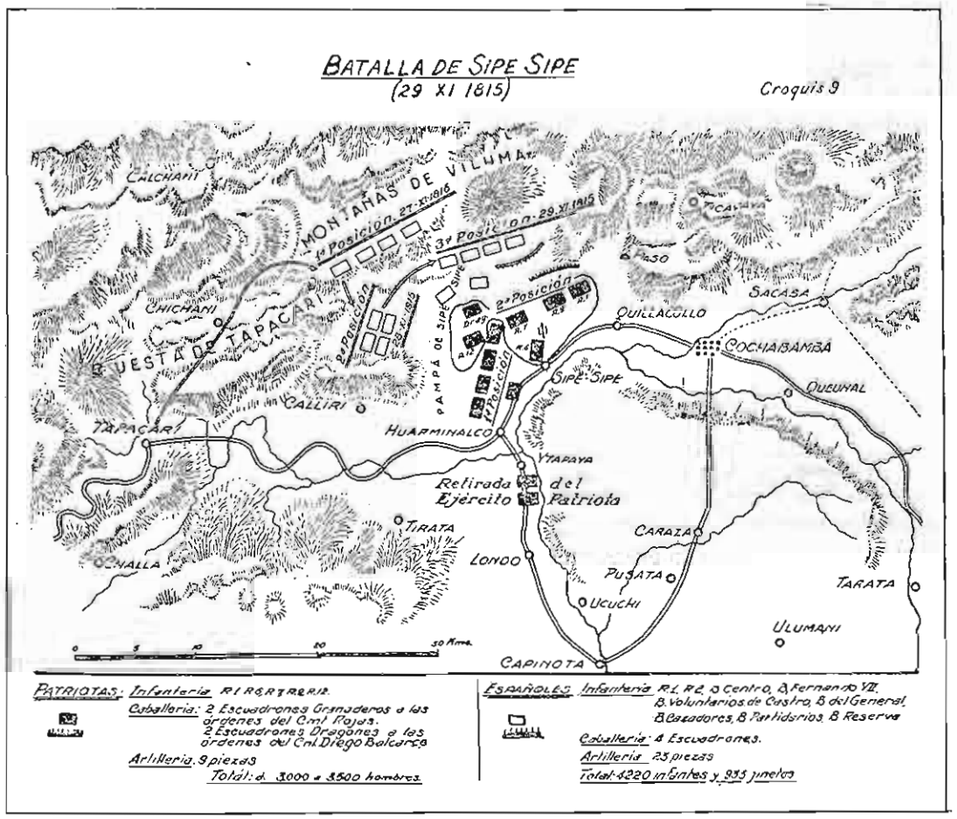
Las pérdidas patriotas pasaron de mil, entre muertos, heridos y prisioneros, 9 piezas y 1.500 fusiles. Las de los realistas fueron de 30 muertos y 200 heridos, y resultaron tan escasas porque casi no hubo combate.

El general Paz en sus memorias dice que a pesar de "que el enemigo no persiguió y que la dispersión no fué efecto del terror, sino del desorden y la incapacidad", recién en Chuquisaca se empezó la reunión, de donde se prosiguió a Humahuaca. Vale decir que faltó conducción.

Comentarios y consecuencias. — La derrota se debió: operativamente, a que viniendo en marcha un refuerzo sustancial de fuerzas desde el sur, al mando de French, y contra la opinión de Arenales, en junta de guerra, se resolvió aventurar la batalla, sin buscar previamente su reunión con un retroceso; tácticamente, a que Rondeau se mantuvo en una estricta defensa en una posición que creyó, equivocadamente, inexpugnable. Atacado en ella por donde no lo esperaba, se subordinó a los movimientos del enemigo y,

empeñado el fuego, lo libró todo a la resistencia pasiva; sólo así se explica que Pezuela pudiera efectuar su marcha de flanco, casi dentro del alcance del cañón patriota, y avanzara desplegado impunemente, sin ser atacado, cuando a esto prestaba gran apoyo una artillería superior en posición y calidad. Aparte de esto el ejército de la patria estaba desmoralizado y algunos de sus jefes denotaban una vergonzosa rivalidad.

La acción de Sipe Sipe fué, después de Huaqui, la más desastrosa de la revolución. Dominado lo que después fué Colombia, por la expedición Morillo; caído Chile, donde los realistas parecía se preparaban a invadir Cuyo; perdido para siempre Alto Perú; y aumentado el ejército de Bajo Perú (hoy Perú) con nuevos refuerzos de tropas aguerridas recibidos de España, las Provincias Unidas del Río de la Plata, quedaban solas, aisladas y en situación muy comprometida, aunque jamás llegaron a ser dominadas por la reacción realista.



Sipe Sipe parecía ser el golpe de gracia dado a la revolución americana, y así lo creyeron en España. Esta tercera ofensiva patriota, alternada con las dos españolas precedentes y otras posteriores, refirmaron que, estando tan enormemente distantes (4.000 Km.) los centros principales políticos y de recursos de los adversarios, Buenos Aires y Lima, con

territorios intermedios muy pocos poblados, con malos caminos y escasos medios para subsistir y operar, era casi imposible entonces realizar operaciones que permitieran llegar a cualquiera de ellos, frente a un enemigo relativamente fuerte. Los españoles nunca pasaron al sur de Tucumán, y los patriotas, si bien se aproximaron más, tampoco pasaron al norte del Desaguadero, es decir, muy lejos aún de aquellos objetivos. Las solas marchas — penosas y larguísimas —, aniquilaban hombres y animales y minaban la moral de los primeros, induciéndolos a desertar [4]. Así, pues, la tercera ofensiva patriota tampoco podía dejar de fracasar, máxime considerando los demás factores desfavorables mencionados. Bien hizo San Martín en buscar su base de operaciones más cerca de Lima, con una línea de comunicaciones marítima que previamente debía dejarse libre, y que acortaría las terrestres en miles de kilómetros. Así empiezan a comprenderlo también los demás prohombres de la revolución del Plata.

Esta última campaña fracasada, con la octava derrota de los ejércitos de la patria — a los que los altoperuanos llamaban "porteños" — y sus abusos, exacciones y atropellos, sumado a los escasos vínculos de raza de la masa popular, y diferencias de las costumbres, etc., del altiplano con los habitantes de las regiones "abajeñas", ya mencionados en "Esbozo geográfico del noroeste argentino y Alto Perú — Consideraciones", hicieron que muchos patriotas de Alto Perú se fueran afirmando en el pensamiento de cobrar por sí su propia independencia absoluta.

CAPITULO XIV

CAMPAÑA DE LA SERNA CONTRA GÜEMES EN EL NOROESTE (1816-1817) *

Causas. — Otra vez el noroeste quedaba amenazado de invasión, a raíz del desastre de Sipe Sipe. Las fuerzas del ejército, reducidas y desmoralizadas, y más que aumentadas, mermadas, durante la creación del Ejército de los Andes — que después se tratará — no podían por sí solas mantener en guerra regular aquella región. Por consiguiente debía contribuir todo el noroeste, y Güemes a su cabeza, con sus hombres y demás recursos — ya muy mermados por las anteriores provisiones a los ejércitos patrios y por las invasiones realistas —, en guerra irregular, para contener al invasor, como primera y principal zona defensiva. Esto era además indispensable, porque el gobierno central tenía que atender con sus medios a la guerra civil en el litoral (IV Parte, 1er. período), y a un levantamiento contra su autoridad en Córdoba (octubre de 1816), de manera que por ese lado nada podía esperar el noroeste para contener al invasor. Para

[4] El director supremo interino, Balcarce, escribía al titular, Pueyrredón, en mayo de 1816: "Por una experiencia constante se ha observado que, a pesar de la vigilancia más celosa, los regimientos que han marchado de Buenos Aires al interior, han perdido al menos, un tercio de su fuerza, en la penosa y dilatada carrera de su tránsito..." Después que las campañas a Perú "no han producido en seis años sino fatigas y trabajos, el nombre solo de aquel destino, infunde en la tropa un terror pánico, sin que el castigo o el halago, bastase a contener deserciones escandalosas..."

*** Ver Croquis Op. III y Esbozo geográfico del noroeste y Alto Perú, pág. 59.**

hacer más difícil la situación del gobierno de Buenos Aires, los portugueses, en la Banda Oriental, vencedores de Artigas, Andresito y Rivera, con el pretexto de sofocar la anarquía, habían penetrado nuevamente, con reales miras anexionistas, y en enero de 1817 el general Lecor tomaba Montevideo, jaqueando a las Provincias Unidas. En cuanto al escenario americano, salvo el Plata, la revolución estaba vencida en 1816 en todas partes. La poderosa fuerza de Morillo, desviada a Nueva Granada (Colombia), prevalecía allí.

Medios defensivos. — Con las fuerzas salvadas de Sipe Sipe (1.500 hombres), la incorporación de algunas unidades que llegaron de Buenos Aires, formando la división French (1.067 plazas y seis cañones) y la reunión de dispersos, Rondeau llegó a Huacalera (80 Km. N. de Jujuy) con 3.000 hombres, para reorganizar el ejército. En enero de 1816 destacó a Lamadrid con 130 de tropa, desde Moraya a Cinti (Camargo) para hostilizar al enemigo, siendo batido aquél en Culpina por el brigadier Alvarez con 600 hombres el día 31. Dos días después el jefe patriota toma desquite en Uturango; pero el 12 de febrero, en marcha a Tarija, sobre el río San Juan, fué completamente destrozado, regresando a Jujuy. El 8 de marzo Rondeau retrocedió hacia Salta, en entredicho con Güemes — conflicto que se mantenía desde el avance del ejército a Alto Perú para su fracasada ofensiva — a quien pensó escarmentar, pues el jefe salteño ejercía abiertas hostilidades contra el personal de tránsito entre el ejército y Buenos Aires, pero, no habiendo tenido éxito, arregladas las divergencias y reconciliados, Rondeau volvió a Jujuy. Mas el gobierno central, en vista del avance de Pezuela, ordenó a aquél se retirara a Tucumán, lo que hizo el 24 de junio, quedando Güemes de comandante de la frontera (unos 500 Km. de frente), con su tropa como vanguardia del ejército. Poco después (7 de agosto) Belgrano reemplazaba a Rondeau y se dedicaba a reorganizar las fuerzas, manteniendo perfecto entendimiento con Güemes.

El jefe salteño, con el poder político (gobernador desde 1815) y militar, se había dedicado a aumentar, organizar y disciplinar sus fuerzas [1]. Pero los más de los ciudadanos (milicias), habían continuado en sus tareas normales, estando listos, sin embargo, para reunirse rápidamente conforme a las necesidades militares. Para su mejor defensa dividió toda la región norte en tres sectores; el de Tarija, lo confió al teniente coronel Pérez Uriondo; el del sur de Tarija, entre Orán y Humahuaca, al comandante Arias: y el del norte de Humahuaca y oeste de la provincia al coronel mayor Campero, más conocido como marqués de Yavi. La vanguardia fué situada en la villa de Humahuaca al mando de Urdininea. Las fuerzas restantes quedaban en Salta a órdenes directas de Güemes. En el período culminante de esta campaña Güemes llegó a tener a sus órdenes unos 290 jefes y oficiales y 6.000 de tropa, en su mayoría milicianos (gauchos).

Plan de Güemes. — El sistema de guerra que se emplearía era el mismo expresado al tratar la primera defensiva en el noroeste (capítulo XII), es decir, batir al

[1] El caudillo llegó a disponer de unos 6.000 hombres, de los cuales cinco mil fueron gauchos milicianos y cerca de mil veteranos. Estos últimos constituyeron los regimientos de "Infernales de Gauchos de Línea" y de "Granaderos a Caballo"; ésta era la unidad que guarnecía Salta y la otra, la escolta del gobernador. Las divisiones se formaron con regimientos y escuadrones sueltos.

El personal fué movilizado y empleado normalmente en el lugar o comarca de su nacimiento, que podía ser de montaña, llano o boscoso, para aprovechar mejor su físico ya adaptado al medio y su conocimiento y dominio de éste. Además, en esta forma quedaban reunidos los amigos, los parientes y los comarcanos, dando a las unidades más fuerza moral. Varios de los jefes de división y cuerpo y muchos de los oficiales instructores de los gauchos eran de línea, desertores del Ejército Auxiliar o cedidos por éste. En "Las fuerzas argentinas irregulares" - "Instrucción", hemos dicho en qué consistía lo fundamental de la instrucción impartida.

enemigo fraccionado, atacándolo a toda hora, sorpresivamente; retirarle los medios de movilidad y subsistencia; arrebatarle los alimentos y cabalgaduras; cortarle las comunicaciones de sus bases apropiándose de las armas y municiones que le llegaran; e incomunicarlo. En resumen, gran iniciativa, ofensiva por doquier y aprovechamiento del medio geográfico para expulsar al invasor.

Movimientos del ejército realista. — Pezuela no supo explotar a fondo el éxito de Sipe Sipe con nna inmediata y enérgica persecución. Posiblemente aleccionado por su fracaso anterior en Salta, no quiso aventurar una invasión tan profunda y alejada de sus bases con pueblos levantados a sus espaldas y sin estar bien abastecido y dotado. Por ello, concretóse a ocupar Potosí y Charcas (capital Chuquisaca), manteniéndose él en Cochabamba; así las masas de los ejércitos distaban una de otra unos 800 Km. Recién en marzo de 1816 avanzaron los realistas, llegando el 24 a Cotagaita con 7.000 hombres [2]; entre ellos varios cuerpos de veteranos venidos de Europa. Allí pacificaron esa zona para continuar hacia Moraya, adelantando una vanguardia a Yavi al mando de Olañeta, la que antes de llegar debió combatir en Tarija. A fines de junio este jefe lanzó hacia Huacalera un destacamento, ante el cual Campero se retiró hacia el oeste. El 19 de setiembre, una fracción española de 200 hombres al mando de Marquiegui, avanzó hasta Tilcara, donde, atacada por Urdininea, retrocedió. El 10 del mismo mes otro destacamento español de 100 hombres montados, había salido de Yavi hacia Abra Pampa (camino del oeste), y en Colpayo, el 15, atacado durante la nocbe, en pleno sueño, fué destrozado por el capitán Rivero, con 42 hombres, sufriendo muertos y prisioneros.

Decidido a copar al enemigo adelantado temerariamente en Huacalera, Güemes (ya coronel mayor de línea) reforzó a Campero con 500 hombres, e hizo avanzar el resto, desde el norte y desde el sur, pero los realistas, conocido el movimiento, realizaron una precipitada retirada desde aquel punto, dejando víveres y rezagados, no obstante lo cual fueron acosados por las partidas procedentes de Orán y Santa Victoria (50 Km. SE. de Yavi). Güemes ocupó Humahuaca. El general Juan Ramírez, que reemplazaba a Pezuela, nombrado iuterinameute virrey de Perú, ante el avance de las fuerzas patriotas, que creyó también las del Ejército del Norte, ordenó a las suyas, diseminadas, reunirse en Oruro, y a Olañeta replegarse a Cotagaita.

Nuevo plan español. — La Serna, nuevo comandante del ejército realista, llegado el 12 de noviembre a Cotagaita en compañía de altos jefes europeos, con varias unidades recién venidas de España, contraordenó, considerando desacertadas las disposiciones de su antecesor. Las instrucciones de Pezuela prescribían a la Serna: ocupar Salta y Tucumán, detenerse allí y, según las circunstancias, correrse en seguida por Córdoba para desalojar a San Martín de Mendoza, franqueando el paso de la cordillera al ejército realista de Chile; y, reunidos ambos ejércitos, marchar sobre Buenos Aires. Suponían que San Martín concurriría a defender el noroeste. La Serna se lisonjeaba con un triunfo seguro, contando para obtenerlo con jefes, oficiales y tropas europeos que habían hecho la guerra en la Península, infatuados no sólo de su preponderancia militar, sino con la idea poco ventajosa que tenían de los enemigos que iban a enfrentar. Pero se había

[2] Mitre menciona sólo 4.500, durante la invasión.

dejado transcurrir un año de Sipe Sipe, que aprovechó Güemes para preparar muy bien la defensa de Salta [3].

Continuación de las operaciones. — Antes de la contraorden de la Serna, el 11, los realistas de Yavi habían abandonado el lugar, dejando armas, municiones, etc., en su precipitación, ante el avance de Campero (800 hombres), quien entró allí al día siguiente. El propósito de Güemes era operar limitadamente en Alto Perú con sus solas fuerzas, ya que las del ejército patriota no podían realizarlo, pues, en vez de ser aumentadas, sufrieron merma para formar el Ejército de los Andes en Mendoza, según se verá en el capítulo siguiente. Belgrano aprobó el plan. En previsión de que Olañeta tomara a Campero por retaguardia, Güemes ordenó a Arias avanzar por Tarija hasta Corral Blanco, disponiendo que Campero se acercara a Cangrejos, mientras el resto de sus fuerzas se reuniría en Yavi. En ejecución de este plan avanzaba la vanguardia de Güemes, cuando le llegó la noticia de un grave desastre en Yavi.

Yavi. — Campero había sido prevenido por Güemes sobre las indispensables medidas de seguridad que debía tomar para evitar una sorpresa del emprendedor jefe español Olañeta, tanto al norte como al este, con destacamentos adelantados. Olañeta, en efecto, en su avance incorporó las tropas que se habían retirado de Yavi, y con efectivos de unos 3.000 hombres resolvió sorprender a los patriotas. Tal cual sucedió el 15 de noviembre con esta vuelta ofensiva española, que Campero no sospechó, y que se produjo porque desoyó las recomendaciones de su superior, descuidaudo toda medida de exploración y seguridad.

Cuando el jefe patriota se enteró de la situación, ya era tarde, pues Marquiegui se había apoderado de sus caballadas y las demás fuerzas enemigas atacaban la poblacióu desde dos direcciones. Más de 300 hombres cayeron prisioneros, entre ellos Campero y su segundo jefe. También fué sorprendida otra fracción patriota al mando de Lanza al día siguiente.

Olañeta, adelantado con la vanguardia reforzada, ocupa Humahuaca y avanza hasta Hornillos, desprendiendo desde allí hacia el este un destacamento de un batallón y un escuadrón al mando de Marquiegui, para, por el Abra de Zenta, dominar el valle de San Andrés, dar vuelta por Orán, despejar el valle del Bermejo e ir a incorporarse en Jujuy a la vanguardia. Olañeta sigue a esta ciudad donde entra el 6 de enero de 1817.

En el Abra de Zenta, Arias detuvo a Marquiegui causándole bajas. Reunidas a aquél nuevas fuerzas gauchas, en total 500, se interpuso entre Marquiegui y Olañeta, atacando al primero en cuanto lugar del terreno se prestaba a la interceptación. Así hostigado, el jefe español debió combatir el 17 de enero en río de las Piedras, el 19 en el río Negro y el 20 más adelante, y aún le faltaban 125 Km. para llegar a Jujuy. Temiendo por la suerte de Marquiegui, salió en su busca Olañeta, con dos batallones y un escuadrón, y juntos entraron a Jujuy el 23, habiendo perdido el primero un tercio de sus efectivos.

En su avance con el grueso, la Serna ocupó Humahuaca el 14 de enero. Temiendo por su principal línea de comunicaciones guarneció y fortificó este lugar, punto único de acceso a la quebrada; luego siguió a Jujuy. Desde que Olañeta ocnpó Jujuy, fué encerrado allí por los patriotas, y sus abastecimientos alimenticios, etc., debió pagarlos

[3] También Tucumán, con Bernabé Aráoz, había levantado 5.000 milicianos, que con los 6.000 de Güemes y los 2.000 del Ejército Auxiliar, sumaban unos 13.000; mas, de este total, sólo las del caudillo salteño con algunos refuerzos del ejército debieron contener la invasión.

con la sangre de sus hombres, en diarios combates. En enero, por ejemplo, los forrajeadores (200 de tropa escogida), en San Pedrito, fueron atacados por Rojas con dos escuadrones, muriendo cien realistas a bala, sable, boleadoras y cuchillo. Esto produjo una sensación moral deprimente en los invasores.

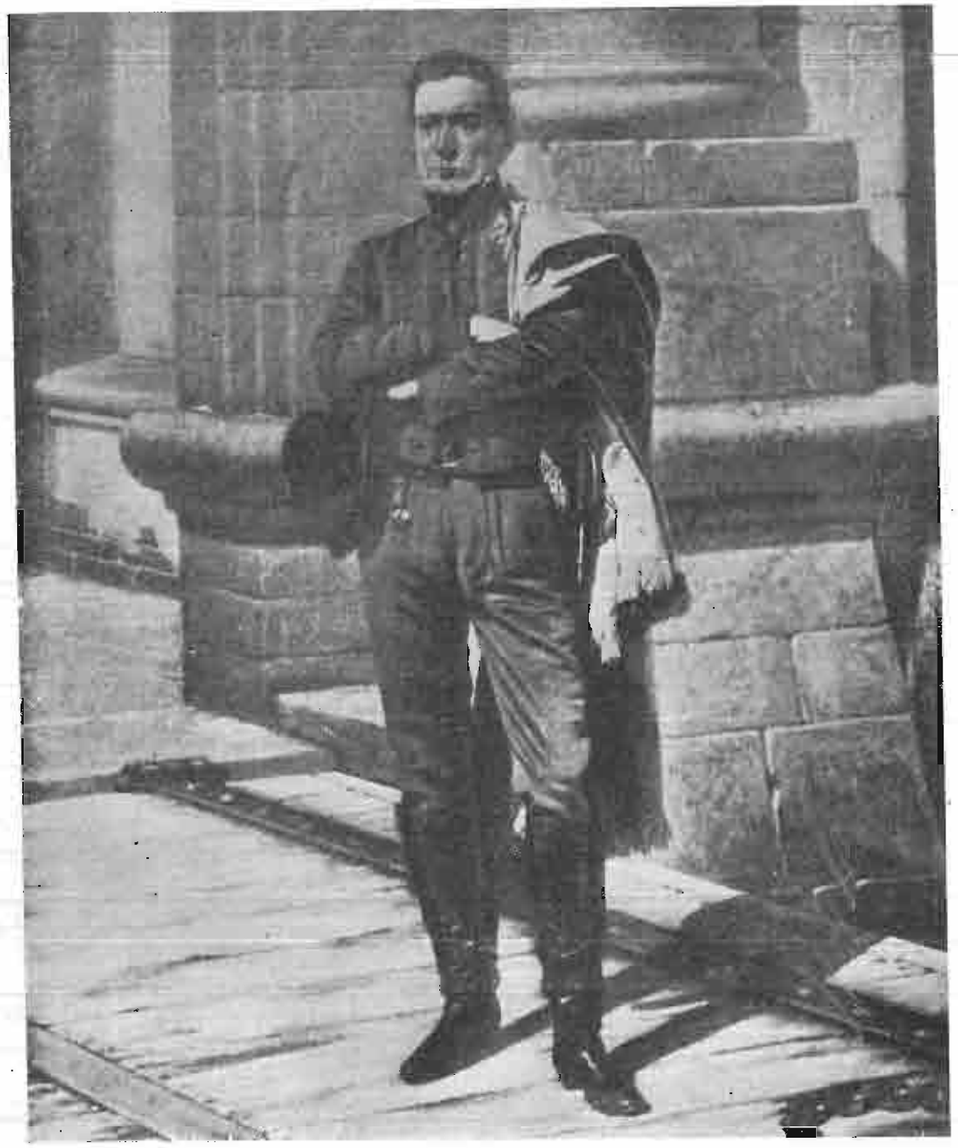
Para cooperar con Güemes — a pedido de éste — en la defensa del territorio y para sublevar las poblaciones a retaguardia de la Serna ya predispuestas a ello y cooperar en la destrucción del ejército enemigo, Belgrano destacó el 3 de marzo al comandante Gregorio Aráoz de Lamadrid, con unos 400 hombres escogidos, entre ellos 250 jinetes, y dos cañones de montaña. Esta agrupación debía penetrar en Alto Perú y podía llegar a Oruro, para levantar en armas al país a retaguardia de la Serna y obligarlo a abandonar Salta o a fraccionarse para impedir la acción de Lamadrid. Además, envió Belgrano un regimiento hasta el río del Valle (SE. de Salta) para cooperar con Güemes en la persecución, cuando el enemigo evacuara el país.

Esperaba la Serna en Jujuy refuerzos para continuar a Salta cuando tuvo noticias de que su línea de comunicaciones había sido cortada en Humahuaca haciendo muy difícil su situación, pues ese punto era intermedio con las provincias de Alto Perú. Quedaba ahora su ejército aislado. ¿Qué había ocurrido? Arias, al incorporarse Marquiegui a Olañeta, había vuelto al valle de San Andrés. Desde allí, hizo observar lo que se hacía en Humahuaca y resolvió, con autorización de Güemes, sorprender a la guarnición. Movióse el 28 de febrero, y el 1° de marzo, sin haber sido sentido en su marcha nocturna, resolvió atacar, dividiendo sus 150 hombres en tres fracciones, dos en primera línea y una de reserva. Al aclarar, se inició el asalto. Los siete cañones del enemigo fueron tomados en un comienzo, y luego de algún combate la guarnición se rindió. De los 130 enemigos, quedaron 24 muertos, incluído su jefe, la Roza, y se tomaron 86; además cien fusiles, ganados y cabalgaduras. En empresa de rescate del lugar y punitiva, sale Olañeta con Marquiegui por el camino del este con destino a Orán y el coronel Centeno por el de la quebrada, para encerrar a Arias, pero éste finalmente desaparece en el Chaco con su botín, sin antes dejar de hostilizar al perseguidor. Centeno perdió cuarenta hombres y llegó de regreso al cabo de un mes con sus cabalgaduras extenuadas. Mientras, la Serna, temiendo por la suerte de Olañeta, le mandó de refuerzo la división Valdés, de 800 hombres, la cual sorprendió al comandante patriota Corte, en Salpala (Zapla), dispersándole la fuerza y tomándole ochenta prisioneros; aun con esto ambos jefes españoles debieron refugiarse en Jujuy. Olañeta, después de llegar a la Misión de San Francisco retrocedió a Orán, sufriendo algunas pérdidas en combates subsiguientes con los gauchos de Rojas; falto de subsistencias y visto el mal estado de sus cabalgaduras, regresó a Jujuy, hostilizado siempre en su retaguardia y flancos. Al llegar de vuelta había perdido ochenta hombres.

Entre tanto, a la guarnición de la ciudad los gauchos le habían quitado caballos y tomado prisioneros de las mismas trincheras. Con nuevos contingentes incorporados, dirigidos por jefes ya muy prestigiosos (Saravia, Latorre y Gorriti) los patriotas habían intensificado el sitio. El 12 de marzo intentaron una emboscada con 300 jinetes contra los forrajeadores, como aquella de San Pedrito; pero, prevenido Valdés, salió de la plaza con una columna y los batió, causándoles treinta bajas, siendo compensado este contraste con la captura de 200 mulas que los patriotas tomaron al enemigo el mismo día, dejándolo imposibilitado para moverse. En los días subsiguientes todos los puestos avanzados realistas fueron atacados con suerte varia y mutuas pérdidas. El 15 hubo combate general, pues ante el ataque contra los puestos salió de la ciudad el dicho Valdés con una gruesa co-



Coronel mayor Gregorio Aráoz de Lamadrid



Coronel de blandengues José Gervasio de Artigas,
general de la Banda Oriental



Coronel mayor Martín Güemes, general de Salta



Mariscal de campo
José de la Serna



Infernales de
Güemes





Soldados de
Patricios

Teniente general
José Canterac

lumna, empeñándose la lucha allí, mientras Gorriti atacaba la ciudad con resultado parcial muy favorable, pero, por supuesto, no decisivo. Para salvar esta situación, cuanto por cumplir órdenes de Pezuela que le urgía el avance, a pesar de la falta de víveres y del paludismo (chucho) que postraba a parte del ejército, la Serna resolvió continuar la ofensiva sobre Salta con 2.500 hombres, dejando una corta guarnición en Jujuy para proteger el parque y los hospitales llenos de enfermos. Tras numerosas empresas audaces y sangrientas de los salteños, los invasores llegan, por fin, a Salta el 15 de abril de 1817, hostilizados siempre en su avance de día y de noche. Para entonces en la ciudad y la campaña se ha producido la movilización general preparada y los hombres todos se incorporan a las fuerzas de Güemes. En la capital de la provincia el enemigo es nuevamente sitiado y molestado con la misma decisión, aunque el jefe patriota está situado con el grueso en el Bañado, a unos cincuenta Km. al sudoeste, falto de municiones y caballos, esperando reabastecimientos en armas, municiones y caballos de Tucumán, que le van llegando.

Expedición de Lamadrid. — En la empresa que se le había confiado, antes expresada, las primeras actividades de Lamadrid tuvieron éxito, pues en Cangrejillos sorprendió una guardia enemiga, luego cortó la línea de comunicaciones al invasor y sorprendió completamente, con marchas rapidísimas, a la guarnición de Tarija (14 de abril de 1817), la que capituló, tomándola toda, incluído su jefe (330 hombres, cañones y demás armamento). De Tarija siguió a Chuquisaca reforzado con voluntarios. En el pueblo de Cachimayo (a diez Km. al sudoeste de Chuquisaca) un escuadrón enemigo de cincuenta hombres quedó prisionero de Lamadrid, sin disparar un arma, porque el jefe realista confundió a las fuerzas patriotas con tropas españolas, a las que buscaba, y engañado por aquéllas con vivas al rey, su unidad fué rodeada (20 de mayo). A partir de entonces no hubo más triunfos para Lamadrid, porque el enemigo estaba avisado a raíz del ataque innecesario y delator de Cangrejillos. Un ataque a Chuquisaca (21 de mayo), sin objeto ninguno, pues no interesaba ocupar un pueblo, sino levantar las poblaciones y destruir las fuerzas realistas, fué rechazado por el enemigo, preparado ya en posición, y hubo que abandonar el intento. Más adelante, en marcha, la agrupación patriota sufrió una sorpresa en Cuesta de las Carretas, debido a que la pequeña vanguardia equivocó el camino, dejando al grueso, en el que marchaba adelante su indiada, sin protección. El grueso fué así batido de improviso desde el flanco por fuego de infantería en posición. Toda la columna retrocedió entonces en completa derrota, no obstante que el enemigo era muy inferior (sesenta a setenta hombres) y no persiguió. Continuando su retirada, después de ocupar el reducto de Tarabuco (abandonado), prosiguió hacia las Provincias Unidas. Tomada la dirección a Tarija, el jefe patriota fué perseguido, pues el comando realista había reunido y destacado fuerzas contra él a poco de la noticia de su presencia en Cangrejillos. Finalmente, y no obstante la movilidad de Lamadrid, las fuerzas adversarias, unos 1.200 hombres, le dieron alcance el 12 de junio, en Sopachuy (120 Km. al sudeste de Chuquisaca), donde lo sorprendieron en pleno día por fallas de su servicio de avanzadas, derrotándolo casi sin combatir. Quedaron en poder del enemigo los cañones, el parque y el equipaje. Como tenía buenas cabalgaduras y pudieron ser tomadas a tiempo, Lamadrid sólo perdió cien hombres, salvándose los demás debido a su movilidad. De allí se dirigió a Cinti (Camargo) (40 Km. al este de Cotagaita), donde había fuerzas patriotas al mando del mayor Ravello, quien antes había sufrido un revés frente a fuerzas superiores, pero que se conservaba en la zona. Con suerte varia, en combates con fuerzas parciales de sus perseguidores, operó en esa comarca, hasta que, temiendo ser cortado desde el sur por Ricafort, se retiró rápidamente, uniéndose a los jefes de Güemes que actuaban en Tarija. Luego de sostener

incidentes por razones de jurisdicción de mando con ellos, Lamadrid recibió orden de Güemes de retirarse a Tucumán, llegando allí por el camino de Orán - río del Valle, con los restos de su tropa, después de diez meses de correrías, en las que, si bien no llenó muy bien su misión, sembró el desconcierto y la angustia entre los españoles y contribuyó a la retirada de la Serna. La expedición se hizo famosa, según Belgrano, por sus fantásticas marchas, sus gloriosos triunfos, sus extraordinarias aventuras y sus severas derrotas. La verdad es que Lamadrid no demostró condiciones adecuadas de conductor que se aproximaran a las conocidas suyas de arrojo y valor probado; no combinó operaciones convenientes, atacó una localidad innecesariamente, y no mantuvo la disciplina en sus tropas.

Fracaso del plan realista y retirada. — En prosecución del plan general, la Serna debía seguir por los valles Calchaquíes, en el oeste, en dirección a Catamarca, dejando a un lado al Ejército del Norte — al mando de Belgrano desde agosto de 1816 —, y cruzar luego la cordillera para reunirse al ejército realista de Chile; pero, llegado a su conocimiento que Lamadrid estaba en Alto Perú para levantarlo en armas, y que San Martín había triunfado en Chacabuco, pensó ya en retirarse, aunque previamente resolvió proveerse de cabalgaduras y víveres, para lo que destacó tres fracciones sucesivamente (17, 18 y 19 de abril), las que fracasaron por la agresión de los gauchos. Optó entonces, el 20, por mandar hacia el Bañado, al sudoeste de la ciudad, donde suponía que los patriotas tenían reunidos muchos caballos y ganado de consumo, una agrupación importante de 500 infantes, 180 jinetes y un cañón, con el mismo fin que las anteriores; ésta al mando del coronel Sardina, reputado como el mejor jefe de caballería que había venido a América. Luego de tres días esta agrupación estuvo de vuelta; en el primero, en combate, una compañía le fué aniquilada; al siguiente, al empeñarse nuevamente, el mismo Sardina fué herido gravemente en el combate de Cerrillos; y en el tercero, de regreso, fué sorprendida varias veces por emboscadas, llegando a Salta hambrienta, agotada, con su jefe muerto y sin ganado ni alimentos.

Desde esas jornadas cesaron las baladronadas de los españoles recién llegados de Europa, que hasta entonces habían menospreciado a las fuerzas de Güemes. Confirmadas las noticias sobre Chile y Lamadrid, y ante las penurias, la agresión permanente y el vacío de recursos que se le hacía, la Serna retrocedió el 5 de mayo de 1817, no sin tener lugar, aún en los días precedentes, combates parciales, con pérdidas para ambos bandos. En dos jornadas llegó a Jujuy, donde lo esperaba Olañeta con algunas tropas y recursos (mulas, etc.) y el 21 dejaba libre de enemigos la provincia en retirada hacia Tupiza, siendo hostilizado en todo el trayecto, bajo la dirección personal de Güemes, no siéndolo más, para producirle la total disolución del ejército, porque también los gauchos habían quedado casi totalmente de a pie a raíz de sus interminables correrías, pues al final sólo tenían trescientos bombres montados. En la entrada a la quebrada de Humahuaca la retaguardia enemiga fué sorprendida por el infatigable Arias, quien le tomó prisioneros y noventa caballos. La llegada del ejército realista a Tupiza, donde se fortificó, lo fué en estado lamentable, no habiendo tenido en el camino para alimentarse sino la carne de llamas y de los caballos y burros que morían de cansancio y faltos de pastos. Fué aquello un desastre, del que se salvaron sólo 3.000 de los 4.500 invasores, perdiéndose todas las cabalgaduras y material, menos las armas de mano y los cañones sin cureñas.

No es necesario decir que con esto fracasó totalmente el tercer intento de invasión al interior de las Provincias Unidas y que abatió del todo la arrogancia con que los españoles iniciaron las operaciones.

"Así terminó esta famosa campaña, la más extraordinaria como guerra defensiva-ofensiva, la más completa como resultado militar, la más original por su estrategia, su táctica y sus medios de acción, y la más hermosa como movimiento de opinión patriótica y desenvolvimiento viril de las fuerzas de cuantas en su género puede presentar la historia del Nuevo Mundo" (Mitre).

Una ofensiva parcial de penetración en Humahuaca, poco después, encabezada por Olañeta y con 1.000 hombres, fué rechazada por Arias.

En el mismo año 1817 los realistas pensaron realizar nna nueva invasión por el norte con todo el ejército de la Serna, el cual avanzaría por Salta y Tucumán, combinando operaciones con Osorio, quien debía desembarcar en Chile con refuerzos, incorporar a Ordóñez y vencer allí a los patriotas, dueños a la sazón del país, como consecuencia de Chacabuco. Mas, como para las operaciones de la Serna se necesitaban reservas alimenticias y de movilidad, de que se decía haber carecido en la anterior invasión y ser la causa del fracaso, se planeó una operación parcial previa, con ese objeto, al mando de Olañeta y Valdés, con unos 2.400 hombres. Güemes, en conocimiento de esta amenaza, adelantó a la frontera partes de sus mejores fuerzas al mando de Arias, Burela y Rojas. Olañeta penetró en la quebrada en los primeros días de diciembre de 1817, llegando a Jujuy, donde despojó a la población de cuanto consideró conveniente y luego retrocedió en dos columnas, una por el camino del Toro y el Despoblado, y la otra por los ríos Grande y San Francisco, arreando todo lo que encontró de ganados, etc., que no fué mucho. Estorbado en su avance, y perseguido a su regreso, perdió unos 300 hombres, y otros 100 pasados al enemigo, armamento y parte del ganado reunido. El fracaso de esta requisa y la noticia de la derrota de Maipú, hizo abandonar el plan de nueva invasión al norte argentino, manteniéndose el ejército de la Serna, remontado, sólo para dominar Alto Perú.

Comentarios. — Cabe aquí expresar que los fracasos españoles de 1816 y 1817 relatados, se debieron casi totalmente a la acción de Güemes y sus gauchos, pero que en ellos influyerou también algo las disensiones de los jefes superiores españoles, de carácter político y militar. Políticamente, había absolutistas y liberales, siendo de los segundos los venidos de España, entre ellos el mismo la Serna, Valdés, Iriarte, La Torre y la Roza, asociados en una logia secreta, y de los primeros, los viejos jefes del ejército, contándose entre éstos el mismo virrey Pezuela, Olañeta y Marquiegui. Desde el punto de vista militar la discrepancia provenía de que los nuevos jefes procedentes de la península, traían y consideraban convenientes procedimientos operativos y especialmente tácticos, distintos de los que las veteranas tropas de Alto Perú empleaban, sustentados por Olañeta, Marquiegui etc. Estas desavenencias repercutieron en la disciplina y debida cooperación, perjudicando como ocurre siempre que ellas son serias, en el éxito general, como pasó también del lado patriota, concretamente en Huaqui y Sipe Sipe, según lo tenemos visto.

Consecuencias. — La contención de las ofensivas de 1816 y 1817, por las fuerzas gauchas de Güemes, en guerra primordialmente irregular y en defensiva-ofensiva, permitió asegurar el noroeste — donde el enemigo era sólo dueño del terreno que iba pisando —, reforzar al Ejército de los Andes por parte del gobierno central y que San Martín lo creara y organizara en 1816 y 1817, y realizar la fundamental campaña de los Andes, y luego, la del sur de Chile, que en capítulos siguientes se relatarán. Demás está decir que hizo fracasar la cooperación Alto Perú - Chile, de los realistas. También sirvió para permitir que el ejército, al mando de Belgrano y en manos del gobierno de Buenos Aires, contuviera en el noroeste y centro del país, la propagación de los levantamientos ya ocurridos en el litoral contra dicho gobierno.

CAPITULO XV

CAMPAÑAS DE ARTIGAS CONTRA LOS PORTUGUESES LECOR, CURADO, Etc., EN LA BANDA ORIENTAL Y RIO GRANDE DEL SUR (1816-1820) *

Causas. — La causa real de esta nueva invasión portuguesa a la Banda Oriental era la mira ambiciosa que hacía muchos años demostraba Portugal, y por la que en repetidas oportunidades había penetrado en ese territorio (ya vistas en "Antecedentes de la guerra" y en el Cap. VIII): la anexión de la importante provincia [1]. El pretexto, en cambio, era realizar una ocupación transitoria para restablecer el orden y destruir la anarquía en aquella provincia — declarada independiente, decía, de las Provincias Unidas (Buenos Aires), cuyo ejército había sido expulsado de allí [2] —. Expresaba también el invasor que esa anarquía podía contagiar a la provincia hrasileña de Río Grande del Sur, por lo que era necesario terminar con Artigas, cuyas fuerzas hacían correrías por ese estado de Brasil. Las circunstancias favorecían la conquista; era por ello la hora esperada: la provincia Oriental estaba separada de hecho de su hermana principal y más poderosa del ex virreinato, Buenos Aires; las demás, divididas y empeñadas también en luchas fratricidas y contra España y con el indio rebelde; caería, pues, fácilmente; por ello fué allí la invasión. Disculpábase Portugal ante España con el pretexto de secundar la expedición que ésta preparaba para sofocar a sus provincias rebeladas.

Plan de operaciones portugués. — El plan lusitano consistía principalmente en lo siguiente: dos agrupaciones de tropas, en total 10.000 hombres, invadirían. Una de ellas, la principal, de unos 5.000 de las tres armas, estaría a órdenes directas del general Federico Lecor, comandante en jefe de la invasión, constituída por cuerpos veteranos traídos de Portugal, que habían militado bajo las órdenes del general inglés Beresford, triunfando en Albuera, Bussaco, Salamanca, etc. Esta sería transportada por mar a Santa Catalina, desde donde debía seguir por agua, aumentados allí los efectivos, para apoderarse de Montevideo, protegida por una poderosa escuadra. La otra agrupación, de carácter secundario, organizada en Río Grande del Sur, al mando del general Curado, con fuerzas de esta provincia, estaba destinada a operar en la campaña de la Banda Oriental, en combinación con la de Lecor, la que — dueña de Montevideo —, debía limpiar de artiguistas la orilla del río Uruguay. Dominada la provincia ésta sería transformada en una capitanía de Brasil, siendo Lecor su gobernador y capitán general. Después se vería cómo atravesar el río Uruguay. Este plan peca por dividir los objetivos y las fuerzas, pues una agrupación, la principal, tiene un objeto geográfico y la otra uno militar, en operaciones simultáneas. En vez de esto, debieron emplearse las fuerzas para aniquilar al enemigo cuanto antes, con lo cual el objetivo geográfico se obtenía al mismo tiempo. La pérdida de la capital, por otra parte, para Artigas, sin duda, era un rudo golpe; pero dominando la campaña de la Banda Oriental, Corrientes y Entre Ríos (ver IV Parte — Guerra civil del litoral) no le faltarían recursos para prolongar la guerra en la campaña por un largo lapso, durante el cual no se realizaría la conquista total del territorio ni se lo pacificaría, para obtener los beneficios que se proponían al invadirlo.

Plan de Artigas y sus medios. — El jefe oriental no estaba ajeno a los preparativos lusitanos, ya que desde comienzos de 1816 había previsto la invasión y tomado medidas para conjurarla, mas no defensiva y menos pasivamente, sino por la ofensiva. Las circunstancias le habían sido favorables a este objeto, pues su país había gozado de una quietud relativa porque, aunque en rebelión contra el gobierno central de Buenos Aires, las hostilidades estuvieron paralizadas entre ambos y aun más, el 31 de julio de ese año Pueyrredón mandaba a Artigas 100 quintales de pólvora y 300 monturas, como una contribución para la defensa a cargo de los orientales y como un medio de ganarse la buena voluntad de su jefe. Este, en consecuencia, había preparado un dispositivo respondiendo a su plan, que era el siguiente: una contraofensiva sorpresiva para caer por Santa María a Río Pardo sobre el Jacuby, en la espalda y sobre las comunicaciones de las fuerzas de Lecor, partiendo desde el oeste del río Uruguay, para obligarlo a retroceder; allí actuaría el centro de gravedad oriental (unos 4.500 hombres). El resto de las fuerzas (2.400 hombres), con misión retardante, se opondría al adversario principal, Lecor. Para este plan disponía Artigas aproximadamente de 7.000 hombres, comprendidos los contingentes de las provincias de su protectorado (orientales, misioneros occidentales, entrerrianos, correntinos y santafecinos; todos milicianos gauchos), sin contar otras fuerzas de Entre Ríos y Corrientes, con las cuales podía llegar a un total aproximado al del adversario; contaba además con una escuadrilla en el río Uruguay. La concepción estratégica esbozada era audaz y de gran envergadura, pero los comandos superiores y las tropas — casi todas de caballería —, como también los demás medios de que disponía, no estaban a la altura del plan, tan ambicioso, como se verá. En cuanto al enemigo, aparecía mejor dotado y organizado, disponiendo de jefes experimentados y de capacidad mayor que los de Buenos Aires contra los que había luchado Artigas hasta entonces en la guerra civil. En cuanto a la tropa, mucha de la portuguesa era de veteranos de infantería llegados de Europa y que acababa de combatir contra Napoleón, y gran parte de la de caballería había sido reclutada en los estados del sur del Brasil, es decir, hombres con tanta aptitud como los orientales en esta arma, por buenos jinetes, valientes y resueltos. Los imperiales tenían además como base de operaciones todo Brasil (con 5.000.000 de habitantes); Artigas sólo el suelo de su provincia (con 60.000 almas) y algo de la Mesopotamia.

En el caso de una derrota, el terreno llano (ondulado) del Uruguay no se prestaba para extremar una defensa y ni aún para realizar una guerra de guerrillas y recursos que impidiera al enemigo su avance y maniobras, como puede realizarse en un país mon-

---

*** Ver Croquis Ia y Esbozo geográfico del litoral, pág. 39.**

[1] A raíz del Congreso de Viena (1814-15) los soberanos absolutos de Europa (Rusia, Austria, Prusia, etc.) se coligaron constituyendo la Santa Alianza. Allí se despojó a Portugal de su parte de la indemnización impuesta a Francia. La invasión a la provincia de Montevideo y su ocupación obedece también, pues, a una represalia, y como compensación, que se propone obtener Portugal por aquel despojo.

Digamos de paso aquí que posteriormente España pidió la ayuda de sus colegas para reconquistar sus dominios de América. Los otros países estaban dispuestos a satisfacer por la violencia estas pretensiones, pero Inglaterra (Canning) y Estados Unidos, alzaron su oposición y la Santa Alianza debió someterse, sin animarse a concretar actos bélicos.

[2] En 1808 la corte portuguesa desde Río de Janeiro había intentado frente a Buenos Aires, segregar a la Banda Oriental para anexarla a Brasil con el pretexto, entre otros, de impedir la entrada de fuerzas napoleónicas a Montevideo.

tañoso, y menos disponiendo el enemigo de abundante caballería. Era previsible, pues, que con el tiempo el poder abrumador del invasor terminaría por anular la resistencia de la provincia si ésta no contaba con la ayuda decidida de las demás provincias argentinas.

Las operaciones. — En contra de las instrucciones recibidas, Lecor, en vez de seguir por mar hacia Montevideo, lo hizo por tierra desde Santa Catalina penetrando en la Banda Oriental a mediados de agosto de 1816 con una columna por la costa, llevando una vanguardia adelantada de dos mil hombres al mando del mariscal Pinto, que tomó el fuerte de Santa Teresa, y con otra por Cerro Largo (hoy Melo), en dirección a Minas. En esta forma resultaba un frente por agrupaciones que se extendía desde el mar hasta el río Uruguay, comprendidas las fuerzas riograndenses de Curado, que avanzaba de Río Pardo al oeste. Una poderosa escuadra apoyaba las operaciones terrestres.

La extrema izquierda de Artigas, encargada de iniciar la contraofensiva, la mandaba Pantaleón Sotelo [3] quien debía atravesar el Uruguay en Yapeyú (Corrientes), con casi exclusivamente indios misioneros, para unirse a Andresito [4] (que fué gobernador de Corrientes y de las Misiones occidentales), y que, con dos mil hombres, avanzaba hacia San Borja, y a otras agrupaciones de más al este: José Antonio Verdún [5], con seiscientos milicianos de Entre Ríos, y Artigas con mil orientales, en procura del éxito de la gran ofensiva de la decisión. Pero Sotelo, tras un pequeño triunfo inicial, sufrió dos reveses en combates a que lo provocó el coronel portugués Abreu, luego que aquél, con la cooperación de la escuadrilla oriental salvó el Uruguay en Yapeyú; tales acciones ocurrieron el 21 y 23 de setiembre y obligaron a Sotelo a repasar el Uruguay, sin haber podido darse la mano con las fuerzas artiguistas de la orilla oriental. El 18 del mismo mes Lecor, por su parte, ocupaba Maldonado.

San Borja. — Vuelto de nuevo al territorio de Río Grande, pero más al norte de la boca del Ibicuy (Itaquy), Sotelo buscó otra vez reunirse a Andresito por San Borja e Ibiracahy. En el ínterin Abreu con ochocientos hombres se había corrido hacia San Borja — pueblo principal de las Misiones Orientales —, donde Andresito, desde el 25 de setiembre, sitiaba al portugués Chagas, destacado por Curado, que sólo contaba con algo más de doscientos soldados, luego de un combate desfavorable. Este, a punto de sucumbir, seguía defendiéndose frente a su adversario que durante el avance había acrecentado sus fuerzas y arrasado todo y que atacaba intensamente sus trincheras. La llegada de Abreu fué providencial para Chagas. Andresito destacó ochocientos jinetes para contener al nuevo enemigo, manteniendo el sitio, pero Abreu desplegó y avanzó hacia la ciudad, donde derrotó a los sitiadores completamente, produciéndoles entre muertos y prisioneros quinientas bajas y tomándoles un cañón. El jefe artiguista vencido el 5 de octubre, pasó a territorio correntino. Con esta ocurrencia de octubre fracasaba la invasión de Artigas a las Misiones y lo fundamental de su plan.

Ibiracahy. — Por su parte, el general Curado, comandante general de las fuerzas lusitanas en el norte, había destacado al brigadier Menna Barreto para que atacara a Verdún, jefe oriental que había penetrado a territorio riograndense con el propósito

[3] Indio, según Mansilla.

[4] Andrés Guacurarí, conocido como Andresito Artigas, indio misionero.

[5] También Berdún o Verdúm, según los autores.

inicial de reunirse a Andresito y, con éste a Sotelo. En Ibiracahy (afluente en la margen sur del Ibicuy), Menna Barreto, con 500 hombres y dos cañones encontró a Verdún, al que derrotó completamente el 19 de octubre, reduciéndolo en un tercio de sus efectivos por los muertos, heridos y prisioneros que le ocasionó (150 hombres). También este jefe oriental debió retirarse (hacia el sudoeste) con los vencidos.

Corumbé. — Artigas, que en persona mandaba su reserva estratégica, para emplearla según se desenvolviera su plan, fué buscado y vencido igualmente por los invasores, en esta parte al mando del brigadier d'Oliveira Alvarez, con unos 800 hombres, de los vencedores de Andresito y Verdún. En efecto, el 27 de octubre las fuerzas del jefe de los orientales, unos 1.200 infantes y jinetes, fueron atacadas en Corumbé (E. de nacientes del Cuareim). Artigas había colocado en el centro su infantería (500 hombres), en amplio frente, y, el resto, la caballería, adelantada en ambas alas esperando con esto encerrar al enemigo que había de entrar en la bolsa. No obstante ello el combate, le fué desfavorable perdiendo en él un tercio de los efectivos, entre muertos y prisioneros, en tanto que el adversario sólo tuvo unas 70 bajas. También esta agrupación debió retroceder a territorio oriental y con ello el plan de Artigas terminó de desmoronarse. Así, pues, la ofensiva uruguaya en la izquierda, que debía ser decisiva, fracasó, debido a que las operaciones concéntricas encomendadas a las cuatro agrupaciones — una de ellas a través del gran río Uruguay — desde un círculo enorme, debieron contar y no la tuvieron, con una solidez táctica y orgánica que les permitiera, a cualquiera, vencer, resistir o cuando menos retardar el ataque que por líneas interiores le llevara el enemigo, hasta que las otras pudieran reunírsele. Mas, ni la deficiente composición de esos núcleos — falta en algunos, y escasez en otros, de infantería — ni las demás condiciones combativas de cada uno eran apropiadas para ello. Además, no podían coordinar sus movimientos por las dificultades de las comunicaciones, originadas por las distancias y el terreno, lo que influyó también en la cooperación a prestarse.

India Muerta. — En la parte oriental, defensiva, de su dispositivo, Artigas no fué más feliz. Su subalterno Otorgués, que atendía la línea de operaciones Bagé-Cerro Largo, con 900 hombres, fué rechazado del Yaguarón por una columna al mando del general Silveira, quien ocupó Cerro Largo en noviembre de 1816.

Finalmente, las tropas artiguistas mandadas por Fructuoso Rivera (1.500 hombres), encargadas de entorpecer la marcha de Lecor desde el flanco, eran también batidas en India Muerta, el 19 de octubre, en esta forma: el brigadier Pinto de Araujo, destacado por Lecor con una vanguardia de unos 900 hombres de infantería, caballería y un cañón, se encontró frente a Rivera, quien con hábiles movimientos logró aparecérsele sorpresivamente con unos 1.000 hombres. Ante un intento de rodeo del jefe artiguista, el portugués mantuvo sus fuerzas reunidas. Aquél había desplegado su infantería en un frente como de un kilómetro y colocado la caballería en las alas, formando martillo ofensivo — como Artigas en Corumbé —, también desplegada. Según las miras del plan de combate, el aniquilamiento del enemigo sería el resultado. Pero éste, colocando su infantería (200 cazadores) ocultos en el frente, mandaba la caballería, un escuadrón en cada ala, a contraenvolver a la de Rivera, en formación más cerrada. En tal forma se introdujo el desorden en los jinetes orientales, completado con el rechazo de la infantería artiguista, que los cazadores enemigos, en grupos, le produjeron. El jefe uruguayo salvó sólo poco más de 100 hombres de esta acción, con los que no obstante siguió hostilizando al invasor.

Divergencias y causas que impiden el auxilio de Buenos Aires. — Desde el momento de la invasión, y también después, las Provincias Unidas, a pesar de las diferencias políticas de la mayoría de ellas con Artigas, se interesaron por la suerte de la provincia Oriental. El director supremo Pueyrredón, en contra de la opinión y aun de disposiciones del Congreso Nacional, creía en la necesidad de declarar la guerra a Portugal, pero el Congreso, más cauteloso, considerando justas las razones invocadas para invadir, no juzgaba prudente provocar una guerra. No obstante, ambas autoridades hicieron llegar a Lecor pedidos de explicación sobre la penetración, y aún más, los emisarios de Pueyrredóu le intimaron en dos oportunidades la suspensión del avance y la evacuación, basados en las estipulaciones del armisticio del año 1812 (ver Cap. VIII), amenazando con responder con las armas a la invasión. Pero Lecor, que no temía las intimaciones de Buenos Aires porque conocía su falta de medios para llevarlas a la práctica, y la lucha intestina del litoral, contestaba que, si era hostilizado, tomaría "medidas de precaución", refiriéndose al bloqueo y al pasaje de fuerzas al oeste del río Uruguay. Como sus medios agresivos eran casi nulos, Pueyrredón guardó entonces silencio. En efecto, el gobierno de Buenos Aires no estaba en condiciones de emprender una nueva guerra, como se ha dicho, ya que la contienda con España ocupaba una parte de sus medios para terminar de formar el Ejército de los Andes y defenderse en el noroeste ante una invasión realista (ver capítulos XIV y XVI), en tanto que los trastornos de la guerra civil en el litoral insumían los demás, escasos, por cierto. Así la incertidumbre sobre los resultados militares en aquellos frentes le impedía contribuir al rechazo del invasor portugués. Pensó, sin embargo, concurrir en auxilio de la provincia invadida, como era su deber, cuando la amenaza sobre Montevideo se tornó grave (fines de noviembre de 1816). Por esto, ante un pedido de ayuda del jefe artiguista de la plaza, Pueyrredón resolvió cooperar con 1.000 hombres, igual número de fusiles, 8 cañones, munición y una flotilla, siempre que Artigas jurara obediencia al Congreso General y al gobierno nacional y mandara diputados a dicho congreso, es decir, reconociera la unión de su provincia a las Provincias Unidas, cosas que antes no había querido realizar y que servían de pretexto a los portugueses para no aceptar las quejas de Buenos Aires por la invasión. El jefe de los orientales rechazó estas condiciones, prefiriendo luchar solo a subordinarse a Buenos Aires. Por esta intransigencia y por la oposición reiterada del Congreso a sus propósitos, Pueyrredón se tornó contrario a intervenir en la guerra de liberación. Empero, en el aspecto económico, un tratado de comercio de 1817 con Inglaterra permitió a Artigas superar sus dificultades financieras, para continuar la lucha.

Operaciones en el alto Uruguay. Potrero de Arapey. — Batido en todo el frente del Uruguay al mar, Artigas concentró sus fuerzas sobre el río Uruguay, con su cuartel general en el Arapey, para continuar la lucha, logrando reunir unos 4.000 hombres. A principios de enero de 1817 los dos adversarios reiniciaron las operaciones, cada uno invadiendo el territorio del enemigo, pero desencontrándose. En estas operaciones las tropas portuguesas, unos 3.000 hombres y 11 cañones al mando de Alegrete, gobernador de Río Grande, vinieron a quedar entre la masa artiguista, a las órdenes de Latorre, que avanzaba, y nna agrupación de unos 400 hombres que al mando directo de Artigas había quedado en los cerros de Arapey. Ante esta situación las fuerzas principales orientales dieron contramarcha, mas ya la agrupación Artigas había sido atacada sorpresivamente en su posición del potrero de Arapey el 3 de enero por un destacamento del marqués de Alegrete — sucesor de Curado —, compuesto de 600 hombres de infantería y caballería,

con dos cañones, al mando de Abreu. Los orientales fueron dispersados completamente, perdiendo ochenta muertos, sus depósitos y caballadas.

Catalán. — En su retroceso, lucgo de salvar el Cuareim, Latorre pretendió sorprender por una marcha nocturna (3 de enero) al enemigo, al cual se había reincorporado Abreu, estando el marqués en una posición muy fuerte sobre el arroyo Catalán (afluente del Cuareim). Su propósito era atacarlo por el flanco libre y la espalda. Al aclarar del día 4 empezó la batalla, en la que los portugueses, prevenidos, no sufrieron la sorpresa intentada. El dispositivo de éstos era: el ala derecha, de caballería, con tres cañones, apoyaba en el Catalán; el centro, estaba compuesto de los dos tercios de la infantería y dos cañones; el ala derecha, contaba con un regimiento de dragones y un escuadrón de caballería; y otra caballería, con cuatro obuses y dos fracciones de infantería, como reserva, y guardando los pasos del río que conducían a su retaguardia. Los jefes de este ejército eran, aparte del nombrado general en jefe, Curado, Oliveira Alvarez, J. de D. Menna Barreto y Abreu. Los más capaces y expertos del reino. Sobre el dispositivo señalado se lanzó Latorre con sus milicias. Se combatió en lucha indecisa, reñida y sangrienta durante seis horas, al cabo de las cuales el resultado fué favorable a los lusitanos. Latorre perdió en esta batalla 1.000 hombres entre muertos y prisioneros (900 de los primeros), 2 cañones y gran parte de sus caballadas; los portugueses tuvieron 230 entre muertos y heridos. Quedaba Artigas desde este momento casi sin infantería, pues la única de que disponía — traída desde Montevideo — la perdió, debiendo circunscribirse a la guerra de montoneras. A pesar de su heroísmo, los artiguistas perdieron la batalla por la superioridad enemiga, especialmente en infantería y armamento, frente a sus milicias casi desarmadas.

Destrueción de pueblos argentinos por los portugueses. — Los portugueses se retiraron en seguida al norte del Cuareim, desde donde se dedicaron a efectuar incursiones al territorio oriental cometiendo depredaciones. Esperaban allí el momento de invadir nuevamente y a fondo, una vez que su retaguardia quedara asegurada y castigados los pueblos del oeste del río Uruguay, que habían contribuído en la formación y pasaje de la agrupación Sotelo al este del gran río mencionado. A estos fines fué destinado Chagas, con una columna de 600 hombres y 5 piezas, el cual pasó a territorio correntino (Misiones Occidentales) el 14 de enero de 1817, en busca de Andresito que estaba frente a Itaquí con 500 plazas esperando la incorporación de 1.500 correntinos. Producida la invasión portuguesa, el jefe artiguista avanzó a oponerse, siendo totalmente derrotado el 19 del mismo mes en el Aguapey. Los portugueses redujeron en seguida a cenizas la Cruz y continuaron, saqueando todo a su paso: Yapeyú, Santo Tomé, Concepción, Santa María, Mártires — pueblos del alto Uruguay — y Loreto — sobre el Paraná — sembrando la desolación, luego de lo cual, el 13 de marzo repasaron el Uruguay. Habían dado muerte a 3.910 personas, tomado prisioneras a 360, y "arrancado de las iglesias más de 80 arrobas de plata".

Entre tanto, Lecor, continuando su lento avance, hacía entrar el 20 de enero de 1817, sus 8.000 veteranos en Montevideo, siendo recibido con grandes honores por las nuevas autoridades orientales de la plaza [6]. Los 600 a 800 hombres que la guarnecían, la habían evacuado con Barreiro y Suárez. Poco después Lecor es sitiado por los patrio-

[6] Pueyrredón dispuso entonces la internación de los portugueses, entregó los pasaportes al comisionado portugués y exigió la evacuación del territorio oriental previo a cualquiera negociación.

tas que lo acosan; son mandados por Manuel Artigas, Oribe, Lavalleja, y Rivera, éste, que después de India Muerta, llega también allí. El general portugués se ve apremiado, porque no tiene caballos ni víveres y sus columnas, que tratan de procurárselos, son atacadas y rechazadas con pérdidas, especialmente por Lavalleja.

No obstante los importantes fracasos tácticos reseñados, Artigas y sus huestes, valientes, sufridas y heroicas, continuaron disputando al injusto y cruel invasor el propio suelo, sin desmayar ante tanto infortunio, y así, a pesar de sus triunfos, no podían los portugueses decir que eran dueños sino del terreno que pisaban sus tropas. Después de las derrotas en el noroeste, Artigas, con su cuartel general en La Purificación (sobre el Daimán), habiendo hecho allí el vacío, lo mismo que en la orilla este del Uruguay y en las inmediaciones de Montevideo, manteniendo libre sus propias comunicaciones a través del río, trasladó la defensa al interior del país, colocándose entre el enemigo de Montevideo — al que sitiaba — y el del Cuareim, incomunicándolos. Buenos Aires en ese lapso había suministrado alguna ayuda a Rivera, encargado del sitio de Montevideo, poco después de su ocupación por Lecor.

Por la parte de Cerro Largo, algunos jefes lusitanos (entre ellos Bento Gonzalves da Silva) habían derrotado en la costa del río Grande a la agrupación Otorgués (febrero del 1818), haciendo prisionero a éste.

Operaciones portuguesas en ambas márgenes del Uruguay. Guabiyú, Perucho Verna, San Carlos y Queguay. — Otras fracciones de Artigas fueron también batidas en las Cañas y Olimar Grande (afluente de laguna Mirím) y habiendo iniciado en febrero de 1818 un nuevo avance desde el Catalán, el general Curado derrotó a su vanguardia en Guabiyú. Colonia fué entregada a una escuadrilla portuguesa por los mismos orientales, sin combate, sirviendo al enemigo en adelante como base de las operaciones por el río Uruguay. Para agravar la situación y disminuir el prestigio del jefe de los orientales, un batallón de 600 negros libertos, con 3 cañones, al mando de Bauzá, de las tropas bloqueadoras de Montevideo, abandonaban la bandera oriental apostatando de aquél y poniéndose al servicio del director supremo de las Provincias Unidas. En esta situación Artigas se retiró con las fuerzas restantes al interior del país, perdiendo sus comunicaciones con la Mesopotamia, pues Curado se había apoderado de la orilla del Uruguay hasta Salto y adelantó un destacamento a Paysandú, donde tomó contacto con la escuadrilla portuguesa procedente de Montevideo el 13 de mayo de 1818, llegando allí, poco después, el grueso. Dicha escuadrilla (Jacinto R. de Sena Pereira), había sostenido al remontar el río un cañoneo con una batería situada al norte del arroyo de la Cluna, de las fnerzas del jefe entrerriano Francisco Ramírez (400 a 500 hombres) que prentendió contenerla por el fuego. El general Cnrado, ya en Paysandú, dispuso (mayo) que Bento Manuel pasara el río por el norte de otras dos baterías entrerrianas protegidas, situadas una en el arroyo Pos Pos y la otra en el Perucho Verna, y dominara esa margen del río.

Bento Manuel actuó con celeridad y audacia; cruzó a nado el Uruguay durante la noche con 500 arrojados jinetes, en paso San José (50 Km. norte de Paysandú), sorprendió a Aguiar en el Pos Pos, tomándolo prisionero con sus 600 hombres, y luego a la batería de Perucho Verna, mandada por Texera con 400 hombres; dirigióse finalmente sobre el flanco de Ramírez en el arroyo de la China, pero éste se rctiró precipitadamente dejando las dos piezas de su batería. Bento Manuel, tras apoderarse de cueros y otros recursos, repasó el Uruguay en la escuadrilla lusitana.

En marzo de 1818 Chagas invadía por tercera vez Corrientes y el 3 de abril vencía a Andresito en San Carlos (al nordeste de Corrientes), después de cuatro días de asediarlo, salvando el jefe artiguista, sin embargo, sus mejores tropas.

Poco tiempo después Artigas, inquebrantable, reunía sus fuerzas a las de Rivera, que había dejado el sitio de Montevideo, llegando a tener unos 1.200 hombres. Situóse con ellas en la margen sur del Queguay Chico (afluente del Queguay), desde donde Rivera, adelantado con parte de las fuerzas, tuvo algunos pequeños éxitos; en cambio, Artigas, atacado por Bento Manuel, que al mando de 500 hombres, venía en su busca, el 4 de julio de 1818 a la madrugada era vencido, al serle envuelta una columna de 800 plazas, la que se dispersó y perdió dos cañones. Mas el mismo día, cuatro horas después, Rivera sorprende a su turno a Bento Manuel con 500 hombres, lo derrota, matándole los dos tercios de sus efectivos y tomándole las caballadas.

Artigas envía entonces al comandante Ramos con 300 hombres hacia Colonia, siendo éste atacado por una columna portuguesa al mando del coronel Gaspar; del combate resultó batido el jefe lusitano cayendo él mismo prisionero. Rehechas y reforzadas sus fuerzas después de la sorpresa del Queguay, el jefe supremo oriental se propone sorprender a las fuerzas de Curado, que están sobre el arroyo Rabón, para lo que destaca a Rivera con 1.700 hombres; mas la buena seguridad y vigilancia del disciplinado ejército portugués impiden la sorpresa y Rivera debe retroceder siendo perseguido por 3.800 jinetes de la caballería riograndense al mando de Juan de D. Menna Barreto, aunque infructuosamente. Los combates parciales prosiguen. En uno cae prisionero Manuel Artigas; en otro el prisionero es Bernabé Rivera, hermano del caudillo. Así terminó 1818 [7].

Artigas en el norte. Tacuarembó Chico. — Sin embargo, Artigas continuó aún la resistencia, situándose en las nacientes del río Negro, es decir, muy al norte. Perseguido y sin recursos, se vió obligado a diseminar sus fuerzas y a retirarse a Río Grande, en la espalda del invasor, donde quedó hasta avanzado el año 1819. El 26 de abril de este año pasó Andresito el río Uruguay desde el oeste, sin resistencia enemiga, y se internó en el territorio de las Misiones Orientales llevando dos agrupaciones, una a sus inmediatas órdenes y otra a las de Tiraparé [8]. Luego de algunos éxitos de aquél, el general Abreu lo sorprendió y destruyó el 15 de junio en las inmediaciones del paso Itacurupí, en el río Camacuán, al norte de San Borja, ocasionándole una matanza sin piedad. Andresito fué capturado y enviado a Río de Janeiro. Todavía siguió la lucha. Después de reunir unos 2.500 hombres, Artigas pensó llevar una nueva ofensiva sorpresiva para atraer y batir a las agrupaciones sueltas del adversario en Río Grande, con fuerzas superiores. En su carácter de comandante supremo, busca una victoria que ha de combinarse, en su lucha de dos frentes, con la que sus capitanes del litoral occidental (Ramírez y López) a quienes imparte sus instrucciones, han de obtener sobre Buenos Aires (IV Parte, Caps. VIII y IX). A principios de diciembre de 1819 cruza la frontera. Después obtiene un éxito inicial sobre Abreu en Guirapitá (Santa Lucía) el 14 del mismo mes; en el combate él manda una de las columnas y Latorre la otra. Llevan una formidable carga, deshacen al enemigo, lo desbandan y persiguen 45 Km., ocasionándole 500 bajas, a costa de sólo un muerto y 10 heridos. Es un éxito promisorio. Pero los vencedores lo son por un mo-

[7] Es conveniente leer los acontecimientos de la Guerra civil del litoral, entre las provincias subordinadas a Artigas y Buenos Aires (IV Parte, 1er. período, Caps. VI al X), contemporáneos a los de la Banda Oriental que tratamos.

[8] Indio anciano.

mento. Reunidas otras fuerzas a las de Abreu — más de 3.000 hombres — contienen a los uruguayos, los rodean y persiguen hasta territorio oriental. Allí hay un segundo combate en que la vanguardia oriental es vencida, y luego, el postrer encuentro, en las puntas del Tacuarembó Chico, donde, Latorre, que manda las tropas de Artigas, había tomado y fortificado una posicióu con todas sus fuerzas, comprendidas infantería y artillería. La acción se produce el 20 de enero de 1820. Manda las fuerzas portuguesas, que son unas 3.000, el conde de Figueira. La lucha fué muy reñida y sangrienta y el desenlace resultó favorable a este último. Latorre dejó en el campo más de 1.300 hombres (800 muertos y 500 prisioneros), cuatro cañones, otro armamento, etc. El resto se dispersó. Luego Rivera entró en tratos con los portugueses, les reconoció la dominación y, con el grado de coronel, consiguió se le otorgara la organización y mando de un regimiento, con las tropas que desertaron. Totalmente aniquiladas sus fuerzas principales, Artigas pasó poco después al territorio de Corrientes con lo que pudo de sus hombres, unos 1.500, y ya nunca más volvió a su provincia [9]. Los capitanes del Supremo Protector habían triunfado en Cepeda, pero a raíz de la derrota de éste, firman con Buenos Aires un tratado en que lo anulan. Habían muerto en la guerra de liberación unos 10.000 hombres, la mayor parte orientales, de una población que, en la provincia, según lo estimado, alcanzaba a sólo 60.000 habitantes.

Comentarios. — Las razones de la derrota final de los orientales, pasados más de tres años de campaña, en que casi siempre y desde poco después de empezar, fueron vencidos en combates, deben buscarse — aparte de lo ya expresado — en primer término, en el mayor poder terrestre, marítimo y de recursos de Portugal, lo que ya al iniciarse la invasión produjo los reveses sucesivos de las fuerzas artiguistas, casi todas de caballería, con mucha proporción de indios, en territorio adversario, y ello, a la par que hizo irrealizable el gran plan estratégico de Artigas, debilitó en extremo su poder militar; en segundo término, a que sin fuerzas suficientes y de calidad y sin comandos superiores capacitados, aquel plan era muy difícil de realizar; subsiguientemente, a la táctica o forma de combatir, un tanto esquemática de los orientales, la que no podía dar resultado ante jefes capaces, resueltos y de iniciativa, como resultaron ser los del ejército lusitano, y con tropas, aún en las luchas de sólo caballería, tan buenas como las orientales, con más experiencia que ellas y aptas tanto para la guerra regular como para la irregular; finalmente, a la organización de las fuerzas portuguesas que operaron en campaña, predominantemente montadas, es decir, de iguales condiciones que las artiguistas, en cuanto a movilidad y rapidez para la sorpresa, para la persecución, para eludir el combate y reorganizarse, como para el entrevero, y con hombres muy jinetes y resueltos: los riograndenses. Como otra razón, y fundamental, está la falta de un verdadero apoyo por parte de Buenos Aires. Ocupadas las Provincias Unidas al comienzo de la invasión portuguesa en prepararse para terminar la guerra de la independencia y en obtener el gobierno (directorial unitario), la sumisión a sus miras de las provincias litorales federadas (IV Parte), no pudieron proporcionar a Artigas una ayuda eficaz; después, en la continuación de la guerra civil expresada, la provincia de Buenos Aires, que era la que podía auxiliar a Artigas, fué vencida casi siempre por López y Ramírez, no permitiéndole por ello intervenir en la Banda Oriental. Mas, hay que decirlo, el gobierno porteño tampoco se mostró muy propenso a prestar ese apoyo, por su animosidad hacia el jefe oriental,

[9] En la IV Parte: Guerra civil en el litoral, se explica cómo llegó a Paraguay, donde, después de muchos años, falleció.

a quien, además, temía el bando unitario — el mismo que buscó la coronación de un príncipe de Luca, enlazado a una princesa de Braganza —, especialmente si llegaba a triunfar sobre los portugueses — remoto, por cierto —, y porque mostrar en tales condiciones una exagerada energía — actitud varias veces reclamada por Artigas —, hubiese sido un desatino, ya que de tal modo se hubiera agregado un nuevo enemigo a los tantos que venían enfrentando las Provincias Unidas; por otra parte, ayudar a Artigas — que repetidas veces pidió el auxilio de Buenos Aires, hasta con amenazas —, con todas las armas y material disponibles (que no eran muchos) hubiese sido un error estratégico, porque se descuidaba el frente principal del oeste y porque en opinión de Pueyrredón "caerían en poder de los portugueses". De ahí, pues, la actitud ambigua de Balcarce y luego de Pueyrredón, dando lugar a que se divulgase la creencia de que implícitamente se venía favoreciendo el atropello lusitano. Contribuyó también en el derrumbamiento de la resistencia artiguista la anarquía de los jefes orientales a quienes dominó al final la rivalidad y el desaliento.

No obstante su fracaso, la defensa del territorio oriental durante cerca de cuatro años, demuestra en el jefe y sus subordinados un valor moral y tenacidad insuperables y un ejemplo digno de imitar en situaciones semejantes.

Repercusiones de esta guerra. — La permanente atención militar que debieron prestar los portugueses al incansable e irreductible Artigas, que no cejó en su obstinada resistencia al invasor, permitió al gobierno de Buenos Aires emplear sus medios bélicos y demás recursos — especialmente de la capital — para terminar la preparación del Ejército de los Andes y, éste, bajo las órdenes de San Martín, pudo realizar sus campañas en Chile, y emprender el apresto de la expedición a Perú — que más adelante estudiaremos — sin temor para aquel gobierno de que se extendieran las operaciones portuguesas a otros territorios de las Provincias Unidas. Cuando al final, derrotado ya Artigas y fuera de su suelo, la amenaza a Mendoza y aun a Salta habían desaparecido por parte de los realistas — vencidos en esos frentes [10] —, las Provincias Unidas tenían su independencia prácticamente asegurada y sus medios, en cierto modo, disponibles para repeler una temida agresión lusitana al litoral occidental.

La invasión y ocupación portuguesas del estado Oriental, por otro lado, restó al litoral, enemigo del gobierno central, el apoyo muy eficaz que le hubiera podido prestar Artigas para imponer a Buenos Aires sus designios, facilitando así a este gobierno (central) su lucha contra Entre Ríos y Santa Fe — en que, si bien fueron vencidas sus tropas, no pudo ser dominada — permitiéndole constituir el ya dicho Ejército de los Andes, a la vez que a los jefes del litoral occidental sacudir al final la tutela e influencia dominante del jefe oriental sobre ellos.

En realidad, fueron dos los enemigos del expresado gobierno de las Provincias Unidas: Portugal y Artigas, antagónicos entre sí y que se neutralizaron mutuamente desde el punto de vista militar, lo que permitió el desenlace de la lucha por la emancipación argentina y el desarrollo más eficaz de la sudamericana hasta 1820.

Consecuencias. — La derrota definitiva de Artigas no dejó en el seno del gobierno portugués de Montevideo sino vagos temores de complicación, que se disiparon muy pronto cuando Rivera, por impotencia, puso el sello a la dominación del invasor,

[10] En el noroeste Güemes, conteniendo a las poderosas fuerzas españolas, había también llenado la misión que se impuso y contribuyó igualmente a favorecer la acción de San Martín en el frente oeste.

reconociendo a su gobierno. La dicha eliminación de Artigas, la prosecución activa de la guerra civil y la anarquía en Argentina, como las contingencias (algunas desfavorables) de la guerra de la independencia sudamericana hasta 1824 y la presencia de fuerzas realistas en Alto Perú, siempre amenazantes, que impusieron enviar recursos a Salta, permitieron a Portugal primero, y luego a Brasil, independizado, mantener la posesión de la Banda Oriental, hasta que en 1825, por su restitución a la familia argentina, se desarrolló la guerra con el Imperio de Brasil, que duró hasta 1828 y cuyo desarrollo aparece en la V Parte de este compendio.

CAPITULO XVI

CAMPAÑA DE SAN MARTIN CONTRA MAROTO (MARCO DEL PONT) EN LOS ANDES (1817)*

Causas. — La especial conveniencia que había en utilizar a Chile — primer objetivo del plan de San Martín — como inmejorable base de operaciones para organizar y coadyuvar con sus hombres y recursos en la expedición libertadora a Perú, principal baluarte del poder ibérico en América.

Necesidad de quitar a los realistas, dueños de Chile a raíz de su victoria de Rancagua (octubre de 1814), y lo más pronto posible, una excelente base de operaciones desde la cual podían invadir el territorio de las Provincias Unidas, combinando su acción con la del ejército metropolitano de Alto Perú, o bien reforzar con buenos guerreros y recursos las fuerzas de Perú para aniquilar la revolución en cualquier otro lugar de América.

Plan de San Martín. — De las ideas expuestas por éste en su correspondencia, surge el siguiente proyecto: Reconquistar Chile a todo trance con un ejército de 4.000 hombres (600 de los cuales serían de caballería), bien organizado, mandado, disciplinado y dotado. La invasión pensó inicialmente realizarla en octubre de 1816. El objetivo final debía ser Perú, previo el dominio del Pacífico, tomando como punto de apoyo Chile; mientras tanto el ejército del noroeste argentino debía mantenerse a la defensiva.

Organización del Ejército de los Andes. — Una vez que a su pedido San Martín fué colocado al frente del gobierno de Cuyo (agosto de 1814), comprendiendo que con la reducida fuerza argentina que allí llegó de Chile (958 hombres) después de Rancagua (octubre de 1814) [1] no sólo era imposible realizar la empresa cavilada, mas ni siquiera guardar la frontera contra los españoles de Chile, que, según órdenes de Lima, debían operar combinadamente con Pezuela, éste desde Alto Perú, se consagró a la creación del

---

*** Ver Croquis Op. IV y Esbozo geográfico del oeste y Chile, pág. 66.**

[1] Los oficiales y tropa chilenos de los derrotados en Rancagua, afectos a los Carrera (unas 600 personas), fueron enviados a Buenos Aires, poco después de su arribo a Mendoza por San Martín. En la IV Parte: Guerras civiles, veremos la actuación que tuvieron.

ejército que se llamó "de los Andes", en Mendoza, cuya capital y alrededores abarcaron la zona de su concentración. Tomó como base los Auxiliares de Chile, constituídos por el regimiento 11 de infantería creado en Cuyo, al mando del coronel Las Heras, y luego los escuadrones 3° y 4° de Granaderos a Caballo.

Consiguió reclutar en Cuyo 1.200 voluntarios; pero en setiembre de 1816 el ejército contaba sólo 2.300 combatientes, cifra aún muy inferior a la calculada. Era que la provincia de Cuyo se encontraba ya exhausta. Sin embargo con la libertad de esclavos — tan necesarios para la agricultura, principal recurso de la región — consiguió incorporar, no obstante, 780 hombres más. Con éstos y los otros ya dichos se completaron los batallones de Cazadores y 7. Se obtuvo también la incorporación del regimiento 8 de negros desde Buenos Aires (fines de 1816) lo mismo que la de los otros dos escuadrones de Granaderos a Caballo; el 5° escuadrón y el reforzamiento de los demás se hizo con los excelentes jinetes de San Luis, especialmente; en cuanto al completamiento de las unidades de infantería y artillería, se echó mano de los recios campesinos de Mendoza y San Juan. Debe decirse que los regimientos 11 y 8 pasaron a ser batallones de los mismos números, y que sus excedentes, reforzados, sirvieron para formar los batallones de Cazadores y 7. Los oficiales emigrados de Chile fueron agrupados formando los célebres "Cuadros de Chile" y se constituyó una partida volante a órdenes de Freire con el nombre de "Legión Patriótica del Sur".

Se impusieron en la provincia algunas contribuciones forzosas, a las que luego se agregaron donaciones de todo género. De ella dice San Martín: "... todo es preciso buscarlo y sin un solo real. Pero estamos en la inmortal provincia de Cuyo y todo se hace. No hay palabras, no hay voces para expresar lo que son estos habitantes". Se creó una fábrica de paños, que los produjo de buena calidad, para vestir a todo el ejército; y se estableció una fábrica de armamentos y maestranza bajo la dirección del célebre e infatigable fray Luis Beltrán. El ingeniero Alvarez Condarco planteó la fábrica de pólvora.

San Martín, en su campamento del Plumerillo (5 Km. al norte de la ciudad de Mendoza) realizó la tarea de instruir al ejército, especialmente a sus cuadros, interviniendo personalmente con el ejemplo y el estímulo [2]. Cabe aquí consignar que en la constitución del Ejército de los Andes tuvo una participación capital el director supremo, general Juan Martín de Pueyrredón, quien, después de una entrevista con San Martín en Córdoba (julio de 1816), compartiendo sus ideas, apoyó rápida, decidida y eficazmente dicha constitución, a costa de ingentes sacrificios, dado que el erario nacional estaba casi totalmente agotado.

El efectivo total del ejército a principios de 1817 era de 3.987 hombres, entre jefes, oficiales y tropa. Este número quedó reducido a 3.420 para las operaciones principales, a causa de que su comandante decidió enviar algunos destacamentos por distintos pasos para distraer la atención del enemigo y establecer el gobierno patriota en diversas localidades chilenas. Agregando 43 hombres que formaban el estado mayor y cuartel general, la cifra ascendía a 3.463 combatientes. Además, lo integraban en calidad de servicios o de auxiliares:

a) 1.200 milicianos, para la conducción y custodia de víveres, munición y ganado; movilizados y organizados poco antes de la campaña;

---

[2] Como ya lo hiciera en el noroeste, en sus casi cuatro meses de mando allí.

b) 120 barreteros de las minas de Mendoza, destinados al arreglo de caminos (malos pasos, ensanches de huellas, etc.) y apertura de nuevas sendas. Fueron muy útiles por su especialización en los trabajos de piedra;

c) Un destacamento de baqueanos, que sirvieron como guías y para mantener el enlace en la cordillera. Muy conocedores del terreno en la montaña, donde prácticamente no había pobladores, fueron ocupados también para acompañar a las patrullas de exploración. Prestaron valiosísimos servicios, en especial Justo Estay y José Antonio Cruz;

d) Algunos arrieros, encargados de acomodar las cargas sobre las mulas, especialistas indispensables para evitar la inutilización del ganado por los daños en los lomos que causan las cargas mal acondicionadas.

La artillería estaba constituída por 16 a 19 piezas de montaña de 4 y 6. Los batallones se componían de cuatro compañías de fusileros, una compañía de granaderos y una de volteadores. En los Granaderos a Caballo formaban cinco escuadrones, uno de ellos escolta. Munición: 900.000 cartuchos de fusil (270 por hombre) y 2.520 tiros de artillería (120 por pieza). Ganado: mulas de silla, 7.259; de carga, 1.922; total, 9.181 (no se cuentan 1.020 de las columnas de demostración). Caballos de silla de pelea: 1.200.

La caballería no usaría durante la marcha los caballos — éstos herrados —; los llevaría del diestro montando mulas. Con esto se buscaba conservar los caballos frescos para actuar en Chile. El que los infantes y demás personal fuera montado obedecía a la finalidad de evitar bajas o debilitamientos prematuros, en razón del cansancio que producen las pendientes y la puna. Se llevaron 3.500 arrobas de charqui, 700 reses en pie, y bizcochos, galletas y harina de maíz tostado; vino y aguardiente contra el frío, y ajos para la puna.

Resumiendo, puede decirse que el Ejército de los Andes por su organización, instrucción, disciplina, fe en su comandante, dotación, etc., había alcanzado un nivel sobresaliente para la acción táctica; y por los recursos, medios de movilidad, abastecimientos, etc., conducidos consigo mismo, tenía una aptitud especial en lo previsible para operar en la alta montaña y aún después de traspasarla, constituyendo la mejor agrupación armada vista hasta entonces en América y un modelo de previsión.

El ejéreito realista. — Los efectivos de los realistas en la batalla de Rancagua alcanzaron a 5.000 hombres, pero en 1815, mientras Pezuela se retiraba hacia el norte en Alto Perú, perseguido por Rondeau, fué reforzado, según lo vimos, con 1.500 hombres, aproximadamente, tomados de las fuerzas de Chile. Las tropas existentes en 1817 (unos 5.500 hombres) se encontraban dislocadas desde Santiago a Concepción, ocupando la capital dos compañías de cada uno de los batallones Talavera, Chiloé y Valdivia, y 16 cañones servidos por 200 artilleros. Guardaban el valle de Aconcagua las otras dos compañías de los citados batallones y un escuadrón de Húsares. El resto, 2 batallones y medio y caballería, estaba diseminado a lo largo del territorio hacia el sur (Talca, Chillán y Concepción). Es decir un dispositivo para defender todo, pero nada bien. La mayoría de las unidades era remontada con personal nativo, contando solamente con una mínima parte de europeos. El batallón Talavera constituía la excepción, pues todo él era de españoles. Salvo pocos, los oficiales merecían el concepto de arbitrarios, fanfarrones y de conocimientos casi nulos. La tropa en general estaba descontenta, entre otros motivos, por la falta de pago, pues sólo el Talavera recibía su sueldo puntualmente. El armamento era semejante al de los patriotas; la infantería poseía fusil de chispa y bayoneta; la caballería carabina y sable, parte sólo tercerolas, y muy pocos, además, lanzas.



Brigadier general Bernardo O'Higgins



Coronel mayor y Mariscal de Perú Juan Gregorio de Las Heras



Soldado de artillería (1810)



Cazadores de los Andes

Almirante Manuel Blanco Encalada



En cuanto a la instrucción era deficiente por la falta de elementos y aún de armamento, el que fué completado en vísperas de la campaña de los Andes. Solamente el Talavera y los carabineros de Abascal podían considerarse bien instruídos y disciplinados.

Plan de invasión. — Eliminando las demás, por excéntricas y alejadas, tres eran las líneas de operaciones dignas de considerarse: Los Patos, Uspallata y Portillo. Las dos del sur, más cortas, facilitaban una sorpresa sobre Santiago, base de operaciones realista. La de Uspallata, además, cubría Mendoza contra un golpe de mano de los españoles e imponía salvar sólo dos cordilleras; en tanto que la de Portillo facilitaba la unión con los patriotas chilenos del sur. En cambio de estas ventajas, un enemigo vigilaute podía con facilitad impedir la salida del desfiladero de cualquiera de ambas rutas porque, si tenía la masa de su ejército en Santiago, se encontraba muy cerca de ellas. La ruta de Los Patos presentaba ventajas e inconvenientes inversos; desembocando más lejos de la capital daba mayor probabilidad de hacerlo sin la acción de enemigo importante, pero en cambio ofrecía menor probabilidad de sorpresa y había que salvar cuatro cordilleras. Siguiendo con el todo por ella existía el peligro de perder Mendoza y la imposibilidad de unirse a los patriotas chilenos.

Eran tan serios los inconvenientes del empleo de sólo una de las líneas, que había que buscar la solución por la combinación de dos o más. El empleo simultáneo de tres exigía mucha división de las fuerzas, lo que debilitaría su poder, facilitando una destrucción parcial.

Teniendo en cuenta que la protección de la base de operaciones era muy necesaria, se llega a la conclusión de que una de las columnas debía avanzar por Uspallata, quedando con ello de hecho realizada la protección. La otra línea, que presentaba menos desventajas para la invasión, era la de Los Patos. En consecuencia, la combinación estaba dada por las de Los Patos y Uspallata. Por ser más seguro desembocar por la primera, se la adoptó para la masa de las fuerzas, en tanto que por Uspallata avanzó la menor parte. Empleando las citadas líneas en las operaciones más importantes y distrayendo la atención del enemigo mediante demostraciones por las rutas de Come Caballos, Santa Rosa, Portillo y Planchón, era de esperar que aquél dividiera sus fuerzas, superiores, para atender a su seguridad.

La situación general en 1816 y comienzos de 1817. — En este lapso, cuando se deben acelerar los preparativos para la invasión, la situación general para el Plata es grave. Los portugueses penetran a la Banda Oriental y Artigas no puede contenerlos; en el noroeste Güemes, solo, después de Sipe Sipe (fines de 1815) está frente a una amenaza de invasión realista; y más al norte, Venezuela y Nueva Granada, luego de sus triunfos, han caído y están de nuevo en poder de los peninsulares; Bolívar se ha ido entonces. En las Provincias Unidas, está en auge la guerra civil (Buenos Aires contra Santa Fe; levantamientos en Córdoba, Santiago del Estero y La Rioja (ver IV Parte, 1° Per., Caps. V y VI).

Preliminares de la campaña. — Durante la preparación del ejército pendió sobre Cuyo la amenaza de una invasión realista desde 1814, en que Chile volvió al dominio español. Para neutralizarla, San Martín estableció un plan defensivo, incluyendo en él un servicio de seguridad en las probables líneas de invasión cordilleranas, cerrando los boquetes, lo que al principio se hizo con fuerzas milicianas y luego con granaderos y alguna artillería, en sitios fortificados.

En todo aquel transcurso ni patrocinó ni aceptó insinuaciones sobre planes que se le hicieron para ofensivas que juzgó prematuras (planes de Carrera y O'Higgins) o parciales al reino de Chile, porque podían malograr el objetivo estratégico con su fracaso, ya que la mole de los Andes a la espalda, los pasos cerrados por la nieve en el invierno, y el océano Pacífico, en poder de los españoles, eran dificultades y peligros muy grandes en caso de un fracaso; con el tiempo y una preparación adecuada se podrían conjurar mejor aquéllos e iniciar las operaciones "para la total reconquista".

Cuando sus fuerzas alcanzaron un estado y medios suficientes, trató de provocar una invasión realista, por medio de informes falsos al enemigo, para reconquistar "en los campos de Mendoza", según su decir, el reino de Chile; pero el adversario no cayó en la celada.

Empleando un servicio de espionaje bien organizado y neutralizando bábilmente el de Marcó del Pont, San Martín logró mantenerse al corriente de los preparativos e intenciones de su adversario y ocultar los propios.

Para afianzar y asentar las futuras operaciones de su ejército, San Martín opinaba que el Congreso reunido en Tucumán declarase la independencia del país, lo que éste bizo el 9 de julio de 1816. Fueron así el general y su ejército, los de una nación soberana.

Bajo la dirección del mayor Alvarez Condarco, se reconocieron los distintos caminos que conducían a las cumbres, preparándose y proveyéndose, sobre los trabajos realizados, los planos y croquis necesarios al ejército. Como se carecía de croquis y datos de los caminos en la parte correspondiente a Chile, San Martín se valió de una estratagema. Envió al mismo Alvarez Condarco con una comunicación destinada al jefe realista, sobre la declaración de la independencia argentina, indicándole que hiciera el viaje de ida por la ruta de Los Patos. Confiaba en que al leer Marcó el mensaje del gobernador de Cuyo despacharía al emisario por el camino más corto, lo que así ocurrió, permitiendo a Alvarez Condarco reconocer también la ruta de Uspallata. Dichos estudios geográficos sirvieron para deducir las condiciones de las líneas de invasión, la forma de los abastecimientos, la graduación de las jornadas, los lugares diarios de vivac (por la existencia de pastos y aguadas) y las características del terreno para el ataque y la defensa. De ellos surgieron croquis operativos.

Para desorientar a los españoles sobre los caminos que seguiría el centro de gravedad de su ofensiva, San Martín se entrevistó en San Carlos con los indios pehuenches capitaneados por el cacique Nancuñán, confiándoles que invadiría a Chile por Planchón y pidiéndoles que contribuyesen a los abastecimientos que necesitaban las fuerzas patriotas, recomendándoles el mayor secreto sobre la proyectada operación. De este modo y conocedor de la indiscreción de los indios, contaba con que inmediatamente enterarían a los españoles sobre lo concertado en esta conferencia; y así aconteció.

Durante el último tiempo cayeron en poder de San Martín algunas cartas enviadas por el virrey de Lima al capitán general de Chile. Por este conducto conoció los lineamientos generales del plan de campaña español. A mediados de octubre de 1816 comisionó a algunos emigrados chilenos de destacada figuración política para convulsionar las provincias de Maule y Colchagua. Entre éstos, el doctor Manuel Rodríguez, emisario sobresaliente, propagandista incansable e inventor y propalador de infundios que desconcertaron y engañaron a los españoles. Aquél, alzando en armas algunas partidas de guerrilleros, consiguió que el comandante realista distrajese en su persecución efectivos de cerca de dos mil hombres.

Forma de realizar el plan estratégica y operativamente. — San Martín había resuelto poner en práctica su plan de la siguiente manera:

1° Distraer la atención del jefe enemigo en direcciones divergentes de las verdaderas líneas de operaciones principales, no solamente para que aquél no pudiese descubrir prematuramente por dónde se realizarían éstas sino también para obligarlo a dispersar sus fuerzas. Para ello dispuso la penetración a Chile de cuatro destacamentos (Freire, Lemos, Cabot y Zelada).

2° Simultáneamente debían dirigirse las fuerzas principales por las rutas elegidas.

El primer objetivo de estas últimas sería el valle de Aconcagua, para lo cual la columna de Uspallata debía obrar en combinación con la vanguardia de la columna de Los Patos a fin de apoderarse simultáneamente de dicho valle. Para esto la columna del sur alcanzaría Uspallata cerrando así el desfiladero del río Mendoza y esperaría basta que la columna mayor, que tenía más recorrido, pudiese alcanzar un punto equidistante de las cumbres. Después, para asegurarse la penetración en territorio chileno, debía apoderarse de la cumbre, luego atacar a la guardia española del oeste de aquélla y en seguida establecer el enlace con la otra columna. En la falda occidental de la cordillera esperaría a que la tropa de Los Patos se acercara a la salida del desfiladero. Para facilitarlo trataría de llamar la atención del enemigo bacia su ruta, pero sin exponerse a un combate serio con enemigo superior. Cuando la columna de Los Patos alcanzara la guardia de Achupallas, la de Uspallata avanzaría sobre Santa Rosa de los Andes (no debía llegar allí antes del 8 de febrero), con el objeto de apoderarse de la confluencia de los ríos Juncal y Colorado, lo que le proporcionaría otra vía de comunicación con la columna principal y le permitiría cortar la retirada de los españoles que estaban a cargo de la defensa del cajón del río Putaendo.

La columna de Los Patos tenía que avanzar lo más rápidamente posible, alcanzando el valle de Los Patos, desde donde podría establecer el enlace con la otra columna; llegaría luego a las cumbres, aprovechando la actitud de la división Uspallata y saldría cuanto antes del desfiladero que significa el cajón del río Putaendo. Apoderaríase después de la cuesta de Chacabuco para tener en su poder el valle de Aconcagua, quitando al enemigo las posiciones más fuertes que podía encontrar para impedir el avance patriota hacia Santiago.

Apertura de la campaña. — San Martín había dividido las fuerzas para las operaciones principales en cuatro agrupaciones: la primera a órdenes de Las Heras (Uspallata); la segunda a las de Soler; la tercera a las de O'Higgins; y la cuarta encabezada por él (estas tres por Los Patos).

El día 9 marcharon 60 hombres a las órdenes del teniente coronel Juan Cabot con dirección a San Juan, donde serían reforzados con milicianos (columna auxiliar). Su objeto era invadir por el camino de Calingasta a la provincia de Coquimbo y sublevar allí el país. El día 14, un destacamento de 80 infantes y 20 granaderos a caballo, al mando del teniente coronel Freire (columna auxiliar), marchó con dirección sur, internándose por el camino de Planchón; alarmaría a las provincias del sur de Chile amenazando a Talca y Curicó. El día 15 salieron 1.200 caballos para situarse en Los Manantiales (camino de Los Patos) a fin de que se acostumbraran al piso pedregoso y a los rigores de la temperatura; los montarían el estado mayor y los granaderos a caballo. El 18 marcharon para situarse en los lugares de fin de jornada a Los Manantiales 483 reses en pie; se había llevado ya a los mismos puntos los víveres secos necesarios; además salió un repues-

to de ellos y de forrajes para 1.200 caballos, para catorce días, con destino a Los Manantiales. El mismo día el coronel Las Heras, a la cabeza de su batallón 11, 30 granaderos a caballo y 20 artilleros con dos piezas de a uno, salía en dirección a Uspallata; llevaba un equipaje (tren) de puentes y algunos trabajadores con útiles para fortificarse en caso necesario. Otro equipaje de puentes marchó a Los Manantiales. El 19 salió un tren de artillería de batalla bajo la dirección del comandante del parque, capitán Fray Luis Beltrán; siguió a retaguardia de Las Heras. Este tren iba escoltado por un escuadrón de milicias de San Luis y precedido por un grupo de barreteros de minas con las herramientas necesarias para arreglar los malos pasos. Una división de las de vanguardia, compuesta del cuarto escuadrón del regimiento de Granaderos a Caballo y las cuatro compañías de granaderos y volteadores de los batallones 7 y 8, a las órdenes del comandante José Melián, salía en dirección a Los Patos. El día 20, otra división de vanguardia al mando del teniente coronel Rudecindo Alvarado, compuesta del batallón 1 de Cazadores, el tercer escuadrón de granaderos a caballo y cincuenta artilleros, con cinco piezas de a cuatro, marchó en la misma dirección. Toda la vanguardia a órdenes de Soler. El 21 salieron las cuatro compañías de fusileros del batallón 7, con su comandante Pedro Conde, y dos piezas de a cuatro. Esto, a órdenes de O'Higgins, siguió hacia Los Patos. El 22 partieron las cuatro compañías de fusileros del batallón 8, con su comandante Ambrosio Crámer y los cien granaderos del escuadrón escolta al mando de Necochea. Siguieron por el camino de Los Patos. Con ellos el estado mayor. El 23 partieron los escuadrones 1° y 2° de granaderos, a órdenes del coronel Zapiola. El 24 salieron el resto de tropa de la artillería, el parque general y la maestranza del ejército.

Actividades de las columnas auxiliares. — El 9 de enero partió — según se dijo — la agrupación Cabot para invadir Coquimbo por Calingasta, con 140 hombres (80 milicianos), lo que consiguió entrando en Coquimbo el 12 de febrero y sublevando toda la zona. En combate, en Salala, tomó armas y municiones. Ocupó la Serena poco después.

San Martín había pedido al general Belgrano, comandante del ejército del noroeste, que contribuyese con cincuenta infantes al mando de un oficial. Envióse ese destacamento a La Rioja al mando de Zelada, donde se lo reforzó con un escuadrón de ochenta milicianos, destacándoselo luego por Vinchina. Parte de esa columna ocupaba el 12 de febrero los suburbios de Copiapó y el 16 lo hacía el resto, habiendo insurreccionado la zona.

Al mando de 120 hombres (80 infantes y 40 jinetes), el teniente coronel Freire, chileno, salió hacia el paso de Planchón, para provocar la alarma en el sur de Chile y hacer creer que era la vanguardia del ejército patriota, que por allí seguiría. Habiendo partido el 13 de enero, el 4 de febrero estaba a 60 Km. de Talca. El 8 supo que el enemigo de esa zona marchaba hacia el norte y trató de impedirlo, logrando dispersarle algunos hombres y que tirase a un río cargas de municiones.

La ruta del Portillo es cubierta por el capitán José León Lemos, comandante del fuerte San Carlos, quien recibe la misión de situarse con sus 25 blandengues como avanzada en el valle de los Chacayes, a la entrada del camino de Portillo, para observar un posible avance del enemigo por ese camino principal. Al poco tiempo fué reforzado con 30 milicianos. En febrero debía atacar la guardia de San Gabriel (80 Km. al sur de Santiago).

Todos los destacamentos llenaron su cometido, como se ha visto, en un frente de 2.000 Km. Al posesionarse del territorio, cambiaron las autoridades, amalgamaron a los patriotas y algunos lograron recursos para las futuras operaciones del ejército, obteniéndose el propósito fundamental de dejar en la incertidumbre inicial al enemigo sobre cuál o cuáles eran los caminos de invasión del grueso patriota y, cuando lo supo, de no llegar operativamente a tiempo para hacer sentir su superioridad en la batalla, según se verá.

El avance de la columna de Uspallata; Picheuta. — Esta columna (Las Heras) debió de llegar a Uspallata el 21 de enero, permaneciendo allí algunos días para dar tiempo a que la columna de Los Patos tomase distaucia.

La posición fortificada de Picheuta estaba defendida por 13 milicianos patriotas solamente. Una compañía del batallón Talavera y otra del batallón Chiloé (uuos 200 españoles), al mando del mayor Marquelli, avanzó por el camino de Juncal a Uspallata. Una partida de este destacamento, formada por veinticinco o treinta hombres, se adelantó efectuando una marcha nocturna por senderos casi intransitables, y en la madrugada del 24 sorprendió a la pequeña guarnición de la posición de Picheuta, después de lo cual la partida realista se retiró hacia Los Potrerillos.

Las Heras dispuso que en seguida su segundo jefe, el mayor Martínez, con la compañía de granaderos del batallón 11 y los 30 granaderos a caballo que llevaba la columna, recuperase la posición de Picheuta.

Martínez, que se puso en marcha el mismo día, tuvo aviso de que los realistas se habían replegado a una posición en Los Potrerillos, por lo que resolvió continuar a su encuentro, llegando frente a la posición enemiga el 25 a las 4, después de haber recorrido el gran trecho de 66 kilómetros en unas quince horas.

Los Potrerillos. — En la posición de Los Potrerillos aguardaba el mayor Marquelli con su destacamento íntegro. Dicha posición era sumamente fuerte y difícilmente podía ser tomada con efectivos tan escasos como los que llevaba el mayor Martínez.

A las 4.30, casi sin reconocer el terreno, los patriotas atacan la posición enemiga simultáneamente por tres puntos. Se sostuvo un recio combate de fuego por ambas partes, que duró dos horas y media. El jefe patriota, al comprobar que la fuerza realista era superior a la suya, que la posición resultaba inexpugnable y que sus municiones se estaban agotando, ordenó la retirada. Los patriotas se replegaron sobre Punta de Vacas, situándose en las alturas que cruza el camino en dicho punto. El enemigo, ante la interrupción del ataque, en vez de perseguir, se replegó a la cumbre y repasó la cordillera precipitadamente.

El avance de Uspallata a Juncalillo. — En su marcha, Las Heras llegó al Paramillo de las Cuevas el 1° de febrero a las diecinueve, y tres horas después, favorecidos por la luz de la luna, los patriotas emprendieron el ascenso de las cumbres, donde llegaron a las tres del día 2 de febrero. Es ésa la marcha nocturna realizada a mayor altura que registra la historia. La travesía de la cumbre fué efectuada en cinco horas, con un recorrido de 22 kilómetros y un ascenso desde los 2.800 a los 3.800 metros sobre el nivel del mar, rendimiento extraordinario dadas las circunstancias.

El avance se continuó hasta Juncalillo; desde allí se estaha en condiciones de efectuar las demostraciones ordenadas por San Martín, como asimismo se podía tomar nuevamente el contacto con la columna de Los Patos aprovechando el valle del río Colorado.

Guardia Vieja. — El día 3, Las Heras ordenó al mayor Martínez atacar con 170 fusileros montados y 30 granaderos a cahallo Guardia Vieja, lugar ocupado por una avanzada realista. Este destacamento efectuó su marcha de aproximación según las in-

dicaciones de una mujer loca que conocía los más insignificantes detalles de las sendas que rodeaban la posición enemiga. Los 17 kilómetros que separaban Juncalillo de Guardia Vieja fueron recorridos en casi venticuatro horas, a consecuencia de las muchas dificultades que ofrecía el camino y de los reconocimientos que fué necesario efectuar.

El enemigo, parapetado detrás de una especie de muralla natural, rompió el fuego; la compañía de cazadores del 11 se aproximaba por la orilla del río haciendo fuego, mientras la otra buscaba el flanco de la posición enemiga aprovechando la ladera de un cerro sumamente escarpado. En pocos instantes se llegó al asalto a la bayoneta. Atacados por el frente y por el flanco, los realistas se refugiaron en el caserío existente en el lugar, retirándose luego hacia Santa Rosa, enérgicamente perseguidos por los patriotas. El combate duró una media hora. Martínez regresó a Juncalillo.

La guarnición realista de Guardia Vieja contaba alrededor de 100 hombres, de los cuales se rindieron 38 y murieron 7. Los patriotas tuvieron 5 heridos leves.

El 6 de febrero la columna de Las Heras reanudó su marcha, llegando el mismo día a Guardia Vieja; en las primeras horas de la tarde del 8 penetró en Santa Rosa de los Andes, que desde la noche anterior había sido desocupada por el enemigo. Alcanzado Santa Rosa, se había obtenido el objetivo indicado por San Martín; se aseguraba además la comunicación con la columna principal y la retirada de esta última en la eventualidad de un fracaso. En este punto la columna de Uspallata pasó a órdenes directas de San Martín.

Avance de la columna de Los Patos. — Como se ha expresado anteriormente, la masa del ejército debía marchar por Los Patos, y fué dividida en cinco escalones estableciéndose una jornada de separación entre ellos.

Los puntos principales de las instrucciones recibidas por Soler (jefe de la vanguardia) fueron los siguientes:

Desembocar en el valle de San Antonio de Putaendo, apoderándose de la villa de San Felipe el día 8. Por la derecha del río Aconcagua, ponerse en comunicación con el coronel Las Heras. Si la situación y fuerzas del enemigo permitían atacarlo en Santa Rosa, debía verificarlo, así como si podía dejar cortada alguna división, marchando directamente a Chacabuco para interponerse entre la capital y la villa de Santa Rosa, siempre que pudiera hacerlo con toda seguridad. Si antes de reunirse el ejército esta columna obligaba al enemigo a abandonar el valle, su primer objetivo sería apoderarse de la cuesta de Chacabuco. Pondría todo su empeño en sorprender las guardias enemigas de la cordillera, porque, de conseguirlo, lo sería todo el valle. Si se viera atacado por fuerzas muy superiores se replegaría sobre las divisiones que siguen a la vanguardia, a las que comunicaría las órdenes que tuviera por convenientes. En caso de desgracia, la retirada se verificaría por el camino de Los Patos, siempre que la situación no obligara a hacerlo en otra dirección.

El día 3, Soler alcanzó el Campo de los Piuquenes, y el 4, una parte de sus tropas, adelantadas, se apoderaron de la guardia de Achupallas.

Achupallas. — Los españoles, que al parecer tuvieron conocimiento el día 3 de febrero del avance de un destacamento patriota de 200 hombres, al mando del mayor Arcos, se emboscaron en inmediaciones de la guardia de Achupallas. Arcos, ignorante de esto, avanzó por un camino sumamente difícil entrando al valle a las 17 del día 4. Su misión era la de apoderarse de la garganta de Achupallas para facilitar la salida de la columna a la planicie.

Los españoles, en número de más de 100, habían dispuesto diversas partidas en situación de caer sobre el destacamento de Arcos, envolviéndolo. Sospechando esta intención, Arcos se situó en la casa de las Achupallas con la esperanza de atraer al adversario, que lo supondría débil.

Al ver esto, los españoles avanzaron contra el destacamento patriota, momento que fué aprovechado por Arcos para hacerlos cargar con el teniente Lavalle y los 20 granaderos que conducía. Los españoles huyeron, siendo perseguidos en un trayecto de casi 10 kilómetros.

Las Coimas. — Necochea había sido destacado hacia San Felipe con 140 granaderos a caballo. En la madrugada del 7 de febrero una fracción realista de 300 hombres a pie, 400 jinetes y 2 piezas de artillería, al mando de Atero, efectuó un reconocimiento llegando hasta las Coimas, donde se encontró con las tropas de Necochea. Enterado Soler de la presencia de ese enemigo, envió inmediatamente como refuerzo para Necochea los dos escuadrones de granaderos de la vanguardia y dos compañías de infantería. Mas Necochea no aguardó la llegada de este refuerzo y, como viera que el enemigo se encontraba en posición muy fuerte, simuló un ataque a ésta, dirigiendo sus fuerzas por ambos flancos. Una vez próximas a la posición éstas simularon una retirada al galope. Tal como se esperaba, la caballería realista salió de su dispositivo, persiguiendo a los granaderos. A conveniente distancia de la infantería enemiga ellos dieron media vuelta y cargaron, derrotando y poniendo en fuga a la caballería española. Esta arrastró a la infantería propia, que huyó en desorden hacia San Felipe sin haber disparado uu sólo tiro. Allí llegaron sin mayores inconvenientes por falta de persecución patriota. El vencido dejó veintiún muertos y heridos. El valle del Putaendo estaba asegurado para la columna principal.

El 7, la vanguardia descansó esperando la llegada del grueso, y el 8 toda la columna estaba en San Felipe. Había traspuesto alturas hasta de 5.000 metros, cuatro cordilleras y 500 Km. de recorrido.

Chacabuco. — (Croquis 10, entre págs. 256 y 257). Las dos victorias de Guardia Vieja y Las Coimas dieron a San Martín la posesión de la provincia de Aconcagua y le permitieron proveerse de víveres abundantes y caballos.

El mismo día 8, San Martín comunicaba al director supremo que, a su pesar, no podía perseguir al enemigo en retirada hasta después de 6 días, tiempo que emplearía en reunir caballos para reemplazar a los 1.200 traídos de Mendoza, que se habían inutilizado por la aspereza de las sierras.

Las columnas auxiliares del norte y el sur, simultáneamente, reconquistaban territorios, en un frente de 2.000 Km., según el plan estratégico del general.

En la madrugada del 9, el comandante Melián fué adelantado en reconocimiento con su escuadrón hasta la cuesta de Chacabuco, en tanto que el ejército acampó ese día algo al norte de dicho punto.

El terreno. — Chacabuco es una sierra transversal que, de este a oeste, une la cordillera de los Andes con la cordillera de la Costa. Era considerada como la llave en un avance sobre Santiago.

La cumbre de la sierra de Chacabuco separa los valles de Aconcagua al norte y de Maipo al sur. La vertiente norte está constituída por una serie de cerros, cubiertos de monte en la parte alta, muy escarpados y que, por consiguiente, presentan grandes dificultades para las operaciones militares. La vertiente opuesta tiene una configuración diversa; está formada por una verdadera red de sucesivos cerros que disminuyen de altura hacia el sur. La profunda quebrada de la Nipa nace en la cumbre y termina entre

los cerros Cardenudo y Taquil Taca. A 5 kilómetros al norte de la cumbre se bifurca en dos senderos el camino. El oriental, que es el más corto pero de mayor pendiente, conduce a la llamada cuesta vieja. El otro, situado más al oeste, conduce a la cuesta nueva. Había también algunos senderos más.

La batalla tuvo lugar en el bajo encerrado por el cerro de las Tórtolas Cuyanas al norte, al sur por el cerro Quemado, al oeste por los cerros de Lomas Peladas y Chingue, y al este por los cerros de Los Halcones y Guanaco.

Actividades de los adversarios en los días 8 al 11. — En su retirada hacia el sur, los españoles se detuvieron en la cumbre de Chacabuco, donde el día 10 tenían 2 compañías y 25 carabineros al mando del capitán Mijares.

El 9, al tener conocimiento Marcó de lo ocurrido en el valle de Aconcagua, ordenó la reunión de las fuerzas en Santiago para defender esta ciudad. El brigadier Maroto, nombrado comandante en jefe, recibió la orden de marchar a Chacabuco con el resto de los batallones Talavera y Chiloé, que se encontraban en Santiago. Maroto llegó a las casas de Chacabuco el 11 al ponerse el sol; avanzó solo hasta la cumbre y ordenó que no se abandonara ese punto, con las compañías del Talavera, hasta no haber perdido la mitad de los efectivos. El plan del brigadier era ocupar con todo el ejército la cumbre en la mañana del 12 y esperar allí al enemigo, equilibrando así la inferioridad de sus fuerzas con la ventaja de la posición. Esperando contar con dos días más para prepararse convenientemente, pidió refuerzos a Marcó.

San Martín había despachado a Santiago como espías a los baqueanos Estay y Cruz para que lo tuvieran al corriente de todo movimiento de las tropas enemigas. Encargó a los ingenieros Arcos y Alvarez Condarco practicar reconocimientos y levantar un croquis de la posición y de los terrenos adyacentes a los caminos de la cuesta, en particular los del flanco derecho, que se presentaban más accesibles que los del izquierdo. El día 11 regresó Estay con noticias de los agentes secretos que transmitían las órdenes reservadas expedidas por Marcó, copiadas en su misma secretaría.

Por los partes de los oficiales del servicio de avanzadas que vigilaban el camino real y sus contornos se sabía que el enemigo conservaba tropas en la cumbre de la cuesta, y por los informes de Estay que otras fuerzas venían hacia las casas de Chacabuco.

Plan de San Martín. — El día 11 de febrero, San Martín, en una reunión de los comandantes de división y jefes de cuerpo, manifestó que, si bien su idea primitiva había sido dar la batalla el 14, fecha en que llegaría la artillería, las informaciones le obligaban a modificar su intención, marchando sobre el enemigo al día siguiente con toda la rapidez posible para "atacarlo en cualquier parte donde lo encontrase", no obstante no habérsele reunido la artillería de batalla, pues debía aprovechar la división de las fuerzas enemigas, no dándoles tiempo a que pudieran concentrarse en Chacabuco, y así batirlas infaliblemente.

El plan consistía en dividir el ejército en dos columnas desde la bifurcación del camino, siguiendo una por la cuesta nueva y la otra por la cuesta vieja. La columna de O'Higgins, de 1.500 hombres (batallones 7 y 8, tres escuadrones y dos piezas), por el camino del este, lo atacaría frontalmente tratando de entretenerlo con combates simulados, mientras Soler, con la columna derecha, de 2.100 hombres (batallones 1 y 11, dos compañías de granaderos de los batallones 7 y 8 y dos escuadrones) y 7 piezas, caería sobre el flanco izquierdo (oeste) y su retaguardia, buscando la decisión. En realidad el plan pretendía el aniquilamiento del enemigo en esta primera batalla.

El avance de los ejércitos y la lucha. — A las 2 del día 12 el ejército inició la marcha con la división Soler a la cabeza. A poco de iniciarla, la división O'Higgins desprendió del batallón 8 una guerrilla al flanco izquierdo para llamar la atención del enemigo hacia allí. Después que cada columna tomó su camino, la de O'Higgins alcanzó la cumbre del cerro de La Nipa y cayó sobre el flanco izquierdo de las compañías realistas, cargándolas a la bayoneta. Estas se retiraron precipitadamente por la quebrada de Las Raíces, que conduce a la falda oeste del cerro de Los Halcones, perseguidas por el escuadrón Melián.

En la mañana del 12, después de una hora de marcha, recibió Maroto un parte del capitán Mijares comunicándole que el enemigo avanzaba en dirección a la cumbre. Maroto reiteró a las avanzadas la orden de mantenerse en la posición. En el momento que las fracciones más adelantadas de su columna alcanzaban las alturas del morro de Chingue se divisó la retirada de las compañías del capitán Mijares hacia el sur, perseguidas de cerca por la caballería patriota. Ordenó entonces Maroto al coronel Quintanilla que contuviera la persecución con los carabineros, y a la vanguardia que desplegara en el cerro de Chingue, decidiendo ocupar con el grueso una posición defensiva en la falda norte del cerro Quemado a fin de cerrar al enemigo la desembocadura del valle. Las tropas fueron distribuídas en la signiente forma: batallón Talavera a la derecha; Chiloé a continuación, a la izquierda; 100 metros a retaguardia y a la izquierda los carabineros cubriendo el camino real. El morro de Chingue quedó ocupado por parte de los batallones Valdivia y Concepción. La artillería ocupó posición en el centro, algo atrás de la infantería. El efectivo era de 2.000 hombres. Las tropas ocupaban con su derecha el cerro Guanaco y con su izquierda el Chingue, en un frente de 1.200 metros.

San Martín autorizó a O'Higgins a que persiguiera a Mijares con el batallón 8, prevenido expresamente de "no comprometer ninguna acción con el enemigo hasta que la caballería que yo mandaba (dice San Martín) pasara el desfiladero de La Nipa".

En la persecución, el 3er escuadrón de granaderos (Melián) se encontró con parte de la caballería enemiga, con la que tuvo que combatir a pie por impedir la quebrada de La Nipa la maniobra a caballo. Sostuvo con éxito el combate sintiendo acelerado su movimiento por el mayor impulso que O'Higgius con la infantería imprimió a la persecución; llegó así hasta enfrentar la línea principal de los realistas. En este momento recidió un fuego tan nutrido, que se vió obligado a retroceder buscando reorganizarse en las cubiertas que ofrece el portezuelo de las Tórtolas Cuyanas.

Al terminar este episodio, la columna de O'Higgins desembocaba en el llano e iniciaba su desdoblamiento; poco después desplegaba. Una vez reorganizado, el escuadrón Melián (a órdenes de Zapiola) se mantuvo como reserva detrás del ala derecha de la infantería. El batallón 7 a la derecha y el 8 a la izquierda, avanzaron. La acción empeñada francamente convirtió el ataque frontal en ataque principal (en vez de servir para entretener al adversario), no dando tiempo a que intervinieran las tropas del ataque envolvente a cargo de Soler.

O'Higgins había ordenado el ataque dejándose arrastrar probablemente por sus impulsos heroicos. Al mismo tiempo ordenaha al coronel Zapiola que procurase penetrar por entre el ala izquierda del centro enemigo y el cerro Chingue, en el que se encontraba la extrema izquierda realista. Las columnas de asalto de infantería se vieron detenidas por el obstáculo del zanjón, situado delante de la posición realista, a la vez que por la artillería y la infantería enemigas que, en número de 1.500 hombres, las batían con toda eficacia.

El coronel Zapiola, viendo que el ataque de O'Higgins se había paralizado y que poco después sus tropas iniciaban la retirada con el batallón 8 disperso, se retiró a su vez, ordenadamente, para situarse detrás del morro de las Tórtolas Cuyanas, hacia donde se dirigieron los infantes de los batallones 7 y 8 buscando una cubierta. San Martín, llegaba al campo de batalla en el preciso momento en que O'Higgins, atacando a los españoles, era rechazado, dispersándosele el batallón 8, y Maroto hacía adelantar fracciones de infantería y caballería en su persecución. Entonces el general patriota hizo ordenar a Soler que cargara lo más pronto posible contra el flanco enemigo, y él, en persona, cargó con dos escuadrones contra el ala derecha realista mientras el otro lo hacía contra el ala izquierda de la posición a fin de permitir el desprendimiento a la división O'Higgins. La carga de esos escuadrones contra la derecha e izquierda enemigas con la cooperación de fuerzas de Soler, las destrozó y llegó hasta las piezas de la artillería acuchillando a los artilleros.

La división O'Higgins, favorecida por esta carga, pasó nuevamente al asalto contra los realistas, un tanto desorganizados, obteniendo un éxito frontal completo. Pero antes de esta segunda carga de O'Higgins y durante la de los granaderos a caballo, aparecieron las primeras tropas de la columna Soler, quien, al oír que el combate se generalizaba, había hecho acelerar el avance. Antes de esto, adelantó a los escuadrones escolta y 4°. Dos compañías de cazadores atacarón la extrema ala izquierda española y pasaron a la bayoneta a la mayor parte de los enemigos, incluído el jefe de esa ala, teniente coronel Marquelli. El comandante Necochea con el 4° escuadrón y el escolta cayó por la izquierda del enemigo contra su retaguardia, haciendo un terrible estrago; esta carga se produjo en el mismo momento en que los escuadrones 1°, 2° y 3° cargaban contra el ala izquierda y derecha de la posición enemiga y la artillería. Los españoles, atacados por todos lados, se replegaron tratando de formar cuadro en el centro de la posición, que en menos de un cuarto de hora fué deshecho, retirándose sus restos dispersos a la hacienda de Chacabuco.

Soler había dirigido su grueso sobre Chacabuco por la cuesta nueva, iniciando una persecución paralela adelantada, mientras que el batallón de Cazadores perseguía frontalmente junto con las tropas de O'Higgins. El grueso de la columna del general Soler cortó la retirada a los infantes realistas en la hacienda de Chacabuco y éstos se rindieron a discreción.

La caballería patriota continuó la persecución de los que lograron salvarse hasta el portezuelo de la Colina, distante de Chacabuco unos veinte kilómetros.

Pérdidas. Realistas: muertos 600, prisioneros 550, toda la artillería, el armamento y parque (más de mil fusiles). Patriotas: muertos 11, heridos 110.

Comentarios y consecuencias. — La batalla de Chacabuco fué el resultado de las adecuadas previsiones que habían inspirado la campaña de los Andes y de las oportunas disposiciones tomadas en el campo táctico. En lo estratégico San Martín planeó y realizó las operaciones para presentarse en la batalla — de encuentro — con notable superioridad numérica y asegurarse posibilidades, ya por esto, de un éxito concluyente, no obstante la superioridad de efectivos del enemigo en el campo estratégico. Para lo táctico, sacó provecho de esa superioridad, planeando una batalla con miras ambiciosas, de amplio envolvimiento de un flanco y espalda, con la masa, arriesgada por ello, pero de resultados aniquiladores. En la batalla misma su dirección y acción personal al frente de una carga, contribuyeron al triunfo decisivo, que en un momento pareció problemático.

Como acontecimiento político, relacionado con los destinos americanos, su importancia es aún mayor. Fué el primer jalón en la guerra ofensiva de la independencia sudamericana y con ella se conquistó para siempre la sólida base de operaciones en la costa del Pacífico. Salvó a la revolución argentina de su ruina y contuvo la invasión que la amenazaba por Alto Perú, suprimiendo a la vez a un peligroso enemigo que la amenazaba por el flanco occidental. Y, aparte de permitir la apertura del flanco oeste de Perú, hirió seriamente la economía de éste, pues "siempre se recibieron los principales artículos de subsistencias de aquel reino (Chile) y los hacendados — de Perú — no tenían dónde dar salida a sus frutos y azúcares" (Pezuela).

Fué la primera batalla sudamericana con largas proyecciones históricas. El mismo Pezuela confesó que ella marcó el momento en que la causa de España empezó a ceder en América [3].

CAPITULO XVII

CAMPAÑA DE LAS HERAS, LUEGO O'HIGGINS, CONTRA ORDOÑEZ EN EL SUR DE CHILE (1817) *

Causas. — Aniquilar a las fuerzas españolas guarecidas en el sur de Chile donde, en terreno favorable para la defensa y con recursos, dominando el mar, se iban tornando cada vez más serias, a fin de no retardar por una demora la expedición a Perú o tener que disminuir en el momento de su ejecución los medios de ésta en una operación secundaria.

Disposiciones después de Chacabuco. — Luego de Chacabuco San Martín siguió hacia Santiago — donde no había enemigo — en vez de perseguir acto continuo en las dos direcciones de retirada de las fuerzas restantes españolas:

a) Con parte de las tropas hacia Valparaíso, para impedir la huída del adversario por mar. Por no hacerlo se salvaron 1.600 hombres de buena tropa española; [1]

---

[3] Estos acontecimientos y los que en seguida y posteriormente se producen hasta la independencia definitiva de Chile, como consecuencia de la victoria de Maipú, y los ulteriormente desarrollados en Perú, que se insertan, corresponden más que a la historia de las guerras argentinas a la de esas naciones hermanas, porque ocurrieron en sus respectivos territorios en busca de su independencia, pero deben tener también cabida en esta obra por la colaboración, a veces sustancial, de conducción, medios y recursos con que participó nuestro país.

*** Ver Croquis Op. IV y Esbozo geográfico del oeste y Chile, pág. 66.**

[1] Esta huída fué posible porque la escuadra española dominaba el Pacífico. En su plan inicial San Martín ya pensaba en la supremacía en ese mar y pedía una "flotilla de buques de guerra a órdenes del jefe de la expedición que debía zarpar de costas argentinas y bloquear las de Chile para cortar la retirada de los enemigos" (febrero 29 de 1816). Pero la pobreza del erario, producida particularmente por la guerra civil — provocada a veces por el mismo gobierno de Buenos Aires (ver IV Parte) — apenas permite una empresa de corso a cargo de Brown en 1816, pero no crear fuerzas para el total dominio en el momento del paso de los Andes. Esa falta de fuerzas marítimas permitirá después, con los refuerzos a Talcabuano, la constitución de un poderoso ejército allí al mando de Osorio y la lucha en el sur de Chile, aún después de Maipú, prolongando la guerra en Chile y difiriendo la partida de la expedición a Perú.

b) Con el resto, hacia el sur de Chile, para impedir la reorganización y aumento de las fuerzas realistas con las unidades que, alejadas, no habían participado en Chacabuco, en una zona de población aguerrida, donde gozaban de recursos y prestigio, tenían posiciones ventajosas para una eficaz defensa y una base favorable para el desembarco de tropas: Talcahuano. Esta omisión, particularmente, demoraría por más de un año aún el dominio completo de Chile por los patriotas. Había sido tan terminante la victoria de Chacabuco (como él lo afirma en su parte), que no creyó en la posibilidad de una reacción del enemigo.

Llegado a Santiago con su ejército, San Martín rehusó el cargo de gobernador de Chile que se le ofreció, recayendo entonces en O'Higgins. El general argentino fué nombrado generalísimo del Ejército Unido. Un mes después de Chacabuco, San Martín se trasladaba a Buenos Aires, principalmente para recabar del gobierno los recursos necesarios para crear un poder naval que, dando a los patriotas el dominio del Pacífico, les permitiera llevar a cabo sin tropiezos la segunda parte de su programa político militar, esto es, la expedición libertadora a Perú.

Desgraciadamente, San Martín no había dado la importancia debida a la reacción realista en el sur de Chile, encabezada por el coronel Ordóñez. Sólo el 18 de febrero, cuando ésta se hizo amenazadora, dispuso que un destacamento de 1.000 hombres de las tres armas — la mayor parte tropas a pie, poco aptas para una persecución y para moverse rápidamente —, marchara a destruirla al mando de Las Heras, al que debían unirse las fuerzas de Freire que operaban en el sur.

Curapaligüe. — El jefe argentino partió el 3 de marzo y, habiendo llegado después de algunos inconvenientes e importantes retardos debidos al terreno y a los reabastecimientos, a las cercanías de Concepción, luego de reunirse a Freire, y considerando que no estaba en condiciones de atacar al enemigo, ya muy reforzado, optó por ocupar una posición dominante en las alturas del molino de Curapaligüe (26 Km. al norte) para no ser sorprendido por éste. Allí Ordóñez trató efectivamente de sorprenderlo en la misma noche del 4 al 5 de abril, mediante un golpe de mano, llevando 600 infantes, 100 jinetes y 2 cañones, mandados por el comandante Campillo. El ataque, realizado con repetidos asaltos, fué rechazado en este combate nocturno de varias horas, abandonando los realistas dos cañones, pocos muertos y algunos prisioneros. No hubo persecución. Aquí las avanzadas patriotas cumplieron muy bien su misión, impidieron la sorpresa y aseguraron al grueso el tiempo y el espacio para su intervención, replegándose en momento oportuno sobre las alas para el combate de aquél. A raíz de este rechazo los patriotas ocuparon el mismo día Concepción, evacuada por los realistas, que se retiraron a la península de Talcahuano, preventivamente transformada por el jefe metropolitano en un fuerte campo atrincherado, que no ofrecía a Las Heras, con sus medios, probabilidades de un ataque afortunado. A esta plaza se habían incorporado el 1° de mayo 1.600 hombres, los escapados de Chile por Valparaíso, después de Chacabuco, y enviados nuevamente al sur por el virrey Pezuela desde Callao, reforzados. Ante esta situación Las Heras pidió refuerzos a O'Higgins.

Gavilán. — Vista la inactividad patriota, y luego de hostilizar con partidas a las fuerzas revolucionarias, Ordóñez llevó el 5 de mayo una nueva operación ofensiva. Su plan comprendía el avance de dos columnas principales (en total unos 1.200 hombres y 4 cañones), encargadas de un doble envolvimiento de los flancos y espalda de la buena posición del cerro Gavilán, ocupada y fortificada por los patriotas en las afueras y al norte de Concepción. Desde el mar algunas lanchas cañoneras cooperarían con sus fuegos.

Quiso con su empresa impedir la reunión de O'Higgins — que venía del norte con refuerzos — con Las Heras, batiendo al segundo por separado. Había pensado Ordóñez en fuerzas hasta para cortar la retirada de su enemigo, pero no para un ataque frontal previo, con fin de aferramiento de éste. En la lucha, que fué empeñosa y prolongada, venció el jefe argentino.

Comentarios. — El triunfo se obtuvo por lo fuerte de la posición elegida, que dominaba el avance enemigo; por los informes oportunos de su exploración, sobre los avances del adversario; por la falta de ataque frontal a la posición, lo que permitió a los patriotas cambiar su dispositivo según las fluctuaciones de la acción táctica, en una altura que favorecía los fuegos de la defensa; por la energía y adecuadas disposiciones de Las Heras; y muy principalmente por que una de las columnas envolventes — la de Morgado — no pudo llegar simultáneamente al ataque de la otra, que se empeñó sin esperarla, por lo que, cuando aquélla arribó, ya el combate estaba decidido con la derrota de la columna Ordóñez. En los últimos momentos de la lucha llegaron dos compañías de las fuerzas de O'Higgins, adelantadas por éste, las que cooperaron en la faz final del combate. Así se eliminó esta primera amenaza importante desde el sur de Chile. Pero el propósito de terminar con el enemigo aquí estaba muy lejos de haberse logrado, que era lo fundamental, según se ha dicho. Los muertos del enemigo fueron 112, perdiendo 80 prisioneros, 3 cañones, 200 fusiles y municiones. Las pérdidas patriotas fueron insignificantes.

Otras operaciones. — En seguida el ejército patriota inició el sitio de Talcahuano, al mando de O'Higgins. Por su parte, de regreso de Buenos Aires, San Martín se consagró a la creación, organización e instrucción, como él sabía hacerlo, de nuevas unidades, fundamentalmente con chilenos, para la expedición a Perú.

Para privar a Ordóñez de recursos, que en parte le llegaban del sur, y dejarlo aislado de tierra en la península, se resolvió conquistar la línea del Arauco, desde donde además se hostilizaba el flanco sudoeste patriota y amenazaba sus comunicaciones. Se confió a Freire la misión dándole 300 hombres (un escuadrón de granaderos a caballo y fracciones de los batallones 7 y 8). Tal tarea fué cumplida a satisfacción. El 12 de mayo atacó el fuerte de Nacimiento y a su caída sumóse la del Santa Juana y el San Pedro. Quedaba el de Arauco, el más sólido, situado sobre el mar y por donde Talcahuano se comunicaba por agua con el territorio araucano. Luego de un combate, el 26 de mayo, cayó también en poder de Freire con armamento y munición importantes, pero, reconquistado el 3 de junio, cayó por segunda vez el 17 de julio. No cejaron las partidas o montoneras de Ordóñez, compuestas de criollos e indios, en molestar y distraer la atención de los patriotas y sus medios, hostilizando especialmente la línea del Arauco hasta fines de 1817, con suerte varia, pero en general favorable a los patriotas, pues la línea de fuertes se mantuvo en poder de éstos y con ello el enemigo circunscrito a la península de Tumbes.

Talcahuano. — (Croquis 11, pág. 255). Como con la actitud expectante del ejército no se conseguiría la caída de la plaza, libremente comunicada por el mar, amenazando con prolongar la guerra indefinidamente y neutralizar el éxito de Chacabuco, O'Higgins, de acuerdo con San Martín, resolvió tomarla por asalto, con sus tropas aumentadas con refuerzos a 3.700 hombres, y algunas lanchas cañoneras.

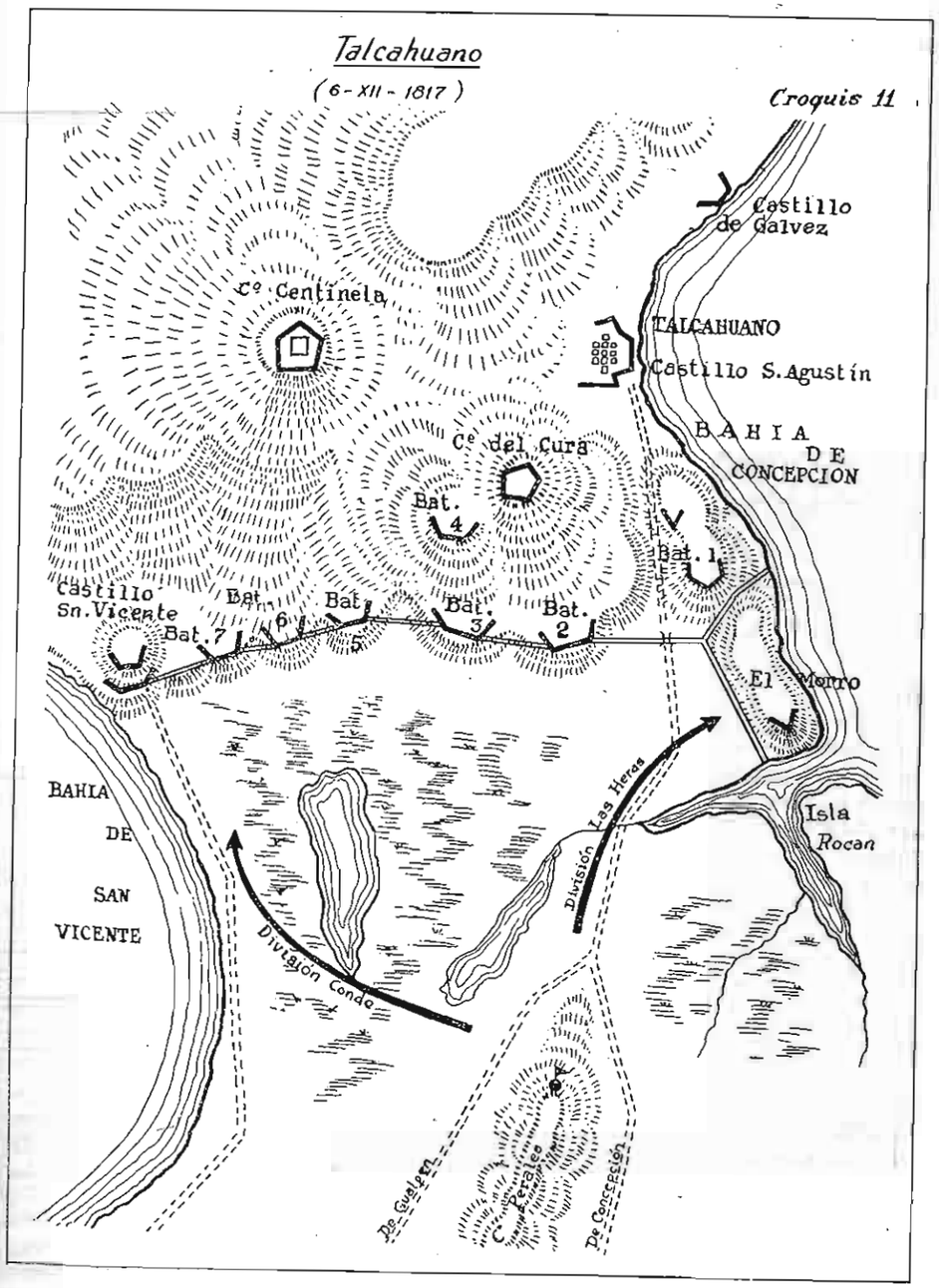
Tal operación se demoró sin embargo hasta diciembre por las continuas lluvias que inundaron el terreno, particularmente bajo frente a la posición. En todo el lapso anterior hubo repetidos pequeños combates como resultado de los deseos de los patriotas de orientarse bien sobre las líneas de la posición, sus obras de defensa, la distribución

de la artillería y especialmente el terreno; también para impedir el reabastecimiento de víveres a la plaza y su exploración, que salía del reducto. En ellos casi siempre el éxito acompañó a los revolucionarios, destacándose la caballería y en especial los granaderos a caballo que, habiendo logrado imponerse, eran muy temidos por el adversario.

Tenía Ordóñez 1.700 soldados, poderosa artillería (70 cañones de varios calibres), dos barcos y varias lanchas armadas y había preparado y fortificado muy bien el terreno en una posición ya muy fuerte por naturaleza, reputada como el Gibraltar de Chile. La dirección del ataque fué confiada a un militar francés, el general Miguel Brayer, siendo aceptado su plan que, sin embargo, no compartían O'Higgins y otros jefes destacados. Dicho plan consistía en un ataque a fondo con la propia derecha y otros simulados con el centro y ala izquierda, cooperando con éstos las lanchas armadas. De ello resultaba que el centro de gravedad, con el que se buscaba la decisión, actuaría donde la posición era más fuerte, y requería la posesión previa de una seria y flanqueante posición adelantada, cuya parte posterior no era conocida, a pesar de los varios reconocimientos efectuados de la posición, no siéndolo tampoco los emplazamientos de la artillería. Como el ataque se iniciaría de noche y la artillería patriota era débil, muy poco papel se le confió a ésta en la preparación y ejecución del ataque, debiendo en cambio actuar en un momento dado la caballería patriota. El plan era ambicioso; terminar con el enemigo, aniquilándolo; pero los medios y la elección del centro de gravedad lo hicieron fracasar. El asalto, iniciado el 6 de diciembre antes de amanecer, fué paralizado por el enemigo, no obstante la conquista del reducto adelantado porque resultó imposible al centro y al ala derecha (centro de gravedad — Las Heras), franquear el foso que había detrás de ésta y un puente levadizo, bajo los fuegos de la masa de la artillería terrestre, de los barcos, y de la infantería enemigos; del resto del ataque (aferramiento — Conde), encargado de amagar el frente, poco se podía esperar, por su debilidad y falta de apoyo de una reserva. La retirada debió realizarse bajo tal fuego, luego de sufrirlo estoicamente las tropas, con la pérdida de 150 muertos y 280 heridos.

Comentarios. — El fracaso se debió a lo muy fuerte de la posición, a la mala elección del centro de gravedad, a la poca artillería, especialmente para ablandar la posición y acompañar al ataque, sobre todo al aclarar, y a la falta de medios para salvar los fosos. La moral, sin embargo, decayó más en el adversario que en los patriotas, quienes continuaron el sitio. El año 1817 empezó en Chile con una victoria y terminó con un revés.

Consecuencias. — La retención de Talcahuano por los españoles prolongó, entre otras causas, la guerra en Chile, y dejó a éstos un excelente lugar de desembarco y base para ulteriores operaciones en mayor escala, como después comprobaremos.



CAPITULO XVIII

CAMPAÑA DE OSORIO CONTRA SAN MARTIN EN CHILE (1818) *

Causas. — Ambos adversarios buscaban el predominio absoluto en Chile para sus armas, en procura de los objetivos repetidamente expresados: San Martín, realizar la etapa final de su plan, que era llevar la guerra hasta Lima; y Pezuela, contribuir a la derrota de los revolucionarios, sin concretarse a esperar a los enemigos en Perú y en la defensiva estratégica, pues corría el riesgo de perder toda América para España.

Movimientos de los adversarios. — A fines de 1817, Chile y Argentina eran aliados. San Martín tenía sus fuerzas: el "Ejército Unido de los Andes y Chile", divididas en dos ejércitos: uno, llamado del Sur, a las órdenes de O'Higgins, con su cuartel general en Concepción, observaba la plaza de Talcahuano; el otro, a su mando directo, denominado del Oeste, tenía su campamento en Las Tablas (al sur de Valparaíso).

Por su sagacidad y astucia, San Martín había conseguido conocer el plan de operaciones de los realistas para la campaña que en este año tenían decidido realizar. Según él, un ejército a órdenes del general Osorio sería transportado desde Callao a Talcahuano, donde desembarcaría y, reforzado con la guarnición de Ordóñez, marcharía contra O'Higgins para destruirlo o arrojarlo al norte del Maule. Conseguido esto se dejaría frente a éste un destacamento para que lo entretuviera, mientras que el grueso se reembarcaría para desembarcar nuevamente en algún punto cercano a Valparaíso, marchando rápidamente sobre Santiago, ya que se imaginaban que San Martín correría apresuradamente en auxilio de O'Higgins. El aniquilamiento de los patriotas era el epílogo acariciado por sus adversarios. Solamente en caso de no ser posible el dicho reembarco, se continuarían las operaciones hacia el norte por tierra.

Conocido el plan ofensivo español, en el que la escuadra cooperaría por su dominio del mar, San Martín ordenó a O'Higgins que desde Talcahuano se retirara hacia el norte, para reunir los dos ejércitos antes de chocar con el enemigo, a fin de que éste no pudiera batirlos separadamente. El Ejército del Sur se movió el 29 de diciembre, haciendo el vacío en gentes y recursos al adversario. El 1° de enero se declaraba la independencia de Chile.

Osorio mandó bloquear el puerto de Valparaíso, y, desembarcando en Talcahuano inició su avance hacia el norte a comienzos de febrero de 1818, con la masa de sus fuerzas, ocupando la provincia de Concepción, abandonada por O'Higgins, y, alcanzado Talca, se detenía unos días; luego continuaba, llegando el 27 a Curicó. El 9 de marzo el ejército patriota del Sur alcanzaba Chimharongo y el 12 se le reunía el del Oeste. El total llegaba a 8.000 hombres y 43 piezas de artillería.

---

* Ver Croquis Op. IV y Esbozo geográfico del oeste y Chile, pág. 66.

Osorio disponía inicialmente de unos 3.300 hombres o algo más, que con la incorporación de los de Ordóñez y con las milicias que se le unieron, pasaron de 5.000 y 12 cañones. El 14 de marzo se concentraban en Talca, hasta donde habían marchado por destacamentos de distinta composición. El 15 ocupaban Camarico, permaneciendo allí hasta el 18.

El Ejército Unido inició su avance hacia el sur el 13. Para explorar, adelantó San Martín al comandante Freire con un escuadrón. Esto lo condujo a un combate con un destacamento español a las órdenes de Primo de Rivera, quien se retiró; pero, conocida la inferioridad de los patriotas, contramarchó, alejándose éstos. El 16 el Ejército Unido vivaqueó en Quechereguas.

Decidido por el general argentino que el avance contra el enemigo se prosiguiese el 17, disponía, en primer término, del camino carretero que conduce directamente sobre Camarico. Era el mejor y el más corto. Sin embargo, San Martín eligió el de Tres Montes, que corría entonces por los llanos al pie de la cordillera. Optó por éste, más largo, porque su propósito no era ir a chocar frontalmente contra el enemigo concentrado en Camarico, sino realizar un envolvimiento para cortarlo de la línea del Maule y caerle contra el flanco oriental y retaguardia, terminando en una batalla con el poder realista.

El mismo día que San Martín iniciaba el envolvimiento operativo, conociendo la superioridad numérica patriota, Osorio concibió el proyecto de tomar posición y aventurar una batalla. Pero, después de advertir que su adversario podía rendirlo tal vez sin disparar un tiro, por el movimiento de flanco que le llevaba, emprendió la retirada hacia Talca el día 18, llegando a Capilla de Pelarco. Al día siguiente se supo que San Martín llegaría en el día a Talca, por lo que se tocó generala y se realizó una precipitada marcha, temiendo que lo tomase por retaguardia. De acuerdo con esta resolución, el 19 alcanzaba Osorio la ciudad de Talca.

Entretanto, el Ejército Unido continuó su avance, dentro del propósito expresado. De este modo se produjo la marcha paralela de ambos contendientes separados por diez o quince kilómetros durante el día 18 y parte del 19.

San Martín, viendo que el enemigo se le escapaba, adelantó en la mañana del 19 a Antonio González Balcarce con los granaderos a caballo y cazadores, reforzados con artillería a caballo (1.500 hombres), a fin de que lo cortaran de Talca y lo detuvieran para obligarlo a librar batalla. Pero Osorio, que temía por su flanco izquierdo (este) y retaguardia, había hecho ocupar el vado de Santa Rita, sobre el Lircay, con 500 jinetes y artillería, mientras él se dirigía a franquear el río por el vado del camino público. La caballería patriota, detenida, no pudo evitar que el grueso enemigo se sustrajera al encierro.

Balcarce resolvió entonces cargar sobre la caballería enemiga situada en posición cerca de Talca con frente al noroeste. El terreno no favoreció el éxito de la acción, que resultó un descalabro, porque estaba cortado con zanjones (Cancha Rayada), que no se había hecho reconocer. La llegada de una parte del ejército y el empleo de su artillería, permitieron el fácil repliegue de la caballería patriota. Ambos adversarios pasaron al descanso en formación de combate; los realistas en la ciudad de Talca, los patriotas, a las 16, al nordeste en un vivac visible desde la localidad. (Croquis 12).

Todavía era probable el aniquilamiento del ejército español, cuando al día siguiente quisiera atravesar el caudaloso río Maule. Así lo comprendieron sus jefes, quienes descontaban basta la posibilidad de una retirada; en consecuencia, en consejo de guerra, propusieron a Osorio un ataque por sorpresa antes de la madrugada, como el único recurso para salvarse de esta situación desesperada. Cuando a las 20 un espía salido de

Talca, burlando la vigilancia de los realistas, comunicó a San Martín la inminencia de un ataque, éste ordenó un cambio de posición al norte de la ciudad (ver croquis 12).

Cancha Rayada. — (Croquis 12, pág. 259). Entre las 20 y 21 la división de la Quintana fué a establecerse al resguardo de un zanjón que cortaba más o menos perpendicularmente el camino real Talca - Santiago; con el nuevo dispositivo dicha unidad quedó orientada con frente al sur.

Mientras tanto la división O'Higgins y la reserva, a la espera de que se les comunicase la terminación del movimiento que la división de la Quintana acababa de iniciar, permanecieron en su sitio. En el alojamiento no se había cubierto el frente mediante la colocación, a una distancia prudencial, de un servicio de avanzadas, escalonado en profundidad, en vez de lo cual sólo se encontraba a vanguardia, pero a muy corta distancia, una simple fracción de caballería. Y como si esto no fuese ya bastante perjudicial en el caso eventual de una tentativa de sorpresa por parte del enemigo, se encendieron a lo largo del frente fogones, que forzosamente debían proporcionar al enemigo la posibilidad de orientarse fácilmente a través de la densa oscuridad de la noche, con respecto a la ubicación de los independientes.

Las tropas españolas al mando del intrépido Ordóñez, por delegación de Osorio, se desplazaron en el llano de Cancha Rayada, en tres columnas, cada una de dos batallones, con dos escuadrones de caballería en ambas alas.

A las 20.30 las tres columnas avanzaban silenciosamente a través del llano, sin que las tinieblas de esa noche encapotada demorasen sus pasos ni opusieran dificultades a sus movimientos, pues los fogones del campo patriota, a que ya aludimos, les sirvieron de inmejorables puntos de orientación.

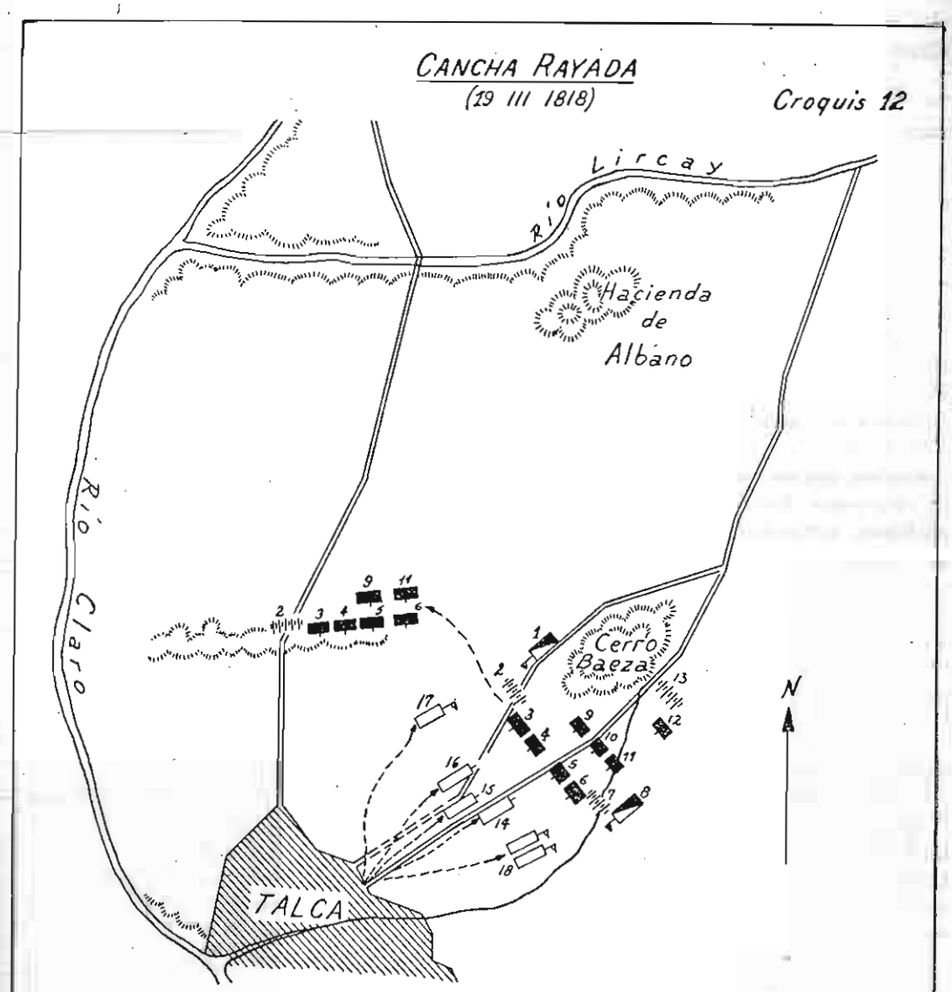
La partida de caballería patriota desprendida advirtió la aproximación de los realistas y dió la señal de alarma descargando sus carabinas.

En este momento de crisis, en que las unidades de O'Higgins y de la reserva cambiaban de posición sin poder organizar una defensa, se produjo el ataque. La tropa española, sólidamente encuadrada por jefes y oficiales resueltos a jugarse el todo por el todo, se lanzó hacia adelante a la carrera, al grito de "Viva el Rey", y aunque fué recibida por el fuego mortífero de la infantería de O'Higgins, que en el primer momento se mantuvo firme, aquélla, alentada por sus jefes, hizo irrupción entre los independientes, entre los cuales se propagó, como ocurre casi siempre, el pánico, que hizo principalmente mella en la caballería.

San Martín y O'Higgins — éste con un brazo fracturado por una bala — trataron de impedir la propagación del pánico, pero sus esfuerzos fueron infructuosos, no quedando otro recurso que el de dirigir a los fugitivos hacia la capital.

El batallón argentino de Cazadores de los Andes, a las órdenes de Alvarado, y el 2 de Chile, al mando de Rondizzoni, ambos de la división O'Higgins, escurriéndose por el flanco derecho e izquierdo de los realistas, fueron a reunirse a la división de la Quintana aunque muy disminuídos.

Las tropas de la división de la Quintana y otras (unos 3.500 hombres) y la artillería de Chile, todo al mando provisional de Las Heras, por ausencia de aquél, se retiraron del campo a las 0.45, siguiendo el camino real a Santiago, luego de arrollar cerca del vado del Lircay a un escuadrón realista que trató de oponerse a su marcha. De inmediato efectuaron una retirada que por su orden, disciplina y la extraordinaria resistencia a la fatiga y aun al hambre, figurará siempre como un ejemplo memorable de las operaciones



similares en nuestra historia militar, se incorporaban el 22 a los restos de las otras divisiones (unos 1.000 hombres), que se reunían en San Fernando.

Pérdidas patriotas: 120 muertos, gran cantidad de dispersos y algunos prisioneros, 24 cañones y todas las municiones y bagajes. Realistas: 200 muertos, entre ellos varios jefes de unidad.

Comentarios. — La derrota se produjo por algunos errores ya mencionados y en especial por creer muy poco en una reacción española a fondo, en vista de que el adversario venía, se puede decir, huyendo, para evitar con su aniquilamiento la pérdida total del país. Pero el mismo hecho de estar acosado y condenado sin réplica al exterminio, indujo a realizar lo que no se creyó: un golpe de desesperado. Este desastre resultó, sin embargo, menos grave de lo que en un principio se supuso, como luego se verá.

La dispersión de Cancha Rayada hizo pensar en la reconquista de Chile por los españoles, luego de lo cual las tropas vencedoras combinando operaciones con las de Alto Perú (la Serna) caerían sobre las Provincias Unidas defendidas sólo por el ejército de Belgrano en esqueleto. ¡Triste perspectiva!

La sorpresa narrada, como sucede en muchos encuentros nocturnos, produjo gran confusión, con choques de propias tropas entre sí, y consiguiente dispersión, de una como de otra parte. Esto explica por qué los restos del ala izquierda y la reserva patriotas no fueron activamente perseguidos y que la columna de Las Heras, no obstante saberse su retirada, fuera débilmente hostilizada.

La perseeución realista. — Para recoger los frutos de la victoria, Osorio vadeó el Lircay y avanzó, pero sólo hasta Pangue. Desde este punto desprendió a Ordóñez con una columna, regresando con el resto a Talca para reorganizar su ejército. Cuando Ordóñez llegó a Quechereguas el 21, Las Heras, que le llevaba una jornada ganada, había cruzado el Lontué. Como consecuencia, la victoria fué de resultados menos que medianos.

El 24 pudo por fin Osorio ponerse en marcha con el grueso de su ejército para incorporarse al destacamento adelantado en Quechereguas, cuando ya el Ejército Unido, rehecho y reunidas las unidades y gran parte de los dispersos, gracias a la acción intensa desplegada por San Martín, O'Higgins, Freire y otros colaboradores, como Fray Luis Beltrán, se replegaba sobre Santiago con 5.000 hombres y 21 cañones, para esperarlo. Como se comprueba, el desastre no había amilanado a los patriotas y la campaña se reanudaba. Era una reacción admirable y casi increíble en tan pocos días. ¡Lo que puede la disciplina y el prestigio del conductor!

El 30 de marzo un destacamento de granaderos a caballo al mando del capitán Caxaraville, ataca y derrota en cercanías de Rancagua a 200 jinetes enemigos a los que persigue hasta el grueso de éstos. El 31 el ejército realista, fuerte de 5.300 hombres y 12 cañones, atravesó el Cachapoal; y el 2 de abril a la tarde pudo alcanzar la margen izquierda del Maipo. En la mañana del 3 cruzó este río por el vado de Lonquén, apartándose 10 Km. al oeste del camino central que traía, y acampó sobre su margen derecha en una antigua hacienda de los jesuitas denominada La Calera. Su plan consistía en avanzar frontalmente por el camino de Melipilla a Santiago extendiéndose a su izquierda por el que de La Calera conduce a Valparaíso, amenazando la capital. Con tal propósito continuó hasta la hacienda de Espejo.

Maipú. — (Croquis 13, entre págs. 264 y 265). Conforme a la opinión de sus principales jefes, incluso Ordóñez y Primo de Rivera, se resolvió que la batalla se empeñaría al día siguiente. La distancia entre los beligerantes no alcanzaba a cuatro kilómetros. El teatro en que se desenvolvían estas operaciones, es una llanura de la que Santiago dista unos 10 Km. limitada al este por el río Mapocho, que divide a aquella ciudad; al norte por la serranía que la separa del valle de Aconcagua; y al sur por el río Maipo, de donde le venía su nombre. Hacia el oeste se levantan una serie de lomadas y algunos montículos que corren de oriente a poniente. Al sur de Santiago se prolonga por el espacio como de 10 kilómetros una lomada baja que por su aspecto lleva el nombre de Loma Blanca. En la meseta de esta lomada estaba el ejército patriota. En su extremidad oeste y a su frente se alza otra lomada más alta, que forma un triángulo, cuyo vértice sudoeste se apoya en la hacienda de Espejo. Era ésta la posición que ocuparía el ejército realista. Las dos lomadas están divididas por una hondonada longitudinal como de un kilómetro en su parte más ancha y de doscientos cincuenta metros en su más angosta. Al oeste del vértice de las lomas del sur existe un grupo de cerrillos aislados, y entre ellos un mamelón más elevado.

El plan de San Martín era atacar al enemigo sobre la marcha, sin darle tiempo a combinaciones, si se presentaba por los caminos del frente o correrse por su flanco derecho, si tomaba el de La Calera para interceptarle el de Valparaíso. Fortificó y guarneció ya desde antes, con 1.000 milicianos y un batallón a Santiago. Permaneció hasta el 4 de abril con una vanguardia en observación de la línea del Maipo. Al tener noticia de que el enemigo vadeaba el río inclinándose hacia el poniente, desprendió toda su caballería con orden de atacar sus puestos avanzados, hostilizar sus columnas en la marcha y mantenerlo durante la noche en constante alarma.

Al amanecer del día 5 de abril las guerrillas patriotas de Freire y Melián se replegaban dando parte de que el enemigo avanzaba en masa, con rumbo al camino que empalma con el de Santiago a Valparaíso. San Martín, que lo había previsto en el día anterior, pensó que no podía tener por objeto sino cortarle la retirada sobre Aconcagua, lo que se neutralizaba con un simple cambio de frente. Para cerciorarse de esto y concertar sus movimientos tácticos, seguido de una pequeña escolta, se dirigió al ángulo sur de la Loma Blanca. Desde allí pudo observar como a 400 metros la marcha de flanco que ejecutaban las columnas españolas al posesionarse de la lomada triangular fronteriza y la prolongación de su izquierda sobre el camino de Valparaíso.

A las 10.30 el ejército se corrió en dos columnas paralelas, rumbo al oeste, por encima de la meseta de la Loma Blanca y continuó hasta enfrentar la posición enemiga. Allí desplegó en dos líneas. La artillería en el centro y en los dos extremos de la primera línea. La caballería cubriendo las dos alas. La reserva a 150 metros a retaguardia. El ala izquierda la mandaba Alvarado, la derecha Las Heras y la reserva — muy fuerte —de la Quintana.

El general realista, que había ocupado con su ejército el medio de la meseta de la loma triangular del sur, al observar el movimiento de los independientes, desprendió sobre su izquierda una columna de 8 compañías y 4 cañones al mando de Primo de Rivera, que ocupó el mamelón, con el doble objeto de amagar la derecha patriota y tomar por el flanco sus columnas si avanzaban, a la vez que asegurar su retirada por el camino de Valparaíso, según su idea persistente. Entre la fracción de Primo de Rivera y la masa de las tropas fueron colocados los escuadrones de Morgado. En la posición de la loma estaban los batallones según se ve en el croquis.

Los adversarios permanecieron por algún tiempo inmóviles frente a frente, separados por la hondonada, como esperando que alguno tomara la iniciativa, porque las mayores desventajas estaban con el que atacara. Este tendría que atravesar un bajo descubierto sufriendo el fuego de artillería y fusilería y trepar luego las alturas del frente

para desalojar de ellas al enemigo. Para los patriotas la desventaja era aún mayor, pues su derecha tenía que batir antes a Primo de Rivera o recorrer un espacio de 1.000 metros flanqueado por el fuego de los cañones de éste. La superioridad de los independientes en lo que respecta a la caballería y artillería era incontestable, pero en infantería eran muy inferiores, pues, a pesar de tener 9 batallones, algunos no pasaban de 200 hombres, mientras que los 4 batallones enemigos levantaban cerca de 1.000 bayonetas cada uno.

La izquierda independiente, desbordando la derecha realista y teniendo que recorrer por esa parte la menor distancia de la hondonada intermedia, podía llevar con ventaja un ataque oblicuo o de flanco, con apoyo de la reserva.

El general patriota, observando la inacción del enemigo, mandó romper el fuego con las cuatro piezas centrales con el objeto de descubrir los fuegos de artillería y los planes del adversario. En el acto la artillería enemiga lo contestó y suministró a San Martín el dato que uecesitaba. Era evidente que Osorio se preparaba para la defensa, lo indicaba claramente su formación, la circunstancia de no haber ocupado el perfil de las lomas de su posición a fin de utilizar por más tiempo los fuegos de su infantería y aprovechar el espacio para dar con ventaja una carga a la bayoneta con sus gruesos batallones, así que éstos hnbieran diezmado los de los independientes.

San Martín dió la orden de ataque. Había descubierto el flanco débil del enemigo, que era el derecho. Las columnas marcharon a la carga sobre la línea enemiga. La reserva y la artillería permanecieron en sus puestos esperando las órdenes del general.

El movimiento se inició por la propia derecha. Su objeto era desalojar la izquierda del enemigo destacada sobre el mamelón y amenazar el frente o la izquierda de su centro, concurriendo así al ataque de la izquierda, que tenía que recorrer la menor distancia entre las alturas para cargar sobre el flanco más desguarnecido. Según que el éxito se mostrara en una u otra ala, la decisión se buscaría por la derecha o por la izquierda, empeñando la reserva (centro de gravedad).

Las Heras avanzó sin disparar un tiro con el 11 de Los Andes, sostenido por los dos batallones que completaban su brigada, y lanzó al llano los escuadrones de granaderos montados, amenazando a la posición del mamelón. Los cnatro cañones de éste rompieron el fuego sobre el 11, causándole bastantes estragos, pero siguió avanzando con rapidez, mientras la artillería de Blanco Encalada apoyaba el ataque.

Primo de Rivera lanza a su vez la caballería (Morgado), la que carga con ímpetu. Las Heras se cierra en masa y espera, ordenando a Zapiola que cargue por su derecha. Los dos primeros escuadrones rechazan a la caballería enemiga, consiguen pasar a la izquierda del mamelón, apoyados por los dos de reserva mandados por Zapiola y siguen adelante en persecución de los derrotados, que se dispersan o se repliegan en desorden sobre la división Morla. Las Heras se mantiene en el cerrillo que indica el croquis en actitud de atacar el mamelón o de concurrir al ataque de la izquierda. Entre tanto el ala izquierda trepaba las alturas de la posición realista e iniciaba un movimiento envolvente. Los realistas se deciden a tomar la ofensiva. Ordóñez con su división y dos piezas de artillería avanza en dos columnas paralelas, seguido por los batallones mandados por Morla, en la misma forma y escalonados a su izquierda. Osorio, notando que quedaba sin reserva, mandó concurrir al centro de la línea las compañías de granaderos de Primo de Rivera.

Ordóñez, al encimar su división a una de las colinas, se encontró a distancia como de 100 metros al frente de la de Alvarado, trabándose inmediatamente un recio combate de fusilería.

El 8 de los Andes y el 2 de Chile, que ocupaban en un bajo la zona peligrosa de los

fuegos contrarios, sufrieron considerables bajas; el 8 se desordena luego de perder la mitad de sus fuerzas; el 2 retrocede también poco después. El 1 de Cazadores de los Andes despliega y rompe el fuego, pero a su vez se ve obligado a ponerse en retirada para evitar una total derrota.

Ordóñez y Morla con sus 3.500 bayonetas se lanzan en persecución del ala izquierda independiente, casi deshecha. En ese momento la artillería chilena de Borgoño abre sobre los vencedores un vivo fuego que los hace vacilar, y luego, por una lluvia de metralla que rompe sus columnas, deben retroceder. Al observar estas peripecias, Las Heras ordena a los Infantes de la Patria de Chile que ataquen el flanco de la división Morla, pero son rechazados.

San Martín, al notar el rechazo de su izquierda, dió orden a la reserva que cargase en su protección. El coronel de la Quintana, a la cabeza de sus batallones, descendió la loma, atravesó la hondonada y, efectuando con sus columnas una marcha oblicua hacia la izquierda, llegó al ángulo este de la posición enemiga cuando las columnas españolas se habían replegado a ella, rechazadas por los fuegos de la artillería de Borgoño. A la vista de la reserva los batallones de Alvarado se rehacen y entran en línea, mientras de la Quintana trepa las alturas del triángulo,

Aislado Primo de Rivera, privado del apoyo de la caballería y carente de las compañías de granaderos, quitadas por Osorio, emprendió su retirada dejando ahandonados sus cuatro cañones. El 11 y el Coquimbo convergen entonces hacia el centro persiguiendo a las fuerzas de Primo de Rivera y toman la retaguardia enemiga, mientras los Infantes de la Patria, rehechos, vuelven a concurrir al ataque de la izquierda. En el costado izquierdo San Martín ordena a los Cazadores Montados de los Andes y a los Lanceros de Chile, al mando de Freire, que arrollen la caballería de la derecha realista. Estos llevan una irresistible carga a los enemigos, los hacen pedazos y los persiguen largo trecho hasta dispersarlos completamente. Luego los escuadrones trepan la altura y amagan el flanco derecho de Ordóñez. La caballería enemiga ha desaparecido. La faz final del combate se libra entre las infanterías.

Los batallones de la reserva, al trepar la altura, encuéntranse de improviso con los batallones enemigos ocultos por un pliegue del terreno. El Burgos, que no había entrado en pelea, lo hace ahora. Las distancias se estrechan. La división Alvarado, rehecha en parte, concurre al ataque de la reserva, a la vez que Borgoño con ocho piezas marcha al galope a ocupar la puntilla del este. La derecha patriota, con la artillería de Blanco Encalada, convergen al centro y toman la retaguardia de los realistas. Los batallones españoles luchan con heroísmo. El general Osorio se entrega a la fuga y Ordóñez toma la dirección de la infantería española. El 7 de los Andes y el 1 de Chile cargan a la bayoneta y la escolta de San Martín junto con los otros escuadrones de esta ala cargan por su flanco izquierdo.

Los realistas rodeados, sin caballería y exhaustos de fatiga, empiezan a cejar, pero sin desordenarse. La reserva (6 compañías de granaderos), que era su última esperanza, no llega a tiempo. A las 14.30 Ordóñez emprende con serenidad la retirada y se refugia en la hacienda de Espejo.

San Martín redobla sus órdenes para que la persecución se haga vigorosamente, a fin de impedir toda reacción. La batalla estaba decidida pero no terminada; Ordóñez sin desmayar se había posesionado del caserío de Espejo y con una admirable sangre fría dispuso la defensa con habilidad y decisión, esperando el último ataque.

Después de una primera embestida patriota, a las 17, fracasada por falta de

preparación de artillería, una segunda, previo este requisito, tiene éxito, pasándose a bayoneta a cuanto enemigo se encuentra. Los realistas se dispersan; la batalla estaba ganada a la oración, con el aniquilamiento del adversario. No hubo persecución a fondo inmediata. Resultados: españoles, 1.000 muertos y muchos beridos, 2.200 prisioneros (entre ellos sus generales y muchos jefes), toda la artillería, 3.850 fusiles, etc. Patriotas: 1.000 entre muertos y heridos.

Comentarios. — Esta batalla, una de las más sangrientas, prolongada, reñida y de alternativas de la guerra de la independencia, fué, como la de Chacabuco, de aniquilamiento, pues se anuló casi totalmente el poder hispánico de Chile reunido para ella. En su desarrollo se evidencia especialmente, entre otros hechos destacables, la influencia que una reserva de fuerzas suficientes a base de infantería, bien situada y, sobre todo, empleada en momento y lugar oportunos, puede producir: en este caso el vuelco total de una situación desfavorable para los aliados; también muestra lo que una artillería atenta, resuelta y emprendedora, dispuesta a sacrificarse por el arma hermana, puede obtener aun siendo como en ese entonces de escaso poder de fuego, alcance y rapidez de tiro. Sobre el empleo de la caballería en la batalla no hay nada que agregar a lo que ya San Martín nos enseñó en San Lorenzo y Chacabuco: es lo fuerte de su táctica, lo mejor. Esta vez la persecución inmediata — aunque sólo próxima hasta "Espejo" — para terminar con el enemigo, era lo que correspondía en el momento táctico decisivo. Maipú produce las siguientes:

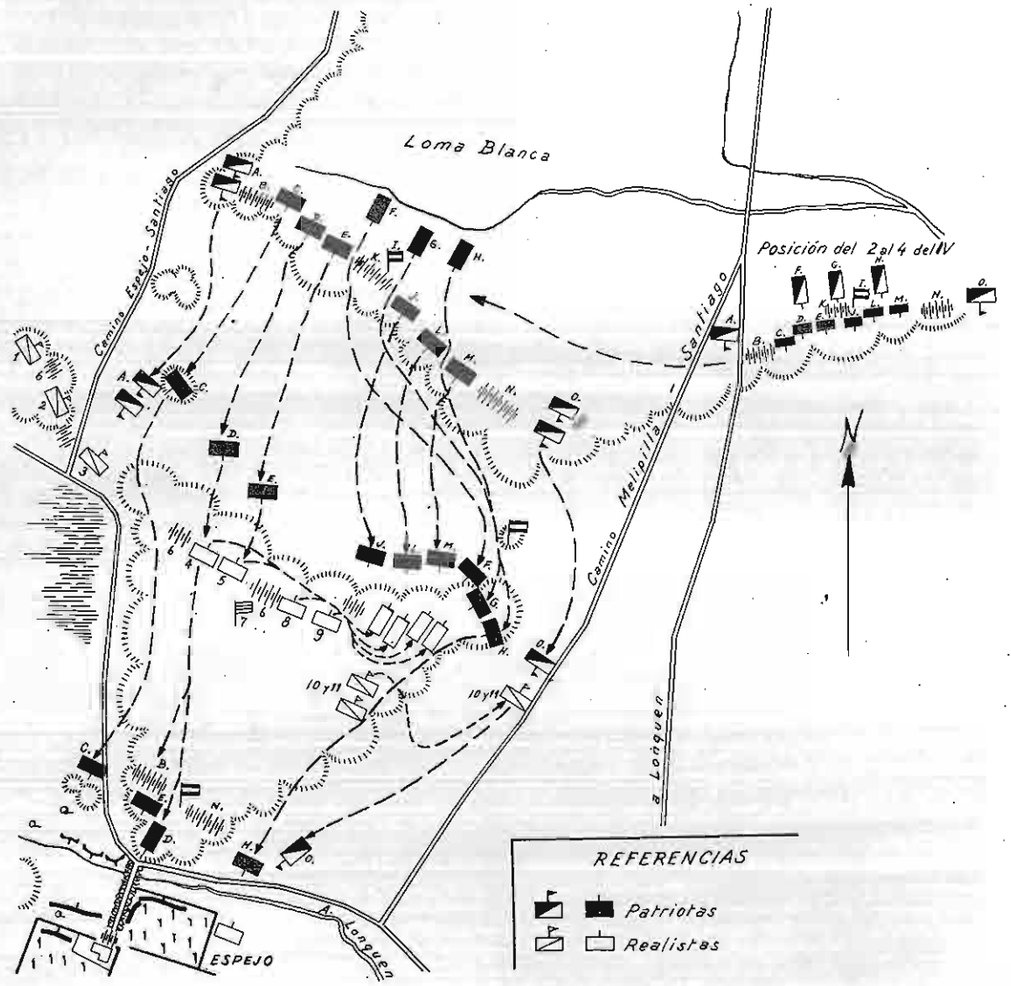
Conseeuencias. — *a)* Consagró la independencia definitiva de Chile; *b)* Dió la posibilidad de iniciar desde esta nueva base de operaciones la proyectada expedición libertadora a Perú, última etapa de la lucha de la emancipación sudamericana; *c)* Aseguró la incolumidad de la frontera occidental de Argentina contra eventuales ataques procedentes de la vertiente del Pacífico; *d)* Considerable impulso que recibió la prosperidad económica de los dos países, gracias al restablecimiento de sus relaciones comerciales, factor importante para la expedición a Perú; *e)* Solemne afirmación de la personalidad militar y política de San Martín y de las admirables cualidades militares del ejército aliado; *f)* Finalmente, facilitó a Bolívar las acciones decisivas de Carabobo y Boyacá.

CROQUIS

BATALLA DE "MAIPÚ" **13**

MAIPU
(5 - IV - 1818)

CROQUIS 13



A. Granaderos a caballo
B. Artillería de Blanco
C. Batallón N.º 11
D. » Coquimbo
E » Infantes de la Patria
F. » N.º 7
G. » N.º 1
H. » N.º 8 de Arauco

I. Comando Patriota
J. Batallón N.º 2
K. Artillería de Plaza
L. Batallón N.º 8
M. Batallón Cazadores de los Andes
N. Artillería de Borgoño
O. Cazadores a caballo
1. Compañía Cazadores

2. Compañía Granaderos
3. Dragones de la Frontera
4. Burgos
5. Arequipa
6. Artillería
7. Comando Realista
8. Concepción y Zapadores
9. Infantería de don Carlos
10 y 11. Drags. Arequipa y Chillán

CROQUIS
13

BATALLA DE "MAIPÚ"

CAPITULO XIX

CAMPAÑAS: *a)* DE ZAPIOLA Y LUEGO BALCARCE CONTRA OSORIO Y FINALMENTE CONTRA SANCHEZ EN EL SUR DE CHILE (1818-1819),* *b)* DE BLANCO ENCALADA, LUEGO COCHRANE EN EL PACIFICO HASTA SU DOMINIO (1818-1820) *c)* DE RAMIREZ OSORIO CONTRA GÜEMES EN EL NOROESTE ARGENTINO (1820)

a) CAMPAÑA DE ZAPIOLA, LUEGO BALCARCE, CONTRA OSORIO Y DESPUES CONTRA SANCHEZ EN EL SUR DE CHILE (1818-1819)

Causas. — Terminar con los restos realistas en el sur de Chile a fin de dominar todo el país; no dejar bases para la llegada de refuerzos enemigos; y disponer de la masa de las propias fuerzas en la expedición a Perú, sin tener que pensar en la retaguardia.

Las operaciones. — En seguida de Maipú, San Martín ordena el adelantamiento de O'Brien en seguimiento de Osorio; son débiles fuerzas que sólo alcanzan a tomarle a éste el equipo y correspondencia. Luego desprende a Freire, también con pocas tropas de caballería. Como después de Chacabuco una prosecución inmediata de las operaciones hacia el sur de Chile, para exterminar cuanto antes al enemigo, impidiéndole una reacción, tampoco se ha realizado después de Maipú. De aquí se ha salvado, más o menos hecho, el batallón Arequipa, y así se incorporan a Osorio en Talcahuano unos 600 hombres. Es cierto que esta vez no había que temer una reacción tan importante, como entonces, en que los españoles contaban aún con unidades frescas que no habían intervenido en la batalla, es decir, que no se imponía ahora continuar de inmediato con todo el ejército en una campaña que debía ser profunda y desgastadora; pero, por lo menos, debió salir inmediatamente fuerte caballería reforzada, con la misión de aniquilar a las tropas adversarias restantes y para ocupar la región sur, impidiendo la formación de nuevas fuerzas. A mediados de abril San Martín recién envía a Zapiola con sólo 250 granaderos, con la misión de terminar con el enemigo que se encuentra al norte del río Maule y explorar más al sur. El 18 este jefe de caballería llegaba a Talca y desarmando a los guerrilleros realistas y batiendo a algunos españoles dispersos, adelantaba la exploración a Talcahuano y más allá. Osorio entre tanto ha reorganizado sus tropas, reclutando nuevos hombres, y pedido refuerzos a Lima; con los efectivos que ha logrado reunir y en atención a los pocos elementos patriotas mandados al sur, se abasteció de víveres y conquistó las poblaciones de Parral y del Puerto de Quirihue, ocupadas por tropas de Zapiola, pero esta conquista le duró poco, ya que las fuerzas del mismo Zapiola las recuperaron en un audaz y sorpresivo ataque, en que el enemigo perdió 100 prisioneros.

***Ver Croquis Op. IV y Esbozo geográfico del oeste y Chile, pág. 66.**

Después de esto, reforzado Zapiola con el resto de los granaderos y el batallón Coquimbo y dos cañones, resuelve continuar hasta Chillán, a fines de julio. Llegado allí, se lanza sobre la ciudad sin un previo reconocimiento, ni prudencia y precaución. La ciudad fortificada y con 500 hombres de guarnición rechaza el ataque luego de encarnizada lucha. Pero, Osorio, sin esperanza de recibir refuerzos, termina en setiembre por abandonar el mando en manos del coronel Sánchez y embarcarse hacia Callao, con 700 hombres, 35 cañones y algún material de la plaza de Talcahuano. Quedaban aún en el sur 1.600 hombres en las regiones araucanas, al mando de dicho coronel. Eran fuerzas importantes, y, como corriera el tiempo, San Martín resolvió operar más enérgicamente que hasta entonces, con efectivos suficientes. Así, sobre la base de las fuerzas de Zapiola, constituyó el Ejército del Sur, que puso a órdenes de Balcarce y que llegó a contar 3.400 hombres y 8 cañones. Tenía por misión aniquilar o dejar en la impotencia al enemigo expresado.

El coronel Sánchez, sabiendo que debía bastarse a sí mismo, pues no recibiría refuerzos, ante esta nueva y poderosa amenaza, se corre más al sur, abandonando a mediados de noviembre de 1818 la población de Concepción y la desarmada plaza de Talcahuano; busca refugio en esa parte meridional, llegando a Los Angeles, luego de dejar en Chillán fuertes retaguardias. Freire, adelantado, llega a Chillán, donde se detiene hasta principios de enero en que aparece Balcarce con el grueso. Los patriotas, en la prosecución de su avance, van alcanzando a las fracciones enemigas y les infligen sangrientas pérdidas. En el pasaje del Bío - Bío, Escalada y Alvarado baten a varios escuadrones y partidas de infantería (19-I-1819). Además, consiguen cañonear lanchas y balsas, echando a pique varias, y toman 70 prisioneros y 5 cañones. Otros grupos de retaguardia realistas fueron alcanzados y dispersos tomándose más prisioneros y cañones. Mientras, Sánchez, con su ejército en esqueleto, llegaba a Valdivia. Así la campaña podía considerarse terminada, ya que el enemigo, mal armado, sin artillería ni condiciones de recibir refuerzos de ninguna parte, estaba imposibilitado para emprender operaciones de alguna importancia desde zona tan austral.

Consecuencias. — Del punto de vista del dominio terrestre de Chile la expedición a Perú podía ya realizarse, sin necesidad de distraer mayores fuerzas; bastaba dejar sólo algunas partidas de guerrilleros, apoyadas por corta tropa regular, para inmovilizar a ese adversario. Mas, cuando en febrero de 1820, Cochrane toma a viva fuerza la plaza de Valdivia, dejando a los españoles sin ninguna base de operaciones en Chile, y termina con el enemigo del sur, como se verá en seguida, ni esa protección fué necesaria.

b) OPERACIONES SUCESIVAS DE O'BRIEN, BLANCO ENCALADA Y COCHRANE HASTA EL DOMINIO DEL PACIFICO (1818-1820)*

Causas. — En el lapso referido de las operaciones terrestres en el sur de Chile, y después, se fueron desarrollando por parte de los patriotas operaciones marítimas en el Pacífico, en procura del dominio de este océano, condición previa indispensable, como lo hacía resaltar San Martín, para la realización de la empresa a Perú.

---

* **Ver Croquis Op. IV y V y Esbozo geográfico del oeste y Chile, pág. 66.**

El predominio en el sur. — Cuando la escuadra chilena apenas contaba con dos barcos importantes, la *Lautaro* [1] y el *Aguila*, fuera de algunas embarcaciones menores, casi sin valor combativo, se resolvió no obstante empezar las operaciones contra la española. Los realistas tenían en el Pacífico 10 buques principales y 8 a 10 lanchas cañoneras, con 331 cañones, pero subdivididos en agrupaciones, a lo largo del litoral extensísimo de Perú y Chile, con misiones de interceptación de las rutas y de bloqueo. Con este último fin actuaban en Valparaíso dos buques, los más cercanos a las fuerzas patriotas de mar y los que mayor perjuicio ocasionaban a las comunicaciones y al comercio exterior chilenos. Había que destruirlos, por consiguiente, antes que llegara una expedición que debía partir de Cádiz trayendo transportes de tropas a Talcahuano — pedidos por Pezuela —, escoltados por un barco de guerra importante: la fragata *María Isabel* [2]. Al amanecer del 27 de abril de 1818, y aprovechando que el barco enemigo *Pezuela* se había distanciado de su compañera, la fragata *Esmeralda*, los buques chilenos, al mando de O'Brien, lo atacaron con éxito, pero al volverse contra la fragata, sin haber terminado con el *Pezuela*, éste huyó, lo mismo que la otra, refugiándose ambos en Talcahuano; pero el mismo día los vencedores tuvieron la fortuna de rendir al bergantín *San Miguel*, que venía de Callao a Valparaíso, incorporándolo a la flota. Poco después ésta contaba con otros tres barcos adquiridos sucesivamente. Los vencidos en Valparaíso no tornaron al bloqueo. O'Brien murió en el combate.

El convoy realista. — Enterados los patriotas de que la expedición antes referida había zarpado de puerto español el 21 de mayo con la dicha fragata y diez transportes, dos de ellos armados, pensaron interceptarlos antes que pudieran desembarcar en Talcahuano los 2.500 hombres y 8.000 fusiles que traían. Con el refuerzo indicado, la escuadra chilena se dirigió al sur, en octubre, un mes después que Osorio se había retirado a Perú. Conducía la fuerza, compuesta por los barcos *San Martín*, *Lautaro*, *Chacabuco*, y *Araucano*, con 142 cañones y 1.100 tripulantes, en su mayor parte chilenos, el argentino Manuel Blanco Encalada [3]. En el viaje se supo que la *María Isabel* y cuatro de los transportes ya habían entrado a Talcahuano, habiendo los otros quedado rezagados por vientos y tempestades en el Atlántico. Más adelante y ya frente a Talcahuano, Blanco Encalada fué informado que los cuatro transportes, luego de desembarcar unos 800 hombres, habían proseguido hacia Callao quedando sólo la *María Isabel* en la bahía. Resuelto el ataque a ésta, dos barcos fueron a ello destinados y tuvieron éxito el 28 de octubre, debiendo los tripulantes de la nave vencida encallarla en la costa para que no cayera en poder de los patriotas, no obstante lo cual, éstos, tras mucho trabajo, pudieron ponerla a flote el 29, abandonando con su presa la bahía. Nuevamente reforzada así la escuadra chilena salió en busca de los transportes retrasados del enemigo, consiguiendo

---

[1] La fragata *Laularo* (ex *Windham*) comprada por 180.000 pesos en 1818 (850 toneladas y 48 cañones). Adelantándonos al relato diremos que después se incorporaron: el bergantín *Araucano* (270 toneladas y 16 cañones), adquirido en 1818 en Valparaíso; el bergantín *Galvarino* (ex *Lucy*) (390 toneladas y 18 cañones), de matrícula inglesa, adquirido en octubre de ese mismo año; la fragata *O'Higgins* (ex *María Isabel*) (1.220 toneladas y 50 cañones), tomada frente a Talcahuano, según se verá; a fines del año mencionado se cuenta en Valparaíso con el navío *San Martín* (ex *Cumberland*) (1.300 toneladas y 64 cañones), la unidad más poderosa que tendrá la escuadra chilena; en 1819 se cuenta con la corbeta *Independencia* (ex *Horacio*) (380 toneladas y 28 cañones), construída en EE. UU. para Chile; también se cuenta con la goleta *Moctezuma* (200 toneladas y 7 cañones), tomada por Cochrane en Callao en marzo de 1819.

[2] Expedición e itinerario conocidos por infidencia de la tripulación de la *Trinidad*, buque español amotinado, que recaló en la ensenada de Barragán (Buenos Aires).

[3] El mismo que en Maipú apoyó a Las Heras en su combate del ala derecha.

tomar sucesivamente a cinco y 700 prisioneros. Con esta acción se había obtenido el dominio en el Pacífico sur.

El dominio en el norte. — A lord Cochrane, nuevo almirante de la flota, famoso marino inglés, contratado por Chile a fines de 1818, le correspondería lograr el dominio en el norte; mas esto debía obtenerse con urgencia porque, a la sazón, se anunciaba la llegada al Plata de una gran expedición española, lo que requería la concurrencia allí de toda la flota. En 1818, con los barcos comprados y los apresados al enemigo, la escuadra tenía un poderío más o menos equivalente a la de los realistas. El 14 de enero de 1819 la escuadra zarpó de Valparaíso hacia Callao para batir a la española; pero esta segunda faz por la supremacía marítima, no habría de desenvolverse con la rapidez que Cochrane presumía. En efecto, los marinos españoles creyeron imprudente arriesgar su situación en una lucha en mar abierto, prefiriendo mantenerse bajo la protección de la plaza y sus cañones, para frenar a los americanos; en verdad habían perdido su moral a raíz de las derrotas ya sufridas. Siendo inútiles los esfuerzos y estratagemas para sacarlos del puerto, Cochrane tuvo que recurrir a otros procedimientos. A fines de febrero llegó así a la temeridad de atacar con sólo sus cuatro buques y 174 cañones a los cuatro barcos principales y otros armados realistas en sus fondeaderos [4], donde podían ser apoyados por los fuegos de Callao, formando un total de 500 cañones. El avance estuvo protegido por la niebla, pero, descubierto, cuando faltaban 300 metros, los barcos tienen que abrir el fuego. Tras rudo y desigual combate la flota chilena debe alejarse al anochecer, hasta ponerse fuera del alcance de la artillería enemiga. Los barcos españoles no persiguen; han sido dominados por la audacia y resolución de Cochrane. Al día siguiente éste reanuda el ataque; mas nuevamente sin fortuna. No importa. En la isla San Lorenzo se prepara en seguida para incendiar a la escuadra enemiga, y el 22 de marzo se aproxima, lanza un brulote cargado de pólvora; éste encalla y es destruído por el oponente. Tercer fracaso. A los dos días vuelve. Esta vez tiene más suerte, pues toma la goleta *Moctezuma*, varios barcos mercantes armados y algunas lanchas cañoneras. En seguida deja frente a Callao a Blanco Encalada con dos buques, y él sigue en crucero al norte (Guayaquil) con los restantes, apoderándose allí de alguna artillería en las costas y haciendo varias presas. Después vuelve a Valparaíso a reabastecerse y en setiembre de 1819 va de nuevo al ataque de Callao. Esta vez hace fincar el éxito en la acción de cohetes incendiarios; pero ni los buques ni las balsas pueden aproximarse suficientemente para el lanzamiento, por las estacadas de maderos flotantes colocadas por los españoles, que lo impiden. Algunas de sus lanchas son así hundidas y el *Galvarino* averiado. Optó entonces por otra iniciativa, interceptar un refuerzo naval a la plaza. Evita con esto que la fragata *Prueba*, de 50 cañones, entre allí, la obliga a huir y a refugiarse en Guayaquil. Pocos días después una parte de la flota chilena ataca en las inmediaciones de ese puerto a dos barcos españoles de 20 cañones cada uno, y rendidos, el 27 de octubre los conduce a Valparaíso. Planea ahora Cochrane tomar Valdivia. Deja dos buques en observación frente a la *Prueba*, va a Callao, incorpora su grueso y sigue al sur. Desde allí con sólo la *O'Higgins* se dirige a Valdivia, a donde llega el 18 de febrero de 1820; pero, una vez que reconoce el lugar, cree prudente volverse al norte para reforzarse a fin de tomar la plaza a viva fuerza y hacer creer en un desistimiento del ataque. Al salir, se topa con el bergantín *Potrillo* que venía de Callao y lo apresa. Incorporados dos barcos más, *Intrépido* y *Moctezuma*, y 250 hombres en Talcahuano, vuelve a Valdivia. El 3 de febrero rechaza a los defensores de la costa y el 5 ataca la ciudad y la toma.

Tras estos éxitos y aunque no se ha podido aún destruir los barcos refugiados en Callao, al año después de terminadas las operaciones terrestres en el sur de Chile, puede considerarse dominado el mar, pues los españoles no cuentan ya con ninguna base libre para iniciar operaciones de cualquier índole ni recibir refuerzos ni ahastecerse. Todos los puertos desde Guayaquil al Cabo de Hornos se hallan en poder de los independientes y Callao bloqueado. El Pacífico está virtualmente despejado para la gran empresa a Perú.

Consecuencias. — Aunque todavía quedahan los dichos barcos en Callao que, en un esfuerzo desesperado, algo podían intentar, no constituían un peligro, si eran vigilados por alguna fuerza naval de observación. En esta forma el transporte del ejército aliado expedicionario podía ser realizado con seguridad, lo mismo que ulteriores operaciones combinadas del ejército y la flota. El comercio español en el Pacífico quedaba destruído.

c) CAMPAÑA DE RAMIREZ OSORIO CONTRA GÜEMES EN EL NOROESTE ARGENTINO (1820)*

Causas. — Cuando el virrey Pezuela juzgó amenazada Lima por el mar y desde el sur territorial, trató de adelantarse a sus adversarios y, en operaciones por líneas interiores, destruir primero el del noroeste argentino — que le quedaba menos alejado — para luego enfrentar más libre y poderosamente al otro.

Las operaciones. — A los antedichos fines preparó un ejército al mando del general Juan Ramírez Osorio, quien con 5.000 hombres [5] invadiría Salta. Este jefe lo hizo en mayo de 1820. Sin duda se trataha de una de las ofensivas mas poderosas de los peninsulares y para contenerla sólo estaba Salta, con Güemes a la cabeza. Este, a raíz de la sublevación de Arequito (7-I-1820) y disolución del ejército patriota (ver IV Parte, 1er Per., Cap. VIII), resolvió no oponerse muy al norte, por sus escasos medios, a fin de alejar al invasor lo más posible de Lima, de manera que, aferrándose por sí mismo, no pudiera llegar a tiempo de cooperar en la contraofensiva que indudablemente se haría a la invasión sanmartiniana en Perú. Pensaba realizar la detención en el momento crítico para la ofensiva realista, es decir, cuando disminuído el poder del ejército adversario por las largas marchas y consiguiente inutilización del ganado, la enorme dificultad que le opondría, los menguados reabastecimientos, la precariedad de sus extensísimas líneas de comunicaciones, agravado todo esto por la conocida forma de actuar de las partidas salteñas, llegara el momento de oponérsele más eficazmente.

El general español tomó por ello en esta séptima invasión Jujuy, el 24 de mayo, y Salta, el 31 del mismo mes. Güemes resolvió entonces detener al adversario, el cual, apremiado en su misión y alejado del escenario de las operaciones principales, en su deseo de terminar pronto su cometido, había dividido las fuerzas para destruir simultáneamente a las distintas agrupaciones patriotas, contra las que operaba parcialmente. Así, mien-

[4] Fragata *Esmeralda* (44 cañones), fragata *Venganza* (44 cañones), corbeta *Sebastiana* (34 cañones), bergantines *Pezuela*, *Maipú* y *Potrillo*, goletas *Moctezuma* y *Aranzazú* y seis buques mercantes armados.

*** Ver Croquis Op. III y Esbozo geográfico del noroeste y Alto Perú, pág. 59.**

[5] 4.000, dice Mitre.

tras se combatía en Cerrillos (28 de junio) — cerca de Salta —, la agrupación vanguardia (Olañeta - Valdés), llegaba al río Pasaje, donde Francisco Gorriti (Pachi) le quitaba las caballadas a los húsares de Fernando VII, venciéndolos, por lo que aquélla tuvo que retroceder. El jefe realista convencido por estos fracasos de la imposibilidad de realizar su misión, emprendió la retirada precipitadamente el 5 de julio, en dirección a Tupiza, quedando desde allí en situación de concurrir hacia el norte, es decir, a Bajo Perú. Por ese entonces — 28 de julio de 1820 — llegábale a Güemes el nombramiento de general en jefe del Ejército de Observación sobre Perú, que le remitía San Martín. Poco después, cuando le tocaba cooperar en el plan del General de los Andes (agosto de 1820), la situación política interna en el noroeste, se lo impedía, porque, apropiado Aráoz del gobierno de Tucumán (11-XI-1819) y siendo él desafecto a la persona y política de Güemes, éste con una fuerte oposición dentro de la provincia de Salta, no podía realizar esa cooperación con sus solos medios [6].

Consecuencias. — Para los españoles resultó de las operaciones esbozadas el hecho que, si bien habían fracasado en su intento de derrotar a las fuerzas argentinas del noroeste, a fin de quedar en absoluta libertad de acción para volverse a Perú, como también en su propósito de atraer fuerzas del ejército de San Martín desde Chile al noroeste, siempre quedaban en condiciones de concurrir hacia el teatro de operaciones principal (Perú) para contribuir en la lucha decisiva que en el baluarte ibérico habría de producirse. Siendo las solas fuerzas de Güemes poco numerosas e inadecuadas operativamente para una invasión profunda, no podían constituir un peligro ni una seria amenaza para Alto Perú.

Desde el punto de vista patriota, la inexistencia del Ejército del Norte, desmembrado a raíz de Arequito (IV Parte, 1er Per., Cap. VIII), la debilidad de la fuerza de Güemes y su poca capacidad operativa, a la vez que la situación política en el noroeste, hacían que San Martín debiera descartar el apoyo que él esperó en su plan estratégico, desde esa frontera, debiendo concretar sus medios sólo a las relativamente débiles fuerzas del ejército argentino - chileno contra el poderoso ejército español de Bajo y Alto Perú.

---

[6] Güemes había pensado constituir un ejército de 4.000 hombres con los de su provincia, de los que ya tenía 2.000, y los que le proporcionaran las demás, habiendo recibido 400 húsares enviados por Bustos, de Córdoba; además le faltaban a Salta, armamento, ganado, etc. Las demás provincias, sin embargo, muy poco le suministraron en total, dado el estado de convulsión interior en el año 1820 y también en 1821.

CAPITULO XX

CAMPAÑA ANFIBIA DE SAN MARTIN CONTRA PEZUELA EN LA COSTA PERUANA (1820) *

Causas. — Con la campaña de los Andes la guerra contra España había tomado nuevamente un carácter ofensivo estratégico en su parte sur, siendo el triunfo de Maipú el primer paso efectivo hacia la emancipación definitiva de la América española. La expedición libertadora de Perú sería la coronación del vasto plan estratégico continental sanmartiniano, iniciado en 1817 desde Mendoza.

Plan estratégico de San Martín. — Vencidos los realistas en Chile y en Salta — donde habíanse frustrado sns intentos de avance al sur, como se vió — el general argentino planeó sus operaciones con una doble acción estratégica para mantener divididas las fuerzas peninsulares. Por el noroeste argentino se realizaría una operación ofensiva secundaria, con el Ejército del Norte desde Salta, el que debía invadir Alto Perú para aferrar allí al adversario, mientras San Martín, en la operación principal, actuaría contra Perú por el océano Pacífico, tomado como línea de opcraciones hasta su desembarco en el suelo enemigo. Simultáneamente se solicitaría la cooperación de Bolívar, en avance desde el norte, para destruir a las fuerzas restantes de España en América. Previamente a la invasión debía obtenerse el dominio en el Pacífico, que ya fué esbozado.

La anarquía política argentina causa retardante de la guerra. — Poco después de la constitución del primer gobierno patrio empezaron, como ocurre casi siempre en las revoluciones por la independencia de los pueblos poco maduros para la vida libre, los desacuerdos entre los revolucionarios sobre la forma y constitución del gobierno, y la lucha de las tendencias (en nuestro caso centralistas y federales), y a veces de las ambiciones. Esa incoherencia se prolongó con más o menos intensidad por muchos años, pero con una especial gravedad para la independencia en los diez primeros, con un lapso de gobierno sólido, los tres años del gobierno de Pueyrredón que, como vimos, fué tan favorable para la formación del Ejército de los Andes y las campañas de Chile. Esa convulsión política repercutió, para desgracia, en la conducción y ejecución de la guerra que estudiamos, ya que muchas veces los recursos de que podían disponer los gobiernos, debían ser distraídos para contener o reprimir — algunas veces sin éxito — los levantamientos de la oposición, en vez de ser destinados a aquella guerra. Los numerosos vaivenes y crisis resultantes de la lucha política de partidos y facciones, y consiguiente remoción de autoridades, traían aparejados cambios en los comandos superiores de los ejércitos, que, realizados en perjuicio de la unidad de criterio en la preparación y conducción de las operaciones, ocasionaban también descontento, dividían las opiniones en los oficia-

---

*** Ver Croquis Op. V y Esbozo geográfico de Perú,** [1] **pág. 75.**

[1] Para seguir minuciosamente las operaciones y las acciones táeticas de la guerra de la independencia en Perú véase el texto y especialmente la cartografía de la Historia Militar de Perú por Dellepiane (Biblioteca del Oficial).

les y producían la indisciplina (reemplazos de Ocampo en el ejército del noroeste, de Belgrano y después de Rondeau en el ejército de la Banda Oriental). Los intentos fracasados de reemplazos (de Rondeau en el Ejército del Norte y de San Martín en el de Mendoza) llevaron a los mismos resultados y al desprestigio del mando político por la desobediencia resultante. Esas mismas desavenencias políticas apasionadas condujeron a veces a segregaciones temporarias (alguna definitiva) de zonas del país, cuyos líderes, en vez de cooperar con el gobierno general, constituyeron por el contrario los enemigos más ahincados de éste. Tal ocurrió con la Banda Oriental, cuyo jefe, Artigas, en unión con sus ocasionales adeptos, los gobernadores de las provincias de Santa Fe, Corrientes, Entre Ríos y Córdoba, enfrentaron al gobierno de Buenos Aires, director de la guerra de la independencia, en lo que se llamó la guerra civil del litoral. Esta guerra, con alternativas casi siempre favorables a los rebeldes en cuanta acción militar se empeñaba, produjo la caída de los gobiernos de Alvear en 1815, de Alvarez Thomas en 1816, y de Rondeau, Soler y Dorrego en 1820 (ver IV Parte). A tal extremo llegó la subversión que en alguna oportunidad se pensó en desplazar los ejércitos del norte y de los Andes de sus zonas de operaciones, para sofocar la insurrección y, — en otras — se lo ordenó, realizándolo el primero, pero no el de los Andes por la "desobediencia genial" de San Martín. En enero de 1820, las causas apuntadas llevaron casi a la disolución de las fuerzas militares, produciendo la sublevación de Arequito, de las tropas del Ejército del Norte, que debían apoyar al gobierno contra los federales — con lo que se disolvió como tal — y la de un batallón del Ejército de los Andes, el 1° de los Andes (1.072 plazas), accidentalmente situado en San Juan (9-I-1820).

Todo lo expresado explica en parte el retardo que se produce en la consolidación definitiva por las armas de la revolución del Río de la Plata, a la vez que la demora y menor contribución de las Provincias Unidas para la expedición a Perú, que tratamos en este capítulo. También en Chile la política había producido demoras y entorpecimientos en igual sentido.

Las actividades de San Martín. — El general argentino, sin embargo, con tesón y paciencia, aunque enfermo a veces (fines de 1819), renunciante otras al cargo por especulación (setiembre de 1818, junio de 1819 y marzo de 1820); viajando a Buenos Aires en procura de recursos — que recién en febrero de 1819 empiezan a llegarle en numerario — y para abrir camino a sus designios y proyectos; continuando la guerra contra los restos armados españoles en el sur de Chile; propiciando la lucha en el mar para su dominio, a la vez que venciendo las dificultades que le creaba Cochrane; permaneciendo un lapso en Mendoza (1819), donde preparaba su caballería; y siempre con suma habilidad, logró seguir adelantando la preparación de su empresa. Obtuvo también lo fundamental: que el gobierno pobre de Chile continuara prestándole su ayuda para la expedición, respecto a la cual O'Higgins, mal aconsejado, se mostraba remiso, lo mismo que el pueblo chileno después de Maipú (1818), para lo cual, preferentemente, San Martín trasladó en enero de 1819 parte del ejército argentino a Cuyo, con los pretextos de que la guerra civil argentina lo exigía y de que debía llegar al Plata una poderosa expedición marítima desde España, lo que realmente se temió. Tal arbitrio decidió al gobierno de Chile, amenazado por la oposición política interna y por el enemigo de Perú — aparte del temor de que la masa del ejército argentino pasara también al territorio nacional — a cooperar pronto y debidamente en su plan. Pero el General de los Andes no limitó a Chile su gestión, sino que la extendió al gobierno central argentino (Buenos Aires) y a algunos de provincia, como el de Bustos, de Córdoba; López, de Santa Fe y Aráoz, de Tucu-



Almirante Alejandro Tomás Cochrane



General de división Guillermo Miller



Brigadier general Juan Alvarez de Arenales, marisca! de Perú



Soldado del 6 de infantería

mán, de las convulsionadas Provincias Unidas, exhaustas por la guerra intestina, de los cuales, el primero siguió allegando su indispensable concurso, aunque con prolongadas demoras, lo mismo que algunas provincias, destinado lo de éstas al ejército del noroeste, que debía realizar la acción secundaria.

Así transcurrió el lapso desde Maipú (abril 1818) hasta mediados de 1820, más de dos años, en que recién pudo realizarse la expedición, pero sin el concurso de fuerzas desde el noroeste argentino, que mucho pudieron gravitar con una ofensiva simultánea, para aferrar en Alto Perú importantes fuerzas españolas, lo que no se realizó por la disolución total del Ejército del Norte, como consecuencia de la sublevación de Arequito (ver IV Parte, 1er Per., Cap. VIII). Mas tampoco pudo contar la expedición de San Martín con la cooperación más limitada de Güemes y sus fuerzas, desde el noroeste, en los momentos más necesarios, porque éste también se vió arrastrado por la lucha intestina. En efecto, a su llamado, y al de San Martín, hecho a las provincias para que contribuyeran a su expedición a Alto Perú, habían respondido Córdoba y Santiago del Estero favorablemente; pero Bernabé Aráoz, gobernador de Tucumán, no sólo no le prestó auxilio alguno sino que quiso impedir que le llegasen los de aquellas provincias (400 hombres que le mandaba Bustos de Córdoba). Güemes, apoyado por Ibarra, de Santiago del Estero, dirigió entonces contra Aráoz una división al mando del coronel Alejandro Heredia, tucumano (fué quien trajo la caballería que Bustos enviaba para la operación secundaria contra los españoles). Aráoz, que estaba preparado con tiempo y que había tomado las armas que la nación tenía en su parque de Tucumán, puso sus tropas a órdenes del general Abraham González, el cual tenía como jefe de vanguardia al famoso coronel Manuel E. Arias, que fuera jefe de milicias de Salta, volcado ahora contra su jefe, tal vez porque éste se oponía a la autonomía de Jujuy, de donde era oriundo. El 3 de abril de 1821 las fuerzas de Güemes eran derrotadas en el Rincón de Marlopa, imposibilitándole su cooperación en la gran empresa libertadora.

Situación política y militar de Perú. — Cuando en 1810 las colonias del sur de América se levantaron contra la metrópoli, Perú permaneció ajeno a este movimiento. Dos causas principales explican el fenómeno, como primera el carácter heterogéneo de su población, formada en su mayoría de indígenas, esclavos negros, mestizos de indios y africanos, y españoles, con aspiraciones, costumbres, intereses e instrucción muy dispares; la segunda, que el poderío realista estaba, como se ha dicho en el Esbozo geográfico de Perú, allí, donde todos los intentos precedentes, especialmente de los indios, fueron pronta y sangrientamente dominados.

En 1820 el ejército realista contaba con 23.000 hombres muy bien armados y municionados, distribuídos en dos grandes agrupaciones principales: la de Bajo Perú de 8.000 combatientes, que defendía Lima; la que actuaba en Alto Perú, de 7.000 hombres; y el resto de las fuerzas en agrupaciones menores situadas en la costa, de Guayaquil a Arica, y en la Sierra. Disponía de arsenales de reserva en Lima y Callao y depósitos distribuídos en la Sierra. Conjuntamente con esta impresionante cantidad de fuerzas, la más grande y mejor que habían tenido los realistas en América, contaban en Perú con conductores de prestigio ganado, uno de ellos Pezuela, vencedor en Vilcapujio, Ayohuma y Sipe Sipe, otro, la Serna, general en jefe del ejército de Alto Perú, y los coroneles Canterac, Valdés, Ricafort y Carratalá, también probados. Sin embargo, influían en su contra los desastres sufridos en las Provincias Unidas y Chile, con la pérdida de casi toda la América en el sur, deprimente por cierto, y la oposición de parte de la pobla-

ción peruana, especialmente los indios. Ante esta situación general, fuerte, iba a iniciar sus actividades la expedición de San Martín, con un pequeño ejército, sin ninguna cooperación directa e inmediata desde otras fronteras. En el escenario general y mayor, España se mantenía a la defensiva estratégica en Quito, Venezuela y Alto Perú, ya vencida por tierra y en los mares.

Preliminares de la expedición. — Para realizar la segunda parte de su plan continental — la expedición a Perú — San Martín necesitaba, conforme a su plan estratégico, una escuadra que dominase el Pacífico. A ello se dedicó con el gobierno de Chile. Como ya hemos visto, en 1818, con los escasos medios disponibles se había producido el triunfo del capitán O'Brien, quien obligó a la escuadra española a levantar el bloqueo de Valparaíso. Sucesivamente reforzada la escuadra chilena con los barcos adquiridos y tomados al adversario, tras ruda, activa y audaz acción en el Pacífico, ha aumentado y dominado a la adversaria, culminando con la toma de Valdivia en 1820, y así puede considerarse obtenida la supremacía necesaria para emprender las operaciones combinadas concebidas. No obstante esto, la expedición no salía por las causas antes apuntadas. Las relaciones entre San Martín y Cochrane fueron para el primero un motivo más de preocupaciones, por el carácter rebelde y las ambiciones del almirante, quien pretendía hacer prevalecer sus planes, cifrados en operaciones corsarias y menores, sin ninguna perspectiva de resultados decisivos, para la terminación de la guerra. Preteudió también mandar la expedición.

En febrero de 1819 se había firmado un pacto de alianza entre los gobiernos de Buenos Aires y Chile "para poner término a la dominación española en Perú por medio de una expedición combinada".

Como con antelación al cruce de los Andes en 1817, antes de lanzarse al mar Pacífico en procura de las costas peruanas, San Martín había realizado la guerra que él llama "de zapa", una verdadera guerra de nervios, mediante informes falsos — pero aparentemente verídicos—, con los que a la postre, Pezuela, desorientado, estaba ignorante de los efectivos, lugares de desembarco y momento de la expedición. Por ello sus fuerzas, como las de Marcó del Pont en 1817, fluctuaban, tratando de ponerse en condiciones de responder a todas las eventualidades. Como contraparte, el servicio de espionaje y otros medios de información del Libertador, le procuraban los datos que le interesaban sobre los realistas, tanto de sus dispositivos como de sus recursos y estado moral. Supo despertar la disposición favorable del pueblo peruano hacia la expedición y su apoyo para aumentar los efectivos del Ejército, con una propaganda adecuada y tesonera desde Chile. Al mismo tiempo que se efectuaban estos preparativos, en la parte opuesta de la América del Sur, el libertador del norte, Simón Bolívar, realizaba el paso de los Andes ecuatoriales, librando en Boyacá el 7 de agosto de 1819 una batalla de consecuencias americanas similares a las de Maipú. Asegurada la libertad de Colombia, se dirigía sobre Lima, como San Martín.

El ejéreito chileno - argentino y la escuadra chilena. — El ejército expedicionario se denominó "Ejército Libertador del Perú" y se componía de unos cuatro mil cuatrocientos hombres (dos mil trescientos argentinos, y el resto chilenos), es decir, dos mil menos de los que San Martín consideraba necesarios. Llevaba el ejército treinta y un cañones de montaña, dos obuses y dos morteros; de los 652 hombres de caballería, doscientos no tenían caballos, que deberían conseguirse en Perú. Transportábanse también los servicios: intendencia, sanidad, maestranza, etc., preparado todo con la previ-

sión y minnciosidad demostradas para la invasión a Chile, y aún más, en vista de la enorme superioridad del adversario y otros factores contrarios que se verán. La ayuda chilena en esta primera fase de la empresa fué magnífica. Sin retacear el esfuerzo de Buenos Aires, que bastante hizo en medio de sus grandes dificultades políticas internas, que a veces ella misma se creó al provocar las guerras contra Entre Ríos y luego con Santa Fe (IV Parte), fué en el país trasandino donde se prestó el mejor concurso, costeándose la creación de la escuadra y el reforzamiento del ejército con grandes sacrificios.

La escuadra se componía de ocho buques de guerra y once cañoneras, con 247 piezas, tripulados por mil seiscientos marineros y soldados de desembarco, de los que mil eran chilenos y el resto en su mayoría ingleses, especialmente la oficialidad. El convoy lo constituían dieciséis transportes con provisiones para cuatro meses. Estos víveres se llevaban en vista de la imposibilidad de obtener recursos inmediatos en Perú, lo que era muy difícil de subsanar con las pequeñas incursiones planeadas al territorio enemigo. Llevaba también 15.000 fusiles, 2.000 sables y vestuario para 6.000 hombres con que dotar a las fuerzas que se movilizarían en Perú, y para los guerrilleros. El ejército era una fuerza bastante homogénea y de espíritu muy elevado, por los triunfos obtenidos en Chile y por la instrucción recibida. Cabe decir que, además del ejército expedicionario, quedaba otro en Chile para su seguridad interior, lo mismo que algunos buques pequeños con el mismo objeto. El logro de todo esto se debía especialmente a la perseverancia, previsión y esfuerzo de San Martín y cooperación de O'Higgins.

Plan de operaciones del Libertador. — Ya en los últimos meses antes de la partida el plan operativo era, en sustancia, el siguiente: transportar el ejército por el Pacífico para desembarcar en Pisco con el propósito de atraer hacia allí a las fuerzas de Lima; simultáneamente las fuerzas de mar contendrían a los restos de la escuadra española; en seguida, la masa de las fuerzas se reembarcaría para dirigirse sobre Lima, mientras el resto avanzaría por tierra hacia la Sierra para extender la insurrección, obtener recursos, etc.; esta agrupación debía reunirse luego al grueso en procura del objetivo general que era el de desalojar a los españoles de Lima; al mismo tiempo se amagarían desembarcos en la costa para dispersar al enemigo y desconcertarlo; logrados los refuerzos necesarios del país y los de fuerzas colombianas, cuyo pedido se encararía [2], se pasaría a la ofensiva contra las distintas agrupaciones enemigas.

El embarque de la expedición. — Mientras la escuadra y los transportes se reunían en Valparaíso, el ejército permanecía concentrado desde mayo de 1820, en el valle de Quillota y cuando aquello fué terminado, las tropas y demás elementos efectuaron el embarque, que se inició el 10 de agosto y terminó al día siguiente, por la simultaneidad de la operación, facilitada por la existencia de pequeños muelles flotantes mandados construir por el Generalísimo. La escuadra navegaría en tres agrupaciones: la de vanguardia (*Galvarino*, *O'Higgins* y *Lautaro*), el centro (*Araucano* y *Moctezuma* y las 11 cañoneras) y la retaguardia (*San Martín* e *Independencia*). Los transportes llevarían una formación similar.

La expedición desembarca en Perú. — El convoy del ejército libertador zarpó de Valparaíso el 20 de agosto de 1820, utilizando las tropas de desembarco 12 de los transportes [3]. El 7 de setiembre la escuadra llegó a la bahía de Paracas, 15 Km. al sur del

[2] El gobierno de Chile se dirigió en ese sentido a Bolívar en agosto de 1820.
[3] La capacidad del barco mayor alcanzaba a 800 toneladas; la del menor a 120.

puerto de Pisco, donde San Martín ordenó el desembarco y adelantamiento de una división de tropas (batallón 11 reforzado) al mando de Las Heras para que se apoderase de este último punto como cabeza de playa. El 12 se incorporaban dos barcos retrasados en la navegación. Un destacamento español de 600 hombres al mando del coronel de milicias, Manuel Quimper, encargado de la defensa del lugar indicado, lo evacuó, dirigiéndose a Ica. Por la medida apuntada el ejército pudo pisar tierra en la bahía de Pisco — en esta operación anfibia — sin ninguna oposición realista, terminando el 11. ¡La sorpresa se había producido! Al ocupar tierra peruana, el general San Martín dijo en su proclama estas palabras a los soldados: "Ya hemos llegado al lugar de nuestros destinos y sólo falta que el valor consume la obra de la constancia. Acordaos que nuestro gran deber es consolar a la América y que no venís a hacer conquistas sino a libertar pueblos; los peruanos son nuestros hermanos; abrazadles y respetad sus derechos como respetasteis los de los chilenos después de Chacabuco"

El plan de San Martín, como se dijo, consistió en mantenerse a la defensiva con la masa de su ejército en el norte de Perú, mientras que por medio de la política, la diplomacia, el trabajo de zapa, la propaganda y las acciones ofensivas de fuerzas secundarias, se formarían nuevas opiniones en el pueblo a favor de la revolución, y se lo levantaría para secundar y cooperar por todos los medios con el ejército libertador, hostilizando a la vez con gran intensidad a los realistas. Otro plan no era realizable dada la desproporción de las fuerzas.

Los realistas tienen en el momento de la invasión unos 8.000 mil hombres en la zona Lima - Callao, y adelantados hacia el Cañete y Pisco unos 2.000, estando los más cercanos a los patriotas, alrededor de 700, al mando de Quimper; unos 13.000 ocupan el sur de Perú y Alto Perú [4]. San Martín, luego del desembarco, destaca exploración hacia el valle del Cañete, para dar la sensación de que avanzará por tierra hacia Lima. Pezuela, al conocer la presencia de los patriotas en Pisco destacó otra agrupación, ésta de 260 hombres, para reforzar a Quimper, la que se situó en el Cañete; poco después adelantó una de 310 jinetes hacia Lurín, mandada por el general O'Reilly, constituyendo, a órdenes de éste, el conjunto, la vanguardia del ejército real. Luego, el 14 de setiembre, entabla negociaciones con San Martín para un armisticio; por éste, llamado de Miraflores, se pacta una cesación de hostilidades, que vence el 4 de octubre. Uno y otro adversario tratan por este medio de mejorar su situación militar, más que de llegar a un avenimiento. Expirado el plazo y conforme al plan, el general Ignacio Alvarez de Arenales es destacado a la Sierra con los medios y misiones que se narran en el capítulo siguiente.

Demostraciones en la costa. — Mientras Arenales llega a la Sierra, en la segunda quincena de octubre, San Martín reembarca el 23 el grueso del ejército, unos 3.000 hombres, en Pisco, para, con maniobras y demostraciones de desembarco, inducir a Pezuela a mantener su masa en Lima; así las operaciones en la Sierra se desenvolverían libremente. Por otra parte sus propósitos al desembarcar en Pisco se habían satisfecho: proveerse de ganados y otros abastecimientos, efectuar propaganda política, incorporar hombres [5] y lanzar la campaña a la Sierra. Ha permanecido cuarenta y cinco días en Pisco. El 29 de octubre los barcos de transporte protegidos por la escuadra llegan a Callao.

[4] El norte de Perú, desde Lima, está prácticamente desguarnecido.

[5] El atraso del barco en que venían los caballos impidió a San Martín incorporar al ejército los esclavos de la zona de Pisco pues sus amos los pudieron internar a tiempo, no obstante pudo incorporar 650 negros de la zona.

Realizada allí una demostración, se reanuda la navegación fondeando en Ancón (norte y cerca de Lima) mientras Cochrane queda con tres naves frente a Callao. En Ancón, el 3 de noviembre el Libertador desembarca y destaca pequeñas fracciones hacia Lima, para dar la impresión de que el ejército bajaba allí, y otra mixta de 240 hombres a las órdenes del mayor peruano Reyes — llevando al capitán Brandsen — hacia Huacho, para requisar ganado y abastecimientos y predisponer a los habitantes a favor de los patriotas. Así, accionando por mar y tierra, el comandante en jefe mantiene desorientado a Pezuela. Por su parte, Cochrane, en un atrevido y afortunado ataque a Callao, toma por abordaje, con 240 combatientes, la fragata española *Esmeralda*, importante unidad de guerra, el 5 de noviembre.

Torre Blanca. [6] — Conocida la presencia de Reyes, el virrey puso en marcha al norte al coronel Valdés, con una agrupación de dos escuadrones y un batallón, la cual alcanzó al convoy de reabastecimiento que aquél había reunido y que iba escoltando Brandsen con 40 jinetes. Valdés, con un escuadrón se adelantó el 11 por un callejón donde Brandsen lo cargó y lo obligó a replegarse sobre el otro escuadrón, huyendo luego ambos hasta protegerse con la infantería. Después de esto Reyes pudo proseguir con el convoy ocupando el valle de Huaura.

Desembarco general en Huacho. — El 9 de noviembre la escuadra continuaba al norte y el 12 el ejército había desembarcado en Huacho (150 Km. N. de Callao) y pasaba al norte del río Huaura, obstáculo de orillas altas y escarpadas, muy favorable para posición defensiva. Allí se situó en amplio frente y se fortificó, apoyando su derecha en el mar; en tal lugar podía cooperar con sus fuegos la escuadra en caso de ataque enemigo. Delante de la posición y hacia Lima se interponían extensos desiertos, privados de recursos, constituyendo una zona desfavorable para la ofensiva de patriotas o realistas. Por su parte el virrey, que contaba con 7.000 hombres, se situó afuera y al norte de Lima, en Aznapuquio, y adelantó una fuerte vanguardia de 2 escuadrones y 3 batallones —entre éstos el Numancia— hacia el Chancay. A las fuerzas que venían de Alto Perú, al mando de Valdés y Ricafort, ya reunidas, se les ordenó acelerar las marchas hacia Lima. Valdés, dejando las fuerzas a Ricafort se adelantó a Lima, recibiendo las misiones que se han visto. Canterac desde el sur de Perú con un batallón y dos escuadrones desembarcó en Cerro Azul y siguió también a Lima. Favorecido por la protección de toda la caballería patriota (700 jinetes) que se aproximó a Valdés, el batallón Numancia, de 1.000 hombres [7] que había quedado atrás se pasó a las filas independientes el 3 de diciembre. Poco después se conoció en el cuartel general el triunfo de Pasco obtenido entretanto por Arenales. Así, reforzado, y con la asegurada incorporación de Arenales, San Martín, situado al norte de Lima y dominando el mar, tenía también como cierta una posible concurrencia de Bolívar para la obra común de la independencia total de América. Pero Bolívar desde mediados de 1820 no prosperaba en su ofensiva en el sur de Colombia, pues los españoles, contando con el apoyo de los pobladores, se habían hecho fuertes en la provincia de Pasto, aprovechando los obstáculos y alturas del terreno montañoso y de selvas de Patía. Y a principios de 1821 las fuerzas bolivarianas sufrían un nuevo desastre salvándose sus restos por el armisticio de Trujillo. No se podía, por lo tanto, contar en el

[6] Mitre llama a este combate de Casa Blanca.

[7] 650 consignan Yaben y Mitre.

momento con esa colaboración esperada desde el norte por tierra. En cuanto a la concurrencia con trasportes por mar a Huaura, desde Trujillo, no se la intentó.

Como se puede comprobar, la diferencia de efectivos entre las fuerzas de Huaura — con las de Arenales,— y las españolas de Aznapuquio, es de poca monta en esta situación y, aunque favorable a los realistas, permite a San Martín realizar un ataque general, es decir, buscar la batalla.

Ataque patriota frustrado. — Por esto en enero de 1821 el general patriota planea un ataque a los realistas que en número de 6.000 cubren Lima desde Aznapuquio. Para ello cuenta con los 4.000 hombres de Huaura y los de Arenales (unos 1.000), situados en las nacientes del Chancay (100 Km). La operación debe ser rápida y sorpresiva, porque ya están próximos a Lima, Canterac y Ricafort (éste salía el 4 de Jauja), con cuyo concurso las fuerzas del virrey volvían a ser muy superiores. Para la empresa, las de Huaura avanzan el 5 de enero hasta el Chancay; la escuadra debe cooperar con sus fuegos y Arenales caer sobre el flanco derecho enemigo viniendo por entre el Chancay y el Chillón. La caballería patriota es adelantada al sur del Chancay para explorar y para asegurar el franqueo de este río. Así determinado, y en ejecución el plan, hay que suspenderlo, pues Arenales, como resultado de su penosa campaña en la Sierra, no puede llegar el día fijado — lo avisaba el 30 de diciembre —, debido al estado en que quedó su columna lucgo de atravesar una zona desértica. Si se lo espera, la sorpresa operativa se frustra y la incorporación de Ricafort y Canterac se realiza, no habiendo así probabilidades de éxito. Mantenerse sobre al Chancay no conviene, pues, como posición, es débil, la zona insalubre y faltan pastos, y además Cochrane se ha alejado de la zona. Por tales causas San Martín resuelve volver a la posición de Huaura, ante la posibilidad de un ataque enemigo, aunque el 8 se ha incorporado Arenales, pero con sus fuerzas exhaustas y habiendo perdido por la deserción buena parte de sus hombres, que no se resignan a abandonar sus hogares de la Sierra. Canterac, por su parte, ha llegado a Lima y no tardará en hacerlo Ricafort. El 13 de enero, protegido el grueso por la caballería, regresó San Martín a su dicha posición. Allí puede esperar el ataque enemigo y contraatacar. Una ofensiva que efectivamente habían preparado los realistas con el total de sus fuerzas contra el Chancay, cae así en el vacío, por lo que Pezuela debe volver a su posición de Aznapnquio a la que llega el 28. Temió tal vez que San Martín cayera por mar sobre Lima y la ocupara durante su ausencia. Al día siguiente la anarquía imperante en el ejército español hace crisis frente a los fracasos enunciados, terminando con la deposición del virrey Pezuela a quien reemplaza el general la Serna.

Después de su repliegue al Huaura, el general San Martín no realiza ninguna empresa de envergadura con la masa de su ejército, limitándose a las secundarias que, en seguida de la primera campaña de Arenales a la Sierra, se relatan. El estado sanitario de los hombres es muy malo, pues las endemias (fiebre amarilla) de la zona costera han hecho presa de ellos, y hay dos mil enfermos; los realistas no están mejor a este respecto.

CAPITULO XXI

PRIMERA CAMPAÑA DE ARENALES EN LA SIERRA CONTRA QUIMPER Y O'REILLY (1820) *

Causas. — Necesidad de sublevar los pueblos del interior de Perú en favor de los principios de la revolución, por San Martín sustentados, y de cooperar con una poderosa operación secundaria a las que el grueso realizaría por el norte del país, cuanto para reunir recursos de toda índole para proseguir la guerra.

Comienzo de las operaciones. — A esos propósitos salió de Pisco una agrupación de más de 1.300 hombres (dos batallones, medio escuadrón y dos cañones) que debían internarse en la Sierra bajo las órdenes del coronel Alvarez de Arenales — jefe muy experimentado en la guerra de montaña —, la que al regreso hacia la costa, para incorporarse al ejército, rodearía por el norte la ciudad de los virreyes. Esta columna, que partió el 4 de octubre, se dirigió a Ica, abandonada por los realistas; desde allí lanzó su jefe un escuadrón mandado por Rufino Guido hacia Palpa, el cual alcanzó al enemigo, del que, dos compañías se le pasaron y el resto se dispersó. Luego salió un destacamento hacia el sur, al mando del teniente coronel Rojas, en busca de Quimper, que dispone de unos 500 infantes, consiguiendo con sus 250 hombres (jinetes e infantes montados), darle alcance en la ruta a Nazca y derrotarlo en la primera quincena de octubre. Después Rojas destaca una fracción al mando del teniente Vicente Suárez y éste, en la zona de Acari, lo vence definitivamente el 16 de octubre, tomándole prisioneros y más de 100 cargas de munición. El destacamento regresa incorporándose a Arenales en Ica, el 19, dejando así asegurada la retaguardia de éste.

Mayoc. — Arenales reanuda el avance el 21, ocupa Huamanga y prosigue; al llegar al Mantaro se encuentra con que el adversario le cierra el paso hacia el norte. En efecto, el brigadier Montenegro con 600 hombres, algunos recién mandados por Pezuela, y dos cañones, estaban allí. El jefe patriota no podía regresar ni demorar su avance, combinado con San Martín, porque Ricafort, con fuerzas superiores, venía en su busca desde el sur. Resuelto al ataque inmediato, lo realiza sorpresivamente el 11 de noviembre, avanzando en dos columnas contra sendos puentes guardados por el enemigo; pero con su centro de gravedad por el punto de pasaje defendido más débilmente, llamado de Mayoc. Consiguió así pasar allí el grueso y amenazar por la espalda a la guarnición del otro puente lo que produjo la retirada general del enemigo hacia Huancayo; perseguido tenazmente por el mayor Lavalle y alcanzado el 20 en las inmediaciones de Jauja, fué de nuevo y totalmente derrotado. La persecución sigue desde aquí al mando de Rojas, con 50 de caballería y 1 batallón, quien alcanza los restos del enemigo en Tarma el 23 y los aniquila, tomando prisioneros, 6 cañones, 500 fusiles y 50.000 cartuchos, que suma a los

---

*** Ver Croquis Op. V y Esbozo geográfico de Perú, pág. 75.**

caballos, etc., antes apresados. Con las armas y demás elementos tomados, Arenales constituyó cuerpos de milicias que quedaron en la Sierra a las órdenes del coronel Otero, para sostener allí la insurrección y retardar el avance del enemigo sobre sus espaldas.

Pasco. — En la prosecución del avance general patriota se produjo el 6 de diciembre de 1820 el combate de Pasco, entre las fuerzas de Arenales, unos 900 hombres (740 infantes, 120 jinetes y 4 cañones), y un destacamento realista de 1.300 hombres (2 batallones, 1 compañía de milicias, 2 escuadrones y 2 piezas), salido de Lima el 13 de noviembre. Este destacamento debía operar de concierto con Ricafort, que avanzaba, aunque lentamente, desde el sur, para aniquilar a Arenales, pero tal refuerzo no llegó a tiempo porque éste, interpuesto, derrotó a aquél completamente, como se verá en seguida. El general O'Reilly se había atrincherado en una fuerte posición al sur de la aldea de Pasco, para cerrar a los patriotas su camino hacia Lima y para esperar desde allí la llegada de Ricafort. La posición era dominada desde el cerro Uliachiu. Arenales, que la reconoció el 5 de diciembre se propuso sorprender a su adversario escalando dicho cerro, — considerado casi inaccesible, — para caerle en una rápida acción frontal, que le evitara largos y complicados movimientos envolventes por la serranía. El día 6, llegados a la cumbre la infantería y los cuatros cañones, tras enormes dificultades, éstos abrieron el fuego, para que el enemigo descubriera su posición, mientras la caballería a las órdenes de Lavalle, seguía de reserva. La infantería, en tres columnas, descendió luego la pendiente, acompañada por la artillería. En su posición, los realistas tenían la infantería en el centro y en la izquierda y la caballería escalonada en la derecha; habían adelantado 2 compañías de cazadores desplegadas. A eso de las 13, después del lento descenso, la infantería de Arenales llegaba al pie del cerro y tras de recibir una descarga sin mayor eficacia de los cazadores, los asaltó y dispersó, para pasar en seguida al ataque de la infantería de la posición, la que huyó presa del pánico. Simultáneamente, el escuadrón Lavalle se lanzó sobre los jinetes realistas, los que sin esperar la carga se dieron a la fuga. Los patriotas tuvieron 11 muertos y 32 heridos; los realistas 58 y 20, respectivamente. Cayeron en poder de Arenales, comprendida la persecución en 100 Km., 343 prisioneros, entre ellos O'Reilly y el teniente coronel Andrés de Santa Cruz — gran figura después en la política sudamericana —, 2 cañones de montaña, 360 fusiles, el parque, etc. Fué una acción aniquiladora. Este resultado se debió a las muy superiores condiciones de instrucción y moral de los vencedores, con relación a los vencidos.

Con esta gloriosa jornada, la primera de importancia táctica en la serie de éxitos logrados, Arenales dejó establecida en la Sierra la superioridad militar de la causa libertadora y abierto el camino para unirse a San Martín, situado en la costa.

Vencido O'Reilly, Arenales podía incorporarse al grueso del ejército, según lo vimos, el 8 de enero. Con sus actividades la campaña llenó cumplidamente uno de sus objetivos — el de efectuar una poderosa diversión hacia allí — y en parte, otro, el de provocar la insurrección del país. Sus adecuadas disposiciones y la celeridad de los movimientos, lo permitieron. Situado en Tarma con alguna tropa, el mayor Félix Aldao (ex capellán del ejército) permaneció en la Sierra.

Entre tanto Ricafort, reforzado, había seguido el avance con su ejército de Reserva, procedente de Arequipa, exterminando implacablemente en espantosa carnicería a los indios sublevados durante las operaciones de Arenales, que se le opusieron casi sin armas, en Huamanga (29 de noviembre), Cangallo (2 de diciembre) y Huancayo — aquí mandados por Aldao — (29 de diciembre), pero en cantidades muy crecidas. Del último punto Ricafort se dirigió a Lima, cumpliendo órdenes de Pezuela.

Balance de las operaciones generales. — En poco más de tres meses de operaciones y en ejecución del plan estratégico, San Martín había realizado el embarque y transporte de su ejército por mar, sin dificultades de verdadera importancia, como consecuencia de la preparación correcta de los medios, lo mismo que de su ejecución; en esto, si bien la cooperación marinera estuvo a cargo del capaz almirante Cochrane, la realización de la combinación en el empleo de las fuerzas de tierra y mar para el desembarco sorpresivo en Paracas y Pisco, lo mismo que en Ancón y Huacho, fueron de su incumbencia como generalísimo, demostrando conocimientos serios sobre las operaciones combinadas y, en éstas, de las anfibias, tan difíciles de ejecutar coordinada, simultánea y adecuadamente; en ese período había provocado una revolución en Guayaquil y quitado al enemigo mil quinientos hombres; conquistado todo el norte del país, de Guayaquil al Chancay, dispersando otros tantos soldados; recibido el contingente de un batallón de 1.000 plazas (el Numancia) que se le pasó; como 500 voluntarios y otros tantos desertores; sublevado gran parte del interior del Perú y de los alrededores de Lima; derrotado, muerto o aprisionado más de 2.000 hombres en la campaña de la Sierra; adquirido la preponderancia moral; consolidado su situación política y militar; y, estrechado el asedio, la capital de Perú estaba amenazada de sucumbir sin combates. Una gran batalla, tal vez, no hubiera dado mayores resultados. Todo eso se había logrado con algo más de 4.000 hombres contra 23.000. El éxito daba la razón al general argentino, demostrando que su plan inicial era el único posible por la desproporción de fuerzas.

Comentarios. — Frente a los procederes que han llevado a los resultados antes mencionados, Pezuela ¿qué ha hecho? Tiene en un principio, según se sabe, unos 10.000 hombres a mano: 8.000 en Lima y Callao, y 2.000 un tanto adelantados en el sur; de éstos, 700 en Pisco y el resto en el Cañete; sin contar 13.000 en el sur de Perú y en Alto Perú, parte en avance hacia el norte. Esto contra sólo algo más de cuatro mil hombres de San Martín, subdivididos: algo más de mil, en la Sierra, y poco más de 3.000 en sus propias manos. Y en presencia de la invasión en Pisco nada resuelve el virrey que no sea reforzar algo a Quimper. Es claro que lanzarse con la masa al sur podía ser caer en el vacío allí, mientras San Martín reembarcado, tal vez ocupara Lima, centro del poder político español; pero una localidad, por importante que sea, no es el objetivo final de una guerra o campaña, siéndolo el destrozamiento de las fuerzas de campaña del adversario. Tampoco se resuelve Pezuela por una ofensiva a fondo contra la posición del Huaura, cuando la masa del ejército aliado está allí; también es cierto que subsistía el peligro de la pérdida de Lima por un desembarco de San Martín, y se presentaba la difícil y penosa travesía de la zona desértica y malsana de la capital hasta el obstáculo ocupado y fortificado; pero, por quedarse en Lima en ambas ocasiones y por retroceder después, cuando se resuelve por la ofensiva hasta el Chancay, tuvo su sucesor que abandonar y perder lo mismo Lima, pero ahora con un ejército desmoralizado por la inacción e irresolución de su comandante en jefe primitivo y por las infructuosas acciones parciales secundarias emprendidas con pequeños destacamentos, a la vez que por el estado sanitario deplorable que lo disminuyó en número y calidad.

Perdido el dominio del mar, y por consiguiente, la ayuda exterior, y una eventual retirada por él, la zona del interior realista o base de operaciones era, sin duda, la Sierra, donde existían los más de los recursos para subsistir y, donde, llevando los de combatir, que se tenían en Lima y Callao — como después por la fuerza de los hechos tuvo que realizarlo la Serna — se podía proseguir indefinidamente la guerra. Por lo tanto, debió buscar la batalla, maniobrando hacia el sur primeramente en busca de San Martín,

no para llegar a Pisco desde un principio, sino para caerle y librar la batalla si seguía al norte (proceder semejante al de San Martín y O'Higgins en el sur de Chile, ante el desembarco de Osorio en Talcahuano) y en caso de reembarcarse aquél, retroceder, sin temer fundamentalmente la caída de Lima, ciudad por la que, perdida, podía luchar si lo creía conveniente, o sitiarla, aniquilando primero a Arenales, con lo que su superioridad sería tal que el éxito no resultaba problemático. Si en cualquiera de las empresas resultaba derrotado, ahí estaba la Sierra hacia la cual podían llegar también muchos de los 13.000 hombres del sur de Perú y de Alto Perú para reemprender la ofensiva, lo que no podía evitar Arenales; por el contrario, éste, alejado de San Martín, sería presa fácil frente a la masa realista. Algo semejante pudo hacerse contra San Martín en Huaura o cuando se retiró del Chancay. En toda empresa de guerra hay peligro de perder, de errar y casi siempre grandes sacrificios que imponer a la tropa, pero, peor es siempre no hacer nada o diseminarse o realizar las cosas a medias o a "puchos", como procedió Pezuela, impidiendo además las empresas de los subalternos audaces al estilo de Ordóñez — lo tenía en Valdés — que son los que mantienen, por esta cualidad — aunque conduzcan a fracasos eventuales — el espíritu ofensivo, sin el cual y sin tesón, no se triunfa en la guerra. Esperar a contar sin dudas con todos los factores del éxito para obrar a fondo, sin arriesgar, en una palabra, es generalmente proporcionar ventajas al enemigo más débil que busca su fortalecimiento militar y político justamente en el tiempo, constituye por ello, otro error del virrey. En cuanto a las plazas pueden proporcionar un aumento de poder defensivo, pero debe recurrirse a ellas cuando se es inferior al enemigo, o como un refugio en caso de derrota, cuando hay probabilidades de seguro apoyo o refuerzo ulterior de otras fuerzas. En el caso de Pezuela el apoyo próximo y eficaz vendría del sur y no del mar, y en la derrota era mejor ir hacia esas fuerzas que encerrarse en Callao. En conclusión; el virrey Pezuela se dejó atraer demasiado por las plazas (política: Lima; fortificada: Callao), lo que gravitó en su inacción o irresolución con los consiguientes errores.

Consecuencias. — Las dos campañas reseñadas, que terminaron favorablemente para San Martín, tuvieron como consecuencias: el dominio moral del ejército aliado sobre el adversario, factor preponderante para proseguir la lucha y triunfar en los lances tácticos; facilitaron, estimularon y despertaron el patriotismo de las masas populares, necesario para la cooperación que debían prestar en la contienda en el sentido de aumentar los efectivos, disminuyendo los del enemigo; dieron la posesión de buena parte del territorio del norte peruano, como campo operativo asegurado, desde donde, por su situación, quedaba facilitada la cooperación de Bolívar, si éste triunfaba y se resolvía por una acción conjunta que había considerado necesaria desde 1819 y que ahora podía ser directa.

CAPITULO XXII

CAMPAÑA DE COCHRANE Y MILLER EN PUERTOS INTERMEDIOS (1821) *

Causas. — Distraer fuerzas del virrey hacia el sur de Perú, para facilitar las nuevas operaciones de Arenales en la Sierra; impedir las comunicaciones de aquél en esa parte del país y contribuir a la insurrección general contra los peninsulares. Esto unido a una segunda expedición a la Sierra, de Arenales, y de un amago de San Martín con las fuerzas del Huaura sobre Lima.

Las operaciones. — Para apoyar la rebelión de las fuerzas que guarnecen Callao, convenida previamente con algunos jefes de la plaza, se conceden al almirante Cochrane algunas tropas del ejército; pero la empresa fracasa pues con el cambio de virrey, también fué relevada la guarnición y se la reforzó, por un conocimiento vago que se tuvo de la conjuración. Después de esto el almirante es encargado de una expedición de carácter anfibio hacia el sur, con los propósitos indicados. Mandará las fuerzas terrestres, que alcanzan a 700 hombres (600 infantes y 100 granaderos a caballo), el teniente coronel inglés Guillermo Miller. Sale la expedición de Huacho el 13 de marzo de 1821.

El desembarco se produce el 20 de marzo en Pisco y los expedicionarios ocupan en seguida Chincha. La Serna envía 200 hombres al mando del teniente coronel García Camba contra Miller, quién se sitúa a 40 Km. de éste. Después Cochrane intenta sendas acciones contra Callao y Cerro Azul, sin resultados favorables. Atacados de paludismo las tropas y jefes terrestres de ambos bandos, las operaciones se paralizan hasta el 22 de abril, momento en que Miller y los suyos, aumentados con 100 negros peruanos, embarcaron hacia los puertos del sur, mientras los 180 enfermos siguieron a Huacho (Huaura).

Por entonces, en Arequipa y Cuzco se había producido un estallido patriótico, que, por sus escasos efectivos, fué sofocado. El 6 de mayo Miller desembarca con sus 250 hombres en Sama; de allí destaca al mayor Soler hacia Arica con los granaderos, la que ocupa el 11, tomando prisioneros, mientras el mismo Miller sigue con el resto y ocupa Tacna el 14. Mucho botín se ha obtenido ya entre dinero, mercaderías, etc., aparte de prisioneros y pasados.

Mirave. — Ante estos movimientos, el general Ramírez Orozco, comandante del ejército de Alto Perú, destaca tres pequeñas columnas que, después de reunidas en Torata, deben continuar sobre Tacna. El jefe rebelde, perfectamente informado del avance de las distintas fracciones enemigas, resolvió atacar a la de La Hera, procedente de Arequipa, que era la más fuerte, antes que se le reunieran las otras. Desde Sama avanzó alcanzando el 21 de mayo, después de marchas por montañas, Mirave, donde estaba La Hera esperando la incorporación de Rivero. El jefe español se había situado para la defensa al norte del río Locumba, con 520 hombres (320 infantes y el resto jinetes). Miller, cuyas fuerzas habían subido a 450 hombres (310 infantes, 140 jinetes y 2 coheteras),

---

* **Ver Croquis Op. V.**

inició en la noche del mismo 21 el pasaje del río y el 22 atacó, estableciendo su centro de gravedad a la derecha, y así, luego de 15 minutos, consiguió encerrar a los realistas contra un barranco del río donde los venció, ocasionándoles 150 bajas, entre muertos, heridos y prisioneros; los patriotas sólo tuvieron veinticinco fuera de combate. Rivero que llegaba con doscientos hombres se retiró al comprobar que lo hacía tardíamente.

Moquegua y Calera. — Tras el combate Miller persiguió, alcanzando el 24, luego de una marcha forzada, a los dispersos de La Hera en Moquegua, donde el capitán argentino Suárez los cargó, causándoles veinte muertos y tomándoles prisioneros. Ya el 26 el jefe independiente dió con Rivero en Calera, después de recorrrer sesenta Km. en un día. El enemigo se desbandó pasándose a los patriotas muchos hombres y cayendo otros prisioneros. Hasta el momento, en menos de quince días, han sido muertos, apresados o puestos fuera de combate, mil enemigos.

El reembarco. — Pero el avance no se prosiguió, pues informado Miller de que venían contra él fuerzas importantes de Ramírez — a las que se habían unido los dispersos de los combates indicados — resolvió retirarse a Tacna y luego del armisticio de Punchauca, a Arica, donde apremiado por La Hera, que venía con mil seiscientos realistas, reembarcó el 22 de julio en algunos transportes mercantes tomados por la fuerza, ya que Cochrane, creyendo que la expedición había fracasado, se había retirado de esas aguas con la escuadra. Las fuerzas independientes desembarcaron en Pisco el 1° de agosto, obligando al jefe español Santalla, que ocupaba la costa, a retirarse; éste, alcanzado en Nazca fué batido allí, y luego en Copari y Caguachi, tomándosele ciento ochenta prisioneros. Las fuerzas de Miller se incorporaron en seguida por mar al ejército aliado, que a la sazón ocupaba Lima. Había cumplido aquél muy bien su misión; no era posible lograr más con tan escasos medios. Distrajo la atención y fuerzas enemigas hacia el sur, mientras Arenales actuaba en la Sierra, y con un ardiente espíritu ofensivo y gran rapidez operativa resolvió sus problemas militares, ultimándolos con aciertos tácticos — llevando siempre la iniciativa —, que le produjeron gloria, no obstante ser de poca importancia, lo que no resta méritos a su actuación. El enlace, combinación o cooperación con Arenales lógicamente no se pudo realizar a tan gran distancia y con nuevos enemigos.

CAPITULO XXIII

SEGUNDA CAMPAÑA DE ARENALES, ESTA VEZ CONTRA CARRATALA EN LA SIERRA (1821) *

Causas. — Contribuir a la evacuación de Lima por los realistas, al privarlos de los recursos para subsistir que recibían del interior, ocupando a la vez la zona en que pudieran rehacerse y, como siempre, extender la insurrección. Esta empresa se haría en combinación con un amago contra la plaza virreinal y con la campaña encomendada a Cochrane y Miller, ya reseñada.

*** Ver Croquis Op. V y Esbozo geográfico de Perú, pág. 75.**

Ataura. — En la oportunidad de bajar Ricafort a Lima dejó en el valle del Mantaro al coronel Carratalá con 500 hombres. San Martín, por su parte, había reemplazado al mayor José Félix Aldao (el fraile) en el mando de las fuerzas dejadas en la Sierra — y que ahora estaban en Oyón — por el coronel Gamarra, recientemente pasado a los patriotas, quien llevó refuerzos de oficiales, y tropa, el 15 de febrero, para oponerse mejor al citado coronel realista.

El virrey la Serna lanza por entonces varias columnas contra los indios sublevados en la Sierra, siendo la principal una de 1.200 hombres, al mando de Valdés, la que parte de Lima el 25 de marzo, uniéndose a la de Ricafort, que ha salido antes, formando un total de 2.000 plazas, al mando del segundo. Este prosigue hacia Jauja, manteniendo a Valdés adelantado con la caballería. El 10 de abril este último ataca en Ataura a una multitud de como 3.000 indios, que pretende interponérsele, y la dispersa sin más, tomándole el único cañon con que cuenta y sus pocas armas; y produciéndole 500 muertos. Continuando hacia el norte, desde Pasco, Ricafort destaca al coronel Carratalá contra Oyón, donde se encontraba Gamarra, pero éste había retrocedido a Huaura. En seguida el jefe español, dejando a Carratalá en aquel lugar, volvió con las demás fuerzas a Lima. En el retroceso por la quebrada de Canta, Ricafort sufrió el ataque de los montoneros que le ocasionaron bajas importantes y dificultades, y lo hirieron. La campaña no produjo a los realistas ninguna consecuencia favorable importante desde el punto de vista estratégico.

A fin de marzo llegó a Perú un comisionado del gobierno de España para buscar una solución a la guerra.

Operaciones contra Carratalá. — Entre tanto, aparte de la campaña ya reseñada en Puertos Intermedios, que dirigieron Cochrane y Miller, se inició la segunda campaña a la Sierra al mando del mismo Arenales, y un avance de las fuerzas restantes. La de los primeros, según se sabe, fué para interceptar las comunicaciones de Lima con el sur. El objetivo de las operaciones de Arenales era batir a las tropas de Ricafort y Valdés, que por allí operaban, marchando decididamente sobre ellas, combinándose eventualmente con Miller. La agrupación destinada a la Sierra salió el 21 de abril de Huaura hacia Oyón; contaba con 2.500 hombres (3 batallones, 1 escuadrón) y cuatro cañones de montaña, de los 5.800 del ejército independiente. En el resto quedaban muchos enfermos de fiebres; el mismo San Martín las sufrió. El 9 de mayo Arenales tuvo conocimiento en Oyón que Ricafort y Valdés se habían replegado sobre Lima, quedando solo Carratalá con unos 500 hombres en la Sierra, quien, a la sazón, había abandonado el punto en que lo dejamos. En su persecución, tres veces intentó Arenales obligarlo a una acción; pero en las dos primeras, aquél esquivó — procediendo con acierto — a Alvarado y Gamarra, respectivamente, adelantados por Arenales con fuerzas móviles; y en la tercera, en plena ejecución, se recibió el aviso del armisticio de Punchauca entre San Martín [1] y el representante del rey, ya expresado, debiendo suspenderse el movimiento. Luego de una feliz acción en Huando (29 de junio), terminado el citado armisticio, en que Alvarado derrotó a un batallón enemigo de avanzadas, cuando iba a perseguir al res-

---

[1] Este armisticio, en lo que se refiere a San Martín, se debió también al estado lamentable en que se encontraba su ejército por las enfermedades. En el proyecto del general argentino se proponía: la independencia de Perú; una junta gubernativa de tres personas, una nombrada por San Martín, otra por el virrey y la tercera por la capital; se redactaría una constitución provisional; se invitaría al rey a designar un infante de su dinastía para coronarse en Perú; etc. Aprobado el proyecto por el virrey, al final, los jefes del ejército no lo aceptaron.

to, supo la prórroga del armisticio por ocho días más. Carratalá, a raíz de esto se retiró a Huamanga, y Arenales, a Jauja.

Canterac evacua Lima. — Las citadas operaciones de los patriotas en la Sierra, donde podían establecerse por mucho tiempo privando de los mayores recursos a Lima, y la falta de víveres, el mal estado sanitario de las fuerzas y su desmoralización, decidieron a la Serna por el abandono de la capital, que tanto cuidó Pezuela. La evacuación debía hacerse en dos escalones sucesivos. Partió el primero con 3.500 de tropa a órdenes de Canterac, el 26 de junio, hacia el sur, siguiendo por la costa hasta la quebrada de Cañete, luego por ésta hacia el este y finalmente buscando la reunión con Carratalá, hacia el norte, siendo hostilizado en el trayecto por los guerrilleros.

Una ocasión perdida. — De estos movimientos tuvo conocimiento Arenales y, resuelto a atacar a Canterac, cuando descendiese de la cordillera al valle del Mantaro, se puso en movimiento hacia el sur, por dicho valle, llegando a Huancayo; contaba ahora con más de 4.300 hombres, incluso los voluntarios incorporados; pero en la noche del 12 al 13 de julio, antes de amanecer, estando relativamente cerca del enemigo, que marchaba hacia Huancavélica, recibió carta de San Martín, quien, desconociendo la situación de su subalterno, aconsejábale, confirmando sus anteriores instrucciones, no comprometer combate sin la completa seguridad de vencer, y le expresaba se retirase hacia Pasco o hacia Lima, si el enemigo le buscaba. Se perdió así la oportunidad de batir con más de 4.000 hombres a fuerzas numéricamente inferiores — ya desde la salida de Lima y después aún menores por las muertes, deserciones, rezagados—, y además cansadas y con las cabalgaduras postradas por la marcha a través de la cordillera, pues Arenales, no queriendo cargar con la grave responsabilidad que resultaría de atacar al enemigo, reunió "Junta de Guerra" (procedimieuto de la época frente a situaciones difíciles, que restaba autoridad al jefe y embrollaba sus apreciaciones). En ella se acordó el regreso a Huancayo, prosiguiendo luego por Concepción a Jauja, punto alcanzado el 19 de julio. Cuando San Martín ordenó finalmente a Arenales permanecer en el interior (28 - VII), la situación del enemigo y del jefe patriota, internado éste en la Sierra, en marcha al oeste, sufriendo ahora las penurias consiguientes, ya no lo permitió. Siguió pues su retirada a Lima por Oroya, con sus fuerzas disminuídas por la deserción, etc. (1.000 hombres menos), lo que ocurría otra vez con los incorporados en la Sierra, llegando a la capital el 3 de agosto sin pensar que en la extensa zona de Huancayo al norte pudo haberse mantenido defensivamente largo tiempo. Días después se reincorporaban también las fuerzas de Miller, cumplida su misión. De este modo los patriotas abandonahan las provincias del interior, de que tomó pacíficamente posesión el enemigo.

Actividades desde Huaura. — En el ínterin y antes de la evacuación de Lima, desde el 9 de abril, es decir, previamente a la partida de Arenales y simultáneamente con las actividades de Cochrane, Miller y los guerrilleros [2], el Libertador organiza una demostración con su caballería sobre la capital, y después embarca sus fuerzas para amenazarla con un desembarco desde Ancón, regresando en junio a Huaura. Estos movimientos tienen dos fines: crearse un pie favorable en las negociaciones pacificadoras con el dicho enviado del rey, y facilitar la acción de Arenales en la Sierra, como realmente ocurrió con el llamado que la Serna hizo de Valdés y Ricafort a Lima, cuando creyó la capital muy amenazada. Así se firmó el mencionado armisticio de Punchauca el 23 de abril, el que, iniciado por veinte días, fué prolongado hasta fines de junio.

[2] Antes, si bien San Martín no había podido realizar operaciones efectivas sobre la capital, por impedírselo sus efectivos y el muy mal estado sanitario de las tropas, por lo menos realizó contra ella una activa guerra de guerrillas — semejante a la de Güemes en el noroeste argentino — con partidas que, en su conjunto, formaban un cuerpo de unos 600 hombres, a las que los realistas denominaban "montoneras". Por su continuada acción los españoles sufrían bajas, dejaban prisioneros, perdían abastecimientos y tenían permanente intranquilidad.

La Serna evacua Lima y San Martín la ocupa. — Después de esto, parte Canterac a la Sierra, según lo dicho, y once días después, el 6 de julio, lo hace la Serna, con el resto de las fuerzas de Lima, alrededor de 2.000 hombres, quedando en la capital sólo unos 1.000 enfermos. En su retirada el virrey intenta penetrar a la Sierra por varios valles, pero los guerrilleros y pobladores se lo impiden, debiendo pasar bastante más al sur por la quebrada de Topara, abajo del Cañete, — por donde había seguido Canterac — reuniéndose a éste en Jauja.

Ante la retirada de Canterac, San Martín no se mueve de Huaura, ni al desalojar la capital la Serna el 6, pasando a ocuparla recién el 9, tras enviar contra el virrey a Las Heras, secundado por Necochea, para que, mandando los hombres sanos, lo persiguieran. El Libertador queda con un batallón y 30 jinetes en observación de Callao y Lima. Aquellas fuerzas poco a poco se detuvieron; Las Heras falto en absoluto de víveres, y Necochea, poco después, con sus cien jinetes, por estar privado de la infantería para su apoyo. Sólo quedaron para hostilizar a la Serna los guerrilleros.

Comentarios. — De ambas campañas secundarias, realizadas entre marzo y agosto de 1821, los frutos se han limitado al consolidamiento del prestigio militar de los independientes por sus éxitos tácticos, pero con el abandono de las zonas de operaciones, frente a efectivos superiores del enemigo, y al regresar para reunirse, circunscritos a Lima, no han obtenido ningún beneficio operativo y menos estratégico para la terminación de la guerra. Por razón de los efectivos, tampoco podía esperarse más, a no ser el aniquilamiento de Canterac en un determinado momento, que la situación general y las comunicaciones de San Martín lo impidieron. Es aleccionadora en este caso la intromisión muy seguida del superior, sin conocimiento de la situación del enemigo y del terreno, como factor negativo para la conducción del subordinado alejado, llevándolo a la indecisión y a grandes errores. Pero no por esto la retirada de Arenales de la Sierra en su segunda campaña, cuando pudo destruir totalmente a Canterac, debe atribuirse sólo a San Martín. Se debió por igual a la prudencia estratégica de éste, y a la operativa de aquél; fortificada por las casi siempre nefastas "juntas de guerra". Arenales no estaba inhibido para atacar por las comunicaciones de San Martín; fué su prudencia, tan útil en otros casos, dentro de su proverbial bravura, la que le hizo dejarse influir por la parte menos comprometedora para su responsabilidad, como subordinado estratégico, del pliego de su superior. Justo era que San Martín velara por la conservación del núcleo mejor de sus fuerzas, recomendando al General de la Sierra no empeñarse en lucha sin seguridad del triunfo, pues una derrota española, en la relación de las fuerzas, significaba para ellos mucho menos que la de Arenales para San Martín, dados sus escasísimos efectivos.

En cuanto al espíritu ofensivo del Libertador, influído tal vez por lo malsano del clima o por preocupaciones políticas o por la atracción que le producía la posesión de la ciudad de los virreyes, o el temor de una salida de la guarnición de Callao, no se puso suficientemente de manifiesto esta vez. Si consideraciones de tiempo y espacio o de disminución física de las fuerzas de Huaura lo retuvieron para no actuar contra la columna

de Canterac, cooperando a su aniquilamiento con Arenales, mediante un desembarco en el sur, y puede aceptarse, en cambio, no tiene justificación que concretara su acción personal a la ocupación de Lima para dedicarse a las cuestiones políticas, cuando la situación militar general — favorable, sin duda, como nunca, desde que pisó Perú — le aconsejaba concurrir con todos sus medios y previsiones — que faltaron — a destrozar por lo menos a la Serna, conduciendo la persecución, en vez de delegarla en otros, a costa de cualquier sacrificio, y tomando también la dirección del conjunto, ya que el centro de gravedad estratégico se trasladaba hacia el interior. El no haber realizado esto y el mal entendido resultante de sus oficios a Arenales, principalmente, hicieron malograr tan brillante oportunidad para aproximarse al triunfo definitivo, sin ayuda de Bolívar.

Consecuencias. — La región central y del sur de Perú quedaban en manos realistas, y San Martín, circunscrito a Lima y la costa; aquéllos en condiciones de reconstituirse moral, material y sanitariamente; él en la zona insalubre, aunque en condiciones de concurrir por tierra o mar adonde lo creyera oportuno. Pero la guerra se prolongaba sin vislumbrarse su terminación.

CAPITULO XXIV

CAMPAÑAS DE OLAÑETA CONTRA GÜEMES EN EL NOROESTE ARGENTINO (1821) *

Causas. — Aprovechar el estado de anarquía del noroeste argentino para volver al dominio peninsular esa región.

La situación en el norocste. — Para no dejar trunco el relato y porque tiene relación estratégica indirecta con la guerra en Perú lo que en el noroeste argentino ocurre, volvamos a él, donde han quedado tropas españolas enfrentándolo. Ya dijimos que desde allí Güemes no pudo operar hacia Alto Perú en momento oportuno, y las causas, no obstante persistió en obtener los medios necesarios, dirigiéndose al gobierno de Buenos Aires, a Bustos y a otras provincias para que lo secundaran; Buenos Aires, empeñada en la guerra civil, con un gobierno poco afecto a San Martín, no lo pudo o quiso hacer, y Bustos resolvió mandarle dos unidades de caballería, los Húsares y Dragones, del desaparecido Ejército del Norte, mas, como la situación política no se arreglara, Güemes, con el apoyo de Ibarra, gobernador de Santiago del Estero y de Heredia, que pretendía el gobierno de Tucumán, avanzó contra esta provincia. En las proximidades de la ciudad fueron derrotados Güemes y sus aliados el 3 de abril de 1821 [1] y en un nuevo intento del mismo mes, resultó nuevamente vencido en Acequiones y Trancas, esta vez por su ex

---

*** Ver Croquis Op. III y Esbozo geográfico del noroeste y Alto Perú, pág. 59.**

[1] El combate es llamado del Rincón de Marlopa. Poco después, el 24 de mayo, estalla una revolución en Salta, que depone a Güemes, pero, al regreso de éste, y a su sola presencia, se abaten los revoltosos y asume, sin lucha, el gobierno. Fué ésta la tercera revolución contra Güemes; en 1817 y 1819 sofocó otras.



Brigadier general Rudecindo Alvarado, gran mariscal de Perú



Coronel Isidoro Manuel Suárez



Granaderos a Caballo



Sargento mayor Mariano Necochea, gran mariscal de Perú



Libertador sudamericano general Simón Bolívar

subordinado el coronel Eduardo Arias, que lo dejó impotente para toda acción ofensiva, aun en la guerra civil.

Olañeta invade Salta dos veces más. — En estas circunstancias y como consecuencia de ellas, se produce la octava invasión realista a Salta. Una parte del ejército español de Alto Perú había concurrido hacia Perú quedando Olañeta con unos 2.000 hombres frente a las Provincias Unidas. Conociendo éste muy bien el estado de anarquía de las provincias del noroeste, decidió invadirlas para sujetarlas a su autoridad, y a tal fin procedió a moverse, adelantando en abril de 1821 una agrupación de 800 infantes montados y caballería al mando de Marquiegui, la que por Humahuaca avanzaba sobre Jujuy. El gobernador sustituto de Salta, José I. Gorriti, reunió entonces 600 jinetes y en la boca de la quebrada sorprendió a Marquiegui, rodeando sus tropas, y lo obligó a rendirse, quedando en su poder más de 200 prisioneros, entre ellos Marquiegui. Ese día, el 27 de abril, es conocido como el "Día grande de Jujuy". Después de esto Olañeta se retiró; pero no definitivamente. Informado de la anarquía persistente en el noroeste y de que Güemes había sido depuesto en Salta, resolvió la novena invasión. De sus fuerzas adelantó una fracción, de unos 400 hombres de pura infantería, al mando del coronel J. M. Valdés ("El Barbarucho"), que, por fuera de los caminos y por lugares fragosos y poco frecuentados, por los Yacones (Altiplano), llegó a la ciudad de Salta sin ser visto [2] en la noche del 7 de junio de 1821, mientras el grueso, de mil hombres, que venía por la quebrada de Humahuaca, simulaba retirarse para volver luego y seguir hacia Salta. En esa noche una fracción realista hirió a Güemes en la ciudad — venido del Chamical, donde estaban sus fuerzas — al intentar éste informarse personalmente de lo que ocurría, tras oír algunos disparos que atribuyó a un episodio de carácter político contra su autoridad, ya restablecida. El grueso enemigo entró en Salta poco después; pero Güemes, desde su lecho y ya muy grave, ordenó a su segundo, el coronel Widt, poner sitio a la ciudad, expirando el 17 de junio en Higueras o Higueritas (40 Km. SO. de Salta). Levantóse de nuevo en masa el pueblo salteño, siguiendo a Widt, que aunque extranjero — ex oficial de Napoleón — era muy popular, logrando por los mismos procedimientos de su jefe — el ataque, la privación de víveres, etc. —, que Olañeta se retirara con sus 2.000 hombres, después de tres meses de su penetración, comprometiéndose a no hacer más la guerra al noroeste, sin otra ventaja para él que la de obtener víveres para su tropa en la retirada, a trueque de facilitar el tráfico entre las dos regiones. Con esto termina la novena y última invasión a Salta.

Hemos visto las circunstancias en que se produjo el trágico episodio que costó la vida a Güemes, arrebatada por el destino en momento que la patria era prácticamente libre y América sentía ya que surgía toda ella independiente, por la acción conjunta de los conductores y libertadores del sur y del norte: San Martín y Bolívar, según se verá en seguida. En sus últimos momentos, aunque ocupada la ciudad de Salta, el patriota, el caudillo, el conductor del noroeste argentino, habrá pensado eso, que la Patria era libre, su preocupación obsesionante, y, aunque pesaroso por no haber podido darle "una mano" para la independencia definitiva de América a su amigo el general San Martín — como éste se lo pidiera — habrá muerto tranquilo.

---

[2] El coronel Zerda, desde La Calera, comunicó a Güemes la presencia del "Barbarucho," que atravesaba la serranía del nevado de Castilla, pero el caudillo, que consideraba imposible tal empresa, no dió importancia a ese parte; sin duda un error. Por lo menos debió ordenar exploración inmediata hacia allí. Sediciosos salteños habrían ofrecido cooperación a Olañeta antes de esto para apresar a Güemes.

A través de nuestra narración y comentarios resalta la capacidad de este excelente conductor político y militar, dentro de sus medios y en su región del noroeste argentino. La patria le debe no haberse perdido esa región tantas veces amenazada e invadida, como se perdieron para ella Paraguay, Alto Perú y luego la Banda Oriental, en campañas militares menos afortunadas.

Comentarios. — Terminada prácticamente la lucha en la frontera noroeste, corresponde decir algunas palabras más sobre la que realizaron los gauchos. La guerra de guerrillas se prolongó allí con intermitencias, desde que Dorrego la empleó a fines de 1813 y principios de 1814, hasta 1821, alternándose con las ofensivas patriotas de 1813 y 1815, y luego de esto continuadamente. En lo estratégico ella permitió en los años 1 13 a 1815 que los ejércitos patrios, derrotados en Alto Perú, se reconstituyeran en el noroeste para retomar la ofensiva; en los años 1816 - 17, permitió también al gobierno de Buenos Aires volcar los recursos que no le eran indispensables para contener a los jefes provinciales en la guerra civil del litoral (IV Parte, Caps. V y VI) en la formación del Ejército de los Andes; y hasta 1821, al contener una y otra vez al enemigo realista, asegurar las espaldas del ejército argentino - chileno mandado por San Martín en Chile y su transporte a Perú y al gobierno central (Buenos Aires) realizar, ofensiva o defensivamente, la guerra con los jefes federales del litoral (IV Parte, Caps. VII a XIV).

La guerra de guerrillas fué apropiada en ese teatro de montañas y bosques, con escasos caminos e insuficientes medios de transporte. Sobre este particular los realistas, al penetrar a Salta, venían de pasar por las sendas montañosas altoperuanas, con tropas organizadas y dotadas para la montaña, y debían entrar en los valles de las "provincias bajas", como se las llamaba, del noroeste. Allí, los vehículos, y muy especialmente los caballos, podían actuar mejor, después de pasar Jujuy, pero de esos medios ellos venían mal provistos, sobre todo para operaciones prolongadas.

El largo lapso de esa lucha fué permitiendo a Güemes perfeccionar la movilización del territorio para los momentos de apremio, la organización de las fuerzas y sus procedimientos operativos y tácticos, hasta llegar a los más convenientes.

Los hombres aptos del gauchaje hacían incursiones, combatían, hostigaban, etc., atacando siempre, en tanto que el resto de las poblaciones: hombres viejos, mujeres y niños, cooperaban en la tan necesaria información de las tropas, obtenida por la observación y el espionaje del enemigo, en las noticias falsas a éste, y en la igualmente necesaria ocultación, protección y atención de los enfermos y heridos, y la alimentación de las partidas durante las operaciones. Era todo el pueblo unido y solidario el que actuaba con el sólo propósito de rechazar al invasor, respetando, sin embargo, las leyes y usos de la guerra en cuanto a parlamentarios, enfermos, heridos y prisioneros del adversario.

Por lo dicho cada soldado llevaba únicamente lo que le era absolutamente indispensable para combatir y subsistir, de manera que no tenía ninguna impedimenta operativa que le coartara su extrema movilidad, factor de éxito para moverse en los terrenos más difíciles y en cualquier momento y estado del tiempo.

La proporción numérica enormemente superior enemiga en el campo operativo, es decir, la presencia de muchos contra pocos, debía ser invertida en la acción táctica. Así, aquellas fuerzas adversarias que, por las ineludibles exigencias de la subsistencia y de otros elementos del reabastecimiento, y para proporcionarse informaciones, etc., tenían que apartarse de la inatacable masa enemiga, debían caer bajo el asalto de agrupaciones mayores, por principio, aunque no era condición indispensable.

No hay duda, sin embargo, que en el trascurso de la guerra los comandos realistas no llegaron a encontrar los medios y procedimientos convenientes para neutralizar esta clase de guerra, aun contando en sus filas también con jefes (Castro, Marguiequi, etc.) y tropas naturales muy conocedores de la región. Se comprende la dificultad de vencer a un pueblo totalmente rebelde, agresivo, organizado y dueño y dominador del medio, pero hay que reconocer que los comandos superiores españoles no supieron encarar este sistema de guerra para tratar de obviar sus consecuencias, con parecidos medios y expedientes, especialmente la contraguerrilla [3]. Esta inhabilidad hay que atribuirla en unos casos al desconocimiento del ambiente y en otros al menosprecio que hicieron del enemigo, y a la incapacidad de aquéllos. Entre los primeros está la Serna, jefe sobresaliente en la guerra de Europa y contra ejércitos, pero no contra gauchos en una región para él casi desconocida. Entre los segundos, Pezuela, audaz, pero poco previsor y, como la Serna, despreciativo de su enemigo; y Olañeta, muchísimo más conocedor del país y de los hombres, pero que, como Pezuela, creía más en el empuje, el valor y la decisión que en la astucia y los modos adecuados de actuar. Insuficiente uso hicieron por ello del espionaje y contraespionaje, del fraccionamiento en pequeñas unidades, muy móviles, respondiendo a un comando general, preparadas para actuar tanto separadas como reunidas, y en emboscadas, apoyado el todo por el ejército. Es claro que esto debía venir organizado desde antes de la invasión, y no lo fué nunca en medida suficiente.

En el bando patriota, Güemes, en cambio, supo armonizar las acciones de sus partidas en tiempo y espacio, sobre los sucesivos objetivos, manteniendo con ellas y entre ellas el enlace, según fuera necesario, y reforzándolas con su reserva general o con medios (hombres, ganado, armas y municiones) pedidos a Belgrano, San Martín y Rondeau (Ejército del Norte), de quienes dependió y que a veces se los suministraron. Las emboscadas (en sendas, vados y bosques,) conforme a lo relatado, fueron frecuentísimas, y los avances y ataques nocturnos, éstos también al aclarar, la norma casi, para sorprender al enemigo y retirarse protegidos por la oscuridad; el vacío en el territorio, con la evacuación de los recursos, especialmente ganado de uso militar y consumo, y aun de poblaciones, fué también procedimiento de su sistema de guerra; y el espionaje y contraespionaje, con los propios habitantes, de empleo permanente; y en todo esto, favoreciendo y dando una destacada superioridad a la defensa contra el invasor, estuvo el conocimiento perfecto del terreno por todos, desde el jefe superior hasta el gaucho miliciano, para moverse, atacar o defenderse, como condición intrínseca de esta clase de lucha [4].

Como recurso defensivo (estratégico) que es, la guerra de guerrillas cumplió su misión perfectamente en Salta, mas esos elementos y sus procederes no eran aptos para otro territorio — como el de Alto Perú, menos conocido y más difícil (montañoso)—, fuera y lejos de la base de operaciones de los gauchos salteños; por eso no podían ni fueron empleados allí, es decir distantes de su ambiente y menos cual guerrilleros en las ofensivas de los ejércitos patrios como parte de éstos.

Así como Salta (comprendida Jujuy hasta 1834) fué el teatro más activo y su población la que más sufrió en todo sentido por la guerra, pues se despobló y desangró al

---

Como lo realizaron los franceses en la Península durante la guerra de liberación española.

[4] Es de hacer notar, sin embargo, que la masa de los ejércitos realistas procedentes de Alto Perú, estaba constituída por "coyas" — nombre que se daba a los habitantes de esa región en el noroeste, donde tenían fama de pusilánimes y de jinetes en general muy poco diestros — lo que facilitaba la acción de los sobresalientes gauchos norteños, habituados a correr entre los árboles espinosos de los bosques espesos, tendidos sobre el cuello de sus cabalgaduras.

extremo [5] durante los diez primeros años de la lucha contra los españoles, en el proceso militar posterior, hasta 1860, por la experiencia de esos sufrimientos y su situación relativa en el extremo del país, fué una de las que más quedó libre de las devastaciones y despoblación consiguientes ante las casi ininterrumpidas guerras civiles, salvo la guerra con Bolivia (1837 a 1839).

Consecuencias. — Después de su fracasada novena invasión, los realistas no intentaron ya más penetrar en el noroeste argentino; y, como de los demás frentes sus ejércitos vencidos habían desaparecido, la independencia nacional estaba confirmada por las armas, faltando sólo asegurarla totalmente con la expulsión de las fuerzas peninsulares del resto de la América meridional, en lo que San Martín y Bolívar estaban empeñados.

CAPITULO XXV

CAMPAÑA DE CANTERAC CONTRA SAN MARTIN EN LIMA Y CALLAO (1821) *

Causas. — Auxiliar a la guarnición realista bloqueada y sitiada en Callao por los patriotas, y eventualmente batir al ejército de San Martín en la zona de Lima.

Ataque a Callao. — Por la desmoralización y falta de medios de vida, como por la insalubridad de la zona costera, la ciudad de Lima era abandonada por los realistas, quienes lo hicieron, según lo expresamos, en dos escalones, uno a las órdenes de Canterac y el otro a las del propio virrey, éste el 6 de julio hacia los valles de la Sierra. En Callao quedó una guarnición de 2.000 hombres; poco después, era sitiada por Las Heras. El 10 de julio ya los españoles hundían en Callao algunos barcos propios, y el 24 Cochrane tomábales allí tres buques y otras embarcaciones menores. Después de esto, San Martín planeó un ataque a la fortaleza, el que se confió a Las Heras con 1.200 hombres. Realizados prolijos reconocimientos y preparativos, el asalto se efectuó el 14 de agosto, fiándose más en la rapidez y la sorpresa, que en el poderío del ataque, ya que los efectivos y el apoyo de artillería eran insuficientes. Pero la acción fracasó por ello, porque los españoles levantaron el segundo puente cerrando el reciuto, y por la falta de cooperación de la escuadra. El 25 los realistas, a su vez, intentan una importante salida, mas los patriotas, vigilantes, la frustran con un rechazo absoluto.

---

[5] Refiriéndose a mediados de 1817 — cuando la Serna evacuaba el noroeste —, dice Leopoldo Lugones, en su obra "Guerra Gaucha": "Y sin recursos. Nadie decaía, sí, pero qué horrorosa miseria. Precedía a la tropa arropada en andrajos, una oficialidad mendiga: capitanes rotosos, coroneles que oficiaban por dos pesos para proveerse de una casaca presentable."

"Como arrasada a fuego por el estrago quedaba la región. Comidos los ganados o en tendales por las travesías; los hombres diezmados; ahítos los sobrevivientes de miseria y de gloria; suspendidos de los bozales las medallas, por faltar una chapona en que colgarlas sobre los pechos."

"En las rancherías, en los bosques, desde el mendigo al anciano, desde el guerrero al niño, desde el animal al objeto, idéntica irrupción de bravura, como si en ella se les trasmitiese la inspiración de su caudillo. Y todo por amor suyo."

*** Ver Croquis Op. V.**

San Martín entró en la capital el 9 de julio, conforme lo había manifestado en su proclama, en carácter de libertador, no de conquistador. El 28 del mismo mes de 1821 se efectuó el acto de la proclamación de la independencia de Perú. Había querido San Martín realizar una guerra especialmente pacífica, de maniobras y astucias, conquistando pueblos y voluntades, sin batallas, y el éxito coronó sus designios en cuanto a Lima, pero la guerra distaba mucho antes de terminar, en parte, por su poca actividad militar después de la evacuación y por lo que más adelante se verá. La ocupación de Lima coincidió casi con la batalla de Carabobo (24 de julio de 1821), que selló la independencia de Colombia. Así sólo las fuerzas de Callao y la Sierra (en Perú), las de Alto Perú y las de Quito, quedaban a los españoles, y en el mar, tres buques, últimos vestigios de su poderío en América.

Canterac opera hacia Lima y Callao. — Mientras los independientes permanecían poco activos en Lima, los españoles se rehacían rápidamente en la Sierra y, tomando por primera vez la iniciativa, planearon una operación para buscar un encuentro decisivo con los patriotas — siempre que la situación les fuera favorable —, a la vez que para salvar a los dos mil hombres sitiados en Callao con escasos medios ya para subsistir, y el armamento liviano allí existente, previa destrucción de los barcos, fuertes y cañones. Canterac, con 3.400 hombres escogidos (2.500 infantes, 900 jinetes) y nueve cañones, fué encargado de esas misiones, para las que partió de Jauja el 25 de agosto de 1821, es decir, a menos de dos meses de la evacuación total de Lima. Traspuso la montaña en dos columnas por las quebradas de Huarichiri y del río Lurín; continuó luego, reunido, por Manchay a Rinconada (contiguo al Rimac) y de allí al sudoeste; todo esto con muy grandes sacrificios físicos para las tropas. En el camino derrotó a un destacamento patriota de seguridad y exploración, que se dejó aferrar, produciéndole cincuenta muertos y capturándole veintiséis hombres.

El Libertador con cinco mil trescientas plazas (contando las milicias), aunque con muchos enfermos y convalecientes y mucha "negrada" (término de generales españoles de Callao), frente a los 3.400 de Canterac, también muy disminuídos, y cansados, y a los 2.000 de Callao, no aptos para operar en campaña, pudo actuar por líneas interiores contra aquéllos con superioridad numérica; optó, sin embargo, por defenderse, dejando la iniciativa al adversario.

En cuanto al jefe realista su primer intento fué tomar Lima, pero visto el grado de defensa de la posición ocupada por el general patriota en el arroyo Surco (inmediato al S. de Lima), el 8, después de varios movimientos de ambos ejércitos, con cambios de frente, desistió de ello, no empeñando batalla, por creer a su enemigo "superior en fuerzas". El 10 de setiembre se encerraba en Callao. San Martín tampoco juzgó prudente atacar a su enemigo a pesar de haberlo tenido tan cerca.

Canterac regresa a la Sierra. — El jefe español comprende luego que para abastecer Callao — al que no había traído víveres, y que por lo contrario su ejército estaba consumiendo los muy escasos de allí — no le queda más remedio que combatir, pues los caminos para hacerlo están cerrados por San Martín y sus montoneras, que los han ocupado. Pero, sin probabilidades de éxito táctico, resuelve regresar a la Sierra, abandonando la fortaleza a su suerte. Así lo hace el 16 de setiembre en marcha al norte, ofreciendo al salir su flanco al enemigo, al que con alguna tropa simuló atacar, y siguiendo, luego de vadear el Rimac, por Oquendo y el valle del Chillón, a la Sierra. Llevaba parte del armamento liviano depositado en la plaza. San Martín no perturbó siquiera este paso o desfile del enemigo a su frente.

Sólo el armamento sacado de Callao fué el beneficio de esta empresa española, que no compensó, ni con mucho, sus esfuerzos agotadores a través de la cordillera. En realidad una campaña estéril, en la que pudo ser destruído. En cuanto al Libertador, asistió a su triunfo, sin combate ni sangre, pero con el que no se acortaba la guerra. Ordenó sin embargo la persecución del enemigo por Las Heras, el 17, con 1.500 hombres [1], persecución que prosiguió luego Miller, desde el 20, con 825 hombres — sin contar 500 guerrilleros —, regresando el resto por falta de víveres. Miller fué rechazado en Purruchuca y Huamatanga, puntos próximos inmediatos al Chillón, con pérdidas. Regresó a Lima el 28 de setiembre. En esta forma, debido a una persecución tardía y sin suficiente vigor por los efectivos y decisión, no pudo aprovecharse la descomposición del enemigo, el que, aún habiendo dejado en la retirada un tercio de sus efectivos — muchos de los cuales pasaron a los patriotas — pudo llegar a la Sierra el 1° de octubre. Había perdido en la campaña unos 800 hombres.

Rendición de Callao. — En el desamparo total, sitiada y bloqueada y sin abastecimientos, ante una intimación final de San Martín, Callao, la fortaleza más poderosa de América del Sur, se rinde por fin, el 21 de setiembre, cinco días después de dejarla Canterac. Con su caída pasan a los patriotas numerosas piezas de artillería pesada y de campaña, miles de fusiles y mucho material más. Es otro triunfo sin lucha.

El 6 de octubre Cochrane, habiendo hecho crisis sus desavenencias con el Libertador, dejaba Callao con la escuadra, negando su colaboración a Perú; en realidad por razones pecuniarias (pagos de sueldos atrasados, gratificaciones, etc.).

En diciembre de este año (1821) Tristán había retirado hacia Oruro el ejército de Alto Perú y reforzado las guarniciones de Puno, Arequipa y Tacna. En cuanto a Canterac, con el grueso de las tropas de Perú, estaba en el valle de Jauja. Las sublevaciones de indios en su zona de influencia produjeron reacciones excesivamente enérgicas de los realistas. En efecto, cerca de Pasco el coronel español Lóriga batió a una indiada de 5.000, y 300 milicianos, el 7 de diciembre, y el 17 del mismo mes Carratalá hacía lo propio en Cangallo, incendiando después el pueblo.

Comentarios. — Durante la campaña de Canterac asombra que éste, con efectivos inferiores y afectados por las extenuantes marchas a través de la montaña, se presentara audazmente ante el vencedor de Chacabuco y Maipú, casi podría decirse a desafiarlo, buscando su propia destrucción; pero también asombra que el Protector le diera libertad para obrar, dejándole después que pasara tranquilamente a Callao y luego evacuara la fortaleza en desfile frente a su ejército, con todas las tropas, sin atacarlo.

El Libertador sabía que Canterac encerrado en Callao tendría que rendirse por hambre, salir a combatir o retirarse. En el segundo de los casos tendría que atacar a las fuerzas patriotas en posiciones muy fuertes, y el éxito no era dudoso sin mayores sacrificios. Como siempre, San Martín seguía cuidando sus efectivos reducidos en el campo estratégico y no quería exponerlos a una derrota. Pero Canterac optó por la retirada.

En estas dos ocasiones salvóse, — como antes la Serna con el segundo escalón al dejar Lima — de ser destruída una parte muy importante de las fuerzas peninsulares de Perú, facilitándose por ello la prolongación de la resistencia realista en América. Es que seguramente el Libertador confiaba poco en su ejército, que no era ya el de los Andes

[1] En esto hay grandes discrepancias de cifras, que oscilan entre 800 hombres hasta el grueso del ejército, según los autores. El propio San Martín afirma esto último en un informe a Miller en 1827.

ni el de Chile ni el que empezó la expedición a Perú, por su estado físico y moral, a pesar de su superioridad numérica ocasional.

En la campaña española narrada no se descubren objetivos suficientemente importantes — si no era la destrucción del ejército patriota — para emprenderla. Lanzar hacia la costa lo más y mejor de las fuerzas del Mantaro, sólo para el abastecimiento de la plaza, que había que obtener en la pobre región costera (pues no se llevaban de la Sierra) o para sacar armas que permitieran proseguir la guerra, no parecen ser suficientes para justificar la empresa. Es de creer, por lo tanto, que se pensó vencer previamente a los patriotas, mas para ello los efectivos no eran suficientes en batalla campal, a causa de un pasaje desgastador que debía realizarse a través de la montaña, y con menos razón frente a una posición que podía prepararse en derredor de Lima. Muy pocas probabilidades de éxito había así para Canterac; y eso debió pensar el comando superior español antes de confiarle la ejecución de la campaña. El plan de la Serna fué "impolítico y desconcertado" según la opinión de un general español, Vacaro, jefe de la escuadra realista de Callao.

En cuanto a la rendición de la fortaleza debilitó aún más la situación de los españoles en América. Perdían éstos la principal y única base naval y terrestre de Perú al sur, una buena cantidad de tropas y barcos, y mucho armamento; quedaban así sus fuerzas terrestres prácticamente aisladas y en condiciones muy difíciles de ser reforzadas y abastecidas por el mar, pues, aunque poco después la escuadra chilena abandonó las aguas peruanas, fué sustituida por otra que San Martín — como lo había hecho en Chile — empezó y contribuyó a crear. Por el lado patriota, las tropas empleadas en el sitio quedaron disponibles para otras misiones y el ejército acrecido en armas, especialmente.

Consecuencias. — La situación en Perú seguía siendo de equilibrio a raíz de los acontecimientos narrados; ni los independientes podían dominar a los españoles en la Sierra y al sur, ni éstos a aquéllos en el norte, por falta de medios suficientes.

CAPITULO XXVI

CAMPAÑA DE CANTERAC CONTRA DOMINGO TRISTAN HACIA LA ZONA DE ICA (1822) *

Causas. — Aprovechar el aislamiento de la división Tristán para destruirla.

Situación a principios de 1822. — Los realistas tenían sus tropas así dispuestas: las de Alto Perú, a órdenes de Ramírez Orozco, con el grueso al mando de Olañeta, extendiéndose desde Puno a Oruro; y en el valle del río Mantaro otra gran agrupación. El virrey contaba con un buen servicio de espionaje, especialmente en Lima; su tropa estaba bien disciplinada, armada y abastecida; y operativamente disponía de gran movilidad pues cada jinete tenía un caballo y una mula, y, por la requisición, la infantería podía ser montada para cualquier empresa.

* **Ver Croquis Op. V.**

San Martín preocupado por los progresos que los españoles realizaban en los sentidos expresados, destacó hacia Ica una división de 2.100 hombres, en su mayor parte peruanos (casi 4 batallones, 2 escuadrones) y 6 cañones, al mando del general peruano Domingo Tristán, la que llegó a aquel punto, distante unos 290 Km. de Lima, el 18 de enero de 1822. Dicho destacamento tenía como misiones "completar los cuerpos con la recluta de esa provincia, hostilizar a los realistas amagando a Huamanga", sin comprometer acción, salvo condiciones ventajosas, prevenir cualquier movimiento de ellos hacia la costa e impedir que por ésta recibieran armamento u otros auxilios [1]. Los guerrilleros cooperarían en la agresión a los españoles, como otras veces. Tristán destacó de sus fuerzas una agrupación al valle de Chincha y otra a Pisco y, por lo demás, se mantuvo inactivo febrero y marzo.

Ofensiva española hacia Ica. — Conocida dicha situación, la Serna resolvió destruir estas fuerzas patriotas, a cuyo fin las tropas del sur destacarían al general Valdés con 500 hombres de Arequipa, para atraer hacia allí al enemigo, mientras Canterac, al mando de 2.000 (1.400 infantes, 600 jinetes) y 3 cañones debía cortarle sus comunicaciones con Lima, si avanzaba hacia el sur, o atacarlo por el flanco, si se mantenía en Ica.

En conocimiento del avance del adversario del sur, el general patriota destacó contra él al coronel Gamarra con parte de las fuerzas hacia Nazca, para conocer sus movimientos; mas, al enterarse de la presencia de Canterac desde el este, resolvió recoger las fuerzas de su segundo.

Macacona. — Canterac salió el 26 de marzo de Huancayo y en rápidas marchas por la montaña llegaba el 5 de abril a Ramadilla (40 Km. al NE. de Ica), y de allí seguía hacia el oeste hasta Macacona, situándose en la línea de retirada de Tristán, para en la noche del 6 al 7 avanzar por ella hasta situarse algo al sur, en un desfiladero, cerrándolo.

Tristán titubeaba en resolver la retirada al saber que el enemigo se encontraba en Ramadilla con unos 1.400 hombres; pero finalmente ordenó el repliegue hacia el norte, buscando embarcarse en Pisco, cuando ya era tarde. Marchando en la noche del 6 al 7 con una vanguardia de tres compañías, ésta fué sorprendida por el fuego enemigo, por lo que se replegó en desorden y, aunque un batallón del grueso quiso contener al adversario pronto debió también ceder, y en menos de una hora toda la columna estaba derrotada y dispersa. Los patriotas dejaron el campo sembrado de muertos, 1.000 prisioneros, todos los animales de carga y silla, la artillería, 2.000 fusiles y el parque. El mismo día 7 un escuadrón patriota adelantado, que venía para incorporarse al grueso, fué cargado y desbandado en Chunchonga por un escuadrón realista. Las partidas de guerrilleros internadas en la cordillera para cooperar con la división de Ica, fueron deshechas y fusilados los prisioneros.

En seguida del combate, Canterac destacó a Lóriga hacia Pisco con algunas fuerzas, donde éste se apoderó de otros elementos de guerra, volviendo a Ica. Después de esto, en su regreso a Jauja, Canterac se unió a Valdés, mas luego cada uno volvió con sus fuerzas a sus respectivos puntos de partida. Carratalá permaneció en la provincia reconquistada.

Comentarios. — El lance aniquilador esbozado se debió principalmente a la ineptitud de los jefes independientes, quienes omitieron realizar una adecuada exploración lejana y cercana, con tropas, ya que con los pobladores, desafectos ahora, no se podía contar. Sometidos a un consejo de guerra ambos jefes, sufrieron suspensión de mando.

[1] Algunos historiadores consideran que lo hizo también para descongestionar a Lima.

En este resultado de la campaña influyó también el acto discutible de San Martín, de destacar a una distancia tan considerable del resto del ejército y con un desierto de por medio, a una parte importante de las fuerzas y mantenerla con misiones expectantes, y también la resolución criticable de confiar esas difíciles misiones, en actuación independiente, a un jefe de escasísima experiencia como Tristán, a quien secundaría otro de probada poca capacidad: Gamarra.

Consecuencias. — Este desastre, completo e inesperado, aunque severo y de efecto moral, ya que se perdieron tropas importantes del ejército, no decidió nada en el panorama general, porque Canterac, con el desierto interpuesto hacia Lima, no creyó conveniente avanzar hacia allí, lo que podría haberse realizado combinando operaciones con las restantes fuerzas de la Sierra.

Mientras tanto, Sucre, reforzado — como se verá —, iba en busca de Aymerich, y San Martín había aumentado sus fuerzas con complementos de Trujillo.

CAPITULO XXVII

CAMPAÑA DE SUCRE CONTRA AYMERICH EN QUITO (1822) *

Causas. — En combinación con las tropas de Bolívar que sin éxito operaban en la provincia de Pasto, el general Sucre había sido destacado a Ecuador. Tras su fracaso en Guacho (22-IX-1821), una vez reconstituído y reforzado, operaría sobre Quito contra Aymerich, para, vencido éste, abrir el camino a Bolívar.

Situación general. — Luego de la batalla de Carabobo (24-VI-1821), en que resultaron, con la independencia de Colombia, libres todos los países septentrionales de Sudamérica, Bolívar continuó hacia la región de Pasto para proseguir allí la guerra contra los últimos restos realistas. San Martín, a pesar del fracaso de Canterac y de la rendición de Callao, había comprendido ya de tiempo atrás que con sus solos recursos no podría vencer a los realistas y que debía buscar fuera de Perú nuevas fuerzas para ello, que no podrían ser otras que las del norte del continente que venían operando bajo la dirección de Bolívar. Así pensó secundar al Libertador del norte en sus operaciones para después ser auxiliado por éste en el gran escenario estratégico y en el objetivo común. Para ello tenía ahora cierta libertad estratégica. Aquel apoyo se hizo a requerimiento reiterado y urgente del general Sucre — empezado en mayo de 1821 —, quien, combinando operaciones con las de Bolívar en Pasto, desarrollaba su campaña en Ecuador, y en situación difícil — había sido derrotado el 22 de setiembre en Ambato, por Aymerich — no podía contar con ayuda de aquél. En tales circunstancias San Martín envió-

* **Ver Croquis Op. V.**

le una división al mando de Andrés Santa Cruz [1] de 1.600 plazas, mientras que contra Canterac, situado en la parte de la Sierra de Perú, destacó al general Domingo Tristán hacia Ica, con misión defensiva, al mando de 2.000 hombres, como se vió.

Pichincha. — El 20 de enero de 1822 las fuerzas de Santa Cruz pasaron el Macará y penetraron a Ecuador para unirse a las de Sucre, que eran 1.200, lo que hicieron en Saraguro, habiendo recorrido 500 Km.; después de esto, el ejército fué a Cuenca, deteniéndose allí un mes, para proseguir el 28 de marzo hacia Quito. El 24 de mayo dc 1822, las tropas unidas de Perú, Colombia, Chile y Argentina, al mando de Sucre, triunfaban en Pichincha, frente a las de Aymerich. Rindiéronse 1.200 hombres y cayó en ella todo el material de guerra del vencido.

Río Bamba. — Es digno de mención especial en las operaciones previas a esta batalla, el combate de Río Bamba (21 de abril) en que un escuadrón argentino de granaderos de 96 hombres, al mando de Lavalle, reforzado en la segunda parte de la acción por 50 dragones de Colombia, de las fuerzas de Sucre, empeñó combate contra la retaguardia realista compuesta de 4 escuadrones (420 hombres) en cumplimiento de un reconocimiento ofensivo. En dos cargas famosas por el brío, la decisión y correcta ejecución, el enemigo fué derrotado. Después de la primera, en que el vencedor llegó hasta la infantería enemiga, retrocedió al paso para volver a cargar a la caballería adversaria, y cuando recibió el refuerzo expresado, produjo su nuevo y definitivo ataque, que, con la sableada subsiguiente, anuló para el resto de la campaña a la caballería realista, según versión del propio Lavalle. Perdió el enemigo, al terminarse la persecución en la noche, 52 muertos y 40 heridos, frente a 2 muertos y 40 heridos de los patriotas.

Consecuencias. — El ejército combinado de Sucre, con tropas del norte y del sur, constituído mediante la cooperación de San Martín, quien comprendió, dentro de la situación general de la guerra continental, dónde estaba en ese momento el centro de gravedad estratégico y contribuyó con medios importantes y suficientes, obtuvo un éxito trascendental. Este permitiría, por fin, abierto el camino — tras una capitulación de los realistas de Pasto, el 8 de junio — el avance de Bolívar hacia el sur, para buscar resueltamente a los realistas, en el que siempre fué su centro principal defensivo, y ahora su reducto: el Perú. Con la batalla de Pichincha terminaba prácticamente la guerra en el norte de la América meridional.

---

[1] Arenales, designado por San Martín presidente de Trujillo, en agosto de 1821, fué nombrado primero pára esta misión, pero renunció al cargo contrayéndose, sin embargo, a la preparación de las fuerzas que la emprenderían: los batallones 2 y 4, escuadrones de Cazadores del Perú y Granaderos a Caballo, tropa en parte ya aguerrida.

CAPITULO XXVIII

CAMPAÑA DE ALVARADO CONTRA VALDES Y CANTERAC EN PUERTOS INTERMEDIOS (1822 - 1823) *

Causas. — Resolver la guerra que sc venía prolongando con una campaña ofensiva.

La situación en mayo de 1822. — A raíz del desastre de Macacona la situación para el Libertador se torna seria: ha perdido casi los 2.000 hombres de Tristán; tiene separados de sus fuerzas los 1.600 que manda Santa Cruz en Ecuador, pues aún no se ha producido Pichincha; las desavenencias con Cochrane hacen crisis y éste abandona la causa peruana; Bolívar sigue paralizado en sus operaciones en Colombia; y el núcleo enemigo vencedor en Macacona, en combinación con el de la Sierra, pueden converger sobre Lima, defendida por efectivos inferiores. Pero ya vimos que poco después Cantcrac se replegó a la Sierra; que en mayo Sucre triunfa en Pichincha en forma terminante; y Bolívar poco después puede seguir hacia el sur. El cuadro ha cambiado; nuevas y mejores perspectivas se abren para la terminación de la guerra contra España. San Martín cree ahora llegado el momento de la ofensiva decisiva. De esta creencia surge la ejecución de un plan que elabora en mayo de 1822. Antes de expresarlo veamos la situación que le dió base. Las fuerzas realistas en Bajo y Alto Perú están distribuídas así: 5.000 hombres entre Jauja y Huancayo, al mando de Canterac; 1.500 en Pisco; 2.000 en Cuzco; 1.000 en Puno; 1.500 en Arequipa; 3.000 en La Paz, a las órdenes de Valdés; 2.000 en Potosí, al mando de Olañeta; y destacamentos pequeños en la frontera con Argentina y en la costa desde Iquique a Ilo; en total unos 18 a 19.000 hombres. Por su parte, San Matín cuenta con 3.000 en Lima; cree contar con una división de 1.000 que mandará Chile; eventualmente 500 de Argentina; y las que proporcione Bolívar.

Plan de San Martín. — Frente a este cuadro el Protector se propone: destacar a Alvarado con 4.000 hombres "con destino a Arica — por mar — para posesionarse de Arequipa, romper el centro del dispositivo estratégico de la Serna y marchar aceleradamente al Cuzco, amenazando entre tanto al ejército situado en Huancayo — para aferrarlo previamente — con otra división de 3.000 hombres al mando de Arenales". Es decir, operaciones por líneas interiores. El flanco sur sería asegurado por 500 argentinos al mando de Alejandro Heredia, que amenazarían desde Jujuy por el camino de Alto Perú, en unión con guerrilleros, también precediendo a la acción principal, para aferrar a Olañeta. Del examen resalta que aun cuando el enemigo estaba disperso, podía reunir gran parte de sus fuerzas en el sur, para oponerse a Alvarado con elementos superiores, por poca velocidad con que se moviera, y muy superiores si éste no procedía con mucha celeridad, debido a cualquier causa; por lo tanto el éxito de las operaciones podía pasar de problemático a muy problemático.

*** Ver Croquis Op. III y V.**

La cooperación de Bolívar. — Para modificar las probabilidades mencionadas, San Martín quería secreto y gran celeridad, a fin de producir la sorpresa estratégica, y una cooperación más efectiva de las fuerzas disponibles de Colombia, que los 1.400 hombres que Bolívar ofreció en la conferencia de Guayaquil. En esta conferencia, a la que San Martín concurrió en julio con el fin primordial de llevar adelante el plan antes esbozado, es decir, pedir la "activa y eficaz cooperación de todas las fuerzas de Colombia", para terminar con éxito la guerra, el Libertador del norte le expresó que sólo podía poner a su disposición las 1.400 plazas mencionadas y no a sus órdenes, sino sujetas a instrucciones especiales. San Martín podía, no obstante esta restricción, emprender con sus solas fuerzas la campaña, y aún imponerse a Bolívar, pero en ambos casos la guerra corría riesgo de prolongarse con perjuicio para los pueblos. Una noble y hermosa resolución ofreció entonces, ponerse él y su ejército bajo las órdenes del Libertador del norte; pero Bolívar no aceptó. El objeto de éste surge espontáneo: quería ultimar él la guerra. Terminada la conferencia de los dos libertadores, en la noche se sirvió un banquete en el que Bolívar pronunció el siguiente brindis: "Por los dos hombres más grandes de la América del Sur, el general San Martín y yo". San Martín contestó con el siguiente, que encerraba el noble ideal de su vida: "Por la pronta conclusión de la guerra, por la organización de las diferentes repúblicas del continente y por la salud del libertador de Colombia".

Abdicación de San Martín. — De regreso en Lima, San Martín advierte la magnitud de un levantamiento político, realizado en julio durante su ausencia (deposición y deportación de su ministro Monteagudo), y comprendiendo que manteniéndose en el poder puede dificultar la unión de las fuerzas y demorar el éxito de la guerra, resuelve alejarse de Perú. Como lo había prometido el día de la reunión del Congreso Constituyente de Perú (20 de setiembre de 1821), San Martín presentó su renuncia irrevocable al cargo de Protector. Al abandonar el mando al día siguiente y retirarse del escenario de América, dirigió a los peruanos su famosa despedida, con mucha razón comparada a la de Wáshington al despedirse del pueblo de Estados Unidos. La de San Martín decía: "Presencié la declaración de los estados de Chile y de Perú; existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas, y he dejado de ser hombre público: he aquí recompensados con usura diez años de revolución y de guerra; mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas, hacer la independencia y dejar a sus voluntades la elección de sus gobiernos. La presencia de un militar afortunado es temible a los estados que de nuevo se constituyen".

Si con el alejamiento del Libertador del escenario militar se realizaba su anhelada reunión de las fuerzas independientes de Bolívar y de Perú, se podrían contar alrededor de 15.000 hombres, con los que, dominando el mar, frente a un enemigo diseminado, no quedaba "la menor duda del éxito", según expresión del propio San Martín.

La ejecución del plan. — Alvarado, a quien confió el nuevo gobierno peruano realizar la parte principal o decisiva del plan combinado por el Libertador con el ejército llamado del Sur, tuvo serios tropiezos de preparación, por la intromisión de los políticos en el plan militar, debido a lo cual, entre otras causas, la partida no pudo realizarse hasta octubre de 1822, faltando para la expedición, no digamos más tropas colombianas, sino tan siquiera las ya situadas en Perú, pues su jefe se negó a cooperar, con pretextos sin mayor consistencia. Al final esas fuerzas volvieron a Colombia el 6 de enero de 1823. Así, el alejamiento de San Martín para asegurar la inmediata concurrencia bolivariana, resultó inútil, pues el Libertador del norte no la prestó entonces. En resumen,

gran demora en partir el ejército e insuficiencia de efectivos; factores negativos ya desde la iniciación, contrarios a las premisas del plan sanmartiniano.

La navegación fué muy lenta por falta de vientos. Por ello, tras un desembarco de algunas tropas en Iquique (230 Km. S. de Arica), recién el 6 de diciembre pisa tierra en Arica el grueso de la expedición, contando sólo 4.300 hombres (5 batallones, 1 regimiento de caballería) y 10 piezas de montaña. En este punto su jefe hubo de demorar aún más de 20 días, esperando medios de movilidad, para reemplazar a los que debió traer la división chilena, que tampoco concurrió.

El virrey conocía los objetivos, fuerzas, lugares probables de desembarco, etc., de los patriotas, de manera que cuando el general argentino mueve hacia el norte una parte de sus fuerzas, hace ya más de un mes que Canterac está en marcha hacia el sur desde Jauja, y Valdés se retira desde Tacna sin dejarse aferrar por las fuerzas adelantadas de Alvarado (1.000 hombres), que manda el general uruguayo Enrique Martínez, y los realistas hacen el vacío al invasor.

Torata y Moquegua. — El 3 de enero el grueso de las fuerzas independientes ocupa Tacna cuando Valdés está ya en Moquegua. Por lo lento e indeciso del avance patriota, como por el retardo que aquel jefe realista le ha impuesto, Canterac está muy cerca de Torata el día anterior a la batalla, que se produce el 19 de enero. Llega a ella, que se libra en dicho lugar, en pleno desarrollo, con la caballería, para provocar la decisión a su favor; pero los realistas no persiguen; los patriotas pierden 500 hombres entre muertos y heridos, los realistas 250. El 21 vuelve a combatirse en Moquegua [1] y esta vez la derrota patriota es completa; sus fuerzas se retiran en desorden, siendo la caballería de Lavalle la que contiene las cargas de los perseguidores, que poco a poco, se van deteniendo, con lo cual los restos independientes llegan a Ilo y, reembarcados, regresan a Lima; han dejado más de 1.700 entre muertos, heridos y prisioneros. Por ambos lados se ha luchado con vigor y las bajas realistas también son importantes.

Entretanto Arenales nada había podido hacer para mantener a Canterac en el norte, también por desavenencias y trabas del gobierno y, cuando, por fin, puede moverse con sólo 2.000 hombres, contra las fuerzas dejadas por dicho general español en la Sierra, ya se han producido Torata y Moquegua.

Comentarios. — El fracaso de esta campaña, según comprobamos, se ha incubado desde el origen, pues al partir ya las bases fundamentales del plan: el secreto para obtener la sorpresa estratégica y la cantidad de las fuerzas necesarias, han sido dañadas a fondo. La Serna conoce en lo principal el plan patriota antes de moverse Alvarado de Lima y las demoras sufridas por éste le permiten tomar a tiempo sus contramedidas. Por ello, si nada fácil era vencer a los realistas, con las fuerzas previstas por San Martín, y mediando la sorpresa, sin ésta y con efectivos insuficientes, aunque los factores moral, instrucción, etc. fueran equivalentes, casi podía anticiparse la derrota, salvo que el enemigo cometiera graves errores de conducción, que no había por qué atribuirle. En esto la culpa es menos de Alvarado que de la política, según se ha visto. La ausencia de los chilenos y de los medios de movilidad que éstos debían traerle, como la inexistencia de ellos en el teatro de operaciones, derivadas de la dicha falta de discreción y de lo demorado de las operaciones, que permitieron a los españoles hacer el vacío, tampoco le pueden

[1] La infantería patriota no dispuso de más de 8 cartuchos de promedio por hombre; debió combatir por ello casi exclusivamente por el choque (bayoneta).

ser atribuídas. Su retardo en Arica se justifica, pues lanzarse sin más, careciendo de esos recursos, hubiera sido desastroso; y, como los jefes españoles Valdés y Canterac hicieron una conducción estratégica y operativa muy buena, sobre todo el primero, — no dejándose batir aislado, y desgastando y demorando el avance patriota —, y el segundo, llegando en momento oportuno a la batalla, el desenlace previsible de la campaña: su fracaso, se produjo. Por estas causas, tampoco pudo haber — premisa del plan — interposición entre los núcleos del adversario para batirlos separadamente, sino seguimiento a Valdés que retrocedía hacia Canterac. Tal vez alguna mayor celeridad y decisión de Martínez y Alvarado hubieran impedido la reunión de ambos jefes realistas en Torata, pero no más al interior del país, con lo que Alvarado se hubiera alejado más del mar, creándose mayores dificultades. Que Valdés pudo ser aferrado y batido por fuerzas superiores en alguna circunstancia, no pasa de ser una posibilidad, menos que una probabilidad, por tratarse de tan diestro y capaz jefe español, que, como se ha comprobado, cumplió muy bien sus misiones.

Hay que expresar que la imposibilidad de detener a tiempo a Canterac e impedirle que avanzara hacia el sur en la Sierra misma, como se establecía en el plan de San Martín, por la oposición del jefe colombiano a incorporarse con sus fuerzas al Ejército del Centro, que se encargaría de esa misión a órdenes de Arenales, favorecieron la reunión que produjo las derrotas de Torata y Moquegua y el fracaso de las operaciones.

Por consiguiente, la campaña no debió realizarse con los insuficientes medios disponibles, es decir, sin la cooperación de Bolívar y sin la completa certeza de que Chile y Argentina tenían ya listos para actuar los medios con que debían cooperar. San Martín no la hubiera realizado, como que abandonó el mando para no ir a una derrota o demorar la guerra, por no haberle prestado Bolívar el concurso de unos 4.000 hombres, contando los 1.400 ya recibidos, como dejó también de realizar otras empresas, menos difíciles, cuando juzgó que, esperando, podía contar con mayores probabilidades de éxito, a pesar de que tenía en sus manos el mando político y militar, unidad con que no contó Alvarado, ni con el ascendiente del prestigio de aquél, ante gobiernos y pueblos (por las campañas de Chile y Perú), siendo otros factores en contra de éste. Pudo, sin embargo, eludir la acción de Moquegua, regresando directamente a embarcarse cuando comprobó que Canterac se había reunido a Valdés, evitando con ello el aniquilamiento que sufrió.

Consecuencias. — El fracaso de esta campaña de los patriotas, aparte de disminuir sus medios disponibles para proseguir la contienda, la prolongaba, alejando la tan ansiada decisión definitiva de la guerra de la independencia americana, perseguida en el teatro del norte por los dos libertadores. Pero los realistas no mejoraban con su triunfo completo en ella; a pesar de los éxitos tácticos y operativos, su situación estratégica continuaba siendo de aislamiento en los escenarios mundial y americano; refugiados en Alto y Bajo Perú, como único reducto suyo en América, cada vez con menos adeptos y medios, están destinados a sufrir un golpe decisivo eliminatorio, que ha de llegarles cuando los patriotas, logren, finalmente, reunir sus fuerzas continentales disponibles en una sola mano, es decir, con conducción única, como pretendía San Martín.

A raíz de este fracaso militar cae la Junta peruana, juzgada culpable. Riva Agüero asume la presidencia.

CAPITULO XXIX

CAMPAÑAS DE SANTA CRUZ, BOLIVAR Y SUCRE, EN PUERTOS INTERMEDIOS LA PRIMERA, Y EN LA SIERRA LAS OTRAS DOS (1823-1824) *

Causas. — Dar término a la guerra de la independencia.

1ª Campaña: de Santa Cruz. — Colocado el coronel de milicias José de la Riva Agücro como presidente de Perú, el general Santa Cruz, que reemplazó a Arenales en el mando del Ejército del Centro, fué investido del mando de las fuerzas de Perú y se le confió una nueva campaña a Puertos Intermedios. El plan se asemejaba al de San Martín. Santa Cruz desembarcaría sin alejarse de la costa hasta la llegada de fuerzas chilenas; por la Sierra otras fuerzas tratarían de aferrar a Canterac; mientras desde Argentina una agrupación haría lo propio hacia Alto Perú, contra Olañeta. Los españoles estahan como siempre en agrupaciones diseminadas, mas esta vez con sus fuerzas principales más al norte. El éxito dependía también ahora de la sorpresa estratégica; pero los efectivos patriotas eran algo mayores, más de 5.000 hombres. El 14 de mayo de 1823 partió la expedición, que desembarcó en Arica. El 18 de junio Canterac ocupaba Lima, que evacuaba el 16 de julio, visto el cariz que tomaban las operaciones en el sur. En cuanto a Santa Cruz, sin esperar la incorporación de los chilenos y dividiendo sus fuerzas en dos columnas, se detiene con la suya en Moquegua. Las acciones concurrentes de Argentina y la del norte contra Canterac tampoco esta vez se realizan. Avanza luego el general de los peruanos siempre en dos agrupaciones, no obstante lo cual con la suya obtiene un éxito táctico en Zepita (inmediato al NO. del Desaguadero) el 25 de agosto. De aquí, reunido con la columna Gamarra, pero sin buscar una reunión con los 3.000 hombres que manda Sucre, desembarcados posteriormente, y perseguido por la Serna, continúa hacia Oruro. Allí, ante la unión del virrey con Olañeta y cortado del sur, vuelve hacia el norte perseguido tenazmente. Desde Ayo Ayo (entre Oruro y la Paz - Croquis Op. III) la retirada se torna fuga, perdiéndose 2.000 prisioneros, cañones, etc. Sucre, con sus fuerzas y algunos salvados de Santa Cruz, embarca de regreso a Lima en octubre.

Consecuencias del fracaso. — En esta campaña desaparecen las unidades del ejército peruano, y todo el sur de Perú y Alto Perú siguen en poder de los españoles, que cobran nuevos bríos para proseguir la lucha. La participación de Bolívar se hace ahora indispensable y hay que aceptar sus exigencias para proseguir la guerra.

2ª Campaña: de Bolívar. — Entre tanto los sucesos políticos en Lima habían dividido a los hombres y con ello las voluntades. El Congreso, por un lado, y Riva Agüero por otro, querían dirigir, en tanto que Sucre al mando del ejército restante, cumplía dis-

---

*** Ver Croquis Op. III, IV y V.**

posiciones de Bolívar, fomentando la crisis política. Producida ésta, el Libertador se presentó haciéndose conferir el gobierno y el mando militar; en noviembre Riva Agüero era tomado preso.

A principios de 1824 la guarnición argentina de Callao se sublevó, apresó a sus jefes y pidió el pago de los sueldos atrasados; mas, luego, amedrentada, se inclinó hacia los realistas que tomaron el mando de la plaza. A raíz de esto, el 10 de febrero, Bolívar fué nombrado dictador, y fuerzas de Canterac ocuparon Lima el 29 del mismo mes, ciudad que Necochea había evacuado ya. Por entonces Olañeta se empezaba a rebelar en Alto Perú contra órdenes del virrey, restándole sus 4.000 hombres, con lo que los realistas quedaban reducidos a unos 14.000 combatientes. Los peninsulares, aunque en vías de reconquistar el dominio del mar, estaban además siendo minados por las disensiones políticas, provocadas por la pugna entre liberales (la Serna y otros altos jefes) y los absolutistas, como Olañeta.

En tanto los patriotas podían contar ahora con algo más de 9.000 hombres (4.000 colombianos, 3,000 peruanos, 1.100 chilenos y argentinos y otros), con el mando militar y político consolidado en manos de Bolívar. Este se dedicó a preparar el ejército, instruyéndolo, dándole disciplina y proveyéndolo de todo lo necesario para una dura campaña, imponiendo su voluntad siempre y por cualquier medio, para hacer concurrir los recursos públicos y privados; éstos por la requisición sin miramientos.

El 20 de junio Olañeta se declara hostil al virrey, lo que favorece a los patriotas. Poco antes el Libertador se había movido desde la región al norte de Pasco, donde tenía escalonado su ejército hacia cerro de Pasco, allí lo concentraba a principios de julio, contando entonces 10.000 hombres, de los cuales casi 9.000 infantes, para operar contra Canterac; éste tenía algunos más de 8.000, de ellos, 7.000 infantes.

Junín. — Se presentaba ahora la primera oportunidad en que la batalla principal y decisiva se podía empeñar con manifiesta superioridad de medios por parte de los patriotas. Frente a este enemigo, Canterac, que desde el sur se ha aproximado, contramarcha por el este de la laguna Junín, al enterarse de que su oponente ha avanzado desde Pasco, por el oeste del obstáculo, y puede cortarle su comunicación al sur; así, por una breve ventaja de tiempo, logra escurrírsele, impidiéndole un ataque contra el flanco a sus fuerzas en retirada. El Libertador pretende entonces contenerlo y para ello ordena el ataque de su caballería, unos 900 jinetes, al mando de Necochea. El adversario, trae su caballería como retaguardia, en número de 1.300. Pero los jinetes aliados no pueden oponerse a aquellos, que, también al ataque, se adelantan para contenerlos, pues recién van saliendo de la montaña y en un principio no disponen de espacio para desplegar. En tal situación los realistas derrotan a los dos primeros escuadrones y a éstos siguen en su repliegue los otros, perseguidos en desorden también por los jinetes realistas vencedores. Pero en esta ocasión, como en varias de nuestra historia, aparece una fuerza compacta, aunque pequeña, que es aquí el escuadrón Húsares del Perú, al mando del teniente coronel argentino Isidoro Suárez, que esperaba para entrar en línea y que cargó por iniciativa contra el flanco y retaguardia a los perseguidores, con tanta eficacia física y moral que, de un combate perdido hizo una victoria. ¡El poder de una reserva — en este caso no dejada ex profeso — interviniendo en momento y lugar apropiados! La caballería patriota es ahora la que persigue a la adversaria hasta la infantería de ésta. Fué Junín una lucha sin disparos, sólo de choque, y breve; 320 son las bajas materiales del adversario.

Consecuencias. — Este combate entre reducidos efectivos y sólo de caballería, tuvo una inesperada influencia moral en las tropas y muy especialmente en el comandante del ejército realista, Canterac, quien pensando antes de la lucha proseguir hasta Jauja, ahora prolonga su retirada mucho más al sur, sin causa real, ya que habiendo destruído todos los puentes y no siendo perseguido inmediatamente de la acción, y muy lentamente después, no corría un peligro grande ni inminente. Con esa marcha forzada fué dejando bagajes, armas, municiones y perdiendo hombres: 3.000 entre desertores, rezagados, enfermos y extraviados. Sin duda, más pérdidas que en casi todas las batallas de aquel entonces sufridas por uno de los bandos.

3ª Campaña: de Sucre. — Contra Olañeta, rebelado en el sur, había sido destacado por el virrey el general Valdés, el cual, tras un primer éxito, debió regresar al norte llamado con urgencia por la Serna, a raíz de los sucesos en la Sierra, llegando a Cuzco en agosto; Olañeta, entonces, siguió a ocupar Puno. Concentrados sus efectivos, los realistas, ahora con una masa superior a la independiente, resuelven pasar a la ofensiva. Los patriotas, que no persiguieron después de Junín, habían seguido hacia el sur ocupando territorio. Llegaban así el 24 de setiembre a Challhuanca, a 120 Km. al oeste de Cuzco; allí el mando pasó a Sucre.

El plan realista consistía en tratar de envolver operativamente a los patriotas con un movimiento por el oeste que los cerrara de la costa y los cortara del norte, de modo que tuvieran que librar la batalla; para ello la Serna partió el 22 de octubre. Conocido este movimiento por Sucre el 7 de noviembre, se replegó hacia el norte, parando desde el 14 al 19 en Aldahuaylas y alrededores, mientras su adversario perseguía paralelamente por Challhuanca y Pampachiri, llegando a proximidades de Huamanga (Ayacucho) el 18 de noviembre. Indudablemente las comunicaciones patriotas estaban con esto interceptadas; pero el enemigo, perdido el contacto con éstos por falta de exploración, había ido a aparecer demasiado al norte, en la espalda, por lo que debió retroceder marchando ahora al sur, hasta el río Pampas, al que llegó también Sucre situándose en una posición sumamente fuerte. Ahí, obstáculo de por medio, permanecieron del 20 al 24 de noviembre. Para salir de esta situación y poder destruir a su adversario, el virrey realizó con sus fuerzas movimientos hacia el sudoeste y lanzó desde allí contra el flanco izquierdo patriota a través del río una agrupación al mando de Valdés. Libre el paso del río y ante el peligro enunciado, el obstáculo fué salvado a tiempo por los independientes, que continuaron al norte seguidos siempre paralelamente desde el oeste por el virrey, hasta llegar aquéllos el 6 a Quinua (a 12 Km. al norte de Huamanga), en tanto que los realistas siguieron hasta interponerse nuevamente a su frente el 8 de diciembre por la tarde.

Ayacucho. — Sucre, autorizado ahora por Bolívar para empeñar la batalla — lo que antes le estuvo prohibido — debía triunfar para salvar sus fuerzas; eligió entonces una muy buena posición en una reducida pampa y esperó el ataque enemigo, que tenía que ser solamente frontal. El adversario cometió en él varios errores, como el de efectuar primero el combate en una parte y allí, por escalones sucesivos, que fueron siendo destruídos; y el de no preparar el ataque a través de un zanjón que protegía el dispositivo enemigo, y que ocasionó a los realistas una crisis aprovechada por Sucre. Así, la batalla, desarrollada el 9 de diciembre de 1824, con frente invertido, fué ganada por los independientes. La lucha, sangrienta, produjo 3.000 bajas entre ambos bandos — sobre un total de 15.000 combatientes —, la captura del virrey, y luego una capitulación, por la que los jefes españoles hacían abandono de todos sus intereses. Resultado sin duda el más espléndido de la guerra de la emancipación.

Fué ésta la última batalla de la guerra de la independencia sudamericana y la culminación de una acción estratégica continuada durante catorce años a través de medio continente.

La guerra en los mares. — Antes de cerrar el relato concerniente a esta guerra — en que Argentina participó casi hasta el final — conviene reiterar que a ella concurrió, con singular eficacia, conjuntamente con las campañas terrestres, el dominio de los mares. Este fué adquirido por las fuerzas navales patriotas y comprendió incluso las bases navales y fortalezas españolas en ambos océanos: Montevideo, Valparaíso, Talcahuano, Valdivia y Callao, esta última la principal. En esas conquistas tuvieron un papel de primer orden las escuadras dirigidas por Brown en el Atlántico, y Blanco Encalada, pero particularmente Cochrane, en el Pacífico. Contribuyeron también en el debilitamiento de España las campañas marítimas de corso, emprendidas hasta 1821 por capitanes con patente argentina, entre los cuales el propio Brown [1], Bouchard, Almeyda, Ghayter, Jewett y otros; todos extranjeros, quienes bajo el pabellón nacional las realizaron con notable corrección, cosa no común en esta clase de guerra en que hay propensión a los abusos. Sólo a Buenos Aires llegaron no menos de 40 presas en cuatro años. En cuanto a los buques incendiados, fueron muchos. El corso arruinó el tráfico español, pues, aparte de las correrías en el Atlántico y en el Pacífico (en éste de corsarios chilenos), los mismos puertos de España y sus colonias, fueron bloqueados y aun atacados.

Consecuencias. — Terminada la pacificación de Perú con la rendición sucesiva de las restantes fuerzas realistas, y la derrota de Olañeta en el pequeño combate de Tumusla, empezaron a asentarse las instituciones republicanas en las regiones últimamente liberadas, lo que realizó Sucre en el sur. En 1825, Alto Perú se declaraba independiente, como República de Bolivia, y el congreso argentino la reconocía como tal. Era la primera desmembración definitiva y reconocida por Buenos Aires del ex virreinato del Río de la Plata; vendría después la de la Banda Oriental; y más tarde, de derecho, la segregación prácticamente efectuada de Paraguay. La fijación de los límites territoriales fronterizos del noroeste, no debidamente establecidos entonces, y otras causas, provocarían una guerra entre la Confederación Argentina y Bolivia en 1837 (ver V Parte *b*).

---

[1] En el período 1815 (después de caído Montevideo) a 1820, que algunos llaman de los "corsarios", se realizan empresas de cooperación bélica (directa o indirecta) respecto de las expediciones de San Martín a Chile y luego a Perú. Nuestro Brown realiza una campaña en 1815-16 con el propósito de "impedir el progreso del enemigo"... "en la costa SO. de América". Perseguíase también la destrucción del comercio español en el Pacífico. Reunidos los tres barcos disponibles: fragata *Hércules* (G. Brown), bergantín *Trinidad* (Miguel Brown) y la corbeta *Halcón* (H. Bouchard), en total 62 cañones, efectúan un crucero frente a Lima, donde bicieron varias presas (entre ellas la fragata *Consecuencia*), y dos tentativas sobre los barcos de Callao, consiguiendo hundir allí la fragata *Fuente Hermosa*, resultando dos de sus barcos "estropeados". Pasados quince días, el bloqueo es levantado. Como consecuencia, los realistas piden a España refuerzo de barcos de guerra.

CAPITULO XXX

LA PERSONALIDAD HISTORICA, MORAL Y MILITAR DE SAN MARTIN

La personalidad histórica de San Martín tiene una profunda significación moral: su propia vida de soldado lo atestigua. "Puesta su vida al servicio de la causa de la emancipación, formuló la decisión irrevocable de no mezclarse en las cuestiones políticas internas. Su renuncia al cargo de Director Supremo de Chile, su consagración para formar el ejército argentino-chileno y la escuadra que debían libertar a Perú; su entrada en la ciudad de Lima, donde acepta con carácter provisional el cargo de Protector a los fines de terminar la guerra; su entrevista con el general Bolívar y subsiguiente abdicación, que han hecho pensar en un signo de debilidad de carácter y no de grandeza de alma; su despedida del pueblo peruano; su ostracismo; su miseria; su dolor físico y moral; todo revela en el general San Martín una vida consecuente, de unidad armónica, orientada por inquebrantables normas éticas. El heroísmo militar de San Martín tuvo una alta inspiración moral: fué un libertador" (Levene).

San Martín creador y conductor de ejércitos. — El análisis circunstanciado de la actuación del Libertador durante diez años es tarea que no corresponde a este compendio; la calidad primordial de la obra — la síntesis — obliga a silenciar muchos aspectos y episodios de sus campañas y deja otros apenas esbozados. Debe decirse, pues, sobre sus condiciones profesionales sólo lo grande, lo que resalta.

Como organizador y preparador de sus campañas. — El general San Martín previó, gestionó y realizó al máximo todo lo necesario para triunfar en sus campañas, sobre todo las iniciales de Chile y Perú, por ser las más difíciles. Para ello hizo movilizar o movilizó las finanzas, la economía, la política, la diplomacia y la moral. Obtuvo así: efectivos suficientes, con instrucción, disciplina y moral patriótica; armamento adecuado y en número cabal para dotar a sus ejércitos y a otros soldados en las zonas de invasión; apropiada proporción de las armas y servicios en los ejércitos (infantería, preponderantemente; caballería, suficiente, etc.), conforme a las exigencias del medio geográfico de operaciones y al enemigo; reabastecimientos bastantes hasta el primer choque importante con el adversario — imprescindibles para mantener la libertad operativa —, y previsiones para seguir obteniendo los necesarios. Buscó y obtuvo la resuelta adhesión de buena parte de los pobladores del país que iba a invadir o en el que tenía que operar, hacia la causa de los independientes, lo mismo que la difusión de sus principios políticos; engañó a los realistas sobre las fuerzas bélicas patriotas, los momentos de partida y las líneas de invasión u operaciones; preparó la defección de jefes y tropas del enemigo hacia las filas de la libertad, que se concretaría en momento oportuno; logró la cooperación de las poblaciones y guerrilleros organizados para el hostigamiento del adversario en las operaciones mismas; consiguió enterarse de las fuerzas, dislocamientos y moral del enemi-

go; produjo alarmas anticipadas y engañosas para desviar su atención de los lugares reales de penetración y avance, y desorientarlo, induciéndolo a diseminar sus fuerzas; proporcionóse conocimientos sobre las condiciones operativas de las regiones en que se desarrollarían las campañas, en especial de los grandiosos obstáculos naturales que ellas presentaban, y aun de las características topográficas de lugares de muy probables choques tácticos; obtuvo fondos y recursos de toda índole en acción tesonera e ingeniosa ante las autoridades y pueblos, venciendo en este aspecto también las dificultades de toda alianza (Chile); intervino amistosamente para zanjar las disensiones políticas internas en Argentina, retardantes de la preparación de los ejércitos y la escuadra; etc.

El estupendo y feliz paso de los Andes y el no menos grandioso transporte y desembarco en Perú — este último en operación anfibia, casi en las fauces del león hispano en América —, aparte de la buena conducción, indican una sabiduría y previsión organicas y de preparación sobresalientes, muy particularmente si se considera la pobreza de los medios con que se contaba entonces para vencer al formidable Ande y al grandioso mar Pacífico, en busca de los objetivos militares.

En resumen; el Libertador supo organizar cada vez el instrumento de sus éxitos y preparar el ambiente para sus realizaciones en forma admirable.

Como conductor estratégico. — San Martín abarcó y comprendió dónde, por dónde, cómo, cuándo y con qué podría llegar a dar el golpe de gracia al poder hispánico eu América para terminar la guerra. Si bien no le fué dado asestar dicho golpe por obra del destino, contribuyó como ninguno a su ejecución. En realidad, libres de realistas las Provincias Unidas del Río de la Plata y Paraguay; contenidos aquéllos en el noroeste argentino y sin puertos para desembarcos en el Atlántico; conquistado luego Chile por el Libertador; obtenido después el dominio del Pacífico, haciéndose así casi imposible el auxilio de la Metrópoli a los españoles de las colonias; y, finalmente, invadido Perú y logrados éxitos sucesivos hasta dejar a los realistas limitados al interior de ese país, faltaba sólo para el tal golpe final la reunión de las fuerzas del Libertador del norte, Bolívar, vencedoras en Ecuador, con las del Protector de Perú, para terminar la obra; pero las dificultades, intereses encontrados y ambiciones personales, que las alianzas entrañan, impidieron que ello fuera logrado bajo la dirección de San Martín o cuando menos con su concurso, postergándose y quedando librada a otros su realización.

¿Dónde debía darse el golpe final? Lo sabía bien San Martín, como lo sabían todos los de la época: en Perú. ¿Por dónde? Eso fué lo que no supieron encontrar los que lo habían precedido en la gran conducción, y que él determinó con acierto: por Chile y luego por el mar; no por Alto Perú. ¿Cómo había de realizarlo en su sentido más general? Fué cosa también propia: en dos etapas sucesivas, primero a Chile, con completa preparación previa, y en seguida, a Perú, después de obtenido el dominio del mar y prolija preparación de la campaña. ¿Con qué debía realizárselo en cada oportunidad? Lo hemos visto: con fuerzas suficientes, pero que fueron sólo las indispensables, como que más no pudieron darle los pueblos, exhaustos por la guerra exterior e interna y siempre con inferioridad de medios frente al adversario, hasta ser casi irrisorios en la expedición a Perú; un mayor caudal de tropas hubiera facilitado la ejecución de los planes, pero también restado mérito a sus grandes triunfos estratégicos y tácticos.

En la estrategia de escenarios menores que el del continente, en que le tocó actuar o buscó dirigir la guerra, lo hizo discerniendo bien sobre cuál era el principal y cuál o cuáles los secundarios, para aplicar a aquél el centro de gravedad de la política y de las fuerzas armadas. Por eso dejó el noroeste argentino, el cual, según su opinión, de teatro principal debía pasar a secundario, no obstante lo que pensaban otros, para volcarse al oeste — Cuyo y Chile —, manteniendo al noroeste en igual carácter de accesorio durante la preparación y ejecución de la expedición a Chile y después a Perú. En este último país supo comprender en 1822 que el centro de gravedad estratégico estaba en ese momento en Ecuador, donde operaba Sucre, con cuyo éxito se abriría el camino de Bolívar al sur — que le estaba cerrado —, para reunir así las fuerzas revolucionarias y terminar con el poder español en el reducto de Perú. Para ello se desprendió de tropas importantes, quedando debilitado en Lima.

Estaría demás decir que la ofensiva estratégica era — y debía ser — su aspiración de Libertador y que en ella basó sus planes para la independencia, primero de Chile, y después de Perú. Su expedición con cuatro mil hombres al centro del poderío español, donde habían veintitres mil hombres en armas, alejándose más de dos mil quinientos kilómetros de su base de operaciones (Valparaíso a Callao), denota su audacia ofensiva, gran confianza en sus aptitudes de conductor y dominio sobre las necesidades y conveniencias de la gran estrategia en la lucha continental: cooperar desde el sur con el Libertador del norte por líneas exteriores y darse la mano para estrechar y ultimar al enemigo en el hasta entonces inalcanzado centro de la resistencia: Perú.

El dominio del Pacífico, previo a la expedición, como requisito indispensable para su seguridad, y la colaboración de la escuadra, aparte de la protección al convoy, como asimismo los planes que concibió después sobre la costa peruana (Miller y Cochrane en 1821, y los realizados después de su abdicación por Alvarado y Santa Cruz, sucesivamente, entre 1822 y 1823) y el de su amenaza a Lima, con demostraciones sobre Callao y desembarco en Ancón, evidencian que tenía un claro concepto sobre la importancia, preparación y manera de ejecutar la difícil combinación y coordinación de las fuerzas de tierra y mar para el logro final de los objetivos de la guerra.

El éxito de la batalla lo prepara por la concurrencia a ella de la masa de las fuerzas, que han marchado separadas en las operaciones, sabiendo que nunca se es demasiado fuerte en el punto decisivo, por lo cual sólo se desprende de efectivos muy pequeños y para misiones importantes: de aferramiento de tropas enemigas más numerosas (economía de las fuerzas), como ocurre al invadir Chile, con sus columnas secundarias o auxiliares.

La unidad de mando, de tan reconocida importancia, la ejerció siempre en las fuerzas de mar y tierra encargadas de la expedición a Perú, con tesón y claro concepto — aunque Cochrane pretendía obrar por sí y al fin lo realizó, sin que pudiera impedírselo, lo que demuestra que tal unidad no es siempre fácil —; demás está decir que esa unidad la realizó respecto a las fuerzas terrestres destacadas sujetándolas a sus directivas; el conocimiento de las ventajas que ella reporta le indujo a buscar la cooperación con Bolívar, en forma inmediata y directa, aun ofreciéndole actuar a sus órdenes, y luego, al serle desechada esta propuesta, a dejar el escenario estratégico para que el Libertador del norte tomara en sus manos, solo, la conducción de la guerra en Perú.

Excepcionalmente se subordinó a la voluntad del adversario, al que muy pocas veces dejó la iniciativa, aún con la pobreza de medios con que guerreó en Perú, imponiéndosela, siendo el enemigo, el que, a pesar de su mayor poderío, debió concurrir a parar o contrarrestar los golpes en los más diversos puntos (expediciones de Arenales a la Sierra, Miller y Cochrane al sur, el mismo San Martín hacia Lima y Callao, etc.).

La sorpresa estratégica como factor del éxito, la buscó siempre, según lo dicho al considerar al Libertador como preparador de sus campañas, donde se expresó en qué for-

ma la lograría, es decir, desorientando al adversario sobre cuándo, por dónde y con qué realizaría las operaciones, y activando éstas.

La oportunidad malograda de aniquilar a Canterac durante la segunda campaña a la Sierra de Arenales, ya se ha dicho que no se le puede atribuir como desliz de conducción estratégica a San Martín; como tampoco la destrucción de las fuerzas de Domingo Tristán, en Macacona (Ica); son errores operativos, si se quiere de interpretación, de sus subordinados y no de la conducción estratégica del Capitán del sur.

Como conductor operativo. — Aunque la conducción operativa de las columnas o agrupaciones de sus ejércitos, generalmente corrió a cargo de sus comandantes subordinados (Las Heras, Soler, O'Higgins, Balcarce, Arenales, Miller, Santa Cruz, Tristán, etc.) quedando él con la conducción estratégica, hasta casi la batalla (campañas de los Andes y de Chile), sin embargo, en muchas oportunidades aquella conducción estuvo regida — aunque no con rigidez — y planeada por el Libertador quien, según los casos, como en la travesía de los Andes, fijó el proceder de cada columna, sus jornadas, objetivos sucesivos, etc., con tanta precisión y certeza que, al no fallar, aseguraron los objetivos y la reunión, y ello sin que se sintieran los exagerados desgastes y sufrimientos físicos que las tropas deben soportar por los duros obstáculos naturales y el clima, influyentes en la moral de los combatientes, cuando las previsiones son incompletas, sobre todo en la alta montaña. Con menor rigidez aún y mayor independencia, pero con semejante previsión, se determinaron las operaciones a Arenales, en las dos expediciones a la Sierra, a Miller a Puertos Intermedios, y a O'Higgins en el sur de Chile, especialmente a este último antes de la reunión del Ejército Unido.

Luego de Cancha Rayada, es su propia conducción operativa, con las fuerzas reconstituídas y reunidas, la que prepara la batalla de Maipú, de tan gran resultado y trascendencia.

Mas es también en este campo donde la crítica ha encontrado reparos a la conducción del Libertador. Falta en ella la persecución lejana operativa, resuelta, con fuerzas suficientes para el aniquilamiento adversario, penetrando, por la prédica y las órdenes a los subordinados de la necesidad ineludible de terminar con el enemigo, aun hasta extremar el sufrimiento físico propio, para exterminar al adversario en una sola vez. No hubo persecución lejana con esos propósitos después de Chacabuco, ni después de Maipú, ni cuando la Serna evacuó Lima, ni cuando Canterac dejó Callao en marcha al norte.

Es también en lo operativo donde podrían discutirse algunas disposiciones suyas, como la de no oponerse y batir a Canterac en su avance a Lima y a Callao, y cuando éste desfila en retirada a su frente y no lo ataca; es seguramente porque el Libertador piensa estratégicamente y desde ese campo espera la cooperación de Bolívar para, con seguridad del éxito en la batalla, terminar la guerra; pero las oportunidades en la guerra suelen presentarse tan favorables pocas veces, y después no presentarse más.

La caballería tiene siempre en sus operaciones una función de seguridad operativa, para conservar puntos de pasaje al grueso, como en las Coimas; o para contener al enemigo en retirada hasta la intervención de aquél, como en la persecución a Osorio antes de Cancha Rayada; o para mantener una línea, como en el Chancay; y es también la encargada de la exploración lejana; que es lo que en todo esto corresponde.

Como conductor táctico. — Sus disposiciones estratégicas y operativas han hecho lo más y bien en la preparación del acto táctico decisivo, ya desde San Lorenzo, según se ha visto, pero especialmente en las campañas de Chile. En Perú no libró batalla

alguna. No obstante que sus subordinados libraron varios combates, casi siempre felices, sus éxitos fueron allí sólo estratégicos y operativos, aunque varias veces preparó la batalla que no se produjo.

La exploración mantenida en el campo operativo subsiste hasta la batalla misma, con caballería, que llena también funciones de vanguardia adelantada, estando así informado sobre el enemigo. Esto lo olvidó sólo en Talca, antes de Cancha Rayada; oportunidad en que también falta un eficiente servicio de seguridad en el alojamiento.

El dispositivo inicial de combate para la acción frontal y rebasante es el normal de la época, concordantes con las posibilidades del armamento. En la preparación de la batalla su tendencia es hacia el envolvimiento y ataque a la espalda del enemigo, como en Chacabuco y en su persecución a Osorio en Chile, cuando está en la ofensiva; pero, cuando opta por la defensa operativa inicial, como en Maipú, su envolvimiento en el ataque es sólo táctico y de reducida envergadura.

Un centro de gravedad manifiesto, poderoso, sobre el punto más vulnerable, ya en el planteo, y de resultados más grandiosos, se manifiesta en Chacabuco, donde cuenta con superioridad; no así en Maipú donde lo forma sólo al emplear la reserva y la caballería en su ala izquierda.

En la batalla conduce la lucha, la impulsa y corrige con sus órdenes y la reserva como corresponde. El empleo y la coordinación de las armas que efectúa concuerdan con las características de éstas en la época y la interdependencia de ellas. Hace muy adecuado empleo del terreno en todos los casos, aun en las acciones preparadas en Perú, pero no libradas, por la resolución del enemigo, superior, o del mismo Libertador, como en Lima.

Los lances desfavorables en la batalla no le hacen perder su discernimiento ni la moral; los conjura con disposiciones oportunas y enérgicas, no a medias, tal como ocurre frente al rechazo de O'Higgins en Chacabuco y del ala izquierda en Maipú. La derrota tampoco lo amilana (Cancha Rayada); su actividad y recursos son entonces aún mayores que frente a la victoria.

En síntesis, por su capacidad en la batalla es considerado casi unánimemente, como el mejor general táctico americano de su época.

Una cosa puede decirse todavía y es que no se sujeta a formas y esquemas en ninguno de los campos de la conducción, sus designios, sus medios, el terreno y el enemigo le indican en cada caso el proceder y la forma de realizarlo. Aplica la sana razón humana en todas las situaciones.

La clemencia pasado el momento del combate. — Aparte de las excelentes condiciones de San Martín como estratego, táctico, organizador, etc., que esta historia ha ido destacando, conviene mencionar, antes de cerrar esta pequeña ventana abierta a su actuación, un aspecto que no hemos tocado, el de la manera cómo consideraba él que debía realizarse la guerra. Sobre esto siempre aconsejó humanizar la lucha, que como se ha comprobado y se comprobará en el texto, no se desenvolvía entonces muy en concordancia con el progreso de la civilización en cuanto al trato de los vencidos inermes, de los prisioneros y aun de los heridos. Los malos tratos y las venganzas sangrientas, con aquéllos, no eran raros, tanto de un bando como del otro, especialmente en las guerras civiles. Según el Libertador, ni el odio, ni el ardor de la lucha podían justificar los actos crueles, y el coraje no debía estar reñido con la nobleza de procederes. El se preocupó especialmente de los prisioneros, del cuidado solícito a los enemigos heridos y del canje de los capturados. Corrieron también de su iniciativa las disposiciones para regularizar las hostilidades y asegurar el canje de los prisioneros. Había que continuar la guerra, ya que no se

podía lograr la paz, pero con las menores desgracias compatibles con ese estado político. Fué también duro enemigo del robo, la violencia y el asalto a la propiedad privada.

Una de las causas de su no intervención en las luchas civiles fué, sin duda, su repulsión a causar más males a la familia argentina. Como en lo demás, fué en esta faz de su vida militar un hombre superior.

CAPITULO XXXI

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Desde el punto de vista de sus proyecciones, la guerra de la emancipación emprendida por los patriotas comprendió dos etapas: la primera hasta comienzos de 1817 (antes de la campaña de los Andes), que se desarrolla circunscrita a lo que fué el virreinato del Río de la Plata; la segunda, que se extendió a otros países (Chile, Perú, etc.), complementándose y combinándose con la de éstos, y tomando un carácter internacional sudamericano, siendo desde entonces una contienda de alianzas de hecho o por tratados. En el primer período las operaciones militares son fundamentalmente terrestres, combinándose en algún escenario con las fluviales (litoral); en el segundo, luego de la campaña de Chile (1818), la lucha en el mar adquiere por dos años la preeminencia, hasta obtenerse el dominio del Pacífico (1820); después prosiguen en el oeste continental combinadamente, aunque prevaleciendo como teatro el terrestre, para terminar decisivamente en tierra, con Ayacucho (1824). Hay, pues, en su proceso, una variedad y adaptación muy grandes, así en lo político como en lo militar. La situación política de la segunda etapa — con las alianzas, — complicó y dificultó el problema militar que se presentaba al conductor estratégico (San Martín) y pusieron a prueba su tacto y habilidad. Las operaciones combinadas en ese mismo lapso sumaron otras dificultades al comandante superior en escenario tan amplio, con medios precarios y frente a un comandante naval de tanta personalidad, prestigio y ambición como Cochrane, cuyas interferencias, también tuvo que vencer.

En la actividad exclusivamante militar, la guerra se desarrolló tanto enlos territorios completamente llanos de la pampa como en las tierras onduladas y de sierras, y de media montaña y de alta montaña, éstas en la grandiosa cordillera de los Andes, de Argentina a Perú, con climas que van de lo más frío y lluvioso y ventoso, a lo más ardiente y seco, y ello por zonas desérticas, de montañas, bosques, grandes ríos, en todos los cuales se opera y combate, amén del mar donde también se opera y se combate (el Pacífico chileno y peruano).

Todas las situaciones, muy variadas, en lo político-militar, sumamente complicadas a veces, debieron ser estudiadas y resueltas por la conducción política de nuestro país — y de los aliados, según los casos, en lo que muchas veces erraron — conjuntamente con las que creaban simultáneamente en nuestra nación los enemigos políticos internos de los gobiernos y el indio rebelde, en la frontera interior. La ejecución de esas resoluciones políticas en lo militar correspondió a los generales, sufriendo siempre la pobreza de medios materiales, según se ha visto, pero con la riqueza moral de nuestro pueblo, no obstante

los reveses ocasionales, hasta culminar la obra político-militar de quince años con la independencia americana.

Aparece así patente que muy poco de lo multiforme de las guerras ha de haber escapado a la de nuestra independencia, pues se ha efectuado en los mares, los grandes ríos, los llanos, las sierras, las montañas (medianas, grandes y gigantescas), lo que imponía en cada caso una organización, instrucción, dotación, reabastecimientos y conducción, grande y pequeña, en lo estratégico, operativo, táctico y logístico especial, poniendo a prueba la adaptación de nuestros generales y oficiales en cada momento, los que debieron emplear los procedimientos más convenientes y posibles de la guerra regular e irregular, de llanura o montaña, ofensiva o defensivamente, en cada circustancia. De todo lo realizado se pueden inferir grandes enseñanzas — no todas aplicables en la actualidad, — algunas de las cuales se han asentado durante esta III Parte del libro. Maestros fueron en esa adaptación a las circunstancias y al medio San Martín, en la guerra regular, y Güemes en la irregular.

Hemos visto, y resulta una experiencia aprovechable, cómo las luchas de política interna, con sus enconos — fuera cual fuera la causa —, impidieron en muchos momentos encontrar o impulsar soluciones apropiadas para resolver rápidamente y bien la guerra por la emancipación, la que se prolongó por ello más de la que cabía esperar.

Para terminar, corresponde decir que, finalizada la guerra de la independencia de la América española, poco después de Ayacucho, lo que fué el virreinato del Río de la Plata había quedado bastante disminuído en su extensión. Habíanse desmembrado de él, Paraguay y Alto Perú (éste incluyendo Tarija, de la jurisdicción de Salta), que formaron unidades políticas aparte con gobierno propio; la Banda Oriental estaba ocupada y dominada por Portugal. Buenos Aires seguía siendo cabeza del resto del territorio, en el que enormes extensiones del sur (Patagonia, etc.) y norte (Gran Chaco) continuaban ocupadas y dominadas por el indio salvaje y rebelde.

BIBLIOGRAFIA

(GUERRA DE LA INDEPENDENCIA)

Academia Nacional de la Historia: Artículos de Yaben, Villegas Basavilbaso y otros.

Aecame, Nicolás: "Cannae y el modo de operar de San Martín".

Arroyo Alvarado, G.: "Historia de Chile (Campañas de 1817-1818)".

Bernard, Tomás Diego: "El eje Montevideo el Callao, etc.".

Beverina, Juan: "El Virreinato de las Provincias del Río de la Plata: Su organización militar" y "Las invasiones inglesas al Río de la Plata".

Caillet Bois, Teodoro: "Historia Naval Argentina".

Dellepiane, Carlos: "Historia militar del Perú".

Espejo, Jerónimo: "El paso de los Andes".

Fregeiro, C. L.: "Estudios históricos de la Revolución de Mayo".

Frias, Bernardo: "Historia del general Güemes y de la provincia de Salta".

Historia de la Nación Argentina: Colaboraciones de Ricardo Caillet Bois, Máximo Soto Hall, Juan Canter, Ricardo Levene, etc.

Instituto Nacional Sanmartiniano: "Revista San Martín".

Lamadrid, Gregorio Aráoz de: "Memorias".

Levene, Ricardo: "Lecciones de historia argentina".

López, V. F.: "Historia de la República Argentina".

Menéndez, José María: "San Martín, sus ideas y su acción en la epopeya de la libertad".

Mitre, Bartolomé: "Historia de Belgrano, etc." e "Historia de San Martín, etc.".

Ornstein, Leopoldo R.: "La estrategia de ajedrez de San Martín".

Otero, José Pacífico: "Historia del libertador José de San Martín".

Paz, José María: "Memorias póstumas".

Pueyrredón, Carlos A.: "1810, la Revolución de Mayo".

Ratto, Héctor R.: "Hombres de mar en la historia argentina".

Roberts, Carlos: "Las invasiones inglesas del Río de la Plata".

Rodríguez, Gregorio F.: "Historia de Alvear".

Solá, Ricardo: "Biografía militar del general Güemes".

Tellez, Indalicio: "Historia de Chile (Historia Militar)".

Yaben, Jacinto R.: "Biografías argentinas y sudamericanas".

Zorrilla de San Martín: "La epopeya de Artigas".

C U A R T A P A R T E

LAS GUERRAS CIVILES

Causas generales de las guerras civiles hasta 1861. — En su preocupación por remover del mando político a España, los revolucionarios del Plata se habían preocupado poco del estudio y definición del tipo de gobierno que debía reemplazar al de aquélla y a su organización básica, y, por consiguiente, a formar una opinión pública, un acuerdo a ese respecto — cosa muy difícil en esas circunstancias — y ni aún de uniformar previamente las miras entre los mismos dirigentes y simpatizantes del primer momento en Buenos Aires. No es de extrañar pues, que existiendo entre los jefes revolucionarios grupos de distintas tendencias, se planteara pronto una disidencia de principios, en el improvisado primer gobierno patrio [1] (la Junta) y se constituyeran especialmente dos bandos: saavedristas y morenistas, y que de aquí en adelante se fueran concretando dos inclinaciones antagónicas: la centralista, posteriormente unitaria, luego liberal, con una oligarquía ilustrada, tal vez poco democrática en el fondo, y la federal, de masa democrática turbulenta, semibárbara (inculta). La primera de esas tendencias tenía su base en Buenos Aires (los porteños) aunque en ella también existieran divisiones y facciones, algunas de ambiciosos. Rica en recursos, esta provincia había recibido como herencia de España ser la Capital (provincia Metrópoli), herencia política que mantuvo con un centralismo juzgado abusivo, dirigiendo o pretendiendo dirigir a las demás, y la berencia económica y financiera por medio del monopolio portuario y aduanero en la cuenca del Plata, es decir, en suma, el predominio político y económico absoluto, que mantuvo. Era ella la tesorería, el poder del país. Al decir de sus parciales respondía mejor esta tendencia a las necesidades materiales de la guerra (primero, de la independencia; después, de las internacionales) por su carácter mismo de centralista— lo que debía dar solidez a la autoridad — y por los recursos de la capital y su campaña. La segunda tendencia, la federal, encarnada por la casi totalidad de las poblaciones del interior — las demás provincias —, con sus caudillos, resultaba pobre en medios y con pocas probabilidades de enriquecer por la absorción económica citada; era en cambio mucho más popular, y más acorde, según sus adictos, con la contextura geopolítica del territorio

[1] Lo que se manifestó ya desde el Cabildo abierto del 22 de mayo de 1810, en que apareció la anarquía de opiniones entre los patriotas, es decir, que empezó a faltar en ellos, plan, disciplina y, sobre todo, unidad.

y la organización interna del país, lo que no impedía una colaboración espontánea y entusiasta para la guerra de la independencia y exteriores.

Hemos expresado en otras partes del libro qué causas contribuían al localismo de las poblaciones. Más adelante veremos cómo influyó en las contiendas civiles.

Ya por esto se ve que la razón de fondo en el prolongado conflicto interno había de ser más que todo el factor económico [2].

Influencia de estas guerras en las guerras de la independencia, exteriores y con el indio. — Se ha expresado en la III Parte — *Guerra de la independencia*— la gravitación desfavorable que en su prosecución y desenlace produjo la porfiada desavenencia de ambos bandos políticos. Tampoco dejó de perturbar la guerra civil y enormemente, como se verá en la V Parte — *Guerras exteriores* — la ejecución, terminación y forma de desenlace de estas guerras, en particular la con Brasil. La lucha a muerte contra el gobierno central — las más de las veces centralista o unitario — impidió la debida cooperación de las provincias en las contiendas con Brasil, Bolivia y Paraguay, y los levantamientos de éstas hicieron no sólo que el gobierno de Buenos Aires se viera impedido de reforzar en medida adecuada a los ejércitos que luchaban con el extranjero sino que estuviera obligado a retirar tropas de los teatros de operaciones para concurrir a su propio sostén. Durante la guerra de la independencia algo se ha dicho al respecto. La guerra con el indio también sufrió su influencia perniciosa, y su ejecución decisiva debió ser diferida por muchos años, durante los cuales el indio realizó grandes depredaciones y robos, muchas veces sin oposición suficiente, ni correctivos; por las guerras civiles fué imposible incorporar al patrimonio nacional en forma efectiva inmensos territorios en poder del aborigen rebelde, hasta casi finalizar el siglo XIX.

Corresponde ahora esbozar los vaivenes, por cierto numerosos, en la lucha política interna y las operaciones militares que de ellos resultaron en el ciclo completo desde 1810 en adelante hasta 1890. Los cambios políticos, especialmente locales, no precedidos o seguidos por acciones operativas o tácticas de las fuerzas armadas — revoluciones pacíficas— escaparán a una narración.

Por tratarse de una lucha áspera y sin cuartel, de un casi continuo pelear entre hermano, a veces con gala de crueldades, con explosión de odios sangrientos y períodos de terror [3], estas campañas u operaciones carecen, sin duda, de la santidad que guía a las empresas realizadas por los ejércitos en la guerra de la emancipación. Sin embargo, aun cuando por opuestos caminos, ambas se complementaron, pues concurrieron a idéntica finalidad de resultados: la formación y la organización de la nacionalidad.

Consolidada la independencia, las luchas políticas y las convulsiones produjeron con su supervivencia y en última instancia — aunque mucho mejor hubiera sido no recurrir

[2] Julio A. Costa dice: "Esta voz de *Federación* o *Muerte*, a pesar de llegar también sustentada por la lanza de Facundo, fué no tanto una divisa de guerra como un clamor de desesperación y de angustia de las provincias que miraban hacia el puerto de promisión en la confluencia de los grandes ríos y se morían de hambre y de sed, si no se federaban".

[3] Monteagudo fué profético al decir: "La pena que me da cuando reflexiono que toda esta guerra por nuestra independencia es una guerra mansa comparada a los destrozos, matanzas, asesinatos que hemos de ver en estos países después de haber botado al último español de la tierra americana".

Fué una época sumamente difícil para los oficiales de todos los grados pues en la mayor parte de las revueltas era por demás dudoso descubrir dónde estaba el deber para con la patria y hacia cuál bando aconsejaba inclinarse el honor militar.

tan a menudo a las armas — el perfeccionamiento, el progreso institucional del país, a pesar de los transitorios retrocesos materiales (demográficos, económicos, financieros, etc.), simultáneamente con la evolución de las ideas, pues así, el país ensayaba a cada paso estatutos, constituciones y reglamentos administrativos, que iban trazando una senda, por la que se llegaría a la organización definitiva adecuada. Mantuvieron esas luchas, además, por el ejercicio continuado de las actividades bélicas, en un nivel de exaltación las condiciones naturales de bravura, talento, iniciativa, espíritu de sacrificio y tesón en el pueblo. He ahí indicadas algunas de las consecuencias favorables de nuestras guerras civiles; al final de éstas diremos cuáles fueron sus incidencias calamitosas.

A) LAS GUERRAS CIVILES POR LA ORGANIZACION NACIONAL (1810-1861)

PRIMER PERIODO. — LA GUERRA CIVIL EN EL LITORAL (1812-1821)

CAPITULO I

CAUSAS DE ESTA GUERRA

La guerra civil en el litoral, punto de partida de la conflagración general del país, se produce por las causas generales expresadas precedentemente, aunque no todas bien definidas, ni los principios suficientemente comprendidos.

En esta dilatada contienda las provincias litorales, incluída la Banda Oriental, se rebelan contra la capital, porque consideran que los gobiernos que se asientan en ella son demasiado centralistas, absorbentes, despóticos, oligárquicos e inestables, y empeñados en defender exclusivamente sus propios intereses económicos; todo esto en contra de una forma de gobierno, la confederal, que pretenden y sostienen los líderes del litoral, en la que, dentro de la subordinación general a la autoridad central, se permita a las provincias una particular autonomía, especialmente respecto a la designación de sus autoridades locales [1]; contrariaba también estos propósitos la idea, repetidamente sustentada y en trámite de realización, de constituir un gobierno nacional monárquico, perseguida por la mayoría de los hombres dirigentes del partido centralista, del Congreso General de 1816 y de los comandantes de las fuerzas (San Martín y especialmente Belgrano y Güemes), como un medio de evitar el caos.

Es de interés anticipar que la lucha en el litoral subsistió y se mantuvo hasta 1821.

[1] El gobierno central de Buenos Aires nombraba en las provincias tenientes de gobernadores, que, ajenos a ellas, en su mayoría porteños, dependían de él, lo mismo que a muchos empleados y aun jefes militares.

A poco de iniciarse la revolución, España había ido siendo vencida sucesivamente en casi todo el virreinato del Río de la Plata, excepto Alto Perú. En efecto, en Paraguay había un gobierno propio desde mayo de 1811; en el noroeste, la frontera, a enorme distancia del Plata se mantuvo incólume, a pesar de las derrotas de 1811, 1813 y 1815, por la acción principal de Belgrano y Güemes, aunque perdido Alto Perú; en el este, completada la liberación de la provincia Oriental con la capitulación española de Montevideo en 1814, nada substaucial se temía allí de España; en el oeste la masa formidable de los Andes y pocas tropas de protección, ponen un escudo a la penetración hasta fines de 1816, frente que estuvo cubierto desde 1817 en adelante, como consecuencia de la reconquista de Chile por San Martín, que suprimió cualquier peligro desde occidente. Por todo lo expuesto, en el litoral no se sintió una amenaza próxima y seria del poder hispánico, cuando el auge de la guerra civil, que obligara a aunar las voluntades tan opuestas de Buenos Aires y las provincias, inclusive la separatista Banda Oriental. Así, todas ellas estuvieron poco amenazadas por el enemigo español, que iba quedando en fronteras tan alejadas, no obstante la segunda invasión portuguesa en la provincia Oriental, pues a ésta se la sabía circunscrita y contenida por Artigas. En cuanto a la amenaza de una gran expedición realista al Plata, no fué muy temida, porque no pasó de tal y porque en las costas del gran río muy difícilmente hubiera podido desembarcar. Distinta hubiera sido la actitud de los pueblos ante un peligro golpeando a las puertas de la capital del Plata, que se pudiera considerar mortal para la revolución: entonces el patriotismo, que dominaba en todos, hubiera unido esas voluntades, como las unió en el noroeste contra los invasores realistas, bajo la acción de Belgrano y especialmente de Güemes; en Cuyo, en 1814, después de Rancagua, ante la amenaza de una invasión; y en la provincia Oriental, con los orientales contra los brasileños, bajo la dirección de Artigas. Así se explica también por qué Güemes, autonomista de hecho, con excelente buen juicio, no fué contrario manifiesto del gobierno centralista de Buenos Aires, a pesar de sus diferencias graves con el representante de aquél, Rondeau, y se explica porque allí el peligro fué inmediato, permanente y mortal para la existencia de Salta, como provincia argentina, según lo prueban las nueve invasiones realistas. Debido, pues, a la situación esbozada, las disensiones subsistieron en el litoral y aumentaron por momentos y en la medida en que el peligro exterior iba disminuyendo, hasta llevar a la casi disolución del país con la anarquía [2].

[2] En 1815, cuando pareció inminente el arribo al Plata de la expedición española, el mismo Artigas escribía al Cabildo de Montevideo diciéndole que ello debía mirarse como un bien, pues traería la "unión de los revolucionarios".

CAPITULO II

ANTECEDENTES DE LA GUERRA CIVIL EN EL LITORAL (1811-1812)

El armisticio con Elío. — Las persistentes luchas soportadas por los orientales en su territorio ante los avances portugueses, ya desde la colonia, que debieron sobrellevar casi siempre solos; la segregación que hacía dos años había realizado Elío del virreinato del Río de la Plata; y la situación geográfica relativa de la Banda Oriental en el estuario y su facilidad para un comercio propio con el exterior, que planteaba intereses económicos encontrados con Buenos Aires, habían dado ya a la provincia Oriental una personalidad y situación de marcada independencia y hasta de oposición a la capital de virreinato, que durante el primer sitio patriota a Montevideo contra los españoles y la primera invasión portuguesa, se empiezan a hacer más notables. Ocurre que el jefe de los orientales y primer caudillo federal, José Gervasio de Artigas — que aspira al mando en jefe de las fuerzas en su provincia — discrepa fundamentalmente con el gobierno de Buenos Aires (primer Triunvirato) por el armisticio que éste celebra con el virrey Elío sin su asentimiento (III Parte, Cap. VIII) y que él considera una traición. Su oposición manifiesta es condenada públicamente por el Triunvirato.

Rechazo de los diputados artiguistas en la Asamblea de 1813. — Pero la esencial disconformidad entre el gobierno ceutral y los patriotas orientales (Artigas), parte del rechazo que la Asamblea [1] hace de la diputación del estado Oriental — errado, por cierto —, la cual traía en sus *Instrucciones*, entre otras, las de que el país había de organizarse bajo la forma republicana y federal, que los puertos de Maldonado y Colonia debían ser libres, que todas las provincias tendrían igual dignidad, privilegios y derechos, y que todas debían renunciar a subyugar a otras; todo ello contrario a los intereses e ideas que sustentaba la mayoría de los hombres dirigentes de Buenos Aires, en cuanto a política

[1] Cuatro cambios políticos se han producido tras la revolueión de Mayo en el gobierno de Buenos Aires hasta 1813: 1° La subversión del 18 de diciembre de 1810; por ella los diputado provinciales son ineorporados a la Junta ejecutiva (entre ésta y el siguiente cambio "hay una serie de intentos revolucionarios que van ahondando las divisiones entre los patriotas y encendiendo las pasiones en odios incohereibles", Levene). 2° La revolución llamada del 5 al 6 de abril de 1811 (primera revolución interna del país), en que intervienen fuerzas de la guarnición y pueblo, dirigidos por el coronel Martín Rodríguez, en que no hay efusión de sangre; constitúyese entonces una segunda Junta, luego de separar a varios miembros de la anterior y expatriar a personas del bando contrario (morenistas). 3° La formación del primer Triunvirato (12-IX-1811), como consecuencia de Huaqui, de cuyo desastre el pueblo culpó a la segunda Junta; se consideró que un ejecutivo menos numeroso daría la "celeridad y energía con que deben girar los negocios de la Patria". 4° La revolución del 8 de octnbre de 1812 — también sin lucha — patrocinada por Alvear, San Martín y otros (Logia Lautaro) y sostenida por los Granaderos a Caballo mandados por San Martín, el regimiento 2 de infantería y alguna artillería; su propósito al crear el segundo Triunvirato fué dar fuerza y consistencia a la Revolución de Mayo, desterrar el despotismo que se atribuía al anterior gobierno y convocar un congreso; hahía culminado el descrédito del primer Triunvirato su orden de retirada a Belgrano desde Tucumán, que éste no obedeció empeñando la batalla y consiguiendo el triunfo conocido. La Asamblea (congreso) del año 1813 es resultado de esta revolución; los principales autores del acto declaran renunciar a toda participación en cargos públicos y en la composición del nuevo gobierno.

y economía. El pretexto fué que el nombramiento no se había hecho de conformidad con la convocatoria. Esta repulsa ahondó las diferencias y enconos existentes entre Buenos Aires y Artigas. (El 2 de febrero de 1813, Sarratea, comandante de las fuerzas, había declarado traidor al jefe oriental por desobediencia de éste. Poco después se produce un complot militar de Rondeau, de Vedia y otros, favorable a Artigas, que imponen el retiro de Sarratea, Viana, etc. del ejército, quedando Rondeau al mando del mismo). Artigas — que ya estaba levantado contra los españoles, como se sabe — lo hizo después de aquel rechazo contra la capital, abandonando el sitio que compartía con las fuerzas de Buenos Aires (21 de enero de 1814), en las que fomenta la deserción. Además, los tenientes de Artigas hostilizan a los destacamentos porteños y auxilian abiertamente a los buques españoles de Montevideo con víveres frescos. El 10 de diciembre, la provincia Oriental se había declarado autónoma del conjunto de las Provincias Unidas del Río de la Plata y ya nada más realiza por la causa común. En sus posteriores tratativas con Vigodet en 1814 (Cap. XI, III Parte), Artigas espera la independencia nacional de la Banda Oriental, pero sin traicionar la causa de la revolución. A raíz de lo dicho el director supremo Posadas, nombrado en enero de 1814 [2], declara al caudillo fuera de la ley, enemigo de la patria y pone a precio su persona, atizando con ello las pasiones. El jefe oriental envía entonces emisarios para sublevar Entre Ríos y Corrientes contra el poder central.

CAPITULO III

CAMPAÑA DE DORREGO CONTRA ARTIGAS (RIVERA) LLAMADA DE GUAYABOS, EN LA BANDA ORIENTAL (1814-1815) *

Antecedentes. La Cruz, Gualeguaychú y Espinillo. — A raíz de lo antes expresado la guerra civil se enciende en la provincia Oriental y la Mesopotamia. Artigas, situado en la costa del río Uruguay, en el norte — pueblito de Belén —, atiende el desarrollo de las operaciones encomendadas a Blas Basualdo, Francisco Ramírez, Hereñú y otros jefes en territorio de la Mesopotamia, y al mismo tiempo, y principalmente, las que se desarrollan en la Banda Oriental. Ya a comienzos de 1814, Díaz Vélez, por orden de Posadas, destaca a Entre Ríos una agrupación de 500 hombres al mando del coronel barón Holmberg, para castigar a Artigas y a sus subordinados de allí. Aquél debía reunirse a las fuerzas del teniente coronel Hilarión de la Quintana en Arroyo de la China (Concepción del Uruguay) y a las de López y Planes (unas 500 plazas), que vendrían de las Misiones. Pero esa concentración no pudo realizarse pues éste fué derrotado por Blas Basualdo

[2] El Triunvirato renuncia y se establece el gobierno unipersonal con el nombre de Director Supremo, el 31 de enero de 1814, para dar una mayor unidad de acción y fortificar la defensa nacional, en la muy difícil situación que atraviesa la revolución.

*** Croquis Op. Ia y Esbozo geográfico operativo del litoral, pág. 39.**



Coronel mayor Eustoquio Díaz Vélez



Coronel mayor Juan José Viamonte



Coronel mayor Marcos Balcarce, brigadier de Chile



Brigadier general Estanislao López



Soldado de infantería



Brigadier general
Juan Ramón Balcarce

(Blasito)[1] en la Cruz de Aguapey (Corrientes) en marzo de 1814 y muerto después; en tanto que de la Quintana fué también batido en el puente del Gualeguaychú (Entre Ríos). En cuanto a Holmberg, ocupó Paraná y avanzó hasta Gualeguay, pero al conocer la derrota de la Quintana, volvióse al oeste, siendo alcanzado y vencido por Latorre, a quien se había reunido Hereñú, el 22 de febrero, en Espinillo (40 Km. al este de Paraná), habiendo sido hostilizado en toda forma desde que pisó Entre Ríos. A poco de iniciada esa acción, ya las fuerzas porteñas se retiraban y, al ser perseguidas tenazmente, perdían 100 prisioneros de sus 700 hombres; Holmberg capituló entonces, entregándose con buen número de oficiales y apreciable botín para los entrerrianos. Artigas puso en libertad a todos los prisioneros. De la Quintana regresó a Buenos Aires, quedando Entre Ríos libre de directoriales por el momento. Esto aumentó el prestigio de Artigas en el litoral.

Después de la caída de Montevideo (junio 23 de 1814) las fuerzas de Buenos Aires disponibles debieron enfrentar a Pezuela en el noroeste y a los artiguistas en el litoral. El jefe superior oriental se había retirado del sitio con su caballería, desconociendo la autoridad nacional (Buenos Aires) el 20 de enero de 1814, situándose en el "seno de sus recursos" (son sus palabras), apoyado por Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, sublevadas contra Buenos Aires. Dichas provincias seguían a la Oriental por iguales razones y con parecidos propósitos que los que había tenido ésta para hacerlo: sus ideas confederales, los abusos de los ejércitos expedicionarios y el odio al porteñismo. En su conjunto formaban una especie de confederación bajo la autoridad de Artigas, titulado "Protector[2] de los Pueblos Libres".

Las primeras operaciones contra Artigas. Las Piedras. — Alvear, vencedor de Montevideo, ocupaba el 23 de junio con la masa de sus fuerzas la ciudad y con el resto el Cerrito, vigilando con éstas a las tropas realistas sacadas de la plaza (III Parte, Cap. XI). Otorgués[3], en nombre de Artigas, avanzando hacia Montevideo, pide a aquél le entregue la ciudad. El general porteño se niega; lo considera en tratos con Vigodet para actuar simultáneamente contra él — ya desde antes de la caída de la plaza —; enterado por una carta de Otorgués a Vigodet — que aún mantiene sus fuerzas armadas y municionadas — de que puede verse frente a dos enemigos, resuelve sorprender a Otorgués, situado en el pueblo de las Piedras (20 Km. N. de Montevideo), el 25 en la noche, empleando 800 bombres de las tropas del Cerrito (granaderos de Valdenegro, dragones de Hortiguera e infantes del 2 y 6, éstos a las órdenes de Fernández). El ataque tiene éxito. Los gauchos orientales se dispersan y, perseguidos hasta el Santa Lucía, se retiran hacia el Canelones (noroeste) donde se reúnen a Rivera que contiene a los vencedores. Han perdido 200 bombres, artillería, bagajes y familias.

A la acción narrada sucede un lapso de negociaciones entre Alvear y Artigas que culmina en un convenio que pareció terminaría con las desavenencias, pero dos puntos de éste, el de una declaración del gobierno supremo restableciendo el honor y reputación de Artigas y el del reconocimiento de ese gobierno por Artigas, demoraron el arreglo, y al final no tuvo ejecución; en setiembre se renovaron las hostilidades.

En ese período, gran parte de las tropas de Buenos Aires había sido retirada del suelo oriental para reforzar el ejército del noroeste, que a órdenes de Alvear, asumiría

---

[1] Indio puro.

[2] Designación que como otras semejantes estuvo en boga por mucho tiempo; también se tituló así San Martín en Perú, Paz en el interior, Alejandro Heredia en el noroeste. Rosas fué *Restaurador*.

[3] Torgués, según Uteda, lo que surgiría de la partida de nacimiento de aquél.

allí la ofensiva. Esta circunstancia hizo más realizable la política y las operaciones de Artigas, y se entabla una lucha en que Alvear, primero, y luego Soler y Dorrego, combinan planes contra Artigas y sus tenientes, pero éstos, muy buenos conocedores del territorio, les hacen guerra de recursos y guerrillas, y muy móviles, cuando pierden, se alejan para reaparecer.

La segunda campaña. Marmarajá. — En esta nueva campaña, Alvear, desde Paso de los Toros (río Negro), tras el envío de fuertes fracciones que recorrieron unos 1.000 kilómetros en busca y alcance de Otorgués, quien avisado del peligro, se movía con suma rapidez, combinó sus operaciones en la siguiente forma: Hortiguera, con 600 hombres, se dirigiría sobre el arroyo Salsipuedes contra Artigas; Dorrego, con igual número, avanzaría sobre la cuchilla Grande para impedir la reunión de Otorgués a Artigas y batir al primero. El general en jefe con otro núcleo equivalente saldría hacia Calera de García (no está en el croquis), para actuar según las circunstancias.

En cuanto a Artigas, avanzado el mes de setiembre, tenía sus fuerzas distribuídas así: Lavalleja con 300 hombres en el Solís Grande, Rivera cerca de Minas y Otorgués — que se había apoderado de Maldonado — con la agrupación más numerosa, en el Marmarajá.

El 30 de setiembre, Alvear alcanzaba Calera, desde donde realizó el 3 de octubre una marcha forzada, recorriendo 70 kilómetros y vadeando tres cursos de agua en 24 horas. Mientras Alvear salía de Paso de los Toros y realizaba esto, Dorrego — que disponía de excelentes caballadas — efectuó una marcha convergente, también muy rápida, por entre los ríos Negro y Yí, hasta aproximarse a Otorgués sorpresivamente, ya que éste creía ser buscado sólo por Alvear. Dos fracciones directoriales habían tomado prisioneros y otros elementos a otros tantos jefes artiguistas, cuya masa alcanzaba a 1.000 hombres y se encontraba en la hondonada del arroyo Marmarajá — departamento de Maldonado — donde Dorrego la atacó el 4 de octubre al amanecer. Luego de una corta lucha los gauchos orientales se retiraron dispersos, perseguidos hasta el Chuy, perdiendo 71 hombres entre muertos y prisioneros, la artillería, municiones, caballadas y familias que seguían al ejército. Con el resto de su gente Otorgués siguió a refugiarse en Brasil. Dorrego, que sólo tuvo 11 muertos y algunos heridos, se situó en seguida en Santa Teresa con una parte de sus fuerzas; las demás se las retiró Alvear.

Avance y retirada de Dorrego. — Como Hortiguera no actuara con acierto, Soler, gobernador de la Banda Oriental y ahora comandante de las fuerzas desde el segundo regreso de Alvear a Buenos Aires, lo relevó en Paso de los Toros por Dorrego, quien recibió un refuerzo de cien granaderos desprendidos desde el Cerro por Zapiola; Soler, por su parte, con tropas de Montevideo se situó en Paso del Rey, cerca de San José, en el río del mismo nombre. Dorrego pasó después con su división a Durazno, dejando una vanguardia en Paso de los Toros; mas, sabiendo que Rivera lo atacaría una vez que recibiera refuerzos, resolvió ganarle de mano, y el 25 de noviembre emprendió una marcha forzada en su busca hacia el norte. Prevenido Artigas de este movimiento, dispuso que Rivera atacara a Dorrego. Ambos adversarios quedan separados por el río Negro y en tal situación el jefe porteño se echa sigilosamente al río en paso Quinteros con su tropa, lo atraviesa a nado en seis horas y cae sobre su adversario, pero, éste con el tiempo indispensable, se retira en orden hacia el norte, librando combates parciales retardantes en los vados de los arroyos Tres Arboles y Salsipuedes con su retaguardia a órdenes de Lavalleja y esquivando con el grueso una acción general desfavorable. Luego de una persecución

de unos 60 Km. los caballos deDorrego estaban extenuados. Mientras, Rivera ha llegado al río Queguay, cerca del campamento de Artigas, que está en el arroyo Las Sepas. El jefe porteño advierte entonces que ha avanzado demasiado y que peligra frente a la masa de Artigas; pide refuerzos de Entre Ríos, temiendo por su flanco izquierdo y espaldas, donde hay montoneras enemigas; y visto que su enemigo (Rivera) ha sido muy reforzado con todo el regimiento de Blandengues (800 hombres) al mando de Bauzá, retrocede. Entonces Rivera persigue hasta el río Negro. Dorrego continúa hacia Mercedes y de allí, el 2 de diciembre, pasa a Soriano para reagrupar sus fuerzas; pero el enemigo (1.000 hombres) está muy cerca y debe proseguir su retirada hacia el sur; en Las Vacas disputa con 200 hombres el paso al adversario durante tres horas y, finalmente, llega a Colonia, donde se refugia. Las guerrillas perseguidoras no le han dado tregua. Ha perdido unos 400 hombres entre muertos, heridos, dispersos y pasados al enemigo (sus bomberos o exploradores, etc.: 40 hombres) e inutilizado sus caballadas. Los españoles, que formaban parte de sus tropas, le resultaron prácticamente inútiles. Rivera deja contra Dorrego a Lavalleja con 200 hombres y regresa al norte para unirse a Artigas; desde Mercedes propónese combinar operaciones con otros tenientes del caudillo.

En cuanto a los dispersos de Dorrego, que salvaron el río Uruguay, fueron recibidos y apoyados por tropas de Viamonte, gobernador de Entre Ríos. Con estas fuerzas reunidas a las suyas sale éste a campaña contra los caudillos artiguistas Otorgués y Basualdo, batiéndolos en el Rincón o Palmar, el 14 de diciembre, y arrojándolos a Corrientes.

Estas luchas y el hecho de impedirse el gobierno de Montevideo a los orientales, ejerciéndolo hombres de Buenos Aires, a los que se reputa de arbitrarios e intrusos, atiza el odio. En la situación bosquejada, el gobierno bonaerense se dispone a terminar con Artigas para consolidar su situación y poder oponerse a la expedición Morillo. En consecuencia, da órdenes premiosas a los gobernadores de Montevideo, Entre Ríos y Corrientes, quienes deben proceder urgente y combinadamente, y ello, no obstante el informe de Soler que le decía: "En fin, el terreno que pisamos es todo enemigo". Este jefe planeó entonces la reunión de las fuerzas de Buenos Aires sobre el río Negro. El coronel Dorrego, que había sido reforzado con 320 hombres desde Buenos Aires, salió de Colonia y se reunió a Soler en San José. El primero recibió orden de impedir con su división la concentración de los núcleos de Rivera, Lavalleja y Bauzá en el norte, mientras Soler caería sobre Otorgués, que se había situado en paso de la Arena (río Santa Lucía). (Como los informes sobre la situación de éste, lo daban en otra parte, el jefe porteño no lo encontró). Carranza, con 200 plazas, cubriría las comunicaciones de ambos grupos con Montevideo desde el río Santa Lucía, y Eusebio Valdenegro pasaría de Entre Ríos con una división de 240 hombres que le daría Viamonte para incorporarse a Dorrego.

Artigas estaba situado en el norte sobre la orilla del Uruguay para dirigir la guerra. Allí atendía también los acontecimientos que se desarrollaban en Corrientes y Entre Ríos.

Guayabos o Arerunguá. — Dorrego, que se había detenido sobre el río Negro debía atacar a Artigas en Arerunguá, en cooperación con Valdenegro. Una vez que hubo forzado el río, librando pequeñas acciones de éxito vario, siguió con marchas forzadas en busca del caudillo oriental. El 4 de enero de 1815 estaba cerca del campamento de éste, pero debió detenerse a la espera de caballos pedidos a Entre Ríos (Viamonte), que no llegaron [4]. El 11, cuando Dorrego siguió su avance, Bauzá y Rivera, moviéndose rapi-

[4] Dorrego, en su informe a Soler, después de Guayabos, expresa que Viamonte no quiso enviárselos.

dísimo se habían reunido a Artigas, lo que fué fatal al primero. Ese día debió empeñarse sin los caballos pedidos, ni las fuerzas de Valdenegro, con quien no pudo llegar a comunicarse. La fuerza del jefe porteño alcanzaba a algo más de 800 hombres, bien armados, incluso 200 españoles incorporados y un cañoncito; los orientales sumaban 1.200, comprendidos milicianos e indios, y también un cañón. El día expresado, por la mañana, hubo un primer encuentro con una fracción avanzada al mando de Lavalleja, el cual se retiró perseguido unos 5 Km., hasta incorporarse al grueso oriental mandado por Rivera. El jefe de Buenos Aires pasó el arroyo Guayabos y se enfrentó al enemigo. Las formaciones de combate de ambos adversarios son las clásicas: la infantería en el centro, con un cañón cada uno, y en cada ala un núcleo de caballería; Dorrego dispone además de una reserva de 50 jinetes. La lucha comienza con el ala derecha oriental; es Lavalleja quien intenta atraer con cargas simuladas a su oponente de allí, pero no lo consigue; luego se desarrolla un combate general por el fuego que dura algún tiempo; en esto, un grupo de extranjeros de las fuerzas porteñas se pasa al enemigo; y, finalmente, nuevos amagos de carga, ahora de Rivera, con huídas simuladas para atraer a la caballería directorial, son realizados, esta vez con éxito, pues ésta persigue hasta una hondonada en la que los Blandengues, desmontados, en dispositivo de media luna, con un cañón, abren de improviso un fuego vivo, frente al cual los jinetes de Dorrego, vuelven grupas y, perseguidos en seguida, se desbandan desmoralizados, siendo imposible traerlos de nuevo al combate. La infantería porteña (españoles a pie y otros), que queda con sus flancos descubiertos, es también vencida y cercada por los riveristas, no obstante la concurrencia de la pequeña reserva directorial. Los derrotados perdieron 200 bombres entre muertos y beridos, 400 prisioneros y dispersos, el cañón, etc. Salvaron de ser exterminados gracias a la oscuridad.

Ante este desastre, Soler, al que se había incorporado Hortiguera con unos 600 hombres y 3 cañones, retrocedió a Montevideo, porque su población, desafecta a Buenos Aires, lo tenía en cuidado; su plan y la campaña habían fracasado sin esperanzas de reacción. Dorrego por su parte, pasando el Uruguay, se retiró a Entre Ríos (Arroyo de la China) donde con los efectivos de aquella provincia (Melián, Valdenegro y Hortiguera) reunió unas 1.000 plazas, con las que buscó a Blas Basualdo, que se encontraba cerca de Arroyo de la China, produciéndose un serio combate en el que resultó vencido el jefe artiguista — en marzo de 1815 —, el cual se retiró con fuertes pérdidas. Este éxito no tuvo trascendencia, porque el Directorio pasaba momentos muy graves, y la campaña no pudo proseguirse.

Otorgués entre tanto asedia Montevideo, tornándose el sitio cada vez más riguroso.

Consecuencias. — Con el fracaso de Soler, los porteños terminan por perder toda autoridad y dominio en la Banda Oriental, que obedece los dictados de Artigas, cuyo prestigio e ideas trascienden al resto del litoral. Las tropas porteñas evacúan también Montevideo (25 - II - 1815).

Comentarios. — Las operaciones han durado ocho meses, desde la entrada de Alvear en Montevideo, en junio de 1814, hasta Guayabos, en enero de 1815, y en ellas, las fuerzas irregulares, dominando el medio, en propio territorio, con jefes a quienes siguen entusiastas y que conocen palmo a palmo el país, triunfan sobre los jefes de línea y fuerzas de Buenos Aires, éstas, sin espíritu de lucha. "Nada podemos contra un enemigo protegido por toda la población que mira a nuestra tropa como extranjera", dice Soler al director supremo. Los vecinos sin armas huían a los montes a la aproximación del ejército de Buenos Aires, arreaban el ganado e incendiaban los campos para privar

de alimentos y forrajes a los porteños y dificultar sus marchas. Todos, incluso las mujeres, eran sus enemigos. Las partidas exploradoras no volvían, y hasta algunas tropas se pasaron a Artigas. En esto se puede ver más aún la tendencia oriental a la independencia absoluta de la provincia.

En cuanto a los porteños, sus efectivos fueron siempre inferiores a los que podía reunir Artigas, y, por lo tanto, insuficientes para dominarlo en su medio, e integrados aquéllos con españoles de los rendidos en Montevideo, que aparte de tener pocas condiciones ecuestres para operar contra los gauchos orientales, carecían de todo entusiasmo por la causa de Buenos Aires.

Respecto al proceder de Dorrego, aparece como un error de éste, empeñarse a fondo contra Rivera en Guayabos con fuerzas inferiores, en vez de esperar a que se le reunieran las tropas de Soler y Hortiguera, o viceversa, para realizar la acción decisiva.

CAPITULO IV

CAMPAÑA DE ARTIGAS, INICIADA CONTRA ALVEAR DESDE ENTRE RIOS, Y POSTERIOR DE AQUEL CONTRA VIAMONTE (1815) *

Insurrección del litoral contra Buenos Aires. — En setiembre de 1814, durante el directorio de Posadas, fueron erigidas en provincias Entre Ríos y Corrientes, separándolas de Buenos Aires, aunque no podían elegir a sus gobernantes [1]. La insurrección contra Buenos Aires se produjo así:

En Corrientes gobernaba Perugorría, nombrado por el director supremo, luego de derrocar aquél a un gobernador artiguista; los correntinos, con socorros de Artigas, al mando de Blas Basualdo (Blasito), lo vencen el 25 de diciembre de 1814, lo reemplazan y le dan muerte después en su estancia de Colodrero, cerca del Batel. El 24 de marzo de 1815, después de dura lucha, los santafecinos, ayudados por el coronel Hereñú, con fuerzas de Artigas, derrotan y deponen al general Eustoquio Díaz Vélez, gobernador impuesto por Buenos Aires, reemplazándolo por el jefe de la revolución, Mariano Vera. En Entre Ríos imitan a Santa Fe; en esta provincia gobierna el general Juan José Viamonte, enviado por la metrópoli, el cual es depuesto; de la capital llegan fuerzas para reponerlo; pero éstas y las de Viamonte son vencidas; Hereñú ocupa entonces el cargo de gobernador, elevado a él por los entrerrianos. Todos estos estados se ponían bajo la autoridad de Artigas, le obedecían y confiaban en él.

*** Croquis Op. Ic y Esbozo geográfico operativo del litorial, pág. 39.**

[1] En 1813 se había constituído Cuyo en intendencia, separándola de Córdoba del Tucumán, que quedó con sólo Córdoba y La Rioja. En 1814 el Triunvirato había creado la intendencia de Montevideo, y se separó de la intendencia de Salta del Tucumán a Tucumán, Catamarca y Santiago del Estero, formando con ellas una nueva provincia.

Los propósitos de instalar una monarquía en el Plata. — Por entonces (1814-1815) ya estaban en trámite gestiones de la autoridad central (Buenos Aires), para establecer una monarquía como gobierno en todo el Plata. Este propósito era animado por la mayoría de los hombres ilustrados del país, incluídos San Martín y Belgrano, los cuales creían ser la solución para arreglar las dificultades externas e internas de la revolución. Aquellas gestiones dieron nuevo motivo y razón a las provincias desafectas a Buenos Aires, para intensificar su oposición a ella y al bando centralista, considerado despótico, antiautonomista y, ahora, monárquico.

Alvear como director supremo. Fontezuelas. — Luego de ser rechazado en el Ejército Auxiliar del Perú (III Parte, Cap. XIII), Alvear tomó el cargo de director supremo, renunciado por Posadas, el 11 de enero de 1815. En él aplicó sanciones arbitrarias e injustas a los opositores, lo mismo que ya se había hecho y se seguiría haciendo — más o menos agudas — a cada cambio de partido en el gobierno, con pocas excepciones. Por esto, como por sus anteriores y posteriores procederes, se concitó la desafección de la mayoría de los hombres de relieve del país. Las provincias no lo reconocieron y el ejército del noroeste le negó obediencia. A poco se entregó a una política de hegemonía, encabezando el centralismo de la capital, influído por el general chileno Carrera. En esa situación, Alvear pretendió un avenimiento con Artigas, y el 25 de febrero de 1815, después de los fracasos en la Banda Oriental, las tropas porteñas evacuaron la ciudad de Montevideo, ocupada en seguida por el teniente coronel Otorgués con fuerzas artiguistas; le ofreció también la independencia de su provincia; Concepción del Uruguay (Arroyo de la China) debía ser igualmente evacuada por los directoriales. No obstante estas concesiones, el caudillo oriental, que ya estaba en la Bajada (Paraná) y conocía los puntos que calzaba Alvear, cruzó el río Paraná y ocupó Santa Fe el 23 de marzo — parte que se declaró separada de Buenos Aires, nombrando gobernador a Antonio Candioti —; llamado secretamente por el Cabildo de Buenos Aires para voltear a Alvear, Artigas avanzaba amenazando la capital. El director hizo salir una parte de sus fuerzas (3.000 bombres al mando de Viana) para oponérsele, pero al llegar a Fontezuelas (N. de la provincia de Buenos Aires) el coronel Ignacio Alvarez Thomas se sublevó con la vanguardia, de 1.600 hombres, el 3 de abril de 1815 y el resto siguió igual proceder poco después; esta reacción fué apoyada por la opinión de los ejércitos de Rondeau, San Martín y Artigas. Fué una revolución espontánea muy popular, de carácter casi general. Días después (15 de abril) caían el gobierno de Alvear — que no duró 100 días — y la Asamblea, es decir el partido alvearista, objetos perseguidos por la sublevación, a la vez que el de no intervenir en la guerra civil contra la provincia Oriental, imponiéndosele al nuevo gobierno convocar un congreso general para dictar la constitución del país. Córdoba y Salta se independizan de Buenos Aires y la primera toma a Artigas como protector (17 de abril de 1815).

Operaciones preventivas contra Artigas en Santa Fe (1815). — Nombrado director supremo por la comuna de Buenos Aires el general Rondeau, que manda el Ejército Auxiliar del Perú, en el norte, en su ausencia, Alvarez Thomas asume el mando de las armas provisionalmente y una Junta de Observación toma el político. Esta da un Estatuto provisional al país. Se repiten las persecuciones a los del bando caído. En estas circunstancias, Artigas regresa a su provincia porque la considera amenazada por una invasión portuguesa. Como se cree vencedor, rechaza la independencia completa que le ofrece Buenos Aires, y le exige el reconocimiento de su protectorado — que ejerce — sobre la Mesopotamia, Santa Fe y Córdoba (Liga Federal), y la entrega de las armas tomadas

por los patriotas cuando la caída de Montevideo (III Parte, Cap. XI) [2] y, entre otras cosas más, el traspaso de una escuadrilla de cañoneras, y la provisión de 500 fusiles a dos de las provincias adictas a su causa: Santa Fe y Córdoba. Estas reclamaciones, etc., motivan negociaciones que no prosperan (junio y julio de 1815). Ante la disconformidad del jefe oriental, Buenos Aires creyó precaverse colocando sus fuerzas disponibles en San Nicolás, es decir, en la margen derecha del Paraná cerca de Santa Fe, no fuera que Artigas regresara de su campamento de Paysandú. Así, uno de los fines de la revolución de Fontezuelas: no intervenir el ejército regular en la guerra civil, fracasaba.

Actividades del ejército de Buenos Aires. — Este ejército, que se llamó de Observación, contaba con más de 1.500 hombres y una escuadrilla y estaba al mando del general Juan José Viamonte; como reserva, se constituirían otras fuerzas en San Nicolás, al mando de Díaz Vélez. Sus objetivos eran impedir la ingerencia de Artigas en Santa Fe y asegurar las comunicaciones militares y económicas de Buenos Aires con el interior del país, en tanto que el pretexto de la expedición fué mantener a raya a los indios de la frontera cercana a la capital santafecina. La ocupación de la ciudad de Santa Fe ocurrió el 4 de agosto, sin resistencia inicial, debido a las disensiones internas de los santafecinos, y se impuso un gobierno afecto a Buenos Aires; mas, luego, auxiliados con tropas de Artigas (200 hombres al mando de Francisco Ramírez), que pasaron por la Bajada (Paraná) los pobladores se levantaron en masa, mandados por el coronel Mariano Vera y sitiaron la ciudad. Para entonces la escuadrilla porteña ya había perdido algunas embarcaciones y a su jefe, en Rincón de San José (10 Km. NE. de Santa Fe), tomadas por el enemigo el 19 de agosto. Cuando habían transcurrido unos veinte días del sitio, las fuerzas de Viamonte eran de sólo 700 hombres, pues las demás habían partido a reforzar el ejército derrotado en Sipe-Sipe, llevando otros recursos que se habían exigido al vecindario. Esta imposición y la conducta desenfrenada de los oficiales con la población, acrecentaron el enojo producido por la ocupación en los santafecinos.

Capitulación de Viamonte. — Atacado el 31 de agosto, Viamonte debió capitular, luego que sus tropas resistieron con tesón durante un combate sangriento, entregándose el jefe y sus fuerzas. Remitidos Viamonte y 20 oficiales al Hervidero (Banda Oriental), Artigas los libertó. Las fuerzas reunidas en San Nicolás no pudieron apoyar a Viamonte. En estos sucesos tuvo participación especial Estanislao López [3] que en la guerra civil alcanzaba el grado de coronel de Santa Fe. En estos momentos empezó la disensión entre santafecinos y orientales. Artigas quiso aprovechar la situación y un representante suyo se presentó a Vera elegido gobernador con exigencias que éste no atendió, por lo que el jefe santafecino fué tomado preso y puesto en libertad sólo cuando el pueblo, levan-

[2] Es sabido que ese armamento no había sido ni estado en poder de los orientales.

[3] El 22 de noviembre de 1786 nacía Estanislao López en Santa Fe. A los 14 años salía de la escuela y pasaba de soldado a la frontera santafecina del norte contra el indio. Estando después en la compañía de Blandengues en Santa Fe, cuando en octubre de 1810 llegó Belgrano, fué incorporado con ella a la expedición. En Paraguary mereció elogios por su valor e intrepidez. Habiendo caído prisionero en Paraguary, lo remitieron a Montevideo en un barco, desde el cual, después de 7 meses de cautiverio, calzado y engrillado, se lanzó al agua, consiguiendo llegar a nado a la orilla(?) Rondeau lo ascendió a alférez en el primer sitio de la plaza y, cuando éste fué levantado, volvió a Santa Fe. Luego se incorporó a la defensa de Rosario contra la escuadrilla española bloqueadora, de donde pasó al segundo sitio de Montevideo, volviendo luego a su provincia. Allí, con algunas fuerzas se le encargó la guarnición de un fortín contra los indios, donde peleó repetidas veces. En el combate de Espinillo, cayó prisionero de Artigas y, puesto en libertad, retornó a la frontera santafecina contra el indio; aquí, con el grado de teniente se sublevó con su compañía contra Viamonte.

tado, lo exigió. De aquí empezó cierta unión entre Santa Fe y Hereñú, jefe de los entrerrianos, contra Artigas.

Consecuencias. — El éxito logrado por la escasa y muy pobre población de la jurisdicción de Santa Fe, que pretendía ser autónoma, realzó su moral y la indujo a perseverar en su propósito frente a la poderosa provincia de Buenos Aires de la que dependía hasta entonces.

CAPITULO V

CAMPAÑAS DE BELGRANO, DESPUES DIAZ VELEZ, CONTRA LOPEZ EN SANTA FE (1816) *

Primera campaña. — Santa Fe, segregada de Buenos Aires, de la que formaba parte, constituyóse como provincia autónoma, con E. López, quien quedó de gobernador con el cargo de general. Casi al mismo tiempo Córdoba adhería al federalismo; en tanto que Salta era ya de hecho autónoma desde 1815, con Güemes, aunque sin entendimiento con los jefes del litoral, ni manifiesta hostilidad al poder central. El gobierno de Buenos Aires preparóse a restablecer su autoridad en Santa Fe, cubrir sus comunicaciones con el ejército del noroeste y evitar la intervención del ejército portugués, que se insinuaba contra la provincia Oriental, so pretexto de la anarquía allí imperante.

Dos agrupaciones de tropas que se reunían en la provincia a las órdenes de Belgrano en febrero de 1816, debían operar con estos fines, apoyadas desde el río Paraná por ocho embarcaciones armadas; una de las agrupaciones era la de Eustoquio Díaz Vélez, que estaba en San Nicolás, la otra procedente de la frontera con los indios. Llevadas esas fuerzas a Rosario, Belgrano se encontró sin dinero ni caballos, rodeado por los santafecinos y con una parte de los oficiales desafectos al gobierno, por los fracasos sufridos, en especial el de Sipe - Sipe. Por todo esto pocas perspectivas favorables tenía el citado general en el cumplimiento de su misión.

La escuadrilla porteña bloqueaba el puerto de Santa Fe, cuando en marzo los santafecinos sorprendieron y vencieron en la boca del Colastiné a dos de sus embarcaciones.

Pacto de Santo Tomé. — Entonces, en vista de la situación, Belgrano comisiona al coronel Díaz Vélez ante los santafecinos para negociar y éste se entiende con el enemigo — como Alvarez Thomas en Fontezuelas — y firma el 9 de abril el Pacto de Santo Tomé (cerca y al oeste de Santa Fe) de carácter subversivo, pues, uniéndose a las miras enemigas, deponía a Belgrano del mando del ejército, tomándolo él, e imponiendo al depuesto su traslado a Buenos Aires; además, el director supremo sería reemplazado. Alvarez Thomas entonces renunció y, colocado el general Antonio González Balcarce en su lugar, éste aceptó las condiciones impuestas por Artigas, comprendida la de retirar las fuerzas de Buenos Aires al sur del arroyo del Medio. Pero el Congreso General de Tucumán — reunido sin la concurrencia de las provincias que Artigas protegía, ni Córdoba —, que el 3 de mayo de 1816 había nombrado director supremo al coronel mayor Juan Martín de Pueyrredón, no aprobó el Pacto de Santo Tomé, lo que fué una fatalidad, subsistiendo así el estado de guerra con Santa Fe.

Consecuencias. — La dicha subversión militar refirma el predominio de Artigas y de sus adictos.

Segunda campaña. Díaz Vélez avanza y ocupa la ciudad de Santa Fe. — Ya en ejercicio de su cargo, Pueyrredón, que deseaba un avenimiento con los santafecinos, ordenó a Díaz Vélez desde Córdoba que se abstuviera de abrir operaciones contra esa provincia. No obstante y por orden de la comisión gubernativa de Buenos Aires, que no había consultado al director, Díaz Vélez avanzó para ocupar la ciudad de Santa Fe con unos 1.500 hombres, llevando como 2° jefe a Dorrego. Tal empresa se debió a que en Buenos Aires se creyó que ciertos jefes entrerrianos, Hereñú y otros, se mostraban propensos a desligarse de Artigas y cooperar con Buenos Aires, siempre que se ocupase la ciudad expresada y se les asegurara el franqueo del río Paraná. Pero, no bien las fuerzas porteñas del Ejército de Observación, reforzadas para el caso, pasaron el arroyo del Medio, la campaña santafecina, sublevada, retiró sus habitantes y recursos, haciendo el vacío al invasor y atacándolo con sus fracciones en todo el recorrido. En ese lapso la escuadrilla porteña al mando de Matías Irigoyen, que acompañaba a las fuerzas de tierra, había bloqueado el puerto de Santa Fe para facilitar las comunicaciones con Hereñú (16 de julio), mas en los últimos días de julio y los primeros de agosto de 1816, perdió cuatro buques con sus tripulaciones, algunas tomadas a lazo, en el arroyo Fray Atanasio, desde donde pretendían apoyar el paso de las fuerzas porteñas hacia la ciudad, y no pudieron maniobrar. Además, esta parte de la escuadrilla, que luego fué hundida, tuvo muchos muertos y perdió 300 fusiles, 1.000 lanzas, 16 cañones y municiones.

El invasor se retira. — Arrolladas las milicias santafecinas, ya reforzadas con tropas de Artigas, el ejército porteño entró en la ciudad abandonada por la mayoría de los habitantes el 4 de agosto, pero, allí fué rodeado, no pudiendo procurarse medios de movilidad para operar ni recursos para subsistir, ni encontró a quien atacar, cuando pretendió llevar una ofensiva, porque, siendo el enemigo extremadamente móvil, desaparecía ante la infantería porteña, para retornar en pequeños grupos, y reanudar el asedio, cuando aquélla regresaba a la ciudad, y aun penetrar en ella con partidas, durante la noche. En estos días (9 de agosto) la escuadrilla perdió otra embarcación que remontaba el arroyo Negro (3 Km. S. de la c. de Santa Fe), ante una emboscada, cayendo ella con el jefe del conjunto y toda la tripulación. En vista de lo insostenible de la situación, el jefe porteño se retiró con sus fuerzas hacia la provincia de Buenos Aires, por la orilla del río Paraná, el 31 de agosto, seguido por las embarcaciones que le restaban, con grandes dificultades y privaciones. Las tropas bonaerenses habían cometido muchos excesos en la ciudad evacuada, llegando hasta el saqueo.

La campaña había fracasado completamente. Por segunda vez las fuerzas de Buenos Aires retrocedían doblegadas por los santafecinos; hombres, mujeres y niños de esta provincia pobre, casi desierta, sin armas, habían defendido su autonomía y apoyado la causa del litoral, contra fuerzas superiores y mejor dotadas para la lucha regular, pero no para la realizada, cuyas características ya hemos esbozado. Faltó previsión y organización adecuada a los porteños. Más caballería y menos infantería, y más cabalgaduras de repuesto, antes de iniciar la ofensiva, como cuestiones fundamentales. Un auxilio de 400

*** Ver Croquis Op. Ia. y Ic.**

hombres mandados por Córdoba en apoyo de Santa Fe al mando de Bulnes, llegó cuando ya los porteños la habían abandonado, regresando entonces a la provincia de origen.

Consecuencias. — Esta nueva invasión, con las penurias consiguientes para los vencedores y las destrucciones en sus bienes, encendió más el odio al porteñismo, entonando a los federales.

CAPITULO VI

CAMPAÑA DE BUENOS AIRES EN ENTRE RIOS (1817-1818)

Antecedentes. Revoluciones de origen federal de Córdoba y Santiago del Estero. — El Congreso General, reunido en Tucumán, sin la presencia de los diputados de la provincia Oriental, ni los de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, que respondían al jefe de la primera y que habían concurrido al Congreso de Concepción del Uruguay, y demás estaría decir, ausentes los de Paraguay, segregado, y los de las zonas aún dominadas por los realistas, de Alto Perú, declaró la independencia de las Provincias Unidas, el 9 julio de 1816, habiendo nombrado antes director supremo a Juan Martín de Pueyrredón, en tan difíciles momentos. También en este congreso — dominado por la Logia — ausentes las provincias federales, y al margen de la cuestión independencia, predominaron las ideas centralistas y con ellas la de organizar a la Nación bajo la forma monárquica, con el apoyo de San Martín y muy especialmente de Belgrano.

A despecho de esto, las ideas federales se propagan. En la misma ciudad de Buenos Aires cobra vuelo la idea de la autonomía provincial, por la que, desprendiéndose su jurisdicción del ejercicio del gobierno nacional, se constituiría como una provincia más, subordinada, eso sí, al poder central que se estableciera en su territorio; en una palabra, seguía el propósito federalista de los jefes del litoral y otros. Las mismas tendencias se muestran en el resto de la provincia de Buenos Aires. En Córdoba, Santiago del Estero y La Rioja llegan a estallar revoluciones de los partidarios artiguistas que, aunque no encuadran directamente en la guerra civil del litoral, tienen conexiones con ella.

En efecto, cuando la invasión de Díaz Vélez a Santa Fe, y poco después, en Córdoba se produjeron repetidas incidencias políticas entre ambos bandos de la opinión nacional. Y provocaron tal alarma en el Congreso de Tucumán, que se llegó al extremo de pensar en hacer concurrir a los ejércitos del noroeste (Belgrano) y oeste (San Martín), con aquiescencia de sus comandantes, para restablecer el orden y la obediencia a dicho congreso. Al final y después de un combate en los aledaños de la ciudad de Córdoba (Bajo de Santa Ana), entre Bulnes (federal) y Sayós (centralista), el 8 de noviembre de 1816 quedó vencida la tendencia federal y con ello conjurada por el momento una posible conjunción de esta provincia con las de La Rioja y Santiago del Estero, donde las ideas federales se propagaban, unión que tal vez hubiera perjudicado a los citados ejércitos y con ello a sus misiones en la guerra de la independencia, al tener que ser empleados en la lucha intestina. No bien terminados los sucesos de Córdoba, en Santiago del Estero, que formaba parte de Tucumán, se produce un levantamiento de carácter federal. Lo encabeza el comandante Juan Francisco Borges, quien, habiendo tenido éxito (10-XII-1816), depone al gobernador y declara independiente a la región.[1] Enterado de los sucesos, el general Belgrano, que, como comandante del ejército, tiene la autoridad civil de Tucumán, destacó una agrupación de unos 350 hombres (200 infantes y 120 jinetes) y 2 cañones a las órdenes del coronel Juan B. Bustos para someter a los revolucionarios. Ante el avance de estas fuerzas, Borges deja la ciudad y en la campaña consigue reunir unos 500 hombres. Lamadrid, adelantado por Bustos con parte de sus fuerzas (100 hombres), lo sigue, sorprende y dispersa el 27 de diciembre de 1816 en Pitambalá, y en la persecución sus fracciones toman prisionero a Borges en Guaype. Conforme a órdenes de Belgrano, quien creyó que el levantamiento era en combinación con los realistas que invadían Salta, Borges fué fusilado el 1° de enero de 1817 [2]. ¡Dura represión que se repetirá durante nuestra larga guerra civil! La revolución acaecida en La Rioja no tuvo marcado carácter federal, sino más bien de segregación de Córdoba a la que integraba.

Por el momento se logró mantener la autoridad central sobre el interior, aunque sólo por las fuerzas militares de Buenos Aires, de Cuyo (con San Martín) y del noroeste (con Belgrano) en beneficio de la guerra de la independencia, en la que cooperaba Güemes.

Influencias de la invasión portuguesa a la Banda Oriental en el litoral. — En agosto de 1816, según hemos visto en la III Parte (Guerra de la independencia - Cap. XV), los portugueses invaden nuevamente la Banda Oriental apoyados por una escuadra. Pueyrredón, nuevo director supremo, trató de reconciliarse con Artigas para impedir la ocupación portuguesa, pero éste no aceptó las condiciones que se le imponían de jurar obediencia al Congreso y al director supremo, prefiriendo luchar solo. Creyendo el jefe oriental que el gobierno de Buenos Aires era cómplice en la invasión y sabiendo, además, que aquél mantenía relaciones políticas y comerciales con Portugal, cerró todos los puertos de la Banda Oriental a Buenos Aires y sus dependencias, deteniendo a los buques que se hallaban en puertos orientales. En enero de 1817 Lecor ocupaba Montevideo, luego de vencer a Artigas en Corumbé (27 de octubre de 1816) y a Rivera en India Muerta (19 de noviembre), (III Parte, Cap. XV). Después de estas acciones decisivas el caudillo oriental defiende su territorio por todos los medios — análogamente a lo que hacía al mismo tiempo Güemes en el noroeste — e incluso da autorización para efectuar el corso a algunos buques. En esta situación Pueyrredón abre negociaciones con Lecor para el abandono del suelo oriental, pero fracasan.

Jefes entrerrianos hacen causa común con Buenos Aires. — La invasión portuguesa, con los resultados militares tan desfavorables para Artigas desde un comienzo, hizo que las preocupaciones del caudillo convergieran sobre esta guerra y su territorio, dejando algún respiro al gobierno de Buenos Aires en la parte militar de la guerra del litoral, sin lo cual la situación de éste hubiera sido más difícil, ya que, a no ser aquella invasión, el jefe oriental habría dispuesto de todos sus recursos para proseguirla. Por esto, en el fondo, y en algunos momentos, Pueyrredón deseó la derrota de Artigas a manos de los lusitanos y muy poco hizo para contribuir a repeler al invasor, no obstante las miras ane-

[1] El 4 de setiembre del año 1815 Borges había producido un primer levantamiento, que fué sofocado por fuerzas del gobernador Aráoz de Tucumán.

[2] Al tomar esta extrema resolución Belgrano cumplió un decreto del Congreso de Tucumán del 1° de agosto de 1816, por el que, en los casos como el ocurrido, sólo cabía el indulto a los "reos menos principales".

xionistas de éste, con el que mantuvo cordial inteligencia y relaciones comerciales. También esa invasión aflojó los lazos que ataban a los jefes litorales con el "Protector", los que poco a poco empezaron a recobrar su libertad de procederes, librados a sus solos medios, para finalmente separarse de Artigas. Pueyrredón temía a Artigas por lo ya hecho y lo que podía hacer contra Buenos Aires, si lograba salir bien de su lucha contra el invasor de la provincia Oriental o si vencido, se trasladaba con sus restos a la Mesopotamia, y ello, por las violentas reacciones que el caudillo había tenido en su correspondencia con la metrópoli (Buenos Aires) y por la falta de ayuda de ésta en la lucha que aquél sostenía, dejando mano libre a los lusitanos frente a los habitantes de la Banda Oriental, que sucumbían en defensa de esta parte del que se consideraba territorio de las Provincias Unidas. Por ese temor y a fin de quitarle de antemano una base de opcraciones para aquella posible agresión e incomunicarlo con Santa Fe, Buenos Aires inició intensos trabajos con los jefes que iban siendo desafectos al caudillo oriental en Entre Ríos.

En la provincia citada en último término, dependiente de Artigas, según es sabido, la autoridad era ejercida regionalmente. En la zona del río Paraná mandaba Eusebio Hereñú, con varios jefes subordinados, que dominaban zonas más restringidas, alguno en el Bajo Uruguay. En la zona del río Uruguay dominaba Francisco Ramírez. Sobre Hereñú — que se mostraba distanciado de Ramírez y de Artigas, de éste tal vez porque lo reemplazó en el gobierno militar de la costa del Paraná por José Ignacio Vera —, y sus subordinados: Carrizo, de la Bajada; Correa, de Gualeguay; Samaniego, de Gualeguaychú, etc. se ejerció principalmente la acción de Pueyrredón.

Estos sufrían menos la influencia del "Protector" por su mayor alejamiento. Aparte de ello, estaban temerosos de que los portugueses, vencido definitivamente Artigas, invadieran la provincia, sin poderlos contener con sus solos medios, lo que contribuyó a que se volvieran al lado del gobierno de Buenos Aires pidiéndole auxilios.

Con la promesa de Buenos Aires de auxiliarlos — ya antes les había enviado armas (600) fusiles — se produjo el levantamiento del oeste de Entre Ríos a su favor, iniciándose nuevamente la guerra en el litoral, apoyada por la capital. Mejor hubiera sido una política conciliatoria con Santa Fe, concediéndole lo que ambicionaba, que emprender esta campaña, sin su aquiescencia, ni la de Ramírez, que había de propagar la guerra civil, en estos momentos aquietada en el litoral.

Primera campaña de Buenos Aires (Montes de Oca) contra Ramírez en Entre Ríos (1817-1818). — En diciembre de 1817 Hereñú y sus subordinados se volcaron al Directorio públicamente. Este, cumpliendo sus compromisos, preparó a la ligera una agrupación de apoyo de unos 600 hombres y artillería, al mando del coronel de milicias Luciano Montes de Oca, que, embarcada y protegida por buques armados, salió el 15 de diciembre con el propósito de desembarcar en Ibicuy y esperar la reunión del jefe de los sublevados para avanzar contra Arroyo de la China (Concepción del Uruguay).

A la noticia del levantamiento, Ramírez, que se había propuesto sofocar la escisión de Hereñú y los subjefes de éste, de la causa de Artigas, se puso en campaña muy activamente, con las fuerzas disponibles, ordenando se le reunieran las milicias de Arroyo de la China. Los jefes subalternos de Hereñú, más cercanos a Ramírez (Samaniego y Correa), tuvieron que retirarse apresuradamente ante esas fuerzas superiores, que los persiguieron, para guarecerse con 200 hombres y algunas familias en Los Toldos (barra del río Gualeguay), hasta que Hereñú pudiera reunírseles procedente de Paraná. Allí, Ramírez, con 300 hombres, los sitió y allí llegó también Montes de Oca el 19 de diciembre.

Simultáneamente con esta expedición, el gobierno de Buenos Aires dispuso que una parte del ejército del noroeste se situara en la provincia de Córdoba, para observar a Santa Fe y estar más a mano (diciembre de 1817), siendo comisionado Bustos por Belgrano a tal fin, con una agrupación.

Las perspectivas de Montes de Oca eran en ese momento favorables si procedía con rapidez, uniéndose a las fuerzas sitiadas y emprendiendo una acción ofensiva vigorosa contra el sitiador, para derrotarlo antes que le llegaran refuerzos y, uniéndose a Hereñú y Carriego que venían de Nogoyá, proseguir las operaciones hacia el centro y este de Entre Ríos. En vez de esto demoró el desembarco y quiso entrar en tratos con Ramírez, el cual, comprendiendo la difícil situación en que él mismo estaba, con dos enemigos, uno al frente y el otro a la espalda, y más débil que cualquiera de ellos, se retiró. Tampoco inició una rápida y enérgica persecución Montes de Oca, para impedir reforzarse al adversario y que retirara o destruyera los recursos de la zona, especialmente cabalgaduras, tan necesarias frente a ese enemigo extremadamente móvil.

Arroyo Ceballos. — Resuelto a avanzar, dispuso el jefe porteño destacar hacia Gualeguaychú una agrupación constituída con entrerrianos y 50 hombres de caballería de línea (300 hombres montados en total), que debía seguir hacia Arroyo de la China, mientras él, con la masa, siguió por la orilla del Gualeguay Grande con el mismo objetivo. El 25 de diciembre de 1817, reforzado Ramírez con las milicias de la orilla del Uruguay, se presentó sorpresivamente ante Montes de Oca y en el arroyo Ceballos (N. de Gualeguay), lo venció, dispersándole la caballería, poniéndole en fuga la infantería y tomándole la artillería durante la persecución [3]. Los restos de ambas columnas de los directoriales se refugiaron en Gualeguay, siguiendo después hacia los Toldos, acompañados de la población adicta.

Segunda campaña de Buenos Aires (Balcarce) en Entre Ríos (Ramírez). Saucecito. — Ante el desastre narrado, el gobierno central reemplazó al jefe vencido por el general Marcos Balcarce, quien concurrió a Entre Ríos con un refuerzo de 500 hombres y más artillería.

El nuevo jefe se unió a la columna de Hereñú, tomando la Bajada como base de operaciones, donde situó la escuadrilla. Ramírez con todos sus partidarios de la provincia se puso en observación de la ciudad. Resuelto por la ofensiva, Balcarce salió en busca del adversario con una fuerza importante de las tres armas, comprendidas las de Hereñú y de otros jefes adictos, en un total de 2.400 hombres, constituyendo el Ejército Auxiliar de Entre Ríos.

En la tarde del 25 de marzo de 1818 se enfrentaron los adversarios, en cuya oportunidad, Ramírez, con efectivos inferiores, simulando retirarse, dejó retaguardias de caballería importantes. Como a 10 kilómetros y en el lugar denominado Saucecito, se aprestó para el combate. Balcarce avanzó en su seguimiento y al llegar al citado punto, el jefe entrerriano lo atacó, mediante una acción frontal contra la infantería porteña y un doble envolvimiento de las alas y contra los flancos. La lucha duró poco, Balcarce, vencido, perdió su artillería (4 piezas), numerosos muertos (750), incluso Samaniego, prisioneros (220), armamento y munición. Los restos se reembarcaron en la escuadrilla. Balcarce

[3] Reciente investigación (Tte. Cnel. Ignacio J. Camps) parece indicar que el combate se produjo en estancia Sta. Bárbara, el 4 de enero de 1818, al sur del arroyo Gato (25 Km. NO. de la c. de Gualeguaychú) y no en el arroyo Ceballos, el 25-XII-1817, como expresan Mitre y los que le han seguido escribiendo al respecto.

volvió a Buenos Aires y Hereñú quedó embarcado intentando una reacción que ya no pudo realizar. Así fracasaron en poquísimo tiempo las dos expediciones porteñas a Entre Ríos: por mal preparadas, por que sus jefes fueron poco hábiles y desconocían el medio (especialmente el primero) y porque en realidad, y a pesar de lo que se creía en la metrópoli, la población seguía siendo en su mayor parte contraria y hostil al régimen y hombres de Buenos Aires.

Ramírez tomó el gobierno, y con el cargo de general, organizó en seguida toda la provincia militarmente, en colaboración con su hermano materno Ricardo López Jordán.

En Corrientes se produce un movimiento semejante al de Hereñú. El gobernador Méndez, artiguista, es depuesto por Bedoya, quien proclama la unión con Buenos Aires. Ramírez desde el sur y Andresito desde el norte avanzan contra éste último y el 2 de agosto de 1818 Bedoya es vencido en Saladas por Andresito. Corrientes vuelve entonces al dominio de Artigas bajo el gobierno del jefe vencedor.

Consecuencias. — En Entre Ríos y Corrientes cobra prestigio y cuerpo la influencia de Francisco Ramírez, influencia que le permitirá dominar esas provincias por lo pronto, mirar de igual a igual a su jefe Artigas y, finalmente, enfrentar a Buenos Aires fuera de Entre Ríos.

CAPITULO VII

CAMPAÑA DE J. R. BALCARCE Y BUSTOS CONTRA LOPEZ EN SANTA FE (1818) *

Campaña preventiva. — En los meses subsiguientes la situación de Artigas en la Banda Oriental se tornó más desfavorable y los portugueses operaron a lo largo y en ambas márgenes del río Uruguay (III Parte, Cap. XV). En cuanto al frente del oeste, luego de Cancha Rayada, se había obtenido el triunfo definitivo de Maipú.

El año 1817, salvo el apresamiento que hizo el capitán santafecino Valdés de 350 fusiles y 30.000 cartuchos que Buenos Aires enviaba a Córdoba, reclamados por Pueyrredón y no devueltos por Vera, so pretexto de que lo haría sobre la base de la devolución de las haciendas arreadas por las invasiones porteñas, fué de paz con Santa Fe.

En la situación ahora más favorable esbozada, Pueyrredón persiste en continuar l [illegible] d [illegible] l Li ed amír

pretendió contar con el de los Andes, que debía bajar a Buenos Aires, desde Chile; pero sabido es que San Martín no obedeció.

Fraile Muerto. — Dispuestas como estaban las cosas, Juan Ramón Balcarce con su Ejército del Centro, de 2.000 hombres — se le había incorporado su hermano Marcos con los vencidos en Saucecito — y una escuadrilla, debía combinar operaciones con las fuerzas del ejército de Belgrano, para atacar a las de Santa Fe, comandadas por su nuevo gobernador desde julio de 1818, Estanislao López, aliado a Ramírez y Artigas. López, operando por líneas interiores se dirigió sobre Bustos, con unos 900 hombres, entre ellos muchos indios y derrotó a un destacamento adelantado, de 100 hombres de éste, al mando de Quevedo, el 4 de noviembre de 1818, en Litino, a 20 Km. al norte de Fraile Muerto. Luego de atacar al grueso enemigo en este punto el 8, aunque sin éxito, y quitarle caballos y ganado, lo sitió y atacó otra vez, fracasando nuevamente. Ante esto y conociendo la concurrencia de refuerzos para Bustos, enviados por Belgrano a órdenes de Arenales, se retiró el 15 de noviembre, dispuesto a enfrentar a Balcarce que ya operaba hacia la ciudad de Santa Fe. Bustos entonces retrocedió a Ranchos, sobre el río Segundo, carente de medios para operar ofensivamente, como hubiera correspondido. López había obtenido un éxito operativo al privar de movilidad a este enemigo con un golpe de audacia.

Las operaciones sobre Santa Fe (1818). — (Croquis Op. Ic.) Juan Ramón Balcarce contaba ahora con unos 2.000 [1] soldados, ocho cañones y una escuadrilla de dos bergantines y varios lanchones; ésta debía bloquear Santa Fe. Las instrucciones recibidas prescribían al general que a los que "se resistau deben ser tratados como rebeldes, imponiéndoseles sin dilación la última pena". Era un plan de conquista, despoblación y exterminio, según Mitre. El avance del jefe porteño, desde arroyo del Medio, iniciado con algunas deserciones a principios de noviembre, después de mes y medio de preparativos, fué tardío, según se desprende. El 15 del mismo mes Balcarce adelantó hacia Rosario al coronel Sáenz con 700 jinetes, quien persiguió a las montoneras santafecinas hasta San Lorenzo, continuando hacia Coronda, donde el 25 dispersó a una agrupación enemiga que intentó sorprenderlo.

Paso de Aguirre. — En el ínterin Balcarce con el grueso había empezado el pasaje del Carcarañá, pero al saber que López se situaba a su espalda, viniendo desde Fraile Muerto, hizo retroceder a Sáenz, terminando de pasar el Carcarañá el 30. López lo pasó también aguas arriba. Luego de algunas operaciones sin importancia, el ejército de Buenos Aires llegó al río Salado, donde se produjo un combate en el paso de Aguirre el 27 de noviembre. Allí, López, apartándose de su táctica habitual, había tomado una posición, fortificándola, en terreno cubierto y ocupada por un batallón y 3 cañones. Balcarce planeó su ataque con una acción frontal por el paso (coronel Sáenz) y un envolvimiento por la izquierda (coronel Hortiguera) avn [illegible] S

cho y el segundo debió retroceder perseguido por Urquiza, que había vuelto a Entre Ríos y reorganizado su ejército, tornándose cada día más fuerte.

Convenio de Paysandú. — En la Banda Oriental, como se agravara la situación, son llamados a las armas nacionales y extranjeros, y en abril, hay reunidos 5.000 hombres.

El 15 de agosto de 1842 parte de las fuerzas fluviales de Rosas, mandadas por Brown, obtenían un completo triunfo sobre las de Rivera, al mando de Garibaldi, en Costa Brava, en el río Paraná (V Parte, *d*).

En octubre de 1842, varios meses después de los sucesos terrestres narrados, se reunían en Paysandú (Uruguay), Ferré, Rivera y los titulados gobernadores de Santa Fe y Entre Ríos (Juan Pablo López y José María Paz) a fin de acordar lo más conveniente en la guerra común que sostenían contra Rosas. Convínose en esta reunión que cada uno de ellos concurriría a la lucha con todos los elementos de que pudiera disponer, y que Rivera, en su carácter de presidente de Estado, sería el director de la guerra; además, no habría paz por separado. Conforme a este pacto, Ferré ponía a disposición de Rivera 3.500 hombres de las tres armas, con 10 piezas de artillería; a su vez el general J. P. López se incorporó con algunos cuerpos de milicias de Santa Fe, salvados de paso Aguirre; y Paz entregaba las escasas fuerzas entrerrianas que le permanecían fieles, resolviendo no intervenir personalmente en la lucha y retirarse a Montevideo, por no estar de acuerdo con el carácter que los otros aliados pensaban imprimir a la campaña contra Rosas, pues consideraba "que los intereses argentinos no estaban consultados, ni garantida la nacionalidad en la guerra contra el tirano" (Paz). Temía la dirección encomendada a Rivera por su propósito — heredado de Artigas — de formar con la Mesopotamia y Uruguay un solo estado; su opinión era que un gobierno de argentinos debía organizar esa guerra, reuniendo todos los recursos disponibles.

Un intento de mediación para la paz entre Rosas y Rivera, realizado en agosto de 1842, sucediendo a otro de mediados de 1841, por parte del ministro inglés Mandeville, no prosperó, pues Rosas, totalmente preparado para la nueva campaña, la rechazó.

Oribe pasa el Paraná. — Oribe, llegado a Santa Fe, se dispuso a cruzar a Entre Ríos para abrir la campaña sobre esta provincia, primer acto de la empresa contra el estado Oriental. Rosas, como premio a sus importantes servicios en las campañas contra la Coalición del Norte, habíale prometido su ayuda para reconquistar el gobierno en Uruguay, del que fué desposeído por Rivera a raíz de la revolución triunfante de éste (V Parte, *c*). Todo el tiempo que las fuerzas de Oribe — las principales de Rosas —, estuvieron alejadas del litoral (centro de gravedad estratégico), aferradas en el noroeste, había sido perdido por sus opositores, en disputas, celos, mal entendidos e inactividad, y ahora, poderoso, el ejército federal estaba de regreso, muy amenazador.

Dejando en la ciudad de Santa Fe una guarnición a órdenes del coronel Santa Coloma, el jefe rosista atravesó el Paraná — río dominado por los federales después del combate de Costa Brava — , y en mayo de 1842 se estableció en la ciudad capital entrerriana. Contaba su ejército más de 7.000 plazas, aunque en el momento carente de suficientes caballos, que tampoco tenía Entre Ríos, agotados en las operaciones antes referidas.

En octubre el general Aguiar, de la coalición litoralense, con 3.000 hombres, estaba sobre la orilla del Uruguay y Urquiza maniobraba frente a él, según se dijo.

Rivera avanza hacia el Gualeguay. — A principios de noviembre de 1842 el presidente oriental, que creyó en la paz inminente con Rosas por la mediación extranjera,

y que consiguientemente se había preparado mal para la guerra, no obstante la presencia de Oribe en Entre Ríos con su poderoso ejército, avanza con algunas divisiones de caballería desde el río Uruguay sobre el Gualeguay, en cuya margen oeste y en paso La Laguna se encuentra ahora Urquiza con cuerpos milicianos mal armados, mas éste no juzga prudente empeñarse y se repliega hacia la vanguardia de Oribe, situada en las inmediaciones de Paraná, donde permanecía desde hacía unos siete meses.

Por su parte el 1er cuerpo del ejército rosista emprendió su avance el 14 de noviembre, hacia el río Uruguay, siguiéndole días después el grueso. La caballería enemiga retrocedía sin resistir ante esta ofensiva, hacia el gran río.

Arroyo Grande. — (Croquis 24, pág. 447). El ejército aliado se reunió en las puntas del arroyo Grande, donde Rivera pensaba dar batalla, para lo cual disponía de 8.500 hombres (2.000 infantes, 6.500 jinetes) y 18 piezas. Las tropas entrerrianas y correntinas se habían incorporado en los últimos días. Oribe llegaba al mismo punto el 5 de diciembre. Su ejército ascendía a 9.000 hombres de las tres armas. Bien pronto éste comprobó que el enemigo pensaba defenderse y resolvió atacarlo. Al día siguiente formó su línea en el dispositivo que indica el croquis. Se ve en él que, desde el momento en que imparta la orden de ataque general, cesará prácticamente en su acción de comandante en jefe, pues carece de una reserva de ejército. Tanto las alas como el centro tenían jefes propios, con orden de atacar la parte del enemigo a su frente. El centro, al mando del hábil general Pacheco, abre el fuego sobre el adversario. Poco después este general da a sus tres batallones de la izquierda la orden de cargar a la bayoneta contra los dos batallones y una batería que los enfrentan, y aquéllos lograban poner en fuga a los batallones enemigos, cortando en dos al ejército adversario, y apoderarse de su batería. Esta acción tuvo ya una influencia decisiva en el proceso del combate. Las caballerías habían cargado entre tanto en la parte oeste del campo de batalla. La aliada consiguió rechazar a los primeros escalones enemigos, pero, sostenidos éstos por los que les seguían y favorecidos por la ruptura del frente adversario lograda por Pacheco, la lucha se decidió a favor de la izquierda federal, que persigue a la caballería enemiga. En el resto del frente la lucha estaba indecisa; sin embargo, no se prolongó mucho tiempo esta situación, porque Pacheco hizo avanzar a los dos batallones de su derecha. Reñido resultó el combate que sobrevino aquí, pero la infantería federal, que había roto el frente de Rivera, actuó por el flanco y la retaguardia, haciendo cesar la última resistencia del centro aliado. Este revés obligó a la caballería del general Ramírez (izquierda aliada), a abandonar también la lucha, tenazmente perseguida por los escuadrones federales.

Total resultó la disolución del ejército aliado, después de una persecución lejana de más de cincuenta kilómetros. Tuvo 2.000 muertos y 1.400 prisioneros; de estos últimos fueron degollados los oficiales y sargentos. Perdió, además, la artillería, las municiones y 24.000 caballos. Rivera pudo salvarse con una parte de sus tropas atravesando el río Uruguay, muy apremiado. Los correntinos que no murieron en la persecución regresaron a su provincia. Las pérdidas del ejército federal fueron insignificantes (300 entre muertos y heridos).

Comentarios. — En esta batalla fué la infantería federal la que en su acción contra el flanco interno enemigo, en seguida de la ruptura frontal, produjo la decisión en el centro de gravedad, y la que luego cooperó con la caballería para vencer a toda la línea enemiga. En la mayor parte de los combates antes relatados, ello incumbía, cualquiera fuera el bando, a la caballería, contra uno o ambos flancos del adversario; hay pues aquí una evolución

del lado rosista. La persecución a fondo y operativa, de los de Oribe, culminó el éxito de la lucha, como debe ser.

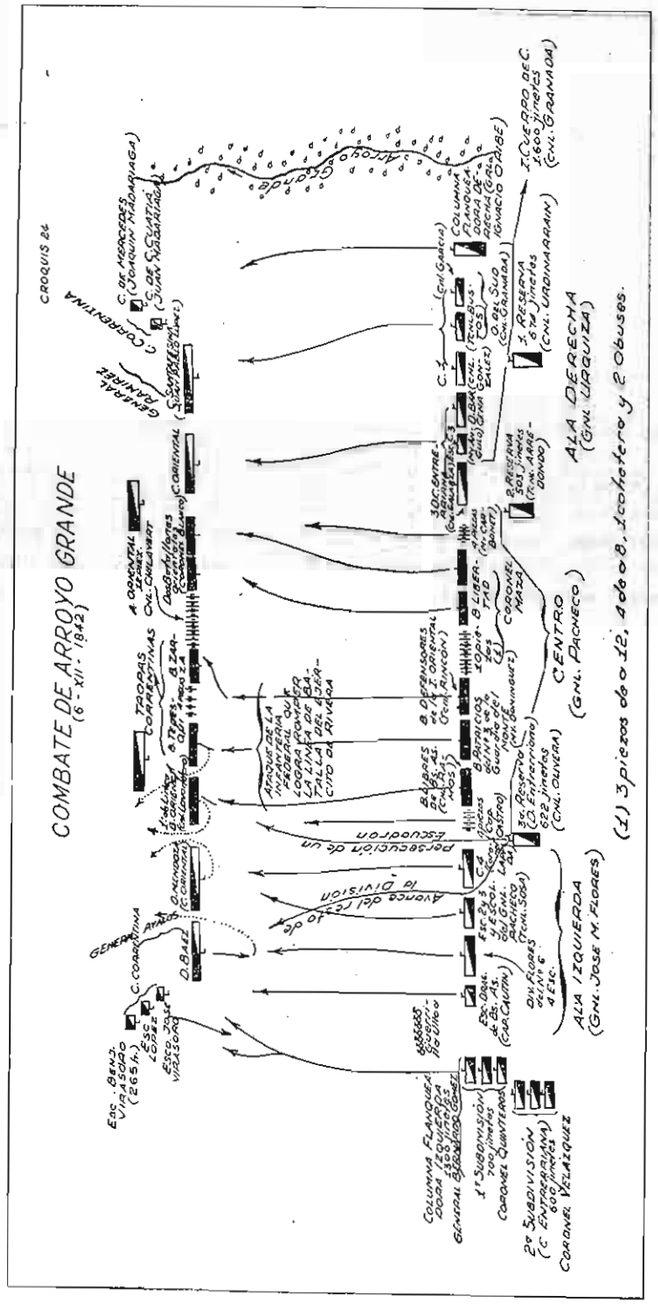
Aunque del lado aliado se habían corregido en parte los defectos comprobados en anteriores campañas, por el hecho de haberse reunido todas las fuerzas disponibles, y su comando colocado bajo una sola mano, la de Rivera, el éxito táctico no acompañó a esas buenas disposiciones, debido a la inferioridad de número, de armas, de cohesión y de veteranía de las tropas, y a deficiencias de conducción operativa y táctica del ejército antirrosista. Tal vez un conductor probadamente apto, como Paz, hubiera sido capaz de neutralizar esa inferioridad combativa con acertadas medidas operativas, de maniobra, de utilización del terreno, y del empleo, especialmente táctico, de las fuerzas en conjunto, y de las armas en sí, tal como lo hizo en Caaguazú. En lo operativo tal vez Paz hubiera obligado al enemigo a desgastarse antes de la batalla, bien fuera imponiéndole un avance a través del Uruguay, esperándolo del otro lado del gran obstáculo, para caerle durante el pasaje, en vez de tener el río inmediato a la propia espalda, interceptando sus comunicaciones y una retirada hacia su base de operaciones principal, el Uruguay, como erróneamente hizo Rivera; o, más bien, pudo éste retirarse hacia Corrientes, efectuando una guerra de recursos, como Lavalle contra J. P. López en 1839, y el mismo Paz en las dos invasiones de Echagüe.

Rivera, gran conductor en la guerra irregular, con masas más o menos grandes de caballería y alguna infantería montada, cuyas características tantas veces hemos repetido, no era el general con aptitudes para dirigir en la batalla un ejército de armas combinadas integrado con importante infantería y artillería, frente a otro también con fuerte infantería y artillería y gran parte de caballería veterana, todas bien disciplinadas. Carece el jefe oriental de capacidad táctica bastante para el empleo oportuno, combinado y concurrente, en nn centro de gravedad, de las distintas armas; esto está fuera de su ambiente y de su instrucción técnica y experiencia militares.

Consecuencias. — Destruída la última fuerza importante de campaña de sus enemigos, Rosas podía mirar con tranquilidad por algún tiempo su situación. Tal afirmación surge de que el interior y el litoral — menos Corrientes — aparecían sujetos a su dominio, y de que el estado Oriental, sin ejército de campaña, no estaba en condiciones de reaccionar a breve plazo, como para poner en peligro la estabilidad del gobernador de Buenos Aires. Además, el camino a Montevideo se veía libre.

Políticamente, con Arroyo Grande, quedaba alejada toda posibilidad de una desmembración de Argentina por la anexión de la Mesopotamia a Uruguay, pretendida por Rivera, según lo ha escrito el general Paz.

La campaña subsiguiente de Oribe en Uruguay debe buscarse en la V Parte, *d)*: La guerra con Uruguay (1841-1844).



CAPITULO XVII

CAMPAÑA DE BENAVIDEZ CONTRA PEÑALOZA EN EL OESTE Y NOROESTE (1842-1843) *

Arauco, Manantial, Ilisca, Saquilán y Leoncito. — El coronel Angel Vicente Peñaloza (de regreso de Chile y procedente de Coquimbo, donde se había asilado, con restos reunidos del ejército de Lamadrid, vencido en Rodeo del Medio, en noviembre de 1841, unos 100 hombres), invade La Rioja, reúne parciales y tiene un primer encnentro con Santos Nieva y Castillo, éste gobernador de Catamarca, en Arauco (al norte de La Rioja) a quienes vence. En este combate el caudillo riojano salva la vida porque su mujer, en un acto de abnegación, se interpone a un enemigo que se lanza sobre Peñaloza, y recibe feroz sablazo en la cabeza. Avanza luego el Chacho hacia el sur y ocupa la importante villa de San José de Jáchal, en San Juan. Es entonces el único que mantiene en el centro y oeste del país la bandera antirrosista, habiendo recibido instrucciones de la Comisión Argentina, que funcionaba en Chile, antes de su partida de allí.

Benavídez, gobernador de San Juan, sale a buscar al riojano, emprendiendo una campaña ruda y tenaz que tiene por teatro todo el territorio comprendido desde el norte de San Juan hasta Tucumán. La partida de Benavídez se realiza en abril y en la Cuesta de Miranda (15 Km. al sur de Sañogasta, La Rioja), vence a Peñaloza. En la retirada de éste al norte, el gobernador de Tucumán, general Celedonio Gutiérrez, huye, pero unido a Benavídez, lo atacan en Manautial, cerca de la ciudad de Tucumán, el 18 de julio de 1842, ocasionándole una derrota total que obliga al riojano a huir hacia Catamarca, siguiendo por Santa María y Belén (camino del oeste), pasando después a La Rioja. Allí, desde Los Llanos, donde reorganizó y aumentó sus medios, dió bastante que hacer al gobernador rosista Tello; pero, por fin, Benavídez, saliendo en su busca, lo alcanzó en Ilisca, en la costa alta de Los Llanos, donde lo vence nuevamente el 15 de enero de 1843; perseguido tenazmente en su huída hacia el oeste, era batido por su contendor el 17 en Saquilán, y el 8 de mayo en Leoncito, dentro de la cordillera de los Andes, en San Juan. No le quedó al valiente y tesonero jefe antirrosista sino abandonar el suelo nacional y refugiarse de nuevo en el país trasandino. En 1844 el Chacho escribe a Benavídez prometiéndole someterse a la federación, y, aceptado el compromiso, se va a Los Llanos, donde hace una vida tranquila hasta 1858, en que vuelve a la actividad para vengar la muerte de su amigo Benavídez, entonces como federal, según se verá.

Conseeuencias. — Después de estas operaciones en el oeste y parte del noroeste, regiones en que mantienen la autoridad los gobiernos adictos a Rosas, allí reina la paz, que dura hasta la caída de éste.

*** Ver Croquis Op. III y IV y Esbozos geográficos de esas regiones.**

CAPITULO XVIII

CAMPAÑAS DE MADARIAGA CONTRA GALAN EN CORRIENTES Y CONTRA GARZON EN ENTRE RIOS (1843-1844) *

Los emigrados correntinos invaden su provincia. — A raíz de Arroyo Grande, el gobierno de Corrientes pasó a manos adictas a Urquiza. Ahora bien, los emigrados correntinos, refugiados en Río Grande del Sur, invadían su provincia natal el 31 de marzo de 1843, a fin de restablecer en ella la anterior situación, independizándola de la influencia del gobernador de Entre Ríos. Para ello, Joaquín Madariaga, seguido por 108 compañeros, atravesaba el río Uruguay por Paso de los Libres, avanzando inmediatamente sobre el río Corrientes, donde se le reunió el coronel Cáceres con algunos partidarios.

Laguna Brava. — La revolución encontró eco favorable en toda la provincia. Engrosadas las filas de Madariaga, éste continuó sobre la capital y se apoderó de ella en abril de 1843. Una tentativa del coronel José Miguel Galán, al frente de 1.600 correntinos y entrerrianos, para reconquistar la ciudad, se convirtió en un desastre al dispersársele las fuerzas. Ello se produjo porque los urquicistas fueron sorprendidos en Laguna Brava (30 Km. E. de Corrientes) el 6 de mayo y derrotados por los revolucionarios, que no pasaban de 600 hombres. Estos quedaron dueños del parque (armamento y municiones). Perseguidos tenazmente, los vencidos pasaron a asilarse en Entre Ríos. Madariaga fué nombrado gobernador.

Invasión correntina a Entre Ríos. — El nuevo gobernador concentró entonces las fuerzas de la provincia en inmediaciones de Mercedes (campamento de Villanueva), logrando reunir a poco un ejército de 4.500 hombres, regularmente armados y equipados (400 infantes, 4.000 jinetes) y 4 cañones, al frente del cual invadió la provincia vecina, en diciembre de 1843, para obrar en combinación con Rivera, quien se sostenía en la campaña oriental contra las fuerzas de Urquiza e Ignacio Oribe (ver V Parte, *d*), Cap. III) La invasión a la provincia de Entre Ríos respondía, por lo pronto, al objeto de derrocar a Garzón, su gobernador, y favorecer un levantamiento de entrerrianos, para dejar así amenazadas y cortadas las fuerzas federales que operaban en el estado Oriental. La resolución de continuar hacia Buenos Aires no fué en esta oportunidad encarada, por la falta de medios suficientes y de preparación del ejército invasor, como por la tendencia general de los jefes correntinos a no alejarse mucho de su provincia.

A raíz de la invasión al territorio uruguayo, efectuada por Oribe, la provincia de Entre Ríos estaba otra vez casi desguarnecida, pues el interés de dar impulso a las operaciones en dicho estado contra Rivera, había inducido a llevar al otro lado del Uruguay la mayor parte de las tropas de esa provincia al mando de Urquiza. Parecía por ello fácil la empresa

---

*** Ver Croquis Op. Ib y Ic y Esbozo geográfico del litoral, pág. 39.**

de Madariaga. Sin embargo, Urquiza había dispuesto la formación de un ejército de reserva, compuesto en su mayor parte de milicianos, que debía reunirse en el campamento de arroyo Grande. Pero la deserción que se produjo, inutilizó toda tentativa de impedir la penetración correntina. Madariaga ocupa así sucesivamente, Mandisoví y Concordia, sin encontrar resistencia, pues Garzón abandona el campamento citado y retrocede más al sur. Llegado a la segunda de las cuidades mencionadas, Madariaga resuelve apoderarse de la localidad oriental de Salto, ocupada por algunas fuerzas enemigas, para asegurar sus comunicaciones, antes de proseguir. Al efecto, una vanguardia adelantada atraviesa el río Uruguay con seis escuadrones y 250 infantes y se apodera de ella el 30 de diciembre, sin combatir, porque el enemigo la había evacuado en la noche del día anterior. El general Rivera tomó luego a su cargo la ocupación de Salto, y Madariaga repasó el Uruguay con su destacamento, para avanzar a los pocas días con todo el ejército desde Yuquery hacia el Gualeguaychú, empeñado en alcanzar y atacar a las tropas de Garzón.

Arroyo Grande. — Sobre este curso de agua se produjo el encuentro entre la vanguardia correntina (2.000 jinetes) y las fuerzas entrerrianas de Garzón (1.300 jinetes e infantes), en encro de 1844. El combate quedó indeciso a la llegada de la noche pues la infantería entrerriana se sostuvo bien ante las cargas del enemigo; pero Garzón, considerándose en situación desventajosa para reanudarlo al día siguiente, pues el grueso correntino concurriría a reforzar a su vanguardia, se retiró del campo de combate.

Retirada de Madariaga. — El gobernador de Corrientes, por su parte, juzgó imprudente perseguir a Garzón, limitándose a destacar una fuerte columna a ese fin. Comprendiendo después, que permanecer en Entre Ríos podía acarrearle serios peligros, por los refuerzos que Rosas mandaba a Garzón y porque los habitantes no reaccionaban — igual que en invasiones anteriores, ya desde la primera de Lavalle — a favor de los antirrosistas, como lo había creído en un principio, regresó a sus lares con el ejército, el cual llegó a destino en muy mal pie de disciplina, ganado, etc. En tal forma, en marzo de 1844 estaba de vuelta en su campamento de Villanueva, seguido hasta la frontera por las fuerzas de Garzón, que quedaron observándolo.

Consecuencias. — La invasión de Madariaga no había obtenido ningún beneficio práctico contra Rosas, ni contra sus fuerzas, actuantes en Uruguay, exceptuando la toma de Salto, abandonada por el enemigo. Por consiguiente, no tuvo ninguna repercusión estratégica de influencia en el panorama general de la guerra contra el dictador, si se excluye el de sumar una estéril campaña a las ya perdidas.

CAPITULO XIX

CAMPAÑA DE URQUIZA CONTRA PAZ EN CORRIENTES
(1845-1846) *

Paz en el mando del ejército de Corrientes. — El gobernador Madariaga, aleccionado por los resultados negativos de su expedición sobre Entre Ríos, juzgó indispensable poner al frente del ejército de la provincia a un militar de capacidad y prestigio, apto para reorganizarlo y hábil para conducirlo operativa y tácticamente. El general Paz, que se había retirado a Río de Janeiro a mediados de 1844, por diferencias surgidas entre los directores de la defensa de Montevideo (V Parte, *d*), fué el elegido, y aceptó hacerse cargo de la "Dirección de la guerra contra Rosas", por ley de la provincia, de enero de 1845, e incluso entender en las relaciones exteriores.

Madariaga, además, ajustó una alianza ofensivo–defensiva con el presidente de Paraguay, buscada ahora por este mandatario, en tanto que antes la había eludido, por la cual dicho país concurriría sucesivamente con fuerzas importantes. Era objetivo del convenio derrocar a Rosas. Esta vez la alianza pudo realizarse porque López temía a Rosas, pues éste no había aceptado reconocer la independencia de Paraguay, estando por ello interesado el dictador paraguayo en que el argentino fuera depuesto e influir para que un nuevo gobierno resultara de distinto parecer; tal vez persiguiera también contribuir al fraccionamiento de nuestro país para tener así vecinos menos fuertes, favoreciendo los propósitos de otros (Rivera, etc.).

El estado del ejército concentrado en Villanueva, al hacerse cargo de él el general Paz, era desastroso en todo sentido, al decir de éste. Orgánica y operativamente no era por lo tanto garantía suficiente para emprender con él una inmediata campaña de envergadura ofensiva.

En marzo de 1845, Rivera, aliado de Corrientes, había sufrido una derrota completa a manos de Urquiza [1] en India Muerta, luego de otra que le infligió en Sauce, también en Uruguay, en enero de 1844 — V Parte, *d*) y *e*) — viéndose obligado a refugiarse en Río

---

*** Ver Croquis Op. Ib y VI y Esbozo geográfico del litoral, pág. 39.**

[1] Justo José de Urquiza nació en el Talar de arroyo Largo, al norte de Concepción del Uruguay, el 18 de octubre de 1801. Fué educado en Buenos Aires. Vuelto a su provincia, era subteniente de cívicos en 1822, tomando parte en una conspiración contra el gobernador Mansilla. En 1826 desempeñó cargos legislativos en su provincia. Como comandante militar del departamento Uruguay, en 1830, participó en una revolución del partido unitario acompañando a Ricardo López Jordán y en acontecimientos político-militares de éste, en 1832. Luego de una entrevista con Estanislao López de Santa Fe, fué nombrado comandante efectivo del ejército de Entre Ríos en 1831; el gobernador Echagüe lo ascendió a comandante efectivo de milicias en mayo de 1832; y en junio del mismo año, a teniente coronel de línea; el 30 de marzo de 1834 era promovido a coronel graduado de línea; y en mayo del año siguiente se lo nombraba efectivo en el grado. En 1836 se le confiaba el comando de la frontera del Uruguay; y el 31 de mayo de 1837 ascendía a coronel mayor de línea. En las postrimerías de 1837 y en 1838 ayuda desde territorio entrerriano a Oribe, quien combate a Rivera, en el estado Oriental, apoyando a aquél en Paysandú. En la campaña de Echagüe contra Berón de Astrada, manda la vanguardia de aquél, teniendo participación muy importante en Pago Largo. En Cagancha, en 1839, y con Echagüe, vuelve a tener actuación destacada; interviene también con Echagüe en Don Cristóbal y Sauce Grande contra Lavalle, en

Grande del Sur, después de ser aniquiladas las fuerzas con que había sostenido durante dos años la resistencia en la campaña contra las fuerzas federales invasoras. A pesar de este triunfo, los sitiadores de Montevideo no mejoraron sus perspectivas, faltos del bloqueo fluvial, que ahora sufría Buenos Aires, por parte de los anglofranceses. Pero el general Urquiza quedaba al parecer en condiciones de pasar con sus aguerridas tropas a Entre Ríos — amenazada por Paz y las fuerzas navales de Francia e Inglaterra —, para abrir operaciones sobre Corrientes. Se ha criticado al general Paz la aparente inactividad en que permaneció en Villanueva, no sólo en las semanas anteriores a India Muerta, sino también más tarde, hasta fines de 1845 — nueve meses después — época en la cual Urquiza recién regresaba a su provincia con las fuerzas entrerrianas vencedoras, ocupado hasta entonces en operaciones contra fracciones riveristas en Uruguay, conforme a órdenes de Rosas. Sin embargo, la acusación aparece inconsistente si se examina la escasa capacidad operativa del ejército de Corrientes, las dificultades a vencer en una campaña a fondo a través de las provincias de Entre Ríos y Santa Fe, hasta llegar a Buenos Aires, y el peligro permanente de una acción del ejército federal que operaba en el estado Oriental. Por otra parte, Entre Ríos no estaba indefenso, el hábil general Garzón lo protegía con su ejército, sin par liviano, pues no tenía un sólo vehículo, ya que todo el transporte era a lomo.

Operación antirrosista sobre Santa Fe. — Descartada la posibilidad de una ofensiva, como consecuencia del giro que habían tomado los sucesos en Uruguay por el triunfo federal de India Muerta, Paz se mantuvo a la defensiva en la provincia de Corrientes, dedicando todos sus esfuerzos a completar el grado de preparación de sus tropas. Conociendo que en Santa Fe había ambiente favorable para un pronunciamiento, Paz comisionó al general Juan Pablo López, anterior gobernador de aquella provincia, para que invadiera por el Chaco y se apoderara de su capital, con vistas a futuras operaciones sobre Buenos Aires — objetivo final al que siempre aspiraron y debían aspirar los enemigos de Rosas — y para acostumbrar a "los correntinos a salir del país", entre otras razones.

Andino y San Jerónimo o Mal Abrigo. — Las fuerzas confiadas a López fueron unos 700 hombres, con los que salió de Villanueva en junio. Esta empresa se vió al principio favorecida por el éxito, pues López, reforzado en el norte de Santa Fe, hasta alcanzar 1.500 hombres, incluso 600 indios mocovíes, venció a la división federal de Santa Coloma, en Andino, punto algo al norte de la capital de la provincia, fuerza a la que mató o aprisionó casi totalmente; después se apoderó de la ciudad el 6 de julio rechazando de ella a Echagüe, su gobernador; pero, remiso en sacar provecho de estos éxitos, se dejó estar en la capital, dando tiempo a que las fuerzas de Echagüe fueran reforzadas desde la provincia de Buenos

1840; a mediados de diciembre de 1841 es nombrado gobernador de Entre Ríos en reemplazo de Echagüe. Cuando las fuerzas al mando de éste son batidas en Caaguazú y Paz invade Entre Ríos, Urquiza, con facultades extraordinarias, conferidas por la Legislatura, ante la invasión simultánea de Rivera y Paz, se retira embarcando sus tropas hacia el oeste del Paraná. Al regresar a su provincia, luego del retroceso de Paz, Urquiza fué sorprendido por Rivera, quien le dispersó las fuerzas, unos 5.000 jinetes, pero consiguió reunirlas de nuevo e incorporarse con ellas a Oribe, cuando éste entraba en la provincia, asistiendo a la decisiva batalla de Arroyo Grande, donde manda la caballería del ala derecha de Oribe. En diciembre de ese año penetra en Corrientes para apoyar al gobernador Cabral, situándose en Villanueva. De aquí en adelante su actuación sigue siendo la de comandante de fuerzas independientes, en distintos teatros, según lo veremos en el texto. Cabe decir que Urquiza era un espíritu reflexivo, previsor y reservado, aunque violento a veces; templado en las luchas políticas y militares, es conocedor de los hombres y de la forma de atraerlos; sabe imponer su voluntad a sus subordinados y a las poblaciones; valiente, fogoso, a veces temerario, en los combates estimula con el ejemplo. Sabe esperar el momento para obrar y cuando éste llega se lanza a fondo y rápidamente.

Aires, alcanzando entonces a 3.000 hombres, que operaron en cooperación con una escuadrilla federal, al mando de Thorne. En estas condiciones López se vió obligado a emprender la retirada hacia el norte (Chaco santafecino) precipitadamente, no obstante lo cual fué alcanzada su tropa en San Jerónimo o Mal Abrigo (frente a Goya) el 12 de agosto de 1845 donde, si bien en un principio su caballería de correntinos y santafecinos consiguió contener a la enemiga, un doble envolvimiento federal la puso en fuga, en tanto que la infantería fué rodeada, rendida y pasada a cuchillo. Durante su retirada, el día de la víspera del combate, pudo haber pasado al este del Paraná en la escuadrilla correntina de guerra mandada por el griego Jorge Cardasi, pero prefirió hacerlo unos 35 a 40 kilómetros aguas arriba, mas, por el viento, aquélla no consiguió llegar antes que López fuera batido.

Por el fracaso de esta expedición, un Consejo de Guerra, cuyo fiscal pidió la pena de muerte para López, éste fué degradado, bajo acusación de cobardía, entre otros cargos.

Otro intento posterior de actuar sobre Santa Fe, igualmente por el Chaco santafecino, con tropas de Santa Fe, al mando del coronel Salas, fracasó también, pues gran parte del efectivo se le sublevó.

Urquiza invade Corrientes. — Conforme al pacto de alianza ofensivo-defensivo de noviembre de 1845, Paraguay dirigía a la provincia de Corrientes el primer contingente, de 4.000 hombres, de un total prometido de 10.000, al mando de Francisco Solano López, general de 18 años e hijo del presidente de aquel país.

Urquiza estaba de regreso en Entre Ríos desde fines de diciembre de 1845, con las fuerzas actuantes en la Banda Oriental, luego de salvar el río Uruguay al norte de Salto, por allí debido a la ocupación del Bajo Uruguay por Garibaldi (V Parte, *e)*. Ultimados los preparativos de organización y reunidas sus fuerzas a las del general Garzón, iniciaba la campaña sobre Corrientes el 2 de enero de 1846, con más de 6.000 hombres, en su mayor parte veteranos. La escuadra anglofrancesa había ya forzado el paso del Paraná hacia el norte en Obligado (20 de noviembre de 1845), según puede verse en la V Parte, *e)*.

Saliendo de Concordia, el ejército entrerriano avanzó por el camino central de la cuchilla Grande. En el trayecto, el 4 de enero, supo que Paraguay estaba aliado a Corrientes y que fuerzas importantes de aquel país pisarían pronto la provincia. Esto decidió a Urquiza a precipitar sus marchas para batir a Paz antes que recibiera los refuerzos paraguayos.

Las Osamentas. — Desde el Basualdo se dirigió el entrerriano a Pago Largo, donde fué informado que un poco más al norte vivaqueaba una fuerza de caballería enemiga a órdenes del coronel Cáceres. Resolvió adelantar la vanguardia, efectuando una marcha nocturna, para caerle por sorpresa e impedirle una retirada hacia el campamento de Villanueva. Este propósito se realizó, pues el 16 de enero Cáceres era sorprendido en el arroyo Las Osamentas, siendo fácilmente vencidos y destrozados tres escuadrones de sus tropas por la caballería entrerriana, que prosiguió hasta el arroyo María Grande. Al mismo tiempo llegábale a Urquiza la noticia del desembarco de los paraguayos en la orilla correntina del Paraná y aquél resolvió situarse entre los dos núcleos para batirlos separadamente por líneas interiores. Al efecto, la vanguardia federal, avanzando hacia Villanueva, debía llamar la atención por el frente al general Paz, mientras el grueso, apresurando las marchas, se dirigiría a pasar el río Corrientes por paso Santillán, para impedir la reunión a Paz de los paraguayos desembarcados en Goya. Esta concepción hace honor a Urquiza.

Paz retrocede al norte. — En enero de 1846, Paz, cuyo ejército ascendía a 4.000 hombres y catorce cañones, tuvo el primer aviso de la aparición de una partida ene-

miga en Pago Largo. Suponiendo próximo al grueso enemigo, retrocedió el día 16 con sus fuerzas al oeste del río Corrientes y avisó a la columna paraguaya, desembarcada cerca de Goya, esperara al ejército correntino al oeste de dicho río, a fin de incorporarse allí a las fuerzas procedentes de Villanueva. Detrás del obstáculo, presumía Paz poder detener ventajosamente con todo el ejército aliado el avance de Urquiza y, tal vez, encontrar la oportunidad de repetir la hazaña de Caaguazú. Pero, ante la maniobra envolvente de Urquiza que pasaba el 21 el río Corrientes, el general Paz escapó rápidamente, antes de que ésta se hiciera sentir, ordenando a los paraguayos dirigirse a paso Bedoya, en el Batel. Sabiendo después que el ejército federal avanzaba hacia el norte, salvado el paso Santillán, siguió su retirada por la faja comprendida entre el río Santa Lucía y el estero del Batel, donde el 22 de enero se le incorporaron los paraguayos, constituyéndose el llamado "Ejército Aliado Pacificador," y esperando tener una ocasión favorable para atacar al enemigo con fuerzas ahora superiores [2].

Una fuerte retaguardia de caballería a las órdenes de Juan Madariaga protegía estos movimientos. Además, el gobernador de Corrientes, Joaquín Madariaga, con 1.500 hombres, debía cerrar el camino a la capital por el oeste del río Santa Lucía.

Laguna Limpia. — Desde paso Santillán, el general Urquiza avanzó hacia el río Santa Lucía. Allí, luego de una detención, decidió seguir en persecución del adversario para forzarlo a un combate. El 4 de febrero de 1846 la vanguardia federal (unos 600 hombres), al mando del propio Urquiza, derrotaba a la retaguardia correntina (1.200 jinetes) en la Laguna Limpia, después de una hora de combate, dispersándole poco menos que el total de sus fuerzas. Aquí Juan Madariaga era tomado prisionero, lo que había de tener honda repercusión política. Esta derrota de la masa de la mejor caballería de Paz, por lo mismo que disminuía sus propios efectivos y aumentaha el prestigio de la caballería adversaria, indujo a dicho general a buscar para sus tropas, de las que 1.500 jinetes al mando de Joaquín Madariaga, operaban al oeste del río Santa Lucía, una posición en la cual quedase anulada la importante superioridad moral, de disciplina y guerrera del enemigo. Al efecto, trasladóse hasta los bañados de Ubajahy (norte de Corrientes, cerca de Itá Ibaté), posición previamente reconocida como de fácil defensa y contra la cual no tendría acción la numerosa caballería entrerriana. Allí se le reunió el 9 la columna de 1.500 jinetes que había operado al oeste del Santa Lucía a las órdenes de Joaquín Madariaga. Ya el 11 la vanguardia enemiga aparecía frente a las posiciones ocupadas por el ejército de Corrientes.

Ubajahy o Ibajay. — El terreno de la posición no permitía a Urquiza un ataque con probabilidades de éxito. Delante de ella existía una cañada sumamente pantanosa, que, por el norte, se prolongaba hasta el Alto Paraná y por el sur, se unía al estero del Santa Lucía, impidiendo cualquier maniobra envolvente. En el frente había un estero de bastante profundidad y de cien metros de ancho, a través del cual corría un estrecho y único pasaje; a las dos costados de éste y a una distancia de mil metros uno de otro, estaban situados dos bosques, ocupados por infantería, para flanquear por medio de fuegos cruzados todo el estero. El resto del ejército estaba en un terreno elevado al otro lado de ese obstáculo. Además, y para inutilizar totalmente la acción de la caballería enemiga, Paz hizo clavar diez mil estacones en todo el estero y colocar fuertes abatíes en la margen que lindaba con la posición.

[2] Paz expresa, sin embargo, que la fuerza paraguaya ignoraba los rudimentos de la guerra y no estaba en condiciones de batirse.

Urquiza regresa a Entre Ríos. — Reconocidos el terreno y la posición enemiga por Urquiza, el 12 de febrero, éste comprendió la imposibilidad material de llevar el ataque, pues, aun suponiendo que la infantería lograse forzar el pasaje del estero, lo que sería a costa de grandes pérdidas, este éxito no podría ser explotado por su caballería, a la cual no le era dado maniobrar en tal terreno. Convencido de la imposibilidad de librar una batalla decisiva, se retiró hacia Entre Ríos el mismo 12 en la noche, confiando en que en la persecución, que no dejaría de emprender el enemigo, se le presentaría la ocasión favorable para empeñar una batalla en campo abierto. Urquiza quería, además, dar tiempo a que obtuviesen resultado favorable los manejos políticos que había iniciado para llegar a un acuerdo con el gobierno de la provincia de Corrientes. En efecto, el otro día de la acción de Laguna Limpia, aquél manifestó a Juan Madariaga — jefe de la vanguardia correntina hecho prisionero en la referida acción — su deseo de entrar en arreglos con Corrientes para poner término a la guerra, y a fin de que después ambas provincias (Entre Ríos y Corrientes) pudiesen obligar a Rosas a constituir y organizar el país. Juan Madariaga, optó por escribir en tal sentido a su hermano el gobernador, con la expresa advertencia de que Paz fuera excluído de estos tratos.

Disolución del ejército de Corrientes. — La retirada de Urquiza se hizo muy rápida por el mismo camino del avance, en tanto que la persecución de Paz siguióse por el oeste del río Santa Lucía, con el fin de pasarlo en San Roque, si era posible antes que el enemigo salvase el río Corrientes y alcanzarlo allí, para lo cual se destacó una división móvil con la mejor caballada, al mando del gobernador Madariaga, el que debía anticiparse y retardarlo. Pero Madariaga, en tratos con Urquiza, se detuvo en el Batel, dejando a éste que se alejara. Fué en el Mocoretá donde una nueva vanguardia, al mando del coronel Ocampo, alcanzó a la retaguardia federal, cuando su grueso ya había entrado a Entre Ríos. Por su parte el grueso perseguidor alcanzó el campamento de Villanueva. Mas allí el entredicho del gobernador y Paz hizo crisis, a raíz de la tirantez de relaciones y del estado de indisciplina y desmoralización de la tropa correntina, incitada — según Paz — por Madariaga. El general debió abandonar entonces el mando, destituído por decreto del 4 de abril, y pasó a Paraguay. El ejército correntino se disolvió y el paraguayo volvió a su país.

Tratado de Alcaraz. — Desde su provincia Urquiza siguió las gestiones políticas con Corrientes y, en Alcaraz, el 14 de agosto de 1846, los dos gobernadores concertaron un tratado de paz, por el cual Rosas quedaba autorizado a dirigir las relaciones exteriores de Corrientes. En él se aludía al restablecimiento del Pacto Federal de 1831 entre Corrientes y Entre Ríos, en el que se estipulaba la cita de una convención para los asuntos de interés común, como paso previo para la reunión de un congreso federal. Ya por este solo hecho se descubre que Urquiza tenía miras incompatibles con el régimen de Rosas. Por otro tratado, secreto y complementario, Corrientes quedaba exenta de participar en la guerra de Rosas contra Rivera y en sus diferencias con Francia e Inglaterra.

Las escuadras combinadas de Francia e Inglaterra, apoyadas por los unitarios, habían continuado sus agresiones, produciéndose los combates de Vuelta de Obligado y Tonelero, en noviembre de 1845 y enero de 1846 (V Parte, *e)*, los que pusieron de manifiesto la resistencia argentina y las dificultades que tendrían aquellos países para doblegarla. Estos hechos coincidieron en parte con los acontecimientos narrados, todo lo cual perjudicó la situación de Rosas, el cual se vió obligado a atender simultáneamente la guerra interior con la que le hacían esas grandes potencias, aliadas a Uruguay.

Consecuencias. — Los tratados políticos esbozados permitieron un arreglo pacífico que evitó, por el momento, nuevas pérdidas de vidas y más calamidades a ambas provincias mesopotámicas; pero desde el punto de vista político-militar la campaña terminó favorable al dictador, debido a que Paraguay no alcanzó a volcar todos los recursos de que disponía como contribución a ella; a la conducción defectuosa de los comandos correntinos subordinados de Paz, que con sus fracasos debilitaron las fuerzas de éste, elevando la moral del adversario; y a que el gobierno de Corrientes prefirió un aliatorio arreglo político a la decisión por las armas, anulando la acción del comando militar y perdiendo su ejército y a un poderoso aliado. El general Urquiza, gestor astuto, procedió con notable acierto militar y político, combinando muy bien las actividades de una y otra índole.

CAPITULO XX

CAMPAÑA DE URQUIZA CONTRA MADARIAGA EN CORRIENTES (1847) *

Madariaga no acepta las modificaciones de Rosas al tratado. — Elevados a la consideración del gobernador de Buenos Aires los tratados de Alcaraz, éste no los aceptó, pues habían sido concertados sin su anuencia, y exigió la incorporación absoluta de Corrientes a la Confederación en los términos del Pacto Federal del 4 de enero de 1831. La verdad es que ya desconfiaba de Urquiza. Este se sintió profundamente molesto por la dicha desaprobación, pero, como aún no contaba con los aliados políticos ni los medios necesarios para hacer frente al dictador, propuso a Joaquín Madariaga aceptara la modificación impuesta por Rosas, con el siguiente mensaje; "Firme el convenio propuesto por Rosas sin temor alguno de ulterioridades; pero afile bien el cuchillo para hacerle sentir los efectos de la alianza de las dos provincias". El gobernador de Corrientes no aceptó dicha exigencia y en junio de 1847 quedaron rotas las negociaciones, preparándose nuevamente ambas provincias para la guerra. Para entonces Madariaga había intentado una nueva alianza con Paraguay, que Carlos Antonio López rechazó; y Brasil se preparaba para entrar en la coalición contra Rosas.

Se renueva la lucha en la Mesopotamia. — Un tanto contra su voluntad, pero con un doble objetivo: desterrar las aprensiones de Rosas contra su persona, y sustituir a Madariaga en Corrientes, que no se prestaba a su política, por Virasoro, que era de su confianza y respondería mejor a sus planes contra el gobernador de Buenos Aires, poco después, al frente de 6.000 hombres, en su mayor parte veteranos, que moviliza en seis días, el gobernador de Entre Ríos inicia una nueva campaña sobre Corrientes. Parte el 20 de octubre de 1847 del campamento de Calá (E. de Tala) y marcha por el camino de la cuchilla Grande, que las fuerzas entrerrianas ya habían seguido en sus anteriores invasiones partiendo del este de la provincia. Paralelamente con las operaciones terrestres, una escuadri-

---

* **Ver Croquis Op. Ib y Ic y Esbozo geográfico del litoral, pág. 39.**

lla entrerriana, reforzada con algunos buques enviados por Rosas, al mando del comandante Nicolás Jorge, y conduciendo a su bordo 150 hombres del batallón Fidelidad (de guarnición en la ciudad de Paraná), debía subir hasta la capital de Corrientes. Madariaga, comprendiendo que la nueva campaña que se iniciaba podía ser decisiva para la libertad y autonomía de la provincia, delegó el mando y salió personalmente a campaña. Todas las milicias de la provincia, que después de ser firmados los tratados de Alcaraz, habían sido licenciadas como prueba de buena fe y de lealtad política, fueron puestas nuevamente en armas y reunidas con auxiliares paraguayos y santafecinos (J. P. López) en el Oratorio de Rolón — inmediaciones de San Roque —, ascendiendo muy pronto su número a 5.000 hombres.

La manifiesta inferioridad numérica y táctica del ejército correntino no permitía a su comandante una invasión a Entre Ríos, ni una ofensiva en Corrientes; resolvió, pues, mantenerse a la defensiva, utilizando, como otras veces, las grandes líneas de obstáculos naturales constituídas por los ríos Corrientes, Batel y Santa Lucía, para impedir los progresos de la invasión del adversario. Para proteger la frontera con Entre Ríos contra las incursiones y depredaciones de partidas enemigas, como también para explorar y demorar el avance de Urquiza, parte de la caballería correntina fué adelantada a las órdenes de los coroneles Ricardo y Nicanor Cáceres; el primero a Esquina y el segundo a cubrir el resto de la frontera hasta el río Uruguay. Pero esta medida no daría los resultados previstos, pues el coronel Nicanor Cáceres no tardó en desertar con sus tropas para hacer causa común con los invasores de Corrientes.

Urquiza invade nuevamente a Corrientes. — Para no dar tiempo al adversario a que reuniera y organizara sus elementos de resistencia, Urquiza, con su reconocida actividad, apresuróse a invadir la provincia de Corrientes por Basualdo, para seguir de aquí por Curuzú Cuatiá y Mercedes, sobre el río Corrientes. Al llegar a Mercedes se le plegó también el comandante José Berón, con las fuerzas correntinas que estaban a sus órdenes, ejemplo que no tardaría en imitar el coronel Juan Francisco Soto, en el río Corrientes, cuyo franqueo estaba encargado de impedir al enemigo.

Para someter a las poblaciones situadas sobre la orilla del río Uruguay y a fin de cortar al enemigo toda vía de escape en dirección al nordeste, el general Urquiza destacó al coronel Benjamín Virasoro con una fuerte columna de caballería hacia el territorio de las Misiones.

Madariaga, calculando que Urquiza franquearía el río Corrientes por paso Santillán, como lo efectuó en su anterior campaña, habíase trasladado con su ejército a este punto. Pero al tener conocimiento de que aquél seguía de Curuzú Cuatiá a Mercedes, juzgó prudente pasar al otro lado del río Batel, a fin de impedir al general entrerriano que, atravesando el río Corrientes más aguas arriba, pudiese cortarle la retirada al interior de la provincia.

Venciendo las enormes dificultades que presentaba el gran caudal de agua del río crecido y los extensos malezales que existían en sus inmediaciones, el ejército federal atravesó a nado el río Corrientes y se dirigió sobre el río Batel, detrás del cual habíanse situado las tropas correntinas.

Alarmado por la desmoralización que ya cundía en sus fuerzas y por las continuas deserciones que se producían en los jefes que había destacado del ejército con misión de observación, etc., Madariaga resolvió pasar al otro lado del río Santa Lucía, y seguir en dirección al nordeste, atrayendo al enemigo al interior de la provincia para alejarlo de su centro de recursos, donde le presentaría combate en una posición favorable. Las tropas

correntinas, después de las defecciones sufridas, habían quedado reducidas a 4.000 hombres, de los cuales 900 de infantería, y 12 piezas. La desmoralización, que aumentaba cada día más, indujo al gobernador Madariaga, como consecuencia de lo resuelto en un consejo de guerra, a atrincherarse en una posición juzgada inexpugnable: el Rincón o Potrero de Vences, que además reforzó con importantes fortificaciones, para contener la deserción y resistir allí con los que aún permanecían fieles a la causa. Urquiza atravesaba el río Batel y poco después el Santa Lucía — con éste tres ríos importantes — que también estaba a nado, y el 17 de noviembre hallábase ya en la margen derecha de este último río.

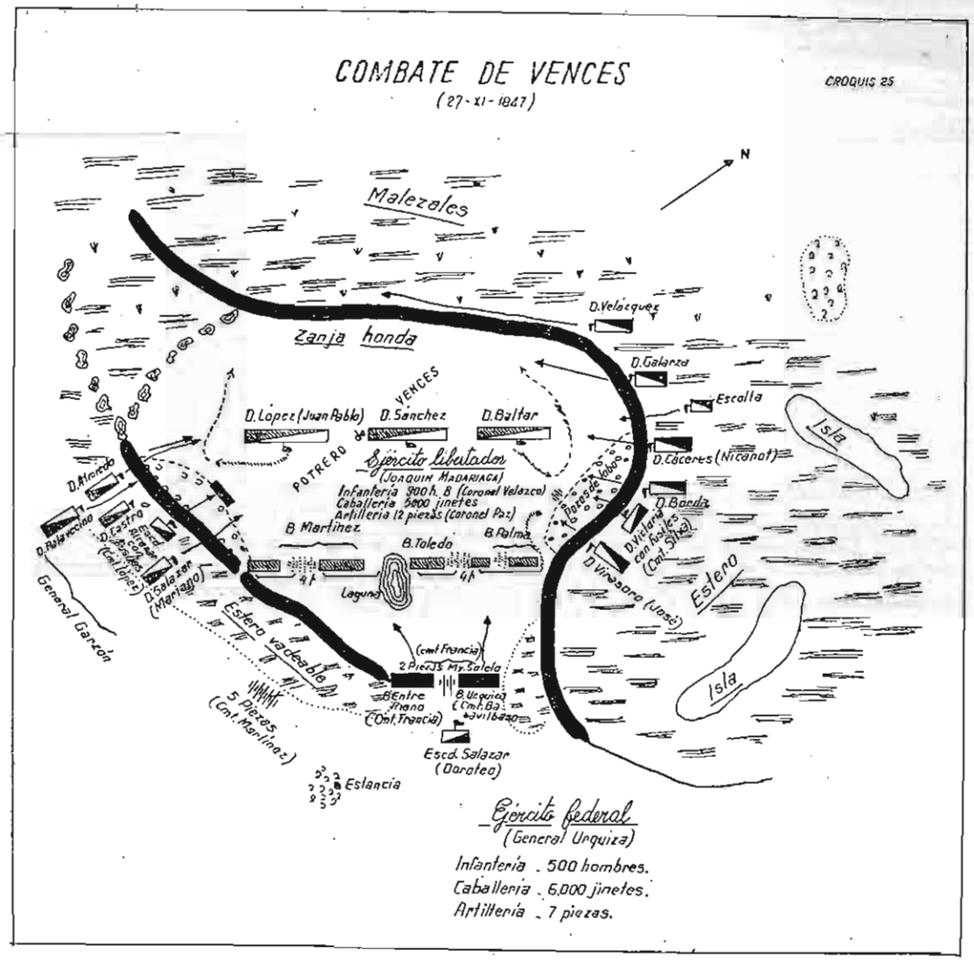
Vences. — (Croquis 25. pág. 459). En la tarde del 28 de noviembre el ejército federal se aproximó a la posición enemiga. Con el objeto de efectuar un reconocimiento prolijo, rechazó las avanzadas correntinas en serio combate de varias horas. Después, Urquiza se corrió con la vanguardia a la derecha propia y el general Garzón con el grueso hacia la izquierda. Se tomaron las disposiciones para atacar a las 8 de la mañana del día próximo.

Dice Urquiza: "El ejército unitario se había fortificado en la misma embocadura del Potrero de Vences, sobre una colina elevada que tiene una extensión de 850 varas, toda ella foseada y terraplenada en su parte exterior, dejando sólo dos espacios sin cerrar, de corta distancia, en lugares los más prominentes, donde estaban establecidas sus fuertes baterías de artillería; sus dos flancos perfectamente rodeados de esteros; en el frente otro de éstos que inutilizaba el ceñido terreno en que podían únicamente maniobrar mis tropas. Además, circuía toda la retaguardia del campo enemigo un grande y hondo malezal, por manera que la naturaleza le hacía más formidable. Se hallaban colocadas 12 piezas de artillería, 900 infantes y más de 3.500 hombres de caballería, mandados por los salvajes unitarios traidores Madariaga y el pelafustán Juan Pablo López".

El jefe federal decidió que el ataque fuese llevado por tres puntos distintos, en forma de aferrar desde el primer momento todas las unidades enemigas, convencido de que la superioridad numérica de los atacantes neutralizaría la ventaja que a los defensores presentaban los accidentes del terreno y las obras de fortificación por éstos levantadas. A tal efecto, se acordó que el comandante Francia, con los dos batallones de infantería y dos piezas de artillería, sostenidos por un escuadrón, llevaría el ataque frontal, penetrando por la boca del potrero, con la misión de fijar a las tropas del frente, impidiendo que pudiesen acudir sobre los flancos. El resto de la artillería, cinco piezas, recibió la orden de emplazarse más a la izquierda, para tomar de flanco las obras de defensa enemigas y permitir el avance de la propia infantería. La vanguardia a órdenes de Urquiza, llevaría el ataque contra el flanco izquierdo y la retaguardia de la posición. Simultáneamente, el general Garzón atacaría con el resto del ejército el ala derecha de la misma. Es decir, un doble envolvimiento con ataque aferrante frontal para cercar al enemigo.

Para compensar su inferioridad en infantería, como para permitir que las caballerías tuviesen tiempo de atravesar los esteros y alcanzar el terreno firme de la posición enemiga, Urquiza había dispuesto armar de fusiles a la división Victoria y al escuadrón Alcaraz.

El combate se inició a las 11 del 27 de noviembre. El comandante Francia penetró con la infantería en la boca del potrero, avanzando sobre el enemigo y, a pesar del violento fuego de la artillería correntina, el ataque frontal logró en parte su objeto, permitiendo que las dos columnas flanqueadoras pudieran llevar a cabo sus tareas. El general Garzón, observando que Urquiza había terminado su aproximación a través del estero situado al flanco izquierdo de la posición, inició el ataque contra el ala derecha



de la misma. Protegida por el fuego del escuadrón Alcaraz, que echó pie a tierra en cuanto atravesó el estero, la caballería de Garzón franqueó a su vez el obstáculo y cargó a la división López que le salió al encuentro, pero que en poco tiempo huyó desbandada. A su vez Urquiza ordena a sus divisiones atacar la izquierda adversaria. Los correntinos no pueden contener este doble ataque contra los flancos y la retaguardia, ni aun con la infantería que de las alas de las fortificaciones acude para cooperar. La previa atracción frontal, la simultaneidad de las acciones en los flancos y espalda y la superioridad moral, numérica y de instrucción de los entrerrianos impidieron al defensor contener sus ataques, viéndose obligado, primero a ceder y luego a huir en dispersión para no quedar totalmente encerrado.

Los correntinos perdieron 500 muertos, 2.100 prisioneros y toda la artillería; el resto consiguió salvarse entre los bosques y bañados, en pequeños grupos. En la persecución hubo

ensañamiento y en los días subsiguientes fusilamientos de varios oficiales superiores del ejército vencido.

Comentarios. — En Vences el valor y la actividad operativa sorprendieron a la táctica. Una campaña de 650 kilómetros, hecha a marchas forzadas, vadeando y pasando a nado ríos caudalosos, hasta llegar frente a una posición fortificada, elegida con tiempo sobrado para reunir en ella los elementos de defensa aconsejados, no es un hecho ordinario.

También en esta campaña Urquiza puso en juego una hábil actividad política — como lo hizo antes y lo haría más adelante — para disminuir y quebrantar moral y materialmente, antes de la batalla, el poder de su adversario, asegurándose con ello (a pesar de las enormes dificultades opuestas por el medio geográfico a su avance operativo, y el gran acrecentamiento que el terreno dió al enemigo en la posición) un rotundo éxito táctico y con él, el de la campaña.

Aparte de los aciertos señalados, es deber reconocer que el general entrerriano tenía un conocimiento bastante exacto del terreno y sus tropas gran capacidad para salvar sus obstáculos.

Consecuencias. — Como resultado inmediato de Vences, en Corrientes es exaltado al gobierno un adicto de Urquiza, Benjamín Virasoro. Con este triunfo la situación en el país parece ser más sólida para Rosas: la Confederación está unificada; pero con él quien ha aumentado su ya gran prestigio político y militar en el litoral, es Urquiza. Y así su propósito de independizarse de Rosas y aún de llevarle la guerra, resulta también de realización más cercana y menos difícil, especialmente si obtiene aliados de fuera de la Mesopotamia.

CAPITULO XXI

CAMPAÑA DE URQUIZA CONTRA ORIBE EN URUGUAY (1851) *

Causas de la campaña de Urquiza contra Oribe. — El pronunciamiento que contra el dictador Juan Manuel de Rosas efectúa el general Justo José de Urquiza el 1° de mayo de 1851, por razones económicas y políticas, ha de ser seguido de operaciones militares. La inferioridad inicial de medios guerreros de la coalición formada (Entre Ríos, Corrientes, gobierno de Montevideo y Brasil) impone a ésta impedir la reunión de las fuerzas de Oribe a las de Rosas o viceversa, batiendo a las más próximas, que son las que actúan en el estado Oriental, cuanto antes. Esto motiva la presente campaña contra Oribe.

Antecedentes del levantamiento de Urquiza. — El coronel Benjamín Virasoro, adicto a la política de Urquiza y subordinado de éste en varias campañas, fué exaltado al gobierno de su provincia, como se dijo, el 14 de diciembre de 1847. Poco después, el ejército federal la evacuaba.

*** Ver Croquis Op. Ia y Esbozo geográfico del litoral, pág. 39.**

El general Urquiza, dominando en la Mesopotamia, afirmó su prestigio y su poder — ya grande luego de su actuación en la república del Uruguay (ver V Parte, *e)* — y de tal suerte apareció como la personalidad política más fuerte de la Confederación, después de Rosas. Terminada su campaña en Corrientes, el gobernador de Entre Ríos se consagró a preparar un levantamiento contra el gobernador de Buenos Aires, cuya política absorbente consideraba perjudicial para el país. Esa absorción se mostraba especialmente en el aspecto económico, según lo apuntado en Causas de esta guerra. En efecto, Buenos Aires se beneficiaba para sí y en perjuicio de las demás provincias con el usufructo del puerto único en la importación, y dando preferencia en el comercio de exportación a sus productos, al otorgarles prioridad en la salida. Perjudicaba también, y particularmente a las demás provincias litorales, al imponer limitaciones a la navegación y comercio para su provecho en los grandes ríos mesopotámicos, tan ligados a la vida de esas provincias. En el comercio de Entre Ríos y Corrientes con Buenos Aires, pretendió pagar el remanente a favor de aquéllas con papeles de su banco, inconvertibles a metálico. Prohibió la extracción de la pólvora hacia Entre Ríos y ello por razones políticas. Y las reclamaciones de las damnificadas por estas preferencias y restricciones o fueron contestadas negativamente o con el silencio. Tampoco favoreció el dictador el comercio de Cuyo con Chile, ni el de las provincias del noroeste con Bolivia y Perú, y al contrario resultó dificultándolos. Todo esto había predispuesto en contra suya a los sectores económicos y a la misma masa popular, especialmente en la Mesopotamia. Desde el punto de vista político propiamente dicho, ya sabemos que Rosas mantiene el manejo de las relaciones exteriores desde hace muchos años en su mano; y en lo interno, conocemos también que se opone sistemáticameute al establecimiento de una constitución nacional, reclamada por la mayoría de la gente pensante del país.

Por lo antes expuesto, más que contra la persona del dictador, el pronunciamiento de Urquiza — que en seguida se produce — representa una de las tantas reacciones del interior contra Buenos Aires — fuera su gobierno unitario o federal — porque análogas causas de intereses, de posibilidades de vida y de bienestar, para aventar la miseria, le impelen a liberarse de las trabas que le opone la gran provincia.

Aleccionado el general entrerriano por los desastres militares anteriores de los adversarios de Rosas y conociendo las causas que los motivaron — que hemos mencionado —, se propuso evitarlas. Por esto, además de la asegurada cooperación de la indoblegable Corrientes, le pareció necesario ganar a su empresa a los gobernadores de las demás provincias, a los cuales informó, con anterioridad a su levantamiento, de sus intenciones y les pidió le secundaran, aunque fuera moralmente (abril de 1851). El Partido Colorado uruguayo también fué interesado, aunque él ya había buscado la unión con Urquiza desde tiempo atrás (1847); lo mismo que el gobierno de Brasil desde 1845, con los que se trató de una alianza. La cooperación de este último país — enemigo tradicional nuestro, hasta entonces — que en un principio "resiste horriblemente" Urquiza, fué finalmente incorporada al esfuerzo del litoral. Con relación a este último estado debe decirse que la política exterior de Rosas, que obraba como protector de la República Oriental y sostenedor del "presidente" Oribe, había producido varias incidencias, llegando las relaciones entre ambas naciones a una tirantez peligrosa, que culminó con la ruptura diplomática. El gobierno de Río de Janeiro, aparte de que temía el engrandecimiento argentino y el predominio político de Rosas, después de su éxito contra Francia e Inglaterra, y a quien se le atribuía la pretensión de reconstruir el anterior y gran virreinato del Río de la Plata, estaba interesado en mantener expeditas sus comunicaciones con Matto Grosso, como también

sus relaciones comerciales con el litoral, para lo que consideraba necesaria la libre navegación de los ríos interiores argentinos, a las que Rosas oponía limitaciones. En este último punto había, pues, coincidencia de intereses con las provincias litorales. La intervención de Brasil a favor de los orientales colorados perseguía también una propia ventaja de expansión territorial en la frontera sur ríograndense.

Debe recordarse que en momentos anteriores la energía y tenacidad de Rosas frente a la agresión de Inglaterra y Francia habían triunfado, ya que, ante los estériles sacrificios realizados por los aliados, éstos, y en particular Inglaterra, optaron por morigerar sus pretensiones, buscando pacíficamente la expansión de su comercio, firmándose en noviembre de 1849 un tratado de paz con Inglaterra, y en agosto de 1850 otro con Francia (V Parte, *e*). Rosas había obtenido así un completo éxito diplomático después de haber salvado con honor la dignidad y la independencia nacionales. Aparentemente su situación había mejorado mucho con esto , y como consecuencia de la anterior victoria de Vences, que le hacía figurar como autoridad única y general en el orden interno, en tanto que en el exterior sus enemigos políticos estaban reducidos a débiles núcleos de emigrados en Montevideo y Chile. Su doctrina americanista había logrado también adeptos en el país y fuera de él. Pero en 1851, el gobernador de Entre Ríos, gozando del prestigio y poder de la Mesopotamia, creyó llegado el momento de la rebelión desde antes acariciada, y en ocasión de una de las periódicas renuncias de Rosas al gobierno de Buenos Aires, corridos veinte años del encumbramiento de éste y a casi tres años y medio de Vences (setiembre de 1847), produjo el famoso pronunciamiento del 1° de mayo, por el cual su provincia aceptaba dicha renuncia y reasumía el ejercicio de los altos derechos y prerrogativas delegadas en Rosas provisionalmente en virtud del tratado del Cuadrilátero, quedando de hecho y de derecho en aptitud para entenderse directamente con los gobiernos de los demás países del mundo, hasta tanto que, reunido un Congreso General Constituyente de las provincias, fuera organizada definitivamente la república.

Sintetizando, el pronunciamiento de Urquiza es el de un federal del interior — el partido unitario había desaparecido en la emigración —, con fuerzas en su mayoría federales auténticas, contra un poder también de nombre federal, el de Rosas, para destruir el dominio de este último, ejercido especialmente en lo económico, ya que mantiene — por la preeminencia que asigna a Buenos Aires — casi en la miseria a todas las demás provincias, y las subyuga políticamente a la creencia personal de que aún es prematura la constitución orgánica del país, a pesar de haber transcurrido más de tres años del total aniquilamiento del enemigo con Vences. Subsidiariamente, también, y como consecuencia, el levantamiento es contra el empeño del gobernador de Buenos Aires de continuar resolviendo en política exterior según sus opiniones y conveniencias, aunque no puede decirse lo hiciera desatendiendo los superiores intereses nacionales, por lo contrario, según se verá en la V Parte, *c*) hasta *e*), de esta historia.

La situación hasta mediados de julio de 1851. — A fines de mayo cobraban efectividad los trabajos políticos previos de Urquiza y poco después se formaba una alianza con Brasil, el gobierno de Montevideo y los de Corrientes y Entre Ríos, para "afianzar la independencia y pacificar el territorio de la República Oriental del Uruguay", pero en realidad para remover a Rosas del gobierno de Buenos Aires, pues éste con sus poderosos medios, era quien mantenía principalmente la guerra en Uruguay, ayudando a Oribe. Se reconocía y garantía la independencia de Paraguay. Estaban, pues, nuevamente unidos con el extranjero los enemigos internos del dictador formando una poderosa coalición. En las

aguas, el dominio aliado sería incontrarrestable por el poder de la flota brasileña. Frente a sus adversarios en tierra, el gobernador de Buenos Aires cuenta con unos 26.000 hombres sobre las armas; algo más de la mitad de este número en Uruguay, a las órdenes de Oribe — el cual pide a Rosas autorización para pasar a Entre Ríos y batir a Urquiza, antes que terminara su preparación, lo que no se concede — y el resto, que podía ser transportado en apoyo de aquél, cerca de la ciudad de Buenos Aires. Además de estas fuerzas, puede movilizar milicias en cantidad mayor de 20.000 en Buenos Aires y Santa Fe, sin mucha demora.

Los coligados son inicialmente más débiles en tierra. Las tropas uruguayas sitiadas en Montevideo oscilan alrededor de los 4.000 combatientes — la mitad no apta para operar en campaña — y las de Entre Ríos y Corrientes, unos 15.000 hombres, casi todos de caballería, los que, sumados a aquéllos, están lejos de poder enfrentarse con las de Rosas y Oribe reunidas. Urquiza no puede contar con los brasileños en el primer momento, porque los elementos de éstos deben ser transportados y organizados en Río Grande del Sur, y de allí proseguir al teatro de operaciones.

Estratégicamente el triunfo de Urquiza reposa por consiguiente en una rápida y sorpresiva acción contra las fuerzas de Oribe, subdivididas como están, antes que pueda hacerse sentir el poder de las de Buenos Aires, y vencerlas, para volverse contra éstas, ya reunidas a las tropas urquicistas, las de los brasileños, que cuentan con infantería muy importante, es decir, operar por líneas interiores. En cuanto al ejército de Oribe estaba distribuído en varios grupos, uno en cada una de las fronteras de Río Grande del Sur (1.000 hombres) y de Entre Ríos (1.500), otro sitiando a Montevideo (8.000) y el resto en una posición central en condiciones de concurrir donde fuera necesario y conveniente (2.500 hombres).

La invasión a Uruguay. — En la situación general esbozada y sin la cooperación terrestre imperial, una vez que dejó asegurada la provincia de Entre Ríos, es decir, sus comunicaciones, con un ejército de 7.500 hombres, al mando del general Benjamín Virasoro, que tenía como línea de protección el gran río Paraná, el general aliado pudo ya operar. Así, a mediados de julio de 1851 Urquiza realizaba la penetración al territorio Oriental a través del río Uruguay, con 6.000 entrerrianos y 1.500 correntinos, pasando frente a Paysandú y en dos lugares aguas arriba de este punto (pasos Hervidero e Higo) con tres agrupaciones.

Desde el 1° de mayo, momento del pronunciamiento de Urquiza, hasta mediados de julio, en que éste invadió Uruguay, es decir, durante más de dos meses, ni Rosas ni Oribe, tomaron ninguna disposición del orden de una ofensiva estratégica, combinando sus esfuerzos, antes que los brasileños pudieran hacer sentir su poderosa presencia en tierra y en el río de la Plata. Rosas tenía sus muy importantes fuerzas, disponibles y a mano — ya mencionadas —, en condiciones de ser transportadas en seguida a las costas uruguayas para unirlas a las de Oribe total o parcialmente. Mas, considerando tal vez que su enérgico lugarteniente con los poderosos medios de que dispone, podrá salir bien como tantas veces, en este caso frente a Urquiza — lo que es erróneo, porque nunca se es demasiado fuerte en el lugar de la decisión — o cuidando de su seguridad inmediata o temiendo traiciones o defecciones, no se desprendió de ellas y dejó a Oribe librado a su suerte. Pudo también, resolviendo prontamente — si no quería debilitar su base de operaciones mandando refuerzos a Oribe — hacer transportar, por lo menos, las fuerzas argentinas de Oribe a Buenos Aires, constituyendo con el conjunto un poderosísimo ejército de tropas veteranas, en el centro vital argentino. Pero no procedió en una ni otra forma. Estuvo irresoluto; también

Oribe. En éste, tan emprendedor en otras campañas, llama la atención, pues si no obraba estratégicamente, como se acaba de decir, debió llevar la masa del ejército a un punto más cercano a la frontera de invasión. Llegada la escuadra brasileña al Plata, ninguna reunión de las tropas disponibles para la batalla decisiva — cuyo es el arte esencial de la conducción — fué posible, y en la separación de dichas tropas radicó la razón principal del fracaso estratégico general, su destrucción sucesiva. Las actitudes ofensivas, por otra parte, levantan la moral y la confianza de las tropas, e imponen la ley al adversario; las defensivas muchas veces las deprimen, dan inpresión de debilidad, de supeditación, y ello en cualquiera de los campos, estratégico, operativo o táctico. En el caso que tratamos, el enemigo no es superior para que se justifique la defensa estratégica.

La realizada empresa del pasaje del río Uruguay con 7.500 hombres hubiera sido muy difícil para Urquiza con enemigo al frente, si el general invasor no hubiera unido a sus actividades militares previas, las de carácter político, también previas, como en otras oportunidades ya reseñadas, tendientes a volcar a su causa a los subordinados más importantes de Oribe. Y en esto tuvo éxito otra vez, pues varios jefes, y entre ellos el encargado de la protección de la línea del río Uruguay, general Servando Gómez, y sus subordinados principales, que habían acogido favorablemente las proposiciones de Urquiza — pasadas por intermedio del muy prestigioso general uruguayo Eugenio Garzón — facilitaron la penetración, y las fuerzas invasoras acrecentaron su poder con éstos y otros núcleos del enemigo, que luego cambiaron de partido, aportando además numerosas caballadas de repuesto.

Terminado el pasaje de sus 7.500 hombres el 28 de julio y partiendo el mismo 28 de Paysandú, el 2 de agosto, la vanguardia urquicista, en avance recto al este, tomaba contacto con las fuerzas de Ignacio Oribe, adelantadas sobre el arroyo Malo, tras marchas rápidas, aunque penosas, bajo lluvias torrenciales [1]. Dichas fuerzas enemigas se replegaron para reunirse al grueso al sur del río Negro, en forma casi de huída, en vista de la superioridad y rapidez de movimientos del enemigo, para no ser atrapadas contra el importante río, no obstante lo cual dejaron en poder de aquél seis mil caballos, carretas, bueyes, etc.

En estos días de agosto el gobierno de Montevideo rompía el armisticio celebrado en mayo de 1849 con Oribe, que mandaba las fuerzas sitiadoras; el 18 Rosas declaraba la guerra a Brasil y el 21 la escuadra de este país dominaba el Plata. El 27 pasaba también Urquiza el río Negro crecido, sin esperar a los brasileños, atrasados en la reunión convenida por falta de medios de movilidad, siguiendo hacia el campamento enemigo en el arroyo de la Virgen (afluente del Santa Lucía).

¿Cuál era la situación en ese momento? Las fuerzas con que ahora cuenta el general Manuel Oribe, luego de las defecciones apuntadas y de las deserciones de las fuerzas de su hermano Ignacio, alcanzaban a unos 10.000 hombres, en gran proporción de infantería con artillería, es decir, de solidez táctica, pero pesadas, y por consiguiente lentas operativamente, además de adormecidas, hastiadas y deprimidas moralmente por un sitio infecundo de ocho años frente a Montevideo, al que muchas unidades habían llegado con sus hombres desde el comienzo, sin haber tenido en todo ese tiempo los alicientes de un ascenso, ni del amor en ninguna de sus formas, viviendo permanentemente en el lugar, sin techo en que guarecerse, y luchando. Esas tropas de hombres avejentados debían enfrentar al ejército de Urquiza, casi exclusivamente de caballería sobresaliente, por bien montada, maniobrera, de hombres espiritual y físicamente fuertes y de moral elevada, esto último, por los triunfos en el mismo

[1] Procedimiento distinto al de Echagüe en 1839 y de Oribe en 1843, que produjo la derrota del primero en Cagancha, y el fracaso del segundo frente a Montevideo, es decir, por la lentitud para operar.

Uruguay y en Corrientes, tiempo atrás, y los recientes éxitos sobre Oribe al cambiar de causa algunos de los mejores subalternos de éste.

Capitulación del Pantanoso. — Perdido gran parte del territorio de la campaña uruguaya, sin haberse buscado con la masa una batalla sobre el río Uruguay, carente ahora de tropas móviles y caballadas, bloqueadas las costas sobre el Plata, ocupado Montevideo y reforzado el enemigo con tropas oribistas que le redondearon unas 9.000 plazas, no había para el ejército de Oribe posibilidades de subsistir por mucho tiempo, pues la caballería que quisiera conseguir ganado, etc., de consumo, sería acuchillada por la entrerriana, muy superior y mejor montada, salvo obteniendo una victoria decisiva o un apoyo inmediato de Rosas; lo último ya imposible; y lo primero sin perspectivas, porque el enemigo podía eludir en territorio Oriental, si lo creía conveniente y necesario, esa lucha decisiva, debido a su mucha mayor movilidad operativa, haciéndole de paso el vacio en la campaña y hostilizándolo de día y de noche, hasta la llegada del ejército brasileño, en avance ahora hacia Montevideo, con 16.000 hombres (7.000 infantes, 9.000 jinetes y 32 cañones), momento en que la superioridad aliada sería abrumadora. En esta difícil situación, Oribe, sorprendido como estaba por el secreto de las operaciones iniciales del pasaje, por la audacia y rapidez operativa de Urquiza, y desalentado por las continuas defecciones y deserciones, no atina ni siquiera a tomar una resolución enérgica: atacarlo, pues, aunque en un momento dispuso librar la batalla y para ello avanzó en auxilio de su hermano a mediados de agosto, luego optó por retirarse con todo el ejército a la línea del sitio de Montevideo, desde arroyo de la Virgen. Era posible que en esta ofensiva el enemigo aceptara la lucha y aunque difícilmente hubiera podido infligirle una derrota aniquiladora, dada la facilidad de desprendimiento que Urquiza tenía, algo efectivo podía realizar y siempre más honroso que una capitulación a discreción, sin combate. Con la retirada, en que fué acosado, aumentaron las deserciones, llegando en pésimas condiciones a su destino, al que llegó también su adversario, quien lo acorraló contra el río. Poco después, a raíz de la capitulación del Pantanoso, Oribe entregaba su ejército a discreción, frente a la imposibilidad de emprender operaciones favorables y calculando que con el correr de los días menos podría realizarlas, bloqueado y con la perspectiva de la incorporación casi inmediata de los brasileños a Urquiza. Un transporte por agua, que bubiera sido salvador, no era realizable debido al dominio del Plata ejercido por la escuadra enemiga. Las tropas orientales de Oribe pasaron a depender del gobierno de Montevideo y las del contingente argentino al ejército de Urquiza en el campamento del Pantanoso, del cual, sin embargo, muchos jefes argentinos habían ya escapado en un buque inglés.

Así terminó un poderoso ejército de 14.000 hombres, reducido a 7.000, sin haber ofrecido ningún combate de importancia, debido, por un lado, a la actividad política, la audacia y la presteza operativa de Urquiza, que empieza la campaña con sólo 7.500 y por el otro, a la indecisión y pasividad de Oribe, abocado en el último momento a una situación militar muy difícil.

Las fuerzas brasileñas llegaban entre tanto, sin haber tenido que combatir, a las orillas del Yí, prosiguiendo luego hasta Colonia.

Consecuencias. — Con la eliminación total del ejército enemigo de la Banda Oriental y libre Montevideo de un sitio de casi diez años, Urquiza había terminado la primera parte de su plan estratégico, muy rápida y oportunamente (ochenta días). Quedaba ahora Rosas librado a sus solas fuerzas y a las de las restantes provincias no levantadas contra él, mientras que los aliados, aparte de haber aumentado las suyas con unidades pa-

sadas y las argentinas de Oribe, incorporadas después del Pantanoso, podían ya contar con la cooperación del ejército brasileño.

La lucha entre colorados y blancos en la Banda Oriental terminaba también por el momento; Urquiza declaraba que allí no había vencidos ni vencedores.

CAPITULO XXII

CAMPAÑA DE URQUIZA CONTRA ROSAS EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES (1851-1852) *

La preparación de la invasión a Buenos Aires. — Terminada su campaña en Uruguay, el 30 de octubre de 1851 Urquiza se dirigió a Entre Ríos para organizar la próxima a la provincia de Buenos Aires, y el mismo día salían las primeras unidades embarcadas hacia Gualeguaychú, desde donde seguirían a pie a Diamante, lugar elegido como zona para la nueva concentración.

En un nuevo convenio — secreto — firmado el 21 de noviembre de 1851, entre los aliados signatarios del de mayo, se estipulaba el compromiso de no dejar las armas hasta no haber depuesto al gobernador de Buenos Aires.

El llamado "Ejército Grande Libertador" estaría compuesto por las fuerzas de Entre Ríos y Corrientes, como parte principal, y contingentes de Brasil y Uruguay, como "meros auxiliares"; éstos de menor cuantía. La escuadra brasileña cooperaría en las operaciones y el grueso imperial — 12.000 hombres — quedaría como reserva estratégica en la Banda Oriental. Brasil ayudaría financieramente la campaña con 500.000 pesos. Urquiza se comprometía a interponer su influencia para que se acordase la libre navegación de los ríos interiores y se reconociera la independencia de Paraguay.

Tonelero. — Para efectuar el transporte a lo largo del Paraná, como para la cooperación de la escuadra en cualquier otra operación, era necesario forzar el pasaje en el Tonelero, lugar fortificado y guarnecido por Rosas al norte de San Pedro con un destacamento de las tres armas, bajo el mando del general Mansilla. El 17 de diciembre de 1851, la escuadra brasileña, compuesta de once barcos, llevando a bordo su primera división de ejército, hallábase a la vista de la fortificación mencionada, que contaba con dieciséis cañones de distinto calibre y su servicio, dos batallones y un escuadrón de caballería, en total 1.500 hombres.

A eso de las 12, cuando el barco cabeza alcanzaba el emplazamiento de la tercera pieza rival, éstas abrieron el fuego a una distancia no mayor de 400 metros. Los barcos imperiales contestaron el fuego con sus sesenta cañones y con los fusileros de a bordo, parapetados detrás de las bordas. Bajo esta protección y al cabo de una hora, los buques habían forzado el paso con pérdidas insignificantes, a pesar de haberse efectuado en pleno día y tras el cambio de unos 800 proyectiles de cañón. Más fácil fué aún el pasaje frente

---

*** Ver Croquis Op. Ic y Esbozo geográfico del litoral, pág. 39.**

a Rosario, donde el canal corre casi pegado a la orilla y desde la cual no se le hizo fuego de fusil por parte de infantería y caballería desmontada rosistas, allí situadas. Tal disposición de los santafecinos se confirmó días después cuando el ejército realizó el pasaje frente a Diamante.

Las fuerzas de los beligerantes. — Para la segunda quincena de diciembre la concentración del ejército aliado podía considerarse terminada, contando unas 28.000 plazas, pertenecientes: 10.670 a Entre Ríos — ésta había aumentado sus efectivos con un nuevo llamado de milicias —, 5.260 correntinos, 4.249 de los de Buenos Aires, incorporados en el Pantanoso, 1.671 del contingente oriental y 4.040 del brasileño. En estas fuerzas predominaba la caballería, pues del total, 16.700 eran jinetes, con más de 50.000 caballos, y sólo 7.850 infantes (18 batallones), sin contar la tripulación de los barcos. Aparecía como el más importante ejército constituído hasta entonces en los teatros de guerra sudamericanos.

Las fuerzas de Rosas eran de un efectivo algo superior y equivalentes teóricamente en valor. En la provincia de Santa Fe y norte de la de Buenos Aires disponía de la división norte de 7.500 plazas; entre Guardia de Luján (hoy Mercedes) y Rojas, otros 5.800; entre Palermo y Santos Lugares 12.700 veteranos; y en el sur de la provincia 2.800 de la división sur. Para la defensa de la ciudad podía movilizar unos 10.000 milicianos de esta misma. Descontada esta última cantidad, no apta para operar, el total alcanzaba a unos 29.000 hombres, con abundante artillería. Con ellos, reunidos a tiempo y hacia la dirección más conveniente, con un buen conductor, podía Rosas adoptar una actitud ofensiva con muchas probabilidades de éxito. Hay que expresar que las provincias del centro y oeste podían concurrir también con unos 10.000 hombres, mas algo después.

Pero frente a las actividades desplegadas y fructuosas operaciones de Urquiza en Uruguay y su reunión en Diamante, el forzamiento del Tonelero, etc., Rosas mantuvo sus tropas inactivas y sin comando visible durante todo el tiempo transcurrido después del Pantanoso, sin contar que el período anterior también lo había perdido en igual inactividad; extraño esto en hombre tan resuelto, como extraña había sido igual parálisis resolutiva en Oribe. En esta situación, orientado sobre la dirección del avance enemigo, ya desde que Virasoro se situó en Diamante en julio, y confirmado después (cuando Urquiza concentra en el mismo lugar), de que por allí efectuaría éste el pasaje en una operación lenta, dada la magnitud del obstáculo, debió por lo menos disputárselo desde la costa santafecina, contando con muchas probabilidades de triunfo, pero para ello debía mover a tiempo la masa de sus fuerzas hacia el norte. Buenos Aires ciudad podía y sabría defenderse con sus solos medios ante empresas menores, como lo había hecho contra los ingleses y las fuerzas del litoral — vencedoras éstas varias veces en la campaña — que, según hemos visto, no se animaron a atacarla a fondo nunca, en atención a su poder defensivo. Tampoco Rosas produjo una movilización, organización e instrucción oportunas de las milicias de Buenos Aires y su campaña, que compensara la pérdida de los veteranos de Oribe, pues sólo a mitad de noviembre de 1851 se ordenó la movilización y organización de algunos regimientos de milicias y el enrolamiento de todos los ciudadanos capaces en la campaña.

El pasaje del Paraná por el ejército aliado. — El plan de campaña aliado tenía en vista, como medida previa, la ocupación de la provincia de Santa Fe, que debía servir de base de operaciones del ejército en su prosecución hacia Buenos Aires. El 23 de diciembre de 1851, una vanguardia de 5.000 jinetes atravesaba el río Paraná en Diamante (Punta Gorda), lugar utilizado también por Ramírez en 1821 y por Lavalle en 1840. Este curso de

agua tiene allí gran profundidad y un ancho de menos de 1.000 metros en bajante, estando poblado de islas y presentándose la orilla derecha baja y anegadiza y surcada por riachos en un ancho de 20 Km. antes de llegar a tierra firme. Aun sin la presencia del enemigo era por ello una operación seria para un ejército tan grande. Pero ya se habían preparado con tiempo los medios de transbordo, que lo eran varios vapores brasileños, uno oriental, algunos barquichuelos y tres lanchas, capaces éstas últimas de cargar 100 caballos cada una, construídas bajo la dirección del ex gobernador de Corrientes general Pedro Ferré. También se habían hecho obras para facilitar el atraque y el embarque de las unidades.

El franqueo se realizó simultáneamente por varios puntos, siendo el primer escalón destinado a formar la cabeza de transbordo, constituído por tropas mixtas. El día 24, una división de caballería correntina, pidió pasar a nado el río y luego otras entrerrianas hicieron lo propio en puja de coraje y habilidad, acelerando el pasaje y ofreciendo un espectáculo grandioso que a la vez denotaba la capacidad operativa de la caballería argentina.

Las débiles tropas rosistas de Santa Fe, al mando de su gobernador Echagüe — que había pedido refuerzos a Pacheco, no concedidos — situadas cerca del lugar de pasaje, en Coronda, no opusieron ninguna resistencia, plegándose más bien al enemigo un importante contingente de ellas y retirándose el resto bacia Buenos Aires por la pampa, perdiendo todavía más hombres de los 1.000 que eran. El mismo 24, un destacamento, a órdenes del coronel Francia había ocupado la ciudad de Santa Fe, sin resistencia, habiéndose plegado a él las milicias (cívicos) de la localidad. Cuatro días después pasaba lo mismo en Rosario. Resultado también de la política de seducción de Urquiza. Cuando el general aliado comprobó que la situación en Santa Fe respondía a sus planes, dispuso que la caballería marchara por tierra y el resto del ejército fuera transportado por agua, con la cooperación de la escuadra brasileña, a Espinillo (20 Km. al noroeste de Rosario), evitando con esto una larga marcha por tierra en una zona difícil a gran parte de sus tropas, especialmente a la infantería y artillería.

El avance por tierra en Santa Fe. — En Espinillo estuvo reunido todo el ejército el 8 de enero de 1852 y Urquiza le dió una nueva formación en grandes unidades. Toda la caballería fué dispuesta en seis divisiones y la infantería en tres (la argentina, la brasileña y la oriental), a las que quedó subordinada la artillería, según su origen. Protegería al grueso la caballería adelantada en el arroyo Pavón, con sus patrullas de exploración sobre el arroyo del Medio. Durante el período referido — el 10 de enero — se sublevó en Espinillo la división Aquino, formada por unos 500 hombres, en su mayoría porteños, pertenecientes a las tropas que fueron de Oribe, y que habían sido incorporadas al ejército aliado. La tropa mató a sus jefes y a los oficiales unitarios, huyendo e incorporándose al ejército de Rosas en Santo Lugares. Antes, el 8 de enero, habían desertado 80 hombres de la división Hornos.

Urquiza inició el 15 de enero la marcha en avance general y el 18 alcanzaba el arroyo del Medio, que su vanguardia había franqueado en días anteriores. El 12 la villa de San Nicolás se había declarado a favor de los aliados. Simultáneamente Juan Pablo López sorpreudía con su división en Loma Negra (cerca de Rojas) a una agrupación enemiga de 800 hombres poniéndola en fuga, luego de ocasionarle algunas bajas.

La inactividad rosista. — En cuanto a Rosas, ya sabemos que nada hizo para evitar la anulación total de Oribe, ni para impedir la reunión de las fuerzas en Diamante, ni su pasaje al oeste del Paraná, ni su avance hasta Espinillo, ni últimamente su prosecución bacia el sur de Santa Fe, manteniendo sus 9.000 jinetes en la distribución antes mencionada.

No aceptó los planes de sus colaboradores más calificados — como Chilabert — que, aunque respondiendo ahora a un espíritu defensivo indebido [1], pero concordante con el del dictador, hubieran sido de más eficacia que la pasividad de éste. Creyó tal vez que esta ofensiva terminaría como las anteriores con una derrota en la batalla, en esta oportunidad a las puertas de Buenos Aires, pero sin inquietarse bastante ni tomar providencias oportunas a ese fin, cortando por lo sano [2] las desavenencias demostradas por sus dos comandantes superiores, Pacheco y Lagos. Contra su costumbre habitual, en esta ocasión Rosas no entregó sus poderosas fuerzas a uno de sus generales para que las condujera según su ciencia y conciencia y empeñara la batalla lejos de la capital, sino que retuvo la masa en sus manos para realizar en persona en el último momento, apremiado, la dirección de la batalla, en las proximidades de la ciudad. A esto contribuyó tal vez el temor de las defecciones que habían acaecido a Oribe, y en los últimos días a la especie (que se encargó por varios medios de propalar Urquiza) de que el general Pacheco — el general que el jefe entrerriano reputaba como el más capaz de los rosistas — estaba con él en connivencia para pasarse a su bando. Con esta desconfianza, Rosas actuaba temeroso y cohibido, sin dar a este general, — probado como muy apto, según lo hemos visto — la debida autorización e independencia de procederes, y, pasando sobre su autoridad, ordenaba directamente a Lagos. Este se puso en pugna con Pacheco, el que en reiteradas ocasiones pidió su propio relevo a Rosas, cuando el enemigo ya pisaba la provincia de Buenos Aires, no siéndole aceptado por el gobernador.

Contentóse Rosas con disponer medidas para retardar y dificultar el avance del adversario, retirando los recursos de la dirección en que creía que éste avanzaría, pensando ofrecerle lucha cuando se acercara a la capital. De acuerdo con estos propósitos el coronel Hilario Lagos, mandando la división norte, en calidad de vanguardia operativa, con 7.000 jinetes, desde la línea del arroyo del Medio, tenía por misión bostilizar al enemigo y retirarle los ganados y caballadas de esa zona, incendiando los campos e inutilizando las aguadas.

Pacheco en su carácter de comandante en jefe de los departamentos del ceutro y norte y de las vanguardias, se estableció a mediados de diciembre con un ejército de observación, de unos 6.000 hombres, en Guardia de Luján (boy Mercedes) para sostener a Lagos, que le estaba subordinado. Frente al adversario ambos debían retirarse hacia la capital y hasta el puente de Márquez. Hacia ese punto debía también concurrir el grueso rosista, unas 13.000 plazas, para empeñar posiblemente la batalla decisiva.

El ejército aliado en territorio bonaerense. — Desde arroyo del Medio el ejército invasor siguió un camino que, apartándose de la orilla del Paraná, pasa por Pergamino y en un amplio arco de círculo rodea la ciudad de Buenos Aires. Las razones para abandonar el camino de la costa del gran río, más corto en unos 100 Km., que permitía la cooperación inmediata de la escuadra brasileña y ofrecía una línea de comunicaciones y de retirada más directa — factores todos muy de tener en cuenta —, eran que en esa dirección no se obtendría fácil aguada, ya que las barrancas del río eran muy altas y no daban acceso, y no habían

---

[1] Antes había propuesto Chilabert una ofensiva de Oribe con una invasión del ejército de Buenos Aires, ambas a Entre Ríos.

[2] Es sabido que los generales envejecen pronto en las campañas militares y que muchos pierden condiciones para la conducción. En la conducción política ocurre algo semejante. No es de extrañar pues, que Rosas, que sólo iba a cumplir 59 años, estuviera declinando en su contextura física, en su voluntad y aun en su vigor mental, como consecuencia del trabajo personal agotador a que se vió sometido, frente a los arduos problemas políticos, militares, financieros, económicos, etc., en el lapso de 25 años de su actuación, especialmente en las lucbas continuadas casi de las contiendas internas e internacionales.

pastos — sólo trébol acre y cardos gigantes, no apropiados para el ganado — ni recursos, porque el enemigo había hecho un desierto en ese rumbo. En cambio, en las inmediaciones de la dirección circundante elegida existían varias lagunas, y abundantes pastos y ganado de consumo y militar para tan grandes efectivos, y se podía desde ella impedir la concurrencia de recursos a Rosas procedentes del oeste, a la vez que cortarle una eventual retirada hacia el sur de la provincia.

En el avance por la ruta expresada no encontró el grueso del ejército aliado ninguna resistencia, puesto que la caballería rosista, al mando de Lagos, no fué autorizada por Pacheco para retardar el avance del ejército enemigo. Sin días de descanso, ni oposición, pues, aunque con la antipatía de los pobladores, en marchas con un sol abrasador, Urquiza en persona, con la vanguardia, alcanzaba Chivilcoy el 26, Luján el 29 y el río de las Conchas en los campos de Alvarez el 30 de enero de 1852. Su apuro respondía a evitar que Rosas pudiera abandonar la capital y sustraerse a una batalla inmediata dirigiéndose con sus fuerzas hacia el sur de la provincia.

Puente de Márquez. — En este mes de enero habíanse ido concentrando en Santos Lugares las fuerzas rosistas de la ciudad y campaña. La capital, con la guardia nacional y territorial convocadas en número de más de 12.000 hombres, no fué sin embargo fortificada. El 26 de enero Pacheco se había retirado de Guardia de Luján al puente de Márquez. Con el retroceso continuado y los pequeños contratiempos sufridos, se había empezado a desmoralizar la tropa, en tanto que las divergencias entre Lagos y Pacheco persistían sindicado éste cada vez más como prouto a defeccionar. De allí pasó Pacheco a Santos Lugares, siendo reemplazado en su comando por Lagos, que, con unos 3.500 hombres, cerraba el paso del citado puente [3]. En él se dispuso el general aliado a atacarlo el 31 con sólo 3.000 jinetes — parte de la vanguardia —, al mando de Juan Pablo López. El encuentro fué favorable a éste, pues las fuerzas de Rosas no pudieron sostener la violencia del choque adversario, debiendo retirarse a través del río de las Conchas hacia el grueso del ejército sin ser perseguidas. Más de 200 fueron los muertos y otros tantos los prisioneros rosistas, sin contar los dispersos, y 4.000 los caballos capturados, y mucho el armamento tomado. Los entrerrianos fueron quienes más prisioneros hicieron, boleándoles los caballos.

Caseros. — (Croquis 26, entre págs. 472 y 473). Urquiza no consideró prudente avanzar con sólo la vanguardia vencedora al otro lado del obstáculo. Prefirió esperar la llegada del grueso para continuar después con todo el ejército, y presentar combate al enemigo. El 1° de febrero el grueso reuníase a la vanguardia sobre el río de las Conchas.

Rosas, mientras tanto, habíase limitado a concentrar en Santos Lugares su caballería dispersa y las tropas que acantonaban en Palermo, logrando disponer para la batalla inmineute 23.000 hombres (10.000 infantes, 12.000 jinetes, etc.), de ellos muchos soldados novicios, 56 piezas y 4 coheteras. Sólo Santa Fe tenía entre esos efectivos algún contingente, no así las demás provincias. La primera intención de Rosas había sido oponerse al franqueo del río de las Conchas, pero más tarde desistió de esa idea, resolviendo ocupar en las inmediaciones del campamento de Santos Lugares, una posición que, topográficamente, muy poco acrecentaba el poder de la defensa que pensaba realizar. Ella era perpendicular al arroyo Morón, que quedaba a su derecha. El gobernador había desechado antes dos planes de Chilabert, el primero, de defenderse con la infantería, la artillería y alguna caballería en los suburbios de Buenos Aires, mientras la masa de la caballería actuaría contra la retaguardia enemiga; y el segundo de tomar posición en las alturas paralelas al arroyo Morón.

En una línea continua, con la derecha apoyada en la casa y en el palomar de Caseros, Rosas — conforme a una junta de guerra del 2 — había desplegado sus tropas en la formación típica de la época, dejando como reserva general sólo dos divisiones de caballería (coroneles Sosa y Bustos; en conjunto 2.000 jinetes) cerca del ala apoyada, en vez de colocarla en la libre, error grave en una defensa.

El 2 de febrero el ejército aliado atravesaba el río de las Conchas para aproximarse al enemigo. El avance no encontró tropiezos hasta alcanzar el arroyo Morón, en cuya margen occidental y a la vista de la posición defensiva, el general Urquiza desplegó sus tropas paralelamente al arroyo. Al resolverse por esta medida, la intención era no pasar al otro lado del obstáculo hasta haber reconocido el terreno y la posición enemiga (como en Vences), poniéndose mientras en situación de resistir al adversario, si éste resolvía salir de su inacción para atacar. Pero Rosas no había pensado cambiar de actitud, dispuesto como estaba a esperar el ataque aliado en la posición que él debió considerar sumamente fuerte.

En la mañana del 3 de febrero, Urquiza, luego de una marcha de flanco, pasaba con sus tropas el arroyo Morón, de cauce cenagoso, utilizando un pequeño puente situado fuera del radio de acción de los fuegos artilleros de la posición enemiga. A medida que las unidades atravesaban el obstáculo, se corrían hacia el este y tomaban la colocación para el combate que les determinaba el comandante en jefe. Las fuerzas de Buenos Aires no intentaron tampoco oponerse al temerario pasaje del arroyo ni a que Urquiza estableciera su dispositivo tranquilamente (ver croquis). Desplegado su ejército, donde no aparece una reserva de infantería, e impartidas a las diferentes unidades las misiones que debían llenar en el combate, y ante el fuego de artillería, aunque ineficaz, del enemigo, el general aliado iniciaba personalmente el ataque con las cuatro grandes divisiones de caballería del ala derecha (10.000 jinetes y centro de gravedad), cuya dirección habíase reservado. La débil caballería del ala izquierda de Rosas, a órdenes del coronel Lagos (2.000 lanceros), ya vencida en Puente de Márquez, no pudo resistir el choque de fuerzas tan superiores; tampoco pudo restablecer el equilibrio la entrada en acción de los dos divisiones de la reserva que oportunamente acudieron en apoyo de Lagos y eso que la división aliada de Lamadrid, desviada por error de éste, del lugar del ataque, no intervino en el combate, aquí [4]. El encuentro resolvíase así en esta parte a favor de los aliados, cuya caballería inició una tenaz persecución de los escuadrones desbandados que se retiraban en dirección a la capital. Mientras esto ocurría, las demás partes de la línea de ataque vieron llegar el momento oportuno de entrar en acción. Las primeras fuerzas en moverse fueron la división Oriental

[3] En esta misma zona Rosas y Estanislao López se habían impuesto a Lavalle en 1829 (ver *Guerra civil en el interior*, Cap. IV).

[4] Esta es la última actuación guerrera del general Gregorio Aráoz de Lamadrid, quien fallece en 1857. Este oficial de caballería fué el símbolo del valor temerario; primero en el peligro; primero en las privaciones; primero en las fatigas; y primero en el cariño a sus hombres; éstos le siguen a donde los lleva. Desconocía el miedo y tenía un arrojo fantástico y un ánimo siempre fogoso. Se lanzaba al combate ciegamente sin reparo en el número de los enemigos, pero sin acordarse a veces del mando de sus fuerzas. «No existe entre los patriotas ni entre los españoles un oficial que se le parezca», dice un general español de la época. No es sin embargo una figura cumbre de nuestras guerras, por su ilustración, sus concepciones estratégicas ni tácticas ni por la ejecución de ellas; en una palabra no tiene las condiciones requeridas en un comandante en jefe. Por eso exprésase de él que no fué una cabeza — lo tenemos visto —, pero sí un brazo de pujante energía. Nunca se rindió en sus derrotas. Acribillado de heridas en Rincón, delirando, exclamaba: ¡No me rindo! Participó en más de cien combates comprendidos los de la guerra de la independencia y los de las civiles.

y la brigada Rivero, que en columnas de ataque avanzaron contra la posición. La división brasileña, colocada entre estas dos unidades, se conservó en su puesto, tal vez porque su comandante creyó que aún no había llegado el momento de atacar. La brigada Rivero suspendía al poco tiempo su avance en espera de que las tropas brasileñas saliesen de su inacción y se le pusieran a la par. La división Oriental, en cambio, acompañada por la división de caballería Urdinarrain, avanzó contra la extrema derecha de la posición enemiga: la casa de Caseros. Una vez que hubo llegado a la misma altura y en la prolongación de dicha ala, la infantería hizo alto, y con una conversión a la derecha dió frente al martillo que la posición formaba en este punto; a su izquierda se colocó Urdinarrain.

El brigadier marqués de Souza, comprobando que la acción de las tropas citadas resultaría estéril, si no era apoyada oportunamente, impartió órdenes para que las suyas atacasen; una de sus brigadas debía acudir en apoyo de la división Oriental, avanzando sobre la casa de Caseros; el Palomar sería el objetivo de la segunda; mientras la tercera secundaría la acción de la brigada Rivero, llevando el ataque a su frente.

Generalizado así el combate en toda la línea, cuando ya el ala izquierda de Rosas había sido derrotada, dejando descubierto el flanco de la infantería, la batalla no tardaba en decidirse a favor de los aliados. El ataque combinado de orientales y brasileños contra el sector A (ala derecha) de la posición, obtenía pleno éxito, a pesar de la tenacidad con que los defensores se sostuvieron en los dos reductos en que habían transformado la casa y el palomar; aquí el enemigo finalmente huyó dejando la artillería. Idéntico resultado alcanzaba el atacante sobre el resto del frente, donde la defensa fué débil, desbandándose la infantería de Rosas al primer choque de las columnas atacantes, sin que la resistencia prolongada de la brigada Díaz y de la gran batería del coronel Chilabert, que consumió toda la munición, tuviese la virtud de mejorar la situación de los defensores, frente a la convergencia de los esfuerzos de los vencedores contra ellas.

Producida la derrota completa de su ejército, Rosas se alejaba precipitadamente del campo de batalla en dirección a Buenos Aires, buscando refugio ese mismo día en un buque británico surto en el puerto.

La persecución se realizó hasta Palermo. La mayor parte de la infantería y artillería de Rosas quedaba prisionera y la caballería huía en todas direcciones. Al final estaban en manos del vencedor: 7.000 prisioneros, todo el armamento menor, 56 piezas de artillería, el parque, las caballadas y el convoy. De los prisioneros los "que habían pertenecido a la división Aquino fueron degollados y sus cadáveres exhibidos colgados en hilera a lo largo del camino". Chilabert, prisionero también, fué fusilado sin juicio previo. Se calcularon en 600 los muertos y heridos aliados y en 1.500 los de los vencidos. Debe comprenderse esta batalla entre las de aniquilamiento absoluto. El 4 de febrero los triunfadores avanzaban sobre Buenos Aires.

Consideraciones. — El éxito alcanzado por el ejército aliado a los 40 días de cruzar el río Paraná en Diamante, reconoce entre otras muchas — algunas ya mencionadas —, estas causas fundamentales:

La unidad de acción impuesta por Urquiza, no sólo en la conducción de las operaciones militares, sino también en la relación que durante la campaña debía existir entre la política y la guerra, evitando caer en los errores que contribuyeron a los fracasos anteriores frente a Rosas. En efecto, las dificultades que debieron sufrir Lavalle en 1840 y Paz en 1841, opuestas por el gobernador de Corrientes, Ferré, y en 1846 también Paz por Madariaga, y la intromisión de esas autoridades políticas en la conducción realizada por dichos generales, impidiéndoles seguir las operaciones según las conveniencias estratégicas,

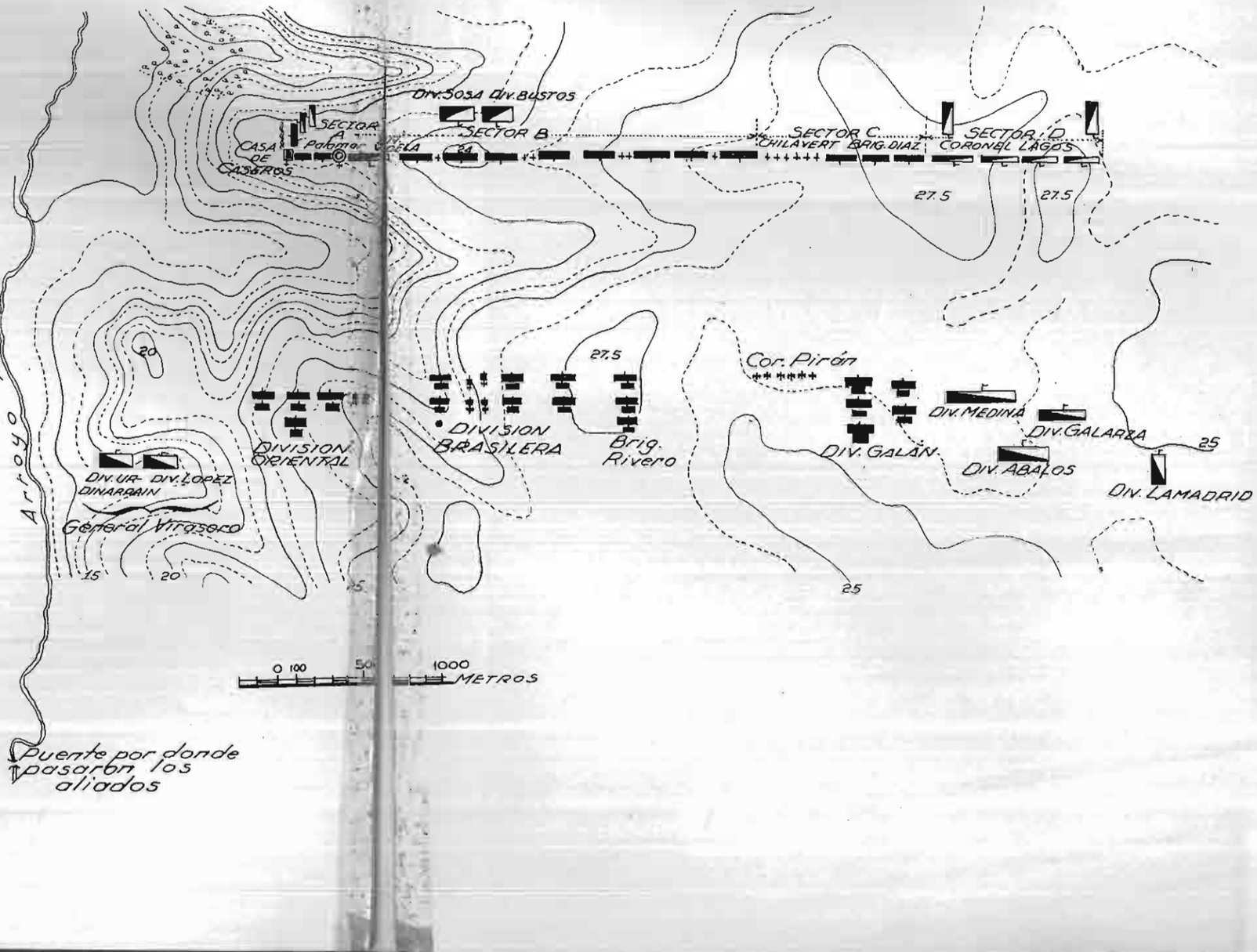
CROQUIS

BATALLA DE "CASEROS" **26**

BATALLA DE CASEROS
(3 DE FEBRERO DE 1852)

CROQUIS 26

POSICIONES OCUPADAS POR LOS DOS EJERCITOS AL INICIARSE LA BATALLA



y esterilizándoles la acción final de sus ejércitos, hicieron inútil — en el caso de Paz — la victoria de Caaguazú, que pudo ser un eslabón muy decisivo para el triunfo definitivo. Distinta ha sido la situación que se ha creado Urquiza, pues ha sabido tomar en su enérgica mano, centralizándolos y poniéndolos al servicio de su objetivo general, todos los resortes políticos y militares.

Las ventajas de todo orden que acompaña a la ofensiva en las operaciones, ya se trate de la ofensiva estratégica u operativa o el ataque en el campo táctico; y en contraposición, la esterilidad y el fracaso que esperan casi siempre a la actuación de aquél que, aun cuando numéricamente superior en elementos de todo orden — como Rosas —, se deja dictar la ley por el adversario, condenándose voluntariamente a la defensa pasiva que es y será siempre la negación de la victoria.

La batalla de Caseros estaba ganada por los aliados antes de darse, según ha ido surgiendo del relato, y los vencedores y hasta los vencidos en parte, tenían esa convicción anticipada.

Falta de conducción, de cabeza dirigente, de general, en una palabra; disensiones entre los jefes superiores; desmoralización de jefes y tropas por la inactividad en los primeros meses, por la anulación del ejército de Oribe, y por la retirada continuada y algunos reveses, que culminan con Puente de Márquez, y la defensa táctica pasiva, después. Todas estas circunstancias hacen decir a Mitre: "De cualquier modo que se hubiese dado — Caseros — se habría ganado la batalla, por los aliados y en las condiciones en que la presentó Rosas se hubiera perdido cien veces".

Puntualizando ahora corresponde expresar: a) Sobre la conducción de Rosas, que procedió erróneamente, entre otras disposiciones, al destacar a Lagos con evidente inferioridad para atacar a la vanguardia operativa aliada de caballería superior por el número y capacidad combativa demostradas, y esto al otro lado del río de las Conchas, pudiendo hacerlo con más probabilidades de éxito, siempre por el ataque, pero al resguardo de ese río, cuando el enemigo tratara de salvarlo, bien con la caballería o con todo el ejército, aprovechando la crisis del franqueo; al no destruir el único puente sobre el cenagoso arroyo Morón para dificultar su pasaje al enemigo, y atacarlo con ventaja durante él o al aprestarse para el ataque a la posición de Caseros; al no fortificar más y mejor la posición ocupada, a fin de economizar tropas en ella y poder así constituir una poderosa reserva general de armas combinadas en el ala más libre (E.), para un contraataque incontrarrestable en busca de la decisión, o por lo menos para asegurar el rechazo de un envolvimiento enemigo por allí; y, al no imponer a sus subordinados la formación de reservas locales en tan amplio frente (4 a 5 Km.), disminuyendo algo éste.

b) Sobre la conducción aliada (Urquiza), entre otros errores: el de que de la poderosa vanguardia operativa se destaca sólo 3.000 jinetes contra el enemigo, presentándose así al combate en Puente de Márquez, con inferioridad numérica, arriesgando sin necesidad el éxito; que los vencedores en este punto no persiguieron a fondo para aniquilar contra el río de las Conchas al enemigo en retirada; que en el dispositivo de ataque a Caseros no aparece una reserva general de armas mixtas con qué influir en el proceso de la lucha; que el general aliado, por esto y por encargarse personalmente del ataque al ala y flanco izquierdo enemigos, deja sin conducción ni medios de acción al conjunto del ejército en caso de reveses; que la colocación de las divisiones del general Virasoro debió ser en el ala derecha propia — más libre — donde podía actuar mejor como caballería, dejando el ataque y envolvimiento del ala izquierda enemiga — algo apoyada — a la infantería y artillería.

Aunque la guerra con el indio corresponde a la VI Parte de este libro, es conveniente asentar aquí, para establecer una consecuencia de su caída, que Rosas participó del criterio ya general y motivo de varios planes — aún en tiempo de la colonia — de que este difícil problema sólo se solucionaría con una gran ofensiva general y a fondo, para el sometimiento definitivo o exterminio de todos los salvajes indómitos — asaltantes, ladrones y asesinos —, pero que fué el primero que lo llevó a la práctica con aciertos preparatorios y de ejecución, y con buenos resultados, dentro de lo que a él incumbía en el plan de conjunto, durante el intervalo de sus dos gobiernos. Una nueva y gran empresa, con la cooperación de Chile, no la pudo efectuar en su segundo y muy prolongado gobierno — diecisiete años — por las causas políticas, económicas y militares que surgen del relato de la guerra precedente y de las guerras exteriores (V Parte); pero el dictador mantuvo al indio relativamente tranquilo y alejado de la frontera de su provincia, logrando esto con su energía, decisión y babilidad política, aunque a costa de gastos para el erario. Al desaparecer él del escenario nacional, este problema se agravó nuevamente en forma alarmante y la línea de frontera interior en el sur, adelantada con tantos sacrificios antes de su gobierno, retrocedió otra vez, durante un tiempo.

Cabe decir al autor, no obstante su condición de historiador militar, con respecto a la larga actuación de Rosas, desde el punto de vista internacional, que ella fué ajustada en lo fundamental a las exigencias de la nacionalidad — sobre lo que no caben discrepancias — y opina así porque "Existe una patria y cuando la patria está en peligro, cuando el enemigo en armas ataca la frontera, se sigue al abanderado, siempre que marche adelante y sostenga la bandera con mano firme". Deja en cambio el autor en blanco los comentarios sobre el desarrollo de los acontecimientos políticos internos, que prolongaron por tantos años la lucha relatada. Sobre lo primero, corresponde expresar que Rosas no aceptó — como se verá en la V Parte del libro — las reclamaciones y condiciones humillantes para el país, primero de un poderoso estado, Francia, y luego de éste e Inglaterra, y ello a trueque de debilitar, como se debilitó, su situación general interna, bastante difícil para él, y de llevar a la nación al borde de la ruina, por salvar la dignidad e independencia nacionales. "Sobre todo tiene para mí — dice el general San Martín en una carta — el general Rosas, que ha sabido defender con toda energía y en toda ocasión el pabellón nacional. Por eso después de Obligado (el combate) tentado estuve de mandarle la espada con que contribuí a defender la independencia americana, por aquel acto de entereza, en el cual con cuatro cañones hizo conocer a la escuadra anglofrancesa que, pocos o muchos, sin contar los elementos, los argentinos saben siempre defender su independencia" [5].

Consecuencias de Caseros. — El propósito que venían buscando realizar los adversarios de Rosas, después de muchos años y numerosas campañas contra él, su abatimiento, se ha logrado con la batalla de aniquilamiento reseñada. Con ella se cerró el período histórico de la dictadura.

La batalla de Caseros, jornada decisiva del ejército aliado, que destruye totalmente el formidable poder militar que había permitido a Rosas sujetar a su dominio la República durante casi veinte años, tuvo trascendencias políticas considerables. Con ella, en efecto, se marca el comienzo de la organización nacional, pues, eliminada de la escena política la personalidad que mantuvo sometido el país a sus designios, era posible trabajar en el sentido que él no había querido, el de constituir la nación, dando estabilidad y prestigio a sus instituciones y organizándola bajo el sistema federal, anhelo de todas las provincias, aunque no de todos los hombres. El triunfo sobre Rosas (Buenos Aires) permitió un mayor desahogo económico y por consiguiente, un mejor vivir nacional, por las facilidades que se dieron al intercambio comercial — restringido por Rosas —, especialmente porque Urquiza, en 1853, abre el Plata y sus afluentes a las provincias interesadas y a Paraguay, cerrados desde la emancipación — más de cuarenta años — a los mercados trasatlánticos por Buenos Aires. La independencia de Paraguay es reconocida por el nuevo gobierno argentino.

En Buenos Aires fueron removidos casi todos los funcionarios públicos (civiles, militares y eclesiásticos), pero en el interior quedaron los más de los gobernadores.

[5] En el testamento del Libertador, ya anciano, hay una cláusula por la que lega efectivamente su sable — el de Chacabuco y Maipo — a Rosas, "no por ser Rosas, sino por simbolizar él al mandatario que gallardamente defendiera en horas luctuosas la soberanía argentina" (palabras de Pacífico Otero en su *Historia del Libertador don José de San Martín*).

BIBLIOGRAFIA

(GUERRA CIVIL CON ROSAS)

Aráoz de Lamadrid, Gregorio: "Memorias".

Beverina, Juan: "Las campañas de los Ejércitos Libertadores" y "La Campaña de Caseros".

Bonastre, Valerio: "El Ejército Libertador Correntino".

Bustamante, José Luis: "Los cinco errores capitales de la intervención anglo-francesa en el Plata".

Caillet Bois, Teodoro: "Los marinos durante la dictadura".

Díaz, Antonio: "Historia política y militar de las repúblicas del Plata".

Díaz, César: "Memorias inéditas".

Fregeiro, Clemente: "Estudios históricos sobre la Revolución de Mayo".

Historia de la Nación Argentina: "Tomo VII, Rosas y su época".

Ibarguren, Carlos: "Juan Manuel de Rosas". "Su vida, su drama, su tiempo".

Iriarte, Tomás de: "Memorias — El sitio de Montevideo y la política internacional".

Lacasa, Pedro: "Vida militar y política del general don Juan Lavalle".

Larrain, Nicanor: "El país de Cuyo — Relación histórica hasta 1872".

López, Vicente Fidel: "Manual de historia argentina".

Mantilla, Manuel F.: "Estudios biográficos sobre patriotas correntinos".

Paz, José María: "Memorias póstumas — Campañas contra Rosas".

Quesada, Ernesto: "Lamadrid y Pacheco"; "Lavalle y Aldao"; "Pacheco y la campaña de Cuyo"; "Acha y la batalla de Angaco"; y "Lamadrid".

Pelliza, Mariano: "La dictadura de Rosas".

Ratto, Héctor R.: "Historia de Brown".

Ruiz Moreno, Martín: "La revolución contra la tiranía y la organización nacional".

Saldías, Adolfo: "Historia de la confederación argentina — Rosas y su época".

Virasoro, V.: "Memoria del brigadier general Pedro Ferré".

Yaben, Jacinto: "Biografías argentinas y sudamericanas".

I N D I C E

PÁG.

PRÓLOGO 11

INTRODUCCIÓN 17

TERMINOLOGÍA 18

PRIMERA PARTE

LA GEOGRAFÍA EN NUESTRAS GUERRAS

CAPÍTULO I. — El porqué de una parte geográficomilitar previa. Subdivisión en regiones 21

CAP. II.— **Panorama geográfico militar.** Países que comprende el panorama. Regiones excluídas para las guerras de la independencia y exteriores como teatros de operaciones. Situación relativa. Relieve y red fluvial. Clima. Ganadería y agricultura. Las industrias y el comercio. Vías generales y medios de comunicación. Población y habitantes. Resumen y consideraciones breves 22

CAP. III.— **Esbozo geográfico operativo del litoral y Río Grande del Sur.** Territorios que se incluyen. Relieve y su influencia. Hidrografía; su red y fundamental influencia militar. El Plata. El Uruguay. El Paraná. El Paraguay. Los ríos importantes. Consideraciones sobre la red fluvial. Litoral marítimo. Clima. Consideraciones sobre el clima. Fauna. Vegetación. Minerales. Las industrias. Las poblaciones y sus habitantes. Rutas. Consideraciones generales 39

CAP. IV.— **Esbozo geográfico operativo del centro argentino.** Territorios que lo comprenden. El relieve. Hidrografía. La vegetación. Fauna. La industria. El clima. La población. Los caminos. Consideraciones generales 55

CAP. V.— **Esbozo geográfico operativo del noroeste argentino y Alto Perú.** Los territorios incluídos. El relieve y su influencia preponderante. Hidrografía. El clima. Vegetación. Fauna. Industria y comercio. Población y habitantes. Caminos y consideraciones generales 59

CAP. VI.— **Esbozo geográfico operativo del oeste argentino y Chile.** Situación y delimitación. Subdivisión en franjas orográficas. La faja de llanura precordillerana. La precordillera andina o precordilleras. La faja de los valles

PÁG.

intercordilleranos. La faja de la cordillera real. El valle central y longitudinal de Chile. La cordillera de la Costa. El litoral marítimo de Chile. Hidrografía. Clima. La vegetación. La fauna. La minería. La industria manufacturera. El comercio. Las comunicaciones. La población y habitantes. Consideraciones generales 66

CAP. VII.— **Esbozo geográfico operativo de Perú.** Necesidad de este esbozo. Subdivisión en fajas. La faja de la costa. La faja de la Sierra. La minería. Los habitantes y población. Consideraciones generales 75

CAP. VIII.— **Esbozo geográfico operativo del sur argentino.** Situación y límites iniciales. Relieve. Hidrografía. El litoral marítimo. Clima. Vegetación. La fanna. Vías de comunicación. La población. Los pampas. Los voroganos. Los ranqueles. Los tehuelches. Consideraciones generales 80

CAP. IX.— **Esbozo geográfico operativo del Gran Chaco.** Delimitación, situación y subdivisión. Relieve. Hidrografía. El Pilcomayo. El Bermejo. El Salado del norte. Clima. Vegetación. Fauna. Caminos. Población y habitantes. Comercio. Consideraciones 92

BIBLIOGRAFÍA 101

SEGUNDA PARTE

LAS FUERZAS ARGENTINAS Y ADVERSARIAS EN NUESTRAS CAMPAÑAS MILITARES

CAPÍTULO I.— **Introducción** 103

CAP. II.— **Las fuerzas indias.** Armamento y fortificación. Composición. Organización. Instrucción. Movilización y concentración. Forma general de operar. El combate 104

CAP. III.— **Las fuerzas argentinas irregulares.** Armamento. Fortificación. Organización y movilización. Composición. Instrucción. Forma general de operar y combatir de estas fuerzas 113

CAP. IV.— **Las fuerzas argentinas regulares.** Armamento. La fortificación. Organización, movilización e instrucción. Constitución. Forma general de operar y combatir. El ataque a plazas y posiciones fortificadas. Las mujeres en los ejércitos. Los grados militares. La conducción militar superior. La autoridad política y la conducción militar; sus relaciones. Los militares en la función pública 124

CAP. V.— **Los ejércitos extranjeros.** Armamento y fortificación. Organización y composición. Forma general de operar y combatir 141

CAP. VI.— **Las fuerzas marítimas y fluviales argentinas y adversarias.** Antecedentes. La constitución de nuestras fuerzas navales. La conducción. Las fuerzas navales adversarias. Los buques de guerra y sus características 142

BIBLIOGRAFÍA 145

TERCERA PARTE

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

PÁG.

CAPÍTULO I.— **Causas de la revolución de 1810 en el Río de la Plata.** 147

CAP. II.— **Antecedentes de esta guerra.** Cnestiones territoriales y luchas entre españoles y portugueses. Primera invasión inglesa. Segunda invasión inglesa. Consecuencias de estas invasiones. Otros sucesos. Intentona del 1° de enero de 1809. Los días de Mayo 148

CAP. III.— **Situación político-militar de la América Española en momentos de la Revolución de Mayo** 161

CAP. IV.— **Causas de la acción bélica patriota.** Teatros de operaciones. Características generales de esta guerra 162

CAP. V.— **Situación estratégica general en 1810 y plan conveniente** .. 163

CAP. VI.— **Campañas de Ortiz de Oeampo en el interior y de A. González Balcarce contra Goyeneche, en Alto Perú (1810 - 1812).** Causas. Plan realista. Plan patriota y movimientos. Ejecución de Liniers y sus compañeros. Consecuencias. Suipacha y Arohuma. Consecuencias. Huaqui o Desaguadero. Comentarios. Consecuencias. Suipacha o Nazareno 165

CAP. VII.— **Campaña de Belgrano contra Velasco y Cabañas en Paraguay (1810 - 1811).** Causas. Avance hasta Paraguay. Paraguary. Tacuarí. Comentarios. Consecuencias 171

CAP. VIII.— a) **Campaña de Belgrano, luego Rondeau, contra Elío y después Vigodet en la Banda Oriental (1811 - 1812).** b) **San Lorenzo.** Causas. a) Campaña en la Banda Oriental. San Nicolás. Las Piedras. Invasión portuguesa a la Banda Oriental. Sitio de Montevideo. Tratado con Elío. Conspiración de Alzaga. Armisticio con Portugal. Marcha sobre Montevideo y sitio. El Cerrito. Consecuencias. b) **San Lorenzo** — Comentarios. Consecuencias 178

CAP. IX. — **Campaña de Tristán contra Belgrano en el noroeste (1812 - 1813).** Causas. Movimientos del ejército. Las Piedras. Tucumán. Comentarios. Consecuencias. Continúan lasoperaciones. Salta. Comentarios. Consecuencias. 187

CAP. X.— **Campaña de Belgrano contra Pezuela en Alto Perú (1813).** Causas. Avance patriota. Vilcapujio. Comentarios. La reorganización. Ayohuma. Consecuencias 195

CAP. XI.— **Campaña de Rondeau, luego Alvear y Brown contra Vigodet en Montevideo (1814).** Causas. El segundo sitio de Montevideo (1812-1814). Bloqueo y sitio de la plaza. Martín García. El Buceo. Toma de Montevideo. Comentarios. Consecuencias 202

Pág.

Cap. XII.— **Campaña de Pezuela contra Güemes en el noroeste** (1814). Causas. La guerra de recursos y guerrillas. Pensamiento de San Martín sobre la defensa en el noroeste. Güemes. Avance del grueso de Pezuela. Detención obligada de Pezuela en Salta. Operaciones parciales de los españoles. Ataque patriota a Salta. Retirada del ejército español. Fracaso del segundo plan de convergencia sobre Buenos Aires. Consecuencias 207

Cap. XIII.— **Campaña de Rondeau contra Pezuela en Alto Perú** (1815). Causas. Antecedentes. El Tejar. Puesto del Marqués. Avance de Rondeau a Potosí y Chayanta. Dispositivo español. Venta y Media. Movimientos hasta Cochabamba. Sipe Sipe o Viluma. Comentarios y consecuencias 213

Cap. XIV.— **Campaña de la Serna contra Güemes en el noroeste** (1816-1817). Causas. Medios defensivos. Plan de Güemes. Movimientos del ejército realista. Nuevo plan español. Continuación de las operaciones. Yavi. Expedición de Lamadrid. Fracaso del plan realista y retirada. Comentarios. Consecuencias 220

Cap. XV.— **Campañas de Artigas contra los portugueses Lecor, Curado, etc., en la Banda Oriental y Río Grande del Sur** (1816 - 1820). Causas. Plan de operaciones portugués. Plan de Artigas y sus medios. Las operaciones. San Borja, Ibiracahy, Corumbé. India Muerta. Divergencias y causas que impiden el auxilio de Buenos Aires. Operaciones en el Alto Uruguay. Potrero de Arapey. Catalán. Destrucción de pueblos argentinos por los portugueses. Operaciones portuguesas en ambas márgenes del Uruguay. Guabiyú, Perucho Verna, San Carlos y Queguay. Artigas en el norte. Tacuarembó Chico. Comentarios. Repercusiones de esta guerra. Consecuencias 228

Cap. XVI.— **Campaña de San Martín contra Maroto (Marcó del Pont) en los Andes** (1817). Causas. Plan de San Martín. Organización del Ejército de los Andes. El ejército realista. Plan de invasión. La situación general en 1816 y comienzos de 1817. Preliminares de la campaña. Forma de realizar el plan estratégicamente y operativamente. Apertura de la campaña. Actividades de las columnas auxiliares. El avance de la columna de Uspallata; Picheuta. Los Potrerillos. El avance de Uspallata a Juncalillo. Guardia Vieja. Avance de la columna de Los Patos. Achupallas. Las Coimas. Chacabuco. El terreno. Actividades de los dos adversarios en los días 8 al 11. Plan de San Martín. El avance de los ejércitos y la lucha. Comentarios y consecuencias 238

Cap. XVII.— **Campaña de Las Heras, luego O' Higgins, contra Ordóñez en el sur de Chile** (1817). Causas. Disposiciones después de Chacabuco. Curapaligüe. Gavilán. Comentarios. Otras operaciones. Talcahuano. Comentarios. Consecuencias 251

Cap. XVIII.— **Campaña de Osorio contra San Martín en Chile** (1818). Causas. Movimientos de los adversarios. Cancha Rayada. Comentarios. La persecución realista. Maipú. Comentarios. Consecuencias 256

Cap. XIX.— **Campañas:** a) **de Zapiola y luego Balcarce, contra Osorio y finalmente contra Sánchez en el sur de Chile** (1818 - 1819). Causas. Las operaciones. Consecuencias. b) **Operaciones sucesivas de O' Brien, Blanco Encalada y Cochrane, hasta el dominio del Pacífico** (1818 - 1820). Causas. El predominio en el sur. El convoy realista. El dominio en el norte. Consecuencias. c) **Campaña de Ramírez Osorio contra Güemes en el noroeste argentino** (1820). Causas. Las operaciones. Consecuencias 265

Pág.

Cap. XX.— **Campaña anfibia de San Martín contra Pezuela en la costa peruana** (1820). Causas. Plan estratégico de San Martín. La anarquía política argentina causa retardante de la guerra. Las actividades de San Martín. Situación político-militar de Perú. Preliminares de la expedición. El ejército chileno-argentino y la escuadra chilena. Plan de operaciones del Libertador. El embarque de la expedición. La expedición desembarca en Perú. Demostraciones en la costa. Torre Blanca. Desembarco general en Huacho. Ataque patriota frustrado 271

Cap. XXI.— **Primera campaña de Arenales en la Sierra contra Quimper y O'Reilly** (1820). Causas. Comienzo de las operaciones. Mayoc. Pasco. Balance de las operaciones generales. Comentarios. Consecuencias 279

Cap. XXII.— **Campaña de Cochrane y Miller en puertos intermedios** (1821). Causas. Las operaciones. Mirave. Moquegua y Calera. El reembarco ... 283

Cap. XXIII.— **Segunda campaña de Arenales, esta vez contra Carratalá en la Sierra** (1821). Causas. Ataura. Operaciones contra Carratalá. Canterac evacúa Lima. Una ocasión perdida. Actividades desde Huaura. La Serna evacúa Lima y San Martín la ocupa. Comentarios. Consecuencias 284

Cap. XXIV.— **Campañas de Olañeta contra Güemes en el noroeste argentino** (1821). Causas. La situación en el noroeste. Olañeta invade Salta dos veces más. Comentarios. Consecuencias 288

Cap. XXV.— **Campaña de Canterac contra San Martín en Lima y Callao** (1821). Causas. Ataque a Callao. Canterac opera hacia Lima y Callao. Canterac regresa a la Sierra. Rendición de Callao. Comentarios. Consecuencias.. 292

Cap. XXVI.— **Campaña de Canterac contra Domingo Tristán hacia la zona de Ica** (1822). Causas. Situación a principios de 1822. Ofensiva española hacia Ica. Macacona. Comentarios. Consecuencias. 295

Cap. XXVII.— **Campaña de Sucre contra Aymerich en Quito** (1822). Causas. Situación general. Pichincha. Río Bamba. Consecuencias 297

Cap. XXVIII.— **Campaña de Alvarado contra Valdés y Canterac en puertos intermedios** (1822 - 1823). Causas. La situación en mayo de 1822. Plan de San Martín. La cooperación de Bolívar. Abdicación de San Martín. La ejecución del plan. Torata y Moquegua. Comentarios. Consecuencias 299

Cap. XXIX.— **Campañas de Santa Cruz, Bolívar y Sucre, en puertos intermedios la primera, y en la Sierra las otras dos** (1823 - 1824). Causas. Primera campaña: de Santa Cruz. Consecuencias del fracaso. Segunda campaña: de Bolívar. Junín. Consecuencias. Tercera campaña: de Sucre: Ayacucho. La guerra en los mares. Consecuencias. 303

Cap. XXX.— **La personalidad histórica, moral y militar de San Martín.** San Martín creador y conductor de ejércitos. Como organizador y preparador de sus campañas. Como conductor estratégico. Como conductor operativo. Como conductor táctico. La clemencia pasado el momento del combate 307

Pág.

Cap. XXXI.— **Algunas consideraciones sobre la guerra de la independencia** 312

Bibliografía (Guerra de la independencia) 314

Cuarta Parte

LAS GUERRAS CIVILES

Causas generales de las guerras civiles hasta 1861. Influencia de estas guerras en las de la independencia, exteriores y con el indio 315

A) LAS GUERRAS CIVILES POR LA ORGANIZACIÓN NACIONAL (1810 - 1861).

Primer Período

LA GUERRA CIVIL EN EL LITORAL (1812 - 1821)

Capítulo I.— **Causas de esta guerra** 317

Cap. II.— **Antecedentes de la guerra civil en el litoral (1811 - 1812).** El armisticio con Elío. Rechazo de los diputados artiguistas en la Asamblea de 1813 319

Cap. III.— **Campaña de Dorrego contra Artigas (Rivera), llamada de Guayabos, en la Banda Oriental (1814 - 1815).** Antecedentes. La Cruz, Gualeguaychú y Espinillo. Las primeras operaciones contra Artigas. Las Piedras. La segunda campaña. Marmarajá. Avance y retirada de Dorrego. Guayabos o Arerunguá. Consecuencias. Comentarios 320

Cap. IV.— **Campaña de Artigas, iniciada contra Alvear desde Entre Ríos y, posteriormente, de aquél contra Viamonte (1815).** Insurrección del litoral contra Buenos Aires. Los propósitos de instalar una monarquía en el Plata. Alvear como director supremo. Fontezuelas. Operaciones preventivas contra Artigas en Santa Fe. Actividades del ejército de Buenos Aires. Capitulación de Viamonte. Consecuencias 325

Cap. V.— **Campañas de Belgrano, después Díaz Vélez contra López en Santa Fe (1816).** Primera campaña. Pacto de Santo Tomé. Consecuencias. Segunda campaña. Díaz Vélez avanza y ocupa la ciudad de Santa Fe. El invasor se retira. Consecuencias. 328

Cap. VI.— **Campañas de Buenos Aires en Entre Ríos (1817 - 1818).** Antecedentes. Revoluciones de origen federal de Córdoba y Santiago del Estero. Influencias de la invasión portuguesa a la Banda Oriental en el litoral. Jefes entre-

Pág.

rrianos hacen causa común con Buenos Aires. Primera campaña de Buenos Aires. (Montes de Oca) contra Ramírez en Entre Ríos. Arroyo Ceballos. Segunda campaña de Buenos Aires (Balcarce) en Entre Ríos. Saucecito. Consecuencias 330

Cap. VII.— **Campaña de J. R. Balcarce y Bustos contra López en Santa Fe (1818).** Campaña preventiva. Fraile Muerto. Las operaciones sobre Santa Fe. Paso de Aguirre. Arroyo Aguiar. El ejército de Buenos Aires se retira otra vez. Comentarios. Consecuencias 334

Cap. VIII.— **Campañas de Buenos Aires (Bustos y Viamonte) contra el confederado López (1819).** Movimientos de los adversarios. La Herradura. Causas de este fracaso federal y de sus éxitos anteriores contra los porteños. López se dirige hacia Santa Fe. Las Barrancas. Armisticio de San Lorenzo. Buenos Aires sanciona una constitución nacional unitaria. Se reanudan las hostilidades. Arequito. Se forman otras provincias adoptando el federalismo. Consecuencias 337

Cap. IX.— **Campaña de Rondeau contra los confederados (Ramírez y López) en el norte de Buenos Aires (1820).** Operaciones contrapuestas. Cepeda. Comentarios. Consecuencias 342

Cap. X.— **Campaña de los confederados (Ramírez y López) contra Buenos Aires (1820).** Preparativos de defensa en Buenos Aires. Retirada de Ramírez. Consecuencias 345

Cap. XI.— **Campaña de Ramírez contra Artigas en la Mesopotamia (1820).** La ruptura entre Ramírez y Artigas. Movimientos. Guachas. Bajada del Paraná. Consideraciones. Consecuencias 347

Cap. XII.— **Nueva campaña federal (López) contra Buenos Aires (Soler) (1820).** Causas. Las operaciones. Cañada de la Cruz. Comentarios. Consecuencias. Por segunda vez Buenos Aires se apresta a la defensa (Dorrego) contra López. Retirada de López. Consideraciones 349

Cap. XIII.— **Nueva campaña de Buenos Aires (Dorrego) contra Santa Fe (Alvear - López) (1820).** Actividades de Dorrego. San Nicolás. Comentarios. Pavón. Comentarios. Prosiguen las operaciones. Gamonal. Consideraciones. Otros acontecimientos. Pacto de Benegas. Consecuencias 353

Cap. XIV.— **Campaña de Ramírez contra la alianza de López, Rodríguez y Bustos (1821).** Los aliados se preparan para oponerse a Ramírez. Actividades de Ramírez. Rosario y Carrizal de Medina. Santa Fe. Coronda. Nuevamente Coronda. Cruz Alta. Derrota final y muerte de Ramírez. Concepción de Río Cuarto. Punta del Médano. Muerte de Carrera. Nuevos gobiernos en Entre Ríos y Corrientes. Consecuencias 357

SEGUNDO PERÍODO

LA GUERRA CIVIL EN EL INTERIOR (1826 - 1831)

PÁG.

CAPÍTULO I.— **Causas de esta guerra** 362

CAP. II.— **Antecedentes** 363

CAP. III.— **Campañas de Quiroga e Ibarra contra Lamadrid y Bedoya en el oeste y noroeste (1826 - 1827).** El Tala. Chicoana. Rincón. Consecuencias. 364

CAP. IV.— **Campaña de Lavalle (Buenos Aires) contra López y Rosas (provincias federales) (1828 - 1829).** Causas. La revolución unitaria del 1° de diciembre de 1828: sus antecedentes y preliminares. Navarro. Comentarios. Muerte de Dorrego. La contrarrevolución. Las Palmitas. Retirada de Lavalle y persecución de López. Puente de Márquez. Consecuencias de Puente de Márquez 368

CAP. V.— **Campaña de Paz contra Bustos (1829).** Causas. Las operaciones. San Roque. Comentarios. Consecuencias 375

CAP. VI.— **Campaña de Quiroga contra Paz en Córdoba (1829).** Negociaciones. Movimientos de los adversarios. Combates de La Tablada. Segundo combate de La Tablada. Comentarios. Consecuencias. 377

CAP. VII.— **Campaña pacificadora de Paz en la provincia de Córdoba (1829 - 1830).** Causa. Movimientos después de La Tablada. El Pilar. Consecuencias 382

CAP. VIII.— **Segunda campaña de Quiroga contra Paz en la provincia de Córdoba (1830).** Invasión de Quiroga. Oncativo o Laguna Larga. Comentarios. Consecuencias 383

CAP. IX.— **Campañas de Balcarce (Buenos Aires) y López (Santa Fe) contra Paz (Liga del Interior), y de Quiroga hacia Cuyo (1831).** Ligas del interior y litoral. Plan de los litorales. Movimientos. Calchines. Quiroga avanza a Cuyo. Rodeo de Chacón. Comentarios. Consecuencias. Apresamiento del general Paz. Ciudadela de Tucumán. Término de la guerra en el interior. Comentarios. Consecuencias 386

BIBLIOGRAFÍA (Guerras civiles en el litoral e interior) 391

TERCER PERÍODO

LA GUERRA CIVIL CON ROSAS (1838 - 1852)

CAPÍTULO I.— **Causas de esta guerra** 393

CAP. II.— **Antecedentes** 394

CAP. III.— **Campaña de Echagüe contra Berón de Astrada en Corrientes (1838 - 1839).** Coalición contra Rosas. Pago Largo. Comentarios. Consecuencias .. 396

PÁG.

CAP. IV.— **Campaña de Lavalle contra Zapata en Entre Ríos (1839).** La Comisión Argentina y el plan de 1839. Echagüe invade el estado Oriental. Cambio de plan de Lavalle. Primeras actividades en Entre Ríos. Yeruá. Consecuencias. 400

CAP. V.— **Campaña de J. P. López contra Lavalle en Corrientes (1839).** Lavalle pasa a Corrientes. J. P. López invade Corrientes y Lavalle se repliega. Las Piedras y Bacacuá. López debe retirarse. Comentarios y consecuencias 403

CAP. VI.— **Campaña de Prudencio Rosas contra Castelli en el sur de Buenos Aires (1839).** Los levantamientos en la ciudad y provincia de Buenos Aires. Las operaciones. Chascomús. Comentarios. Consecuencias 405

CAP. VII.— **Campaña de Lavalle contra Echagüe en Entre Ríos (1840).** Sucesos militares y políticos. La invasión a Entre Ríos. Operación secundaria sobre Santa Fe. Cayastá. Don Cristóbal. Comentarios. Consecuencias. Prosiguen las operaciones. Sauce Grande. Comentarios. Consecuencias 407

CAP. VIII.— **Campaña de Lavalle contra Pacheco (Rosas) en Buenos Aires (1840).** El embarque y transporte al norte de Buenos Aires. Tala. El avance hacia Buenos Aires. Navarro. Cañada de la Paja. La retirada de Lavalle. Santa Fe. Consideraciones. Consecuencias 412

CAP. IX.— **Campañas de Lamadrid y Brizuela contra Aldao, Ibarra, etc., en el noroeste y centro (1840).** Providencias de la Coalición del norte. Pampa Redonda. Plan de los coligados. La ejecución. Consecuencias 417

CAP. X.— **Campaña de Oribe contra Lavalle en Santa Fe y Córdoba (1840).** Fluctuaciones resolutivas del jefe unitario. La marcha hacia Córdoba. Quebracho Herrado o Quebrachito. Comentarios. Consecuencias 419

CAP. XI.— **Campaña de Oribe contra Lavalle en La Rioja (1841).** Reconstitución de las fuerzas de Lavalle durante la retirada. Sancala. Fuerzas y movimientos de los federales. Lavalle opera sobre Catamarca y La Rioja. Machigasta. Sañogasta. Consecuencias 422

CAP. XII.— **Campaña de Pacheco contra Lamadrid en Cuyo (1841).** Operaciones de Lamadrid hacia San Juan. Angaco. Comentarios. Chacarilla. Comentarios. Prosigue Lamadrid el avance. Rodeo del Medio. Consideraciones. Consecuencias 425

CAP. XIII.— **Campaña de Oribe contra Lavalle en el noroeste (1841).** Avance de Oribe. Lavalle lo elude. Famaillá. Comentarios. Represalias. Muerte de Lavalle. La personalidad militar de Lavalle. Comentarios. Consecuencias 430

CAP. XIV.— **Campañas de Echagüe contra Paz en Corrientes (1840-1841).** El ejército correntino de reserva. Primera invasión de Echagüe a Corrientes. Segunda invasión de Echagüe. Caaguazú. Después de la batalla. Comentarios. Consecuencias 436

Pág.

Cap. XV.— **Campaña de Paz y Rivera contra Urquiza en Entre Ríos (1842).** Paz invade Entre Ríos. Ferré regresa con el ejército a Corrientes. Comentarios y consecuencias 441

Cap. XVI.— **Campaña de Oribe contra Rivera en Entre Ríos (1842).** Oribe concurre al litoral. Coronda y Paso Aguirre. Algunas actividades en Entre Ríos. Convenio de Paysandú. Oribe pasa el Paraná. Rivera avanza hacia el Gualeguay. Arroyo Grande. Comentarios. Consecuencias 443

Cap. XVII.— **Campaña de Benavídez contra Peñaloza en el oeste y noroeste (1842 - 1843).** Arauco. Manantial. Ilisca. Saquilán y Leoncito. Consecuencias 448

Cap. XVIII.— **Campañas de Madariaga contra Galán en Corrientes y contra Garzón en Entre Ríos (1843 - 1844).** Los emigrados correntinos invaden su provincia. Laguna Brava. Invasión correntina a Entre Ríos. Arroyo Grande. Retirada de Madariaga. Consecuencias 449

Cap. XIX.— **Campaña de Urquiza contra Paz en Corrientes (1845-1846).** Paz en el mando del ejército de Corrientes. Operación antirrosista sobre Santa Fe. Andino y San Gerónimo. Urquiza invade Corrientes. Las Osamentas. Paz retrocede al norte. Laguna Limpia. Ubajahy o Ibajay. Urquiza regresa a Entre Ríos. Disolución del ejército de Corrientes. Tratado de Alcaraz. Consecuencias 451

Cap. XX.— **Campaña de Urquiza contra Madariaga en Corrientes (1847).** Madariaga no acepta las modificaciones de Rosas al tratado. Se renueva la lucha en la Mesopotamia. Urquiza invade nuevamente a Corrientes. Vences. Comentarios. Consecuencias 456

Cap. XXI.— **Campaña de Urquiza contra Oribe en Uruguay (1851).** Causas de la campaña de Urquiza contra Oribe. Antecedentes del levantamiento de Urquiza. La situación hasta mediados de julio de 1851. La invasión a Uruguay. Capitulación del Pantanoso. Consecuencias 460

Cap. XXII.— **Campaña de Urquiza contra Rosas en la provincia de Buenos Aires (1851 - 1852).** La preparación de la invasión a Buenos Aires. Tonelero. Las fuerzas de los beligerantes. El pasaje del Paraná por el ejército aliado. El avance por tierra en Santa Fe. La inactividad rosista. El ejército aliado en territorio bonaerense. Puente de Márquez. Caseros. Consideraciones. Consecuencias de Caseros 466

Bibliografía (Guerra civil con Rosas) 476

Indice de croquis de combates y batallas 487

Indice iconográfico de conductores 489

I N D I C E

DE

CROQUIS DE COMBATES Y BATALLAS

Pág.

1. — Huaqui (19-VI-1811) 170
2. — Paraguarí (19-I-1811) 174
3. — Tacuarí (9-III-1811) 177
4. — San Lorenzo (3-II-1813) 185
5. — Tucumán (24-IX-1812) ..... entre 192 y 193
6. — Salta (20-II-1813) ..... » 194 y 195
7. — Vilcapujio (1°-X-1813) 198
8. — Ayohuma (14-XI-1813) 201
9. — Sipe Sipe (29-XI-1815) 219
10. — Chacabuco (12-II-1817) ..... entre 250 y 251
11. — Talcahuano (6-XII-1817) 255
12. — Cancha Rayada (19-III-1818) 259
13. — Maipo (5-IV-1818) ..... entre 264 y 265
14. — La Tablada (22-VI-1829) ..... » 384 y 385
15. — Oncativo (25-IV-1830) ..... » 392 y 393
16. — Pago Largo (31-III-1839) 399
17. — Don Cristóbal (10-IV-1840) 409
18. — Sauce Grande (16-VII-1840) 411
19. — Quebracho Herrado (28-XI-1840) 421
20. — Angaco (16-VIII-1841) 427
21. — Rodeo del Medio (24-IX-1841) 431
22. — Famaillá (19-IX-1841) 435
23. — Caaguazú (28-XI-1841) ..... entre 440 y 441
24. — Arroyo Grande (6-XII-1842) 447
25. — Vences (27-XI-1847) 459
26. — Caseros (3-II-1852) ..... entre 472 y 473

I N D I C E

ICONOGRÁFICO DE CONDUCTORES

	Entre Pág.
Aldao, Félix	416 y 417
Alvarado, Rudecindo	288 y 289
Aráoz de Lamadrid, Gregorio	224 y 225
Arenales, Juan Alvarez de	272 y 273
Artigas, José Gervasio	224 y 225
Azopardo, Juan	208 y 209
Balcarce, Antonio González	176 y 177
Balcarce, Juan Ramón	320 y 321
Balcarce, Marcos	320 y 321
Belgrano, Manuel	176 y 177
Benavídez, Nazario	416 y 417
Beresford, Guillermo	160 y 161
Berón de Astrada, Genaro	400 y 401
Blanco Encalada, Manuel	240 y 241
Bolívar, Simón	288 y 289
Bouchard, Hipólito	208 y 209
Brown, Guillermo	208 y 209
Bustos, Juan Bautista	368 y 369
Canterac, José	224 y 225
Carrera, José Miguel	336 y 337
Cochrane, Alejandro Tomás	272 y 273
Díaz Vélez, Eustoquio	320 y 321
Dorrego, Manuel	336 y 337
Echagüe, Pascual	400 y 401
Güemes, Martín Miguel de	224 y 225
Ibarra, Felipe	368 y 369

	Entre Pág.
La Serna, José de	224 y 225
Las Heras, Juan Gregorio de	240 y 241
Lavalle, Juan Galo de	368 y 369
Liniers y Bremont, Santiago de	160 y 161
López, Estanislao	320 y 321
López, Juan Pablo	400 y 401
Miller, Guillermo	272 y 273
Necochea, Mariano	288 y 289
O'Higgins, Bernardo	240 y 241
Oribe, Manuel	400 y 401
Ortiz de Ocampo, Francisco Antonio	176 y 177
Pacheco, Angel	416 y 417
Paz, José María	384 y 385
Popham, Home	160 y 161
Pueyrredón, Juan Martín de	176 y 177
Quiroga, Juan Facundo	368 y 369
Ramírez, Francisco	336 y 337
Rivera, Fructuoso	400 y 401
Rondeau, José	208 y 209
Rosas, Juan Manuel	384 y 385
Soler, Estanislao	336 y 337
Suárez, Isidoro Manuel	288 y 289
Urquiza, Justo José de	416 y 417
Viamonte, Juan José	320 y 321
Whitelocke, Juan	160 y 161

Se terminó de imprimir

HISTORIA
DE LAS GUERRAS ARGENTINAS
de
Félix Best

en las prensas tipográficas
de
PEUSER
Patricios 567
Buenos Aires, República Argentina,
en la
primera quincena del mes de mayo de 1960,

Año Conmemorativo del 150° Aniversario
de la
Revolución de Mayo

La tirada consta de 25 ejemplares especiales
impresos en papel Verjurado numerados
del I al XXV,
500 impresos sobre papel Evensyde numerados
en arábigo del 1 al 500,
y 2.475 comunes;
las láminas y cubretapas se tiraron
en máquinas de huecooffset
a seis tintas.